**José García de Villalta**

# El golpe en vago

**cuento de la 18ª centuria**

Índice

Preámbulo
Introducción
Libro primero
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Libro segundo
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI

Capítulo VII
Capítulo VIII
Libro tercero
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Libro cuarto
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Libro quinto
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Libro sexto
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX

Preámbulo

García de Villalta

Nació en Sevilla. Por motivos políticos emigró a Londres1 y a París2. En

esta ciudad le encontramos en 1831 pasando penalidades hasta el verano de 1832, en que obtiene un puesto de profesor de Física en una Escuela agrícola de Suiza3. Regresa a España en 1833, acogiéndose a la amnistía que Fernando VII dio empujado por María Cristina. Finalmente le hallamos en Madrid en 1834, y el 25 de julio es encarcelado, al mismo tiempo que Espronceda4, por haber escrito artículos periodísticos contra el Ministerio de Martínez de la Rosa (noche 25 de julio de 1834).

Desde su aparición en Madrid se entrega de lleno a la labor literaria. Traduce Le dernier jour d'un condamné, de Víctor Hugo. Antes de 1834, este escritor gozaba de escasa popularidad en España, y posiblemente se trata de la primera traducción de una obra del gran romántico francés5. En el mismo año también le hallamos de redactor de El Siglo, periódico que dirigía Bernardino Núñez de Arenas, y en el que colaboraban, entre otros, Espronceda y Nicomedes Pastor Díaz6, y traduce también Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón, de Washington Irving7.

La publicación de El golpe en vago viene al siguiente año 1835. Y del 36 al 38, Repullés publica Teatro español moderno, en cuya colección se incluían obras dramáticas de autores contemporáneos, entre las que se encontraban de García de Villalta El astrólogo de Valladolid, comedia histórica en cinco actos y en verso, y Los amores de 1790, comedia en dos actos y en verso8.

En 1837 había fundado El Labriego. Dirige9 a la muerte de Juan Esteban Igaza y hace entrar en la redacción a Zorrilla10:

> «Una noche me encontré al volver a mi casa de pupilaje una carta de don José García de Villalta, que decía:
>
> "Muy señor mío: He tomado la dirección de El Español, periódico cuyas columnas surtía Larra con sus artículos; pues la muerte se llevó al crítico, dejándonos al poeta, entienda que éste debe suceder a aquél en la redacción de El Español. Sírvase usted, pues, pasar por esta su casa, calle de la Reina esquina a la de las Torres, para acordar las bases de un contrato. Suyo afectísimo, J. G. de Villalta".
>
> Era éste el autor de El golpe en vago, la novela mejor escrita de las de la colección primera del editor Delgado. Teníale yo en mucho desde que la había leído y las relaciones entabladas con el hombre acrecentaron mi respeto y mi estimación hacia el escritor. Villalta era un hombre de mucho mundo y de un profundo conocimiento del corazón humano; de una constitución vigorosa, con una cabeza perfectamente colocada sobre sus hombros, de una fisonomía atractiva y simpática; con una boca fresca, cuya sonrisa dejaba ver la dentadura más igual y limpia del mundo. Su cabellera escasa era rubia y rizada, y no he podido nunca explicarme por qué su busto abultado de contornos que recordaba el olímpico busto de Nerón, pero del Nerón poeta y gladiador en su viaje a Grecia; el Nerón que ponía fuego a dos viejos barrios de Roma para obligar al Municipio republicano a construir otro nuevo tan suntuoso cómo la mansión palatina que él junto a lo incendiado habitaba... El hecho es que Villalta era todo un hombre sobrio y diligente, pero gracioso y amabilísimo, coma andaluz de la buena raza; su trato era fascinador y en cinco minutos hizo de mí lo que convino en nuestra primera

> entrevista; el cuarto en que ésta pasó influyó sin duda en mi aceptación. Era una sala grande cuadrada, en cuyas blancas paredes no tenía Villalta más adornos que dos espadas de combate, dos sables de la academia de armas y un magnífico par de pistolas. Una grandísima mesa de despacho, cargada de papeles, estaba entre él y yo, y por una puerta entreabierta se veía el inmediato aposento, el baño, del que acababa de salir...».

Ésta es la ligera semblanza de Zorrilla.
En 1837, Mesonero Romanos, en sus Escenas matritenses, cita a Villalta entre las salientes figuras literarias que acudían a las sesiones del Ateneo Científico y del Liceo Artístico y Literario11. Al siguiente año figura como presidente en una sección del Liceo12 y estrena su obra original Los amores de 1790 que antes hemos citado, incluida en la colección de Repullés, comedia en dos actos y en verso, y en 13 de diciembre de este año 1838 estrena su traducción de Macbeth, que fue recibida con lo que Blanco García denomina «silba monumental»13, si bien sus méritos no eran escasos para tal acogida, lo que quizá explique que todavía se repitiese su representación los días 14, 15 y 16 del mismo mes14. Del mismo año es su traducción de la obra de Casimiro Delavigne El paria; tragedia en cinco actos y en verso.
Año 1839. Estrena El astrólogo de Valladolid, comedia histórica original, en cinco actos y en verso, obra de carácter progresivo, que fue puesta en escena ocho veces (los días 31 de enero y 1, 2, 3, 4, 15, 19 y 20 de febrero). En ella trata un tema utilizado por Lope de Vega: el casamiento de los Reyes Católicos.
En 1840 funda El Labriego, revista en la que se publica por vez primera la conocida composición de Espronceda: El Dos de Mayo. Es Villalta el que, también en esta fecha hace el prólogo de las Poesías de Espronceda, aparecidas en este mismo año. Parece ser que también lanza un folleto político15. Según Méndez Bejarano, en este año muere: «Falleció en Grecia, donde desempeñaba el cargo de ministro de España»16. Veremos seguidamente que esta fecha no es exacta.
El 27 de mayo de 1841, según la Gaceta17, una comitiva de patriotas liberales, de los que en 1830 habían entrado en España con armas para restablecer el régimen constitucional, entre los que se contaba García de Villalta, secretario de la Dirección de Estudios, había visitado al regente Espartero. Esta noticia contradice la dada por Bejarano sobre la muerte del escritor.
Antes de 1846 debía de haber muerto García de Villalta, puesto que Nicomedes Pastor Díaz pronunció en esta fecha un discurso en el Liceo de La Coruña18, donde dedica unas palabras de recuerdo a los desaparecidos Espronceda y Villalta diciendo: «Los mismos que han florecido en nuestros días y que contaban nuestros años: Larra, Espronceda, Pelegrín, Villalta; cuya memoria me es triste recordar porque habían empezado conmigo su carrera malograda, apenas han bajado al sepulcro y ya sus nombres no pertenecen a la política en que militaron ni a los partidos en que se dividieron. Son ya solamente de su Patria, porque fueron de su

Literatura».
De su aspecto sabemos, además de las noticias de Zorrilla insertas anteriormente, por el mismo Ochoa en Miscelánea de literatura, viajes y novelas19, quien le describe así: «Sacudiendo su larga cabellera de un rubio amarillento, como la melena de un león, alto, fornida; respirando fuerza por todos los poros...».
García de Villalta, probado su ingenio en diversas manifestaciones literarias, se nos presenta simultáneamente como periodista, poeta, dramaturgo, novelista y traductor. Sobresalió entre los principales y mejores traductores de la época romántica, al lado de Bretón, Gil y Zárate, Larra y Ventura de la Vega. Siendo perfecto su conocimiento del castellano, no lo era menos el del inglés y francés. Así consiguió enaltecer las traducciones que comenzaron con el movimiento romántico a ser tan numerosas como malas. Es conocido como novelista por su obra histórica El golpe en vago, generalmente considerada en la relación de novelas históricas españolas, si bien su calidad no merece un abierto elogio. A veces sólo ha sido conocido como prologuista de las Poesías de Espronceda. No falto de ingenio, es de advertir en él, sin embargo, más calidad de erudito que cualidad de novelista. Tiene el mérito de su perfecto castellano. Movido entre algunas de las figuras más señeras del romanticismo español, es a su vez también una figura representativa, en cierto grado, de este movimiento; tanto en el campo literario como político y social, ala vez que es un número más, y digno de mención, entre los novelistas históricos.
A Villalta es debida la presentación de Zorrilla a Espronceda. Así nos lo narra el mismo Zorrilla en la citada obra Recuerdos del tiempo viejo:

> «Una tarde me dijo Villalta: "Esta noche iremos a casa de Espronceda, que ya desea ver a usted..." Yo quería, yo idolatraba a Espronceda... Villalta leyó sonriendo en mi fisonomía lo que pasaba en mi interior y me condujo en silencio a la calle de San Miguel, 4. Espronceda estaba ya convaleciente, pero aún tenía que acostarse al anochecer. Introdújome Villalta en su alcoba y, diciendo sencillamente: "Aquí tiene usted a Zorrilla"; me empujó paternalmente hacia el lecho en que estaba incorporado Espronceda... Villalta se despidió y nos dejó solos...».

En el campo del periodismo, recuerda en su estilo y doctrinas al que fue su amigo Armando Carrel.

El golpe en vago

Se dice que primitivamente fue escrita en inglés para un librero de Londres bajo el título de The dons of the last century. Se ignora hasta qué punto sea cierta esta aseveración, partida no se sabe de dónde.

Posiblemente no carece de fundamento, pero es lo cierto que no ha habido hasta hoy posibilidad de comprobarlo.
Es la novela histórica más conocida de todas las que se publicaron en el año 1835. Su acción se supone en la España del siglo XVIII, como en el subtítulo se señala, y su base histórica es una subjetiva presentación de los jesuitas en ese siglo, presentación que se convierte, a lo largo de toda la obra, en un duro ataque para aquéllos. Logra el autor mantener en un buen tono la ficción, consiguiendo el ambiente alrededor de una base histórica tan débil. Sus alusiones arqueológicas, detalle muy romántico y consustancial a la novela histórica, existen sin gran profusión de número, pero con acierto de exposición, destacando entre ellos la descripción de la catedral de Sevilla. La pluma de Villalta corre más fluida y abundante en las descripciones que contribuyen a formar el color local de la novela, hasta el punto de que en ciertos momentos parece que quiere ser una novela de costumbres. La pintura de los caracteres adquiere tonalidades débiles y desvaídas, y el diálogo nos arrastra a unas parrafadas lentas y pesadas, que solamente adquieren viveza y agilidad cuando el diálogo se impregna de un carácter dramático. Las escenas que quieren ser cuadros naturalistas forman una sucesión de cuadros vulgares, entre los que se mezcla el chiste volteriano. Lo más que nos impresiona, y desfavorablemente, es la importancia que el autor ha dado a exaltar los términos de lo horrible y tremendo en su deseo desmedido de hacer uso de lo impresionante.
Aunque a Villalta se le cuenta entre los admiradores de Walter Scott, la influencia del escritor escocés sobre el autor de El golpe en vago, no es muy visible a simple golpe de vista, ni por su estilo ni por sus recursos imaginativos, aunque sí se verá, a lo largo de la obra, que alguno de los personajes y situaciones tienen cierta concomitancia con los del autor inglés, cosa no extraña en todas estas obras del género, pues siempre quedarían sedimentos de las repetidas lecturas de aquél. Dos obras de Scott parecen ser las que más directamente pesaron sobre el ánimo de nuestro escritor: Ivanhoe y Guy Mannering.

Bibliografía

Biografía-Crítica

ESPRONCEDA, José: Poesías. Prólogo de García de Villalta. Imp. Yenes. Madrid, 1840.
GARRIDO, Fernando: Historia del reinado del último Borbón de España. Barcelona. Manero, 1868-1869, t. I.
HUGO, Víctor: Último día de un reo de muerte. Traducción de García de Villalta. Madrid. Imp. Norberto Llorencia, 1834.
MÉNDEZ BEJARANO: Diccionario de escritores, maestros y oradores naturales

de Sevilla y su actual provincia. Sevilla, 1922.
NÚÑEZ DE ARENAS, M.: «García de Villalta». Miscelánea romántica, en Bol. de la Bib. Mén. Pel., 1927, IX, 32.
OCHOA: Miscelánea de literatura, viajes y novelas. París, Bailly Baillière, 1867.
OCHOA, Eugenio de: París, Londres y Madrid. París, Baudry, 1861.
PASTOR DÍAZ, Nicomedes: Obras. Madrid, Tello, 1866.
PEERS, Allison: Revue Hispanique, octubre de 1926, págs. 104 y sgs. Estudia las reminiscencias de Walter Scott en El golpe en vago.
Teatro moderno español. Colec. de varios dramas de autores modernos. Madrid, Repullés, 1836-38.
TORRE PINTUELES, Elías: La vida y la obra de José García de Villalta, Madrid, 1960.
ZORRILLA, José: Recuerdos del tiempo viejo. Barcelona, 1888. Madrid, 1882.

Ediciones

El golpe en vago. Cuento de la 18.ª centuria, por don José García de Villalta. Madrid. Imp. de Repullés, gabinete literario, 1835. 6 tomos. Es la primera edición.
El golpe en vago. Reimpresión de la anterior. Madrid. Imp. de Luis García, 1859.
Pueden leerse noticias sobre él, en otras revistas de la época, en:
El Español, 1837.
El Labriego, 1840.
Panorama. Madrid, 1838.
El Pensamiento.
Revista de España, agosto de 1834.
El Siglo, 1834.

Introducción
Carta de don Alejo Cevallastigardi y Chodapeturra al editor

San Sebastián, 1 de enero de 18...
Muy señor mío:
Ya me parece que le veo a usted confirmar preocupadamente de ilegibles los

papelotes del adjunto paquete, si por casualidad ha mirado la firma y observado por ella que yo, autor suyo, he tenido la felicidad de ver la luz en las provincias. Pero, no es de usted el juicio, el que un bledo a mí me importa, sino el fallo del público, que no bien ha echado el ojo a nombre del solar de Vizcaya en el rótulo de un libro, cuando a las mientes se le viene aquello de «si lanza arrojas y espada sacas», como si no tuviéramos nosotros cascos, lengua y pluma tan buena como las que se encuentran allende. Y no crea usted que me pese esta necia opinión popular por el respeto o amor que al público le tengo; que sería yo asaz de mentecata si amara la mezcla de ignorante plebe, nobleza ignorante, caprichosas viejas, petulantes niñas, lampiños mancebos, hombres sin mérito ni luces y chiquillos llorones, de que en la totalidad se compone el dicho público, aunque haya engastados en él, como margaritas en cieno; algunas personas de virtud y de talento, cuya admiración valga un comino. Por lo que me toca a mí al alma la tal frasecita de «si lanza arrojas», es porque me toca el bolsillo. Quiero decir, que el caribe del público se guardaría muy bien de comprar el libro de pasatiempo, en que viese por el del autor un nombre acabado en la sonora terminación de Urrua, Agarrí u otras igualmente armoniosas de mi provincia. Por ende, y para que pueda valerme la brillante producción que le envío un caudal; si es posible, porque mi objeto, para con franqueza hablar, es enriquecerme pronto con la pluma, sírvase usted, que entiende ese trapicheo, de hacérmela imprimir, poniendo al frente otro nombre que acabe en apelmazadas «aes», o de modo cualquiera, con tal de que antes parezca tártaro que vizcaíno.
Como no dudo que se agolpará el público a comprarla cual pan bendito, me ha parecido conveniente advertir a usted se depositen las sumas que vaya produciendo por mano de usted propia, pero con el correspondiente recibo, en una de las principales casas de comercio de esa corte que tenga correspondencia con Inglaterra; en cuyo Banco pienso ponerlas a interés. Se apropiará usted por vía de comisión un cuartillo por ciento, que no es mala granjería, y podría sacar de ella un dineral.
Puede que a mis años y en mi carácter y canas halle usted extraño, pues tal es la fatuidad humana, el que me ponga a hora a contar cuentecitos. Pero, ¿a quién le sienta mejor hacerlo que a los ancianos, según aquello de Narrative old age, de Pope? También me han dicho algunos indiscretos que, en caso de escribir libros inútiles, cual son todos los que no tratan de asuntos píos o científicos, como es, a saber, vidas de santos o artes de cocina, debía elegir un poema épico, bien clásico y pesado, cuyos personajes se llamasen Patroclos, Acates, Ulises, etc. En él podía imitar a mis anchas a los antiguos, y repetir por la millonésima vez lo que ellos dijeron con otras palabras. O si me da por lo lírico o lo bucólico, elegir alguna pastorcita de las muchas que en estas cercanías guardan cerdos; quitarle el nombre vulgar de Pacorra o Manola con que se distinguen, llamarla Silvia, y componerle versos que me hicieran inmortal. Todo menos invención. El privilegio de ver y pintar la Naturaleza fue de los antiguos. A nosotros nos está vedado retratarla directamente, y es preciso que nos contentemos con remedar las copias de los griegos y de los romanos, o cuando más de los franceses, aunque en esto parece que varía el sentir de nuestros doctores.
-Pero, ¿por qué es todo eso? -le pregunté al sandio, rechinándome los

dientes.
-¿Es nuestra naturaleza inferior a la que los clásicos gozaron?
-No está ahí el ítem -me contestó el crítico-, sino, en que si a usted, por ejemplo, se le va la pluma mañana y nos escribe algo que no puede ajustarse a la ley épica de Homero, a la dramática de Terencio o la sátira de Juvenal, ¿cómo habían de juzgar de ella nuestros doctos? ¿Con qué reglas de Aristóteles o de Longino habían de medirle a usted las palabras, si no conocieron su asunto de usted aquellos reglistas? Y como los doctos que juzgan son hombres de carne y hueso, pero sin talentos ni inspiraciones propias, ni más riqueza mental que saber a fuerza de años de estudio algo de lo que en instantes de fervor poético escribieron otros, si usted o semejante quidam que ni es doctor ni miembro de la Academia le pone delante un cuadro nuevo, para cuyo examen no basten sus anteojos, cuya profundidad no pueden penetrar; cuyo colorido los deslumbre, como por un lado no entienden el asunto, y por otro son tan sabihondos que de puro saber viven, dicen que es una monstruosidad la pintura, y se aperran contra ella, para no descubrir lo inútil de sus herramientas, ni que se mofe de ellos la plebe. De aquí es, señor don Alejo, la tirria que tienen nuestros doctos a los autores ingleses y alemanes. Pues, ¿no se la han detener, señor, si no los entienden? Uno de ellos, y de los muy pedantes y doctorales por más señas, tuvo no ha largos años la audaz majadería de intentar un ataque contra Shakespeare traduciéndole, o más bien descuartizándole su Hamlet. No hay línea en la versión; aunque da ésta vehementes indicios de no haberse hecho de la lengua original; no hay línea, repito; que no demuestre palpablemente la presunción ridícula, la ignorancia y desacierto con que en cuanto dice procedía el traductor. Nadie se ha burlado aún de esta miserable parodia, que no traducción; ¿y por qué? Por cuatro razones principales y cuatro mil accesorias. Primera, porque pocos conocen ni el original ni la copia. Segunda, porque el desventurado copista era también de los doctores. Tercera; porque fue su objeto, al farfullar aquellas duras y borrosas páginas, combatir el desenfreno inventor de los modernos, y volver este derecho a sus antiguos cauces. Cuarta, porque los doctores o sabios de respetable y autorizada crítica no saben el inglés, e ignoran cuántas dio en la herradura su colega. Así, pues, déjese usted de cuentos ni consejas, y a lo épico, señor don Alejo: o ya que quiera usted obstinadamente que hablen sus personajes en prosa, unos dialoguitos principiando con... Muchas veces he pensado, oh Teófilo, o cosa semejante que pueda pasar por imitación de Platón. ¡Pero novelas! ¡Se le tragarán a usted vivo! Eso de contar cuentos es cosa de niños o damiselas sentimentales.
Le confieso a usted que me encendió el crítico en cólera. Me hubiera tirado a él...; pero reprimiéndome le dije:
-¿Conque me quiere usted hacer creer formalmente que Cervantes, Voltaire y sir Walter Scott eran tres señoritas petimetras, ni más ni menos?
-¡Ah! Eso es diverso -me contestó-. Ésos son grandes hombres.
-¡Pues cogilo, por Santa Ana! -le repliqué con la tenacidad de mi provincia- ¿Y son sus cuentos buenos?
-Admirables..., pero...
-¡No hay peros conmigo! Según usted confiesa, existen novelas buenas que han dejado justa y honrosa inmortalidad a sus autores. Las novelas malas

serán de niños y damas, así como los poemas épicos malos son propia fruta de pesados y estúpidos estudiantones; las malas historias de muñidores de cofradía, y los malos versos amorosos de todo el mundo; sin que esto deba quitar su fama a los primeros en cada clase, como Hornero, Cervantes, Tácito, Garcilaso y Herrera. Lo malo, señor crítico vinagre, ya sabíamos que era malo antes que usted ni sus doctores lo dijeran, aunque se tratase de oro, vino o diamantes; lo bueno siempre es bueno, ¡voto a tal!, aunque sea agua pura, hierro o mármol, y en cuanto a los géneros, no es mejor, ¡vive: Roque!, lo trágico que lo cómico, elegíaco o novelesco, pues son composiciones de diversa inspiración y consecuencias, y no pueden compararse entre sí, como no pueden los estilos del Corregio de Rafael y Murilla, cuyas bellezas respectivas consisten en cosas diferentes; aunque todos juntos y cada uno de por sí creó más bellezas que usted ni sus doctores han imaginado, en el discurso entero de tan largas e inútiles, vidas como llevan. ¡Mucho de enhoramala para él, el hallafaltas!
Salió mi hombre cabizbajo, y obró como prudente, porque arranques me dieron de hacerle salir por la ventana; pero del enemigo el consejo. Como me dijo que no inventara, me he guardado cual de pecar de poner una sola cosa sacada de mi cabeza. Usted sabe, y si no sépalo, que fue mi padre hijo de un caballero abuelo mío, el cual sirvió de mayordomo en Sevilla a los marqueses de E***; a uno de cuyos títulos le pasaron varias aventuras que forman el asunto de mi obra. Los papeles originales que comprueban los hechos envío a usted para que vea que no miento, y sepa de fijo que no hay cosa alguna inventada por mí si no es la retahíla de contar y decir, dijo Fulano, respondió Zutano, volvió Fulano a repetir, Zutano respondiole, y otras frases de puro ornato que hermoseen la sequedad de la acción.
Esperando quedo hará usted de modo que de manera alguna husmee el público mi nombre ni alcurnia; ni piense que el cuento es inventado ni mío, y confiado en que a vuelta de correo tendré carta de usted, incluyéndome letra de los primeros productos de mi obra, queda de usted muy atento y seguro servidor, q. s. m. b.:,
ALEJO CEVALLASTIGARDI Y CHODAPETURRA.
P. D.: No sería fuera de propósito que latinizara usted los nombres de los personajes, si a tanto alcanzan sus letras.

## Libro primero

### Capítulo I

> Come; shall we go and kill us Venison?
> And yet it irks me, the poor dappled fools,
> Being native burghers of this desert city,
> Should, in their own confines, with forked heads,
> Have their round haunches gored.

Vamos a la selva
a cazar venados,
aunque harto me pesa
que a los pobres diablos,
del monte desierto
libres ciudadanos,
la frente enrramada,
en sus mismos campos,
de sangre bañemos
con duro venablo.

(SHAKESPEARE.)

Érase que se era, y el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien le fuere a buscar, que en el medio de uno de los más calurosos días del verano de mil setecientos y pico, estación y hora en que en España de manera alguna

[...] Volge 'l desio
A' naviganti, e 'ntenerisce il cuore.

se apareció por las sierras de Andalucía, caballero en una mula cojas un personaje como hasta de cincuenta años de edad, de robusta talla y vigorosos miembros. Cubríale la cabeza un formidable sombrero de la forma de las canoas de indias, los hombros y espalda una abundante capucha de franela blanca, y el cuerpo túnica de lo mismo, arremangada la falda y prendida a la cintura para que no se empolvase y dejara libre movimiento a las robustas piernas del jinete. Eran de ante los calzones, de cuero también los botines, alta la silla de arzón, estribos de hierro, pretal tachonado y freno con cascabeles.
El cansancio de la mula hacía cada vez más sensible su cojera. También la vista del animal debía haber padecido algo a fuerza de años: a cada paso un tropezón, a cada tropezón un espolazo. Si hubiese sabida hablar la mula, hubiera recordado al espoleador el mucho peso de su persona y el de las alforjas que llevaba a la grupa; no pudiéndolo hacer, sufría en

silencio los palos, como otros que no son mulas, mientras su dueño picaba con una guaiceña de dos tercias un chicote de tabaco negro. La misma cuchilla le sirvió de eslabón, y a poco rato iba ya gozándose en las delicias de un pestilente cigarro. Momento aciago para la mula, pues apenas las manos del fumador quedaron desocupadas, tiró de la vara que llevaba debajo del muslo izquierdo; y le mosqueó en tal guisa las orejas, que le restituyó mal de su grado cierta parte de la fiereza juvenil.
Rara fisonomía era la del reverendo viajero. Rostro ovalado, facciones gruesas y osadas, cejas grandes medio canas, ojo audaz y penetrante, color tostado y labios grandes y espesos. Mucha irascibilidad, castigando a su cabalgadura; pero al deponer la vara, he aquí otro semblante en que campeaban la sencillez, la humildad y el descuidado contento. El mismo Lavater no hubiera fácilmente decidido si era nuestro hombre un bendito o un desesperado. El rosario que llevaba a la cintura favorecía la primera opinión; el trabuco colgado al arzón trasero daba indicios de la segunda. Pero lo que no puede dudarse, según la distracción en que parecía envuelto, es que ocupaban su ánimo asuntos de grave importancia, y que iba entregado a profundas meditaciones.
Tal vez hubiera continuado en ellas por más tiempo, a no haber querido la mula distraerlo, para lo cual hizo primero una genuflexión y profunda reverencia a guisa de apología, hincó en el suelo ambas rodillas, y se echó por tierra con grande compostura:
-Al fin se cumplió mi profecía -dijo el religioso con moderación ejemplar-. Gracias a Dios que no ha habido hueso roto -y apeándose ligeramente miró a la mula y conoció que no tenía cura-. Está in articulo mortis -añadió- y yo en el caso más gracioso del mundo. Gracias le sean dadas al prior que tan buenos palafrenes proporciona a sus inferiores. Si hubiera salido a recoger limosnas, no habría faltado otra acémila mejor en las caballerizas del convento.
La posición difícil del padre exigía antes movimientos que reflexiones. La mula estaba mordiendo la tierra con medio abierta boca, y los roncos quejidos que despedía, sus amortiguados ojos y abiertas narices indicaban que no tardaría mucho la muerte en librarla de frailes obesos que la montasen. Salió, pues, el viajero con su trabuco en la mano, y sin perderla de vista, en busca de algún pastor a quien dejar la silla y alforjas; o que tal vez le proporcionase otro bagaje con que llegar al lugar. Discurriendo así aquellas espesuras, oyó voces lejanas por entre los árboles, y se dirigió hacia el punto de donde salían, cuando de repente le detuvieron los cañones de dos escopetas que vio relumbrar detrás de unos matorrales, Se oían ya más cerca las voces y el ladrido de muchos perros, y el sonar de cuernos de caza restituyeron su confianza al viandante, que no dudó le socorriesen los manteros.
Apretó contento el paso, y al trasponer la enramada que tenía delante vio a uno de los cazadores en singular batalla con un jabalí herido. Había el caballero, que tal parecía en el traje, perdido su escopeta, que tenía rota, a los pies, y el sombrero, que estaba bajo los de la fiera; se defendía, empero, con increíble agilidad a la bayoneta, logró dar otra herida al jabalí, pero se descubrió al mismo tiempo, y le hizo el poderoso y ciego animal venir a tierra sin sentido.
Triunfante ya de aquel adversario, se lanzó el furibundo jabalí sobre el

fraile, que con serenidad varonil, y sin perder un instante, preparó su trabuco. La proximidad del objeto hizo inerrable la puntería; y cuatro o cinco balas que el cañón encerraba despedazaron la cabeza del impávido enemigo.
Pasó todo esto en poquísimos segundos, y tardaron pocos más en llegar los cazadores. Algunos acudieron al desmayado caballero, otros a examinar las heridas del jabalí, y los más a besar piadosamente las manos del religioso, y a dar aplauso a su proeza con mil gratulaciones y vivas al padre Narciso. Seguíanle en derredor los cazadores con aclamaciones ruidosas, al modo que solían sus propios perros al venado, cuando fijó la atención de todos uno de ellos, que con descompasados gemidos y abundantes lágrimas estaba de rodillas junto al postrado caballero.
-Mejor les pegaría a ciertos hombres que yo conozco -dijo un cazador de ojos truculentos y avinagrados-, mejor les pegaría una rueca que una escopeta -y con estas palabras presentó el pellejo del vino al padre Narciso.
-¿Quién lo duda? -respondió su paternidad, después de un potente trago- ¡Buen brebaje, a fe mía, tío Camueso! Bien puede darle a Dios las gracias de que no estaba lejos en este trance el padre Narciso.
-Así es -contestó el tío Camueso-, y es justo que venga a cenar con nosotros esta noche a la taberna del lugar, adonde le agasajaremos como se merece. Pero, ¿dónde se mete su paternidad, que no se le ha visto la sombra en todo el año?
-Ni se me verá en seis días en el pueblo -dijo el padre-, si no me buscáis vosotros una cabalgadura que me lleve a mí y a aquellas alforjas que traigo cargadas de escapularios y medallas de su santidad.
-Y tal vez con algún pañolito de seda y un par de varas de encaje -dijo con maliciosa sonrisa un viejo de rostro aguileño, chiquitín y vivaracho, que estaba también en rueda.
-¡Cepos quedos, lengua viperina! -replicó el reverendo sin encono-, que si el padre Narciso trae alguna vez media docena de pañizuelos que despachar en el lugar, a ningún pobre le ha cerrado todavía su bolsa ni su botella, y si trae una escopeta con que defender su persona, los hidalgos y los nobles suelen, como aquí veis, sacar el beneficio de ella.
-¿Qué tienes que responderle al padre, ojos de mochuelo? -preguntó el cazador truculento al vivaracho- ¿Por qué no vas a preguntarle a tu mujer la respuesta?
-Si fuera menester ir -respondió el de la diminuta figura-, iría yo mil veces, aunque fuera descalzo, antes que enviar al padre con el recado.
Se rió el padre Narciso, y a su imitación los cazadores; y después que hubo el jovial religioso devorado una parte no inconsiderable de las provisiones de sus amigos, y quitado su tersura y rotundidad a la bota de lo añejo, ocupó los lomos de una poderosa mula que los cazadores le prestaron, y dejando la suya para pasto de lobos, continuó su camino alegre y satisfecho.
Hablaron mucho los cazadores de la aparición del fraile, asegurando que había adquirido nuevos derechos a la gratitud del lugar por haber con tanta bizarría librado de la muerte al mejor de sus caballeros.
-Así es -dijo el viejo vivaracho-, el padre de don Carlos se quedará muy agradecido por haber salvado a su heredero, y por vida mía que me alegro,

porque él era el único padre de Aznalcóllar que no debía a su reverencia ningún favor particular.
Hubiera este pequeño juvenal recibido de sus compañeros la merecida reprimenda por modo de hablar tan libre, a no haberse quedado él y ellos absortos de una visión que casi pudiera llamarse milagrosa. Se les iba acercando con trémulo paso aquella misma mula que poco antes habían desaparejado y visto muerta. Retrocedieron sorprendidos, y habrían tal vez vuelto a matar al reviviente cuadrúpedo, imaginando su resurrección obra del demonio, a no haberlo es turbado el caballero, que ya estaba en su sentido y bastante mejor.
Venían siguiendo a la mula su escolapio, esto es, un robusto mocetón, al parecer gitano, y una vieja de la misma raza, agobiada de años y enfermedades, según era la dificultad con que se movía. No fue la casualidad que a aquel sitio los trajo desgraciada. Manifestaba el mozo, bajo el oscuro lustre de su rostro, mucha inteligencia y buena disposición. Cuando vio al caballero que estaba allí herido, dijo que entendía algo del sistema curativo de trancazos, cornadas y chirlos; se aplicó a curarle el brazo, y confesando con candor ajeno, por ventura, de más formales curanderos, que su ciencia y yerbas no alcanzaban más que a atajar la sangre e impedir la inflamación, aconsejó a su paciente no perdiera tiempo en volver a su lugar y ponerse en las manos del barbero.
La vieja compañera de nuestro físico de la legua había, mientras duraba la cura, revelado gran parte del porvenir a los medio crédulos y medio desconfiados cazadores, y la generosidad o profusión con que vio premiar los servicios quirúrgicos de su compañero la animaron a ofrecer al hidalgo su sobrenatural sabiduría. Halló a este nuevo auditor incrédulo y despegado por extremo, y sin manifestar el menor deseo de oír la relación de los grandes honores y dichas inauditas que le tenía guardadas la fortuna. Apuró la sibila su elocuencia para persuadirlo, habló de la sagacidad conocida de su raza y refiriéndose a ejemplos recientes, le recordó la resurrección de una mula, ejecutada a la vista de toda aquella sociedad ilustre, sin nombrar la cura de aquel braza hidalgo, hecha sin medicamentos y hasta sin hilas.
-Esos dos portentos, buena vieja -dijo el joven-, se han obrado en objetos tangibles, y no por vuestra agencia, sino por la de vuestro compañero. ¿Tiene acaso más inteligencia que él?
-Pues si me llaman a mí la tía inteligencia, señor caballero...
-Sin embargo, soy poco crédulo...
-Pues yo le juro a usía por esos mismos cabellos negros como el azabache, cuyos rizos le encubren el cuello, que ya que no quiere dar fe a mis venerables canas, se la dé a su propia; maravilla. Yo sabré despertarla. Usía tiene escrito, generoso, encima de esa frente ancha y despejada, y yo soy el genio de los pechos liberales.
-Bien, pasemos adelante -dijo el caballero- y veamos esas habilidades.
Con esta condescendencia quiso tal vez complacer a los cazadores que le rodeaban, y librarse más pronto de la oficiosa vieja.
-Aquí está mi mano; ¿cuándo me veré hecho obispo?
-Sepa usía, señor rapaz -contestó la vieja ya picada de aquel tonillo-, que no prodigo yo mi saber a los que le desprecian. El que quiera oírme ha de dar tanta más fe a mis palabras cuanto más estúpidas parezcan. Usía no

quiere oírme. ¡Paciencia! Pero para que se arrepienta de ello, y se persuada de quién soy yo, voy a decirle a usía su propio pensamiento, y el secreto que más guardado tiene en su corazón, y que ni a sí mismo querría revelar.
-El premio será proporcionado al acierto -contestó el joven, ya con alguna curiosidad-. No creía yo tener secreto ninguno; pero, pues usted lo dice, verdad debe ser. Y en cuanto a la otra oferta, ¿qué estoy yo pensando ahora?
-Escucha, ¡oh joven! -exclamó la encantadora con mucho énfasis-: Tú piensas en este instante que estás hablando con una vieja decrépita y algo inclinada a loca.
-Voto a tal, que tiene la mujer mil razones -replicó el caballero, algo sonrojado, entre mil ruidosas carcajadas de los circunstantes-.
-Y que no debo yo de estar dos dedos de serlo tanto como ella, pues con esta paciencia la estoy es cuchando. Pero en cuanto a aquel secreto...
-Ésa es cosa reservada -dijo la vieja-, y no tengo yo por costumbre divulgar los de nadie.
-Así, pues, no hay ya secreto...
-Al oído -replicó ella.
Y haciendo seña a los cazadores para que se apartasen un poco, aplicó los secos labios, separando antes los rizos que la cubrían, a la oreja del caballero. Era la forma de este vigorosa y simétrica, rutilante y penetradora su mirada, majestuoso su porte, cubierto apenas de vello el labio, y las facciones todas llenas de varonil belleza. Estaba oyendo con plácida sonrisa la comunicación de la hada, cubierta casi la frente con las rotas plumas del sombrero, la mejilla reclinada en la mano, y el codo sobre la base de una tronchada encina, cuando, súbitamente, reponiéndose, le preguntó con admiración y vehemencia a la gitana:
-¿Y puede usted satisfacer acaso este deseo? Hágalo sin demora, y señálese su propia recompensa.
-Un poder mayor que los que presiden en la tierra me impone silencio -replicó la bruja.
-No hay poder que encadene la voluntad -continuó con mayores instancias el caballero-. Condescienda usted, y pida.
-¡Basta, joven seductor! -exclamó la hechicera-; no sigas; que temo que a pesar de mis años y mis artes me cautive la mirada de esos ojos de fuego. Toma esta banda, cíñela a tus vestidos, ve mañana mismo a la ciudad mayor que haya cerca de tu morada, frecuenta los sitios públicos, y antes que el sol tercero se oculte detrás de las montañas, hallarás quien pueda satisfacerte, aunque no te respondo yo de que lo haga.
Tomó la banda el caballero, maquinalmente, dudando de lo mismo que veía, y casi sospechando que sonaba. Ya sus impacientes compañeros empezaron a acercarse y recordarle que era tarde, y necesario atender a su herida.
Sacó la bolsa, y sin examinarla se la arrojó a la profetisa, quien, con indescribible modestia, se la metió en la faltriquera, desapareciéndose de allí con su mocetón y mula coja, y con más rapidez que un pensamiento generoso de la mente de un avaro.
Mientras preparaban su vuelta los cazadores, los vecinos de Aznalcóllar, lugar a que pertenecían, se hallaban ocupadísimas, adornándose con sus ropas de día de fiesta para celebrar la venida. Esperaban las bellas

montañesas que examinasen su garbo y atavío los ojos de amantes, padres y maridos, pues todos los hombres capaces del lugar habían tomado parte en la expedición que anualmente hacían los serranos contra las fieras de sus distritos, y que solía durar dos semanas.
Poco antes de ponerse el sol estaba, pues, la plaza única de Aznalcóllar animadísima con la presencia de todas las madres, comadres, hijas y esposas del pueblo, amén de los chiquillos, y tal cual anciano de los que se habían alargado hasta el monte a recibir la cabalgada. No podían, empero, las serranas hacer alarde de la beldad y encanto que les dio naturaleza. Sendas mantillazas, o más bien mantos cumplidos, ¡Dios perdone a su inventor!, les cubrían desde la cabeza hasta más abajo de la cintura, permitiéndoles apenas el ejercicio de un solo ojo. La forma del pie, y el modo de sentarlo en el suelo, eran sobre poco más o menos los solos indicios por donde se podía conjeturar la belleza de aquellas honradas dueñas y doncellas. ¡Cuántos chascos se hubiera llevado allí un especulador!
Entre tanto número de tapadas que, sin embargo, estaban, al parecer, llenas de esperanza y de contento, entre tanto travieso muchacho como alborotaba la plaza, había una sola cara de hombre, y ésta, seria, meditabunda, y, como si la cabeza contigua estuviese ocupada en la resolución de algún problema de cálculo integral. Pertenecía el pensativo semblante al cuerpo del escribano de la villa, hombre alto, seco, huesudo; por consiguiente, vestido de negro, y luciendo una capa de grana de los mejores materiales y última moda. Para honor a tan rico sobre todo, y separarlo del contacto de aquella infinidad de sucios serranillos que por allí jugaban, se paseaba solo el escribano a la puerta de las Casas Consistoriales, separado del bullicio, que solían abandonar de cuando en cuando dos o tres chicuelos, para venir a ver, embobados, la prodigiosa capa.
Se dilataba ya la vuelta de los cazadores más de lo acostumbrado, lo que empezó a poner cuidadosas a sus amigas. Salieron algunas al campo, las siguieron otras, detrás los chicos; y al poco tiempo se quedó desierta la plaza, y sin admiradores la capa de grana del escribano. No se habían separado mucho del pueblo los grupos de las amables serranas, cuando se empezaron a oír las deseadas voces de los cuernos de caza, el relincho de los caballos y el bullicio de perros y monteros. Poco después se oyeron también los cantares de los cazadores, a que respondieron las bellas con sus voces y panderetas, más alegres aún cuando vieron asomar por la colina inmediata a los héroes del día, trayendo en solemne triunfo los despojos de su peligrosa función. Precedía la rústica comitiva un joven a caballo, de gallarda presencia, alegre semblante, serena frente y ligeros movimientos. Ondulaba por el aire su rubia cabellera, por habérsele caído el sombrero a causa de la velocidad del galope. Brillaba en su traje cierto crepúsculo o desmayado lustre del lujo hidalgo, que si bien lo distinguía de la clase llana, no alcanzaba a indicar que fuese de la ilustre. Este mancebo llegó el primero a nuestras lugareñas, y cambiando en tristeza la alegría que de continuo animaba sus labios, les dijo a dos de las tapadas que no tuviesen miedo, que no era el accidente de peligro. En cielos siempre puros y diáfanos la menor nebulosidad que borde el horizonte turba e inquieta a los que la descubren; en labios perennemente

risueños parece más triste la tristeza. Una de las dos tapadas retrocedió temerosa, preguntando la naturaleza del mal; la otra se adelantó resueltamente a averiguarlo por sí misma; y un instante después se hallaba junto al caballero, que no ha mucho vimos herido. Se apeó éste desde luego, ofreció el brazo a la dama, y notando su turbación:
-Ya veo -le dijo- que Alberto te habrá asustado con su atolondramiento y sus noticias.
-Pero, ¿es muy grande la herida? -le preguntó, agitadísima, la dama- ¿Puedes mover el brazo? ¡Qué palidez tan grande en las mejillas! -y al decirlo se pusieron las suyas de color de cera.
-¡Herida! -repitió con risa el caballero-: un mero aruño, que ya hubiera olvidado a no recordármelo el lisonjero interés con que tú le honras. Alberto me creyó sin duda en eminente20 riesgo, y aun contó medio rosario por la salud de mi alma antes de advertir que estaba entonces tan vivo como ahora.
Rodeaban ya al caballero multitud de personas, preguntándole los pormenores de su facción, que él repitió cortés y modestamente.
Llegaron en esto al lugar los cazadores con la comitiva que salió a recibirlos, y se dividieron en la plaza en pequeños grupos, acompañando al caballero a su casa las personas principales del pueblo.
Era la mansión de nuestro juvenil hidalgo espaciosa bastante para pasar en el fugar por palacio. Las señas, por si a algún lector se le ocurriese buscarla, escudo carcomido sobre la puerta, portal anchuroso, gran patio, y no pequeña escalera. Decoración en el testero del estrado de un árbol genealógico lleno de bastoncitos, espadas y capelos. Retratos por las paredes, de muchos señorones antiguos de fierísima catadura y sendos bigotazos negros, desde los cuales a los marcos dorados solían tender las arañas sus redes para cazar moscas. Durísimas sillas, desmesurados petos, espadas y armas antiguas, cuernos de venado y otros adornos del mismo jaez. Allí recibió el padre del caballero a sus tertulios con la cansada urbanidad de aquellos tiempos.
Aunque don Carlos Garci-Fernández, nombre del joven caballero de quien hablamos, vivía, en general, según el estilo de otros hidalgos de su edad y fortuna, se diferenciaba algo de éstos. Era entonces el saber leer y escribir inteligiblemente habilidad no muy común, y un mediano caudal de palabras latinas y reglas de gramática solía pasar entre la juventud por riqueza literaria. No es de extrañar que con entendimientos tan incultos, y tan absoluta ignorancia, no tuviese su ambición más alto objeto que capear bien un toro, o andar por la noche a tiros con la justicia. Carlos poseía más altos principios. Había formado su corazón un mentor virtuoso, que respetuosamente pedimos permiso para presentar al público.
Don Juan Meléndez de Valdecañas, cura párroco de Aznalcóllar, tendría, en el momento en que se abre nuestra escena, de cincuenta y cinco a sesenta años. Era de disposición impetuosa y perentoria y de costumbres austeras. Tal vez se le podría acusar de tener mayor reserva con sus feligreses, que debiera el pastor con sus ovejas; pero socorría al mismo tiempo con inaudita generosidad a los pobres, los escudaba contra toda opresión; promovía por medio de sus altas relaciones en la Corte los intereses del pueblo y patrocinaba liberalmente los adelantos de la agricultura y de la industria. No obstante su caridad inagotable y ejemplar conducta, le

profesaban quizá sus feligreses menos amor que respeto, Era severo de fisonomía, de elevada e imperiosa talla, alta y despejada frente, mirada penetrante, aire abstraído y misántropo y color demasiado moreno, que, en contraste con su plateada cabellera, no le dejaban amabilidad alguna en el semblante. Bienhechor incansable de sus prójimos, amparo cierto, y consuelo de los afligidos, hubiera tal vez sido víctima de sus propias virtudes y talentos a no haberlo defendido su parentesco con los primeros nobles de la nación. Insultaban la pureza de su vida y su generosa conducta algunas gentes de influjo que no podían soportar se les arguyese de continuo en medio de su rapacidad y desórdenes con el ejemplo del párroco de Aznalcóllar. Se circulaban contra él rumores de que podía la inquisición haber tomado conocimiento directo. Decían algunos que solía el cura pasarse noches enteras en un torreón de su casa, rodeado de instrumentos de construcción rara y necromántica; que despreciando el sueño necesario a los otros hombres, saludaba diariamente a la aurora con la música de un clave, y extrañas cadencias en lengua más extraña; y a éstos añadían otros cargos, igualmente infundados e imaginarios. Tal era el tutor de Carlos. Le había dado la naturaleza un ánimo ardiente, un feliz ingenio y un corazón inflamado de vehementes pasiones. Fue su cuna, como ya hemos indicado, ilustre; y supo en su mocedad ornar la espada con los laureles de Apolo. Como Garcilaso, Ercilla, Cervantes, Mendoza y otros muchos españoles de los pasados tiempos, concibió el noble deseo de hacer dudar en los nuestros y en los futuros si merecía más aplauso por la belleza de sus composiciones o por la bizarría de sus proezas. Al volver de las guerras del Norte, después del tratado de Viena de 1731, sufrió este distinguido caballero varias calamidades que contristaron profundamente su espíritu, y resolvió abandonar el mundo y buscar la paz en la soledad y el estudio. Siendo éstos los motivos que le hicieron abrazar el sacerdocio, rehusó las dignidades eclesiásticas que en la Corte le ofrecieron, y se retiró al pequeño lugar de Aznalcóllar, adonde casualmente Carlos, niño entonces de poquísimos años, le ayudó a la misa primera que dijo en el pueblo. Agradaron al cura su desembarazo y viveza; y creciendo esta predilección con el trato diario, resolvió, encargarse seriamente de la educación de su favorito. No se limitó en el desempeño de este deber sagrado a hacer aprender a su alumno estupendas cosazas de memoria, sino que, combinando en un plan maduramente dirigido el cultivo de su razón con el de sus facultades físicas y morales, y aprovechándose de la buena disposición natural de su educando, logró formar de él un joven instruido, ágil, afable, fuerte, generoso, no menos modesto que cortés y valiente.

Entraron en casa de Carlos casi al momento mismo de su llegada, el físico y el barbero del pueblo, que curaron su herida, declarándola poco importante y nada peligrosa. Después de una abundante cena, a que concurrió, como suele decirse, la flor del pueblo, empezaron a sonar castañetas, flautas y guitarras, y un momento después rompió el baile con general y bulliciosa alegría. Dio Carlos pruebas de su deferencia hacia la niña que tanto se había interesado por su salud, absteniéndose, para no empeorarla, de empezar el baile, como en calidad de principal personaje debía haber hecho. Compensó con ventajas la compulsiva quietud de Carlos su amigo Alberto, mozo de infatigable energía en el bolero, oportuno

requebrista, diestro tocador de guitarra, y extremado cantor de playeras y rondeñas. Le trataban con amistoso afecto tías y madres, antiguas solteronas y doncellas principiantes. Pero con más ternura que todas la tímida Eugenia, la de los ojos azules, compañera por la tarde de la señorita, que junto a Carlos estaba.

Era esta la beldad del pueblo y el orgullo de la sierra. Desdeñosa, tal vez demasiado, pero con aquel desdén altivo y majestuoso, aquella majestad afable e inteligente que tiene por principio un alto mérito. Cabello negro en abundancia, rizado, suelto y sedoso; ojos rutilantes y de encendida mirada; frente diáfana y orgullosa, y una sonrisa que te volvería, ¡oh lector caro!, el juicio, si por ventura no le tienes ya vuelto. ¡Dichoso, pues, Carlos!, a quien con dulcísima voz hacía de secretillo esta pregunta:

-¿Y forzosamente ha de ser mañana la partida?

-Sin duda -contestó el caballero-, pues no le permiten a mi padre sus dolencias presentarse en Sevilla, adonde acaba de decirme que se le llama de orden superior y sin demora para la liquidación de no sé qué cuentas.

-Pero con esta calor inmensa y tu herida, es muy arriesgado. ¿No ves que podría sobrevenirte una calentura?

-¿Y cómo he de remediarlo? ¿No quieres tú que vaya?

-Sólo querría que no fueses en esta semana. No me opongo al viaje; pero siento que lo hayas de hacer ahora.

-¿Y por qué?

-Ya te lo diré cuando vuelva de Sevilla.

-¡Nada de eso, dulce Isabel mía! ¿Qué momento más oportuno que éste?

-Más ha de serlo el otro, noble señor don Carlos.

-¡Imposible!, y si lo fuese, tu con descendencia presente daría nuevo mérito a la comunicación. Vamos; ¿por qué querrías que no fuese mañana el viaje?

-Tal vez por un capricho, tal vez por miedo de que se te empeore el brazo...

-No, señora mía; otros motivos habrá más poderosos...

-Creo que no te ha de gustar saberlos...

-Te perdono el enojo que me dieren.

-Pues sabe, y te digo esto contra toda mi voluntad, que ha llegado hoy el padre...

A este punto fue el diálogo interrumpido por el de Carlos, caballero de la antigua, estampa, como hemos dicho, que aproximándose a los interlocutores entró en conversación con la dama, reprendiéndole afablemente el que no se hubiera divertido ni bailado en toda la noche con las otras chicas.

Comenzaron a retirarse los tertulios, y tornando el anciano caballero el empeño agradable de acompañar a su casa a la bella Isabel, mandó a su hijo se fuese a descansar hasta el otro día. Obedeció éste, poco satisfecho de no haber sabido lo que Isabel iba a decirle, y se retiró a su estancia a soñar con ella, con lo que le había pasado con la gitana, y con su inmediato viaje a Sevilla.

## Capítulo II

> Si estos preceptos y estas reglas sigues, serán luengos tus días, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, casarás tus hijos como quisieres, títulos tendrán ellos y tus nietos, vivirás en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros nietezuelos.
>
> (CERVANTES, Don Quijote..., parte II, cap. XLII.)

Aún no había salido el sol del siguiente día, cuando ya estaba el anciano Garci-Fernández a la cabecera de su hijo, preguntándole si se sentía del todo restablecido y capaz de emprender el viaje. Contestole el joven en la afirmativa, observando al tiempo de salir su padre del cuarto cierta agitación, rara vez manifestada en el rostro del buen caballero. Era, en efecto, este señor de carácter igual, sencillo y afabilísimo; cristiano sin gazmoñería, caritativo sin ostentación, y aunque escrupuloso en extremo respecto a su decoro personal y al que se debía a la fama y gloria de sus ascendientes, que, como el árbol genealógico mostraba, no habían sido pocos, hombre de trato llano y apacible. Amaba ciegamente a su hijo, único objeto de sus cuidados y cariño, desde que quedó viudo, dieciocho años antes de la época de que hablamos. Había sido dichosa su vida, si bien alguna vez turbaba la paz de su pecho el comparar la activa gloria de sus antecesores con la oscuridad en que él pasaba sus días; cuyas tinieblas, empero, no le dejaban romper la pereza. Su caudal había disminuido bastante, como sucede siempre en una administración descuidada; pero era aún de los más opulentos de aquellas cercanías; y le bastaba para proveer las caballerizas de su hijo de los mejores caballos andaluces; y a los pobres del pueblo del mejor trigo del mercado. No había Carlos viajado, ni aun ido todavía solo a las ciudades cercanas, y la vigilancia y amor paterno le ponían al anciano delante de mil imaginarios peligros a que estaban sujetos los caminantes, y que podrían acometer a su hijo. Se acusaba a sí mismo de la futilidad de tales pensamientos, que, sin embargo, le habían atormentado y tenídolo en vigilia la mayor parte de la noche.

No durmió Carlos más ni mejor que su señor, empeñado en convencerse a sí mismo de que era la orden del Gobierno y no la misteriosa promesa de la gitana la que le llevaba tan apresurado a Sevilla. Bajó, empero, a donde le esperaba su padre, sala fresca y baja que caía al jardín, y desde la cual se dejaba ver el horno y la tía Diega, digna y antigua ama de la familia, observando cuidadosamente desde su portezuela la coagulación de un tremendo pastor que debía acompañar al señorito en el viaje.

-Vamos, que no has estada perezoso -dijo el padre, viendo a Carlos ya pronto para echar a andar.

Con estas palabras se acercaron los dos a la mesa, aunque hicieron poquísimo honor a los guisos de la tía Diega. Estaba Carlos triste de ver la tristeza de su padre, que parecía poseído de un funesto presagio, o tal

vez de alguna enfermedad natural.
-¿No se siente usted bueno esta mañana? -le preguntó Carlos, con la respetuosa ternura que solía.
-Sí, hijo mío -replicó el anciano-; pero no sé por qué tengo el ánimo tan abatido como si me fuese a suceder alguna desgracia.
-Pues entonces más vale dejar hasta mañana mi viaje, no sea que se ponga usted malo...
-No se hable de eso. Ya tú ves que eres un hombre, que mi salud va desmejorándose cada día más, y es menester que empieces a aprender a gobernarte por ti mismo. Yo te faltaré mañana o el otro...
-¡Vaya, señor! ¿Qué melancolía es ésa?
-Escucha, hijo mío. Hoy te separas por primera vez de los brazos de tu amante padre. Hoy puedes decir que entras por primera vez en el mundo cuyos senderos abre la virtud y aplana y facilita la prudencia. Si eres justo, avisado y generoso, llegarás coronado de flores al término de tu vida: si el vicio mancilla tu pecho, todos serían abrojos...
-Pero, ¿le he dado a usted motivo acaso, o impensadamente?
-¡Lejos de eso, Carlos mío! ¿Qué padre más feliz que yo en la tierra? Pero tú eres joven, careces aún de experiencia... y... ya se ve... a tu edad todos... ¿Y por qué me ha de faltar valor para decirte lo que quiero? No, señor, no lo he de encerrar en mi pecho, que mi hijo tiene, gracias a Dios, bastante elevación de alma para oír con deferencia los consejos de un padre anciano.
Y asiendo firmemente, la mano de Carlos, continuó así:
-Isabel..., observo tu conmoción, hijo mío; pero escúchame con paciencia. ¿Ves el sol que brilla sobre aquella fuente? ¡Cuántos a quienes ahora mismo calienta no verán jamás su ocaso! Yo me siento triste..., tal vez alguna poca de destemplanza, o quizá solemne aviso de que se va acercando mi plazo. Con cuánto dolor bajaría a la tumba si no hubiese dado a mi hijo de mi alma mi bendición y consejos.
En vano intentó Carlos repetidas veces disipar aquella pasión de ánimo de su padre. Éste continuó su discurso:
-Ya hace días, hijo, que te he observado demasiado atento a Isabel..., ¡paciencia, Carlos, por Dios!; ya ves que hablo con tiempo para que puedas reprimir tus inclinaciones cuando aún no se hayan arraigado. Isabel no pertenece a nuestra clase. Excelente muchacha, buena cristiana, afable, hermosa como una flor, todo lo que usted quiera; pero de cuna menos que mediana, y tú la sola esperanza de un linaje distinguido entre los más ilustres de Castilla. No enciendas, hijo mío, la antorcha nupcial con una mujer de extracción baja, que jamás Dios bendice alianzas tales. No es éste el favor, único que tu padre te pide; ni el único mandamiento que te impone. Acuérdate de que yo, último de nuestra raza, he podido siempre descubrir al público mi frente, sin que tema el pobre su arrogancia, ni desprecie su humildad el poderoso. Conserva tu inocencia en la ciudad voluptuosa adonde pasas. Nunca cedas a una agresión injusta; pero acuérdate de que la urbanidad es la mejor arma defensiva. Ten a Dios siempre en el pecho, y en él hallarás refugio y puertos inerrables. Arrodíllate, hijo mío.
Carlos lo hizo, y poniéndole su padre ambas manos en la cabeza, y volviendo al cielo los ojos anegados en lágrimas, pidió al Todopoderoso le

colmase de bendiciones, y se retiró inmediatamente, para hacer más impresiva aquella escena.
Jamás había entrado en él ánimo de nuestro doncel la posibilidad de desobedecer en cosa alguna a su padre. Moriría el anciano de pesar si viera celebrar a su único hijo una alianza tan poco honrosa para la familia; y la agitación y perplejidad de Carlos combinaban con un cierto remordimiento que no le era posible reprimir. Era el suyo el más indulgente de los padres, el más franco y el mejor de los amigos; y él, sin embargo, había entrado en serios compromisos y había ofrecido su mano sin consultarle ni aun hacerle saber tan importantes determinaciones.
Aguijoneado por estos pensamientos y fatigosas ideas, montó el joven a caballo; y sin despedirse de la pobre tía Diega, que estaba aún con el delantal en los ojos, salió de Aznalcóllar echando chispas, o a espeta perros, si esta frase fuese más grata. Corrió sin detenerse dos millas que distará del pueblo la cascada adonde van las serranas por agua, y tal vez a oír las quejas de sus adoradores. Ni son sólo las del estado llano las que concurren a la fuente, que suelen también acudir a ella las hidalgas con sus cantarillos de búcaro o de exquisita y transparente china. Aquel sitio, siempre romántico, lo era más en una hermosa mañana de verano en que regalaban los sentidos la fragancia, frescura y armonía producidas por las aguas al precipitarse de roca en roca, y resbalar luego en viva corriente por lecho de flores, reflejando la luz del sol en millares de dorados prismas.
Ya estaba Carlos cerca de la cascada, cuando a deshora reprimió la velocidad de su bridón, perdió el color de las mejillas, y le faltó en parte el aliento. Llenó, sus ojos, en efecto, la forma sílfica de Isabel, que con su amiga Eugenia bajaba por la opuesta colina. Aquella inesperada visión aumentó el desorden de sus ideas, y apenas acertaba a saludar a su interesante amiga. La sonrisa que ornaba los labios de Isabel, más frescos y encarnados que las rosas de su guirnalda, no tardó en trocarse en expresión temerosa al observar la palidez y desconcierto del apresurado jinete.
-¿Qué tienes, Carlos? -exclamó con afectuoso interés- Aún no estás restablecido; bien lo veo, concédeme el favor que te pedí anoche, y cúrate del todo antes de ir a Sevilla.
-No temas, alma mía -respondió el caballero con una sonrisa forzada que hacía su agitación más visible-. Otras cosas me incomodan más que la herida y que ciento que tuviera como ella.
-Pues entonces, ¿cómo estás así? ¿Ha sucedido algo en casa? ¿Está tu padre malo?
-No, Isabel mía. Cosas pequeñas que yo te contaré a mi vuelta... Nada serio...
Aquí llegaban en su conversación, cuando se presentó el padre Narciso, jinete, el día anterior, de una memorable mula; y los saludó con el acostumbrado: «Dios os dé muy buenos días, muchachos».
-Y también a su reverencia -contestaron los jóvenes.
-Dios os lo pague, chicos -continuó el padre-, Vamos, ¿y cómo va esa herida, señor caballero?
-Apenas la siento ya -replicó Carlos-, y celebro esta ocasión de dar a vuestra paternidad las gracias por su oportuna interferencia contra mi

adversario.
-A Dios le sean dadas, señor caballero. Siempre he apreciado yo la casa de Garci-Fernández; y tengo a grande dicha el haberle podido hacer un pequeño servicio.
-Vuestra paternidad nos llena de favores, y desearía ocasión en que mostrarme agradecido.
-Vamos, vamos, señorito, que no es tanta la gana que usted tiene de complacer al pobre padre Narciso. Ya usted me entiende.
-No, a fe mía.
-Pues ven acá, atolondrado; ¿no te tengo dicho que te ocupes más de tus estudios, y menos de embaucar a las muchachas del pueblo?
-Perdone vuestra paternidad que le diga que esos son asuntos temporales en que podía omitir dar su consejo.
-Pues perdone, señor hidalgo, que le responda que yo me guardaría muy bien de darlos si para ello no tuviese derecho. Anduviese usted en buena hora rondando las puertas de las hidalgas y las nobles señoras, y dejáralo yo en paz seguir sus inclinaciones, porque podrían ser honestas, pero que me sonsaque y alucine a una pobre huérfana, sin hogar, propiedades ni cuna, con quien tan gran caballero no ha de casarse...
Los ojos de Isabel se llenaron de lágrimas, y de sollozos el hermoso seno.
-¡Voto a Dios! -prorrumpió el caballero en acentos descompasados-, que vuestra reverencia, padre Narciso, deje en paz a quien no le provoca, y a quien es incapaz de la inicua conducta que usted insinúa; guarde sus pláticas para quien las necesite...
-¡Infeliz de ti, mancebo! -exclamó, interrumpiéndole, el fraile-, que ese orgullo, Dios no lo permita, ha de llevarte a mala muerte. Sabe, desventurado, que en defensa de la virtud no sólo debe arrostrar el sacerdote la ira de un rapaz, por noble que sea, sino la de reyes y emperadores, si necesario fuese: la muerte y el martirio mismo son nuestra corona. Respeta a los ministros del cielo...
-¡Ay de vuestra reverencia -contestó Carlos, con llameantes ojos- si no los respetara!
-¿Cómo? ¿Y a mí te atreves, sacrílego? -repuso el padre Narciso, con movimientos y voz no más sosegados que los del joven.
-Sigue, Carlos, sigue tu camino -exclamaron con terror y lágrimas Isabel y Eugenia, deseosas de evitar una calamidad-. Respeta el santo hábito del padre...
-Sí, sí, os obedezco; a Dios quedad. No estoy en mí, y si me detengo un minuto no sé lo que será de nosotros... Y en cuanto a su reverencia... pero partamos en paz. Dios le guarde -dijo Carlos; Y dando de las espuelas al caballo, y espumando de cólera; salió de la cascada, pálido, convulsivo y veloz como el relámpago. Isabel se despidió del padre Narciso, y se retiró al pueblo humillada, ofendida, y traspasado el pecho de dolor.
Quedó, pues, solo el padre Narciso, y se sentó con grande sosiego a la sombra, a rezar su rosario. Tenía este reverendo la propiedad, común a todos los personajes de dramas y romances, de hablar sólo cuando pensaba, práctica utilísima para los autores, que aprovechan de ella, sin asegurar, empero, bajo juramento que la dicha persona dijo las dichas que dicho lugar, día, mes y año, sino que las hubiera dicho al reducir sus pensamientos a palabras. El padre Narciso habló, pues, o pudo haber

hablado así:
-¡Qué insolencia de barbilampiño! Pues mándole yo que si no detiene un poco el caballo se haga los sesos tortilla antes de haber corrido otra legua. ¿Pues y la tal Isabelita? ¿No es la niña suave como una malva? Si con los ojos hubiera podido matarme, ya estaría yo de cuerpo presente. ¡Inútil resistencia! Su suerte está decidida, y ha de someterse a ella, o no sería yo quien soy en primer lugar que le conviene; y si no le conviniera, bastaba que yo me hubiese empeñado...
Hasta aquí había el padre dicho o pensado, cuando sintió que le daban una palmadita en la espalda. Volvió la cabeza, y no pudo menos de hacer un movimiento en que se mezclaron el temor y la sorpresa al ver junto a sí un negro de gigantescas formas, encendidos los ojos, lanoso y cano pelo, fantástico traje y descarnadas encías, que dando, por vía de gracia, diente con diente, se le había acercado y estaba haciéndole mohines y reverencias con un enorme bastonazo que traía en la mano. Se llamaba este individuo Pedro, y era él medio inocente, medio bellaco, hazmerreír del lugar con sus puntas de magia, incombustibilidad de carnes y otras recomendaciones.
-¿A qué diablos vienes aquí tan de mañana? -le preguntó el fraile entre enojado y risueño.
-A beber agua -respondió el negro en lengua muy ininteligible.
-Pero me han dicho, Pedro, que te gusta más el vino.
-¡Ah!, ¡vino bueno!, ¡buen vino! -respondió el negro, chispeando de gozo, corno si ya tuviera una bota de él en la mano.
-Pues bien, Pedro, si tienes sed esta tarde, ven al convento y yo te regalaré con vino dulce.
-¡Vino dulce!, ¡vino dulce! -repitió el negro; y con grandes saltos y alboroto desapareció tan ligero como se había aparecido.
Empezaba ya el sol a picar demasiado, y el padre Narciso, colgándose muy despacio el rosario a la cintura, se fue paso entre paso al lugar, habiendo determinado valerse del negro, si era necesario, para sus planes respecto a Isabel.

## Capítulo III

But nothing could a charm impart,
To soothe the stranger's woe;
For grief was heavy at his heart
Aud tears began to flow.

His rising cares the hermit spied,
With answering care apprest:
«Aud whence, unhappy youth», he cried,
«The sorrows of thy breast?».

Nada calmaba los males
del extraño, ni el despecho,
y salió el dolor del pecho
de lágrimas en raudales.

Y el eremita, afligido
de su aflicción y amargura.
«¿De dónde tu desventura,
triste mancebo, ha nacido?».

(GOLDSMITH.)

Ya era más de medio día antes que hubiese observado Carlos por el cansancio de su caballo que llevaba corrida mucha tierra, y que se había salido del camino. Tal iba su cabeza. Se levantó sobre los estribos, alargó el cuello en todas direcciones, espoleó al caballo hasta subir a todas las colinas cercanas, pero ni descubrió choza ni rebaño, ni oyó siquiera el ladrido de un perro. Hasta las aves habían callado sus trinos, opresas por la abrasadora efulgencia de los cielos. Todo era calma. La naturaleza, como si la devorase una fiebre ardiente, respiraba con trabajo su bochornoso y sofocador aliento, potente apenas para mover las hojas de los árboles de los bosques. Los rayos del sol quemaban sin lustre a través de una atmósfera densa, que se enardecía al descomponerlos cubriéndose de un matiz rojo y deslumbrador. Fatigadísimo el viajero, y viendo que lo estaba aún más su caballo, se apeó al pie de una encina, junto a la cual corría un manso arroyuelo.
Gracias a la tía Diega, halló sus alforjas bien provistas de combustible, y junto a ellas un saquito de cebada para el caballo. Considere el lector juvenil y robusto qué tal quedaría el pastelón de la dicha tía Diega después del primer envite de nuestro caballero. Entregado a su demolición y exterminio el hombre físico, se entretuvo el hombre intelectual en la edificación de varios castillos en el aire, tan hermosos y pausibles cual

suelen salir de la imaginativa de un ingeniero de sus años. Le pasaron luego por la vista, como en un panorama, sendas hileras de antecesores gloriosos, conjurándolo con autoridad adusta y sepulcral a que no profanase la dignidad de sus nombres. Al mejor de ellos hubiera querido Carlos tirarle a la cabeza su cantimplora. Isabel, triste y abatida, pero demasiado orgullosa para confesar su dolor, se le presentó reclinada sobre un tronco figurando la primer persona del lienzo. Detrás de ella se descubría al padre Narciso, el recuerdo de cuya imagen añudó luego la garganta de nuestro caballero, que clavando en tierra el cuchillo maquinalmente, se preguntó repetidas veces a sí mismo: «¿Por qué tomaría Isabel parte por el padre Narciso en la disputa de esta mañana?». Dejando sin resolver esta cuestión, y acordándose de la gitana del día antecedente y del viaje del momento, pasó a otras preguntas. «¿Por qué ha de ser mi palabra -decía- menos sagrada que la de ninguno de mis antecesores? ¿Ha faltado alguna vez un Garci-Fernández a su palabra? Yo le preguntaré esto a mi padre, y él me dirá si he de ser yo el primero que se manche con tan grave falta». En estas y otras reflexiones invadió sensiblemente sus miembros un plácido y profundo sueño.

Dos horas pasaría entregado al descanso, cuando le despertó la súbita impetuosidad de un fuerte viento que se levantó en las montañas. Velaban el cielo voluminosas nubes, despedía la tierra densos vapores, y corría más veloz y henchido el arroyo. Deseando hallar abrigo contra la tormenta que amenazaba, montó a caballo, y al empezar la marcha cayó repentinamente el viento. Empezó el distante horizonte a encenderse en relámpagos, que multiplicándose y extendiéndose rápidamente por todos los ángulos del cielo, brillaba éste como devorado por un fuego general y espantoso. Profundos y prolongados truenos reverberaban en las montañas y parecían arrancarlas de sus cimientos. Se derramaban mangas de eléctrico por toda la tierra, que envolvieron súbitamente las florestas en ondulantes llamas, mientras el silbido aterrador del rayo se oía a veces desde lejos, despedazando su furia poderosas rocas, y reduciendo a polvo las más robustas encinas. Cerca de una hora duró este conflicto sublime de los elementos. Empezaron luego las nubes a disolverse en copiosa lluvia. Se inundaron los valles: los receptáculos de las cimas de las montañas rebosaron, y precipitándose las aguas por las vertientes y laderas, arrastraban consigo los arbustos, las piedras y los troncos. En el progreso de esta escena de ruinosa magnificencia empezó el velo de la noche a extenderse por el hemisferio oriental, y no tardó muchos instantes en cubrirse de tinieblas el potente furor de la naturaleza.

No le quedaba a nuestro caballero más alternativa que la de pasar aquella terrible noche a la intemperie en el punto donde se hallaba, o salir a buscar refugio sin dirección fija por entre torrentes y precipicios. A pesar de las muchas dificultades que le ofrecían la aspereza del terreno y la oscuridad absoluta de la noche, logró bajar a lo que parecía un valle, y dejó a su caballo la elección del camino. Continuaba lloviendo sin intermisión alguna, y apenas podía ya moverse caballo ni caballero; cuando oyeron indistintamente un ladrido lejano. Espoleó Carlos de nuevo, y al fin tuvo el gusto de ver a sus pies un perro que le festejaba, y poco después le deslumbró la luz de una linterna sorda, presentada repentinamente a su rostro. La traía en la mano un anciano vestido de

ermitaño, que exclamó al ver al jinete:
-¡El Señor sea loado! Ya hace mucho tiempo que está el pobre Comosellama haciéndome ver con sus ademanes y ladridos que andaba algún viajero perdido por estos montes. ¡Tremenda tempestad, señor caballero! Pobre asilo es el mío; pero se ofrece con gusto.
-Gracias mil, piadoso ermitaño, le sean dadas a Dios, que me ha concedido hallaros, que en verdad que bien he menester vuestro favor y hospedaje.
-En la hora de la tribulación, como en la de la ventura, demos siempre las gracias al Señor.
-Amén -replicó el caballero.
Y ayudados de la linterna y de los esfuerzos de Comosellama; llegaron no sin algún trabajo a la ermita.
Estaba ésta erigida en el esqueleto de una torre morisca; protegía uno de sus lados una grande cascada, y una fuerte pared de pizarra el otro. Había dentro caballerizas bastante espaciosas, adonde acomodó Carlos su caballo, sorprendiéndole sobremanera al hacerlo el ver allí aquella misma mula tuerta y coja, las señas de cuyas mataduras no podían equivocarse; aquella mula misma cuya resurrección había presenciado en su montería. Preguntó Carlos al ermitaño de dónde se había hecho con tan buena alhaja.
-No es mío ese animal -contestó el solitario-; aquí le trajo hoy un mozo, gitano al parecer, que me pidió le tuviese en la cuadra hasta que volviera él con medicinas para curarlo. La tempestad habrá impedido su vuelta.
Con esto pasaron ambos a un cuarto comparativamente limpio y cómodo, que hacía de dormitorio, comedor y sacristía, adonde el buen anacoreta habló así:
-Por demás sería el decirte, hijo mío, que el fiel cristiano está obligado por medio de ayunos, vigilias y penitencias, a combatir, y, con el favor de Dios, vencer las tentaciones de la carne. Pero todo tiene sus límites. Un pobre pecador, un simple gusano de la tierra no ha de tener la soberbia de creerse superior a la naturaleza de que el Todopoderoso se dignó revestir su alma. La edad y circunstancias de las personas merecen consideraciones diversas. Un viejo como yo, que ha pasado sus días en el amargo cieno de los pecados, debe pensar sólo en llorar por ellos y tratar de merecer con el arrepentimiento el perdón. ¿Pero por qué imponer a tan gallardo mozo como tú la estrechez de sus reglas? Yo nada tomo de noche por mi parte: tú, hijo mío, tendrás un banquete, no de lujo, pero sí limpio y de sustancia, que voy a prepararte.
-No se moleste su caridad -contestó Carlos a este largo discurso-, que aún ha de haber ahí algunas cortezas en las alforjas.
Y así diciendo, sacó a plaza muchas de las sabrosas provisiones de la tía Diega. Le ayudó el eremita a cenar, pero haciéndolo tan sobriamente, que o ejercía de verdad la abstinencia, o debía ya de haber cenado. No fue el banquete de los más alegres, porque el solitario parecía hombre serio y meditabundo, y el joven estaba distraído a fuerza de desagradables pensamientos. Acabada la cena, preguntó el eremita a su huésped por qué estaba tan triste, ofreciéndose a darle el consuelo que pudiese. No respondió Carlos con melindres o laconismo, sino que dando salida a cuanto tenía en el pecho, se quejó de la suerte, del mandato paterno, de la importuna nobleza, de su familia, y hasta de las costumbres del siglo, en una arenga de desmesuradas dimensiones. No era esta locuacidad propia de

su carácter, que aunque de pocos años, no le faltaba reserva a nuestro caballero; pero hay momentos en que hablaría un hombre, si pudiera, hasta por los codos. Escuchaba el solitario con urbana atención aquella historia, bien fuese porque le complaciera la novedad del lenguaje, bien porque le lastimasen las desventuras del mancebo tan galán y bien dispuesto. Secas ya las fauces de éste, y falto de aliento y resuello, hubo de pararse un momento para cobrarlo, cuando dijo el anacoreta:
-¿Conque, después de tanta ternura y de tanto cariño, no has de obtener la mano que deseas?
-¿Y pudiera yo dar tal sentimiento a mi anciano, a mi buen padre?
-¡Dios no lo permita! Ya, hijo mío, preveo yo el objeto de tu viaje a Sevilla. Penetro en el fondo de tu corazón, y leo en él la resolución que llevas. Pero considéralo bien, hijo mío, y no te engañes a ti mismo, ni quieras engañar al cielo. Piensa y medita con profunda reflexión antes de profesar en la orden santa bajo cuyas reglas quieres acabar tus días; reflexiona, digo, si viene la vocación de arriba, o es hija de un impulso momentáneo. El orden de capuchinos...
-Yo no pienso, buen padre, meterme a capuchino, ni me ha pasado por la mente tal idea. La iglesia pide a sus ministros virtud es que yo no tengo. Mi viaje a Sevilla es sólo para cobrar dos o tres mil ducados que debe el rey a mi padre.
-¡Tres mil ducados! -exclamó sorprendido el anacoreta-; pero, ¿qué entiendo yo de tanta plata? Y a eso vas, y sólo a eso, y luego te vuelves en paz de Dios a tu casa.
-Si Dios quiere -contestó Carlos.
-Así lo hemos de esperar de su misericordia. Pero ¿qué tienes, hijo, en ese brazo, que parece que no te hallas?
-Un araño, por no decir herida, que, sin embargo, me incomoda más que medianamente.
-Alabo tu paciencia. ¿Y a cuándo aguardas a decirlo? ¡Vaya, vaya, que tienen los mozos cosas increíbles! -dijo esto deshaciendo las vendas del brazo y exclamando-: ¡Pues a fe que la inflamación es corta! Da gracias al cielo; joven imprudente, de que tenga yo aquí cierta medicina que te curará en dos o tres días. -Y mientras fue a buscarla lamió asiduamente Comosellama la dolorida parte-. Y en cuanto a vendas limpias ¿qué haremos? -dijo, vacilando, el anacoreta, después de haber aplicado su curativo- Pero ¡ya caigo! -añadió-, y gracias a San Benito que me lo ha traído a la memoria. Una devota de nuestra Señora del Carmen me hizo admitir a la fuerza el otro día un pañuelo que para nada me sirve. Espera un momento. Se ausentó de nuevo, y de allí a un instante volvió con un rico pañuelo de batista, que sin admitir excusa alguna le puso sobre la herida. Tenía el pañuelo impreso en cada esquina un escudo de armas con corona de marqués, y admiró Carlos entre sí la modestia del solitario, que no había hecho en toda la noche la más remota indicación de sus relaciones con tan principales señoras.
Acabada la cura, se tendieron caballero y ermitaño cada uno sobre su tarima, donde pasaron lo que quedaba de la noche. Al salir el sol siguiente despertó el anacoreta a su huésped, presentándole un plato de calientes migas que le tenía dispuesto. A la pregunta del caballero, respecto al camino real, contestó que se necesitaría viajar deprisa toda

la mañana para llegar a él a mediodía; añadiendo:
-Y si andas después cinco leguas cumplidas, oirás las dulces campanadas de la Giralda.
No sólo rehusó el ermitaño aceptar recompensa alguna por su hospitalidad y rico pañuelo, sino que acompañó a Carlos hasta una majada, desde la cual le enseñó el camino, que se veía serpear por la distante montaña. Allí se despidieron ambos con pruebas de mutua cordialidad.

## Capítulo IV

Va el amante hacia su amada
cual sale chico de escuela,
y al juego gozoso vuela.
Mas se ausenta de su amada
como a la escuela va el chico,
perezoso y calladico.

(Traduc. de SHAKESPEARE.)

Seguía Carlos el camino de Sevilla haciendo almanaques, como lo quiere la frase castellana, mientras su amigo Alberto decía para sí en la cascada de Aznalcóllar:
-Visto está ya que Eugenia no viene hoy. Lo menos son las dos de la tarde, y desde las diez que me estoy derritiendo la mollera al sol. Algo debe de haberla sucedido, porque ella es más puntual que un reloj... ¡Pobre muchacha!, ¡qué susto debió pasar con la tormenta de anoche! Vamos, yo pensé que el cielo se venía abajo. Por ella más bien que por mí ofrecí el septenario a la Virgen de las Aguas, para que nos librase de rayos y centellas; gracias a Dios que tenía yo mi escapulario puestecito y le encendí la lamparilla a Santa Bárbara, que si no, no habría faltado un rayo que me buscara debajo de los siete colchones en que envainé los huesos. Pero nada, no viene. Primera vez que me falta a la palabra. Pues un beso la he de dar en castigo donde quiera que la coja. Isabel tendrá la culpa, y entonces no hay que decir que ella ha sido: el amparo de mi pobre Eugenia desde que murió su madre. ¡Ay, qué mujer la tal viejecita!, ¡aquello era una manteca!, ¡qué madre! Ojalá la de Isabel se le pareciera, pero no hay quien le hable con aquel rostro áspero y gesto de vinagre, que le conjuran a uno desde una legua. Pero... ¡Gracias a Dios que allí vienen! ¡Acabáramos!
Bajaban, en efecto, por una colina Isabel y Eugenia, con sus búcaros.
-¡Hijas de mi alma, y qué caras os vendéis! -les dijo Alberto al acercarse a ellas, y luego en particular a Isabel- ¿Qué es esto, hermosa mía? ¿Has llorado? ¿Qué tienes, cara de lirio? ¿Le ha sucedido algo, Eugenia?

-Cosas de su madre -replico ésta con voz afligida.
-Mimitos serán de la hija -replicó Alberto-, que ya sé que la señora Andrea quiere mucho a su Isabelita, y no la había de hacer llorar. ¡Mira qué cara ésa! ¡Qué colores! ¡Ah, que no estuviera aquí el pobre Carlos!
Eugenia le pidió al galán entonces la concesión de algunos momentos de silencio.
-Desde luego -contestó el joven-, con tal de que tú rompas el tuyo.
-Y tanto como lo romperé, que Isabel y yo tenemos un favor que pedirte.
-¿Favores a mí, ídolos míos? -exclamó Alberto con alegre sorpresa- ¿A mí, cuya vida es más vuestra que la menor cinta de vuestros propios mantos?
Y viendo que continuaban silenciosas:
-¿A qué aguardáis? Habla, pues, Eugenia; tú, Isabel; cualquiera de vosotras, ambas juntas, y no me hagáis esperar más.
Preludió Eugenia su discurso con varias observaciones sueltas, pero no acertaba, valiéndonos de la frase de Solís, a formar cláusulas enteras sin que tropezase la lengua en palabras que no se dejaban entender. Fue la sustancia antes insinuada que expresa de su arenga, que la señora Andrea, madre de Isabel, solía pasarse, los días enteros fuera de casa, y querían ambas amigas agradecidísimas a Alberto si quisiese este observar sin interrupción la dicha casa, y entrar en ella con tanta frecuencia y detenerse tanto tiempo como lo hiciera el padre Narciso, molesto e impertinente visitador; añadiendo que les hiciese el obsequio de llevar con paciencia toda indirecta desagradable de la señora Andrea, pues no podrían nacer éstas de mala voluntad, sino de causas cuya explicación no era entonces necesaria.
-Pero, ¿qué pullas me ha de echar a mí la señora Andrea? Pues ¿hay vieja de más buen alma en todo el pueblo? Algo regaña, pero ése es su genio.
-Cierto -respondió Isabel-; mi pobre madre es la mejor de las mujeres; pero está tan nerviosa y enferma, que me tiene su salud en continuo sobresalto. Cree ver visiones...
-Pues ahí está el toque- interrumpió Alberto-; en que con estas calores aquella cabeza, ya usted me entiende. Pero Dios querrá que se alivie en refrescando el tiempo. ¡Lo que es lástima es que no tenga a lo menos cien hijas tan resaladas y amables como la que tiene!
-Ten juicio, hombre, por Dios, que no eres tan niño -dijo Eugenia-; y prométenos que no faltarás de casa de Isabel hasta la vuelta de Carlos.
Entonces se paró, Alberto, contoneando el cuerpo y adornando los labios de una sonrisa que significaba: «¡Yo sé mucho!», le preguntó con vivo semblante.
-¿Y piensas tú que no he conocido yo adónde van a parar esas súplicas y visitas? No es la pobre de la señora Andrea la que os escuece sino los preceptos y reglas del padre Narciso, de que queréis hacerme a mí donación gratuita. ¡Gracias, generosas! Pero allá me tendréis de día y noche con cara, no digo yo de palo, sino de bronce, para las pullas de la señora Andrea; y con oídos de mercader para las homilías del padre Narciso. ¿Qué más queréis?
-No esperábamos de usted menos, señor hidalgo -dijo Eugenia.
Y casi al mismo tiempo exclamó, con voz trémula, Isabel:
-¡Mi madre!
A todos sobrecogió algo la noticia, y mucho la posición particular de la

señora Andrea. Estaba en la cima de una breña, con las manos fuertemente cruzadas y el pecho exhalando amargos sollozos. Acudieron los tres a su ayuda; pero ella los repulsó con un movimiento de indignación violenta; y levantando las cruzadas manos y clavando en el cielo la vista, descubrió la agitada frente y cana y descompuesta cabellera. Bajó hasta el suelo parte del manto, y se vieron oscilar sus formas, tal vez a impulsos del dolor, y despecho que sus palabras manifestaban.

-¿Así cumples, hija ingrata -gritó al ver a Isabel-, los preceptos de tu infeliz madre? ¿Tanto me aborreces que ya quisieras verme en el sepulcro? ¡Ángeles del cielo, inmaculada y bendita Madre de Dios, tened misericordia de una desventurada! La venganza, divina me hiere por tu mano, Isabel...

No pudo decir más. Cayó desmayada en los brazos de su hija, que con una rodilla en tierra, los ojos anegados en lágrimas y el pecho en amargura; estaba, pidiéndole se apaciguase y condoliese de ella. Cuando ambas se recobraron un poco, les ayudaron Alberto y Eugenia a volver a su casa.

La noche iba extendiendo en tanto sus oscuras alas sobre las andas del Guadalquivir, y no se distinguían claramente los objetos, cuando llegó Carlos al Patrocinio, remoto barrio de la entrada de Triana. Le detuvieron los guardas, como es uso entre nosotros, a ver sí llevaba en las alforjas alguna manufactura extranjera de los dominios de Aznalcóllar; se abrió camino con un par de pesetas, y un momento después estaba ya en el mercado. Abundaban en este toda clase de provisiones, y frutos de verano, amontonadas en diferentes rimeros, con pintoresco desorden. Acompañaban las voces de los regatones, las que despedían desde las esquinas las gitanas cantando la prez de sus melados buñuelos. Una multiplicidad de luces que giraban y corrían presurosas de puesta en puesto daba más vida a la escena. En medio de esta animación y bullicio sonó una campana y quedó el mercado en repentino y profundo silencio. Todos los circunstantes se descubrieron; pronunció una voz fuerte y rotunda «la oración»; y después que cada uno hubo acabado su rezo, se repusieron los sombreros, y continuó con ardor nuevo la compra, venta, estruendo y vocerío. Al volver Carlos su caballo para salir del mercado, le hizo tropezar involuntariamente contra un hombre que por acaso estaba junto a su estribo. Se detuvo para pedir perdón de aquella impensada tropelía; el hombre contestó que no tenía de qué perdonar, y que él, al contrario, pedía al señor don Carlos Garci-Fernández le excusase por haber interrumpido su camino. Se mezcló al acabar estas palabras con el gentío del mercado, dejando a Carlos no poco sorprendido de ver que ya le conocían tan circunstancialmente los trianeros.

Enfrente del mercado, resplandeciente con multitud de fanales y vistoso con el movimiento de mil flámulas y gallardetes se veía el puente de barcas, bajo el cual fluye el Guadalquivir en plácida grandeza, coronado de viñas, olivos y naranjos. Acopiaban entonces sus muelles las mercancías y productos más preciosos de todos los ángulos de la tierra. Del puente pasó Carlos a su fresca alameda, que lleva a la capital de Andalucía. La suntuosa puerta de Triana, cuyo arco reposaba en los dora dos chapiteles de cuatro robustas columnas, no es indicación inoportuna de las maravillas que la ciudad encierra.

Suelen dedicar los andaluces al descanso y los placeres, amén de algunas horas del día, todas las de la noche. Parece por consecuencia. Sevilla en

las de verano el jardín voluptuoso de un sueña juvenil, según es la pureza y fragancia del aire, la luz, música y frescura que todas las casas emiten. Fue Carlos a parar a una de las menos agradables, a saber, la posada del Caballo Negro, hospedería general de los habitantes de Aznalcóllar.

## Capítulo V

¡Qué es ver a tanto matón
arqueado y puesto al olio,
con sombrerazo de a folio,
ostentando el espadón!

¡Qué es ver a tanta gitana
decir la buena ventura,
y hacer pontífice a un cura
que apenas tiene sotana!

(LOPE DE VEGA.)

Apenas habría estado Carlos esperando unas dos horas a la mañana siguiente en la entrada de la tesorería de ejército, cuando se abrió parcialmente la mampara de la portería, y se apareció en la abertura un suizo, sargento de inválidos y portero de aquel establecimiento. Soportaba este funcionario parte de su dignidad en una pierna común de carne y hueso, y parte en una de madera con su virolilla de hierro en la punta. Le dijo a Carlos con palabras breves, ásperas y chapurradas, que la señoría del tesorero no daba audiencia por haber feria en Santiponce, y sin más razones le dio, como suele decirse, con la puerta en los ojos.
Por falta de mejor ocupación, y deseo de gozar de los placeres del día, salió nuestro joven a caballo para Santiponce, sin olvidar la banda misteriosa de la gitana. No eran las ferias de entonces, y mucho menos las de Andalucía, un desapacible y pobre mercado del que muchos se volvían cabizbajos con el resto de su hacienda, habiendo malbaratado la demás. Las cinco o seis millas que hay desde la capital hasta el pueblo donde la feria se celebraba estaban cubiertas de carruajes, caballos y grupos de gente alegre. La más principal iba, como es de suponer, elegantemente empaquetada en desmesurados coches de prolija y apelmazada estructura. Cubrían las doradas cajas con hojas, flores y cañas verdes, para que imaginasen los que habitaban dentro que gozaban grande frescura y

comodidad en el tránsito.
Las familias de no tan alto rango se contentaban con ir en carretas; pero carretas de tales dimensiones y grandiosidad, que en comparación de ellas eran enanos los coches de los nobles. Ornaban también el exterior de las carretas frondosos ramos y cañas, y el interior y los bueyes que tiraban de ellas infinidad de cintas, espejos, flores, cortinas de Damasco, cascabeles y campanillas. Menos culta esta gente, pero más alegre y bulliciosa que la hidalga, llevaban en continuo movimiento castañuelas, panderetas y guitarras sin número, cuyas voces se mezclaban con las de los cantores y con el chirrido de las ruedas en que iban levantados aquellos fantásticos pensiles. Multitud de jinetes cubría también el camino; unos en gozosa y suelta tropa, otros escoltando los coches o las carretas; éstos puestos de majo, de señores y magnates aquellos. Hase de agregar una variedad crecida de no descritos peones que eslabonaba la procesión. Vendía limonada el uno; imitaba el otro al estudiante pobre, tal vez con harta precisión en la escasez; seguían éstos el verboso misticismo de las gitanos, pasaban aquellos en juegos y saltos sus cinco millas, y manifestaban todos una uniformidad de vehemente y sincero contento, que no conoce hoy España, sino por faustos recuerdos.
Las ruinas de Itálica, sobre las cuales está fundado Santiponce, trajeron a la memoria de Carlos la bella composición de Rioja que tan viva y tiernamente las describe. Por fortuna de los concurrentes a la feria, pocos de ellos eran anticuarios ni literatos, y a ninguno importaba un bledo que hubiese sido Santiponce lo que ya no era ni había de volver a ser nunca. Siguiendo las huellas de otros jinetes, puso Carlos su caballo en seguridad, y tomó posesión de la silla vacante que había en un cuarto, adonde cinco o seis personas se entretenían con otros tantos platos de diferentes viandas. La puerta de la calle, pues con perdón del señor Munárriz nos es permitido describir inversamente, la flanqueaban dos verdes celosías, indicativas de ser aquel edificio tienda de barbero todo el año y fonda los días de feria. Había varias cosas extrañas dentro de aquella sala, y entre otras un perro que estuvo acariciando a Carlos desde que entró en ella con la amabilidad más constante. Preguntó nuestro caballero, extrañando tan fina simpatía, a un hombre vestido de negro que enfrente de él estaba, si era suyo aquel animal.
-Ni siquiera tengo el honor de conocerlo, señor caballero -respondió el del vestido negro, con vivaracha faz, boca risueña y aire de sacristán legítimo-. ¿Ha notado acaso vuesa merced, señor caballero, en mi figura o porte alguna semejanza con las del cuadrúpedo?
-Sólo, señor licenciado, el buen humor y la afabilidad con los extranjeros.
-En verdad, señor nuestro, que si se considera el lugar y el tiempo, poco tiene de rara la sensibilidad del alano. Bien sabido es lo que se refiere del hidalgo que hallándose en el mismo caso en que está ahora vuestra señoría, a saber, acariciado por un desconocido can en la tienda de un barbero, hubo de pregunta a la barbera por qué se manifestaba el animal tan cariñoso.
-Es muy afable el pobrecillo -respondió la del rapista-, y quiere mucho a nuestros parroquianos, porque durante la tonsura se aprovecha de los pedacillos de carne que le caen de la cara. Tal es el estado del presente

barbarismo. ¡Felices los que vivieron en los días en que virgines tondebant barbam et capillum patris!

El juvenil caballero había examinado atentamente durante el anterior discurso la forma, tamaño, color y fisonomía del perro, semejantes en todo a las del que distinguían al del ermitaño que le acogió la noche de la tormenta. Pero como no podía el animal hacer ninguna otra prueba de identidad, se contentó con dar a su instintivo cariño tan generoso premio como permitían las provisiones de la huéspeda.

Entró por aquel tiempo en la tienda un hombre como de cincuenta años de edad, o tal vez de sólo cuarenta y tantos, que reconoció a Carlos al verlo, y le preguntó por su padre, con quien parecía tener bastante intimidad. Cubrían las carnes del preguntador chaqueta y calzón de terciopelo azul bordados de plata, y casi cubiertos de botones de muletilla del mismo metal y de prolija y vistosa filigrana; chaleco corto de raso amarillo; faja de seda roja; sombrero redondo de blanco castor e inmensurable diámetro; botines de cuero; y una capa, en fin, de crujiente seda, que terciada bajo el siniestro brazo, ocultaba en parte la estupenda empuñadura de su tizona. El traje y conversación de este hombre denotaban a la legua uno de aquellos ricachones de la antigua calaña, a quienes llamaban ciertas gentes traficantes de trigo, y otros ladrones, usureros y caribes. Manifestó más que medianos deseos de vender a Carlos cierta partida grande de trigo que debía su padre suministrar al gobierno. No era la sagacidad mercantil una de las cualidades distintivas de nuestro caballero, a quien, sin embargo, no faltaban nociones acerca del precio y calidad de los granos. Después que hubo el traficante despachado a varias personas que vinieron a hablarle, uno para la compra y otros para la venta de este artículo, salió de la barbería con nuestro joven, le prometió darle más barato que a otros les vendía el trigo ínfimo el mejor candeal del mercado, y le admiró en fin con la vasta riqueza de sus almacenes. Entraron ambos, llevando muestras de varias clases de trigo, en una casa adonde había de rematarse, y, en la fraseología del mercader, remojarse el trato.

Un cuarto de hora habrían estado los recientes conocidos tratando amistosamente de sus negocios, cuando dos de varios hombres ebrios que allí estaban asieron a Carlos súbita e inopinadamente, el primero por el brazo derecho y el segundo por la empuñadura de la espada. Al mismo tiempo le sacó del bolsillo otro de la partida una bolsa de pelleja de lobo que contenía algunas onzas. Puso nuestro caballero el pie derecho en el estómago del que tenía la espada con fuerza y vigor tal que le dejó tendido en tierra sin conocimiento. Despidió de sí con increíble ímpetu al otro; desnudó el acero, y alcanzó en la puerta y abrió la cabeza en dos partes al que se llevaba su bolsa, que él recobró con calma, si bien admirado de reconocer en el ratero el mismo personaje vestido de negro que tanta verbosidad manifestó en la barbería. Volvió entonces el mancebo la espada hacia el resto de los rufianes, que sorprendidos de la no esperada actividad y brío de su pichón, indicaron más pusilanimidad que cinco o seis hombres debieran. Salió también al aire la formidable hoja del mercader de trigo, pero vibrando de modo que no era fácil colegir a qué partido daba ayuda. En esto se abrió de repente la puerta de la sala, y entró la justicia a dar fin a la contienda.

-¡Alto a la justicia! -gritó el jefe de randa- ¡Asesinos! ¡Cobardes! ¿No os avergonzáis de ir tantos contra un rapaz como éste? ¡A la cárcel con todos!
A cuyas palabras se pusieron algo cadavéricos los rostros de los bravos, volvieron al suelo las puntas de las espadas, y se quedaron todos sin palabra ni voz.
Carlos, con una sonrisa entre compasiva e iracunda, pidió por ellos, diciendo que no creía tuviesen otra intención que la de ejercitarse en la esgrima.
-¿Conque es juego todo esto -preguntó el cabo de ronda mirándolo de través- y yo soy un podenco y no sé lo que me hago?
-Lejos de eso -contestó Carlos-; pero suponga usted que yo, que soy la parte agraviada, no quiero de quejarme de la injuria.
Se adelantó entonces el mercader, y quitándose su dilatado castor rectificó lo que Carlos había dicho, añadió que era todo un pasatiempo, y suplicó al cabo pidiese algo para la ronda.
-¿Conque se han empeñado ustedes en que yo soy un mocoso? -dijo con su mirar atravesando el de la patrulla-; pues señores, yo les haré a ustedes ver que ya me han salido las barbas; a los míos me los llevo yo conmigo de juro; y también a este señor hidalgo si no se planta ahora mismo en mitad de esa calle.
-A mí -respondió Carlos alteradamente-, no puede usted llevarme consigo por capricho ni antojo propio. Yo no he cometido ningún delito; y mientras tenga la espada en la mano no me llevarán consigo todos los alguaciles de España.
Le echó el hombre de la justicia otra de sus miradas diagonales; y luego con sosegada voz le dijo:
-¡Palabras de pocos años! Si vuestra merced, señor mancebo, es, como me parece, hijo de buenos padres, no se degrade permaneciendo más tiempo en una casa infame, y en sociedad más infame todavía. Den gracias todos estos señores a la generosidad mal empleada que vuestra merced manifiesta. Ellos y yo somos conocidos muy antiguos, y sé que su trato no es el que a vuestra merced conviene. Ya que no quiere deponer contra ellos, como debía, para que pudiese yo librar la feria de esta peste, márchese en buena hora, y tengamos en paz la fiesta.
Carlos envainó su espada, dio al alguacil gracias, con el sombrero en la mano, por su buen consejo; y entregándole dos duros para que refrescase su gente, y arrojando otros dos para el mismo fin a los matones, salió altivamente de la casa, y una hora después del lugar.
Aquí nos es preciso apologizar por nuestro héroe. Entre otras faltas, pues no era esta la sola de que adolecía, participaba un tanto de aquel espíritu jaquetón de su tiempo, que se desdeñaba de tomar parte por la justicia en querella alguna, y aun solía apalearla si venía a pelo.
Tengamos presentes aquellas costumbres para disculpar en la persona los defectos del siglo.

## Capítulo VI

Nueve o diez veces pensé agujerearlo por aquí, por debajo de las costillas.

(SHAKESPEARE.)

Brillaban ya a la vista de Carlos los azulejos de la torre de Aznalcóllar, adonde volvía después de acabados sus negocios, sin perdonar la espuela, sin dar paz a la mano, ni a la imaginación tampoco. La vuelta de un amante es siempre suceso serio en los anales de la juventud; viene llena la fantasía de anticipaciones, dudas y recuerdos, y el pecho de temor, de esperanza y de impaciencia. Hacían más importante esta agitación para Carlos la repugnancia con que miró Isabel su viaje, y los pronósticos tristes de su padre; y se avergonzaba de sí mismo al recordar que le había hecho precipitar su marcha una gitana decrépita, burlándose así de su credulidad y sencillez. En estos pensamientos iba embebecido, cuando se le presentó delante Pedro, el negro, manifestando con descompasados gestos cuánto se alegraba de verle. Tenía el dicho Pedro la habilidad de poner los pies en el fuego sin quemárselos; era, como ya hemos visto, horrible su catadura; ignorábase su domicilio, y pocos entendían sus palabras; aglomeración de coincidencias que le habían exaltado en la opinión de los lugareños al alto rango de aliado del demonio, si ya no era el mismo Satanás viviendo allí de incógnito. Todos se mofaban de sus palabras, y ninguno las oía con indiferencia. Contestó este individuo a las preguntas de Carlos, que estaba buena la gente del lugar, con especialidad su padre, su amigo Alberto y el cura. De Isabel no quiso hablar palabra expresa; pero dio a entender con las suplidas que el padre Narciso la había visitado mucho en aquellos dos o tres días, y pensaba hacerla mudar de morada. El cómo había venido a noticia del negro aquellas circunstancias era difícil de adivinar. La comunicación de ellas no dulcificó en lo más mínimo el ánimo de nuestro viajero.

Halló al llegar a su nasa a la tía Diega regañando con los criados, indudable prueba de estar su padre en el campo, pues es de advertir que se aprovechaba la sagaz dueña de la ausencia del señor para poner en orden la familia, cuyo manejo entraba de nuevo en su confusión natural a la vuelta del condescendiente amo.

Dejar el caballo y la casa y entrar en la de Isabel fue la obra de un momento. Pero, ¿quién podrá pintar su sorpresa al ver el cambio que en tan corto tiempo había sufrido su amada? Marchita la frescura de su tez, pálidas las mejillas, abatido el semblante y desconcertado el ánimo. En vano quiso disimular su agitación con festivas preguntas y palabras; sus lágrimas manifestaron la turbación del pecho.

-¿Qué tienes, Isabel mía? -exclamó Carlos tan sorprendido como pesaroso-: dime, Isabel, ¿qué te aflige? Habla, sé franca conmigo; y si en mi mano estuviese hacerte dichosa, la vida misma inmolaría gustoso por ver tu dulce sonrisa.

Isabel respondió sólo con gemidos, cuando a merced de unas cuantas piruetas se introdujo Alberto en la sala, lanzándose en los brazos de su amigo. También entró Eugenia a felicitarlo, aunque en menos estrechos

términos. Sin volver Carlos estas cortesías con mucha prolijidad, se apresuró a preguntar a Alberto qué había sucedido, y por qué estaba Isabel tan afligida.
-Lo que yo sé decirte -contestó Alberto con su ligereza habitual-, es que tú te has dejado el meollo en la feria. ¿Soy yo, por ventura, adivino para saber lo que la niña tiene?
-Olvida por un instante ese atolondramiento si eres mi amigo -replicó el caballero-; y dime qué ha pasado en esta casa.
-Nada, Carlos, sosiégate -contestó Isabel con turbación mal disimulada.
-¡Extraña tenacidad! -exclamó Alberto, al tiempo mismo con sincera sorpresa- Vamos; perdió sin duda el juicio. O si no, ¿cómo imagina qué hayan de tener más razón ni causa las lágrimas de la mujer que la cojera del perro? Y sin embargo, la chica parece que está, en efecto, apurada. ¿Qué tienes, vida mía?
-¡Todo lo sé! No hay que hacer más preguntas -dijo Carlos con reprimida pero apasionada voz, sentándose y reclinando en la mano el abatido semblante. Luego continuó en voz detenida baja:
-¡Un infame! ¡Un malvado!, valiéndose del carácter de que no es digno... Pero yo le habré atravesado el corazón antes de que se acabe la noche.
Se levantó al acabar estas palabras, asió con ademán violenta el sombrero y la espada, y se dirigió hacia la puerta, adonde le detuvo Isabel con débil pero poderosa mano.
-No, Carlos -le dijo-; ni éste es el momento, ni esa la condición en que debo yo permitirte que te apartes de mí. No una, sino mil aflicciones tengo que iré contándote a su tiempo, que podrán tal vez remediarse, y que no ha de calmarlas la violencia. Sosiégate y escucha.
Carlos obedeció maquinalmente, pero sin que en lo más mínimo se mitigase su enojo. Ardían en su imaginación y en su pecho las palabras indirectas del negro, que coincidiendo con apariencias y circunstancias en sí insignificantes, no le dejaban duda de que fuese Isabel objeto de una baja asechanza. Recobró, pues, su asiento, pero con expresión tan amenazadora y sombría, que se refugió Eugenia instintivamente junto a Alberto, y exclamó éste asombrado:
-¡Virgen de los Dolores!, ¿qué es esto que nos pasa?
La entrada de otra persona cambió el carácter de esta escena.
-Deo gracias -dijo el padre Narciso, visitante de que hablamos, acomodándose en una silla.
Le recibieron los jóvenes con fría y despegada urbanidad. No agradó mucho al reverendo la presencia inesperada de Carlos; aun cuando tampoco tenía contra él animosidad particular alguna. Picó, pues, y encendió un cigarro, y se puso a fumar muy despacio en el profundo silencio que por cerca de un cuarto de hora había reinado. Al fin le rompió el padre, dirigiéndose a Carlos con estas palabras:
-Vamos, señor caballero: ¿qué tal se ha divertido en la feria? Pues tan galán mozo no habrá dejado de ser uno de los concurrentes.
-Muy bien -contestó el joven, con inaudito desabrimiento.
Extrañó el padre Narciso aquel tono, pero no dándose por entendido, continuó así la conversación:
-Pero ya no valen nada las ferias. En mis tiempos, antes de que yo tomara el hábito, cuando no había esos cochecitos de ahora en que va un hombre

sofocándose, sino una buena carreta del tamaño de una plaza, entonces sí que se podía ir a una feria, y chanza va, y pulla viene, que era aquello ahogarse de risa. Y todo a lo honesto y como Dios manda.
Después de otro largo intervalo de silencio continuó el padre Narciso.
-Pero, ¿qué tiene, señor caballero, que parece que se ha tragado el molinillo?
-Un vehemente deseo -respondió Carlos- de que su reverencia me deje en paz y se dirija a quien guste de responderle.
-Parece que le desagrada mi voz o mis palabras -replicó el fraile, con el resentimiento que debieron producir las de Carlos.
-Tal vez ambas cosas -respondió el joven.
-Pues para eso hay el remedio de que coja su sombrerito y se marche adonde yo no estuviere.
-Mejor estaría a su paternidad hacerlo que aconsejarlo.
-Pues si quiere que lo haga, señor barbilindo -exclamó el religioso con alterada voz, habiéndose ya agotado su paciencia-, lo haré en cabeza ajena. Y si no fuera mirando a Dios, ya le habría cogido por un brazo y arrojádolo, no digo por la puerta, sino, por la ventana.
Carlos se levantó pálido y casi ciego de ira, cogió la silla que tenía junto; pero al mirar a Isabel volvió a su posición y dijo con templado acento:
-Hágame, padre, el gusto de moderarse, y no comprometerme a un disparate.
-¿Cómo disparate? ¿Piensa acaso amenazarme? ¿No respeta mi carácter? Pues sepa el niñuelo soberbio que ya he cumplido con Dios oyendo sus insultos y cumpliré con el mundo pateándolo, como merece, si se me atreve.
-Aunque niño -dijo Carlos, con una compostura que sólo de la pusilanimidad o del extremo furor podía ser hija-, le haría a su paternidad arrepentirse si intentara llevar a efecto tal castigo. Véngase conmigo adonde no incomodemos a nadie, y podremos hablar más despacio y con más calma.
-¿Yo? ¿Y a qué santo irme yo con el rapaz? Él es quien se ha de ir a recoger a casa de su padre, si no quiere que vaya por la justicia y le haga salir a la fuerza. ¿Cómo se entiende venir así a perder a las niñas inocentes del pueblo? ¡Afuera, digo!
-Templanza, padre, templanza -exclamó Carlos de nuevo.
-¡Afuera digo! -replicó el padre- o tendremos un escándalo.
Y cogió a Carlos del brazo para conducirlo a la puerta.
Hasta aquí llegó la tolerancia del caballero. Se levantó, arrojó con férrea mano a su adversario de espalda s contra la pared opuesta. No se levanta un tigre más furioso del terreno adonde le lanzó la trompa del elefante, que el fraile de su caída. Desenvainó la espada de Alberto, que casualmente vio junto, y tiró dos o tres formidables estocadas al pecho de Carlos. Las paró, con el brazo izquierdo el caballero, desnudó con el otro su propia espada, y centelleando la vista, y muda de ira la lengua, se precipitó sobre su adversario, y casi en el instante mismo estaba éste en tierra bañado en su propia sangre.
Elevada Isabel a un entusiasmo sublime en vista de aquella escena calamitosa, abrazó a Carlos, y estrechándolo a su seno, y alzando al cielo la vista:
-¡Esa sangre -exclamó- acaba de desunirnos para siempre! ¡La maldición del Altísimo herirá la frente del matador de su ministro! ¡Huye, mi bien

amado! ¡Huye, ídolo mío! El corazón de tu Isabel te acompaña; huye... Una convulsión violenta sofocó su discurso y la hizo caer sin sentido en los brazos que la estrechaban. Selló el mancebo la entreabierta boca de Isabel con sus ardientes labios; y confiando a Alberto tan preciosa carga, salió maquinalmente a la calle, con la desnuda y cruenta espada en una mano, y cubriéndose con la otra los ojos y la frente, traspasada de dolor.

Las voces y quejidos que de la casa salían llamaron la atención de los vecinos, y se habían ido juntando muchos de ellos a la puerta. Hubiera tal vez disputado la salida de cualquiera otro fugitivo que Carlos, que fiera y resueltamente pasó por entre la turba; y se recostó en la esquina de la calle como si amara el peligro o en su turbación no le conociera.
Al principio de este fatal suceso había visto Alberto sobrecogido de pánico terror, y pasmado de que su protector y amigo tratase de tal modo a un ministro del altar. Se disipó, empero, el miedo al acrecentarse el peligro; y aunque consideraba a Carlos como un réprobo, que por siempre debía quedar separado del seno de la Iglesia, pudieron con él más la amistad y la gratitud que los otros sentimientos; y obrando con celeridad propia de aquella emergencia, y con tino superior a lo que ofrecía la superficialidad de su carácter, condujo a otro apartamento a la trémula y desmayada Isabel, casi arrastró en pos de ella a Eugenia, arrojó un búcaro de agua fría en el rostro de aquélla, y sin esperar las resultas de su medicamento, corrió a casa del cura, le contó en brevísimas palabras aquel caso lamentable y desapareció con velocidad increíble.
Salió al par suyo el venerable sacerdote, y vio con dolor a su discípulo reclinado todavía en la pared con la misma desesperada compostura.
-¿Qué has hecho, infeliz? -le dijo vertiendo algunas lágrimas- ¡Sígueme!
Alzó Carlos la vista al que le hablaba, como si despertase de un agitado sueño, pero no pudo resistir la mirada de su preceptor; y derramando abundantes lágrimas y tratando en vano de reprimir sus sollozos, siguió al virtuoso maestro como sigue el león a su bienhechor.
Andaba ya por este tiempo el alcalde del lugar juntando sus mirmidones, y no tardó en presentarse a la puerta del cura; pidiendo con poca atenta autoridad la persona de don Carlos. Se quejó el cura desde el balcón de la poca cortesía con que se intentaba allanar su casa. Duró esta disputa poquísimos instantes, porque a pesar del respeto que a don Juan Meléndez de Valdecañas tenía con razón toda la gente del pueblo, y a pesar de la consideración de éste por su discípulo, era tan justa la demanda del alcalde, que fue preciso concederla. Abrió, pues, la puerta el mismo cura para recibir a la justicia. Encerraba el alcalde, en un cuerpo chico y gordo, una de las almas más simples del lugar. Una corta cantidad de pundonor y una cantidad inmensa de orgullo que su bastón le inspiraba, bastaron apenas para hacerle entrar por aquella puerta que tanto había deseado ver abierta. Al fin se determinó a pasar los umbrales, protestando en alta voz que jamás había conocido el miedo. Se adelantó, pues, por un zaguán estrecho y oscuro; pero viendo que nadie le seguía, y acordándose de que le habían dicho que aún tenía el reo la espada en la mano, volvió atrás para reprender con valiente aspereza la cobardía de su gente, que halló envueltas en una ruidosa, confusa y general escaramuza. Había acontecido que el herrero del pueblo, hombre de temida proeza en todas las

cercanías de Aznalcóllar, pasase por la calle al tiempo de abrirse la puerta del cura. Juzgando que nadie podía acabar tan bien como él una peligrosa hazaña, empezó a separar la gente para abrirse camino entre ella, estrujando a pisotones los callos de unos, y deshaciendo a otros los ijares a codazos. Ansioso de llegar, si era posible, antes que el mismo alcalde, siguió avanzando con ímpetu, derrocó el bulto del escribano y le hizo besar la tierra. Probablemente habría este hombre pacífico perdonado la injuria, en obsequio del miedo que al injuriador todos tenían, a no haber visto las manchas negras que el delantal del empujador había dejado a su rica capa de grana. No llegaba su mansedumbre a tanto; y asomándole al descarnado y pálido rostro cuanta sangre atrabiliaria tenía en su cuerpo, acomodó tan solemne puñada entre la boca y la nariz del herrero, que le bañó en sangre ambas facciones. El arrepentimiento del escribano fue tan pronto como su cólera; la venganza del herrero tan pronta como el agravio. Descargó éste un tremebundo puñetazo, retiró aquél la cara para que no le cayese encima, y vino a dar fondo la negra y forzuda mano del herrero en el siniestro ojo del maestro de escuela, que por malaventura asomó en aquel punto la cabeza a ver de qué se trataba. En todo un mes ira volvió el pedagogo a ver por aquel lado más que estrellitas. Creció en tanto el tumulto tomaran parte éstos por maestro y escribano; aquéllos por el impávido herrero; y parecía que temblaba la tierra a puntapiés y coces, y que llovía puñadas el cielo. Pudo al fin el alcalde apaciguar la tormenta, y entró con toda su comitiva en casa del cura, sin dejar estancia, rincón ni alacena que no examinase. Viendo que eran inútiles sus pasos, y que no estaba Carlos en la casa, salió con su gente para continuar las diligenciasen otra parte.

Cuando tan precipitadamente abandonó Alberto al cura, corrió a casa de su amigo, ensilló el mejor caballo que había en la cuadra; le llevó a una arboleda no distante de los jardines del cura, y escalando las landas de rodillas pidió al sacerdote hiciese huir a su amigo a la fuerza, si por bien no quería. Carlos no se sometió, empero, a las amonestaciones de su tutor hasta que le prometió éste proteger directa y eficazmente a Isabel. Abrazó a aquel digno ministro del Altísimo, y le besó mil veces con ardor y ternura la mano que tantos beneficios le había dispensado, y siguió a Alberto, el cual cuando vio a caballo a su amigo pareció respirar con más desahogo, y le presentó el poco dinero que poseía. No necesitaba Carlos de este auxilio, por tener consigo el que había traído de Sevilla. Pidió encarecidamente a Alberto protegiese a Isabel, sirviese de hijo a su anciano padre, le consolase y se acordara siempre... Pero no pudo proseguir. Ya se había refrescado su mente; ya empezaba a conocer el horror de su situación y las consecuencias de lo que había hecho; y súbita y desesperadamente picó el caballo y se internó en el monte.

## Capítulo VII

> Yo soy uno a quien los golpes viles y las bofetadas del mundo han enfurecido tanto, que haré sin pesar cuanto pueda para agraviar al mundo.

(Macbeth.)

La agonía mental del fugitivo era tan aguda que caminó muchas millas envuelto en un estupor supino y casi ajeno de todo lo que de estaba pasando. Quebraba a veces este sueño del alma la imagen de Isabel, a quien veía apartarse de él dándole un adiós eterno. La forma de su anciano padre, doblada por el peso de la aflicción, parecía ocupar su vista, y resonar a sus oídos las quejas y reprensión compasiva de su tutor. El dolor de sus amigos, la alegría de sus adversarios, el oprobio del público, aguzaban sus remordimientos y pasaban por el inflamado cerebro con mil amargas asociaciones. Después de otro intervalo de abstracción absoluta, le parecía ver en tierra la imagen convulsiva, cadavérica del padre Narciso; humear la sangre derramada por sus hábitos; oír sus últimas palabras y roncos quejidos:
-¡Eterno Dios! ¿Qué es lo que he hecho? -exclamaba el prófugo con cierta especie de delirio- ¿Es cierto, por ventura, que acabo de dar muerte al hombre a cuyas manos se dignaba des a tender el mismo Dios del cielo? ¡Cuánta debió ser mi ceguedad cuando creí manchado con delitos de impureza un hombre de su carácter! ¿Quién, sino yo, pudiera imaginarse que a sus años querría solicitar y destruir la virtud de Isabel una persona que la ha visto nacer, que tan relacionada está con su madre, que sólo pasa en el pueblo algunos días de medio en medio año? ¡Otro sentido tenían sin duda las palabras de Isabel! Y si hubiera sido mal o pudo haberse arrepentido: ¿pero qué arrepentimiento será bastante para deshacer mi crimen? El cielo, ¡malhadado de mí!, debió dejarme de su mano, y caí al faltarme su ayuda en este precipicio horroroso».
Iba el joven entregado a tan amargas consideraciones, cuando gritó una voz desde la espesura:
-¡Alto allá, so pena de la vida!
-¿Y a quién tengo de hacer alto? -preguntó, con resuelta voz, el fugitivo, sorprendido de la celeridad de seis perseguidores.
-¡Al rey! -replicó la voz- Apéate de ese caballo, o mueres en este punto.
Era la noche oscura, no se discernían apenas los objetos; pero el ruido de muchas voces que sonaron en varias direcciones hizo conocer al caballero que le tenían rodeado por todas partes. Resolvió morir allí o abrirse paso; y embistió para ello al frente con la espada desnuda.
-¡A él, muchachos!, ¡fuego! -dijo la voz que le había mandado hacer alto.
Y súbito silbaron algunas balas junto a su cabeza.
-¡Alto el fuego! ¡Abajo las escopetas; y nadie toque a un gatillo! -gritó por el frente otra voz más cercana, y el fuego cesó inmediatamente- Así me gusta -continuó la voz-, y al que me mueva una escopeta le levanto la tapa de los sesos. Señor don Carlos, pase su señoría: libremente, o deténgase si más le agrada. Pero en caso de que por cortesía quiera tomar un bocado o refrescarse los labios con una uvita de buen Jerez, levante el dedo, y son suyas nuestras botas.
-Señor desconocido -replicó Carlos-, no me admira menos vuestra urbanidad que el conocimiento que tiene de mi persona y nombre. Lo que le

agradecería mucho, si pudiese suministrármelo, sería un trago de agua y un puñado de cebada para este caballo.
-El agua, señor caballero -repuso la voz-, le llenará a usía el cuerpo de ranas; apéese si gusta hacerlo, y trataremos su persona como la de un príncipe, y la de su jaco como la de un obispo.
Confiado en la buena voluntad de aquella gente desconocida, y abandonado como lo estaba a la desesperación, se apeó el caballero, y le rodeó desde luego un grupo de hombres bien armados y de malísima apariencia, que le recibieron, empero, con grande afabilidad. Poco después sonó un distante silbido a que respondieron con otros los del grupo, y diciendo algunos: «¡El Niño!», se adelantaron a recibir la persona que así se llamaba. Éstos le informarían del nombre y calidad de nuestro mancebo, pues extendiendo el Niño la mano a su llegada le saludó por su nombre, y le suplicó con modulada y sonora voz montase a caballo y se sirviese acompañarle con su escolta a lugar más cómodo que el cielo raso. Estaba ya la noche muy avanzada; no tenía el caballero adonde refugiarse, y la necesidad le hizo admitir con agradecimiento la oferta de aquel célebre bandido. Montó a caballo con la indiferencia o endurecimiento que suele acompañar los primeros instantes del crimen, y salió a trote largo en la sociedad del Niño y de sus gentes. Casi media hora habrían caminado sin hablarse una sola palabra, cuando intimó el bandolero a Carlos que estaba concluido el viaje. Se detuvieron los caballos, dio el capitán un silbido, y poco después se vio iluminar el campo por un fogonazo encendido al parecer en la cima de una alta roca.
-Todo está seguro -dijo el capitán, apeándose y pidiendo a su huésped hiciese lo mismo.
Recogió todos los caballos uno de los hombres, y los demás subieron a la roca por una escala de cuerda que les echaron desde arriba. Por medio de esta peligrosa ascensión, en la cual se hubiera desnucado nuestro hidalgo a no haber sido por el buen pilotaje del capitán, llegó la partida a una espaciosa plataforma. Pusieron las armas en tierra, y sitiaron bizarramente una formidable ensalada de pimientos y tomates, flanqueada de chorizos y carne fiambre, y protegido el frente y retaguardia por dos abultados pellejos de manzanilla.
Mientras hacían los bandoleros plena justicia al mérito de su banquete, examinó Carlos la fisonomía de su huésped a la luz de dos antorchas, de tal modo situadas que no se viese su resplandor desde la llanura. Diego Corrientes, o séase el Niño, tan célebre en los romances de los ciegos, no tendría a la sazón más de veintiséis o veintiocho años. Su semblante no presentaba facción alguna notable que indicase el rostro de un temido bandolero. Su cabello y barba era rubio claro, sin inclinarse en lo más leve a rojo. Los reveses y las dificultades habían dejado su pesarosa huella en una frente plácida, por naturaleza, y dispuesta a la alegría.
Sus facciones, interesantes; si no del todo clásicas, estaban animadas de continuo por una sonrisa que ocultaba su palidez y les daba franqueza y descuido. Sus ojos, que despedían a veces miradas vivas y fogosas como el relámpago, parecían en general la mansión de la paz. No era, en fin, creíble que hombre de aspecto tan afable y halagüeño hubiese adquirido la triste celebridad de Diego Corrientes. Se reía alegre entre sus súbditos, bromeaba familiarmente con ellos, y acompañándose con la guitarra cantó

los males del amor en un romance con tan impresivo sentimiento y buen gusto, que inspiró a sus asociados la melancolía de su alma, y les hizo abandonar el feroz contento a que después de la cena estaban entregados. Pero no queriendo dejar la gente tan abatida, cambió de música y asunto, aunque los cantares festivos no se acomodaban tanto a su voz y fino alborozo. Acabada la fiesta mostró el capitán a su huésped un receso de la roca que para lecho le tenía destinado, y se entregó toda la gente al reposo.

Bien venida fue la luz de la nueva aurora para el caudillo de los bandidos, cuyo sueño habían repetidamente quebrantado los suspiros y sollozos de Carlos. El horror y la desesperación asediaron toda la noche el espíritu de nuestro mancebo, y antes que el primer rayo del sol dorase la cima de la roca, salió de su caverna a respirar la brisa matutina con desalentado corazón y descompuesta e inflamada mente. Le había precedido el capitán, a quien halló dando ya instrucciones a sus bandidos. Recibieron éstos las órdenes con sumisión atenta, y bajaron al campo por la escala que después retiró el capitán, quedándose solo con Carlos en aquella inaccesible guarida. Saludó entonces a su huésped, encendió fuego y se puso a preparar el almuerzo para la gente, cuya vuelta esperaba fuese pronta. Se paseaba, lleno de perplejidad, el juvenil caballero por la plataforma, incapaz de formar plan alguno de conducta, y sin saber en qué emplear la vida que empezaba entonces. En esta agonía de ánimo pidió así consejo al bandido.

-¿Qué es lo que he de hacer de mí mismo, capitán? Sáqueme usted, por amor del cielo, de este combate y aflicción que postra mi entendimiento.

-¿Que yo le aconseje? -preguntó el capitán maravillado de aquella inesperada súplica-: Por vida mía, señorito, que no bastan mis luces para aconsejar acerca de situaciones que ignoro. Parece, por el semblante y la vigilia, que asedian a su merced dificultades; pero sin saber cuáles sean, malos fundamentos tendría el consejo.

-¿Y cómo sabe usted entonces mi nombre?

-Porque interesa a las personas de mi profesión, señor caballero -replicó el capitán- saber los de muchas gentes, así como su rango y fortuna. No van más allá mis indagaciones.

Es de advertir que hubiera podido ocurrir en aquellos felices tiempos en España la muerte de un asentista, médico o abogado, sin excitar grande indignación en el público; pero la de un religioso se habría mirado con tal horror por todas las autoridades civiles y eclesiásticas del reino, que hubiese necesitado el perpetrador de alas para escapar del condigno castigo. Conocía Carlos el peligro en que estaba, y creyó oportuno oír el consejo de un hombre tan acostumbrado a evadir persecuciones como el Niño; y mientras el bandido, con una rodilla en tierra, aventaba el fuego con su sombrero redondo, le contó el joven su reciente y funesta aventura con una intensidad de sentimiento cual la narrativa exigía. Lejos de escuchar el capitán con indiferencia aquella historia, brillaban en su semblante ciertas indicaciones del placer con que se representaba en su imaginación la tragedia. Al llegar a la catástrofe tiró el sombrero por alto con exclamaciones de: «¡Bien, por vida mía!», complaciéndose en tan acerba pintura, como si fuese la muerte de un fraile el más chistoso acaecimiento del mundo. Pero pasó pronto aquella violenta alegría, y vuelto el

semblante a su natural y plácida compostura, dijo después de un instante de silencio:
-El demonio mismo no es capaz, señor caballero, de discurrir medios para salir avante en tal negocio.
Empezaron luego a contraerse y dilatarse alternativamente las facciones del capitán; fijó la vista en el fuego, y descansando en las manos la frente, se entregó a la meditación por algunos instantes. Al fin se resolvió la rigidez de su fisonomía en un sonreír lleno de esperanza, y exclamando que la hazaña era brillante, prometió al caballero ponerle en seguridad.
-¿Y cómo? -preguntó Carlos- ¿Por qué medios?
-No puedo contestar definitivamente ni entrar en explicaciones -contestó el bandolero- hasta la vuelta de mis infanzones.
Y siguió con la anterior indiferencia cuidando de sus guisos. Después de algunos instantes preguntó a su huésped:
-¿Y cómo, señor mancebo, se llamaba la reverencia cuyo pellejo su merced ha horadado?
-Un tal padre Narciso...
-¡San Antonio! -dijo interrumpiéndole con admiración el bandolero-, ¿Un hombre fornido, alegre de cascos, que solía ir todos los años a Aznalcóllar?
-El mismo -contestó el caballero-, ¿y usted, señor capitán, le conocía?
-¿Y quién no? ¡Por Santiago bendito! ¡Ya acabaste, confesor estupendo de mi gavilla! ¡Quién finara como tú, no en alta horca, no por férreo retorcido garrote, no por bala ministril ni soldadesca, no por aguzado y buido puñal, sino batiéndose en duelo de espada como hombre de pro o antiguo caballero! Al fin pagaste tu deuda, y estás ya libre de trabajos. Pero se acabó mi oficio de cocinero, y siento en verdad que no podamos ir a echar un paseo por mis jardines. Y mira el caballero sorprendido como si no creyese que soy yo propietario. ¿Cuánto va a que no piensa su merced, señor mancebo, que soy yo más que un salteador desaforado?
-Me pesa responder -contestó Carlos- que justificaría esa sospecha lo que del Niño tengo oído, y aun más lo que he visto.
-Pues le engañaron a su merced de medio a medio rumores y apariencias. No soy yo menos que un noble infanzón que no vive ahora, en esta edad miserable, sino allá en tiempo de los moros. Por supuesto que tengo tierras, ganados y bosques sin número; pero el rey y los viles cortesanos se han declarado enemigos míos como lo fueron Alfonso y sus ministros de mi compañero el temido castellano Cid Ruy Díaz de Vivar. También él se vio obligado a pelear toda su vida por la conservación de su patrimonio, compuesto de una casa vieja y dos o tres campos medio quemados; y he aquí en lo que yo le saco ventaja al Cid Ruy Díaz. A mí no me gusta envejecer como los árboles sin moverme de un sitio; y aborrezco, además, los insectos domésticos; por eso me vengo a dormir en la frescura de los campos y en medio de mis posesiones rurales, las cuales se pueden ver desde esta roca. Note, señor bueno, la extensión de todos estos campos y montañas, y se admirará cuando sepa que todo eso es mío. ¿No se acuerda de aquel arroyo que preñado de peces pasa a una legua de Aznalcóllar? Pues es uno de los más mezquinos que riegan mis terrenos. Así ocupo mi trono gobernado gloriosamente la España, no obstante el encono de mis rivales.

Gozo de mis dominios tan plenamente como el supuesto rey de Madrid, pues por buen estómago que Su Majestad tenga no podrá encerrar en él más de una porción limitada del trigo de sus vasallos, por abundosa que sea la cosecha, y no me ha de faltar a mí el trigo que necesite el mío aunque sea en un año de hambre.
Continuó el capitán enumerando en extravagante vena sus vasallos, ciudades, ejércitos y opulencia, pero no tardó en agotarse su buen humor, y quedó, como otros reyes, oprimido al parecer de pesar en su propio trono. Un esfuerzo repentino y vigoroso le volvió a su tranquilidad ordinaria, y continuó con sarcástico acento:
-¡Males de reyes, señor don Carlos! ¡Una conspiración! Mi conciencia se atreve a rebelarse contra mí, ¡contra mí, que gozo por derecho de inmemorial posesión de señorío! Pero me quiero conducir noblemente con la bruja y no quitarle la vida. Ese aspecto, esa voz y figura, señor caballero, me recuerdan tan vivamente la sola persona que en este mundo me ha querido con sinceridad, que desde que le vi a usted me avergüenzo de mí mismo, y me siento, cual nunca, abatido y desgraciado.
-También yo, señor capitán, oiga con harta sorpresa ese lenguaje en boca de un hombre de quien no debería esperarse. Mejores de lo que se piensa deben haber sido sus principios...
-Se los diré si quiere saberlos.
-Lo tendré a favor especial -replicó Carlos, cuya tolerancia había perfeccionado su reciente infortunio, haciéndole sentir vivamente la simpatía que se debe al verdadero arrepentimiento.
-No espero -continuó el bandido- que mi narrativa excuse aunque pueda mitigar tal vez la infamia de mis crímenes. Seré breve: «Era mi padre un honrado labrador de Extremadura. Ya habría llegado a los cuarenta a la época de mi nacimiento. Su mujer, gruesa y saludable matronaza, casi de la misma edad, logró fama en Almendralejo por la ecuanimidad de su ánimo. "¡Cuidado con esa paciencia, mujer mía!; acostumbraba a decirle mi padre, porque si te cae al suelo habrá sin duda temblor de tierra". Labraba mi padre por arrendamiento una heredad del marqués de Rascarrabia, señor inquieto y acre, cuya benevolencia bajaba en copiosos raudales hacia los pobres, pero como los aguaceros de verano, entre relámpagos y truenos. Mis padres no eran el último ni el menor objeto de su generosidad, y los infelices, en la gloria de su comparativa afluencia, gozaban del dulce sueño de criarme para la iglesia. Esta ilusión deliciosa, a que el marqués ayudaba por su parte, los fortificó en su parsimonia, esperando por medio de una frugalidad extrema juntar medios para presentar a las aras un nuevo ministro. Pero no había la naturaleza dotado al futuro clérigo de un solo sentimiento o cualidad propia de ministerio tan alto. Yo soy, de por mí, el ente más ligero y alegre que paseó jamás por las tierras glutinosas de Extremadura, y no había entonces sombra en mi cabeza de aquella pensativa melancolía que inclina a las meditaciones religiosas. El tiempo y los sufrimientos internos han cambiado mi natural en esta parte. Todo inquietud y todo fuego, era mi vida un romance continuo. Manejaba a los quince años con precisión inaudita la escopeta y la espada; temían mi cólera los valientes del pueblo; y los amantes odiaban la dulzura de mi voz y la voz de mi guitarra. Sólo en la gramática latina reconocía superiores. Necesitaba entonces con frecuencia ir en casa del marqués de

Rascarrabia, cuyo caballero tenía dos hijos mayores que yo, y una hija algo más joven. Su belleza no era de mujer, sino de ángel. Tenía cuanto... perdonad, caballero, mi ternura. Al fin yo no soy más que un hombre, y las heridas de mi alma demasiado profundas y enconadas para poderlas tocar impunemente. ¿Qué dirían mis compañeros si así me viesen? ¿Reconocerían a su capitán? Pero ya pasó: continuemos. La vista de la hija del marqués me inspiró dolor gusto, o tal vez ambas cosas; el hecho es que nos enamoramos uno del otro. Era nuestra pasión tácita e inocente sentíamos ambos sus efectos, la necesidad de conservarlos en la reserva más sagrada. El rubor que nos encendía el rostro al vernos era nuestro lenguaje. Sabíamos instintivamente que se levantaría una tremenda oposición contra nuestras inclinaciones tan pronto como éstas se descubriesen, y que sólo en la discreción descansaba la esperanza. Si aquel cariño, aunque infantil, ardiente, hubiera permanecido oculto, gozara yo ahora del amor de mi Lucía, feliz en mi estimación propia y en la del mundo. ¿Mas cómo podía existir tan peligroso secreto? Harto pudimos lograr con que no lo descubriesen en más de un año ni la experiencia del padre, ni la malicia y astucia de los hermanos. Dieciséis cumplí yo el día en que con no sé qué pretexto entré en casa del marqués y por primera vez no vi a Lucía detrás de los vidrios de su ventana. La fisonomía de los criados indicaba nuevas desagradables. Estaba yo lleno de maravilla, temiendo tanto hacer una pregunta como continuar callado, cuando vino el marqués en persona a disipar todo el misterio. Sin fundar en causa alguna su mal trato, me insultó, me dio de palos con su caña y me echó a empujones de la casa. Yo sé por experiencia que rara vez es el valor otra cosa que la disminución del miedo. Tan natural este último al hombre como al bruto. Empújese al más noble caballo hacia el borde de un precipicio, y se verá él ojo aterrado, la crin erizada y las dilatadas narices respirar horror a la proximidad de la muerte. Jamás he sentido yo semejante depresión de espíritu ni una sola vez en toda mi arriesgada vida. Yo amo el peligro. Yo he arrojado un árbol al través de dos rocas divididas por un insondable precipicio, y me he deleitado en correr por él de la una a la otra parte, jugando así sobre los bordes de la misma eternidad. Usted ya sabe, si lee los romances de los ciegos, cuántas veces he atravesado solo, con la espada en la mano, las calles y plazas públicas de populosas ciudades. He visto la admiración pintada en el rostro de los espectadores, que ignoraban la fuerza increíble de estos delgados brazos. No fue, pues, la cobardía la que enervó mi mano, impidiéndome levantarla contra el marqués. Fue, sí, la gratitud, la reverencia, y la seguridad de que no podía hacer polvo al hombre que me creía pusilánime.

No puedo comparar a ningún sufrimiento terrestre la amargura que se derramó en mi alma cuando perdía a Lucía. Juré dar pábulo al rencor del marqués y de sus hijos; y pues que tan vilipendiados se consideraban porque yo me había también creído hombre digno de una mujer, pues que era indigna mi mano de recibir la de Lucía, quise azotar su orgullo con verdadero y prolongado motivo de vergüenza. Un arraigo mío, solo amigo que he tenido en mi vida, contuvo mis violentos proyectos. Su voz y presencia se parecen mucho a las vuestras, y esta casualidad me ha hecha recordar mis infortunios. Desgraciadamente tuvo mi amigo que ausentarse de Almendralejo pocos días después de mi expulsión de casa del marqués; los

designios de venganza que apenas había él apaciguado volvieron a arder con más intensidad en mi pecho. Pero ardían secretamente, y no había instante que no me probase lo vano y ridículo de mi resentimiento. Ya estaba desesperado, abatido y casi frenético, cuando recibí una carta de Lucía. La habían llevado forzadamente a un convento, que yo escalé poco después en el silencio de la noche, pasándola del santuario a mis brazos. Por acaso tomamos un camino por el que no nos persiguieron, o fue la persecución tardía. Cambió Lucía su traje por el de muchacho, y tan cautelosa y astutamente nos condujimos en nuestro viaje, que llegamos felizmente a Aragón y nos establecimos en un pueblecito cerca de Zaragoza. Ya era casi imposible que allí nos descubriese nadie. Un día se me ocurrió la vengativa idea de escribir a los hermanos de mi Lucía participándoles la buena salud de su hermana y lo contento que su hermosura me tenía. Omití el lugar de nuestra residencia, y confié el pliego a un arriero que iba a Madrid para que le pusiese en el correo, cuyo sello extraviaría toda investigación. Empezaron por entonces a faltarnos los recursos, y trabajaba yo de sol a sol en los campos para no carecer de pan. No bendecía Dios mi sudor, ni jamás me dio el trabajo bastante para vivir sin estrechez. Pero siempre estaba contenta Lucía. En medio de nuestra pobreza me vi atacado de tercianas, y estuve enfermo bastante tiempo. Me hallaba demasiado débil para trabajar en la convalecencia, y hubiera perecido sin el cuidado de Lucía, que halló medio de proveerme de cuanto era necesario. Ya me encontraba algo restablecido, cuando al volver una tarde a mi casa vi desde lejos un caballero que salía de ella. Era Lucía hermosa por extremo. Había doblado el desconocido la esquina antes que yo llegase a ella; y no pude lograr alcanzarlo. Llegué a mi infeliz mansión, y mi mirada aterró a Lucía. "¿Quién es ese hombre?", le pregunté perentoriamente. "¿Qué hombre?", replicó ella con fingida serenidad, y luego como recordándose añadió: "Un forastero que preguntaba por el camino más corto para Zaragoza". No me satisfizo su respuesta. Muchas veces había yo suplicado a Lucía me dijese de dónde sacaba su dinero, y ella me sonreía, asegurándome que era mío lo que se gastaba; y acordándome yo entonces de sus joyas, no me permitía la delicadeza continuar mis preguntas. En esta ocasión se me ocurrió que no había en el pueblo plateros que pudiesen comprarlas, y se llenó mi ánimo de furor y de angustia. ¡Quién hubiese advertido entonces la extrema proximidad de Zaragoza! El cerebro parecía que se me despedazaba durante aquella aciaga noche. A la otra mañana me proveí de llaves maestras, y a todas horas me presentaba delante de Lucía. Si ésta no hubiese tenido aquella alma angelical, ¿cómo hubiera llevado mis sospechas? Una tarde entré de este modo furtivo en mi casa, toqué a la puerta del cuarto, pero no se abría. Puse la espalda contra la pared opuesta, el pie en el sitio del cerrojo, e hice saltar súbitamente las argollas. El primer objeto que se presentó a mis ojos fue un caballero sentado junto a Lucía. En el próximo instante yacía ya cadáver a mis pies. Expiró sin un quejido. "¡Bebe, hártate de su sangre!", dije en mi frenesí a Lucía, y le atravesé aquel divino pecho con el hierro humeante y rojo que tenía en la mano. "¡Soy inocente!", exclamó en la última agonía: "¡Viene de parte de mi padre! ¡Dame la mano, amor mío!, ¡oh Dios!". Estas fueron sus últimas palabras, y el sello de la muerte le cubrió las mejillas. ¡Ay, señor don Carlos!, ¿qué fortaleza

basta para dar fin a tan horrible pintura? Estaba encinta Lucía... pero no puedo más. ¡Adelante!
Cerré el apartamento y la casa, salí al camino, arrojé del caballo abajo al primer jinete que vi en él; hice sin intermisión cerca de diez leguas, me apeé en una venta, cambié el mío por el mejor caballo de la cuadra, seguí atravesando en él leguas, rápido como la tormenta; troqué de nuevo montura a la fuerza, y así continué por algún tiempo.
En esta época miserable de mi vida no tenía yo mucho más de diecinueve años, y ya contaba veinte antes de recobrar la razón. Apenas me acuerdo de lo que me sucedió en el período de mi delirio. Sé que en cuanto me vi aliviado dispuse volver a Almendralejo y visitar a mis padres. Me disfracé, emprendí y completé el viaje. Mi padre y el marqués habían muerto de pesar, y me estremezco al acordarme de que vi a mi madre pidiendo limosna de puerta en puerta. Me di a conocer, y recedió aterrada de mí, pero volvió luego trémula a ocultarme bajo el despedazado manto, y a protegerme en el peligro en que me consideraba.
Alguna; furia del infierno guiaba sin duda mis pasos. Yo a lo menos creo que sí, porque fui la noche misma de mi llegada a visitar al nuevo marqués. Pregunté por él y me introdujeron en su estudio. Cerré por dentro la puerta, descubrí mi rostro, y le pregunté con desesperada resolución que adónde estaba su hermana. Me contestó con serenidad maravillosa que por una desgraciada casualidad había llegado a saber que se hallaba conmigo cerca de Zaragoza; que pidió a un pariente suyo de aquella ciudad persuadiese a Lucía a volver a su casa, entrar en un convento, o sancionar con el matrimonio la alianza vergonzosa que había contraído que le contestó este sujeto dándole parte de haber socorrido la mucha miseria en que halló a Lucía y su consorte, y esperaba que todo aquel negocio se acabaría sin escándalo alguno; y finalmente, que pocos días después se habían hallado muertos a estocadas su hermana y su pariente. "Gracias -le dije- por la noticia"; y me dirigí hacia la puerta. "No, señor", dijo el marqués, con una fría y amarga mirada deteniéndome el paso. "No hay que salir todavía. Ya llegó la hora de la venganza". Desnudamos las espadas, y fue el marqués víctima de su enojo. Salí del cuarto, y me separaban ya algunas leguas del pueblo antes, que se sospechase aquel sangriento hecho.
He aquí los primeros pasos de mi carrera. Juzgad si puede volver, a elevarse jamás al estado de hombre el que ha caído en tan profunda sima de crímenes. Escarmentad en mi cabeza, noble mancebo, y no cometáis más delitos, para no llegar a ser lo que yo, un tigre, un infame forajido».
Esta confesión ha aligerado mi pecho. Gracias por vuestra paciencia en escucharme. Menester es que me revista de mi gesto de bandido, porque ya oigo por abajo los alanos.
Se levantó el capitán, respondió a los silbidos de su gente, y les echó las escalas para que subiesen.

## Capítulo VIII

Aquí amanecían, acullá comían: unas veces huían sin saber de quién, y otras esperaban sin saber a quién. Dormían en pie, interrumpiendo

el sueño, mudándose de un lugar a otro. Todo era poner espías, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuces.

(CERVANTES.)

Volvieron de la expedición los bandoleros con abatidos semblantes y miradas llenas de adversas nuevas. Bajaron la vista al encontrar la de su capitán, como si le pidiesen consuelo y patrocinio. Oyó el Niño con exterior indiferencia la doliente narrativa de su segundo, pero le tocó a lo vivo la novedad de que el tío Tragalobos estaba en manos de la justicia.

-¿Adónde le prendieron? -preguntó el capitán con indicaciones del mayor interés y dolor- ¿Se ha descubierto el nido?

-El nido, no -replicó el cronista-, porque le prendieron en Sevilla.

-¡Gracias a Dios! Algo había de salir bien. ¿Hay alguna otra noticia buena que acabe de contentarnos?

-El señor de Bruna -continuó el heraldo- ha ido a pasar una semana a su quinta.

-¡Toma ese doblón en albricias! -exclamó el capitán con animadísimo rostro- ¡Primera acción buena que el malvado del juez ha hecho en toda su vida! ¡Salir el sanguinario magistrado de Sevilla en esta coyuntura! ¡Oh suceso tres veces feliz para tu garganta invaluable!, ¡Tragalobos! ¿Quién podría salvar tu vida preciosa si el tirano presidente estuviese aún en Sevilla?

-¿Pero qué hace al caso -preguntó uno de la partida- que se haya ausentado el señor de Bruna? En diciendo que vuelve a la capital, tendrá el gusto su señoría de ver columpiarse al tío Tragalobos:

-¡Antes que tal vea -gritó el capitán con terrorífica voz y fiereza-, sabré yo sacarle los ojos de la cara y llenarle los huecos con brasas encendidas! Pero cumplamos con lo que el proverbio reza: «El muerto al hoyo y el vivo a la hogaza»; pues como dice el buen Sancho: «Tripas llevan pies, que no pies tripas»

Se sentó la gente alrededor de las viandas; y cuando el capitán hubo invocado el nombre de Jesús, le dieron tan buena carga como debía esperarse de gente que acababa de hacer una cabalgada de tres o cuatro leguas. Hablaron en el almuerzo de los medios y dificultades de enviar socorros a su lamentado amigo Tragalobos; pero a merced del pellejo de vino, pronto se hizo la conversación varia, ruidosa y confusa.

Mientras así vociferaba la gavilla, dijo su jefe a Carlos:

-Por la palabra de un perseguido rey, noble mancebo, qué no sé qué hacer de vuestra merced. Media hora ha tenía yo un amigo que te hubiera puesto en Portugal sin que lo viesen ni los gorriones; pero acaban de prenderlo como oís y está ahora adonde permanecerá probablemente hasta que lo saquen a hacer gestos a los plateros de la plaza de San Francisco; quiero decir, a los que tienen las tiendas enfrente del sitio de la horca. Pero, ¿adónde preferiría ir el señor don Carlos, a Gibraltar o a Portugal?

-Es para mí absolutamente lo mismo; aunque antes de mi final partida querría ver, si es posible, a una persona de mi lugar.

-Veremos -respondió el capitán-. ¿Tiene usted algún amigo íntimo en Aznalcóllar?
-Tengo muchos -dijo el joven-. Muchos amigos -repitió el bandido como quién lo dudaba-: Por supuesto usted sabe escribir. Aquí tiene mi tintero, aquí papel bastante, y lo más qué yo puedo hacer es que se entregue su carta a la persona de Aznalcóllar que usted designe.
Carlos se apartó a escribir, y el capitán volvió hacia su gente:
-¡Chato!-dijo llamando a uno de ellos-: ¡Chato!, ¿qué demonios de los infiernos charlas ahí de toros y tablados? ¿Estás sordo? Conténtate con el tablado que te preparan a ti de balde, no en la plaza de toros, sino en la de San Francisco, adonde irá la gente a verte hacer habilidades.
-A vernos, quiere decir mi capitán -respondió el Chato-, que también vendrá él a la función conmigo.
-No ha de ser así, señor nariz meñique, que tú sabes más que una zorra, yen toda razón me colgarán a mí diez años antes.
-¡No permita Dios que vea yo naufragar a mi capitán desde tierra firme! Adonde a él lo cuelguen, allí morirá su Chato!
Carlos levantó la vista para ver aquel verboso bandido, y le reconoció al punto.
-Menos palabras y más viveza -continuó el capitán-. Ponte al hombro tus sacos de alhucema y alpiste, y ve a vender a Aznalcóllar: Tienes que entregar una carta. Al caso. Vamos aquí, Caracortada. Te irás más pronto que el viento, que no te sienta la tierra; ¡vuela! y no vuelvas a mi presencia hasta saber si el señor de Bruna está bueno o malo, si se pasea, a qué horas lo hace, y qué gente tiene en la quinta. ¡Al avío! ¡Choricero! Corre sin perder un instante al nido del tío Tragalobos, y a la cueva con todo lo que valga algo. Ustedes tres, caballeros, al monte de Nuestra Señora de las Aguas, y que no se ría segunda vez el administrador de vosotros. ¿Estamos todos listos? A nuestra patrona la Virgen Santísima del Carmen, para que nos ampare en esta peligrosa vida.
Dicho esto, rezó el bandolero la salve acompañado por su gente, echó las escalas, y recibiendo las últimas órdenes partieron Chato, Caracortada, el Choricero y compañía a desempeñar sus diversas misiones.
-Mucho me temo -dijo Barbarroja a su huésped cuando estuvieron solos- que me tenga usted no sólo por un malvado, sino por un impío y un hipócrita. Pero no llega mi maldad a tanto; todos éstos son actos compulsivos por complacer a mi gente. Aborrecerían estos mastines un caudillo irreligioso. No hay uno entre ellos que no se crea especial favorito de algún Santo o Santa, que piensa vela por su seguridad, se ríe de sus gracias cuando la borrachera le ha embrutecido más de lo ordinario, y se sitúa, al fin, encima de la horca para llevarse su alma al cielo. Suelo yo dar de limosna a la Virgen hoy lo que ayer quité por esos caminos a algún padre de familia. Cada Ave María de las nuestras es una blasfemia, y no bálsamo para las llagas del alma, sino fuego que las abrasará después. Y, sin embargo, yo me siento aligerar el peso del corazón cuando rezo, y aun espero que Dios algún día... ¿Pero qué tiene usted, señor caballero, que parece que lo están devorando las penas? ¡Olvídese usted del fraile! Ya está su cuerpo descansando en la tierra y calentándose el alma en el infierno; conque no hay por qué apurarse. Yo lo conocía, y sé que ni Dios ni el rey han perdido nada con que le haya usted enfriado el cielo de la

boca. ¡Vamos! ¿Y a quién se le ha escrito?
-A un amigo mío, pidiéndole esté mañana a la noche entre ocho y nueve en un sitio que ambos conocemos bien, acompañando a una señorita de quien pienso despedirme, tal vez para siempre.
-¿Despedirse, digámoslo así, por mera ceremonia? -preguntó el capitán.
-Se entiende.
-Pues no soy yo, señor mancebo, el que pronostica bien de esa expedición. Mucho tiempo me parece que va usted a tener para arrepentirse de haberla emprendido. ¿Quiere usted permitirme que haga por usted una cosa?
-Y aún le quedaré agradecido si me facilita lo que deseo.
-Pues ya está hecho. Yo iré al sitio señalado; burlaré las emboscadas del mismo Satanás si en persona estuviese en ellas; le traigo a usted la chica con buenas palabras o a la fuerza...
-No hablemos más de eso; capitán. Ni por pienso siquiera.
-Como usted guste, señor mío deseando lo mejor, ofrezco mi pobre consejo, aunque bien mirado no puedo yo emprender esa aventura, por tenerme que ocupar del pobre tío Tragalobos, a quien no querría me lo colgasen del cuello por todos los tesoros del mundo. ¿Y cómo diablos favorecerlo?
Pasó el Niño algunos minutos meditando, y al fin se levantó con repentina y grande alegría, diciendo, como el filósofo de Sicilia:
-¡Lo encontré, lo encontré, señor don Carlos! Ya no muere de ésta el valiente Tragalobos. Ya encontré medio de sacarlo avante. Adiós, señor caballero. Sí ama usted su seguridad, no se menee de esta roca hasta mi vuelta, o hasta que venga alguno de mis caballeros a decir que ya no existe su príncipe. Adiós.
El capitán se precipitó ligerísimo por la escala abajo, habiendo pedido a Carlos la suspendiese después del descenso y volviese a echarla cuando sus gentes llegaran.
Sólo detuvo nuestro mancebo la partida por el deseo de lograr un billete de Isabel, o quizá de conseguir verla, en cuya esperanza resolvió aguardar la vuelta del mensajero. Estaba el día excesivamente caluroso, y atormentado el joven por la sed y el cansancio, se retiró a uno de los recesos que encima de la roca había, adonde apagó su sed con parte de la leche que en un cántaro trajeron por la mañana los ladrones. Le convidaron al sueño la frescura comparativa de la cueva, su larga vigilia y el silencio de los campos, que apenas quebraban alguna vez las aves. Durmió profunda aunque fatigosamente, que rara vez vierte la paz su beleño sobre la almohada del que tiene en sangre el acero. La imagen cadavérica del religioso le persiguió de nuevo y le arrebató el descanso, representándole el mismo caño de oscura sangre, las mismas contorsiones y quejidos que acompañaron su caída. Una voz ronca, que parecía salir de las entrañas de la tierra, repetía el nombre de: ¡Carlos!, como si le llamara a dar cuenta de sus hechos. ¡Despertó el mancebo víctima infausta de los remordimientos, abrió los ojos, extendió los brazos en derredor, y recordando las circunstancias en que estaba salió de la caverna o receso. Acababa de ocultarse el sol en el horizonte. Se aproximó el caballero al borde de la roca, y vio debajo de ella la forma del Niño, con ambas manos ahuecadas junto a la boca pidiendo a desaforados gritos la escala. Subió el capitán, y dijo a Carlos con aspereza:
-Sepa usted, señor caballero, que aunque me llaman el Niño es algo

peligrosa tratarme a mí de este modo.
-El peligro que haya -respondió el joven con altivo acento y semblante-, estoy pronto a encontrarlo, sea usted u otro quien con él me amenace. ¿Pero de qué me pide usted satisfacción?
-Pues señor -dijo el Niño cruzando los brazos y entre risueño y colérico-, ¿conque le parece a su señoría gracioso chiste el haberme tenido a mí y a mi gente rompiéndonos los pulmones a voces al pie de esta maldita roca y gastando nuestra pólvora en inútiles tiros antes que se dignara el señor respondernos?
-Pero, ¿tanto han llamado ustedes?
-¿Conque, según eso, usted lo ignora? Pues o por sordo o por muerto lo declara.
-De vida gozo y oído tengo; pero he estado dormitando un buen rato, algunas horas...
-¡Qué dormitar, señor caballero! El obispo de piedra que hace trescientos años está tendido cerca del altar mayor de Aznalcóllar se hubiera despertado y hecho ya tres mudanzas al bolero si cerca de su huesa se hubiera metido la mitad del estrépito que hemos estado haciendo ahí abajo.

-Siento en el alma, capitán, haber desacreditado mis talentos porteriles...
-¡No es eso lo que yo siento -gritó el Niño con un grande suspiro- sino el no ver sopa, asado, ni aun candela siquiera... ¿No ha sentido vuesa merced hambre con una legión de a caballo?
-Y aún la siento ahora; pero tengo infeliz mano para encender fuego, y peor si cabe para cosas de cocina.
-¡Valiente cazador por cierto! -exclamó el capitán en tono irónico mientras empezó su gente a preparar la cena. Después cambió de modo, y dijo, como pesaroso, a Carlos:
-Mal ha empezado su expedición de usted, señor mancebo. Ahí están esos tres cachorros, que según la alegría que manifiestan dejaron la bolsa del administrador tan inútil como los oídos de usted; allí está también el que fue a buscar al señor de Bruna, pero de eso hablaremos luego; Choricero está en una expedición segura y lejana; conque el único que no ha vuelto es el señor Chato. ¡Mal principio!
-¡Principio infame! -añadió Carlos- Creo que lo más conveniente será montar a caballo, ir con cierta precaución a Aznalcóllar y visitar la persona que deseo ver en su propia casa.
-Perdone usted mi curiosidad, señor don Carlos: ¿está usted todavía durmiendo?
-Me parece que no -respondió el caballero algo irritado.
-Es que el proyecto haría dudar de su vigilia. Si hubiese usted matado a don Eleogábalo de Araujo, cuyo pellejo, dicen, contiene la sangre más ilustre de Andalucía; si hubiera usted librado su lugar de escribano, barbero y boticario, y enviado el alma del maestro de escuela a enseñar el alfabeto en los profundos, aún podría volver a Aznalcóllar con moderadas precauciones; pero después de haber tocado la ropa de un fraile de otro modo que con los labios no lo haga nunca, si no quiere ocupar la posición destinada al tío Tragalobos, vide licet, el interior de la horca.
Un silbido que sonó abajo interrumpió esta conversación. Oscilaba el

corazón de Carlos, y casi quedó sin resuello.
-Gracias a Dios que ya está aquí el mensajero -dijo el capitán-. ¡abajo la escala!
Y uno de los bandidos se presentó apoco después en la plataforma; pero no era éste el encargado del negocio de don Carlos, sino el Choricero, que fue al que ellos llamaban nido del tío Tragalobos. No duró mucho el desconsuelo de Carlos al ver fallida su esperanza, pues sonó algunos minutos después otra señal, y se vio aparecer al Chato al borde de la roca.
-¿Qué nuevas, buen hombre? -preguntó sin dilación el caballero- ¿Te ha dado alguna carta?
-Permítame su señoría humedecerme el paladar, señor caballero -respondió el salteador-, y luego hablaré con sentencias más breves que la alegría de los pobres.
Después de una potente libación empezó así el mensajero.
-Por supuesto que no pude dar en todo el pueblo con hombre alguno que se llamara Alberto. Ya tenía vendidos casi dos reales de alpiste, se hallaba mi comisión a los principios. Encontré el lugar consternado cual no se pensara, y hombres, niños y mujeres por las puertas y las calles, sin trabajar nadie, y todos hablando del atentado de usía. Iba ya a tocar retirada y deslizarme por ver que no había ojo que no descansase sobre mí, cuando me encontré en la plaza a un negrote que mandaba haciendo mojigangas para entretener a los muchachos. Le pregunté al saltarín adónde estaba la taberna, con la intención de entrar con él en plática y ver si me daba luz. Dicho y hecho; no me equivoqué en lo que pensaba, aunque para decir la verdad, pocas veces se equivoca el Chato. Salió el negro delante de mí haciendo mudanzas hasta la taberna, adonde se echo a pechos por mi cuenta medio cuartillo del duro, que hubiera hecho hablar a un muerto por los codos. «¿Y adónde diablos dices que está Alberto?», le pregunté con mucho saber, haciendo que seguía el hilo de una conversación ya empezada. «En la cárcel», dijo el negro. «Pues no será por su gusto», le contesté, despidiéndome de él y plantándome en la calle. De cuantos edificios hay levantados en las vastas regiones españolas, en que el sol nunca se pone, no se hallara uno adonde un caballero de mi profesión vaya a llevar un recado con más repugnancia que a la cárcel. Pero cumplí como debía un plenipotenciario del Niño. Me dirigí, a la cárcel, aunque menos hombrada hubiera sido zambullirse en la cueva de San Patricio y bailar dos coplas de seguidillas con las blanquecinas y temerosas figuras que andan dentro danzando. Estaba abierta la puerta de la cárcel, y se descubría desde afuera un zaguán largo, estrecho y oscuro. Me metí por él a la buena de Dios, y vi a la izquierda conforme entramos una reja de hierro, y al otro lado de ella al señor Alberto, cantando a la guitarra y más alegre que una noche de San Juan: «¡Bien parado, señor músico -le dije desde el zaguán-: allá voy yo»; y con la clara y sonora voz que me dio el cielo, empecé las playeras en este tono:

No soy de esta tierra,
ni en ella nací;
la fortunilla rodando, rodando,
me ha traído aquí.

Tanto se engolfó el Chato en sus playeras, que le dijo su jefe:
-Hazte el cargo de que ya acabaste la canción.
-Mal hecho sería ese cargo -contestó el cantor- cuando en realidad no pudo acabarla. Porque en medio de la música, le guiñó al señor Alberto, que acercándose a la reja recibió el papel de su señoría y se lo metió en a manga de la chaqueta. Entonces, ya satisfecho de haber cumplido con mi embajada, rompí alegre con aquello de

eres buena moza y tienes...

-¿Y acabaste ya la copla? -le preguntó el Niño.
-No como yo quisiera -contestó el Chato-. Todo había ido hasta aquí a pedir de boca. Pero aún estaba yo trinando el «tienes», cuando se me presentan a la puerta el alcalde y el escribano: aquél, chico gordo, éste, avellanado, alto y huesudo.
-¿Qué diablos hace aquí este mostrenco? -preguntó el de la vara- ¿Piensas hallar en la cárcel parroquianos de alhucema y alpiste?
-¡Afuera, medias narices! -añadió el de la pluma-, que las tiene muy cumplidas. Los pájaros de esta jaula no se alimentan de tal grano.
-¡Dios bendiga a vuestras señorías! -les respondí con mucha humildad- Viva el señor alcalde muchos años! -«Bajo una losa»», añadí en mis adentros.
Y ya iba a pasar el umbral, cuando sentí a mis espaldas un agudo chillido y gritos de:
-¡Pararlo!, ¡detenerlo!, que viene de parte de don Carlos.
Vuelvo la cara, y me encuentro junto a una de las viejas más feas que la tierra mantiene, que era la de los alaridos. A su voz cerraron los ministriles espada en mano hacia la puerta, y heme aquí en el garlito:
-¿Conque conoces a don Carlos Garci-Fernández? -me preguntó el escriba.
-Si no escapo aquí por primo -dije yo para mí-, perdido soy.
Pero como me ha dado el cielo tanta gracia para hacer el simple, le respondí con candor admirable:
-Y cómo si lo conozco; ¡pobre señor!
Y me puse a llorar con tanta vehemencia como la hermosa viuda que lamenta la muerte de un esposo viejo, rico y asmático.
-Y tanto como lo conozco -repetí.
-¿Y adónde está? -preguntó ansiosamente el escribano.
-Eso no lo puedo yo decir -contesté con misteriosa y necia sonrisa para clavar más a su señoría, añadiendo cautelosamente a su oído:
-Don Carlos me ha dicho que le guarde el secreto.
-¿Cómo secretos con la justicia? -vociferó el escribano-; si ahora mismo no me declaras adónde está, confiesa y prepárate a morir ahorcado dentro

de una hora.
-Ahorcado -empecé a gritar con dobles lágrimas-. ¡Favorecedme, Virgen de los Dolores en esta hora de quebranto!
Y me arrojé por tierra, y excedía mi aparente dolor al de un insensato octogenario que lamenta la pérdida de una esposa joven, amable y negra de ojos. Me levanté después súbitamente, preguntando entre sollozos al escriba si en caso de que yo lo dijese, descubriría su alteza a don Carlos quién era el delator:
-Ni por pienso -me respondió su señoría.
-Y si le enseño a vuestra merced adónde está escondido, tampoco se me ahorcará.
-Por supuesto que no, como lo hagas pronto.
-Síganme sus excelencias -dije yo suspirando- y pues no hay más remedio. Vamos allá.
Salí andando de puntillas muy despacito, puesto el índice de la mano derecha en los labios, y con la izquierda delante de los ojos, como los que se mueven por lo oscuro. Me llevaba cogido por el ceñidor un formidable herrero, amenazándome la rabadilla con la punta de su desnuda espada; seguían el alcalde gordo y el flaco escribano, y en pos de estos una multitud de alguaciles y mozos del pueblo.
-Venga un trago.
Había dejado yo mi jaco al cuidado de una pobre vieja que vive en casa solar, como a una milla o menos de Aznalcóllar, y me la había acomodado en un derruido portalón que dista ocho o diez varas de la casa. Estaba la buena anciana hilando a la puerta de su guarida, y es inexplicable la sorpresa que se apoderó de su alma al verme llegar de tan pintoresco modo y a la cabeza de tal cofradía. Se le cayó el huso de las manos. Preguntó trémula al alcalde por qué delito venía a castigarla; llamó a su socorro a los innumerables mártir es de Zaragoza, y a los confesores y patriarcas de la iglesia, y decía con ambas manos en la frente:
-¡Bien me lo daba a mí el corazón!, ¡bien me decía a mí el pecho: tía Jinojo, no recibas forasteros en tu casa!
Llegados a la puerta.
-Valeroso señor -dije al herrero-, vuestra merced que lleva esa espada vaya delante de puntillas; yo iré detrás y llamaré a mi amo don Carlos, y el señor alcalde, escribano y alguaciles, se quedarán a la puerta; sale él, le prende vuestra merced, y yo me voy».
-Los locos y los niños dicen la verdad -contestó el herrero con voz más áspera que la de un yunque; y a los miembros de justicia: Vosotros os quedáis todos a la puerta, pero a una voz mía adentro.
-Poco ruido, dije yo trémulo y agitado, siguiendo al herrero, y llamando a don Carlos como el que llama a una fantasma, y le pide interiormente a Dios que no venga. Mis gritos eran en balde, el señor don Carlos no respondía...
-Ahí entra la verdad de la historia -dijo el capitán interrumpiendo al orador-; ni te hubiera su merced respondido, aunque le llamaras con la trompa del juicio.
-Habríamos el gigantesco herrero y yo -continuó diciendo el Chato- pasado como dos varas de zaguán, cuando me pareció del caso cogerle repentina y fuertemente ambas piernas, y hacerle dar de cara contra el suelo. Le bailé

a renglón seguido tres recias mudanzas en las costillas; alcancé de un brinco el corral; salté la tapia, y casi al instante mismo le estaba ya poniendo la brida a mi caballo en el portalón de marras. Pero no había yo contado can la ligereza de piernas aznalcollarense. Antes de que pudiese montar ya tenía junto a mí dos satélites; y, lo que parece increíble, el desmesurado herrero los había adelantado, y llegó a mí el primero con la espada en la mano y echando fuego por los ojos. Maldije la soltura de sus miembros, y aganchándome con mucha monita, cogí un puñado de tierra, se lo arrojé a los ojos le puse el pie con tal cual vigor en la boca del estómago, y le arranqué, todo en un tris, la espada de la mano. Al mozo que próximo al herrero venía, gallardo mancebo de veintidós años; le senté la toledana de plano en la mollera, y cayó echando sangre por la boca, narices y oídos. Heme aquí ya a caballo y espada en mano. Enseguida del aturdido mancebo vi venir jadeando al escribano, y conjeturé por la cara que puso al ver las desgracias de sus antecesores que hubiera él liado los derechos de diez escrituras por no haber andado tan vivo. ¡Inútil arrepentimiento! Me tiré a él, y le medí con velocísima vehemencia la distancia de la nuca a la rabadilla; pero no quedaba yo satisfecho, ni él gozaba con plenitud de la elasticidad de la hoja, por quebrar la fuerza de los golpes una rica capa de grana que llevaba puesta; por lo cual, y para que volviese al pueblo más fresco y ligero, me tomé la libertad de quitársela de los hombros, y es la misma que tengo la honra de presentar aquí a mi capitán. Ésta es la capa, y ésta la pavorosa espada del herrero. El resto de la aventura prueba la gentileza de mi caballo y no la mía.

-¡Te luciste, Chato! -dijo el capitán, dándole un hermoso cigarro de La Habana.

-¡Bien por los mozos ternes! -gritaba un bandolero.

-¡Eso es lo que a mí me gusta!: ingenio y valor unidos -decía otro.

Y todos alababan aquella hazaña, como una de las más brillantes de su abandonada vida. Carlos añadió al aplauso común una pieza de oro, que dijo el Chato guardándosela era excelente aguacero para mojar la capa, y digno de la conocida generosidad del caballero.

-¿Y da vuestra merced una onza, señor noble -preguntó el capitán-, a cada persona que le hace algún servicio?

-No alcanzan mis facultades a tanto -dijo Carlos-; pero al señor Chato le debo más de uno.

-¿Cómo a mí? -preguntó el Chato, fingiendo gran sorpresa.

-No se me despinta tan fácilmente mi cirujano -dijo el caballero- ni fue para olvidado el milagro de la mula.

-¡Voto a tal -exclamó el Chato-, que tiene su merced algo de saludador!

-Ni el menor conocimiento de la magia; pero ni hace tanto que pasaron ambas cosas, ni es mi memoria tan mala.

-Pues ya que a buen ojo no hay disfraz -replicó el Chato-, me confieso humildemente físico de su señoría y resucitador de la mula.

-¿Y qué resurrección es ésa? -preguntó el Niño, admirado de oír hablar de tan extraña maravilla.

-Por falta de tiempo -dijo él Chato muy alborozado -no he referido ya el suceso. Ustedes se acuerdan de aquella célebre mula, la cual sin igual corredora, del guardián de los mercenarios, miserable cuadrúpedo a la vista, infatigable y velocísimo en el campo. Ya hacía mucho tiempo que yo

le tenía echado el ojo. Llevársela del convento a viva fuerza no era posible. Pues señor, a la estratagema. Todo el mundo sabe que no es menor mi artificio que mi valor. El pobrecito del tío Tragalobos, que es un santo para cosas de ingenio, me dio una medicina que cegase, encojase, y al parecer matara a la mula, diciéndome lo que después había de hacer para ponerla en menos de quince días tan buena como un obispo. Tomó el animal la droga; no operó pronto la medicina. Vi al día siguiente que salía el bueno del padre Narciso a caballo en ella. Me aguanté. Cayó la mula yendo por las montañas. Dejé ir al fraile; y viendo ya la bestia abandonada, fue la tía Rodaballos, que venía conmigo, a divertir y separar de mí unos cazadores que allí había, para que pudiese con libertad administrar mi antídoto. Allí vi por primera vez a este noble caballero.
-¿Y dónde para la tía Rodaballos? -preguntó Carlos con bastante curiosidad.
-No la he vuelto a ver desde aquel día -respondió Chato-; pero Dios quiera darle salud, porque aunque bruja, es una bendita, y le quiere a vuestra merced mucho.
-Gracias por la estimación, señor Chato, a usted y a ella.
-A mí gracias no sólo por la estimación, sino por más de una buena obra que vuestra merced sin saberlo me debe. Por ejemplo, la otra noche, ¿quién fue sino el Chato aquél a quien tuvo su caballo la bondad de atropellar en Triana? ¿Y qué hizo el Chato? ¿Se resintió de la injuria? Al contrario, saludó a su merced por su nombre, después de haber aplicado media docena de puntapiés a un raterillo, bajo pescador de pañuelos, que ya le tenía sacada media bolsa de la faltriquera. Y ayer noche, ¿quién sino el Chato reconoció su voz y detuvo las balas que si no le hubieran enmudecido para siempre?
Con estas y otras anécdotas se concluyó de guisar la cena; y se sentaron a la redonda los bandidos. Pero su banquete merece capítulo especial.

## Capítulo IX

¿A dó el héroe de pecho animoso
que a tan altas hazañas se preste,
que el silencio nocturno y reposo
Y el campo explore de la adversa hueste?

(Ilíada.)

Chispeaban los rostros de los desesperados de alegría al contemplar la proeza de Chato; y regado su contento con amplias libaciones de generoso manzanilla, brotaba, crecía y daba por fruto soeces chanzas, y juramentos y votos de estupenda rotundidad.

-¿Y el nido de Tragalobos? -preguntó el capitán al que a examinarlo había ido.
-Tan seguro -contestó el plenipotenciario -como la capa de grana del escribano de Aznalcóllar.
Esta insípida respuesta fue recibida con ruidoso aplauso.
-¿Y la plata del administrador? -interrogó el Niño a uno de los tres a quienes confió aquella empresa.
-Tan segura como el nido del tío Tragalobos -replicó el hombre-: Tan segura, que apostaría yo a que el administrador la está contando ahora mismo.
-¿Según eso, se te escapó otra vez ese pillo? -dijo el jefe, con bastante impaciencia.
-¡Qué escapar, me entiende usted, si nunca pudimos cogerle! Ya hacía dos horas, usted me entiende, que debía de haber pasado por el monte. Nada, ni sombra, me entiende usted. Estaba yo que cogía el cielo con las manos, vamos al decir, pero ya era menester largarse. Salimos a lo ancho, usted me entiende, cuando ve allí al tío Pepe el ganadero de la Puebla que venía, me entiende usted, de hacer su avío en la feria de Santiponce. «¡A él, muchachos!», y le limpiamos el cinto, usted me entiende, en menos que se persigna un cura loco.
-Pero, ¿le dejaste algún dinero y el caballo?
-Por sentado.
-¡Todos sois dignos -exclamó el capitán entonces con fervorosa voz- de vivir en mi corte y ser mis caballeros! ¡Vivan mis nobles!
-¡Viva nuestro capitán! -gritaron los bandidos con feroz entusiasmo, todos clavada en él la vista, y unos levantando al aire los brazos, y otros empuñando sus escopetas o puñales.
-Todos y cada uno de vosotros ha llenado su deber.
-¡Viva nuestro capitán! -gritaban todos con denodado ánimo interrumpiéndolo.
Se levantó el Niño, y después de dar gracias a sus compañeros, y lograr apaciguarlos, prosiguió:
-No merecería yo estar a la cabeza de hombres tan bizarros y caballeros, si no me hallara pronto a dar la vida por el último de ellos. Para mí, son mis hijos los que me sirven y sustentan, y el que a ellos les haga injuria, de mí ha de esperar la venganza. En lo más oculto de mis entrañas tenía yo la desventura de nuestro compañero Tragalobos: «¿Yo que soy el terror de los valientes y el amparo de los débiles -me decía a mí mismo-, ¿permitiré que tenga fin tan desdichado el más ilustre de mis ministros?». Agitado mi real ánimo con estas ideas, monto a caballo, atravieso campos, salto zanjas, y Caracortada, a quien yo de antemano había enviado a la floresta, me dice que hacía dos horas que estaba el señor de Bruna en su quinta. «Toma mi caballo -le respondí- y sígueme a lo largo». Descubrí la casa de campo, rodeé embozado los jardines, y le hice seña a nuestro conocido Periquillo, que está allí de jardinero. Vino el mancebo disimuladamente a la reja, y le dije que tenía que hablarle a su amo. «Pero señor, no lo irá usted a degollar», me preguntó. «Nada de eso», fue mi respuesta a Periquillo, que sabe que por la vida no faltaría yo a mi palabra, ni verter la sangre sin necesidad; descorrió el cerrojo, y se separó silbando. Un momento después estaba yo en la casa, adonde entré con

una carta en una mano y el sombrero en la otra, y me dirigí al cuarto de su señoría. Por fortuna conozco yo bien aquella casa, donde pasé de muchacho una semana en un negocio a que me envió el marqués de Rascarrabia. El sitio que yo veo una vez no se me olvida nunca: así discurrí por salas y gabinetes, pasé sin que en mí hicieran alto por junto a varios criados, y levantando al fin por detrás de la vidriera una cortina, vi el temido señor de Bruna preparándose para tomar chocolate. Esperé con paciencia a que lo tuviese sobre la mesa y hubiera salido el criado. Levanté entonces silenciosamente el pestillo, abrí la vidriera, y con liviano paso me acerqué al magistrado. Continuaba él sorbiendo su chocolate, sin imaginar que junto a sí tuviese tal visita. Me embocé con la capa el rostro, desnudé el puñal, levanté el brazo, y cuando el duro hierro le relucía ya sobre la frente, saludé con moderada y urbana voz a su señoría. Sobresaltado con esta súbita aparición, habría el presidente de la audiencia alborotado a gritos la casa, a no haber oída mi nombre, que le anuncié manteniendo siempre mi posición firme y muerta como la de una estatua, y añadiendo al nombre la sentencia de muerte si daba una sola voz. Cayó su ánimo al oír decir el Niño; una palidez mortal se extendió sobre su rostro, y recibió el sillón en su espaldar el cuerpo casi exánime del magistrado. «Creo -empecé con mucha compostura y sereno acento, bajando entonces el brazo-, que teme su señoría en este punto no poder cumplir el juramento que ha hecho». «¿Qué juramento?», preguntó con trémulo labio. «Aquel que no ha mucho tiempo hizo de verme ahorcado. Pero satisfágame usía esta duda. ¿Si yo le atravieso el corazón ahora, podrá después ver mi sentencia?» Temblaba el juez en silencio; y queriendo sacarlo de su terror, le dije: «No tema su señoría, señor de Bruna; no vengo a tomar venganza, sino a pedir un favor humildemente». «¿Y qué puedo, yo hacer por ti?», me preguntó con vehemencia y renaciente esperanza. «Suplico a su señoría, que rescate su propia vida de mis manos». «¿Y cómo?». «Digo que por rescate». «Nombra la suma. Mi repetición...». «¡Bah! Todo eso es bajo, señor juez. A mí me sobra el oro y los relojes. Su señoría puede rescatar su vida con otra vida; su sangre, con otra sangre de muchísimo menos valor que la de su señoría; la de un infeliz, pobre y desconocido preso, de quien su señoría ignora hasta el nombre». «¿Ha quitado la vida a alguna persona principal?; preguntó el juez. «A nadie». «Pues yo soy entonces su padrino». «¿Y qué rehenes me dará vuestra señoría?». «Nombrarlos». «La palabra de su señoría: me basta». Entonces el juez me dio del modo más solemne su palabra de honor de que salvaría a toda costa los días preciosos de Tragalobos. Restablecido ya de su sorpresa, pasó a aconsejarme que dejase mi mala vida, etcétera. Pero si alguna vez, añadió, te ves en poder de la justicia, cuenta con la protección del presidente de Bruna21. Le di gracias por su favor; salí sosegadamente por la puerta principal, recibí mi caballo del fiel Caracortada, y me apresuré a recibir de vosotros congratulaciones por haber acabado sin sangre tan espléndida hazaña. Tuvieron los salteadores por conveniente oír con entusiasmo la narrativa de su caudillo, y prolongar la cena en una bacanal tempestuosa que acabaron los vapores del vino cerrando todos los ojos. Dígase en prez de aquellos miserables que todos, y en particular el capitán, se manifestaron sobrios bastante para conservar imperio sobre sus cuerpos y sentidos.

-Vaya, señor don Carlos, ¿cuáles son ahora sus intenciones? -preguntó el Niño a su huésped, después que estuvieron solos en el receso.
-Ir mañana al sitio señalado, media hora antes del momento de la cita. El joven a quien he escrito, aunque de lucios cascos, ya habrá encontrado medio de informar de mi deseo a la señorita a quien deseo ver. Si mañana no atengo este gusto, ¿cuándo podré gozarlo en mi vida?
-¡Bien pensado! Vaya, como un hombre, y que nada le atemorice. Sólo le pido que nunca olvide que es mi consejo contrario a esta expedición: ¡Un fraile! No digo más. El valor aislado sirve de poco; y usted, señor caballero, carece aún de aquella astucia, de aquel pulimento en la maldad y estratagemas del mundo que hacen útil la bizarría. ¡Y frailecitos en el asunto! Estoy por decirle a usted que sería capaz el padre Narciso de resucitar sola para incomodarlo.
-¡Ojalá lo hiciera! -exclamó el caballero; manifestando con un suspiro su arrepentimiento.
-¡Generoso pecho! -dijo el bandido admirando la palabra de Carlos-; pero eso no basta. Una onza de plomo mata al más noble caballero que bajo los cielos vive.
-Mucha prudencia es ésa, capitán -dijo Carlos- para un hombre que con tan poca obra, entra solo en casa de un juez, por medio de tantos criados y atropellando tantos peligros.
-Y, sin embargo, todo eso corresponde con el sentido de mis sermones; porque, además de lo poco que mi vida vale, y que me haría gran merced el que me la quitase, yo sé cómo y cuándo entregarme en beneficio de un amigo a tales pasatiempos. Ni es tan peligroso visitar al juez, protegido por el terror de mi nombre, como presentarse en Aznalcóllar con el que usted tiene.
-No quisiera que el temor me impidiese dar un paso que considero justo...
-Nada temo yo en el mundo -dijo el bandido-, pero sigo, no obstante, los deberes del general. No creo necesario vencer peligros sin objeto alguno, sino conseguir mi objeto a pesar de los peligros. El hombre ha de hacer por sí mismo cuanto esté a su alcance. Si sólo puede ganarse la batalla con desesperada lid, arrebate el general la bandera; y láncese el primero contra las enemigas bocas de fuego, impetuoso como las balas de su propia artillería. Nada importa morir como se consiga el designio; yo digo sólo que no ha de pasarse el blanco de la prudencia.
-Si es cierto la mitad de lo que se lee en los romances impresos de las aventuras del señor Diego Corrientes -replicó Carlos-, poca precaución ha manifestado en sus acciones.
-Pues a pesar de eso -repuso el Niño-, no recomiendo yo la circunspección sólo como una conveniencia, sino como un deber. La ligereza en mis acciones, señor don Carlos, es aparente, pero no real. Yo estoy jugando al ajedrez con mi cuerpo, y no me importa más el pellejo propio, que un alfil o caballo del tablero. Pero en ambos juegos, del ajedrez y de la vida, me importa sí salir bien y no vencido. Gracias a Dios que hasta ahora no me ha desamparado la prudencia. Concedo que pocos imaginarán que tal deidad me favorece. En haciendo por mi parte cuanto pueda para ganar la partida, no me quedará escozor si recibo un jaque mate. Necesito exponer mis piezas con frecuencia; y como es la muerte esposa común de todos los hombres, ¿qué importa el día o el sitio en que las nupcias se celebren, con tal que

por falta de sabiduría no se hayan apresurado?
Viendo el capitán que no había su discurso producido grande efecto, continuó así:
-Pero veo, señor don Carlos, que todo es predicar en desierto. Quiero responder con una cita al silencio con que usted me reprueba. El noble marqués de Rascarrabia, ¡pobre viejo!, gozaba de una pensión anual de diez o doce ratos de buen humor, cada uno de ocho a diez minutos. Para no desperdiciar estas raras treguas del común regaño, se había provisto el caballero desde su juventud con igual número de consejas cortas y morales, que periódicamente repetía entre enfado y enfado. Cuando llegaba a la última volvía a empezar, y se seguían los cuentos con tanta precisión y orden, como sigue el invierno al otoño, o la primavera al invierno. He aquí una de sus narrativas. Un filósofo morisco, por lo filósofo quiero decir hechicero o saludador, viajaba de reino en reino seguido por muchos discípulos. Les enseñaba a éstos doctrinas heréticas, encantos y artes nigrománticas, pues es de advertir que el verdadero filósofo rara vez es buen cristiano. Entre otras cosas raras, tenía la de empezar y concluir todos sus discursos hablando así a los vagabundos que le seguían: «¡Oh, vosotros, pillastres que conmigo venís!, sabed que lo mismo es morir que vivir». Cansado ya uno de los aventureros estudiantes de oír aquella necia proposición, le preguntó al filósofo: «Decidme, maese Alí, si el vivir y el morir todo es lo mismo, ¿por qué no os morís vos?». «Porque es lo mismo», le respondió el filósofo. Viva vuestra merced, señor don Carlos, y aun puede gozar con su señora de no imaginada ventura. Pero si pone su libertad en peligro y llega a perderla, ¿quién lo salvará de una muerte desastrada?
-Si hay peligro, estoy resuelto a arrostrarlo -contestó el caballero-; pero no creo que haya necesidad de hacer muestra de valor. Yo quiero, además, saber de mi padre, las particularidades que han ocurrido después de mi desgracia. Conozco a palmos aquellos lugares, y sé que no hay en el pueblo hombre que sea capaz de venir a prenderme. Toda la dicha de mi vida depende de este paso. Yo persuadiré a Isabel, suplicaré a mi padre la acompañe a Portugal, vendrá con ellos Alberto, y en haciéndolo con reserva...
-¡Reserva una señorita! -exclamó el capitán- Bien, señor don Carlos; siga usted su suerte. Yo le daré guías, armas, cuanto sea necesario.
Con esto deseó el Niño buena noche a su huésped, y se reclinó a dormir lo que le faltaba de ella.
No pudiendo el caballero reconciliar el sueño, se puso a la entrada de la caverna a esperar la aurora; y tan pronto como bañó ésta de rosada luz los húmedos prados, se despidió cortés y agradecidamente del capitán, bajó la escala, recibió su caballo de mano de uno de los bandoleros, que entre las breñas de una cascada le tenía escondido; y siguió a trote largo a su guía.

## Capítulo X

Poco a poco, se fueron a emboscar en una alameda que hasta un cuarto

de legua allí se parecía.
-Niño, Niño -dijo con voz alta a esta sazón Don Quijote-, seguid vuestra historia línea recta, y no os metáis en las curvas o transversales, que para sacar una verdad en limpio menester son muchas pruebas y repruebas.

(Don Quijote, parte II, caps. 26 y 28.)

-Créame usted, señor caballero -le dijo a Carlos su guía-, que aún faltan tres cuartos de hora largos de talle. Conozco las estrellas lo mismo que los botones de mi chaleco, y me atrevo a jurar que no han dado todavía las ocho y media.
El caballero, que en una poblada floresta había estado observando también por más de una hora la lenta ascensión de las estrellas, miró el reloj a la luz del cigarro del bandido, y vio que iba, en efecto, tan perezoso coma las silenciosas antorchas del cielo. Montó a caballo; sin embargo, y se fue aproximando poco a poco a la cima de una colina, desde donde se descubrían los campos y valles de su lugar nativo. Las frentes de los cipreses y pinos se mecían argentadas por la luna nueva en el seno tenebroso de la atmósfera, revelando con su movimiento la calma y solitaria oscuridad de la noche. Miró ansiosamente el caballero hacia la cascada. Esperaba que Alberto si estaba libre, o si no a instancia suya cualquier otro amigo, harían cierta seña con un pañuelo blanco. Diez minutos habían transcurrido, cuando plateó la luna el perfil de un hombre, y flotó el blanco lienzo por el aire. Se ocultó después la forma. Sin esperar Carlos la repetición de la señal, despidió con generosa recompensa al guía, y bajó sin detenerse al valle. Oyó entonces el ladrido de un perro, que poco después estaba ya a sus pies festejándolo. Reconoció desde luego el perdiguero favorito de Alberto y siguió confiado la senda que el fiel animal le indicaba. Al atravesar el pequeño bosque que corona la cascada, descubrió con gozo inefable la blanca figura de una mujer sentada en los céspedes. Se apeó y se precipitó con brazos abiertos hacia la visión adorada. Ella, al principio sorprendida, corrió también a Carlos al reconocerlo, rodeándole con ardiente abrazo alrededor de su cuello. Una voz ronca y profunda rompió a deshora el silencio de esta apasionada escena.
-¡Abajo el asesino!, ¡Perezca el asesino! -resonaba por todas partes.
Se habían apoderado de los brazos del caballero cuatro o cinco hombres, y era en vano su vigorosa lucha:
-¡Déjame Isabel! -exclamó-; ¡déjame, amor mío, que me defienda!
A cada palabra del caballero se cerraba más el nervioso abrazo que lo sofocaba.
-¡Tú también, Isabel mía -gritó con herida voz-, tú también estás entre mis enemigos!
Y desde aquel punto no hizo más defensa. Cargado de grillos y esposas, atado fuertemente a la silla de una mula en que le montaron, y rodeado de gente armada, empezó a caminar el caballero sin saber adónde.
Un cuarto de legua habrían andado, cuando se oyeron voces cerca del camino

gritando:
-¡Fuego a los traidores! ¡Al socorro de nuestro padrino! ¡Pena de muerte al que no me siga!
Con esto salió de la espesura un hombre a caballo, completamente armado, disparó un trabuco a los guardas de Carlos, y mandó avanzar a su gente. El muchacho que conducía la mula del caballero llevaba por acaso una escopeta al hombro, y a impulsos del miedo se la disparó al campeón que al socorro venía, y le pasó el pecho con la bala. Huyeron algunos guardas, prepararon otros sus armas, pero no se oyó rumor de avance ni retirada. Recobrada la perdida bizarría, mandó el jefe de expedición, que iba caballero en otra mula, que se acercase la gente a examinar y prender al hombre que había caído, sin volver a respirar ni quejarse. Le encontraron ya muerto, y se pusieron a examinarlo con una linterna, a cuya luz reconoció Carlos al hombre que acababa de servirle de guía. Dijeron los guardas que era Caracortada, salteador de la gavilla del Niño, que tenía aterrados todos aquellos contornos. Después de este accidente continuó la partida caminando sin oposición.
Mientras prosigue Carlos su jornada, disimulen una corta digresión nuestros lectores. Tal vez no se habrá olvidado la situación del padre Narciso al tiempo de la huida de Carlos, ni que Isabel estaba desmayada y cuidándola Eugenia, mientras fue Alberto en casa del cura. El subsiguiente bullicio a la puerta de este sacerdote acabó de alborotar el lugar, y no quedó en él persona que no acudiese a ver y contar las particularidades de aquel terrible caso. El guardián del convento a que el padre Narciso pertenecía se presentó, como era natural, y antes que Isabel volviese en sí hizo que se retirase al convento el cadáver en una escalera, cubierto con una manta.
Sintió toda la gente del pueblo aquella desgracia, pero nadie tanto como la señora Andrea, la madre de Isabel. Se arrancaba los cabellos, se hería las mejillas y pedía justicia por las calles con frenéticos alaridos. Cayó a la puerta de la iglesia, casi exánime y ahogada por la intensidad de su dolor. Vuelta en sí, preguntó sosegadamente por Carlos.
-No parece en todo el lugar -respondió uno de los alguaciles que salían de casa del cura.
-Prended a Alberto -replicó la señora Andrea-; él dirá dónde está.
-También Alberto se ha escondido -dijo el ministro.
-¿Y el padre de don Carlos?
-No está en el pueblo -respondieron muchos de los concurrentes al mismo tiempo.
-¡Todos! -exclamó llorando con indecible amargura la anciana, cuando importunamente se presentó Alberto.
Le rodeó la multitud preguntándole por Carlos, y le condujeron provisionalmente a la cárcel, adonde le siguió la señora Andrea con ánimo de ocultarse en el oscuro zaguán, y no perder a Alberto de vista por motivo alguno. Imaginaba que tal vez por este medio podría descubrir el paradero de Carlos. El lector sabe sus esfuerzos para que prendiese al Chato, y cómo éste pudo evadirse. La señora Andrea había seguido desde lejos la comitiva y visto la ya descrita escaramuza; y cuando percibió entre los beligerantes un hombre a caballo, que, como Santiago en las Alpujarras, desbarataba por docenas los enemigos, creyó que fuese Carlos,

y llenando el aire de imprecaciones contra el asesino, se volvió con aquel sosiego externo que revela la operación interior de fieras pasiones.
-El infierno da nervio a su brazo -decía con reprimida voz-, y debilita los de los cobardes que a prenderlo fueron.
Ya venía en esto entrando por el pueblo la dolorida y triste figura del escribano.
-Apártese un poco, tía suya -le dijo-; no puede un hombre andar por el lugar con tanta vieja.
-¡Hombre! -le contestó la señora Andrea con desprecio-: ¡adelante, don cobarde, de menos ánimo que una gallina!
Sorprendido de este lenguaje, miró el escribano a la que lo usaba, y siguió sin responder palabra; cuando la hubo conocido. Pero no bastó ésta para acallar a la despiadada acusadora, que le seguía gritando con trémula voz:
-Alce la frente, señor escribano, que otros cobardes la llevan también levantada.
Chato le había quitado al escribano la posibilidad de condescender con esta insinuación. Tan de lleno, y con tan buen ánimo le había aplicado la espada a los huesos, que no podía su merced andar de otro modo que con una mano sobre la cadera y con la otra tentándose la nuca. El dolor agudo de la espalda le hacía poner un gesto a cada paso que daba, contrayendo los labios a manera de burlesca risa. Y como no había en el lugar quien se acordase de haber visto jamás animada la faz de su escribano por la más leve seña de alegría, era maravilla para el público tan inesperado alborozo.
-Padre -le dijo al escribano su hija, bigotuda doncella que ya frisaba en los cuarenta-; ¿tan gallardo corte tiene usted que necesita des figurarse?

-¿Qué vergüenza es ésta? -gritó su dulce consorte- Un hombre de tu edad haciendo por la calle muecas para divertir a los muchachos. ¡Y sin capa! Para traerme a casa un buen resfriado, tos perruna y jaqueca con el tiempo que hace. Este pícaro me ha de enterrar. Ya lleva el pescuezo torcido del catarro. ¡Ah, deshonra de la familia!
-Y así continuó la anciana con otros requiebros matrimoniales.
-¿Qué es esto? -dijo el barbero- ¿El escribano en cuerpo? La misma similitud del esqueleto de Judas Iscariote vestido para el sábado santo. ¡Levante usted esa cabeza, resalado!
-Guarde para sí sus bromas, señor rapista -dijo con dolorido acento el notario, aunque no había osado haberlas con su mujer-; lo mismo puedo yo levantar la cabeza que aquella torre con el dedo.
-¡Oh! ¡oh! -interjeccionó recalcadamente el maestro de escuela- ¡Extraña fantasía la de su merced, del señor escribano, en ir por ahí como una etcétera mal formada! Y Antoñillo también entre dos hombres y cubierto de sangre. Siempre dije yo que prender a don Carlos sería periculosae plenum opus aleae.
Con profundos suspiros, empero, se dirigió el escribano a las casas consistoriales, moviendo las descarnadas y largas piernas en fantásticos ángulos, como lo hace una araña medio estrujada. El alcalde chico y gordo, magistrado de los que ponían la señal de la cruz por firma, estaba ya instruyendo sumaria de aquel acto y tomando declaraciones. El herrero,

cuya tremenda espada se había llevado el Chato, fue el primer testigo.
Pero como no lisonjeaban mucho su vanidad los sucesos pasados, dijo que no estaba para dar declaraciones, y salió con áspera impertinencia por entre el gentío, sin que nadie, ni aun los muchachos, hiciesen explícitas observaciones sobre sus hinchados ojos o vacía vaina. Siguió el escribano, que por ser parte no podía ejercer en aquella sumaria su empleo. He aquí, el interrogatorio.
ALCALDE.- (Después de las generales de estilo.) ¿Habéis visto, percibido, divisado o entrevisto la persona de don Carlos Garci-Fernández?
ESCRIBANO.- No, señor.
ALCALDE.- ¿Habéis visto, percibido, divisado o entrevisto algunos de sus parientes, cómplices, socios o compañeros?
ESCRIBANO.- He visto y sentido tanto a uno de sus socios, que en el infierno vea yo nadando, que no le olvidaré en lo que me queda de vida.
ALCALDE.- Ese socio que nadar veáis en el infierno, y que visto y sentídolo habéis, ¿ha hecho resistencia a la justicia, u ofendídoos con acciones, signos o palabras de boca, u ofrecídoos dádivas para sobornaros?

ESCRIBANO.- A mí nada me ha ofrecido: lo que sí ha hecho, ¡Dios confunda sus signos y sus dádivas!, ha sido darme lo que bastara para demoler a un gigante.
ALCALDE.- ¿Os habéis apoderado de sus armas, vulgo puñales o escopetas, de sus acémilas, vulgo asnos o caballos, o sus ropas, vulgo polainas, camisas o capas para servir de cuerpo de delito?
ESCRIBANO.- (Levantándose ya, sin poder contener su furia, y dando un profundo «¡ay!») ¡Para servir de cuerpo de Satanás! (Elevando la voz otros dos puntos.) ¿Y tiene su merced conciencia para preguntarme si le he quitado la capa, cuando me ve aquí sin la mía, de militar y en cuerpo, como una cigüeña sin plumas? Mi capa de grana, ¡ay las costillas!, es lo que el infame se ha llevado, y no volverán a ver mis ojos. Cerca de treinta mil maravedises me costó en Sevilla. ¡Treinta mil maravedises digo!
ALCALDE.- ¿Y tenéis rencor y mala voluntad al dicho socio por la apropiación de la dicha capa y por la dicha oferta y dicha dádiva que os hizo, o le deseáis mal, o mala ventura?
ESCRIBANO.- Lo que yo deseo ahora son bizmas y estopas, que no venganzas. Pero si de ésta salgo con vida y los miembros no se me entumecen ni entullen, y algún día puedo ponerle la mano encima, entonces se acordará de mí.
Hasta aquí había llegado el proceso, que iba extendiendo por el escribano el sacristán del pueblo, cuando entró en la sala el guardián del convento del padre Narciso, y dijo reservadamente al señor alcalde que acababa de sugerirle la pobre de la señora Andrea se examinase a Alberto secretamente; y pareciéndole bien la idea, pidió como parte injuriada se pusiese a Alberto bajo su protección. Concedió el alcalde la demanda. Seis forzudos criados del convento se hicieran cargo de Alberto. Le registraron, y hallaron aun cerrada en su manga la esquela de Carlos. Los mismos forzudos gañanes se emboscaron, por orden de su superior, en el punto señalado por Carlos parada entrevista nocturna. La señora Andrea, temiendo la sagacidad de Carlos y queriendo prestar personal ayuda, fue

también a la cascada, llevando consigo una ropa blanca que se echó por los hombros para deslumbrar al caballero. Cómo se condujo en la sorpresa ya lo han visto los lectores.

## Capítulo XI

Per me si va nella città dolente;
Per me si va nell'eterno dolore;
Per me si va tra la perduta gente.

Giustizia mosse'l mio alto fattore.

Por mí, se pasa a la ciudad doliente;
por mí se entra al eternal quebranto;
por mí do gime la perdida gente.

La justicia moviera a mi autor santo.

(DANTE.)

-¡Y esta casa de angustia ha de ser mi albergue hasta que una muerte vergonzosa me libre del peso de mis crímenes! ¡En qué abismo de miserias me veo sumergido! Tres días hace era yo, el heredero de un honroso nombre, joven, rico, feliz en mis doradas ilusiones. Me creía amado del corazón más noble y puro que embellece la naturaleza. Ahora, cargado de crímenes, odioso matador, y aborrecido de aquella cuya sonrisa era mi paraíso. Pero no. El testimonio de mis sentidos es falso y visionario. Isabel no puede haberme engañado. ¡Y mi padre! Mi bondadoso y anciano padre bajará ahogado por el dolor a la huesa, llorando con lágrimas de sangre el destino de un hijo que tan poco merecía su cariño.
Tales eran las reflexiones de Carlos, cuando al primer albor del día

percibió la estructura interna de la cárcel pública de Sevilla, adonde se le había alojado después de un penoso viaje. A merced de la escasa efulgencia de la aurora vio levantarse del seno de la noche las umbrosas columnas que en doble hilera circuyen el patio, sustentando el techo abovedado de los corredores. Vertí a una fuente en medio del patio sus quejosas aguas, y aquel monótono y triste sonido aumentaba el desconsuelo del aún no roto silencio. Al crecer la luz se fueron descubriendo infinidad de portezuelas de diversas celdillas o nichos a lo largo de los corredores, y todos los ángulos, paredes, techos, arcos, esquinas y suelos aparecieron asegurados con poderosas barras de hierro.

Estaba Carlos resignado y resuelto a sufrir varonilmente cuantas pruebas le tuviese destinada la Providencia. Empezó a poco de su llegada a dejarse sentir la dulce brisa de la mañana. Su frescura atrajo al patio a los pobres encarcelados, que comenzaron a salir de sus aposentos con paso perezoso y bostezador, y medio dormido semblante. Desnudos y miserables entes, que sólo conservaban de hombres la crueldad, la astucia y el egoísmo, sin ninguno de los impulsos nobles que adornan la especie, ni aun dolor de haber pasado la vida en padecimientos y crímenes. Se saludaban unos a otros con inoportunas maldiciones y blasfemias, los acentos de la desesperación eran sus himnos matutinos.

Tan pronto como los presos observaron a Carlos, se formaron en una cerrada masa, y le atacaron abiertamente con el designio de reducirlo a la desnudez humilladora en que los más de ellos estaban. No esperaban la resistencia que encontraron, y así recedieron en confusión momentánea a los primeros golpes del caballero. Empezó el ataque con doble vigor, pero también se aumentó el de la defensa, y tuvieron que retroceder por la segunda vez los prisioneros. Empezaron ya a lucir en sus manos las orinientas navajas y a sonar los gritos de «despacharlo», «acabarlo». Hubiera sucumbido sin duda el mancebo, a no oírse en aquel instante una ronca voz que más allá de la turba dijo con áspero acento:

-¡Quieto todo el mundo! ¿Conque os habéis empeñado en que no he de pegar yo los ojos por la mañana?

No hubo lengua que por el momento se atreviese a responder a esta temida voz. Al fin contestó encogidamente uno de los presos:

-Vaya, no hay que enfadarse, tío Tragalobos. ¿Cómo se ha de remediar? Pero ya que está usted despierto, es menester que desplumemos a este pichoncito.

-¿Cómo? ¿Otro vecino ha venido? -preguntó en mitigada voz el tío Tragalobos, adelantándose por entre los presos a examinar al recién venido.

Apenas vio Carlos a este personaje tan autorizado entre malhechores, reconoció en él al traficante de trigo de Santiponce. El supuesto mercader extendió la mano a nuestro caballero, y expresó con risueño y afable rostro lo que le pesaba haberlo vuelto a ver tan pronto y entre aquella gente non sancta. Y volviéndose a los rufianes, y con enfático acento:

-Que me toque el mejor de vosotros a la suela del zapato de este caballero, que alguien le hable o lo mire siquiera sin respeto, y al que sea valiente para hacerlo, le arrancaré yo la lengua y le cortaré las manos por las muñequillas. ¡Basta! Y volviéndose al caballero sin que nadie osara comentar sus encargos:

-Ahora, como yo soy de la casa: me hará el señor don Carlos el favor de venir a almorzar conmigo a mi estrado.
Era éste uno de los cuartos de los corredores, no muy grande, ni de aire muy puro. Un jergón de paja cogía casi todo. El resto ocupaban varios pucheros y cazuelas, una guitarra vieja, un fogoncillo de yeso y un pellejo de vino. Éste, empero, era el aposento irás lujoso de aquella parte de la cárcel.
-Todavía no está aquí ese pillo -dijo el tío Tragalobos, asomándose al cuarto-; al fin tendré que zurrarle la badana. -Y poniéndose ambas manos alrededor de la boca-: ¡Mi alano!, ¿adónde está mi alano? -a estos furiosos gritos acudió, vivo y temeroso, un muchacho como de catorce años- Toma ahí: unos chorizos y un poco de jamón, y danos de almorzar en el aire; y cuidado conmigo -le dijo el terrible señor, mirándole de reojo. Luego con otro gesto a Carlos-: ¿Me hará usted merced de dar unas vueltecitas por el patio mientras se hace el almuerzo?
Aceptó el caballero y en tanto que se paseaban empezó así el potentado de la cárcel:
-Por sentado, noble mancebo, no es por roba esta visita...
-¡No, señor! -dijo Carlos; con altanera voz y mirada; y deseando que se abriese la tierra bajo sus pies y ocultase su humillación.
-Aquí no se trata de ofenderle, señor caballero. No hay cosa más detestable que el robo. Gracias a Dios que le ha librado a usted de cometerle.
-¡Amén! -contestó Carlos.
-Infame vicio -prosiguió el bandido-, vicio maldito de Dios.
-Perdone usted -le dijo Carlos no queriendo pasar por demasiado simple-, ¿Suele usted guiar su conducta por su teoría? Por el mundo de afuera, tío Tragalobos, no tiene usted fama de gran moralista.
-Del dicho al hecho hay mucho trecho, señor caballero. Yo puedo pensar una cosa y hacer otra de tenido la desgracia de tomar algunos préstamos de gente desconocida que me ha quitado el crédito. Pero esto no viene al caso. Lo que su merced necesita, señor caballero, es saber cómo se ha de manejar en esta casa. Mi pobre consejo puede serle útil, y voy a dárselo si antes del almuerzo hay tiempo.
-De sobra le tendremos, señor Tragalabos, pues según yo colijo de lo que llevo visto, no le faltará una persona en la casa que se haga préstamo de su jamón y sus chorizos.
-¿En esta casa? ¡Nadie! Está cuidándolos el alano; pero si no hubiera un alma, se moriría de hambre el preso más atrevido antes que tocar al almuerzo del tío Tragalobos.
¿Y de qué magia hace usted liso? De -ninguna. ¿Pero quién me alza a mí el dedo, si soy yo el baratero?
-¿Y qué derechos tiene un baratero?
-¡Vaya, señor, que tiene su merced los ojos cerrados todavía! ¿A quién no se le ocurre que estos infelices que están aquí necesitan su cacho de subordinación como los demás hombres? Juegan por ejemplo un cavé y se reñirían y matarían si no hubiera un baratero que distribuye imparcial justicia como yo lo hago.
-¿Con qué autoridad?
-Con la sola conocida en el mundo desde los días de Caín. Un palmo de

hierro frío.
-¿Y qué, tiene usted armas aquí?
-A menos que no sea su merced, no hay en el patio hombre ni chiquillo sin su guaiceña. El cómo se ocultan las armas es arte demasiado bajo para un caballero.
-¿Y ha ganado usted su empleo a puñaladas?
-El primer día que llegué aquí me dirigí a los jugadores y les pedí el barato. El alano del que era entonces baratero se levantó, no se quitó el sombrero por no tener ninguno, y me dijo que Pascualillo el Zurdo era el baratero de la cárcel. No me conocía a mí de vista Pascualillo. Se vino hacia mí, y yo, sin hablarle palabra, le di una navajita de cachas negras que son las solas. Nos echamos la capa al brazo, y peleamos como caballeros. Tres veces le pasé por el pescuezo el filo de la navaja sin querer hacerle daño. Lo conoció Pascualillo, y vencido por mi generosidad, tiró la navaja y me ofreció la mano: «Caballeros, les dije yo a los espectadores, Pascualillo el Zurdo tiene tan firme como la del mismo Diego Corrientes, el Niño. No le ha vencido ningún pordiosero ni raterillo, sino el célebre tío Tragalobos, servidor de ustedes. Vente a almorzar conmigo, Pascualillo. Aquí yo mando, y yo soy el baratero; pero te cedo a ti la mitad del barato». El aplauso unánime y ruidoso de la multitud coronó mi discurso. Desde entonces he mantenido el orden, castigado a los que lo quiebran, y sido el padre de los pobres alanos que no pueden protegerse a sí mismos.
-¿Y qué alanos son esos?
-Todos los chiquillos de menos de catorce años. Por aquí andan a docenas. Perecerían, los pobrecitos a manos de los feroces presos si no se ampararan de mí. El que nos está haciendo el almuerzo es uno de ellos. Yo lo favorezco particularmente, y me sirve de paje. Él cobra el barato, y me sirve de tesorero y guarda-almacén de mis alhajas, que son las mismas que se roban diariamente por la ciudad y vienen aquí en depósito.
Hasta este punto había llegado el diálogo, cuándo anunció el alano del tío Tragalobos que ya estaba el almuerzo en el suelo. Se lanzó el baratero al jamón frito con más brío que Ulises a los amantes de Penélope; y viendo la inapetencia de su huésped, le preguntó si por acaso el valor le escaseaba.

-No lo creo -contestó Carlos-; pero me es imposible llevar un bocado a la boca cuando veo tantos semblantes hambrientos, tantos ojos desencajados detrás de las migajas que caen.
-Dura verdad, señor don Carlos, pero antes de mucho le enseñará el hambre otra regla. Permítame su merced le haga una pregunta tal vez impertinente. ¿Tiene mucho oro consigo?
-No mucho. Anoche me registraron, llevándose buena parte del que tenía en el bolsillo, con algunos papeles y un pañuelo de olán que cierto ermitaño me había regalado.
-Mi curiosidad tenía por objeto ofrecer a usted mi pobre bolsa si de ella necesitaba.
-Quedo agradecidísimo, y tanto más, cuanto que no creo tenga usted motivos para mostrarse tan atento.
-Los motivos me sobran, señor caballero. Yo fui a Santiponce, casi expresamente, para limpiarle a usted las faltriqueras del dinero que había

de recibir en Sevilla. Sería fuera del caso decir el cómo y el cuándo me enteré yo de los negocios de su padre de usted y de los suyos. La noble conducta que manifestó usted a la entrada de la ronda le cautivó mi estimación y la de mi gente. De aquí adelante puede usted viajar por toda España sin que le falte un pedazo de pan ni un amigo. Además que yo soy de mío inclinado a servir a la gente principal. Un pobre empleadillo, un tendero, un labrador miserable no ha visto nunca mi sonrisa. La sangre noble es otra cosa. Pero aquí está él almuerzo de nuestros camaradas.
Todos los ojos se clavaron en la doble puerta de hierro del patio. Dos mozos trajeron una tremenda caldera de habas cocidas en agua. Se agolparon los prisioneros a recibir cada uno su escudilla de aquel miserable alimento, que devoraron después con frenética vehemencia.
Se paseaba Carlos a grandes pasos, lastimado el corazón de ver tal escena, cuando llegaron a sus oídos profundos sollozos de uno de los infelices. Volvió la cara, y vio que el que se lamentaba no tenía delante escudilla alguna. Le caían por las pálidas y sucias mejillas gruesas lágrimas, y tenía la cabeza caída sobre el pecho. Le preguntó Carlos muchas veces por qué lloraba, pero no pudiendo arrancarle respuesta alguna, fue a consultar al tío Tragalobos. El buen baratero preguntó con una voz tan agradable como el chirrido de uno de los cerrojos de la cárcel por qué aquel perro estaba allí pujando como una vieja.
-Yo no he... -replicó el abatido preso-, yo no he... -repetía con palabras envueltas en convulsivos suspiros-, yo no he comido ayer, y hoy no tengo almuerzo.
-¿Y por qué no? -gritó Tragalobos furiosamente.
-Porque perdí mi ración al juego -respondió con las mismas interrupciones.
-¡Por el cuerpo de los apóstoles! -exclamó espumando de rabia el baratero, e hiriendo con el pie las losas- ¿No he mandado yo que no se jueguen las raciones? ¿Quién te ganó la comida?
No quiso responder el hombre, y continuó llorando.
-¡Aprenda usted, señor caballero -dijo el baratero a Carlos-, lo que es el mundo y lo que es el hombre! Estos esclavos viles de sus propios vicios, gustan sólo dos veces al día el amargo pan de la cárcel; pues hasta este triste sustento de la vida dan ellos par la fatuidad del juego. ¡Éstos no son hombres, sino serpientes! ¿Quién le ganó a esta bestia ayer la comida?
Nadie le respondía.
-¡Aquí mi alano! -gritó con voz de trueno y feroz y amenazadora mirada.
Vino el muchacho, y dijo que el Bizco era el de la ganancia. Pronto como el relámpago voló Tragalobos al otro lado del patio, arrojó al suelo al Bizco con opresiva fuerza, y le trajo envuelto en un torrente de patadas y bofetones al punto donde lloraba aún el otro preso. Después de haber casi deshecho la cara y cuerpo del culpado, hizo que su alano le quitase cuanto a la sazón tenía, esto es, algunas pesetas y reales de plata. Dio la mitad al famélico, mandándole que comprase comida, y viniese bajo pena de muerte a comerla delante de él; la otra mitad mandó al muchacho que se la guardase por vía de derechos. Después se dirigió a los presos:
-Señores -dijo con voz muy sosegada-. No quiero ni consiento, porque así se me ha puesto en el moño, que se venda, cambie, dé o juegue la comida. ¿Están ustedes enterados? Porque el primero que me falte... No digo más. Ya ustedes me conocen.

Entonces se apareció el hambriento preso ya provisto de pan y bacalao, que acababa de comprar por la reja, y venía a devorar junto a su protector. Los frenéticos e inciertos ojos parecían salir de sus órbitas, y se aplicaba ambas manos para forzar cuanto antes el alimento a través de los descoloridos labios.
-¡Afuera de aquí, furia del infierno -le dijo Tragalobos- ¡Cuidado con otra!
Después de este acto de discrecionaria justicia se puso a cantar el baratero, acompañándose a la guitarra, mientras se dividieron los presos en varios grupos. Jugaban unos a los naipes, otros al cuchillo, y los más jóvenes empleaban los suaves dedos en sacar objetos de las faltriqueras de dos o tres rufianes, que los estaban amaestrando en aquel arte infame. Un incesante zumbido de execraciones y juramentos acompañaba todas estas diversiones.
Cuando más atentos estaban todos a sus respectivas ocupaciones sonó la voz del muchacho favorecido de Tragalobos, diciendo el Lorito. Se guardaron los jugadores cartas y cuartos, los combatientes sus arreas, y se puso de color de ceniza el rostro de un nuevo preso que acababan de traer los alguaciles.
-¿Le damos pan y vino? -preguntó el muchacho a su patrón, que contestó con una seña afirmativa sin interrumpir la música- Pues que beba el Lorito -dijo el muchacho, a la salud de los buenos músicos.
Todos se arrojaron sobre el recién venido Lorito, le llevaron a puntillazos a la fuente, en que empezaron a sumergirlo y levantarlo hasta que perdió el sentido. No le sirvió al desgraciado la intercesión de Carlos con Tragalobos.
-Ese pillo -dijo el baratero- ha dado días hace una declaración que ha perdido a muchos valientes, y pon la que en parte estoy yo aquí ahora. Para que otra vez no cante tan de ligero, le he mandado dar ese refresquito, que se repetirá una vez al día si el tunante viviese en esta casa un siglo.
Todo el día se consumió en escenas semejantes. Antes de anochecer empezaron a agolparse a la reja las mujeres de muchos de los presos, vociferando por sus maridos. Les traían manjares y frutas, y a pesar de la prohibición que para ello había, aguardiente y otros licores. El tío Tragalobos recibió un canasto de escogidos comestibles, que le presentó con amoroso cuidado una gitana, cuya presencia hubiera aniquilado todo sentimiento tierno en cualquier otro pecho que el del baratero. Los vapores del aguardiente, la presencia y cercanía de las mujeres, la irritabilidad de sus propias pasiones, pronto condujeron a los presos a actos de inmunda obscenidad, en cuya intemperancia quedaron envueltos madres, hermanos, hijas y desconocidos.
Tres días pasó nuestro caballero en humillación tan grande, cuando se dijo en el patio que habría al otro día visita general de cárceles. Estas nuevas fueron un bálsamo para el corazón de Carlos, que esperaba conseguir pasar a otra parte de la prisión, y saber el estado de su causa; de que no tenía el más leve conocimiento.
El bullicio de los presos, el crujir de poderosas cadenas y la aparición a la reja de varios alguaciles y otros ministros, indicó a la mañana siguiente que ya había empezado la visita en otra parte de la cárcel. Una

hora después se llenó el patio de nuevos ministriles; escribanos y notarios, y en pos de ellos entró una brillante corporación, compuesta del arzobispo diocesano, varios prelados, muchos nobles y sujetos principales, el señor de Bruna con otros magistrados, y algunas señoras, de las más distinguidas de la ciudad.
Mientras los sacerdotes, damas y caballeros distribuían limosnas a los desventurados presos y se esforzaban en consolarlos, les iba el señor de Bruna preguntando individualmente si tenían alguna queja que dar o petición que hacer. Los más de aquellos hombres, cuyo único orgullo era poseer cierta fiereza a que ellos llamaban valor, se presentaron al juez con la mayor humildad y servil mansedumbre. Se llamaba a los presos por el orden del registro o lista del carcelero. Cuando llegó el turno de Antonio Martínez (alias Tragalobos) se llenó Carlos de admiración al ver el porte insignificante de la persona que respondió a él, y tuvo que examinar atentamente sus facciones para reconocer a través de su incógnito al temido baratero. Había el caudillo de los presos depuesto sus botines de filigrana, terciopelo y sedas, y ceñídose los lomos, como Ulises al volver a su palacio, con una ropa de indecentes harapos. La expresión de su semblante, su carácter y ánimo parecían abismados también en la pobreza que indicaba el traje. En vez de la astuta y altiva mirada del potentado, apenas despedían sus ojos la luz confusa de los del esclavo; Carlos, empero, interceptó un guiño del disfrazado héroe al escribano que probaba la identidad de su antiguo conocido.
No obstante, el garbo despreciable de este preso, condescendió el señor de Bruna en hacer de él mérito especial.
-¡Hola!, usted es el señor Tragalobos -le dijo-. Dos veces, señor Tragalobos, ha recibido usted sentencia. Ya es tiempo de que a la tercera se satisfaga la pública vindicta.
-Señor excelentísimo -exclamó el prisionero con su estúpido gesto-, misericordia para este pobre viejo.
-No se canse usted en vano, señor mío -le contestó el juez-; si usted no mereciera todo el rigor de la ley, si yo no hubiera estado de antemano dispuesto a aplicársele la visita y recomendación que he tenido el gusto de recibir de su amigo de usted, el Niño, hubiera acabado con toda mi lenidad.
-Otro preso, Francisco de Vargas, alias Churripampli, gitano -pronunció el carcelero con voz estentórea, añadiendo que aquel preso estaba un poquillo indispuesto.
-Mi obligación es visitarlo, a pesar de todo -dijo el juez, aproximándose a la puerta de su cuarto.
Estaba el miserable tendido en el suelo y en perfecta y absoluta desnudez. Respiraba difícil y ruidosamente, y le devoraba una fiebre que tenía caldeado con su impuro fuego toda la habitación. Tres escudillas de habas frías y glutinosas estaban junto al cuerpo. A las preguntas del juez levantó la cabeza, maldijo al que le incomodaba, y dilatados los músculos de la nariz, y encendidos de mortal fuego los ojos, volvió a su primitivo estupor.
-Carlos Garci-Fernández -resonó después- acusado de la muerte violenta de un sacerdote y de formar parte de la gavilla del Niño.
Al oír el primero de estos crímenes no quedó cabeza que no se volviera a

ver al perpetrador; en oyendo las sospechas del segundo recedió Carlos horrorizado y casi sin sentido. Las señoras, el arzobispo, todos miraban atónitos en derredor, esperando ver adelantarse al reo.
-¿Y quién de éstos es?-preguntó el señor de Bruna viendo que nadie respondía.
-Aquel joven -contestó el carcelero- que con los brazos cruzados se apoya en la columna.
Se acercó el juez y le preguntó si era Carlos Garci-Fernández.
-No, señor -replicó el humillado caballero-: el rey me llama Don Carlos Garci-Fernández.
-Así está nombrado en el expediente -dijo el escribano.
-¿Ha cometido usted el delito de que se le acusa, señor don Carlos?-continuó el juez.
-En mi propia defensa desnudé la espada contra la de mi adversario. Yo no provoqué su hostilidad, y debí proteger mi vida. Peleamos, sin que pueda ser yo responsable del resultado.
-¿Y ha formado usted parte de la tropa del Niño?
-¿Cómo no se abstiene usía, señor juez, de hacer tan degradante pregunta a un caballero? ¿Tiene usía acaso el derecho de insultar al infortunio?
-No, señor. No tengo tal derecho, inclinación ni costumbre. Pero sí el deber de examinar, por penoso que me sea, cuanto arroja de sí el proceso. Cinco o seis testigos han declarado que les asaltó en medio del camino real el bandido Caracortada con el objeto de salvar al acusado, a quien llamaba durante la escaramuza su querido padrino, su patrón. Es notario que no había entre las gentes del Niño salteador más inhumano que Caracortada.
Un general y una señora que habían estado hasta entonces juntos distribuyendo limosnas a los encarcelados vinieron a ver al caballero. Ambos contemplaron con grande admiración la belleza varonil del joven, la elegancia de su traje y el dolor y arrepentimiento que estaban pintados en su semblante. El general tomó de manos del escribano de Carlos la rica espada del caballero y un pañuelo de batista manchado de sangre, únicos objetos que servían de cuerpo de delito. Celebró el general la flexibilidad, temple y buena montura de la espada, y se la devolvió al escribano; pero al examinar el pañuelo exclamó, repentinamente, y con grande sorpresa:
-¡Rara cosa por cierto! Bien se debe, señor de Bruna, interrogar a este caballero respecto al pañuelo que tengo en la mano, porque es uno de los míos. Vea usted aquí en las esquinas mis escudos de armas. Éste, con todos los de su clase, estaba en el cofre que robó la partida del Niño cuando venía mi equipaje de Cádiz.
El señor de Bruna interrumpió las observaciones que sobre el particular quiso hacerle Carlos, aconsejándole fríamente que guardase su defensa para la ocasión oportuna, y mandando al escribano insertase en el expediente la declaración que acababa de dar el general. La dama a quien iba este jefe acompañando se esforzó, pero en vano, en consolar a Carlos. Viendo que eran inútiles sus palabras, le dejó, muy lastimada al parecer de su juventud y desgracias, y acabada la visita salió del patio con los demás personajes que allí venían.
Quedó el caballero sumergido en aquella especie de indiferencia o letargo

que suele nacer de la acumulación de muchos males. Se acordaba confusamente de que quiso Caracortada salvarlo por medio de una audaz estratagema que le costó la vida. Pero el pañuelo del ermitaño, que sí estaba manchado era de su propia sangre, ¿cómo podía pertenecerle al general?
-¿No son bastantes mis crímenes? -exclamaba- ¿Menester es que arroje sobre las canas de mi padre la ignominia más afrentosa? ¡Un hijo asesino y salteador! ¡Y tú, Isabel!
Con estas palabras cayó el caballero en los brazos de Tragalobos, que por casualidad estaba junto, casi sofocado de desesperación, de amo, de esperanza, de vergüenza y de arrepentimiento.

# Libro segundo

## Capítulo I

Dos veces me han condenado
los señores a trinchar,
y la una el maestresala
tuvo aprestado sitial.

(QUEVEDO.)

No tardó Carlos en recobrarse de aquella especie de desmayo en que le dejamos, aunque continuó por mucho tiempo con los ojos fijos en tierra y distraída la mente en lúgubres pensamientos.
Ya iba a anochecer, cuando un grande estrépito que resonó inesperadamente hacia la reja de hierro pareció sacarlo de su estupor. Los animados movimientos de Tragalobos con su gitana llenaron primero la vista del caballero; luego corrió un rápido escalofrío por sus venas, recedió la sangre de sus mejillas y exclamó como fuera de sí: «¿Es ella?», y llegó casi al mismo tiempo a la puerta de hierro, más allá de la cual, bella como la luna que alumbra un solitario sepulcro, se apareció Isabel inundada en lágrimas y dando penosa salida a sus convulsivos sollozos.
-¡Tú aquí, amor mío! -exclamó con apasionada voz el joven, traspasado el pecho de dolor y de gratitud.
-¡Tú entre estas gentes miserables, Isabel mía!
-Perdóname, Carlos -le contestó con desalentadas palabras-, si he obrado con ligereza. Aquí estás tú, aquí te sigo. ¿Ni cómo pudiera abandonarte en la hora de la adversidad?

-¿Y quién te aconsejó este viaje? ¿Cómo lo hiciste? Pero... ¡Huye, huye, ángel mío, de esta casa de iniquidad! No respires el aliento de la corrupción...
-¡Sé, Carlos mío, generoso! Un instante más en tu presencia me servirá de consuelo...
El caballero le hizo una seña con la mano para que se retirase hacia el extremo de la puerta, adonde dos gigantescos postes de piedra los ocultaban del bullicio de los otros presos; y allí continuó Isabel de este modo su narrativa:
-Tu padre ha caído malo. Una profunda melancolía lo atormenta, y no quiere perder a Alberto de vista. Mi madre no ha vuelto a casa desde el suceso triste que te hizo salir de Aznalcóllar. Aquel día creo que hubiera yo expirado a no ser por los consuelos y atenciones de Eugenia. Pero escucha lo que ha de admirarte. Mi madre, mi misma madre, fue la que te dio el traidor abrazo causa de tu ruina. Hasta anoche ignoraba yo tan cruel procedimiento.
Resplandeció de gozo el semblante de Carlos al oír esta prueba de la constancia de Isabel.
-Pero, ¿por qué, cómo has venido aquí? -le preguntó.
-Anoche estaba yo de rodillas delante de la imagen de nuestra Señora pidiéndole te amparase; me parecía en mi turbación que brillaba la faz divina con sobrenatural lustre: quedé absorta de gratitud y temeroso respeto cuando vi junto a mí a deshora al anciano Pedro, el negro del lugar. Fui a huir con involuntario movimiento, pero él me pidió que recobrara el ánimo y me dispusiese a seguirlo sin dilación alguna. «¿Y adónde?», pregunté sobresaltada. «No hay tiempo para explicaciones», me dijo con la mayor claridad que le fue posible. «El honor de mucha gente respetable está comprometido. No quieren que dé usted declaraciones en la causa del señorito, poniéndolo todo en su favor, como lo haría. Es preciso que salga usted de aquí, como su misma madre ha dispuesto. Esta noche, a las doce, la van a sacar de casa y a llevarla no sé dónde. Yo soy la persona que ha de ejecutar el hecho. Aún no son las ocho y media. Sígame usted, y yo le pondré en libertad. Don Carlos nunca me tiró piedras ni me puso a comer con los cerdos. A las doce vendré yo con muchos hombres y no la encontraremos ya en casa. Vamos». Tú sabes. Carlos, que Pedro salvó una vez mi vida cuando niña. Aunque idiota en apariencia y raro en sus cosas, siempre nos ha querido mucho a los dos. Creí sus palabras, y llena de confianza en la protección de la Virgen Santísima me determiné a seguirlo. Por el camino me contó tu prisión y la parte que en ella había tenido mi madre. Sus palabras me causaron tal dolor que perdí el sentido. Al volver en mí me hallé en una choza bajo la protección del tío Majagranzas, el cosario. Media hora después emprendimos en su caballo la marcha para Sevilla. Se ha conducido conmigo del modo más bondadoso. Ahora acabo de llegar. ¡Cómo se han desvanecido nuestras esperanzas! ¡Cuánto más felices si la semana pasada no hubiera salido de Aznalcóllar!
Cesó Isabel, y sus lágrimas corrían en silencio por las pálidas mejillas:
-¡Anímate, Isabel! ¡Consuélate, ángel mío! -exclamó el caballero- Dios querrá que nuestra situación se mejore. ¿Pero cómo estás, amor mío, en Sevilla, sin casa, sin pariente ni amigo que te proteja?
-No temas por mí, Carlos -le contestó, interrumpiéndole-; el tío

Majagranzas me llevó a casa de una familia decente y virtuosa, donde permaneceré hasta ver el resultado de tu proceso.
Se hallaba nuestro caballero agitado por muchas pasiones para poder dar útil consuelo a la infeliz que tenía delante, y cuya ventura él mismo había destruido. Le reprendió ligeramente que no se hubiese refugiado en casa de su tutor, el cura de Aznalcóllar, y entregado luego al placer y entusiasmo que la gratitud le inspiraba por aquella visita, aconsejó, empero, a su dulce amiga se retirase antes que fuese de noche, pidiéndole volviese al otro día, en que ya habría pasado a parte más decorosa de la cárcel. Salió Isabel del siniestro edificio muy consolada por haber dado consuelo a su querido Carlos.
Vehemente en sus pasiones, joven, vigoroso y sencillo, era casi adoración el amor de nuestro héroe. El carácter elevado de Isabel, la gracia de sus modales, su afabilidad y belleza, hasta su orgullo innato habían contribuido a cautivar el corazón de Carlos. La conoció éste en su infancia, en los días del candor y la inocencia, cuando más brilla la pureza del alma. Admiraba ella su varonil sabiduría; él la razón espléndida de su compañera. Transplantaba Carlos al ánimo de Isabel las semillas de los conocimientos que recibí a de su tutor; ella cultivaba en su mente con ansioso cuidado las tiernas y preciosas plantas de las letras; para que no le alcanzase su discípula subía Carlos con ambicioso paso las cuestas fragosas de las ciencias; el orgullo y amor propio animaban a Isabel para seguirle con no menos firmeza que constancia. Una ternura mutua fue la aurora de su existencia intelectual; y al progresar en las regiones de la vida, al desarrollarse a su vista los bellos y dilatados paisajes del saber, se fortaleció la simpatía que los ligaba, y llegó casi a identificarse su existencia moral. ¡Oh amor! ¿Por qué no vistes la beca, por qué no tomas la borla y vienes a enseñar filosofía en nuestras Universidades?
Temprano, a la mañana siguiente, entraron en el patio de la cárcel muchos alguaciles; escribanos y otros empleados judiciales, preguntando por Antonio Martínez, alias Tragalobos, y Pascual Pérez, alias Pascualillo el Zurdo.
¿A que no adivina usted para qué nos llaman, señor don Carlos? -preguntó Tragalobos.
-Me confieso menos que mediano adivinador -respondió nuestro mancebo.
-Pues la cosa no es seria para el caso -continuó el baratero-; no van a hacerme más que a leerme mi sentencia de muerte. ¿Le parece a su merced que estaré bonito colgado?
-¡Dios eterno! -exclamó el caballero- ¿Y tan ligeramente habla usted de eso?
-«Si tiene remedio, ¿por qué te apuras?, y si no lo tiene, ¿por qué te apuras?». Así dice el refrán, señor caballero -dijo este empedernido filósofo
Y marchó con paso firme a oír su sentencia.
Se mandó arrodillar a los dos presos, a quienes con clara voz leyó el escribano un acta que acababa así:

> «Los dichos jueces debieron sentenciar y sentenciaron al dicho Antonio Martínez, alias Tragalobos; y al dicho Pascual Pérez, alias Pascualillo el Zurdo, a sufrir pena de muerte al tercer día después

de comunicada la sentencia entre las horas de once y doce de la mañana».

Esta lectura produjo efectos contrarios en los míseros objetos de ella. El zurdo rompió en una risotada histérica; Tragalobos se encogió de hombros y dijo fríamente:
-Lo siento por usted, señor escribano; ya se le acabaron a usted mis propinas.
Se levantaron los presos para seguir a los sacerdotes y soldados que los esperaban. El Zurdo se desmayó casi al punto mismo de levantarse, y tuvieron que llevárselo en brazos; Tragalobos llegó a la puerta de hierro con increíble serenidad, y habló como sigue a sus compañeros:
-Perdonadme, por el amor de Dios; queridos hermanos míos. Quedaos con Dios siempre. Voy a sufrir contra toda ley y justicia. Yo no he sido nunca cruel ni traidor. El jueves que viene ya no veré yo ponerse el sol.
Pedidle a la Virgen Santísima que no me desampare. Si yo he ofendido a alguno de ustedes, le ruego otra vez que me perdone por el amor de Dios, como yo perdono a mis jueces y a todos mis enemigos.
Había sido el tío Tragalobos, en efecto, uno de los más munificentes ladrones que jamás infestaron los caminos reales. Su dinero era en la cárcel el fondo sobre el que giraban todos los presos necesitados. Rodearon éstos a su bienhechor con lágrimas y alaridos en aquel terrible instante. Carlos también lo abrazó con compasivo afecto. Vertió el indomable Tragalobos algunas lágrimas de ternura, y sacando una bolsa llena de monedas de plata, se la entregó a los presos por última prueba de su liberalidad. Pidió perdón de nuevo, dio a Carlos la mano, y salió rodeado de bayonetas.

## Capítulo II

Todo este mundo es prisiones,
todo es cárcel y penar.

(QUEVEDO.)

Poco después de la escena con que acaba el anterior capítulo preguntó el carcelero, seguido de la correspondiente guardia, por don Carlos Garci-Fernández, a quien condujo a un cuarto amueblado con mucha decencia. Es inútil advertir que se cerró la puerta de la habitación por la parte exterior, con variedad de potentes cerrojos y llaves. Quedó el caballero solo, y habría pasado así una hora, cuando resonó el chirrido de los

hierros, se abrió la puerta, anunció el carcelero la señora marquesa del E., y se retiró cuando hubo esta señora entrado.
La recibió Carlos, no sin sorpresa, presentándole una silla, que aceptó ella; y después de algunos instantes de silencio:
MARQUESA.- ¿Se acuerda usted de haberme visto antes, señor don Carlos?
CARLOS.- (Observando las facciones de la dama al través de un rico velo.) Me parece haber tenido el honor de verla a usted por primera vez consolando a los pobres de la cárcel en compañía de un general que vino a la visita.
MARQUESA.- No le engaña a usted su memoria. Deben los opulentos mitigar la indigencia, y es para mí un placer semejante obligación. Su conducta de usted y su apariencia, señor don Carlos, me admiraron mucho, causándome, así debo confesarlo, una impresión profunda. Tal vez sufre aquel joven, me decía yo a mí misma, alguna injusta persecución; tal vez es inocente, pero carece de protectores. El objeto de esta visita, señor don Carlos, es ofrecerle mi favor si de él tiene necesidad. Espero que usted le aceptará con la franqueza que ya le ofrezco:
CARLOS.- (Con rubor y gratitud.) Acepto, señora, la protección que usted me ofrece, y es tanto mayor mi agradecimiento, cuanto que veo que la guía a usted pura y espontánea bondad no merecida de mi parte.
MARQUESA.- ¿Pero he podido acaso equivocarme, señor don Carlos? ¿No es usted inocente?
CARLOS.- Mucho, me pesa, señora, no poder responder en la afirmativa.
MARQUESA.- Perdone usted si mis buenos deseos me hacen entrar en argumentos que le sean a usted penosos. Apenas puedo persuadirme, ni aun después de su confesión de usted, de que haya cometido la muerte que se le imputa.
CARLOS.- Confía, señora, en que no haya muerto mí antagonista. Esta esperanza tengo desde que me he serenado un poco. Si por desgracia me sale fallida, no seré criminal ante la ley por no haber sido el agresor; pero mi propio corazón me condena. Pude desarmar a mi contrario y no lo hice. La irá y la venganza de una injuria imaginaria me hicieron levantar el brazo que debiera haber empleado en una defensa pasiva.
MARQUESA.- (Con vehemente satisfacción.) ¡Imposible que joven de tanta veracidad se incline a acciones bajas! Partiendo, pues, del principio evidente de que no está usted complicado en ningún robo, ¿qué fatalidad ha podido dar margen a tan amarga sospecha? ¿Qué le ha pasado a usted después de su desgraciada querella?
CARLOS.- ¡Cuánto se aligerará mi corazón, señora, vindicando mi decoro, ya que usted tiene la bondad de escucharme! Satisfaré su benévola curiosidad de usted sin disculpar, mis imprudencias.
Contó el caballero en una sucinta narrativa cómo el sospechoso pañuelo había venido a sus manos, los celos insensatos que cegaron su razón cuando volvió a Aznalcóllar, y dieron motivo a la querella, con todas las otras aventuras que le habían sucedido hasta el momento en que hablaba.
MARQUESA.- ¿Quiere, usted permitirme que me empeñe en favor suyo con el señor de Bruno? Es íntimo amigo mío, y enterada como lo estoy de las circunstancias en que usted se halla, puede ser útil mi influjo.
Se levantó el caballero con un éxtasis de agradecimiento, y puso los labios en el perfumado y albo guante de la marquesa. Apenas permitió esta

acción la señora, e indicando con la misma mano que volviese a su silla el caballero, continuó así:
MARQUESA.- Aún no he merecido, señor don Carlos, tan ardientes pruebas de gratitud. Procuraré que salga usted de la cárcel cuanto antes, y entonces, si quiere favorecer mi casa, puede manifestar su agradecimiento considerándola suya.
CARLOS.- (Levantándose de nuevo.) Me aprovecharé, señora, de tan bondadosa oferta, y el amor de un hijo será el mío...
La marquesa alzó con el dorado abanico las ricas blondas de su mantilla. Rodeábale el semblante profunda cantidad de negros juveniles rizos, tachonados de joyas y ondulando sobre preciosos encajes. La segur del tiempo había arrugado un tanto sus mejillas, aunque el ingenio del arte había ocultado con sus róseos matices el invierno de la vida: las facciones de la dama eran angulares y expresivas, plácida y benigna la expresión; su plácida y penetradora mirada no parecía convenir con la suavidad de su sonrisa. Interrumpiendo afablemente al caballero; le preguntó:
MARQUESA.- ¿Pero tendrá usted firmeza bastante, señor don Carlos, para desterrarse de su pueblo y abstenerse de proseguir comunicando con la bella Elena causa de tanta desgracia?
CARLOS.- ¿Y son ésas las condiciones de mi libertad?
MARQUESA.- La primera: confesará usted que es absolutamente indispensable; y yo, sugiero la segunda, usando de la libertad que me dan los años, para aconsejar sin ofender a los que tienen muchos menos que yo.
CARLOS.- Sin duda que sería temeridad querer volver a Aznalcóllar. Pero la señorita que fue sin culpa suya causa de mi atentado vale más que la libertad misma, y...
Tocó la señora la campanilla, se abrió la puerta y entró, el carcelero. Tenía este buen hombre menos de la mediana talla considerado en su longitud, el más del doble de la mediana talla en cuanto a latitud. Quiso con laborioso respeto y cortesía doblar el cuerpo a la marquesa, pero no se lo permitió el portentoso desarrollo del estómago y regiones circunvecinas. Pudo, empero, lograr con gran fatiga y poniéndose amoratado, inclinar algo los hombros descansando las manos en las rodillas. Se le conocía la pasión y angustia en que estaba de aquel modo en el semblante, del que pendía inmensa papada de purpúrea carnaza. Así continuó mientras decía la dama:
MARQUESA.- ¿Quién puede refrenar la juventud? Admiro su constancia de usted, señor don Carlos, y me pesa que su ambición no sea más alta. Un joven de sus prendas debía aspirar a la más elevada fortuna de España. Siga usted, no obstante, su propio consejo, y hágame el honor de contar a la marquesa del E. en el número de sus amigas. Beso a usted la mano.
Nuestro caballero acompañó a la marquesa hasta la puerta. Nos hemos detenido en dar por completo este diálogo para hacer ver el corazón de Carlos y lo desnudo que aún se hallaba de aquel tacto fino del mundo que sirve de tabla en más de un naufragio social. Había tenido el cura de Aznalcóllar por objeto conservar la inocencia de su discípulo, y tal vez traspasó con tal intención los términos de la prudencia.
Si el carcelero de que hemos hablado hubiera sido hombre de melindroso paladar no se habría jamás visto con aquella impertinente papada. Pero era

persona de buen diente, y tenía en el estómago un océano de jugos gástricos que hubieran descompuesto y disuelto no una perdicita asada o un tierno y delicado pez, sino los mismos monstruos marinos de piedra en que se pasea el Neptuno del Prado. ¡Cuál sería la sorpresa de nuestro tragador al ver cuando vino por la tarde que no había casi tocado el caballero a la apetitosa comida que él mismo por su dinero (el del caballero) le había traído! Creyó que estaba el preso en articulo mortis, y aún le aconsejó se proveyese con tiempo para aquel trance de la ayuda eclesiástica. Carlos le aseguró que a Dios gracias no se sentía indispuesto, ni necesitaba por entonces otra cosa que plumas, papel y tinta.
-Ésas son precisamente las solas tres cosas -respondió el de la papada- que se me ha prohibido traer a este cuarto.
-En tal caso, deje usted aquí la luz, y buenas noches.
Así lo haré. Supongo, señor caballero, que no necesita usted ya de estos comestibles. Lo digo para podérselos dar a los pobres de allá abajo.
-Como usted guste-, replicó Carlos, admirando la caridad preventiva del carcelero.
Volvió este funcionario ya tarde al otro día con una carta para dan Carlos Garci-Fernández:
-¿De parte de quién? -preguntó el joven.
-De una de las señoritas más pulidas que jamás ojos vieron. Aquello era una paloma... asada.
-¿Por qué no entra?
-Porque tengo orden de no dejar entrar a nadie.
-¿Y se ha marchado? -preguntó con triste voz Carlos.
-Pues ya se ve. ¿No ve usted que no venía a vivir en la casa?
El caballero rompió en una tirada amarga de dicterios contra jueces, leyes y legisladores, a que contestó el carcelero que bien podía poner nombres a los señores magistrados, sin que ellos por eso dejaran de mandar a su gusto y fuesen obedecidos. Con esto salió del cuarto.
Era el sobrescrito de letra de Isabel. Dentro de la carta encontró un rizo de sus propios cabellos, que él le había dado mucho tiempo había. He aquí el contenido del papel.

«Carlos mío:
Anoche recibí la infausta noticia de haber expirado tu adversario. ¡Qué golpe para mí! ¿Qué esperanza nos queda, mi bien amado? Escribo, temiendo que te hayan puesto sin comunicación y no pueda hablarte; en este caso dejaré la carta al alcaide. Si yo pudiese, ¡oh Carlos!, a costa de mi vida romper esos muros; pero la suerte nos ha separado...; no nacimos el uno para el otro..., antes que salga otro sol tu Isabel habrá ocultado sus infortunios en la soledad de un claustro. Acuérdate de lo que sería de mí sino lo hiciera, sola, huérfana, sin protección, amigos ni refugio... El velo de las esposas del Señor me escudará para siempre de los insultos del mundo. El santuario de mi advocación dista mucho de Sevilla. Si Dios, con su infinita misericordia, quisiera sacarte en bien de entre las manos de tus enemigos, sé que tienes demasiada generosidad, y no querrías turbar mi retiro... Estoy decidida y resuelta a librar de mí misma al mundo..., no debo decirte cuál será mi residencia... Olvida pronto a esta infeliz, que pedirá sin cesar

al Todopoderoso te ampare y favorezca... ¡Adiós, Carlos mío!
Isabel».

Leyó Carlos esta carta sin conmoción aparente alguna, la puso con mucho sosiego sobre la mesa, y empezó a pasearse por el cuarto. Dudaba, como sucede en sueños, de la realidad de lo que leía. Miró luego el papel, examinó la letra seguro de que era de Isabel, continuó paseándose. Se sentó después a la mesa; y reclinó la frente sobre las manos. Duró poco aquella calma.

-¡Así me abandona! -exclamó-, después de tantos años de ternura -y con un repentino y no meditado golpe abrió la caduca mesa a que se apoyaba- ¡Hace bien, y obra con justicia! Respeto su resolución. Y tan miserable soy, que ni una hora tengo para persuadirla. Si esperase siquiera el resultado de mi execrable causa...

Durante este soliloquio y quebradas frases había el caballero reducido a pequeñas fracciones el papel que lo motivaba. Probó con ciego delirio si le sería dable romper las barras de la ventana, forzar las puertas...

Mundos hubiera él dado por escapar de su cautividad y correr a los pies de Isabel. La muerte de su antagonista, que podía llevarle al patíbulo, la consideraba ya como mal pequeño, comparado con la separación eterna que la carta de su Isabel le anunciaba. Apenas podía penetrar un rayo de razón el tumulto y agitación de su mente. Se acusaba a sí mismo de debilidad y afeminación al recordar el sereno semblante de Tragalobos cuando oyó la sentencia de muerte. Hizo resonar con sus gemidos la abovedada techumbre, y quiso hacer un esfuerzo por recordar las máximas de la escuela estoica y ver si podía serenarse.

Todos los lectores saben que es lo mismo apelar a la filosofía en medio de las grandes calamidades, coma a los polvos del Salteanbanco para matar los insectos. «Coja usted la pulga -dice el charlatán- entre el dedo índice y el pulgar de la mano izquierda. Apriétela usted hasta hacerla abrir la boca, y échele en ella unos poquitos de estos milagrosos polvos; y si no muriese que me la claven a mí en la frente».

-Pero si yo puedo coger la pulga -dice el tío Alforjas-, ¿quién me quita a mí matarla sin necesidad de sus polvos? Nadie.

-Por supuesto que nadie -responde el de los polvos con gravedad inaudita.

-También yo puedo mitigar mis penas sin vuestra filosofía -dice el que ha perdido, no una esposa gruñona, sino una pensión o una pierna-, en caso de hallarme con bastante serenidad para ponerme a leer y reflexionar sobre alguno de vuestros sabios consejos.

Una vislumbre de esperanza vino a suspender la tempestad mental de nuestro cautivo caballero. Imaginó que podía ser fraudulenta la carta, y se puso con prolija paciencia a juntar sus fragmentos. Los caracteres eran de Isabel. Pero antes creía Carlos que le engañase su vista que no que Isabel se hubiese resuelto a tomar sin consultárselo a él tan importante determinación. Haciendo visionarios proyectos, examinando inútilmente rejas y puertas estaba aún Carlos, cuando entró el carcelero can su cena, que le mandó el joven poner en el suelo para no quitar los pedazos que aún contemplaba de la carta. Hizo el carcelero un gesto, como quien dudaba de

que tuviese su huésped el número acostumbrado de sentidos, y que éstos estuviesen sanos. A pesar de eso dijo:
-Me han dado orden, señor caballero, para pedir a usted un favor.
-¿A mí? ¿De parte de quién?
-El pobrecito del tío Tragalobos ha pedido a los señores de la audiencia que se le permita que vaya usted a pasar con él mañana parte del último día que ya le queda de vida, si usted se digna hacerle esa caridad. Al pobrecillo le dan garrote al otro día por la mañana, con que si usted quiere darle ese gusto, después de almorzar yo le llevaré a usted a la capilla...
-Sin duda.
-Vamos; pues entonces ahí queda el jamón, que huele como una delicia; tampoco esta mala la ensaladilla... Si queda algo de ese pastelillo... con que... Dios le dé a usted muy buenas noches.
Y salió el voraz alcaide, echando llaves y cerrojos.

## Capítulo III

Le perdono mi muerte al que me mate cuando me vea dar un paso hacia atrás o ponerme en fuga.

(SHAKESPEARE.)

Lo que se llama capilla, adonde pasan los presos sus últimas horas, no es más que un calabozo algo mejor a condicionado que los que le sirven de morada antes de recibir la sentencia. Se llegaba a la capilla por un estrecho, oscuro e intrincado pasadizo, defendida la entrada por una guardia. Había en el pasaje tres calabozos, además del de la capilla. Cuartos todos grandes, oscurísimos, sin más luz ni aire que el que a través de varios corredores les suministraban ciertas elevadas y pequeñas ventanillas, casi cubiertas de poderosas barras de hierro. Había dentro de la capilla, enfrente de la puerta, un dosel negro, que servía de solio a un crucifijo, algo mayor del natural. Ardían dos velas delante de la sagrada imagen, y al momento de entrar Carlos prevalecía un profundo y temeroso silencio en la capilla. Estaban los presos sentados en sus respectivas camas; un religioso junto a Tragalobos, y seis o siete eclesiásticos rodeaban a su miserable compañero Pascualillo el Zurdo. También había en el interior un centinela. La robusta puerta se cerró por afuera con multitud de cerrojos.
Tragalobos se adelantó firme, pero tristemente, a dar la mano al caballero.
-Viva usted mil años, señor don Carlos -le dijo casi con lágrimas-; Dios le pague a usted la caridad que me hace en esta hora de amargura.
La conmoción del joven le permitió apenas contestarle con dos o tres palabras consoladoras; y ambos se sentaron en la cama, y quedaron entregados al mismo pavoroso silencio de antes. Habló el primero uno de

los sacerdotes que auxiliaban al Zurdo:
-¿Es posible, querido hijo mío -le dijo con cariñosa y compasiva voz-, que haya el ángel de las tinieblas infatuado tu alma hasta el punto de arrastrarte a la perdición eterna, sin que hagas un esfuerzo, sin que des un paso para huir de él o para defenderte? Vuelve, oveja descarriada, vuelve al rebaño del Señor. Él es misericordioso, Él dio la vida por los hombres, perdonará tus pecados, aceptará si se le ofreces el sacrificio que te espera, y te recibirá entre sus ángeles para que des gloria a su nombre por los siglos de los siglos.
-Ya yo le tengo a usted dicho, padre -respondió con frenética agitación el Zurdo-, que estoy resuelto a irme a los infiernos. ¡No quiero confesar! ¡Yo no soy cristiano! Yo no creo en los misterios de la fe. Ustedes no son más que unos pícaros que viven engañando a los tontos. ¡Maldito sea el mejor de ustedes que come pan!
Oyeron los sacerdotes estos dicterios con admirable y ejemplar paciencia y exorcizaron el mal espíritu que creyeron los inspiraba al infeliz Zurdo. Quisieron persuadirlo con invencible constancia, usando los muchos medios que su sabiduría y su virtud les prestaban; pero todo en vano. Los argumentos y doctrinas de los sacerdotes sólo arrancaban del Zurdo blasfemias espantosas en que el horror y la desesperación parecían haber arrojado su mortífero colorido. Temblaba, empero, el tenaz blasfemo de sus propias execraciones, que sólo alborotaba esperando que le salvasen la vida, pues no creía le hiciesen morir en su impenitencia. Mientras así luchaba, obstinado su ánimo con la conciencia y la esperanza, y mientras resonaban en el calabozo las exhortaciones de los sacerdotes, había estado conferenciando muy vivamente Tragalobos con un fraile capuchino.
-La cabeza he de perder yo -dijo al concluir su diálogo el baratero-, con ese infame Zurdo ¡Maldita sea su incredulidad, amén Jesús! Todo el día me ha tenido el calabozo lleno de gente. Aquí han estado el arzobispo, todos los canónigos de la catedral, cuantos capuchinos y jesuitas hay en Sevilla. ¡Nada! Todo es predicar en desierto. Lo mismo se convierte él que ahora es de noche.
-¿Pero le puede usted convertir -dijo el capuchino- haciéndole partícipe de sus esperanzas?
-¡Dios nos libre! -contestó el experto Tragalobos- ¿No ve la angustia que está pasando? Si oye la menor indirecta no tarda tres minutos en dar una declaración que nos pierda a todos, a ver si puede salvar su abominable cabeza. Y, por otro lado, es menester que yo le haga confesar. ¡Los demonios se lleven a cuantos herejes hay en la tierra! Vamos a ver si puedo hacer algo.
Así habló sotto voce el baratero y llenando de compunción el semblante pidió con humildad a los frailes le dejasen persuadir a su manera al desgraciado reo.
-Tal vez mi rusticidad -les dijo-, tendrá con él más efecto que la sabiduría de sus reverencias.
-Así sea -contestó uno de los prelados-, hombres rústicos fueron los apóstoles, y la gracia divina ha sido con frecuencia la dote de un pastor.

Estaba, en efecto, comprometido el honor del clero. ¿Cuál hubiera sido el sentimiento público si no obstante toda la elocuencia religiosa, hubiese

el Zurdo muerto impenitente?
-¿Quieren sus reverencias permitirme, sabios y santos señores -preguntó el nuevo predicador-, que yo lo convierta acá a mi manera?
-Emplea los medios que tengas para tan caritativo objeto -replicó el sacerdote.
Con esta licencia se encogió Tragalobos de hombros, le echó al Zurdo mano al pescuezo, y diciéndole: «Ven acá, hijo mío», se lo llevó arrastrando y a empujones a su cama sin la menor ceremonia. Después de haberlo hecho sentar a la fuerza, amenazándolo de que lo ahogaría a la menor resistencia, empezó así su misión evangélica.
-De cuantos hombres brutales y bajunos he tenido yo la mala suerte de echarme a la cara en este mundo, tú, Zurdo, eres el más vil y el más infames.
Este consolador proemio arrancó un mar de lágrimas al forzado catecúmeno.
-¡Y también usted, tío Tragalobos -exclamó sollozando-, se ha revuelto contra mí! No esperaba yo un ultraje de esos labios en mi hora de amargura.
-¿Tu hora de amargura: sapo, víbora y alano? -le preguntó Tragalobos, espumando de rabia- ¿Y estoy yo acaso en mi hora de fortuna? ¿No es este mismo pescuezo que aquí tengo, ¡arrastrado cobarde!, el que se ha de retorcer mañana? ¿No son estas mismas manos, estos mismos pies, los que se han de clavar por los caminos reales antes que pase otro sol?
Estas imágenes hirieron con nueva angustia el corazón del Zurdo.
-¡Virgen Santísima del Carmen -exclamó de lo más íntimo de su alma-, no me abandonéis! ¡Amparadme, madre misericordiosa!
-¡Confiésate! -le gritó el monitor- ¡Confiésate!, y la madre de Dios te ayudará.
Este consejo produjo mal efecto. Era para Zurdo su impenitencia el ancla de la esperanza; y confiaba en que no se le quitaría la vida si continuaba inconfeso. Se levantó a impulso de un movimiento convulsivo; gritando:
-¡Yo no confieso! ¡A mí no me engaña nadie! ¡Yo no creo en la Concepción ni en la Trinidad!
-¿Y cómo te atreves -le preguntó Tragalobos, con voz severa- a tornar en boca tales nombres? ¡Ve y confiesa! -Y añadió en voz baja-: Confiesa al momento. Ésa es la única tabla que te queda para salvar tu asquerosa vida.

Un rayo de esperanza penetró la mente de Zurdo, clavó los ojos en Tragalobos; y después de algunos instantes le preguntó con vehemencia:
-¿Me engaña usted, tío Tragalobos? -y en el mismo acto continuó sus gemidos diciendo-: Usted quiere que yo confiese para que muera mañana.
Ya se iba consumiendo la paciencia de Tragalobos.
-Dime, le preguntó a su cliente, ¿qué vestido de seda tengo yo que estrenar con que tú te vayas al cielo o a los profundos infiernos, para estarme aquí con mi santa pachorra enseñándote la doctrina? ¿Te has llegado tú a creer que daría yo la puntilla de un cigarro por veinte almas como la tuya? Anda, ve y confiesa -repitió en voz baja-; confiésate, escorpión. Dile al fraile cualquier cosa, lo que se te antoje, y pídeles luego a todos ellos que te dejen solo para componer tu ánimo infernal. No pierdas tiempo, o te cuelgan por el cuello mañana. ¡Prudencia!
El reo se levantó convertido. Se volvieron los ojos de los circunstantes

hacia el nuevo misionero, cuyo humilde y compungido semblante presentaba una fuerte barrera a lo que se podía estar fraguando dentro del pecho. Mientras el Zurdo confesaba de rodillas, dijo el baratero al capuchino que tenía junto:
-Mucho me temo que la conversión de ese pillo sea demasiado tardía. ¡Pero tengamos confianza!
Con esto sacó un grande rosario, y se puso a rezar muy devotamente. Acabó Zurdo su confesión y pidió que le dejasen solo por entonces. Prometió ocuparse en pedir a Dios le concediese su divina gracia hasta antes de la cena, cuando le dijeron los padres que volverían. Tragalobos hizo la misma súplica, y ambos quedaron bajo la estrecha guardia del centinela. Acompañó Carlos al baratero y al convertido al lado opuesto del calabozo, adonde los tres, con dos frailes capuchinos que habían quedado dentro; se arrodillaron ante la imagen del Salvador, y rezaron piadosamente el trisagio con alegría y edificación de los otros frailes, que se habían detenido en el corredor a observar desde la ventanilla de hierro de la puerta lo que hacían los presos dentro del calabozo. El trisagio, entonado muy de recio, se continuó en voz algo más baja; y a lo último ya no se podía entender lo que rezaban ni aun por el centinela puesto dentro del calabozo. Los devotos se levantaron, al fin, y volvieron hacia sus camas, excepto Carlos, que continuó de rodillas, entregado a sus oraciones. Cuando hubieron los cuatro llegado con perezoso paso al medio del calabozo, se calaron simultáneamente los dos capuchinos sus capuchas, se lanzaron al centinela, le impidieron todo movimiento; y Tragalobos le quitó el fusil, y el Zurdo le tapó la boca con un pañuelo, todo con increíble serenidad. Sólo una voz se oyó en toda esta escena. La sentencia de muerte con que amenazó Tragalobos al centinela, si hacía el menor movimiento. El desarmado militar hubiera perecido a manos del Zurdo, si Carlos, sobresaltado por aquel repentino rumor, no hubiera pedido por él, y logrado que se le perdonara la vida. Le quitaron, empero, su uniforme con indescribible celeridad y profundo silencio, se le ataron los brazos, y un pañuelo como mordaza en la boca. Así se le llevó al otro lado del cuarto. Zurdo se puso los despojos del veterano; un temeroso puñal brillaba en la mano de cada fraile; y Tragalobos estaba junto a ellos con una bayoneta, todos cuatro esperando ansiosos que la puerta del calabozo volviera a abrirse.
Media hora habría pasado, cuando sonaron en el pasaje los pasos de varias personas. El silencio distante de armas y llaves indicaban que el carcelero venía con tropa para relevar al centinela del calabozo. Se acercaron los pasos, crujieron las guardas de la llave, se corrió el ponderoso cerrojo, y entraron el carcelero, un cabo y un soldado. Apenas pasaron la puerta cayó el cabo sin sentido, habiendo recibido en la frente un formidable culatazo del fusil del Zurdo. Las manos de los frailes asieron al mismo tiempo al nuevo centinela, y le arrancaron las armas, mientras Tragalobos puso la bayoneta sobre el estómago del carcelero prometiéndole introducirle un palmo de ella si abría siquiera los labios. El epicúreo no quiso poner su manteca en peligro, y entregó sin resistencia las llaves a Tragalobos. Con preconcertada celeridad, y la resolución del que defiende su vida, mandó el baratero desarmar y atar a las argollas de hierro que por la pared había al carcelero y a los

soldados. Luego habló así a Carlos:
-Señor caballero, su calabozo de usted está abierto. Huya usted de él o quédese dentro; como guste. La ocasión es calva, y sólo un cabello tiene en la chola. Si usted no lo coge, su sangre sobre su propia cabeza.
Con esto salió seguido de los frailes y el Zurdo. Sin dilación procedieron los cuatro al calabozo inmediato, se precipitaron sobre el centinela, le desarmaron, ayudaron a los presos a romper sus grillos y aumentada su fuerza con tres hombres dejaron en el calabazo al centinela encerrado. Tragalobos mandaba ya siete forajidos, cuatro armados con fusiles. Quería el Zurdo, que se dirigiese al próximo y último calabozo habitado del oscuro corredor, para repetir la escena que con tan buen éxito habían ya acabado con los otros centinelas, pero se opuso Tragalobos sin condescender a manifestar los motivos que para ello tenía:
-¡Yo soy Tragalobos! -exclamó-: ¡Quien me desobedezca muere!
Los recién librados presos oyeron con temeroso respeto aquel nombre, y ofrecieron a su posesor ciega obediencia:
-¡Seguidme, y no perdamos tiempo! -dijo el venerado baratero- A sorprender la guardia que está a la entrada del pasaje. Diez hombres tiene; cuatro están ya encerrados; sólo quedan seis y ésos no han de tener en las manos los fusiles.
Volaron todos a la entrada del corredor. Dos soldados estaban jugando a las cartas, uno acostado en un banquillo, los demás cantando y arañando una guitarra decrépita y sin cuerdas. Antes que estos perezosos volvieran de su sorpresa, ya tenían cada uno una bayoneta al pecho, y todos se vieron obligados a seguir a sus feroces vencedores. La vergüenza detenía el paso de los soldados; pero la bayoneta del Zurdo dio a entender al más tardío que había elegido inoportuno tiempo para manifestar su cachaza. Los demás obedecieron, aunque con juramentos y maldiciones, a los bandidos; y un momento después estaban encerrados con sus compañeros. La conquista del último calabozo era ya fácil. Abrió la puerta Tragalobos y descubrió al centinela retirado al fondo, montando el fusil, y mandando a los forajidos hacer alto en nombre del rey. Esta inesperada e intrépida resistencia detuvo por un momento la impetuosidad de los agresores. Pronto, empero, se recobraron, lanzándose sobre sus adversarios que con serenidad castellana apunto y quitó la vida al primero de sus enemigos. Los demás se apoderaron de él, y le dejaron de mala gana la suya, en forzosa obediencia a las órdenes precisas de Tragalobos, que valiente él mismo, respetaba siempre a los valientes. Entre los prisioneros libertados y los dos frailes había ya catorce hombres. Estaban todos bien armados. Diez con fusiles y municiones; los demás con dagas y puñales.
Sin perder un solo instante se replegaron hacia la entrada del corredor con la firme esperanza de abrirse camino hasta la calle. Esto no pudo practicarse. La fuerte reja de hierro que cerraba el corredor no hubiera podido forzarse aun cuando hubiese estado indefensa. Pero al eco del tiro que disparó el último centinela, el oficial de guardia de la cárcel había enviado a investigar la causa a un cabo con dos soldados, pidiendo al mismo tiempo socorro al capitán y guardia del principal situado en la plaza de San Francisco. Cuando llegó Tragalobos con su gente a la entrada del pasaje iba ya el cabo a mandar por las llaves de la reja de hierro. Si se hubieran retirado los presos, dejando que se acabase de abrir, tal vez

hubieran podido llevar su evasión a cabo; pero el miedo del Zurdo fue fatal para sus compañeros. Disparó por entre las barras su fusil e hirió a uno de los soldados; el cabo se retiró precipitadamente, dejando a los reos al otro lado de las inconquistables barras.
Tenía el alcaide de la cárcel la costumbre de abrir una vez al día aquella reja para que entrase en el pasaje el carcelero, y la guardia de diez hombres que por lo común se quedaban dentro hasta el día siguiente. Si algún sacerdote u otra persona deseaba por acaso entrar en aquellas remotas partes de la cárcel; el alcaide abría y volvía a cerrar en persona.
Tragalobos y su gente empleaban en balde la fuerza en inútiles pruebas contra la inmoble barrera que los detenía, cuando llegó a la prisión el capitán del principal a la cabeza de su gente, oyeron los presos desde la reja el tambor y medida paso de la tropa.
-¡Silencio! -gritó Tragalobos- Siete hombres a lo largo a cada lado del corredor. Separaditos. Media vara de distancia de hombre a hombre. Más todavía. Ahí está bien. ¡Confianza y serenidad, hijos míos! Cuidado que no me dispare nadie un tiro sino por entre las barras de hierro y con buena puntería. Siempre el fusil a la cara. Disparar cuando haya ocasión. ¡Valor y estamos libres!
La oscuridad del pasaje ocultaba y favorecía la posición de los bandidos. Altivo e impávido avanzaba en tanto el capitán hacia la reja seguido por treinta hombres. El resto de su tropa le había distribuido en otras partes del edificio para refrenar a los presos. No menos resueltos que los veteranos, y protegidos por la puerta de hierro, rompieron el fuego los presos y cayeron a tierra dos soldados antes de que el capitán hubiese llegado a ella. Viendo que las barras impedían su progreso, clamaba el capitán desde afuera por las llaves, situando al mismo tiempo sus soldados del modo más ventajoso que en aquella estrechez se podía. Las llaves, empero, no se hallaron, porque el alcaide, hombre de valor poquísimo distinguido, se escondió en los momentos de peligro; aterrado de considerar las resultas probables que contra él pudieran tener las reminiscencias de los presos. El capitán alineó su gente con velocidad y pericia, y empezó a caer sobre los forajidos una corriente de fuego graneado. Pero las hábiles disposiciones de Tragalobos protegían tan eficazmente su gavilla, que aunque no podía ésta hacer gran daño a los soldados, tampoco estaba expuesta a recibirlo. El fuego se aumentaba por ambas partes. Los presos estaban envueltos en oscuridad absoluta; los soldados apenas visibles a merced de la postrera luz del día; el fuego de los soldados no tenía por consiguiente objeto; el de los bandidos hería a veces la destinada víctima. Al rugir de los fusiles y al través de una nube de humo vieron lucir los presos las doradas decoraciones del capitán. Avanzaba fieramente, con un manojo de llaves en la mano, y logró abrir el candado del cerrojo. Una bala le atravesó el sombrero, otra le quitó las llaves de la mano; pero ya estaba levantando el cerrojo, y se puso intrépidamente a descorrerlo: La puerta se abría hacia afuera.
-¡A él, hijos míos! -gritaba Tragalobos desde el interior.
Y se precipitó bizarramente hacia la puerta, y echó un pequeño cerrojo que por dentro había en el punto mismo en que acababa el capitán de descorrer el otro. Se renovó el fuego con grande vigor par ambas partes, pero los

presos llevaban aún la ventaja. Mantenían su puesta, y aún no habían perdido un hombre. El esforzado capitán se avergonzaba de verse detenido por una turba de facinerosos:
-¡Aquí todo el mundo! -gritó precipitándose a la reja con el total de su gente.
Su voz resonaba superior al estrépito de la fusilería, como el trueno sobre los gemidos de un mar proceloso: Obedeció la gente. Asieron todas las manos la reja, y con un repentino y unido esfuerzo hicieron saltar el cerrojo y se abrió la puerta. El jefe atacó el primero espada en mano a los prisioneros. Era el pasaje tan estrecho que sólo tres hombres podían entrar por él de frente. Por acaso se encontraron opuestos el capitán y Tragalobos, y se lanzó el primero sobre su adversario cual león que invade las cavernas del tigre. Vibraba su espada como una centella en derredor del firme fusil y bayoneta de Tragalobos, pero sin poder tocarle ni apenas defenderse. Ciego ya de ira, se arrojó sobre el arma contraria, y con su cuerpo hizo caer a tierra. Retrocedió Tragalobos, y se apoderó un terror pánico de su gente. Ni el valor ni la ferocidad pudieron resistir a la disciplina. El amor de la vida que allí estaban defendiendo inspiró nueva bizarría a los presos. No obstante la desventaja con que ya peleaban, defendían con maravillosa resolución y palmo a palmo su terreno. Los gritos de los combatientes, los alaridos de los que caían, el trueno de los fusiles, las execraciones y voces de mando resonaban con temerosos ecos.
Un grito agudo y horrible atravesó este rumor espantoso y las despedazadas y humeantes entrañas del Zurdo se vieron levantadas en la alabarda de un sargento.
-¡Ánimo, muchachos! ¡Ánimo y a ellos! -repetía en el conflicto la voz de Tragalobos, ansioso de inspirar a los demás la confianza que ya iba él mismo perdiendo.
Pero el temor se difunde con la velocidad del eléctrico. Al ver el palpitante corazón del Zurdo heló en pavor todos los pechos:
-¡Abajo las armas en nombre del rey! -gritaba el capitán- ¡Pena de muerte al que siga la resistencia!
En este estado se hallaba la acción, cuando un fuego de fusilería que sonó en otras partes del edificio sorprendió a ambos beligerantes. Tragalobos, aprovechando aquella ocasión favorable:
-¡Somos libres, muchachos! -gritó- ¡A ellos, hijos míos, a ellos y somos libres! El Niño viene a sacarnos!
Estas palabras hicieron renacer la esperanza en el seno de los presos. Se precipitaron con nuevo vigor sobre la tropa, que, a su vez, empezó a perder tierra. La noche había envuelto todos los objetos en sus sombras; Sólo alumbraban aquella terrorífica escena los pálidos fogonazos y relámpagos de los fusiles. Entregados los combatientes a una ira frenética por el honor en una parte, por la desesperación en la otra, daban en todas la muerte y en ninguna se temía. A la triste luz de los fogonazos se vio a un soldado asir y morder con fuerza convulsiva el acero enemigo manchado de su propia sangre y con el pecho abierto por tres partes atacaba todavía y amenazaba con la muerte. Peleando en la vanguardia cayó Carlos bajo la espada del Capitán, cuya impetuosidad detuvo de nuevo el intrépido y fuerte Tragalobos.

Mientras continuaba la batalla con frenesí no mitigado, pasaban en otra parte interesantísimos sucesos que nos es forzoso referir:
La gitana, cuyas provisiones había formado la despensa de Tragalobos, mientras estaba entre los presos del patio, gozaba cerca del baratero los honores de administradora o encargada de los ministerios de hacienda, de estado y del interior. También solía encargarla de comisiones diplomáticas.
Cuando lo sentenciaron a muerte confió a la gitana una de esta especie, en que manifestó la plenipotenciaria distinguida capacidad para arduas negociaciones. Se presentó al Niño, y sus talentos perfeccionaron un plan de operaciones concebido y propuesto por Tragalobos para su propio rescate. Los esfuerzos que acaban de describirse formaban parte de este plan protegido por el crepúsculo de la noche había el Niño penetrado a caballo hasta la plaza de San Francisco de Sevilla. Algunos de sus compañeros le siguieron desde lejos, y dividida su gente en pequeños, grupos, entraron sin causar sospecha por diversas puertas de la ciudad. A la oración se hallaban juntos cerca del convento de San Francisco y casi enfrente de la cárcel. Diecinueve hombres decididos acometieron con el Niño la puerta de la prisión, que hallaron, empero, cerrada. El capitán del principal había mandado echar todas las barras y candados antes de subir con su tropa la escalera. Lejos de desmayar el Niño, apuntó con su trabuco a la poderosa cerradura, que hizo saltar en mil pedazos; pero no cedía la puerta. Se hicieron todas sus tablas astillas, salieron todos los goznes de quicio, mas quedaban las barras. El fuego dirigido contra la puerta fue el que como hemos dicho, oyeron los que peleaban en el pasadizo. No quedándole otro medio, pegó el Niño fuego a la puerta, y al fin pudo entrar por entre las llamas, seguido no sólo de su gente, sino de una cohorte de reñidores de profesión que la curiosidad había juntado a su alrededor. Abundaba en aquella época España y particularmente Sevilla en segundones, de familias nobles, agudos ingenios, perezosos estudiantes, y otra gente non sancta, medio matones, medio caballeros, para quienes no había delicia como andar a estocada, fuese la querella cual fuese. Gozaba el Niño entre estos héroes popularidad ilimitada. Su clemencia, su breve pero natural justicia, y sobre todo su noble bizarría, se levantaban diariamente a las nubes por las musas de odas de aquellos matasietes, siempre prontos a empuñar la espada en su defensa. A estas clases pertenecían los más de los ociosos partidarios del Niño. En la ocasión de que hablamos le ayudaron con ardor que hubiera sido honroso en defensa de mejor causa. A la luz de más de cien hachas de viento; se lanzaron todos siguiendo al Niño por la escalera arriba de la cárcel. Los soldados, a quienes dejamos combatiendo en el pasadizo, se vieron repentinamente asaltados por una nueva fuerza de más de cien hombres, mientras sólo les quedaban a ellos veinte. Se veía el desaliento en los semblantes de los soldados, pero obedientes hasta el último punto a su capitán, volvieron caras diez a cada lado; y no pudiendo ya moverse ni cargar las armas, recibieron a los enemigos con las bayonetas. Cesó el fuego. Ascendía el humo en leves ondas, y las hachas iluminaron aquella sangrienta escena. Ya no quedaban más que siete de los presos, casi desfallecidos de tan larga lucha, pero aún sonaba la voz de: «¡Ánimo, muchachos!», que emitía el inconquistable Tragalobos a pesar de tener rota la quijada inferior y

colgándole sobre el pecho. La decisión, bizarría y disciplina de la tropa contuvo por algún tiempo al Niño. Le embarazaba la turba aliada de los caballeros o majos que no querían avanzar ni podían retirarse. Faltaba ya la energía en los forajidos y empezaban a recobrar la superioridad los soldados cuando gritó una voz:
-¡Cegarlos con las hachas!
Desde aquel punto se decidió la victoria por los presos. Herían los matones con el alquitrán encendido los ojos de la cansada tropa, y caían las armas de las manos.
-¡Pena de muerte al que toque a un veterano indefenso! -gritaba por cima del tumulto el Niño, vibrando el ensangrentado acero- -¡Hacia mí, Tragalobos! ¡Firme y adelante! ¡Ahora, muchachos! ¡A ellos!
Con estas palabras cerró como en antiguos tiempos las falanges arrollando los pocos guerreros que aún manejaban con débil mano las bayonetas. Logró juntarse a Tragalobos. Ambas partidas hicieron un esfuerzo para empezar la retirada; mas los detuvo él ya solo, pero fuerte brazo del capitán. Fulminaba su espada con rápida devastación y ruina por entre las cerradas masas del Niño. Cien espadas le rodeaban; pero resuelto a morir allí, no cuidaba de su defensa y sólo del mal del enemigo; tres hombres habían sido víctimas de su valor en aquellos últimos momentos, cuando le rompió el brazo un terrible golpe que a dos manos le dio en él un preso con una barra de hierro. Se le cayó entonces la espada. El puñal de uno de los presos lució al punto sobre su pecho. Vio la acción, levantó la cabeza, casi hizo vacilar al bandido de una mirada. Carlos, recobrado apenas, desarmó al asesino con su bayoneta, se puso al lado del capitán, y declaró guerra a quien osara tocarle. No tuvieron efectos sus amenazas. Muchos asaltaron al indefenso y bizarro oficial, por quien peleó Carlos dos o tres minutos con ardiente y afortunada proeza:
-¡Abajo las armas! ¡Muerte a quien la mueva contra el capitán o el caballero! -dijo el Niño con acento de hierro- Todo el mundo a la calle.
La turba desapareció a su voz como por encanto.
-Acepte usted mi espada, señor mancebo -dijo el capitán a Carlos-. Es una prueba de mi gratitud. Si otra vez nos vemos, la expresaré más ampliamente.
Carlos quería rehusar el don, pero el oficial le obligó a que lo aceptara. Tomó el joven la espada; y lleno de confusión y de sonrojo empezó a disculparse de lo que había hecho. En medio de su discurso se apoderaron de él dos hombres de formidable fuerza y diciéndole uno de ellos:
-¿Qué hace usted aquí, señor don demonio? ¡Maldito sea quien pasa en cháchara las ocasiones!
Lo sacaron en brazos de la cárcel. Un instante después estaba confundido entre la mucha gente que llenaba la plaza de San Francisco.

l

## Capítulo IV

Gloria llamaba a la pena
a la cárcel libertad,
miel dulce al amargo acíbar,
principio al fin, bien al mal.

(GÓNGORA.)

Las herraduras de los caballos, las voces del populacho, las imprecaciones de unos, la aprobación de otros, llenaban de confuso murmullo la plaza de San Francisco. Solían romper la oscuridad de la noche las luces de las hachas de viento que giraban y se cruzaban de una parte a otra.
-Ya está usted libre, gracias a todos los santos, señor caballero -dijo uno de los dos hombres que habían sacado a Carlos de la cárcel-: encomiéndese su merced a los talones, y Dios le ayude.
Con estas palabras le dejaron entre el gentío y desaparecieron.
Empezó a caminar, dificultosamente el caballero, apoyándose en la espada del capitán, la misma con que se había herido desesperadamente un pie en la pelea, de la cárcel. Pudo llegar, no obstante el dolor y pérdida de sangre, hasta la fuente del otro lado de la plaza, y se sentó junto a ella resignado a sufrir las calamidades que le estuviesen preparadas. Reclinó la cabeza en la taza de la fuente, y se quedó como aletargado. Advirtiendo esta circunstancia uno de los muchachos ociosos que por allí andaban, le acercó al rostro la luz de su hacha, la apagó al instante en la fuente misma, se quitó la capa, cubrió con ella al caballero, y maldiciendo al inventor de las cárceles, dio a correr por la que llaman hoy calle de Génova.
Ya para este tiempo, el infatigable capitán, que tan bizarramente se había batido en la cárcel, tenía junta la tropa que dejó anteriormente de guardia en el patio, y a la cabeza de los que no eran necesarios para contener los presos y de algunos caballos que acababa de enviarle el gobernador, marchó a la plaza de San Francisco sin acordarse de que tenía el brazo roto. Mandó usar profusamente las culatas de los fusiles y plano de las espadas y dispersar la gente a toda costa. Esta providencia dejó amoratadas y negras huellas en los miembros de muchas personas pacíficas, pero de tardos movimientos, que no podían despejar tan pronto como los verdaderos cómplices del Niño.
Ya relucían las espadas de los soldados cerca de la fuente adonde yacía nuestro caballero. Carlos abrió los ojos y conoció que no le era posible escapar ya la tropa llegaba volverían a llevarle a la cárcel, y tendría un crimen más de que responder. Probó en vano a levantarse, y se resolvió al fin a darse preso sin agravar su causa con inútil resistencia. Un hombre pobremente vestido se llegó a él en este instante, y saludándolo en voz baja por sin nombre, antes le dio que le ofreció ayuda. Con fuerza superior a la que su apariencia prometía, alzó a Carlos en sus brazos y le puso sobre una flaca mula que del cabestro traía. La debilidad de Carlos contribuyó a dilatar esta operación, dando a la caballería tiempo para

llegar a la fuente. Amenazaron con las espadas a aquel sospechoso grupo, y fueron a rodearlo, cuando tocó el hombre mal vestido los hijares de su bestia; que salió a escape con nuestro héroe. Siguiéronle a galope tendido los soldados; pero tal era la rapidez del fugitivo animal que antes de pasar dos calles ya no oía la tropa ni el ruido de sus herraduras.
Admirado de la velocidad de su carrera, y vacilando al mismo tiempo en la silla, continuó Carlos huyendo algunos minutos. Al considerarse ya libre refrenó su mágica mula un poco, pero sin hacerle cambiar la dirección que ella de por sí llevaba. De allí a poco tiempo volvió la esquina de una callejuela, cuando un hombre que parado en ella estaba se apoderó del cabestro.
-¡Alto con mil de a caballo, señor nostramo! No le atraviese usted los hígados a su criado humilde. ¿Qué, no me conoce usted todavía?
-Sí conozco -contestó Carlos-, e infiero por la voz es usted aquel mismo mancebo que me llevó una carta a Aznalcóllar.
-El mismo para servir a Dios y a su señoría -replicó el del mensaje tomando la cuerda de la mula y echando a andar delante de ella-. El mismo mancebo. Quizá se conserva aún en la memoria de su señoría que la graciosa cortedad de mi nariz fue causa de que me llamasen las gentes el Chato, nombre que yo he ennoblecido con mis hechos.
-Y dígame usted, señor Chato -preguntó el caballero-: ¿adónde piensa usted llevarme?
-A un sitio seguro, señor nostramo; adonde pueda su hidalguía curarse. Porque ha de saber usted que yo vine esta tarde con el Niño, vi a mi ilustre amo el noble Tragabolos con la quijada cerca del bolsillo; me puse junto a él, y me le llevé sano y salvo y en un triunfo en estos brazos que ha de comer la tierra. Me dolía el alma al acordarme de usía; pero el Chato no tiene más que un cuerpo, y este cuerpo es de su amo Tragalobos. Sin embargo, le envié a vuestra merced dos hombres, mandándoles que antes volviesen sin las cabezas que volver sin su señoría.
-En efecto, ellos me sacaron de la cárcel, me llevaron a la plaza...
-Y le abandonaron como cobardes, aunque no sabían que estaba su merced herido. Pero por sí o por no, no han de seguir ni cinco minutos más entre los servidores del Niño. Nosotros, señor caballero, somos todos valientes. El que una sola vez se acobarda no merece estar entre nosotros. Pero ya tenía yo entre ojos a los dos tunos. Habían peleado bien y mucho; se veían libres y en la calle, los hago yo volverse solos a la cárcel, sacan a su señoría, suena el tambor del capitán, y salen de estampía, como saldrán sus almas para el infierno, abandonando a su merced como hubieran abandonado a su padre.
Chato hizo alto, y tocó dos o tres veces un agudo pito.
-Pues señor -continuó-; pasé como iba diciendo, me entiende usted, por cerca de la fuente, cuando vi un bulto extraño -Chato repitió su silbido-. Y como iba diciendo, descubrí a su señoría chorreando sangre. Maldije la mano que a tan buen caballero había herido, le cubrí a su merced con mi capa; corrí por mi buena mula... pero ya está aquí. Dios la bendiga.
En efecto, se había aparecido en la calle a los silbidos de Chato una mujer de éstas que suelen pasearlas por las noches vestidas de rabiosos colorines. La siguieron Chato y Carlos por un confuso laberinto de retorcidas callejuelas, dio dos palmadas, y se abrió una puertecilla

pequeña. Tomó Chato en los brazos al caballero, y entró con él en la casa, y atravesó un piélago de tinieblas, siguiendo al oído la dama, que decía unas veces, «bajad la cabeza», otras, «subid tres escalones, bajad ahora cinco», etcétera, hasta conducir a Carlos a lo que parecía en el tacto un jergón de paja puesto en el suelo. Suplicaron luego al señorito esperase un poco, y el Chato y la mujer se volvieron, dejándole en oscuridad absoluta.

Las violentas y precipitadas hazañas de aquel día empezaban a parecerle a Carlos odiosos crímenes, de que quería en vano disculparse. Le sugirió la razón que aquellas acciones son por lo menos dudosas, que exigen la propia apología. Estos prudentes pero tardíos pensamientos ocupaban a nuestro héroe, cuando oyó pasos cerca del sitio adonde estaba. Una luz pasajera iluminó el cuarto a través de ciertas aberturas que en la puerta había, y poco después entró una mujer con una vela de cera en una mano, y la otra levantada entre la luz y los ojos. Se aproximó cauta y silenciosamente al lecho, y creyendo que el herido durmiese:

-¡Qué hermoso muchacho! -dijo- ¿Quién ha visto una cara semejante ni en Triana ni en la Macarena? ¡Dios lo bendiga! -continuó ya más de recio, advirtiendo que Carlos no dormía.

-Dios la bendiga a usted, buena señora -replicó el joven, conjeturando por la voz y modales de la dueña que había visto correr más de las tres cuartas partes de un siglo

Puso ésta su luz en el suelo, y le pidió a Carlos mostrase sus heridas, para cuyo fin empezó francamente a quitarle los vestidos.

-¡Santa María Egipcíaca y las otras tres Marías me valgan!- exclamó al ver las heridas cubiertas entonces de congelada sangre.

Pero no se limitó su interés a simples exclamaciones: sacó una caja de instrumentos, hilas y pomadas, cuyos objetos empezó a manejar con la destreza de un esculapio. Recomendaba sus medicinas con innumerables oraciones y conjuros pronunciados en la lengua de la gitana tribu.

Concluida la primer cura mandó al caballero se acostase, le trajo después una taza de excelente caldo, una tostada y un vaso de vino generoso.

Reanimado ya por esta refección dio Carlos gracias a su bienhechora, que se separó de él llenándole de bendiciones, llamándole su perla y su topacio y dulce luz de sus ojos.

Muy de mañana estaba la gitana al otro día sentada a la cabecera de su rico clavel, a quien guardaba el sueño como solían las diosas de allende a sus favorecidos guerreros.

Cuando despertó Carlos se creyó del todo restablecido. Su apartamento no dejaba de asimilarse a los del patio de la cárcel, ni contenía otros muebles que su jergón, un boquirroto cántaro, y la buena gitana, si por acaso hubiera esta sido un mueble. Después de los saludos de cortesía, le dijo la gitana:

-Ya estás casi bueno, lucero mío; pero no puedes hoy moverte de la cama. Mi hija te traerá el desayuno. Trátala bien, hermoso, que es la pobrecita la luz de mis ojos.

Y salió al concluir estas palabras, antes que tuviese Carlos lugar de responderle.

A poco tiempo se apareció en el cuarto una de aquellas raras hermosuras que a primera vista cautivan los sentidos. Traía una jícara de aromático

chocolate en la mano. Eran tan elegantes los contornos de su forma, tan flexibles y elásticos sus movimientos, tan suave la expresión de su rostro, tan viva y expresiva su mirada, que embelesado el caballero, dudó si un ángel en sus sueños se le aparecía. Hasta la mística sagacidad de su tribu daba a la fisonomía de la sílfide hechizos inexplicables.
-Felices días, noble caballero -dijo la ninfa ofreciendo a Carlos el chocolate con sonrisa encantadora-. Tome su excelencia este corto refrigerio, y ojalá le sea tan grato como un sueño delicioso.
-Dulcísimo como la realidad de la ventura -le contestó el admirado joven-, viniendo de tan hermosas manos.
-Bien dicen, que es su excelencia tan cortés como bizarro. Aquí le traigo una rosa. No tengo joyas mejores. Quiera Dios que en su fragancia halle sabroso regalo el caballero, que su color le alboroce, y que no le puncen las espinas.
Al mismo tiempo le entregó la rosa cubierta aún de rocío, inclinó la bella cabeza, y salió con tan leve paso que pareció más bien que se había desvanecido su imagen.
-¡Qué muchacha tan hermosa! -exclamó Carlos al verse solo- ¿Pero quién, Isabel mía, quién te iguala en elevación de alma, en gracias, en afabilidad, en sentimientos? ¡Y la he perdido para siempre!
El caballero dio un profundo suspiro, se reclinó de nuevo en su lecho, y se entregó a mil melancólicas reflexiones, hijas de la situación desesperada en que se hallaba.
Dos o tres gitanas visitaron aquel día al herido, y le curaron y asistieron con mucho agasajo, diciéndole, además, que el ama de la casa había tenido precisión de salir, y no volvería hasta muy tarde. En efecto, ya era de noche, cuando la madre y la hija entraron en el cuarto resueltas a exorcizar la melancolía del huésped. Se valieron para conseguirlo de mil medios. La voz de la doncella, más armoniosa aún que las proporciones de su contorno, ondulaba en el oído del caballero con vibraciones de dulcísima melodía; sus dedos por las cuerdas de la guitarra con más delicioso efecto que en el arpa de Eolo las alas suaves de los céfiros.
Pero ¿qué encantos pueden penetrar el pecho en que derrama el dolor su ponzoñoso cáliz?
-¡Ay de mí, noble señor! -dijo al fin, suspirando, la ninfa, y conociendo la ineficacia de sus cadencias- No agrada la música a su señoría: ¿qué podré yo hacer para complacerlo?
-Esa música, hermosa niña, parece música del cielo, y encantaría al que no fuese tan infeliz como yo soy. Perdonadme mi distracción y tristeza...
-¡Tan triste a los veinte años! -exclamó interrumpiendo la madre- Pues qué, ¿no tiene mejor novia que la melancolía un mancebo cuyos labios hacen pálidas las rosas, cuyos ojos son más brillantes que las lunas de enero? ¿Qué te aflige, ídolo mío?
Tenía la voz de esta mujer cierto metal tan noble, que fijó la atención del caballero. Miró con particular atención a la gitana; pero tenía ésta la cara tan cubierta, y era el cuarto tan oscuro, que le fue imposible distinguir su fisonomía. Tuvo, pues, que contentarse con oírle contar muchos cuentos de encantadoras y duendes de que al parecer deseaba la vieja pasar por heroína.
Aún no había del todo amanecido al día siguiente, cuando vino la buena

anciana a tomarle el pulso, y registrándole que hubo las heridas le declaró capaz de acometer el viaje.
-¿Adónde? -preguntó Carlos.
-A un sitio más seguro, en que hallarás amigos que te aconsejen -replicó la vieja, añadiendo en voz alta-: ¡Violante!, ¡Violante! Tráeme los vestidos, hija mía.
De allí a poco entró la hermosa Violante con un desmesurado par de tijeras de esquileo, y cogidos con ellas, para librar de tal abominación, sus lindas manos, el lío de trapajos más sucios que jamás ofendiera vista humana. Lo arrojó todo en el suelo, y salió de entre los harapos y fue rodando por el buen trecho una cajita redonda, llena de oscuro y craso betún. Carlos retiró los pies con una especie de veloz instinto para que el tal botecillo no se los manchara. Esta acción causó grande risa a la vieja.
-¿Tan delicado es usía de estómago, señor caballero? -preguntó entre carcajadas la octogenaria-: ¿Por cuánto se pondría en la cara ese ungüento?
-Voluntariamente por cosa ninguna -replicó el caballero.
-¡Pobre muchacho! -continuó la abuela-: Y muchísima razón que tiene, que es pecado mortal tiznar ese cutis de leche y rosa. Pero no tengas miedo, hijo de mis entrañas, que yo te daré una medicina que te quite las señales como con la mano.
Y diciendo y haciendo, empezó la vieja a ponerle a Carlos sobre sus vestidos todos aquellos trapos y jirones, y a pintarle la cara de oscuro con su ungüento. Le puso también al cinto las desmesuradas tijeras, le peinó el cabello recogiéndoselo hacia atrás, y llenándoselo de aceite, según la moda gitana; le echó por los hombros una raída y grasienta capa y le acomodó casi todo un sombrero redondo en la cabeza.
-Esa espada tan hermosa -dijo a Carlos cuando le vio ya ataviado-, debajo de la pañosa.
Y luego a su hija:
-Tráeme una cornucopia, Violante, para que se mire el señor.
Carlos dudó de su identidad propia al verse en el espejo, tan completamente le había transformado la gitana.
-Ahora, hijo mío, arribita conmigo -dijo- la maga-; y tú, Violante, quédate aquí arreglándome el cuarto.
-No saldré yo de él -interrumpió Carlos- sin manifestarle a usted mi agradecimiento. Hágame usted el favor de aceptar en señal esta bagatela.
Y al mismo tiempo le puso en la mano su reloj de oro. Recibió este cumplimiento la maga con una mezcla de admiración y enfado.
-¿Y qué -le dijo retirando la mano, me quiere usted quitar el gusto de hacer una acción buena? Guárdese usted la repetición, señor noble.
-Yo no pretendo pagar el beneficio, sino sólo reconocerlo -dijo Carlos-. Recíbala usted, y será un nuevo favor que le deba.
-¡Conque no ha de gozar, el pobre ni del gusto de hacer un beneficio! Guárdate tu joya y no me mortifiques. Sígueme, que el tiempo se acaba, y con él la vida.
Los rasgados y expresivos ojos de Violante habían brillado sobre el mancebo mientras duró este dialogo. Matizaba el rubor sus mejillas, y humedeció una lágrima sus negras y largas pestañas.

-Noble caballero -exclamó Violante, temiendo que la dilación perjudicase a Carlos-: hágame usted el obsequio de darme esa joya.
-No pudiera yo hacer cosa más grata -contestó entregándosela el caballero-. Y así aumente tu ventura, hermosa niña, al par del tiempo que la manilla señala.
Tomó el reloj Violante, y se le entregó a su admirada mamá, suplicándole lo aceptase por entonces, y se lo volviese al caballero en un día más dichoso.
-¡Amén! -replicó entusiasmada la maga- ¡Acepto la joya, y con más gusto el agüero, hija de mi alma!
Y aplicó los secos labios a la mejilla transparente de Violante, que ruborosa y confusa desapareció del cuarto.
La anciana se dirigió entonces hacia la puerta, pero deteniéndola Carlos le presentó una banda que acababa de sacar del pecho, y le preguntó si la conocía.
-¿Y es posible -exclamó la gitana en admiración perfecta- que me hayas reconocido a través de tantos disfraces?
-Sí, señora. Desde que me susurró usted al oído el único secreto de mi corazón, secreto que a nadie había yo revelado, y en el que apenas me atrevo a pensar yo mismo, su voz de usted ha resonado sin cesar en mi alma, y no puedo olvidarla.
-Maravilla del cielo, prodigios -exclamaba la vieja-: ¡no haberme visto más que una vez, un solo instante, herido como estabas en la caza, y así acordarte de aquello! En quince días no dormiré sólo de pensarlo. Todo lo sé. Me consta, dulce visión de mis ojos, que fuiste a Sevilla. Sé tus aventuras, sé que te fue inútil mi banda. Yo hice lo que pude por mi parte para satisfacer tu deseo, pero aunque superior a la gente común del mundo, también tiene límites mi influencia.
-La banda fue, pues, inútil.
-Hijo de mi alma, yo te la di condicionalmente. Junto a ti estuvo tal vez quien pudo hacerte feliz, pero no quiso.
-¿Y no bastarán mis suplicas para que usted ceda?
-¡Imposible!, mi poder no alcanza a tanto. Pero se pasa el tiempo. Sígueme, alma mía, sé discreto y no desmayes.
Poquísimo satisfecho del resultado de esta conversación, siguió Carlos a la vieja por un intrincado laberinto de pasajes y escalerillas falsas, hasta llegar a una trampa de madera, por la cual salió a la tienda de un herrero. En ella le entregó su conductora a varios mozos gitanos que le esperaba, y montando todos en jumentos empezaron a caminar en alegre tropa. Además de las de sus heridas, tenía Carlos la diversión de oír a todos sus compañeros de cabalgada decir mil gracias en gitano, lengua que él entendía tan bien como la siríaca.

## Capítulo V

Yo, que fui norte de guros,
enseñando a navegar,

a las godeñas en ansias,
a los buzos en afán,
enmoheciendo mi vida,
vivo en esta oscuridad
monje de zaquizamíes,
ermitaño de un desván.

(QUEVEDO.)

Salieron los gitanos por la puerta de la Macarena, tiraron a la izquierda, y se dirigieron hacia Triana, atravesando los solitarios campos que rodeaban la ciudad. Hizo Carlos varias preguntas a sus guías, pero no pudo entender las respuestas, por ignorar la jerigonza gitana. Aunque no tenía nuestro caballero adonde refugiarse en las cercanías de Sevilla, casi le parecía más acertado correr otra especie de peligros, que el de continuar en la compañía en que iba, ni deber por más tiempo a aquella gente seguridad y amparo. Poseído, pues, de estas imaginaciones, detuvo su jumento y se despidió en buen español de los gitanos. Uno de ellos, que hasta entonces había querido dar a entender que no entendía otras palabras que las de su jerga, se acercó al caballero y le preguntó sorprendido si tenía acaso dónde refugiarse, y si podría andar a pesar de su pie herido.
-Tal vez me será fácil hallar una guarida -respondió Carlos-, y en cuanto a este animalejo, yo daré su valor ahora mismo...
-¡Qué, si no es ése el ítem, señor noble! -repuso el gitano- Nosotros llevaremos a su merced ilustre a la única ratonera en que no puede el gato echarle la uña. En separándose usía de nosotros, no tarda dos horas en volverse a ver en chinela, ni dos días sin que me lo cuelguen por debajo de la barba.
-Yo sabré impedir ese desastre -replicó Carlos.
-Señor caballero -exclamó el monitor-: cuidado con caer en la segunda locura. Una basta para la vida de un hombre, aunque viviera más que el viento y usía ya ha cometido la que le toca. Si en otra ocasión hubiera seguido mi sabio aunque pobre consejo, no le hubiera servido de tuétano a los calabozos sevillanos. Nunca en los peligros abandone su merced a los que están prontos a morir por él.
-¿Y me hará usted el favor de decirme -preguntó Carlos con bastante curiosidad- qué consejo suyo es el que yo he despreciado?
Iba a responder el consejero, pero echó un voto perfectamente esférico, que no siempre han de ser redondos, y empezó a talonear al asno. No fueron, empero, el voto ni el taloneo ocasionado por acción ninguna reprensible del humilde cuadrúpedo, sino porque absorto en la profundidad de su discurso se había metido en la boca el encendido clavo de un monstruoso puro que iba fumando. Limpios los labios de ceniza, y repuesto el cigarro, continuó así nuestro Cicerón:
-Usía, noble señor, debe tener, como parece que a mí me sucede, los ojos de esa cara nada más que por adorno. Aún no sabe usía con quién habla,

¡cuerpo de Barrabás! ¿Quién puedo yo ser, atendida mi discreción, sino el mismísimo Chato, el que llevó la carta de su merced a Aznalcóllar, y el mismo mancebito que le libró no hace mucho a lomo de la famosa mula ex-cabalgadura de los padres mercenarios? Ojitos por adorno digo.
-Ni los de un lince -contestó Carlos, examinado al orador atentamente-, hubieran podido descubrirle a usted al través de esa costra de betún que lleva en la cara. Hasta la nariz me parece más larga de lo que solía.
-Según eso, me atrevería yo a apostar mi puñal contra un cigarro a que no conoce usía a aquellos dos caballeros que van allí descalzos montados en otros tantos burros.
-Ganaba usted el cigarro, señor Chato.
-¡Dios nos bendiga! ¡Y no le llaman a su merced el ciego! Pues no son más que los dos frailecitos capuchinos que ayudaron a salir de trabajos a su señoría y al tío Tragalobos. Aquí cada uno se viste de lo que debe. A ellos les tocó ponerse la túnica y capucha, y con ese disfraz y las barbas postizas se metieron en la cárcel con la comitiva del arzobispo. El cómo se portaron no hay para qué decirlo.
-Con mucho valor se condujeron. Pero dígame, señor Chato, ¿adónde vamos ahora?
-Cada paso de los jumentos nos separa dos tercias del peligro. Espolee su señoría y no quiera saber más. Las paredes tienen oídos: ¿Quién sabe si los tendrán también los árboles? Y a fe que no tendría gracia que se viniese a descubrir por su parla que no es usía de nuestra especie.
Poco después de este diálogo sacó uno de la cabalgada una bota de aguardiente, que pasó de mano en mano recibiendo amorosísimo saludo de todos los cabalgantes. No quiso Carlos llegarla a sus labios, excusándose con no tener costumbre de hacerlo.
-Vaya, señor; una gotita -le decía Chato, que iba ya encendiendo otro cigarro-; una uvita nada más, y créame usía, el aguardiente es una de las buenas eles, porque también las hay malas, como su merced mejor sabe.
-Como yo ignoro, señor Chato.
-¿Cómo que yo ignoro? ¿Un caballero que apostaría a que escribe de corrido casi tan bien como yo, escolar además con su cacho de latín, y no saber medicina?
-Ni una palabra de ella. Y aunque la supiera, ¿qué tienen que ver las eles con la medicina?
-¡Pues no, que no tendría! -contestó el transformado bandido, estirado y orgulloso como un maestrillo de escuela. Sepa su excelencia que lo que sobran son eles de las cuales liberanos Domini. Eles que cada una de ellas, señor caballero, bastaría a dar muerte a la estatua del rey don Pedro; pero como antídoto y ultraveneno hay otras eles saludables, que darían vida al pedestal de la misma estatua.
¿Pero qué eles son ésas? -preguntó Carlos-; que hasta ahora, señor Chato, ni una sílaba entiendo de lo que va usted explicándome.
-Pues señor, a las obras de misericordia, y a enseñar al que no sabe. Sepa su nobleza, que la peor de las eles malas es la Ley. Ella extermina al pobre diablo que hace uso de su libre albedrío al paso que sanciona y protege la licencia de los poderosos. La lascivia, que llaman amor los señoritos es la segunda de perniciosa, porque con frecuencia pone a un hombre honrado entre las garras de la Ley. Litigio es otra de las

elecitas, o más bien el huerto de donde la Ley saca sus legumbres, la fuente en donde bebe. Sigue luego la labor, que ha de ser de abominable, pues la aborrecen aún más que la Ley muchos hombres. La locuacidad es otra de infame; del mucho decir saca la Ley su partido. Y por no cansar, diré que la Lepra es otra de las eles malas, porque al que coge no le deja escapar de manos de la Ley. Pero allá van las eles consolatorias, manantial de bien y ventura; sin ellas, no valdría un pito la vida. Tenga su ilustrísima siempre Licores de los más fuertes, que dan alegría al triste y aumentan el gozó del alegre. ¡Libertad!; sin la cual ¿qué los tesoros del opulento, la salud del robusto y la sabiduría del filósofo? También tenga suyos Lagares, con los olivos de la aceituna y la tierra de los olivos, y no olvide ni el Largo ni el Lienzo, que es triste figura la del hombre libre hambriento y sin camisa, y que no tiene un terrón sobre que caerse muerto. Finalmente ha de tener el hombre bastante Lugar para hacer lo que se le antoje, o para no hacer nada, que pierde la Libertad su hermosura cuando hay que consumirla en el azadón y el arado. Éstas son las principales medicinas que tomadas a tiempo.

A este punto de su farmacopea gritó súbitamente el nuevo Hipócrates:

-¡Cuerpo de mi padre! ¿Qué es lo que veo? Mire su merced, por mi vida, mire a quién tenemos allí.

La atención y vista de todos los jinetes se dirigió por el dedo de Chato hacia el objeto de su sorpresa y de su risa:

Un caballo de dimensiones colosales se había estacionado pertinazmente a la orilla del río, cerca del puente de Triana. Se podía decir del animal que ossa atque pellis totus erat; y a más a más que el tal ossa tenía solidez y superabundancia extraordinaria. La estructura del caballero que le montaba era análoga a la del bucéfalo; poca carne, casi ninguna, y exuberancia insólita de huesos. La edad del jinete tres duros y pico, como suele decirse; su traje negro alimosquino y la apariencia eclesiástica. Ya se sabe que no hay para la gente maligna y de perniciosa intención espectáculo más jocundo que el de un hombre de iglesia en singular batalla de cualquier especie. Chato y sus camaradas hicieron alto para divertirse desde lejos a expensas de la equitación del caballero. En vano aplicaba este las espuelas a los inmensos y descarnados ijares del perverso animal; no respondía el bruto a cada envite más que con una cabezada; como quien acusa el recibo; pero quedaban las piernas tan fijas en la arena como las pirámides de Egipto. Desmontó el del negro vestido; le pasó la mano por el erecto, inmóvil y dilatado cuello, volvió a encaramarse, espoleó de nuevo los duros flancos, se empezó a echar sobre el arzón delantero con repetidos movimientos, a ver si lo seguía el caballo, y al fin, siendo todo inútil, le arrojó la brida sobre el pescuezo y cruzó los brazos en señal de desesperación.

-¡Bien sacado ese caballo! -exclamó Chato entre las risotadas de sus amigos-; ¡voto a tal que parece que nació el señor puesto ya en la silla!

Y viendo que ni siquiera se sonreía Carlos, le preguntó Chato cómo estaba tan serio, y si conocía al jinete. Cuando dijo Carlos que no, se renovaron las carcajadas de Chato, y exclamó:

-¡Barrabás me lleve si no le regalo yo a usía un par de anteojos! ¿Es posible, señor caballero, que no conozca ni aun al escribano de su propio pueblo?

Confesó Carlos la falta de sus ojos, y vio que no era otra, en efecto, aquella especie de estatua ecuestre que la del idéntico escribano de Aznalcóllar, de purpúrea y memorable capa. Venía a Sevilla este digno miembro del consejo aznalcollariense a pedir justicia contra la justicia de su lugar, que rehusaba satisfacerle el valor de la dicha capa perdida, según él con énfasis decía, en el servicio de Su Majestad.
-Por mi vida que voy a hacerle un buen servicio a su señoría -exclamó Chato apretándose con una mano el sombrero y picando con la otra su jumento-: Una buena acción, aunque sea el demonio -dijo, y salió galopando hacia el inmoble cuadrúpedo del escribano. Este pendolista vio venir a Chato en su ayuda con placer increíble, imaginándolo gitano, y acordándose de la habilidad de esa gente para el manejo de testarudas bestias.
Afírmese su reverencia en los estribos, empezó a gritarle Chato desde lejos, dando, a entender que le creía hombre de iglesia:
-Aprieta bien las rodillas y yo le haré al jaco que nos baile aquí un fandango punteado.
-Con un minué me daría yo por satisfecho, buen joven -respondió el escribano en su solemnidad.
Llegó Chato, acarició, picó y aun aporreó atrozmente al animal estupendo, pero sin obtener resultado.
-Pues sepa su reverencia -dijo Chato que si no hago yo andar a este cementerio, no hay en España quien lo menee. Si su paternidad quiere, yo le diré un conjuro de los míos que le haga volar por esos aires.
-Con un conjuro que le hiciese andar por el suelo me daría yo por satisfecho, buen joven -replicó el huesudo con inaudita austeridad.
-Pues en el nombre de San Cleto, de San Crispín y San Judas -dijo Chato.
Y empezó a susurrar un ensalmo junto a las aguzadas orejas del caballo.
Lo que caricias y espuelas, amenazas y varazos, no habían podido lograr en un cuarto de hora, ¡oh, maravilla!, lo consiguió Chato en menos de un minuto con su secreto. Alzó el caballo los brazos con tanta fiereza, que parecía habérsele infundido en las eminentes venas todo el espíritu de la raza árabe. Le hizo, en efecto, la inspiración de Chato tirar coces, hacer corbetas, dar salto de carnero; y después de depositar al desventurado escribano de cabeza en la fangosa orilla del agua, salió por aquellos campos al escape, aligeró como el Pegaso cuando llevó a las Musas las doradas tablas del vate frigio. Chato y compañeros se divertían viendo desde el puente aquella escena, y al hombre de la Ley arrastrándose fuera del agua. Al fin le dejaron sentado en la arena, la ancha barba descansando en las manos y los codos en las rodillas, contemplando con triste visaje la milagrosa velocidad de su cabalgadura.
Muchos fueron los comentos con que ilustró Chato esta burla tan cruel como ridícula.
-Sepa su alteza -le dijo a Carlos- que como yo iba fumando un puro, y tenía la puntilla con un clavo de fuego que decía comedme en la mano izquierda, cuando vi que todos los medios eran ineficaces, le dejé caer muy chuscamente la puntilla dentro de la oreja al señor jaco, para que avivara las otras oraciones y encantos que le decía, las cuales cuanto las acabé de pronunciar, ya ve usted que salió el caballo hacia la puerta del Arenal, más ligero que un galgo...
Con éste y otros cuentos de Chato llegó la cabalgada a una remota

callejuela de Triana. Silbó el Chato a la puerta de cierta casilla medio caída, un muchacho respondió desde adentro, y después de cambiar algunas palabras en la jerga gitana, abrió la puerta y entraron Chato y el caballero. Los recibió fríamente una vieja en un cuarto sucio y medio derruido; mas habiendo reconocido al Chato, le pidió ayuda con afable rostro, y entre ambos levantaron parte del enladrillado suelo. Había debajo una trampa, por la cual se metieron ambos visitantes. Llegaron a una bajada estrecha hasta para una sola persona, e interrumpida por barras de hierro que el Chato quitaba y reponía diestramente. Los condujo este incómodo pasaje a una pequeña caverna en que había algunas personas fumando y divirtiéndose. También estaba allí un mastín, que obstruyó por algún tiempo con sus caricias la entrada de Carlos. No pudo el caballero reconocer a ninguno de los individuos que le recibieron, por estar todos ocultos en una espesa nube de humo, al través de la cual podía penetrar apenas la roja y débil luz de un candil. La amistosa voz de Tragalobos, saludando al caballero, disipó todas sus dudas respecto a la sociedad en que se hallaba. El indomable Niño dio también a Carlos un estrecho abrazo, y la tía Machuca, embajadora y amiga de Tragalobos, también lo estrechó a su seno y le dio algunos besos con desagradable ternura.
-Muchísimo me alegro, buen señor -dijo Tragalobos-, de verle a su merced aquí salvo y seguro. Su curandera de su señoría nos ha dicho que no son las heridas más que arañones y que lo que hubo allí de malo fue la mucha pérdida de sangre. Las mías tampoco valen un bledo. Ésta de la quijada me atormenta un poco, pero como el hueso está enterito, ¿qué importa? Ya está el chirlo cosido, y en una semana estará bueno.
-Pero dígame, noble mancebo -preguntó el Niño-, ¿de dónde ha salido esa espada tan brillante?
-Me la regaló el capitán que nos disputó con tanto arrojo la salida de la cárcel.
-Quiere usted decir el diablo encarnado -añadió el jefe de los bandidos-, pues si acaso hay hombres con siete vidas como se dice de los gatos, uno de ellos es el tal capitán.
-Cinco veces -dijo Tragalobos poniéndose la mano en la quijada- le apunté a boca de jarro al pecho, cinco casualidades milagrosas le salvaron la vida.
-Gracias a esas cinco extraordinarias circunstancias -dijo Carlos- que protegieron a un caballero que cumplía con su obligación tan bizarramente.

-Mucho me place de que sea usted de mi opinión, jovencito -replicó Tragalobos- y más aún haber hallado entre la azucarada caballería de Sevilla un hombre tan hombre como el capitán. Pero, ¿es posible, señor don Carlos, hablando de otra cosa, que sea usted tan ingrato, que ni siquiera le haya hecho un cariño al pobre Comosellama, que se le está desviviendo ahí a los pies? Vaya un cariñito, caballero -continuó Tragalobos, imitando con absoluta identidad la voz y gestos del ermitaño de la cascada que acogió a Carlos la noche de la tormenta.
Oyó el joven la imitación y pregunta con bastante sorpresa, y le preguntó jovialmente a Tragalobos si era el real espíritu en persona, o sólo su enviado o representante. Resonó la caverna con las carcajadas de cuantos estaban en ella, y dijo el Niño después de desahogarse:

-Yo voy a revelarle a usted todo el secreto, por ser caballero que lo merece. Tragalobos no puede ni debe hablar tanto mientras tenga las vendas por la cara. Él fue quien le encontró a usted por acaso la noche de la tormenta cuando se volvía a su ermita. Nosotros, los que tenemos esta peligrosa carrera, necesitamos un almacén que también sirva de punta central, maestrazgo o refugio en una súbita retirada. Una barba blanca, una túnica y capucha convierte en ermitaño a cualquiera, y con especialidad a nuestro venerable Néstor (observe usted mi condición, señor don Carlos), el excelente Tragalobos, que habiendo en su mocedad servido a los jesuitas de Granada, sabe varios piadosos discursos de memoria, y también seis u ocho sentencias en un latín que él descuartiza, y cuyo sentido conoce tan bien como si estuvieran en chino. Su ermita, cuyas obras subterráneas son dignas de los romanos es el edificio a que solemos llamar nosotros el nido de Tragalobos.
-Si como no puedo hablar, pudiera -dijo Tragalobos-, vería el señor Niño y compañía qué tal manejo yo el latín.
-Es un Cicerón, ahí donde usted le ve -replicó irónicamente el Niño-, pero para abreviar, su inútil conversación de usted acerca del dinero que iba a recibir en Sevilla, unida a varios informes recogidos de cierta vieja, nos sirvieron a nosotros de motivo y guía para buscarle a usted en Sevilla; salió el mismo ermitaño en la comisión, fue a Santiponce, y por si usted escapaba de las contingencias de la feria, puse mi guardia real en el camino de Aznalcóllar para sorprenderle a la vuelta a su lugar. En Santiponce fueron ustedes a ver trigo, que le pertenecía a él tanto como las nubes del cielo, excepto por los privilegios de nuestra orden. Usted se acuerda cómo acabó la aventura. Pues sepa usted, para que admire la generosidad de nuestra gente, que trotó Tragalobos cerca de cuatro leguas aquella noche para informarse de todo, y librarle a usted del mal. En efecto, de allí adelante sólo nos mantuvimos en el camino para darle a usted auxilio si alguno necesitaba. Le vimos llegar libre a su pueblo, y nos retiramos paso entre paso; cuando aquella noche se apareció usted entre mis valientes guerreros, de quienes yo me había separado un corto espacio. Con la oscuridad no pudieron reconocerlo, hasta que Chato, el mejor de mis escuderos, le conoció a usted en la voz, mandó parar el fuego, y le ofreció a usted, según me ha dicho, refrigerio y hospedaje.
-Esta explicación -dijo Carlos- me ha sacado de la maravilla extrema en que me tenía el que hubiese aquel general reclamado en la cárcel como suyo el pañuelo con que el tío Tragalobos en su carácter de ermitaño me había vendado el brazo.
-La mano pecadora que junto a la quijada tengo -dijo Tragalobos- fue la misma que se apoderó de todo el equipaje del señor general Landesa. No le dejamos, por más señas, ni un trapito con que cubrirse las espaldas. Pero basta de sencilleces. Hablemos de cosas de más importancia.
-Todavía no -interrumpió el Niño, levantándose-. Mis escuderos me esperan. Adiós, señor don Carlos. Escuche usted la experiencia de Tragalobos antes de adoptar ninguna medida decisiva. Pero sea lo que quiera lo que usted determine, cuente siempre para llevarlo a cabo con cien corazones bien dispuestos y con mil onzas de oro. Mis promesas son pocas y cortas, pero sinceras. Adiós, señores.
Y bien embozado en su capa salió el Niño de la caverna.

-Ahora, a nuestro negocio -dijo Tragalobos-. ¿Qué piensa su señoría hacer para de aquí en adelante?
-Aún no tengo determinación fija -respondió Carlos-: ¿puedo permanecer aquí por dos o tres días?
-Sí, todos los que su señoría guste -respondió la tía Machuca echándola de ama de casa-; y en ninguna parte estará más seguro.
-En tal caso -continuó Carlos-, querría escribir pidiéndole consejo al cura de mi lugar; éste vería a mi padre, y entre los dos podrían combinar lo que más creyeran.
-¡Bien pensado y con juicio! -dijo Tragalobos-, siempre que no sea un pícaro ese cura. No hay que fiarse de santos, si no está usted mal con la vida.
-Éste no sé yo si será santo -contestó el mancebo-, pero sí sé que entre los hombres no hay otro mejor cristiano ni más virtuoso. Mientras su respuesta llega, querría también saber la suerte de una señorita cuyo destino me interesa mucho más que el mío.
-Dios nos asista y nos favorezca, señor caballero. ¡Mal haya la mejor de ellas! Para nuestra ruina y nuestra muerte nacieron. Y, sin embargo... ¿Ve usted ese asqueroso demonio que tiene junto? Pues ésa es mi dulce tormenta, y vieja y todo no la cambiaba yo por el imperio del gran turco. ¿Con que ello es que ni prisiones ni desgracias han podido endurecerle a su merced el pecho?
-Creo que antes me le han suavizado y enternecido.
-Pues, señor, su alma en su palma. Busquemos esa niña; pero el hallarla es lo que me parece a mí imposible.
-Y a mí facilísimo, con perdón sea dicho -dijo el hasta entonces silencioso Chato-. La tía Rodaballos encontrará a la señorita de este caballero, aunque estuviese cautiva en una mazmorra de Berbería.
-¡Bien dice el rapaz! -exclamó Tragalobos-: Siempre he pensado yo que era Chato mozo de brillantes caídas. Discípulo mío al fin. Manos, pues, a la obra. ¡Arriba, Manuela Machuca! Dile a la tía Matapulgas que nos traiga papel. Aquí está mi tintero. Para ser mío no es tan malo. A traernos a la tía Rodaballos, señor Chato. Este nene sí que tiene manos para escribir. Sepa usted, señor don Carlos, que fue Chato cuando Niño oficial de escribano, y escribe letra de molde mejor que la de los libros, y le hace a usted su firma mejor que usted mismo.
Salió Chato contentísimo de oírse elogiar tanto, pues era mancebo a quien no faltaba su quantum de vanidad, y continuó Tragalobos:
-La tía Rodaballos es admirable encantadora; vendrá esta tarde, y haré en obsequio de usted cuanto pueda. Cuando sus cartas de usted estén escritas, irán a Aznalcóllar en el bolsillo de un hombre de confianza que no volverá sin las respuestas. Si otra cosa podemos hacer por su señoría, dígala; y sus palabras se obedecerán tan pronto como las de un rey. Entre tanto, comamos, bebamos y alegrémonos, que es la vida corta y no ha de gastarse en ociosa tristeza.

## Capítulo VI

Amor poderoso en cielo y en tierra,
dulcísima guerra de nuestros sentidos,
¡oh, cuántos perdidos con vida inquieta
tu imperio sujeta!

Con vanos deleites y locos empleos,
ardientes deseos y helados temores,
alegres dolores y dulces engaños,
usurpan los años.

Tirano violento de tiernas edades,
el bien persüades y al mal precipitas,
el fin solicitas del mismo a quien quieres:
¡Tan bárbaro eres!

Huid sus engaños, haced resistencia
a tanta violencia, ¡oh locos amantes!
que son semejantes al áspid en flores
los vanos favores.

(LOPE DE VEGA.)

Cinco días habían pasado desde que envió Carlos su mensajero a Aznalcóllar y cinco días desde que la madre Rodaballos comenzó sus encantos para descubrir el retiro de Isabel. Aquellos cuyas almas son capaces de concebir violentas pasiones, y que han sufrido en la juventud su fuego, pueden imaginar la impaciencia y aun desesperación en que viviría Carlos todo este tiempo; los de corazón tibio y lacio no podrían figurarse tamaños padecimientos por más que se describiesen. Ya se creía abandonado del mundo todo, ya no escuchaba los consejos de la filosofía práctica de Tragalobos, cuando volvió de Aznalcóllar el enviado y le dio una bolsa de oro; y una carta de don Juan Meléndez de Valdecañas, su tutor y cariñoso amigo. El pliego decía así:

«Mi querido Carlos: Tengo en mi poder las cartas que me enviaste para tu padre y para Alberto. Ambos han salido de Aznalcóllar para negocios que te convienen. No puedo negarte el consejo que me pides. Sal de Sevilla y de sus cercanías, sin demora alguna, pues tal vez tendrás en esa ciudad enemigos poderosos. Vístete de estudiante, cambia de nombre, empieza a viajar por España, ve a adonde haya universidad. Supongo que estarás mejor informado que yo de los

pormenores relativos a la misteriosa fuga de Isabel. Su madre, cuyo entendimiento, según se dice, no estuvo nunca muy sano, padece ahora una aberración completa. Te aconsejo con el mayor ahínco que huyas del trato con esta familia. Me es doloroso añadir, que según la opinión pública, no es su carácter irreprensible. En la crítica posición en que te hallas, tus conexiones con esta familia pueden arruinarte del todo y traerte consecuencias y resultados que tiemblo de pensar en ellos. Este esfuerzo conozco que dejará una penosa impresión en tu alma pero te debes a ti mismo y a tu familia el conducirte como hombre. Apura varonilmente el amargo cáliz que te ha de salvar. Los viajes son buen específico para las enfermedades morales. Tómalos para la tuya y vendrá el día en que te admires de la vehemencia de tus sentimientos actuales y contemples en paz desde el seguro puerto las pasadas tormentas. En el carácter de estudiante no está mal visto viajar a pie. Te aconsejo sigas este método, no menos útil para el cuerpo que para él ánimo.

»Escríbeme de los varios puntos en que te halles, omitiendo tu nombre; pídeme cuanto necesites, y al momento te proveerá de ello tu maestro, que como padre te quiere.

Don Juan Meléndez de Valdecañas.

P. D.: Te envío con tu mensajero... onzas de oro para que empieces los viajes...».

-¿Quién hubiera creído -dijo Tragalobos después de oír la carta- que hubiera tanto talento y sanidad de alma en el pobre cura de un lugarejo? Obispo hacía yo a su reverencia. Eso sí que se llama hacer bien sin sermones ni pelucas. En mi pobre dictamen, mientras más pronto se conforme usted con su consejo, mejor gallo le cantará.

-Así debo hacerlo, con valor y resignación. Pero abandonar a Isabel ignorando su paradero...

En este instante se oyó la voz de la tía Rodaballos en su descenso por el oscuro pasaje; y poco después apareció en la cueva.

-¿Qué noticias? -preguntó Carlos en visible agonía de ánimo- ¿Ha sabido usted algo?

-Cosas que son peores que no saber nada -replicó la tía Rodaballos, hembra que el lector ha visto dos veces, una dando cierta misterios a banda a nuestro caballero, y otra curándole y divirtiéndole en compañía de su hija Violante.

-Explíquese usted, por Dios bendito, tía Rodaballos -exclamó el joven, en una especie de frenesí.

-Ten constancia y fortaleza, labios de coral. Malos informes me han dado. Aún no sé de fijo adónde se halla. Pero toma este lío, ahí tienes una sotana y manteo de estudiante. Toma también esta guitarra, y antes que sea más tarde salgamos en busca de la perdida oveja. El sombrerito echado a la cara. Pero mira, lirio mío, que no vienes conmigo si no me juras bajo la fe de caballero obedecerme en cuanto te mande, que todo ha de ser para tu bien.

-Sí, juro mil veces -respondió Carlos, acomodándose los negros arambeles.

-Mira que has de obrar como hombre, ídolo mío, que hay malas nuevas, y presumo que te han abandonado.
Al oír estas palabras se le cayó a Carlos el manteo de las manos, pero se recobró inmediatamente, y continuó vistiéndose con exterior compostura, mientras se representaba él mismo en su mente, ora borrando con sus labios las lágrimas de Isabel, ora atravesando el pecho de algún seductor infame. Su transformación concluida, se ocultó la espada bajo el manteo, se colgó del cuello la guitarra y siguió a la encantadora tía Rodaballos.
Aún duraba entonces entre los pobres estudiantes de España la costumbre de salir de romería en las vacaciones de verano a correr la tuna, como solía decirse, para recibir de la caridad los medios de alcanzar la sabiduría. Cambiaban sus equívocos latines; música y chuscadas, por lo que se les quería dar por ellas. Algunos caballeros y jóvenes pudientes acostumbraban también, atraídos por la holganza de aquella vida, juntarse con las caravanas de estos doctos de la legua, y su concurrencia ennoblecía hasta cierto punto la especie. En este carácter atravesó Carlos muchas calles de la ciudad, precedido y bien aleccionado por la tía Rodaballos. Hizo alto el caballero en la esquina de una estrecha callejuela de la parroquia de San Bartolomé y, mientras observaba atento los movimientos de su conductora, repasaba el diapasón de su guitarra. Paseó dos veces nuestra buena vieja la calle, asomándose a todas las casas y ofreciendo sus cintas, blondas y pañuelos. El sonido de la guitarra había entre tanto sacado a sus portales respectivos todas las noticieras de la callejuela; a una de las cuales se dirigió con especialidad la tía Rodaballos. Era esta vecina de cuerpo corto y fornido, como de dos veces veinte años, fresconaza; empero, ojos vivos y sabidilla sonrisa. Carlos se fue acercando hacia la casa, morada según creía de su Isabel, y como por instinto seguía hiriendo las cuerdas de su instrumento mientras hablaban así la gitana y la andaluza.
GITANA.- ¿Nada más que tres reales por estos pañuelos? Pues si parecen de batista, mi hermosura. (Aquí se quitó la dama los espejuelos de cuerno.) Cinco reales daría yo ahora mismo por ellos.
ANDALUZA.- ¡Cinco reales, Jesús mío, y parecen de estameña! ¿Y medias finas no trae usted hoy?
GITANA.- Aquí hay un par, niña mía, que se lo podría poner la reina. Pero, ¿qué está usted mirando con esos ojillos traidores? ¡Ay, Dios mío, qué cuervo! Sigue tu camino, jovencito y no me quites esta parroquiana. Nada más que tres pesetas me da por este par de medias.
ANDALUZA.- ¡Tres diablos colorados! ¿Siembro yo las pesetas como la albahaca?
GITANA.- Puede ser que usted las siembre, niña mía, sino que no nacerán. Pero, ¿dónde está la otra jovencita? Su hermanita de usted me las comprará, que, como me llamo María Rodaballos, otro par como éste no lo ha, de ver en Sevilla. Dígale, usted que salga aquí.
ANDALUZA.- ¿Conque usted, también la conoce? Como ya hace tiempo que no nos vemos...
GITANA.- Sí que la conozco. Llámeme usted a mi flor.
ANDALUZA.- Sí, la flor del berro. Yo no sé qué le encuentran bueno.
GITANA.- No es tan hermosa como usted, alma mía, pero no es tampoco mal encarada. ¿Por qué no me la llama usted?

ANDALUZA.- ¿Cómo la he de llamar, si hace ya un siglo que se huyó de mi casa?
Una palidez mortal cubrió las mejillas de Carlos y no salieron ya de su guitarra más que rotas y desentonadas voces.
GITANA.- ¿Y volverá hoy, carita de rosa?
ANDALUZA.- Nunca, si Dios quiere, volverá ella a pasar mis umbrales. ¿Usted sabe lo que me ha pasado a mí con la tal niña? Primero vinieron a hablarme y empeñarse conmigo para que la recibiera en mi casa como a niña desvalida. Luego me pidió ella que mantuviera la cosa en secreto, como si estuviera excomulgada. Usted sabe lo buena que yo soy, que tengo un genio como una malva. Pero, amiga mía, le dio a la niña por entrar y salir, por ir y venir, y vuelta a salir, y dale, de modo que parecía un jubileo.
Pues, señora mía de mi alma, yo tenía esto secreto, excepto con mis conocidas y vecinas, que son todas muy silenciosas; aunque no hay nadie sin falta. Así vivíamos en paz cuando una mañana se me presenta un caballero que parecía un serafín. Blanco, rubio, vestido de negro; pero no piense usted, todo sedas y terciopelos, y bordaduras de plata, y plumas como la nieve ondulando de su sombrero22. Pues señora mía, con aquella gentileza que siempre usan los nobles con el bello sexo, me preguntó por la señorita Isabel, vino la niña, y ambos entraron en la sala baja, dejando la puerta entreabierta. Yo apliqué el oído al agujero de la llave, pero como no soy curiosa no pude enterarme de lo que trataban. Yo le digo a usted la verdad, miedo me hubiera a mí dado de estar sola con tan hermoso caballero por más de una hora. Al fin salió el conde, que conde debía él de ser por lo menos, me dio una pieza de oro, y salió de casa. Al cuarto de hora, mulas y látigos, ruedas y coches en nuestra pacífica calle, un escándalo, tía Rodaballos. Todas las vecinas salieron a la puerta, cuando he aquí otra vez mi conde que sale del coche de camino, entra en casa, toma de la mano a la damisela, se zampan los dos dentro solitos, y le mandan al mayoral que avive, y sin darme los buenos días salieron por esa calle hacia la puerta de la Macarena, que no parecía sino que las mulas llevaban a Barrabás en el cuerpo. Por más señas, que cuando salió la primera vez el conde se le cayó del bolsillo al darme el dinero un papelito que yo le puse el pie encima con mucho saber para que él no lo viera. Era una carta muy tierna del conde a Isabel; aquí la he de tener. (La infatigable historiadora buscaba en tanto por las profundidades de su faltriquera el referido billete.) Ésta es, Perico el monaguillo me la ha leído muchas veces, que se saltan las lágrimas. Por más señas, que aquel día fue cuando se fugaran los presos de la cárcel. Lástima que no sepa usted leer, tía Rodaballos. Estudiante, ¿quiere usted hacernos el favor de leérnosla?
Carlos tomó el papel con trémula mano. Era una de sus cartas a Isabel, una de sus más fervorosas efusiones:
-¡Y así expone -exclamó a media voz- la ternura de mis sentimientos a la vista, tal vez a la mofa de otra hombre!
-¿Qué es eso? ¿Qué tiene este pobrecito estudiante? Socórralo usted, tía Rodaballos. De necesidad está espirando el pobrecito, ¡y un muchacho tan hermoso!
Y con estas palabras se entró en casa para traer pan y vino al objeto de su benevolencia. Todas las vecinas de la calle rodearon al desfallecido

estudiante. La tía Rodaballos se ofreció a cuidarlo con encanto, y abriéndole la mano pronunció varias palabras de su algarabía, y concluyó exhortando al paciente a que fuera a buscar la fortuna que le esperaba muy lejos de Sevilla.
Carlos se retiró lentamente sin esperar a la caritativa dueña, que con un vaso de vino en la mano salió a contemplar desde la puerta la solemnidad con que volvía la esquina el estudiante.
Aunque demasiado caballeroso para acusar a Isabel de sus desgracias, no podía ocultarse Carlos así mismo que la impetuosidad de su afecto había debilitado su ánimo, haciéndole concentrar toda la energía propia en un solo objeto. Resuelto a vencer la flaqueza de su corazón, dejó con firme paso los arrabales de Sevilla, y miró con momentáneo desdén aquellas murallas que poco antes fueron domicilio de su querida. Con no menor celeridad llegó hasta Alcalá de los Panaderos, desde cuyas pintorescas colinas no pudo menos de volver los ojos a Sevilla. Aún se oían débilmente las campanas de la catedral. Ya el sol se había ocultado. Las torres y cúpulas de la ciudad parecían receder y ocultarse gradualmente tras el velo de la noche, y al fin desaparecieron del todo. Carlos dio un eterno vale a aquella triste perspectiva, y siguió adelante sin dirección ni objeto.

## Capítulo VII

> Las más noches duerme de portante, y asentado en una silla ronca a sueño de dar audiencia; come y cena de aparecimiento y pierde el juicio.
>
> (QUEVEDO.)

A eso de la medianoche llegó nuestro héroe a una posada pequeña en que descansó hasta por la mañana. A pesar de la calor intensa del otro día, lo pasó todo viajando sin acodarse más que de su interna angustia y de sus perdidas esperanzas. Puede una alta excitación mental prestar fuerza al cuerpo y hacerle resistir entre extraordinaria fatiga, sin exceptuarlo, empero, de las leyes comunes de la Naturaleza. El cansancio agobia y detiene al amante como al desapasionado; y Carlos conoció que no era incansable cuando ya estaba algunas millas más allá de Carmona y enfrente de la posada de Los Tres Galgos. Era grande hablador el dueño de este establecimiento, y después de celebrar el aseo, tamaño, comodidad y blandura de sus camas, y la abundancia, limpieza y sanidad de sus comestibles, dijo a Carlos que no tenía a la sazón ninguna cama desocupada que ofrecerle, ni más víveres que pan y cebollas. De ambos ingredientes le mandó el necesitado caballero componer una cazuela de sopas de la especie llamada de gato, y por no haber otra venta en muchas leguas se resignó a pasar la noche como pudiese.
Arreglado ya este asunto, se sentó en un banco del patio a esperar su

cena, entreteniendo el apetito con una corteza de pan, no desemejante en impenetrabilidad, color y peso a un pedazo de mármol oscuro. También le puso delante el huésped una botella de vino, que hubiera podido, según su acidez, equivocarse con vinagre vaporado. Mientras allá entre si analizaba aquel mendrugo, discurriendo acerca de la sustancia que tan grande tenacidad había dado a sus partículas, resonó el acento del huésped desde la puerta de la venta en tono de disputa o querella. Acababa probablemente de asaltar a otro desgraciado con la enumeración de sus provisiones, pues que una enojada voz le respondía:

-¿Y qué derecho tiene usted para descarriar al pobre y cansado extranjero ennobleciendo con los títulos de fonda y posada este su infernal latibulum? ¿Quién puede posar en él? ¿No fuera más honrado echar al suelo esos tres galgos contrahechos que ahí tiene colgados, y levantar en su vez por enseña, hambre, laceria y muerte?

-Señor caballero -vociferaba iracundo el huésped-; personas tan buenas como su excelencia han solido dormirse sobre las pajas como el proverbio lo enseña. Yo soy un hombre de bien. No puedo dar lo que no tengo. No es culpa mía que sea mi venta tan famosa que acudan aquí los viajeros como las moscas al panal.

-Sí, para morir en él -gritaba el invisible argumentista: Dormir sobre paja, pase. Pero dígame el señor campo; ¿quién puede dormir en pajar ni en alcoba con un estómago totalmente vacío?

-Hoy es viernes, señor caballero, y cualquier cristiano puede ayunar en honor de nuestra Señora de los Siete Dolores. Ahora mismo tengo dentro de mi casa a un doctor, tal vez será canónigo, que va a pasar la noche a pan y agua, y está como una sonaja de contento. El caballo no puede más, entre su señoría, que ya buscaremos por ahí una raja de queso con que engañar al hambre.

-Durum telum necessitas! -replicó el viajero.

Y las herraduras de su caballo insinuaron al mismo tiempo que se había rendido a la fiereza del huésped.

Un momento después entró en el patio y empezó a pasearse por él hablando así en voz sonora:

-Las generaciones de los hombres te bendigan, clásica Italia, cuyos albergi con tanta hospitalidad reciben, refrescan y confortan al cansado viandante. Gloria a ti también, ¡oh Francia! Las musas huyen de tus bosques, pero tienen tus hôtels, el peor de cuyos ragouts vale más que la más sublime inspiración de Caliope con toda la filosofía y efusiones amorosas y científicas de sus ocho hermanas.

Carlos volvió la vista hacia aquel exclamador desconsolado, pero no pudo verle el semblante. Por debajo del sombrero descubrió una rica, rubia y rizada cabellera que sobre el manto ondulaba. Se dejaba ver también la dorada contera de su espada; y las espuelas, al parecer del mismo metal, indicaban que su traje interior correspondía con la esplendidez de la capa y el sombrero. Se desembozó el incógnito, y aun se dejó caer sobre un banco con agilidad y elegancia, que hubiera dado honra a un gladiador moribundo. Al reclinarse se abrió la capa, y brilló la cruz de San Juan en el pecho del famélico caballero. Después de algunos instantes de silenciosa impaciencia habló así al huésped:

-Hola, señor ventero, ¿podrá usted en caridad favorecerme presentándome a

ese señor letrado, deán o canónigo, cuya suerte es tan infausta que le ha traído a pasar aquí esta noche?
-¡Qué genio tan bromoso tiene su señoría! -exclamó con risa de jimio el de la venta.
Y, luego, señalando a Carlos:
-Allí está el reverendísimo bien ocupadito con aquel humeante plato de sopa.
-¡Sopa! -repitió el caballero- con un profundo suspiro, dirigiéndose hacia Carlos.
Nuestro héroe también se levantó y saludó cortésmente al extranjero.
-Si el banquete de un pobre estudiante -añadió al saludo- no es, como temo, demasiado humilde para un caballero, suplico a usted me acompañe en él por vía de refugio.
Los azules y rasgados ojos del sanjuanista, cuya edad apenas igualaría a la de Carlos, brillaron de gozo al oír el convite. Contestó con un elegante movimiento y apacible sonrisa, y francamente se sentó a la mesa diciendo:
-Maximas tibi gratias agimus majores etiam habemus.
Debe recordarse, como suceso muy pertinente al buen entendimiento de esta historia, que deslumbrado el ventero con la calidad de su nuevo huésped había sacado, no se sabe de dónde, cuatro chuletas o costillas, al parecer de carnero, de lo más duro, descarnado y pellejoso que jamás se puso en plato. Las trajo empero a la mesa con un gesto vanaglorioso de aquéllos que quieren decir: «¡Soy grande hombre!», y las puso entre ambos jóvenes. Fuese debilidad de brazo o embotamiento y mal corte de los cuchillos, o fuese dureza y tenacidad natural de las chuletas, Carlos se persuadió al fin de que eran incortables, y abandonó con desmayó el cuchillo. El extranjero persistió algo más en la empresa, poro al fin tuvo que imitar a Carlos.
-Está decretado -dijo suspirando no menos del cansancio que de la hambre que ha de ser nuestro fin adminículo y pésimo. ¡Paciencia! Perdone usted mi curiosidad, señor estudiante, ¿viaja usted a caballo?
-A pie, señor caballero.
-Le oigo con sentimiento incomparable. Me había lisonjeado la esperanza de gozar por algún tiempo de su sociedad de usted, y creo que pasaríamos gustosamente el camino. Su profesión y modales de usted me aseguran de su sabiduría; y aunque indigno, soy yo también amante de la literatura y de los literatos.
-Temo, señor caballero, que serían mis letras corta recomendación para su posesor.
-Modestia propia de los verdaderos doctos. ¿Y quién no será optimista? ¿Quién hubiera creído que de la angustia y dolor de irse al pajar sin cena naciese tan feliz conocimiento?
-Su opinión de usted respecto a mí, permítame usted decirlo, es tan halagüeña como equivocada...
¡Qué pronunciación! ¡Qué palabras! Esos acentos, señor estudiante, suenan en mi oído como el murmullo de la fuente oculta en lozano bosque suena a deshora al extraviado viajero sediento por los desiertos de Arabia. Yo que tengo no menos sed de conocimientos que de buen vino, no menos hambre de doctrina que de alimentos, vivo condenado a pasar noches como ésta, y, lo

que es peor, entre gentes que al oírme, o no me entienden, o me acusan de pedante. No hay para mí umbrosas selvas ni bellas fuentes, sino áridos breñales, estériles rocas, fragosidad y esperanza.
-¿Y qué accidente fatal le fija, a usted, señor caballero, a tan deserta ardua? -preguntó Carlos.
-Mi nombre, señor estudiante, es Eleuterio Guzmán de Saavedra. Evidentemente no le ha oído usted nunca. Empezó mi educación en Granada, continuó en París, y se acabó en Roma. Esto digo para que no se admire usted al verme tan joven de oírme decir que estoy haciendo un viaje artístico y literario por España. Yo tengo la ambición de sacar del olvido algunos de los innumerables monumentos del ingenio, virtud y sabiduría española que yacen hoy sepultados, presa vergonzosa de la voracidad del tiempo. Éste es el objeto primitivo de mis trabajos, y tal vez debería ruborizarme al confesar que aliento la esperanza accesoria de cubrir con tan bello cendal mis obras futuras, que se vindique en ellas el carácter generoso de nuestro idioma castellano contra los insultos de tantos míseros autores como desfiguran cada día su varonil belleza, ora recargándolo de meretricios adornos acabados de llegar de Francia, ora de ornatos desechados muchos siglos hace en Roma y en Atenas.
-¡Noble empresa, por cierto, señor caballero! Por el bien de la patria y por el suyo le deseo el mejor éxito imaginable. Lo que me sorprende algo es que conociendo usted, según parece, las lenguas clásicas, y la francesa, les manifieste tan poco aprecio.
-Justísima sorpresa, en verdad. Nada más propio que después de consumirse por ocho o diez años para no entender a Homero ni a Tácito tampoco, celebre uno a boca llena las lenguas de estos señores. Lo uno, porque ya no hay lavanderas ni revendedoras que las hablen, ni se oyen en otros labios que los de los doctos han adquirido una gravedad y autoridad decisivas; lo otro, por no confesar uno que ha malogrado tanto tiempo.
-Pero las lenguas doctas, y con particularidad la griega, es necesario confesar que tienen admirable artificio y belleza propia independiente de la majestad que el tiempo les ha dado.
-Innegable. Sólo me opongo a que se les llame doctas como usted lo hace. Docto es el que tiene doctrina, el que sabe. Y como la sabiduría no es posible que dependa de los signos con que se representan las ideas, es indudable que un pensamiento elevado y profundo será tan docto expresado en romance, y aun en vizcaíno, como en caldeo o en griego; y una necedad será siempre necedad en todos los idiomas. La doctrina está en el ánimo y no en la lengua; se compone de ideas y no de los sonidos de las palabras.
-Tal vez se les llamará lenguas doctas por creerse que los libros que existen escritos en ellas contengan buena doctrina.
-Errónea idea también distinguirlas en particular con ese título si las demás lenguas están en el mismo caso.
-Pero no parece usted tampoco grande amigo de las modernas: de la francesa, por ejemplo.
-¿Y quién ha leído a Cervantes, a León, Garcilaso, a Herrera, a Quevedo; quién ha oído la deliciosa armonía de Rioja, de Lope de Vega, y aún oye la musa gálica?
-No es, en efecto, caballero Guzmán, la musa gálica la más bella de las musas. Pero aunque una feliz disposición para la poesía se considere como

la primera, no es, sin embargo, la sola recomendación justa de un idioma. Inferiores en la versificación, saben rivalizar los franceses en las artes y en las ciencias a todas las otras naciones.
-Ya eso no pertenece al idioma, sino a la verdadera doctrina, a la meditación, al talento. Alzando, empero, el guante que usted arroja, me parece, señor mío, que ha de mejorar Francia sus artes mucho antes de poder eclipsar la gloria de nuestro Velázquez, de nuestro Murillo, de Becerra, de Jordán, de Berruguete, de innumerables artistas que sería prolijo enumerar. En cuanto a las ciencias, las naturales son como usted mejor sabe, las que han hecho más nobles progresos en nuestros días. Los franceses hablan mucho de sus matemáticos y astrónomos; pero si sustraen de la suma de ideas que compone esta ciencia, primero los conocimientos debidos a nuestro paisano Pedro Ciruelo, que fue a enseñarlas a París, cuando aún eran desconocidas en aquella universidad, segundo, los descubrimientos de Galileo Galiley, y, por fin, cuanto pertenece a sir Isaac Newton y a los filósofos alemanes, poco será el residuo de pile puedan vanagloriarse. En las ciencias morales y en las intelectuales no se han dado tan admirables pasos, ni les quedará grande alimento para su orgullo a los franceses si sólo han hecho ellos lo que hicieron; antes que todos, el español Luis Vives, después los ingleses lord Verulam y Locke. Los franceses han metodizado el estudio de la literatura y hecho de ella una ciencia grande, pero único mérito que en las letras han contraído. Por lo demás, ninguno de aquellos nombres que llenan el mundo, como Machiavelo, Cervantes, Newton, Homero, perteneció jamás a un francés. El autor de Enrique IV ha obtenido momentáneo aplauso en Europa; pero, ¿llegará alguna vez su frío poema, o más bien centón de los absurdos de todas las religiones, a deleitar las generaciones de los hombres con sus pensamientos, a traducirse, por ejemplo, al turco? Desengañémonos: la biblioteca sola de El Escorial contiene más doctrina verdadera que han producido hasta ahora todos los pueblos modernos de Europa.
-No me parece, señor Guzmán, exento de exageración ese aserto. Suponiendo, empero, que sea tan precioso como usted le hace el tesoro de El Escorial y otros de nuestra literatura, ¿qué bien producen a la especie humana? ¿Pueden acaso desentrañarse sus riquezas? ¿No son tan inútiles como el oro y la plata que existen tal vez en el seno de los Alpes o debajo de los Pirineos? En el estado actual de los conocimientos, contando sólo con lo que se ve y se sabe, y no con lo que podría saberse, me atrevería a decir que los nombres de Corneille y de Molière vivirán tanto como los de Shakespeare o Lope, y el de Montaigne tanta como el de nuestro Quevedo.
-¿Y nombra usted, señor estudiante, a Shakespeare sin levantar ni inclinar la cabeza a su memoria?
-Sólo conozco las traducciones...
-¡Ah! Ya lo supongo, que sin eso, ¿cómo había usted de comparar al creador de Otelo, de John Falstaff, de Lady Macbeth, de Ricardo III; de Enrique V, de tantos otros caracteres, gloria del ingenio humano, con otras producciones que las del mismo autor? Y en cuanto a la decadencia de nuestra moralidad y literatura acháquese a nuestra inquisición y a nuestro gobierno, y no se mancille con ello el ingenio español.
Asustado de estas palabras que le arrancó el calor del debate, volvió el señor de Guzmán la vista a ver si alguien le escuchaba, y preguntó a

Carlos con los ojos si reprobaba su doctrina y si alguien la habría oído.
-«Cante et cogitate rem tractare» -dijo Carlos por vía de insinuación, llamando al mismo tiempo al ventero, como deseoso de cambiar de asunto o de irse a descansar.
Condujo el huésped a nuestros dos flamantes conocidos al camino, no de la gloria, ni de la fama, sino del pajar que para aquella noche les estaba destinada.
La sencillez de las camas hacía inútil el trabajo de desnudarse. Los caballeros se acostaron pacientemente; Carlos; con perfecta comodidad, cual hombre ya acostumbrado a la fatiga; pero su delicado compañero no podía acomodarse de ningún modo.
-Mucho me temo -dijo éste con dolorosa voz- no poder cerrar los ojos en toda la noche sobre este abominable lectus straminens.
-Pues yo -dijo Carlos con soporíficas y apenas inteligibles palabras- me hallo tan bien como pudiera en una culcita plumea.
Con esto concluyó el diálogo.

## Capítulo VIII

Murieron luego mis padres;
Dios en el cielo los tenga,
porque no vuelvan acá,
y a engendrar más hijos vuelvan.
Tal ventura desde entonces
me dejaron los planetas,
que puede servir de tinta
según ha sido de negra.
Porque es tan feliz mi suerte,
que no hay cosa, mala o buena,
que, aunque la piense de tajo,
al revés no me suceda.

(QUEVEDO.)

Los primeros rayos de la mañana que penetraron por las infinitas aberturas y agujeros del pajar despertaron a Carlos, que se levantó vigoroso y refrigerado. Su infeliz compañero estaba sentado en la escalera del pajar, pálido, cansado y por demás mohíno.
-Quid te -preguntó Carlos al sanjuanista en su propia fraseología- tam mane e lecto expulit?
-¿Quién había de echarme de la cama -respondió de Guzmán con débil acento-, sino la muchedumbre infinita de cuadrúpedos que en esta espelunca infernal se aloja, y cuyas numerosas tribus convierten en un mero

pasatiempo y niñería las de las langostas que desolaron el Egipto?
-¿Pero a qué cuadrúpedos alude en particular?
-A todas las treinta y ocho especies de las cuatro secciones en que «mus» se distribuye: ¡Plegue al cielo exterminarlas todas radicalmente, miocastores o ratas sombrereras, mures o ratones simples o plebeyos, y todos los ratones en general, sin olvidar las razas de dos feroces cricetis, ni de los desorejados miotalpos! ¡Plegue a Dios que todas perezcan sin exceptuar un solo individuo en ellas!
-Mucho me duele, caballero de Guzmán, que haya usted pasado tan acerba noche; y doy gracias a todas las especies del mus, que se han dignado no roerme vivo antes que amaneciera.
-¡Quién pudiera decir otro tanto! Pero vamos, si a usted le parece, a ver si este buen huésped nos quiere dar alguna cosa parecida a un déjeuner à la fourchette, exempli gratia; un déjeuner aux doigts; que lo mismo podría esperarse urbanidad en un acreedor, que tenedores en este mísero ergastulum presuntuosamente llamado posada y fonda de Los Tres Galgos.
Al llegar al patio los viajeros vieron con alegre sorpresa ocupado al huésped en asar dos pollos destinados a formar parte de su almuerzo. El genio descontentadizo del caballero de Guzmán no pudo menos de ceder a tan halagüeña perspectiva, y se sentó a contemplarla junto a la mesa de marras. Ya para entonces andaban todas las gentes que habían dormido en la venta vociferando por sus almuerzos por el patio, cada cual según su humor e importancia. Observaba el erudito caballero la lentitud con que en el asador rotaban sobre sí mismos los pollos, circuidos como el sol entre los planetas, de huevos, sardinas y chorizos. Llegó a acercarse al fuego, y apretando gentilmente el tenedor sobre uno de ellos, testificó a Carlos que, en efecto, estaba gordo y ya casi tierno.
Tal era el estado de los asuntos de la venta, cuando se oyó una ruidosa disputa hacia la parte del patio que daba al portal. Una desventurada voz se quejaba a grito herido de la vaciedad del estómago, y del apetito devorador de la boca que la exhalaba.
-Tenga usted piedad, señor ventero -decía la voz-, para con sus prójimos.
-Ya le he dicho, hermano -replicaba el huésped con férreo acento- que no tengo ni un mendrugo que darle; vaya con Dios en buen hora, siga su camino y llame a otra puerta.
-¡Todo el mundo desprecia y ultraja al pobre! ¡Perecer así de hambre en medio de la abundancia! ¡Qué haré para conservar mi vida! ¡Sin probar ayer bocado, y hoy todo el día en ayunas!
-Oiga usted, buen hombre -dijo darlos, lastimado de la destitución del quejoso-, venga usted aquí a esta mesa, y tomará un bocado conmigo.
-¡Bravo, señor estudiante! -exclamó el caballero-, usted se me ha anticipado quitándome las palabras de la boca, bien que en ella no tenía otra cosa.
Y luego, volviéndose al deplorable convidado:
-Venga usted aquí sin timidez homuncio inauspicatus. Adelántese libremente a participar con este docto letrado y conmigo de aquel par de dorados pollos que el ventero pone ahora en el plato.
Era el convidado personificación idéntica del licenciado Cabra: mirado de medio abajo, parecía tenedor o compás, con dos piernas largas y flacas; su andar muy despacio; y si se descomponía sonaban los huesos como tablillas

de San Lázaro; la habla hética; la barba grande; que nunca se la cortaba, etcétera; pero en lo que más se parecía era en la hambre. Se acercó, pues, a la mesa con mucha dificultad y rubor, haciendo a guisa de cumplimientos estrambóticas mudanzas con las piernas; e inclinando al llegar a los caballeros los huesos de medio arriba de un modo que salva la intención no habría sido decoroso, dijo:
-Dios los bendiga y los colme de bienes, que tan bien tratan a un pobre y desvalido artista.
-¡Artista! -exclamó el erudito de Guzmán, levantándose con mucha deferencia-: Tome usted asiento, y obre en todo con perfecta libertad.
En este punto, y mientras el caballero se esforzaba en hacer sentar al modesto artista, estuvo a pique de que le hiciese caer a tierra un corpulento y negro mastín que pasó a carrera tendida entre sus piernas y las del dicho artista.
-El diablo lleva el animal en el cuerpo -exclamó de Guzmán reponiéndose.
-¡Pararlo! ¡Pararlo! -gritaba desaforado el ventero.
Pero, ¡cuál se quedaría el corazón del sanjuanista, al ver que lo que llevaba el alígero can en la boca no era más ni menos que uno de los dos sabrosos pollos que para su almuerzo se habían compuesto!
-El castillo encantado -dijo sentándose con tristeza- en que mantearon a Sancho, eran tortas y pan pintado, como el mismo Sancho hubiera dicho, en comparación de esta execrable casa.
Los jóvenes y el artista se dedicaron, empero, con tan buen ánimo a limpiar los huesos del pollo que quedaba, que no tardó en decir el erudito caballero:
-Ya, señores, podemos rezar el bendito, a no ser que acometamos al periostio o capa de esa osamenta. Usted perdone, señor artista, que así le hayamos hecho ayunar.
-¡Oh señor excelentísimo! -contestó aquel mísero adepto de las artes- ¡Tanta urbanidad con un pobre! ¡Meses hay que no entran por mi boca tantos ni tan buenos bocados!
-¿Y cómo así? -preguntó de Guzmán- ¿Es posible que tanto se desprecien las artes en este país y edad de hierro, que sus profesores vayan errantes de lugar en lugar, y tengan que tomar refugio hasta en esta cueva infernal de Los Tres Galgos?
Y luego añadió a Carlos en secreto:
-¿Es esto gobernar una nación, o desgobernarla? ¡Los artistas así abandonados!
-A mí no me han abandonado, señor excelentísimo -dijo el profesor-, antes bien los alcaldes, corregidores y alguaciles, han tenido especial cuidado de no abandonarme. Siempre me tienen presente. Y así me hallo reducido a esta laceria, víctima infeliz de la persecución.
-Si un pobre estudiante puede ayudarle a usted en algo -dijo Carlos, sea usted franco y pida auxilio, que no le faltará.
-Dios se lo pague a usted, señor estudiante; Dios se lo pague y nuestra Señora de las Angustias; la sola caridad que usted podría hacerme, sería poner a mi cuidado alguna obrita de escultura.
-¡Escultor nada menos, buen amigo -exclamó alborozado de Guzmán, dando la mano al pobre artista! ¡Quién me predijera anoche tal ventura! ¿Supongo que anda usted vagando como yo en busca de antigüedades? ¿Ha visto usted

aquellos cuatro preciosos fragmentos de su arte, hallados últimamente, que están hoy en Sevilla en poder del señor de Bruna?
-No; señor caballero, no los he visto. ¿Adónde se han descubierto esos fragmentos?
-En Itálica, cuyas ruinas, por supuesto, habrá usted visitado despacio y repetidas veces.
-No, señor, no he visitado, y perdone su excelencia, que ésta es la primer vez que oigo tal nombre. Yo no he salido nunca de España.
-Pero sin salir del reino hubiera usted podido ver la célebre colonia romana, vulgarmente llamada Santiponce.
-¡Hola! ¡Santiponce, quiso decir vuecencia! De haber yo sabido que era ese pueblo romano y perteneciente al santo padre, ya hubiera ido como buen católico a ganar mis indulgencias visitándola.
-¡Qué santo padre, ni qué padre santo! -exclamó el caballero con harta impaciencia; y luego volviéndose a Carlos-: Tal vez no haya usted oído hablar, señor estudiante, de la irrefragable demostración con que se acaba de probar que fue Santiponce, en efecto, colonia romana.
-Confieso mi ignorancia de ese asunto -contestó Carlos.
-No es extraño; pues que descansa esta prueba en la inscripción de un fragmento recientemente sacado de las ruinas de Itálica, que dice así -y escribió en la pared con un pedazo de carbón los siguientes signos-:
.....
.....
..... JT. GABINVS
MVCRO. C. R.
C. V. ITALICENSI
VM
-El docto señor de Bruna; magistrado de Sevilla, a quien probablemente usted conoce, traduce las dos últimas letras de la segunda línea Civis Romanus; y las dos primeras de la tercera línea, Colonice Victrices; que como usted ve, prueba con evidencia arqueológica que obtuvo Itálica de Trajano los derechos de colonia, a pesar del título de Municipio con que se distingue en las medallas anteriores al dicho emperador. Pero dígame usted, señor artista, ¿qué le parece a usted del célebre San Jerónimo de Torreggiano? ¿Han producido jamás las artes cosa más bella?
-Yo no he visto al santo bendito, señor noble.
-¿Cómo? ¿No ha estudiado usted aquella maravillosa obra de uno de los más ilustres y de los más desventurados escultores? ¿No ha contemplado usted aún, con delicia intensa de su alma, aquella sublimidad de carácter, aquella expresión viva y tan animada, aquel sentimiento de inteligencia que parece más sensible y exquisito que el de la vida misma? Pero tal vez no habrá usted estado en Sevilla...
-No, señor excelentísimo.
-Dígame, señor artista, si no es esta curiosidad excesiva, ¿en qué parte de este mundo sublunar ha existido usted desde que nació?
-Yo nací, señor, con perdón sea dicho, y no solamente nací, sino que me criaron en un lugarcito pequeño de Extremadura. Mis padres me educaban para panadero; pero tal era mi afición por el entalle y la escultura que a menudo y con frecuencia hacía de la masa figuras de la forma de pajaritos y caballos; por lo cual mi amo me castigaba mucho, y otras partes del

cuerpo pagaban lo que las manos hacían. Pues señor mío de mi alma, como mi inclinación fuese cada día más furiosa por las artes, cátate ahí que me plantó en la calle, el panadero. Así, en la flor de mí juventud, me encontré, por decirlo así, coma quien dice, sin una camisa con que cubrirme las carnes, y zas, me eché a escultor de una vez. Con mi poquito de ingenio, y mi habilidad, he vivido, señor mío de mi alma, honradamente en esta profesión, aunque tampoco lo pasa como dice el refrán, a ¿qué quieres boca? Renovando santos y vírgenes para las iglesias, vivía yo como un papa por esos lugares de Dios, hasta que hace dos meses me llevó mi mala estrella a una villa de bastantes almas y muchas leguas de aquí. ¡Quién no hubiera entrado en el dichoso lugar! Los señores alcaldes me preguntaron si me determinaba a hacerles un San Cristóbal el gigante, de un estupendo árbol de caoba que hacía más de un siglo estaba en las casas consistoriales. Yo medí el madero. Quince pies de largo, seis de ancho, siete de grueso. Aunque fuera un Holofernes, pensé yo entre mí, daría de sí la madera; ella no es de las más blandas, pero no siempre ha de hacer el hombre santos de masa. Pues señor mío de mi alma, empezamos a ajustarnos, tanto más cuanto, y al fin prometí, nunca tal prometiera, darle fin al santo en quince días, por la módica remuneración de cincuenta ducados. ¡Ay de mí! ¡Quién los tuviese ahora! Pero volviendo a mi cuento, me dieron para taller un caserón, y entre no sé cuántas yugadas de bueyes trajeron arrastrando el inmenso caobal y me lo dejaron entregado. Pero aunque el santo bendito era gigante, todavía el leño me pareció monstruoso. Al fin, por darle gusto al alcalde, empecé corta de aquí, corta de allí, a irlo desbastando, y hachazo va, y hachazo viene, para irlo poniendo asemejado al milagroso santo. Tenía el hacha más filo que la hambre, y tanto corté y tanto recorté y dale, que a causa de algunos hachazos desgraciados se me redujeron de modo los materiales que ya no me alcanzaban para un gigante. Se me afligió el corazón. Fui a ver a las justicias; y pidiéndoles mil perdones, rogué a sus mercedes me dejasen hacer una Virgen María quebrantando la serpiente, pues, no parecería bien un santaza tamaño como su madre en una iglesia chiquitita. Pero era su merced del señor alcalde hombre, con perdón sea dicho, de poca caridad. Sin hacer caso de mi tribulación empezó a maltratarme, llamándome mostrenco y mal intencionado busca-vidas, que lo que yo deseaba era hacer cambiar devoción a los lugareños y venderles gato por liebre, y que no cambiaba él su San Cristóbal por todas las vírgenes del mundo. Mas en consideración a que ya estaba despedazado el madero, y a que no podía estirarse, me dio permiso para que le entallara una Virgen. Vi el cielo abierto, porque a mí siempre me ha dado por ahí. Pies para que os quiero, y empecé con mucho cuidado y aplicación a hacerle la cabeza a nuestra Señora. ¡Pero ni que Barrabás hubiese estado conmigo! La primer cara se la saqué muy larga, y había cuatro dedos de la nariz a la boca; la segunda me salió tan cariancha que no tenía barba ni por sueños, y la nariz roma y desparramada que era una compasión. La tercera no pude empezarla, porque habiéndose acortado el madero del tamaño de dos cabezas, ya el bodoque que quedaba allí no me llegaba a mí a los hombros.

-Las benditas ánimas del purgatorio me socorran -dije yo entre mí, angustiadísima el alma.

Otra vez tuve que ir a ver al señor alcalde, y recordándole con mucha

sagacidad que a su merced no le gustaban las vírgenes, le pedí permiso para volver la que yo había empezado en Niño Jesús disputando con los doctores. Temí dejarme allí el pellejo:
-Ah, pícara infame y zurdo -me decía su merced-. ¿Conque quiere usted que no haya aquí devoción fija, tan pronto una cosa, tan pronto otra? Vaya y acabe ese Niño Jesús disputando; pero voto a tal que si por otro cambio vuelve, que me lo desollaré vivo como un San Bartolomé. Mucho de enhoramala el pintamonas.
Salí del ayuntamiento como su señoría puede pensar. Cogí mi escoplo y mis bártulos y corta de aquí, corta de allí; pero pensar gire yo le sacara aquel dedo tieso que tienen todos los disputantes, era pedir peras al olmo. Al fin, después de muchas noches de vigilia y de trabajo increíble, me resolví a hacerle un Niño Jesús dormidito. Para ello devasté otra poco de madera, y corta de aquí, corta de allí y dale para írmela poniendo de la forma de un infante acostado. Yo veía que iba mal, pero no podía corregirme. El diablo, sin duda, me descarriaba o tenía yo algún familiar en la mano.
Aquí derramó algunas lágrimas el artista.
-¿Pero cuál fue el resultado? -preguntaron ambos caballeros.
-Con perdón sea dicho, buenos señores. ¿Con qué cara había yo de ir al alcalde? Viendo su merced que yo no iba, vino él con toda la justicia a visitarme en mi taller. Estaba aquello hecho un mar de leñas y de astillas, pero en cuanto al árbol de caoba, Dios guarde a usted muchos años. Me llamó muchos nombres acalorados, como ladroncillo, pintamicos, tragamaderos y otros; y tomando entre el pulgar y el índice el zoquetillo de caoba que del árbol quedaba, se puso a hacer gestos, y a mirarlo; y a quejarse de verlo tan chico como si hubiera muerta algún cristiano sin confesión.
-¿Y es esto -decía su merced- lo que ha quedado? ¿Es esto lo que me has hecho, mala sangre, en vez de un San Cristóbal gigante? ¿A esto ha que dado reducido el árbol más grande que jamás vino de América, que te le mandé con bueyes al obrador, perro judío? ¿Qué ha de hacer ahora el pueblo ni el ayuntamiento de este miserable zoquete, diablo encarnado y tentador?
Así me hablaba su merced del señor alcalde, que era a la sazón el señor boticario del pueblo; a lo que yo le respondí con mucha sagacidad, y entre sollozos y lágrimas, que si quería permitírmelo, yo le haría una buena mano o majadero para el morterón de su botica. Tal dijeras. Creyó su merced que me burlaba, aunque a fe mía no estaba yo para burlillas. Me disparó a la cabeza el zoquete; arremetió a mí; escapé como pude sin un cuarto con que santiguarme, y ya hace algunos días que vivo de caridad.
-Mucho siento, señor opifex -dijo el caballero de San Juan-, que sea en usted todo ingenio para las artes, sin ninguna práctica de ellas. Tengo necesidad para la obra que estoy escribiendo de resolver ciertos problemas artísticos relativos al grupo de Laocoonte, que supongo conocerá usted tan bien como la arquitectura caldea, pues, según veo, más familiarizado está usted en sordida arte, como dice Cicerón de opijices omnes, que con las artes de los antiguos. Permítame usted, sin embargo, señor artista, ofrecerle esta bagatela, y plegue al cielo que el primer San Cristóbal que emprenda ahora se levante al primer golpe de escoplo tan robusto; formidable y desmesurado, cual lo estaba el canto mismo después de pasar

el arroyo.
La insólita y no esperada vista de algunas piezas de oro infundió ánimo en el cuerpo del artista. Saltó que le crujían todos los huesos, se arrodilló y dijo:
-¿Cómo podré, señor ilustrísimo, bueno y grande, pagar merced tan señalada?
-No haciendo mi busto -le contestó de Guzmán, y luego a Carlos-: ¿me permite usted que le acompañe media hora por su camino? Siento tener que esperar aquí mis caballos y equipaje; de otro modo no perdería tan pronto el gusto de su docta sociedad.
Apareció luego el ventero, lleno de cortesías y sonrisas; y considerando que los caballeros habían pasado mala noche, y carecido de cenas y de camas, sólo les pidió el doble de lo que en razón debían. Ambos pagaron sin advertir ni cuidar del exceso, el uno por estar acostumbrado a viajar en alta estilo, el otro por no haber viajado nunca.
Acompañó a Carlos el caballero de San Juan por algún tiempo, obsequiándolo con brillantes discursos sobre la literatura, ciencias y antigüedades, que escucho nuestro héroe con atenta urbanidad. Ya bien entrada la mañana se separaron ambos, de Guzmán para volver a la venta, Carlos para seguir a la aventura su viaje.

# Libro tercero

## Capítulo I

Honraban esta cuadra,
en cada esquina que por ella cuadra,
muchos bellos pinceles,
milagrosas pinturas del de Apeles,
cuyo rico dibujo,
el padre Ignacio de Valencia trujo.

(DR. D. JUAN SALINAS DE CASTRO, según le cita Gallardo.)

Un espacioso salón cuadrado se presenta a nuestra vista. Era de noche. Las paredes cubiertas de estantes de libros, llenos de volúmenes, cuyo tomo indicaba fuesen de historia, astrología o polémica religiosa. Entre otras pinturas se descubría la de un antiguo lienzo colgado en la testera de la sala con la imagen de San Ignacio de Loyola, saliendo de un fondo oscuro y mirando con áspera expresión a la puerta de enfrente. Seis velas de cera derramaban su luz desde una araña en todos estos objetos. Alrededor de una

grande mesa estaban varios robustos y pesados sillones con los asientos de cuero negro tachonados a la madera. Ocultaban el suelo una estera de juncos, y la mesa muchos papeles, escribanías, libros, botellas y vasos.
De una pequeña puerta lateral escondida bajo un estante de libros imitados salió un hombre, se acercó muy pausada y silenciosamente a la mesa, puso el cuerpo en una de las sillas, el codo sobre el brazo de ella, la mejilla sobre la mano, y la vista en la tallada techumbre, como si se entregase a importantes meditaciones. La bien proporcionada estatura del contemplador estaba cubierta de un manto negro. La placidez de su semblante y simétricas facciones no parecía hija del desaliño o del descuido, sino de la victoria continua del ingenio y experiencia mundanas sobre la fragilidad de los hombres. Su frente espaciosa y despejada no sólo daban indicios de profunda erudición y doctrina, sino de aquellas dotes innatas que suelen dar al hombre poder sobre el hombre, dominio al ambicioso sobre todos sus semejantes. No brillaba en su audaz fisonomía el altivo espíritu que enseña al guerrero a dormitar y sonreírse al rugir de los cañones; nacía su audacia antes de la astucia que del valor, aunque tampoco manifestaban sus facciones el menor signo de cobardía. Continuó este personaje en su posición primitiva algunos minutos sin variarla ni aun después de la silenciosa aparición de otro sujeto que por lo mismo se introdujo en este salón literario.
La edad había blanqueado la cabeza del segundo alquimista, pues ambos tenían por oficio reducir a oro los metales. Era el recién entrado enjuto de carnes, cano como ya se ha dicho, y desmesurado, paso y continente. Distinguía su nariz, bastante espaciosa y encorvada, un formidable par de anteojos. Saludó con un movimiento de cabeza al que entró antes, como concediéndole cierta superioridad, y éste le hizo con la mano una ligera seña para que se sentase. Así lo hizo el segundo, y ambos quedaron en profundo silencio.
-No es -dijo después de algún tiempo el primer neocromántico, a quien llamaremos Pedro Facundo- para tratar negocios de grande importancia para lo que ahora os necesito. Mi consulta, empero, no carece de interés entre las de segundo orden. Hay, en Sevilla una joven cuya suerte está relacionada por graves circunstancias con los intereses de nuestra sociedad secreta y con los de una persona que nos es muy querida. Una señora marquesa, a quien vos, Pedro Gonzaga, conocéis, desea por motivos fáciles de adivinar en una mujer de sus años y pasiones, acoger bajo su protección a la dicha jovencita. Ésta, según parece, tiene un amante cuyo buen exterior inspiró a la marquesa el deseo de cortar semejantes amores a causa de la disparidad de la sangre, o de alguna otra razón no menos poderosa. Para efectuar la traslación de esta muchacha me ha pedido la marquesa auxilio. ¿Hemos nosotros de poner nuestro crédito en peligro por satisfacer el vano capricho de la marquesa? He aquí la cuestión. Escuchad mis ideas sobre el particular. Si por medio de un astuto plan, o bien a la fuerza, nos apoderamos de esa joven y se le entrega a su pretendida protectora, ¿qué seguridad nos queda de la gratitud de la marquesa? ¿No podrá olvidarse de este importante servicio, ahora que más que nunca necesitamos de su favor e influencia para nuestros proyectos? Si rehusamos satisfacer sus deseos, podrá, tal vez, incomodada, separarse de nuestra liga; pues según he observado, tiene puesto el corazón en apoderarse,

ignoro por qué, ni para qué, de esta muchacha. La deserción de la marquesa, tan perjudicial para nosotros, ni es probable, ni imposible. ¿Qué línea de conducta os parece que debemos adoptar?
Cerró los ojos bajo sus espejuelos el Pedro Gonzaga, inclinó la cabeza, y algunos momentos después preguntó con frialdad:
-¿No podremos apoderarnos de la joven nosotros mismos?
-¿Con qué fin? -dijo Pedro Facundo.
-Para capitular después ventajosamente con la marquesa antes de entregársela.
-Aún no sé yo el nombre ni la residencia de la muchacha -dijo el primer alquimista.
-Pero no será difícil -contestó el de los anteojos- deslumbrar a la marquesa. ¿Qué promesa le habéis hecho?
-Complacerla en su demanda.
-Pues confiad entonces el cuidado de burlar a su señoría a nuestro ingenioso Nicasio Pistaccio. Se presentará como vuestro dependiente y coadjutor. Vencerá las dificultades que ocurran al acometer la empresa, y nos entregará a nosotros la muchacha. La culpabilidad del hecho la haremos recaer, en caso necesario, sobre el mismo Pistaccio. Pero antes de continuar querría saber si da la marquesa suficiente importancia a este capricho para comprometer en nuestro favor toda su influencia en caso de conseguirlo por nuestro medio.
-¿Quién puede sondar el pecho de una mujer? A juzgar por la intensidad de sus pasiones: por lo que dijo, respecto a la muchacha y a su amante; y más que todo, a juzgar por sus repetidas aseveraciones de que le era el asunto muy indiferente, concluiría yo que está determinada a dirigir el destino de la muchacha, aun cuando tuviese para ello que sacrificar toda su fortuna.
Pedro Gonzaga se retiró por algunos instantes, y preguntó a su vuelta:
-¿Se han de comenzar desde luego las operaciones?
-Inmediatamente -replicó Pedro Facundo.
-Nicasio Pistaccio -continuó el de los anteojos- se había retirado a descansar por la primera vez en toda la semana. No tardará en venir aquí.
Después de otra silenciosa pausa se apareció en la biblioteca un caballero joven frotándose los ojos con la mano cual si acabase de despertar. Su presencia era por extremo halagüeña: el talle y rostro de los más bellos; rubio el cabello; blanco y sonrosado; y el traje aunque descuidadamente puesto, de elegante corte y ricas sedas, y terciopelos negros bordados de plata. Si un solo átomo más de dignidad hubiera honrado el rostro de este mancebo, nadie dudara que sería de sangre y cuna patricia, y habría podido servir de modelo a la más ilustre juventud.
-Servitore umilísimo delle sue eccellenze -dijo Pistaccio al entrar, acomodándose en uno de los sillones de cuero. Pedro Facundo le explicó sin apología ni velo la naturaleza del servicio a que se le llamaba.
-¿Qué hora es? -preguntó Pistaccio, ya del todo despierto.
-Las nueve y media -contestó Pedro Gonzaga- volviendo al bolsillo un reloj de cobre, que hubiera podido servir en el campanario de una ermita, o de caldera de rancho la caja exterior, según sus dimensiones.
-Pues todavía hay tiempo -replicó Pistaccio, saliendo sin ceremonia del cuarto.

-Ocupémonos ahora -dijo Pedro Facundo- de otros negocios de mayor peso.
Y así diciendo, desató un grande legajo de mapas y papeles, que ambos compañeros examinaban en silencio, tomando notas y comparando unos con otros.
Dos horas habrían pasado, cuando volvió Pistaccio, muy satisfecho al parecer y diciendo en italiano que se consideraría indigno del patrocinio y favor de sus excelencias si no los complacía pronta y plenamente. Había obtenido de la marquesa señas exactas relativas a la muchacha. Sabiendo ya dónde vivía, continuó Pistaccio:
-Como no es posible que siempre esté en casa yo haré en su ausencia por informarme de más particularidades, suponiéndome amante, hermano, primo u otra cosa con la gente de la casa, pues ella está en Sevilla de huéspeda, sola, y sin pariente alguno en la ciudad. La marquesa me presta su coche, le tengo junto a la casa, y espera que saldrán bien las cosas. En caso de desgracia, ningún compromiso habrá para sus señorías.
Este plan se discutió y aceptó por los dos alquimistas, quienes, lo mismo que Pistaccio, se retiraron a descansar.
Puede que aún se tenga presente la visita de Isabel a Carlos en la cárcel. La repitió al otro día, se la detuvo mucho tiempo en la puerta, y al fin no se le permitió entrar. Volvió desanimada y triste a su casa, y halló fuera al ama. Un muchacho, nieto de ésta abrió la puerta, y era por el momento el solo compañero de Isabel. Se retiró a su cuarto nuestra heroína, abrió una pequeña maleta que del pueblo había traído; y se puso a buscar en ella el remedio de los amantes, a saber, las cartas que del suyo tenía. Fue en vano su escrutinio. Examinó mil veces la valija, y cosa por cosa cuanto había dentro, mas no pudo hallar un paquete de billetes de Carlos y algunos borradores suyos. Se puso a llorar afligidísima en su cuarto, pensando que no habría infortunio que no le estuviese destinado. ¡Haber perdido las solas reliquias que del afecto de Carlos le quedaban!
En media de esta angustia, subió el ama de la casa, la señora Chinchorra, a decirle que ya estaba puesta la cena. Isabel le preguntó sí había visto por acaso un pequeño legajo de papeles.
-¡Dios nos bendiga! -contestó la señora Chinchorra; ¿Si lo hubiera visto, no se lo hubiera dado ya? Yo no sé leer. ¿Para que me sirven a mí libros ni papeles? Tanto valdría que me preguntara usted si había visto espadas y pistolas. ¿Tenía usted los papeles antes de salir de su pueblo? ¿No se le habrán perdido por el camino?
-Yo misma los puse en la maleta en Aznalcóllar.
-¡Dios nos bendiga y santa Úrsula! Por esos caminos de Dios se habrán quedado, que en mi casa, ¿cómo había de perderse nada? Vamos a cenar, niña, la mesa, está puesta, luego los buscaremos.
Isabel dijo que se hallaba algo indispuesta y deseaba permanecer en su cuarto. Más de una vez se acusó a sí misma en aquella fatigosa noche por sus sospechas de la fidelidad de la señora Chinchorra, y aunque exonerándola de toda culpa en la pérdida de unos papeles que ni a ella ni a nadie podían ser útiles, cambió, sin embargo, de morada al otro día, y fue luego a la cárcel para pedir le permitiesen hablar con Carlos. Negada esta gracia, desamparada; y sin parientes ni amigos que la consolasen, sufría Isabel su soledad y quebrantos en medio de una ciudad populosa.
Una mañana recibió, con grande sorpresa y mayor gozo, un billete que le

enviaba Carlos por medio de un caballero, pidiéndole se presentase con el dador, íntimo amigo suyo, en casa del magistrado de Bruna.
-Su presencia de usted, señorita, es necesaria -dijo el mensajero- para declarar como testigo en la causa de mi amigo Carlos. Su declaración de usted sola bastará para probar su inocencia.
Isabel condescendió sin tardanza ni sospecha en lo que su Carlos le pedía, y así cayó en poder de la sociedad secreta de los alquimistas.
Nicasio Pistaccio, perpetrador de esta maldad, era uno de los más precoces pícaros que los anales de la intriga recuerdan. A otros muchos peligrosos talentos unía el de imitar con perfección toda clase de letras. Esta habilidad le causó su expulsión de Italia cuando apenas había cumplido quince años. Vino a España, y no tardó en dar tales pruebas de ingenio, que le recibieron los alquimistas entre ellos. Se aprovechó Pistaccio de la ausencia de Isabel, halló fácilmente medios de hacer también salir a la calle a la señora Chinchorra, entró en la casa, tuvo al muchacho entretenido en el patio mientras abrió la maleta de Isabel, y sacó los papeles que en ella había. Éstos le sirvieron de pauta para escribir a Carlos la falsa carta que recibió en la cárcel, y a Isabel la que la persuadió a entrar en el coche de la marquesa del E.
No le llamaremos amor, por no profanar, este nombre, a la pasión o capricho que inspiró su rara conducta a la marquesa. Causó, empero, Carlos en su pecho impresión demasiado tierna y profunda para que su señoría la olvidase fácilmente. Salió del calabozo muy ufana, después de la visita de que ya hemos hablado, confiada en cautivar por medio del interés al caballero, y en conservar su afecto por medio de la gratitud. Llena de las mejores intenciones hacia Carlos, preguntó en la cárcel quién había estado a verlo, y oyó con poquísima alegría, que nadie más que una señorita. Le dio algunas piezas de oro al carcelero, y le mandó, bajo pena de suma rencorosa enemistad, que no volviese nunca a admitir a aquella niña. Desde aquel punto resolvió firmemente separar a los dos amantes. Compadeciendo, sin embargo, a la muchacha, determinó recompensarla por aquella pérdida de un modo correspondiente a su mucha opulencia. Mientras la marquesa contemplaba rápidamente estos recién nacidos planes de equidad, se le ocurrió un feliz pensamiento.
-Tal vez no son amantes -dijo para sí- y puede que sea esa mujer su madre, amiga o hermana. ¿Qué especie de persona es ésa, de qué edad? -le preguntó al obeso carcelero.
Nuestro comilón elogió primero la elegancia y sencillez de su traje, luego la afabilidad de sus modales, y la pronunció al fin cabal y encantadora hermosura. Una pintura prolija de todos los demonios, monstruos y vestiglos con que representan los alemanes la tentación de San Antón, más de todos los diablos que Dante y Milton imaginaron, no habría plantado en el seno de la marquesa la semilla de tanto odio como nació en él al instante, contra su desconocida rival, y más cuando añadió el carcelero:
-Un ángel del cielo, señora, ¿a qué platicar? Un serafín.
La marquesa dejó en la cárcel a un paje suyo para que se enterase del domicilio y espiase los movimientos de Isabel, si por acaso volvía a la cárcel. También pidió a Pistaccio escribiese las cartas falsas que dictó ella misma, con la esperanza de apoderarse, de su rival, y con la determinación de hacer en adelante frecuentes visitas a Carlos. El día en

que se llevaron a efecto las maquinaciones contra Isabel, la salida de Carlos de la cárcel marchitó sus esperanzas, dejándole el remordimiento de un crimen infructuoso. Tampoco se hallaba inclinada a olvidar de modo alguno la conducta de los alquimistas, cuyo auxilio y préstamo de Pistaccio había desgraciadamente implorado.

## Capítulo II

> Preguntele quién era, y díjome: «La muerte». ¿La muerte? Quedé pasmado. Y apenas abrigué al corazón algún aliento para respirar, y muy torpe de lengua, dando trasijos con las razones, le dije: «¿Pues a qué vienes?». «Por ti», dijo. «¡Jesús mil veces! Muérome según eso». «No te mueres -dijo ella-; vivo has de venir conmigo a hacer una visita a los difuntos»
>
> (QUEVEDO.)

-¡Y es ésta la célebre capital, la ciudad antigua del amor y la caballería, tan famosa en nuestras leyendas! -exclamó Carlos al entrar por los ruinosos arrabales de Córdoba.

Se iba oscureciendo sobre la ciudad el crepúsculo de la noche, cuando llegó nuestro mancebo a sus puertas. Hay momentos en la vida que parecen marcados para la melancolía por la mano del destino; y éstos han de pasarse en tristeza, aunque fuera entre el gozoso cortejo de un banquete soberano. Deprimido su ánimo por una especie de desaliento de este género, continuó nuestro héroe caminando hacia una iglesia, adonde le guiaban las campanas. Se felicitó de su comparativa seguridad, y quiso, como cristiano; dar a Dios las debidas gracias. La noble estructura de la catedral, coronada por más de mil años de almenas moriscas, y recibiendo el homenaje del Guadalquivir, que humilde y silencioso, fluye inmediato a ella, se presentó a su vista. La quietud de aquella hora, interrumpida a veces por alguna campanada de doble, el suave y casi extinto resplandor del crepúsculo, la disposición de su fantasía; las asociaciones que la majestuosa soledad del templo le inspiraban, todo parecía contribuir al aumento de su destemplanza de espíritu. Entró en la Iglesia. Algunas lámparas vertían su trémula luz al través de las mil columnas que sustentan su techumbre y forman sus naves.

Carlos se postró y ofreció al Altísimo las silenciosas efusiones de un corazón agradecido. Pareció que se aligeraba el peso que le oprimía, y quiso dilatar el placer inefable de la oración. Al levantarse para salir de la iglesia oyó hacia otra parte del edificio algunas notas de música sagrada. Ya para entonces hacía mucho tiempo que había cerrado la noche. Algunas lámparas, suspendidas de trecho en trecho, iluminaban débilmente a través de extendidas y entrecortadas sombras de las columnas; otras partes del templo estaban en completa oscuridad. A pocos pasos empezó a oír más distintamente la música y voz de los sacerdotes, cantando en solemnes

notas el oficio de los muertos. Siguió las voces, y de repente lo deslumbró el resplandor de infinitas luces que de una capilla salía. Debajo de un dosel de negro terciopelo con flecos de oro vio la imagen de la crucifixión, representada con penosa fidelidad por José M. Montañés. El agudo dolor de la naturaleza al perder el cuerpo la vida vibraba aún en los medio cerrados párpados; la agonía de los lacerados miembros hinchaba las venas como si quisiese romperlas; un raudal de sangre fluía del costado que penetrara la lanza del Centurión, mientras la herida, fría ya y exasperada por el aire, le hacía retorcer el cuerpo en violentas curvas, desgarrándose al moverse la redentora mano. La postrimera angustia agitaba aún el trémulo y sediento labio, que invocaba del Padre el perdón de sus enemigos. El polvo de los años descansaba sobre la divina cabeza. Desde el altar a la parte opuesta de la capilla corrían dos líneas de blandones, y estaba entre ellas un ataúd cubierto de terciopelo negro. Cuarenta sacerdotes de sobrepelliz rodeaban el cuerpo con otras tantas velas en las manos, y sólo una persona envuelta en un manto negro estaba dentro de la capilla, como pariente o amigo del difunto. Le pareció a Carlos extraño que una persona tan principal como parecía ser aquélla por la que el servicio funeral se ejecutaba, no tuviese más amigos que le acompañasen al sepulcro. Todo este tiempo le devoraba una agitación interior que no podía reprimir. Imaginó dos o tres veces que eran por él las exequias, y que había oído su propio nombre en boca de los clérigos que oficiaban. Una reja de hierro le impedía entraren la capilla. Se le turbó la vista, y perdió casi del todo el conocimiento. Pasó a la sazón junto a él un corista que venía hacia la capilla, y le preguntó cuyo era aquel funeral.
-De don Carlos Garci-Fernández -contestó el Niño, y desapareció.
Cuando se recobró el caballero de la impresión profunda que aquellas palabras le causaron, todo se había desvanecido. Las luces de los clérigos se veían cruzándose desde lejos por entre las columnas y naves de la iglesia; y a los pocos minutos desaparecieron, y quedó el templo en la primitiva oscuridad y silencio.
Seguía Carlos apoyado en la reja de hierro, y poseído de una especie de letargo, cuando le pasó rápidamente por junto la imagen de aquel solitario doliente, que envuelto en un manto negro observó antes en la capilla. Una reminiscencia lejana hirió su ánimo, y siguió precipitadamente los pasos y gemidos; y la ondulante capa de aquella sombra fugitiva, a través de las columnas. El guía alígero de Carlos atravesó la iglesia, las calles y la ciudad con rapidez inconcebible. Llegó a los campos sombríos y silenciosos. La luna no los alumbraba aquella noche. Atravesando en soledad y tinieblas los prados y caminos, se dirigió hacia una débil luz que empezaba a descubrirse en el horizonte. Carlos le seguía sin intermisión. Ardía la luz en un rústico altar de piedra erigido al lado del camino. El amor llevaba con frecuencia al huérfano y a la viuda por entre los terrores de la noche a orar en estas aras del desierto, y a llenar su lámpara por bien espiritual del padre o del esposo a quien lloraban. Carlos vio aquel desdichado arrodillarse ante la cruz, y romper en amargos sollozos y lágrimas. Compadeció, pero respetó desde lejos los fueros sagrados del dolor. Un momento después cayó el doliente en tierra sin movimiento. Carlos corrió a su ayuda, y le roció la cara con agua de su cantimplora. Volvió en sí al extranjero:

-Madre de misericordia, compadeceos de mí -fueron sus primeras palabras. La voz, empero, penetró en el corazón de Carlos, y la sangre parecía helarse en sus venas. La primera sílaba le reveló todo el secreto. Alberto era el que hablaba.
-¿Adónde está mi padre? -preguntó Carlos con ahogada y dolorida voz- ¿Su cuerpo es el que acaba de bajar a la tierra?
Alberto abrazó al caballero, y sus lágrimas y silencio confirmaron las malhadadas nuevas. Ambos se sentaron al pie del altar, y dieron pleno desahogo a su dolor. Ya había pasado la media noche cuando pudieron emprender su vuelta a la ciudad.
Entraron en un apartamento lleno de signos de la reciente tribulación. Aún se veían junto a la pared el lecho, las sábanas medio caídas, en que por la última vez había sufrido y descansado el anciano. El crucifijo, el hisopo... Carlos miraba estos objetos con ojo fijo y vacío, prorrumpió en una risa histérica, y cayó al suelo sin sentido. Cuándo los auxilios cuidadosos de Alberto le volvieron en sí, pidió a su amigo con trémulo labio le refiriese aquella terrible historia.
-Tan pronto como supimos en Aznalcóllar -dijo Alberto entre sollozos- que habías sido preso, y que no había muerto tu adversario, se empeñó tu maestro don Juan Meléndez de Valdecañas para que me pusieran en libertad. Le dio después cartas a tu padre, Dios le tenga en el cielo, para algunos amigos, suyos de los principales cortesanos.
-Aunque de los hombres que viven en las cortes no hay que esperar desinterés ni bondad pura, decía el buen sacerdote, tal vez querrán hablar al rey en favor de Carlos, y los persuadirá la elocuencia de su padre que pide por su hijo.
Así nos dijo el señor cura, y tu pobre padre y yo emprendimos en mal hora nuestro viaje. Aunque el pobrecito no gozaba de buena salud, llevó con resignación los trabajos de la marcha, esperando volver pronto a Sevilla con el perdón de Su Majestad, ir a la cárcel, y quitarte con su propia mano los hierros. Dios lo había decretado de otro modo en su sabiduría infinita. El día de nuestra llegada a Córdoba le acometió una calentura, y a pesar del auxilio de los mejores facultativos de la ciudad, aumentaba su mal por momentos. Hace tres noches que me llamó junto a su lecho, me abrazó con nerviosa fuerza, y me dijo con lágrimas:
-Si alguna vez vieres a Carlos, dale mi bendición, la última bendición de su padre. Dile, Alberto, que siempre prefiera la virtud a la vida: ¡oh, hijo mío!
Al exclamar así se quedó desmayado. Muchos ministros del altar cercaban su cabecera, admiraban su piedad y vertían por él lágrimas. Oí tu nombre una vez más en sus labios: a Dios pedía por ti, cuando exhaló con la oración el alma -dijo Alberto.
La impresión que la narrativa dejó en su amigo fue tan profunda, que antes de la mañana le devoraba una fiebre y ardiente delirio. Más de veinte días pasó Alberto junto a la cabecera de Carlos, de cuya vida desesperó más de una vez. La juventud, una buena constitución (física), y los incesantes esfuerzos de su fiel compañero, al fin condujeron a nuestro héroe a la mejoría y a la convalecencia.

## Capítulo III

Despache, señor caballero, que esos hermanos van abriéndose las carnes.

(CERVANTES.)

Nuestro valetudinario podía ya, al fin de algunas semanas, salir y visitar el sepulcro de su padre. La severa enfermedad que debilitó su cuerpo le dejó una plácida languidez en el ánimo. Sólo hallaba felicidad en las contemplaciones religiosas. El suntuoso templo donde estaban depositadas las cenizas le recibía diariamente a dar vado a los piadosos sentimientos de un corazón purificado por las calamidades. Los encantos religiosos resplandecen con mayor lustre a través del velo de la tribulación; la virtud, bella hermana de la religión, no es tan dulce y consoladora en las adversidades. Sustenta, sí, la virtud bajo los más acerbos infortunios al héroe o al filósofo; la religión extiende su manto y acoge en su seno igualmente al mercante, que lucha con las ondas; a la viuda, madre de desamparadas huérfanas; al hombre decrépito, presa de las enfermedades; al cautivo y al ciego; al virtuoso y al delincuente; al sabio y al estúpido; a todos acaricia y patrocina la religión cuando vuelven a ella sus ojos humedecidos por el quebranto.

Un día que volvían Alberto y Carlos de sus piadosos ejercicios, encontraron mucha gente que iba a una ermita no lejos de la ciudad para formar parte de una procesión de rogativa que por la lluvia se hacía. Este acto propiciatorio, que aparecerá tal vez prepostero a las hijas de Pamplona o de Santiago, se celebró con la mayor pompa en Córdoba. La imagen del Señor de las Tres Caídas iba en hombros de seis robustos sacristanes o mochilones puestos de sobrepelliz. Otros llenaban el aire de perfumes con sus incensarios de plata; y cantaban rezos con que aplacar la cólera divina. Además de los sacerdotes, iban en doble línea cerca de doscientos hombres con los rostros cubiertos y las espaldas desnudas, y en las manos disciplinas con los ramales terminados en pelotillas de cera, y en ellas embutidos pequeños fragmentos de vidrio. Con estas se maceraban los cuerpos y regaban de sangre el camino destinado para la imagen. Algunos de los flagelantes solían ser víctimas de su devoción, y todos guardaban cama por muchos días después de la penitencia. Cuando los disciplinantes llegaron a la ermita entonaron la salve a la Madre Divina, cuya imagen se había sacado a la puerta para recibir la de su hijo. Al confrontarse ambas efigies; se suscitó una disputa entre aquellos rústicos devotos de Cristo y de la Virgen, que, hubiera podido tener fatal conclusión. He aquí los motivos de la discordia:

Los disciplinantes mantenían que cuando una persona va a ver a otra, la propietaria de la casa debe de saludar a su visitadora, y por lo tanto, la imagen de la ermita había de hacer la primera reverencia. Los ermitistas mantenían la opinión contraria, defendiendo que era más cortés que el visitador reverenciase primero. Ya se sabe la templanza de un ergotista en

debate, ora sea en universidades, ora sea en procesiones campestres. Los argumentadores de que hablamos vigorizaban con vino sus cuerpos y la sutileza de sus ingenios, y echaban el mismo combustible en la llama de la devoción. La combinación de energía que de la disputa del vino y el tiempo resultaba podía conocerse a leguas en los sudorosos semblantes de ambos antagonistas. De las palabras pasaron a argumentar con las manos, y al fin apelaron a sus desmesurados garrotes. Todo fue confusión, ruido y trancazos por más de diez minutos, cuando se apareció entre los ermitistas un campeón gigantesco, una especie de Argante, que con una tremenda porra o clavase abrió lugar entre los beligerantes y despabiló a más de uno, poniendo en fuga a todos los flagelantes. Había la naturaleza dotado a este héroe de facultades risibles tan estupendas como los golpes de su porra. Bajó la maza al ver correr a sus contrarias, y atronó los campos con sus intempestivas carcajadas. Los eclesiásticos se aprovecharon de la inesperada tregua para convenir en que ambas imágenes se inclinasen al mismo tiempo. Restablecida la paz y acabados los ritos, se retiraron los ermitistas a beber a la salud de su imagen, y los flagelantes a continuar su martirio entre los humos de una deshecha bacanal.

Los vendedores de rosquetes y licores, los que en buenas fortunas comercian, los salta-en-bancos, los rateros, mendigos y otros ociosos, llenaban aquellas praderías, cada uno traficando en su oficio respectivo. Cuando vio Alberto la variedad de la asamblea no pudo ocultar su gozo. Estaba el ánimo de este mancebo dispuesto siempre a recibir sus impresiones, como los colores del fabuloso camaleón, del matiz de los objetos que le rodeaban. Lloró por sus pecados al principio de la procesión; sintió enseguida no azotarse como los penitentes; tomó parte en la tumultuosa querella de los garrotes; se alegró de verla apaciguada; y últimamente estaba rodeado de una hueste de gitanas que escrupulosamente le examinaban las manos revelándole con contingentes futuros. Carlos no se entregaba con tanta facilidad a sensaciones momentáneas. Había seguido toda la tarde a su compañero, suplicándole con sus miradas se limitase a ser mero espectador de aquellas escenas. Todo en vano. Alberto era Alberto, y si ora vez no nacía, era probable que permaneciese el mismo, siempre vehemente participe de las innumerables vicisitudes de la vida. Mientras le predecía una gitana que llegaría a ser obispo, otra cardenal y otra almirante de la armada, se mantenía Carlos sentado en una roca, contemplando el movimiento incesante y la animación de aquellas sirenas. No tardaron estas mucho en enviarle una diputación, cuya presidenta empezó por vía de proemio deseándole una esposa vieja, loca y rica. Otra le deseaba esposa que lo coronase como a un venado; y otra que le diese doce niños ajenos. Carlos recibió a las Guósides con su condescendencia habitual, y ellas agotaron sus esfuerzos y gracias para traerlo al grupo de sus compañeras. El estudiante no daba, empero, la más lejana idea de locomoción. Se manifestaban cada vez más profusas, ya del todo pródigas de sus gracias; sin embargo, no se alteraba la estabilidad del estudiante.

-¿Sí estará su señoría encantado? -exclamaban-: Llamad a Menfinia que le ponga su talismán y le quite el mal de ojo.

Menfinia se aproximó, en efecto, al caballero con los movimientos más fantásticos. Sus palabras se acordaban con sus modales; y su extraña figura con sus palabras. Viendo que no tenían efecto las gracias comunes

aplicó los labios al oído de Carlos, y tales cosas le diría que se levantó sin resistencia el caballero, y salió rodeado de veinte o treinta de aquellas magas con panderetas, rabeles, flautas y guitarras, cantando unas, bailando otras, y todas como fuera de sentido.
Llegaron a una especie de campamento formado de tiendas como las militares al pie de una colina, y como a dos millas de distancia. Tres o cuatro herreros estaban ocupados a la puerta de otras tantas tiendas en forjar, no dardos para Júpiter, sino clavos de herraduras. Como veinte caballos héticos, doble número de mulas y una tropa de flacos y extenuados jumentos de ambos sexos y de todos tamaños y edades, pacían por aquellos prados bajo la salvaguardia y guía de una manada de muchachos en cueros, de varias tallas y de todos los colores excepto el blanco. Muchedumbre de rugosas damas, de color moreno tirando a negro, de a más de medio siglo por barba, con la mitad del cuerpo cubierto de andrajos y la otra mitad desnuda, se adelantaron a recibir a los extranjeros. Iba Alberto arañando las cuerdas de una guitarra decrépita y testaruda, con tanto entusiasmo y furia música como pudiera su lira Orfeo. Carlos fue recibido en una solitaria tienda y honrado a la ida y entrada, con la urbanidad especial de una matrona por cuyo cuerpo habían pasado primaveras infinitas, sin dejar en él, empero, la menor señal de su verde frescura y lozanía. Iba delante de nuestro caballero columpiándose sobre dos muletas, y de cuando en cuando le disparaba una mirada aguda con el solo ojo que junto a la nariz le quedaba, oscura y macilenta reliquia de sus pasados huesos. A poco de estar el caballero en la tienda le estaba estrechando a su seno la tía Rodaballos, aquélla que le curó en Sevilla.
-Sol de mi cielo -le decía afectuosamente la encantadora-, luz de mi alma, felices los ojos que te ven y las manos que te tocan. ¿Y cómo tan marchitas las rosas de tus mejillas, tan apagados los rayos de tus ojos? Alégrate, hechizo mío, que la tía Rodaballos va a darte gozosas nuevas.
-¿Qué gozo puede haber para mí? -le preguntó Carlos.
Pero interrumpió el diálogo en su principio Violante, la bella hija de la maga. Entro en la tienda con paso tan leve como el que llevan en su círculo las horas. Con el brazo izquierdo sostenía su laúd; con la mano derecha saludó a Carlos, en medio de la confusión momentánea, del rubor que resplandecía en sus mejillas; plácido, transparente y puro, cual se difunde el aliento de la aurora en las flores de la primavera.
-Bienvenido a la humilde morada de los egipcios proscriptos -exclamó-, y así no haya mansión donde le quieran a usted menos.
-Así esas palabras, amable doncella, causen en todos los pechos el placer que en el mío -contestó Carlos; y el rostro de Violante volvió a cubrirse de púrpura.
Todos se sentaron en un banco de herrador que dentro de la tienda había, y pidió Carlos a la encantadora no dilatase más la comunicación de sus noticias. La tía Rodaballos no quiso disminuir el mérito de sus nuevas dándolas todas de una vez. Empezó, pues, con la lejana circulación siguiente:
La noche que saliste de Sevilla seguí tus pasos a alguna distancia. Quise ser tu genio protector, temerosa de que en la agitación en que ibas cometieses algún atentado. Vigilé tu sueño en la primera noche de viaje, y te bendije al derramar la aurora sus primeros rayos. Seguiste tu camino

todo el día con increíble actividad, pero una fuerza superior a la de tus músculos me alentaba a mí para seguirte. Te dejé ya salvo en la venta de Los Tres Galgos, y continué mi camino hasta un campamento egipcio que cerca estaba, mandado por mi distinguido profesor y maestro de la raza canina. Este joven, lleno siempre de buen humor y de alegría, oyó lamentarse a su aquélla de no tener un buen almuerzo. Escuchó en silencio la queja tomó consigo el mejor de los mastines y salió para la venta de Los Tres Galgos. Al cuarto de hora ya estaba de vuelta con un hermoso pollo asado par a la melindrosa doncella.
-¿Pero son éstas -preguntó Carlos, con una curiosidad muy parecida a la impaciencia- las nuevas que usted me reservaba?
-No, clavel mío -continuó la hechicera-: tuve que volver a Sevilla aquel día y fui a ver en cuanto llegué al patriarca Tragalobos. Lo encontré de mal humor y me sorprendió mucho, porque es un genio suave y blando como el seno del aire. Miré a la tía Machuca, y conocí que no habían reñido.
-¿Qué es esto, señor maestro -le pregunté con sorpresa-, que no parece sino que se ha engullido su merced el molino?
-Siento -me contestó- haber dejado ir al caballerito. El diablo que atine adónde se hallarán ya sus huesos; pero la niña está en Sevilla.
El rostro de Carlos se cubrió de palidez cadavérica; el de Violante de los matices más altos de la púrpura.
-Voy a partir sin dilación para Sevilla -dijo el caballero.
Poquito a poco hilaba la vieja el copo, amor mío, que aún no estás enterado. Yo tenía que venir con la tribu en caravana a la feria de caballos de Córdoba; y creyendo encontrarte en el camino de Madrid, resolví no abandonarlo, ídolo mío, hasta darte este consuelo. Pero perdí lenguas tuyas; nadie me daba razón, y ésta sería la hora en que ignoraría tu paradero, si no hubiera sido por un pobrecita caballero inocente que habla más latín que español; y a quien me encontré en el camino. Por casualidad llevaba yo, debajo del brazo un librote muy grande que recibí de un boticario, con la intención de doblar mis blondas y cintas por las hojas. Miró el tomo el pobrecito caballero con sus hermosos ojos azules, y que quise que no quise me lo compró por el precio que se me antojó pedirle. Se apeó tan pronto como fue suyo el volumen, le dio el caballo a uno de sus criados, miró la primera hoja, y exclamó el desdichado lunático, que era un quebranto verlo
-¡Esto es un tesoro!, ¡ésta es una joya!
Y otros despropósitos del mismo tenor. Entonces conocí que aquella cabeza no estaba sentada. Al examinar las hojas se reía sin moderación, se daba palmadas en la frente y bailaba y saltaba cual si le hubiese picado la tarántula. Compadecida de él quise contenerlo, le tomé la mano; pero reprimió mi audacia con una mirada, que me pareció de un rey.
-¿Qué quieres? -preguntó airado.
Y yo, que no tenía otro pensamiento en la mente, le pregunté por un estudiante, cabello negro, guitarra al brazo y estrellas por ajos. Se disipó el enfado del altivo caballero, y me dio noticias de mi querubín, presa ahora de la ansiedad y el temor.
-¿Y usted me asegura que está Isabel en Sevilla?
-Sí, por cierto. El tío Tragalobos no tiene duda en ello. Su residencia no me la ha querido revelar ni aun a mí misma. A ti puede que te abra su

pecho. El mismo dijo que así lo haría.
Extraño acontecimiento en verdad. Ni es posible concebir cómo el tío Tragalobos ha hecho semejante descubrimiento.
-Por mi parte no puedo imaginarlo -dijo la gitana-; pero el tío Tragalobos me ha sorprendido a menudo con su mágico conocimiento de todas las personas y de todas las cosas de la tierra. Sólo a él le cedo yo mis artes. Nada está ni puede estar oculto a su vista.
-Esta misma noche emprendo mi viaje de vuelta a Sevilla -dijo Carlos.
-No podrías dar paso más acertado -contestó la nueva Circe-. Ve, pero no destruyas tu ventura ni la de la señorita con juveniles imprudencias. Acuérdate de que si cayeras preso en Sevilla, nadie podría salvarte. Entra en la ciudad por la noche, o más bien no entres, y ve a Triana por los arrabales. Pregunta por la calle y persona apuntadas en este papel, y ella te llevará a la cueva de Tragalobos, que no podrías tú hallar por ti mismo. Enseña por señal al guía la banda que yo te di en la montaña; y que de cierto llevas siempre contigo. Recibe mi bendición y prospera. No puede ser más larga tu visita. Llévatelo, Violante, y acompañe sus pasos la ventura.
-¿Querría usted seguirme, noble caballero? -preguntó Violante con reprimida voz, y los ojos clavados en tierra.
Y sin esperar respuesta, tocando apenas la yerba con leve planta, fue a llamar a Alberto a otra tienda. Siguieron éste y Carlos a la aérea Violante hasta descubrir el camino real. Allí fue la despedida.
-No te escaparás -dijo Alberto-, hermosura divina, sin que te dé pruebas de mi gratitud.
Quiso asirle los brazos, pero Violante con una sonrisa indicativa de su indignación, se soltó con agilidad increíble y acudió a Carlos por defensa. No menos vigoroso Alberto, había ya ceñido con sus brazos la frágil cintura, cuando le separó la mana de Carlos, interviniendo en favor de su hermosa protegida. Violante, con la indefinible expresión con que manifiesta la ternura dos ojos negros, tan dulces y diáfanos como los suyos, dijo, rosada la mejilla y con trémulo labio:
-Defiéndame usted, caballero, y deme la paz que le pido.
Hubo Carlos de interpretar mal la especie de paz que Violante le pedía, y ruborizado a su vez, rodeó con robusto muscular brazo la delicada forma de la doncella. Se resistió Violante en vano. Sus negros, sueltos y nítidos cabellos ondularon enlazados por el aire con los copiosos rizos de Carlos. Se aproximaron los encendidos labios, respiraron recíprocamente el fuego que vertían, y resonó bajo las mezcladas cabelleras un beso que hubiera podido sellar el más voluptuoso himeneo del templo de Pafos. Un instante después ya había Violante desaparecido.
-¡Ah, Isabel! ¿Perdonarías esta infidencia?, ¿te la hubieran a ti perdonado? ¡Cuán injustos y egoístas son los hombres!

## Capítulo IV

¿Es mejor hacer autos, y andar dando que decir a Satanás, y pidiendo el alma, y lloviendo ángeles a pura nube?

(QUEVEDO.)

El patriarca de los poetas, el inmortal Homero, poseído de uno de sus accesos de estro, pronunció al Helesponto nada menos que ilimitado, en otro sentido del que se le da a esta palabra en la fraseología militar.
Años y siglos corrieron sobre las cenizas del poeta, y sobre las ilustres ondas de su ahijado, el dicho ponto helénico, sin que audaz conquistador, sacerdote ni escribano osara poner límites a sus aguas, ni disputarle el magnífico dictado que Homero les concediera. Al fin dieron las islas de Albión un poeta que se atrevió a probar al mundo que era el estrecho indigno de su título. Se arrojó, pues, bizarramente a sus ondas y venció en potente lucha el líquido sepulcro de innumerables guerreros, y asió al fin con fuerte mano la playa opuesta. En el júbilo y exaltación de su triunfo dirigió una filial sonrisa al venerable cantor de Aquiles.
-Homero -dijo-, debía tener de las distancias las mismas ideas que una coqueta del tiempo; y lo mismo llama él ilimitado espacio a media milla, que ella eterno al efecto de tres semanas.
-Quisiéramos que el sublime vate anglicano a quien aludimos hubiera usado la voz amante en vez de la de coqueta; pues está probado que en el léxico del amor todo es eterno; infinito y para siempre. Por ejemplo: aún no hace un siglo que oímos a nuestro Carlos despedirse para siempre jamás de Sevilla, y ya le vemos resuelto a volver sin más motivo que las vagas insinuaciones de la tía Rodaballos. Bien decían algunos filósofos de la antigüedad, que dos dioses criaron a los hombres para que les sirvieran de risa y entretenimiento.
Antes que el sol, salieron para Sevilla Carlos y Alberto en dos caballos que a su muerte dejó el padre del primero; y ya cerca del mediodía entraron a descansar y guarecerse del calor en la venta de un pueblo blanco, limpio y agradable, cual suelen encontrarse en Andalucía. A cosa de las dos de la tarde se les apareció el ventero en traje dominical de domingo, y les dijo con semblante gozoso que si no se daban priesa llegarían demasiado tarde.
-¿Adónde? -preguntó Alberto.
-A la fiesta -dijo el ventero-. Pues, ¿a qué han venido ustedes?
-¡Tú qué fiesta oíste!
-¿Y adónde es, y de qué clase, y por qué? -volvió a preguntar contentísimo Alberto,
-¡No es nada para el caso! -replicó el de la venta- Pues, ¿quién ignora en España que hoy se celebra aquí la fiesta de nuestra madre del Retamal, patrona de esta muy noble, muy leal y muy heroica villa? Pues ya habrán ustedes conocido, si es que no viven en la luna, que aunque parece éste un lugarejo de cuatro casas, no es nada menos que una de las principales villas del mundo, y de una antigüedad que no se le ve el fin. Y no me enseñen ustedes los dientecitos como quien se ríe, que lo que yo digo es un evangelio. Hoy se celebra, como digo, con toda solemnidad la milagrosa aparición de nuestra Señora a un pastorcito, después de haber estado escondida por miedo de los moros treinta o cuarenta mil años, y aún me

quedo corto. Ha habido misa cantada hoy por la mañana. ¿A qué platicar? Aquéllos eran ángeles. Pues, ¿y la música?, ¿adónde me la deja usted? Flautas, violines, órganos y campanillas, tin, tin, tan, tan, chillando y berreando todos juntos que era aquello un paraíso. Luego nos echó un sermón el padre maestro fray Agustín Vinoso, que hasta los banquillos de la justicia lloraban a moco tendido. Tres viejas se desmayaron, y por poco no le da a otra una alferecía. Cuando se acabó en la iglesia, salimos todos raspahilando hacia casa a tomar un bocado, para ir con tiempo a ver jugar los mejores toros que jamás se han lidiado en los dominios de España. Aquí se han detenido Pepeíllo, Costillares; en fin, para no cansar, todos los toreros del rey que iban a Madrid. Con los fondos del Ayuntamiento se ha costeado una plaza de toros, edificada bajo la dirección de un célebre arquitecto extranjero. La octava maravilla del mundo. No hay en la cristiandad cosa con que compararlo. Después de los toros se toma un bocado, y a la comedia, coliseo magnífico preparado para esta ocasión. Mucha dudo que el rey mismo nunca haya visto por esas naciones donde se ha criado cosa ninguna como las decoraciones y telón de nuestro corral. Para ver esta función, nunca vista y oída, acuden de toda España gentes como hormigas. Conque, Dios quede con ustedes; que ya es tarde, y podría no hallar asientos.

Pensar que dejaría Alberto de concurrir a la fiesta; era excusado. Él y nuestro héroe se dirigieron, pues, al circo.

Se componía la plaza de toros del célebre arquitecto extranjero de la plaza natural de la villa, con las bocacalles atrancadas con carretas y fuertes tablones. Algunos tablados en los ángulos; y un grande balcón artificial enfrente de la casa del Ayuntamiento. Coronaban el balcón muchos florones de papel de varios colores, bajaban de él banderas y gallardetes, y una desmesurada colcha ondulaba también por delante, jugando con el viento, como si se sintiese orgullosa de verse libre por una tarde del servicio de la cama. También a las casas consistoriales se les había puesto una costra de ornatos del mismo género. Todo el circo, en fin, estaba hermoseado con imitaciones de animales, pájaros y flores muy bizarras y subidas de color, si no del todo parecidas a las originales que representaban. Manifestaba, empero, el ilustre artista que la había Imaginado el triple ingenio de Miguel Ángel. En la célebre ocasión que describimos concurrieron a la festividad cuantos personas hábiles moraban diez leguas en rededor de la villa. Los tauromatas ofrecieron de balde sus servicios, por estar destinado el producto de la fiesta al culto de la patrona, nuestra Señora del Retamal.

Estaba la plaza cuajada de gentes de toda clase, tanto vecinos como forasteros. Desde el balcón del mayordomo de nuestra Señora; es, a saber, el que enfrente de las casas consistoriales estaba, vibró por el aire el fiero acento del clarín que la boca de un negro tocaba. Una compañía de miñones catalanes entró en el circo, y por falta de tambor marchó al son de gaitas gallegas y panderetas hasta haber concluido el despejo. Estos mismos músicos subieron a los balcones de las casas consistoriales, para aumentar con sus instrumentos el bullicio estrepitoso que en señal de reprobación o aplauso hacía el público con castañetas, guitarras, almireces, pitos, campanillas y carracas. Reinaba entonces, ¡el cielo sea loado!, una afición bárbara por los toros. Loamos al cielo de que ya haya

concluido. Al son de todos estos instrumentos que el público sacudía, tocaba y soplaba como si hubiese perdido repentinamente el juicio, se apareció debajo de los balcones del mayordomo uno de los alguaciles de la villa, montado en un pequeño jumento y vestido del modo más fantástico que pudo sugerir la imaginación del antedicho artista. Escoltaban al jinete otros muchos alguaciles con sus ropas negras, golillas y estupendos espadones. Con tan lucido cortejo y cabalgadura marchó, pues hacia las casas consistoriales, foco de la belleza y elegancia femenil de la villa.
No le abochornó la risa de tanta hermosura; antes bien, alentado por ciertos espíritus víneos, prorrumpió el mismo héroe en inmoderadas carcajadotas, y siguió adelante con sus mirmidones amenazando a aquellas beldades, cual pudiera marchar Baco contra las musas. Hizo alto debajo de los balcones concejiles, y empezó a ondular el sombrero a sus lindas burlonas. El señor alcalde de la villa, sujeto de extraordinaria solidez y peso, se levantó al instante, sustentando en la cabeza una desmesurada estructura parecida a un sombrero de tres picos. El bastón oficial lo conservó en el lado de la espada. Oprimía los hombros y espaldas de su merced una inmensa casaca, que aunque de dimensiones incalculables, parecía aún chica para sustentar unos cuantos botones de acero, o más bien rodelas pequeñitas, con que defendía el señor alcalde su cuerpo. Este magistrado sacó una llave de la insondable faltriquera del faldón derecho, echó atrás la formidable pierna del mismo lado, levantó el brazo y se puso con alta dignidad en ademán de arrojar la llave al alegre alguacil que abajo la esperaba. No hay español que ignore cuán importante y esencial es que caiga la llave del toril dentro del sombrero del que va por ella, que se le premia, como es debido, con cierto número de ducados si lo consigue, y se le silba en no lográndolo. También se puede ejecutar con mayor o menor perfección acto de tanta trascendencia.
Estaba nuestro alcalde, repetimos, con la diestra en alto, y la esperada llave suspendida de una cinta. Tomó bien la puntería, guiñó el ojo izquierdo e hizo dos ademanes por vía de ensayo para acabar con buen éxito tan alta hazaña. Al fin, inclina el cuerpo atrás resueltamente y dispara la llave con toda su fuerza. Pero, ¡ay de las esperanzas humanas si no había el alcalde calculado la gravedad y fuerza centrípeta del faldón izquierdo de su casaca! Sólo una vez al año acostumbraba ponerse esta prenda, y cuando así se engalanaba, iba como tullido y sin libre movimiento. El dicho faldón, ya pesado de por sí lo bastante para echar abajo una iglesia, venía en la tarde que hablamos relleno con una grande vejiga de aguardiente, que desordenando el equilibrio de su merced el señor alcalde le hizo inclinarse lateralmente sobre una doncella de cuarenta y cinco o más años que junto a él estaba. La llave descendió en tanto verticalmente y con admirable compostura a los pies de su merced.
La furiosa damisela, cuya faz recibió el macizo codo del alcalde, le habría sacado los ojos al «demonio del animalón (son sus palabras), bárbaro y torpe, que de tal modo se conducía ante las damas», si la risa de todos los espectadores y la estrepitosa voz de todos los instrumentos no se lo estorbaran.
La proyección de la llave no se hubiera verificado aun en mucho tiempo, a no haberla cogido un muchacho, hijo de su merced el magistrado, y lanzándola al primer amago diez varas más allá del gozoso alguacil que la

esperaba. Rebajó éste tres ducados de alegría de su semblante, la cogió del suelo suspirando y volvió con desconsolado rostro, y al son de campanillas, pitos, almireces y carracas, a entregarla al señor mayordomo para que mandase abrir el chiquero. Entonces se presentaron los picadores en sus caballos andaluces, que parecían guiar antes con el deseo que con ningún signo visible. Luego se presentaron el célebre Pepeíllo y el cierto Costillares a la cabeza de sus banderilleros. Estos semidioses del circo eran los matadores, dignidad respetable en aquella época, y la sola que jamás se ha concedido en España al verdadero mérito o al que mejor la mereciera, o mejor fuera capaz de desempeñarla. Venía vestido Pepeíllo de rasoliso blanco, bordado de oro; Costillares, de color de rosa con cabos de plata: ambos eran modelo de varonil y vigorosa belleza. Los banderilleros rivalizaban en esplendor a sus jefes y exhibían una notable variedad de colores y adornos en sus trajes. La presencia de los héroes excitó el más ruidoso aplauso de voces e instrumentos, y mil blancos pañuelos aparecieron en manos aún más blancas, saludando su venida y llenando sus pechos de audacia.

Un profundo silencio se apoderó entonces de la asamblea. Todos los ojos se fijaron en el alcalde, todas las lenguas enmudecieron, menos la de aquella malhadada señorita con cuyo rostro no había mucho estuvo en contacto el codo de su merced, la cual blandiendo su abanico en guisa de hercúlea clava, seguía con volubilidad admirable poniéndolo como ropa de pascua. Nuestro magistrado civil recibía con laudable impasibilidad aquellas incesantes rociadas de palabras, sin mover un músculo, cuadrado al frente, y mirando fijamente al cielo, como si a nadie tuviese a la oreja. Más de una mano anduvo perdida mucho tiempo por los infinitos y grandes pliegues de los faldones del alcalde tirándole sendísimos tirones, antes dé que su merced cayera en que se aguardaba su señal para continuar la función. En efecto, con la debida solemnidad, que el alcalde nunca obraba de ligero, levantó el brazo. Se apeó de la velluda; gruesa y oscura mano en la dilatada superficie del sombrero; los dedos, del color, forma y dimensiones de otros tantos chorizos extremeños, erraron por el plano en busca de algún asidero, hasta que lograron afianzar el pico superior. Se quitó entonces el alcalde aquella su formidable tapadera, y empezó con extendido brazo y fuerza gigantesca a sacudirla por el aire, cual pudiera una viga de Arquímedes sacudir el bajel de un sitiador romano. La señorita del abanico vio con terror inexplicable el súbito descenso y venida hacia su magullado rostro del sombrero de su merced. Dio agudos gritos, se encogió e hizo un ovillo, y postrada por tierra su belleza, aún siguió maldiciendo al insensible bruto que iba a estrujarla viva como a un sapo.

A la señal del alcalde resonó el clarín desde el balcón del mayordomo, y se abrieron las puertas del chiquero. Salió un toro negro de los que llaman Claritos, y se puso en medio de la plaza. Se presentaron uno a uno, a desafiarlo todos los picadores, pera el pacífico animal huía de ellos, dando pruebas de tener apacible y suave carácter. Le rompieron los chulillos el rugoso cuero del pescuezo con las puntas de las banderillas, sin poder excitar su enojo.

-¡Fuego! ¡Fuego! -clamaba el pueblo impaciente al son de almireces, carracas, pitos y campanillas.

Una voluminosa inclinación de la cabeza del alcalde concedió la demanda. Y

lo mismo que si no fuera sensible la piel del manso animal, lo mismo que si al romper sus vísceras y membranas, y al abrasarle las vivas y recientes heridas con encendido azufre, no hubiese de padecer agudísimos dolores, se complacían aquellos inhumanos espectadores, harto más feroces que la fiera misma, en oír sus quejas y bramidos. Frenético el animal con tantos martirios, llenaba el aire de sus quejas, hasta que, al fin, se lanzó sobre los crueles perseguidores. Entonces salió Pepeíllo y burló con admirable destreza la furia de su oponente; y viendo que no partía bien y que volvía a su timidez primitiva, lo mató a pasa mano y sin muleta. Entraron las mulas y se llevaron el cadáver de aquel toro filosófico y bondadoso.

El bullicio y desaprobación del público cesó al sonar la trompeta. Se presentó en la plaza un toro tostado de poca talla, pero lleno y bien hecho. Miró alrededor y se dirigió a los picadores con grande compostura. Salió el primer jinete en busca de su adversario, el cual, sin volver la cara, se retiró algunos pasos, rugiendo con reprimida voz. Escarbó la tierra, levantó el polvo con su resuello y, al fin, se lanzó como un torbellino sobre el caballero. Le puso la vara en la cruz, se apoyó en ella, cejó su caballo y lo sacó libre y victorioso. Las capas de los chulos distrajeron la fiera diestramente, llevándola sobre el segundo picador. Esta suerte no fue tan afortunada. Partió súbito el toro y levantó con portentosa fuerza por el aire caballo y caballero. Intervinieron, pero sin buen éxito, las capas de los de a pie; llegó el toro al postrado jinete, y enterrándole el asta en la parte inferior del estómago, le sacó la roja y humeante punta por cima de la rabadilla. No saciado aún con este triunfo, llevó su víctima alrededor de las barreras, y vio el público con horror y gritos histéricos las trémulas manos y cabeza barriendo el polvo en la carrera, y las piernas fijas y vibrando convulsivamente en el aire. Algunos horribles quejidos se oyeron sobre el general murmullo antes que el picador, expirara. Galopa en tanto su caballo a impulsos de la última agonía, lanzándose contra las barreras y paseándose y despedazándose las entrañas en la arena. En este fantástico curso de una parte a otra, se arrojó muchas veces sobre el cuerpo de su jinete, alzado aún en temeroso triunfo sobre las calientes astas. El toro al fin arrojó en alto el inútil cadáver, se dirigió al caballo y le libró de la vida con mil heridas horrorosas.

Aunque con alguna cautela y siempre cerca de las barreras, se continuaron las suertes de los picadores. Muertos otros seis caballos y lleno ya de banderillas el peludo cuello de la fiera, sonó el clarín de muerte; y el intrépido Pepeíllo, con la espada y roja muletilla en la mano izquierda, se presentó ante el concejil balcón a pedir permiso para matar el toro a la salud de su merced del señor alcalde y de la niña de su amor. Se hallaba a la sazón nuestro magistrado urbano con la cabeza diagonalmente inclinada sobre los hombros y los entrecerrados luceros mirando fijos a las regiones celestiales, en un ángulo por lo menos de cuarenta y cinco grados. Es posible que estuviese su merced sacando alguna cuenta de memoria. En este apuro apelaron los circunstantes, como en la ocasión de marras, a sus faldones, y comunicándole por las corvas movimiento a la cabeza; como se hace con los parte-piñones holandeses, lograron forzarle a inclinar la frente a puros tirones y aceptar por sí la dedicatoria de

Pepeíllo. Éste salió galanamente hacia el toro y haciendo besamanos a las caras bonitas de andamios y balcones y...
En este instante empezaron a crujir los maderos del balcón del mayordomo, que se desplomó con espantoso estrépito y con cuanta gente le ocupaba. Se hundió al mismo tiempo uno de los andamios. Empezó también a temblar el de Carlos, que saltó ligeramente a la plaza, fiado en su agilidad y en su destreza. Le siguió Alberto, preparando ambos las capas para defenderse en caso necesario. No puede imaginarse la clamorosa confusión de la plaza. Los que cayeron sin romperse ni dislocarse las piernas, corrían ciegos de una parte a otra, con tanto miedo de acogerse a los ruinosos andamios, como de permanecer dentro de la arena a merced de la temida fiera, cuyas astas conservaban aún reliquias de las entrañas del picador. Llevaba el toro el terror en sus movimientos, resonaba la plaza con sus bramidos y ebrio y ciego de furor no perdonaba víctima, despedazando igualmente hombres, mujeres y niños. No podían los toreros contenerlo ni usar de sus armas, por impedirlo el miedo de la multitud, que por todas partes se agolpaba. En tanto se venían abajo, otros andamios; sólo se veían lágrimas y sangre, sólo se oía el estruendo de los rotos maderos, los alaridos y lamentos de los que padecían. La escena era, en efecto, aterradora. Carlos y Alberto se aproximaron voluntariamente al toro, con el doble objeto de proteger si podían las mujeres y niños indefensos y de librarse de las oleadas del tumulto, porque el que en él una vez caía no se levantaba jamás. El bizarro Costillares pudo, al fin, abrirse camino hasta la misma cabeza de la fiera, mas le hizo perder el equilibrio la turba que huía, y cayó bajo las pezuñas del toro. Carlos tomó la espada que al matador se le había caído, y cerró con el frenético animal. En aquel momento había cogido a un caballero joven, ligero y suelta de movimiento, pero que se hallaba sin capa con que defenderse. El asta homicida había ya desgarrado su rico traje, cuando expiró el toro con un aterrador bramido por la espada de Carlos. Pálido el caballero, cubierto de polvo y sangre, se levantó al punto, vaciló un instante y recobrada su serenidad se dirigió a Carlos como a su libertador, y abrazándolo estrecha y repentinamente le dijo:
-¡Y usted había de ser, amado estudiante mío, el que mi vida conservara! ¡Feliz tres veces la noche en que nos dejó sin cenar el ventero, pues que debí al hambre el placer de su amistad!
Carlos reconoció con placer infinito al docto y juvenil caballero de Guzmán, el del viaje arqueológico y literario.
-Curemos por ahora de ver si tiene usted alguna herida -le dijo Carlos, examinando el sangriento y roto vestido-. ¿No siente usted dolor?
-Ninguno, salvo en las regiones internas del órgano odorífico.
-¿Herido el órgano? -preguntó Alberto creyendo que se trataba del de alguna iglesia.
-Sí, señor, el órgano -contestó de Guzmán-, o de otro modo, que tengo desbaratadas las narices. Y para poder apreciar su mérito de usted, buen señor preguntador; hágame el obsequio de decirme quién es, si tal satisfacción no le desplace.
-Yo contestaré en su lugar -dijo Carlos-. Su nombre es Alberto, su sangre hidalga, y sus cualidades buenas. Él es mi primero y mi mejor amigo.
-Títulos son estos dos últimos que le envidio -exclamó de Guzmán

alegremente-. Injusto sería, empero, privar de ellos a su Diógenes Patrocles que sin duda mejor que yo los merece. De aquí adelante, señor don Alberto, cuénteme, le pido, en el número de sus amigos.
Con estas y otras palabras se iban los tres jóvenes acercando a la mansión del caballero de San Juan. Otro vestido, alguna poca de agua, jabón y esencias, le borraron todas las huellas del pasado accidente.
-Ahora a refrigerarnos -dijo el caballero, mandando a su mayordomo le trajese algunas botellas del más regalado vino, frutas y dulces.
Éstas se pusieron alrededor de un par de dorados faisanes.
Carlos y su compañero no parecían del todo dispuestos a honrar la improvisada merienda de su huésped.
-¿Y cómo así? -preguntó éste: ¿No se acuerda usted, señor estudiante, que la primera vez que nos vimos ayunamos lo que para todas las cuaresmas que de la presente centuria quedan? Gocemos ahora de la presente abundancia. No creí esta tarde cuando me vi en las astas del toro, volver en mi vida a abrir la boca.
Y viendo que sus palabras no producían el efecto deseado, asió el caballero gentilmente de las manos a sus amigos, y los condujo a la mesa, enfáticamente diciendo:
-¡Al banquete, señor estudiante! Acabe tanta resistencia, y acuérdese de que los dioses mismos: Epei pausanto ponon tetuconto te daita daimunto23.
Con éstos no inteligibles sonidos, que eran griego para todas las personas presentes, y quizá para el mismo de Guzmán que los pronunciaba, se sentaron todos a la mesa, y se empezó la operación del trinchar.
-¡Algún genio infame debe presidir, señor estudiante en nuestros festines, cuando los celebramos juntos! -y luego al paje-: Llama al cocinero a mi presencia.
Poco después entró un hombre como de treinta años, ricamente vestido, y practicando las reverencias más profundas.
-¿Sonno questi fagiani fatti di rocca -le preguntó el de San Juan con severidad bastante- o di carne?
-Io creddebba -replicó el urbano cocinero con una profusión de apologísticas cortesías- che la sua eccellenza gli vorrei per la cenna e forsa non saranno ancora arrostitti abbastanza.
-El pícaro tiene mil razones y hay que dejarlo ir -dijo el caballero-. Llama a mi valet de chambre.
A este funcionario le dio la orden que sigue: Allez au theatre tout de suite, et prenez en trois places de loge.
Se volvió el caballero de Guzmán hacia sus amigos, y viendo con gusto que había observado su poliglotismo, dijo, como por excusa:
-Está uno obligado a saber más lenguas que si deseara entrar de intérprete en la torre de Babel, y con todo eso, cada vez le sirve a uno peor esta canalla.
Y luego en particular a Carlos, con una dulce sonrisa:
-Si viviéramos, querido estudiante, en aquellos días venturosos en que sancionaban los dioses los vínculos amistosos de sus favorecidos hijos, ¡cuán ardientemente les pediría yo que enlazaran con el amor más suave la ternura de nuestros corazones! Pero nuestros días son los de la frigidez, llenos de pringue o de tabaco cucarachero, gente que nunca ha gozado de las delicias de la amistad. No obstante, como nuestro vino no cederá

probablemente en gusto y fragancia al néctar con que el suave Anacreonte se emborrachara, pues en prosaico así se dice, hagamos una oblación en las aras de la amistad a la memoria de los tiempos antiguos.
Bebieron con harta libertad nuestros jóvenes, aunque sin imitar al suave Anacreonte. La conversación volvió naturalmente a los asuntos de la tarde; y expresó Carlos su maravilla de que hubiese permitido el señor alcalde la erección de tan débiles tablados para tanta gente como se esperaba.
-No padezca -dijo de Guzmán interrumpiendo a su amigo-, la opinión artística del desmesurado alcalde. Su merced, aun cuando poseyese algunos rudimentos de arquitectura, debió someter su juicio, como lo hizo, al de un facultativo, un adepto de las artes.
-A quien Satanás se lleve, y mejor mientras más pronto -dijo Alberto-, sin dejarlo nunca volver por acá a construir otra plaza.
-¡No, por Vulcano, señor Alberto! -replicó el caballero- No desee usted tan desagradable reclusión a un amigo de su amigo don Carlos, pues ha de saber, señor estudiante, que no es otro el arquitecto que el Praxíteles de marras. Por este nombre distingo yo, lucus a non lucendo, al autor del estupendo San Cristóbal, a quien tal vez conservará usted todavía en sus reminiscencias. Bajo mis pobres auspicios y patrocinio consiguió se escogiese entre otros candidatos para dirigir los monumentos con que ha de honrarse este memorable aniversario de Nuestra Señora. Mi intención fue proporcionarle al pobre algún trabajo. Usted ha visto las consecuencias de mi filantropía, y a mí no se me olvidarán tan pronto. Veo que ya esquivan ustedes las botellas, con que si lo aprueban nos dirigiremos hacia el coliseo a ver cómo nos trata Talía.
-¿Y ha salido también el coliseo de los talentos de Praxíteles? -preguntó Carlos.
-No, señor estudiante. La parte sólida puede sustentar siete mil cuerpos de la gravedad específica del de nuestro alcalde, pues no es nada menos que el piso bajo de las casas consistoriales, es decir, el mundo adonde estaremos seguros, a no ser que haya terremoto. Los ornamentos sí son de la invención de Praxíteles; pero, aunque todos los del techo nos cayeran encima, no podrían hacernos otro mal que ensuciarnos el sombrero, como creo que lo trae Gerardo Lobo, entre paréntesis, excelente poeta de su clase.
Diciendo así, salieron los tres para el teatro.
-Tengo que comunicarle a usted un secreto, señor estudiante -dijo por el camino el sanjuanista-, que tal vez me estaría mejor conservar en el pecho. ¿Podrá usted creer que llevo tal ansiedad por el buen suceso de la comedia, como si, en efecto, fuese hija mía?
-Quizá es usted, en efecto, su padre, señor mío -le contestó Carlos.
-¡A fe mía que no he tenido la menor parte en su engendro! Puedo haber ayudado a criarla, y esto es bastante para que, en calidad de padrino, me interese infinito su suerte. La comedia es de uno de nuestros autores antiguos, y yo he trabajado algo en purificar la dicción, en simplificar el argumento, e introducir en el diálogo el espíritu de la gracia y chistes modernos. Pero es el plan original tan absurdo y desconcertado, que me temo hayan sido inútiles todos mis esfuerzos para mejorarlos. También tendré la desgracia de oír recitar mis versos por los actores bárbaros de una compañía de la legua, y la de que los escuche y aplauda un

público apenas capaz de entender los conceptos de don Cristóbal Pruchinela.
-¿Y por qué -preguntó Carlos- emplea usted tan mal sus talentos y numen poético?
-El hijo del caballero del verde gabán nos lo dice en Cervantes. Tenía por loco al lunático paladín de la Mancha, y a pesar de eso le gustaba que le alabase sus versos. Y yo mismo, ¡cuántas veces no codicio el aplauso de aquellos cuyas opiniones desprecio! Adúlame, que me gusta, decía el otro romano; y yo ya pienso que con corta diferencia todos sienten lo mismo. Los príncipes y ministros pagan la adulación porque tienen de que los necesitados y truhanes venden: adulación para vivir; el amor no tiene vira más aguzada que la alabanza y en el mundo moral es la lisonja importantísimo y principal agente.
Ocupaban las tablas o la escena para hablar en culto, un extremo de la sala capitular del pueblo. El telón y pabellones eran de indianas de varios dibujos, que indicaban haber servido de colchas antes de entrar en el templo de Talía. La luneta formada de bancos y sillas. Una arquería de cartón encerraba la luneta, descansando en barandas del mismo material, fantásticamente decoradas e imitando palcos para el señorío. El techo estaba cubierto de guirnaldas, banderas, cuernos de la abundancia, máscaras, cañones de artillería, lagartos y otros varios objetos no menos alusivos, todos de papel pintado. También bajaba de él una araña con doce velas de cera. Cada palco estaba, además, alumbrado con sendas torcidas, cuyo vapor podía olerse desde Madrid. Es cierto que los adornos correspondían a la iluminación. En cada palco había una batalla de moros y cristianos, recortada de papel y suspendida con alambres. Y con tanta novedad se representaban los tales combates, que tenían los vasallos piernas encarnadas y cuerpos azules; los más de los jinetes caras verdes; los pájaros eran mayores que los caballeros, y más pequeños los árboles que las piernas de los caballos.
Estaba ya el teatro lleno a la llegada de nuestros amigos. Las gaitas gallegas ya chirritando alegremente, acompañadas por las panderetas. Pero, ¿qué colores serán bastantes para pintar el resplandor, el lustre y el brillo de las hermosuras de los palcos?, ¿qué voz para cantar la riqueza de las joyas, la variedad de los trajes? Digamos sólo que ni antes ni después de la ocasión que nos ocupa, vieron tan suntuosa concurrencia ni la villa que celebraba aquélla festividad, ni las chozas ni las aldeas de diez leguas a la redonda.
Era el señor de Guzmán uno de los jóvenes más finos y amorosos de la edad de Carlos III. ¿Cómo había, por consiguiente, de sentarse sin dirigir a la señora que por acaso tenía junto una arenga rebutida de flores filológicas y escogidas bellezas de elocución? Descansó, pues, la leve mano en el puño argentino de la espada; hizo del cuerpo un arco, y desviando el sombrero media vara a la retaguardia, hizo un discurso pidiendo permiso para sentarse a la dea que le cayó de canto. Usando nuestra hermosa de coquetería algo más que villana, se puso el abanico por delante del rostro, como rejilla de confesionario, manteniéndose firme en su posición, y sin dignarse inclinar el cuello una línea hacia el caballero. Tan pronto, empero, como entendió por varios signos que aquellas no inteligibles palabras del caballero estaban destinadas para su oreja, le

lanzó una fogosa mirada a través de las varillas del abanico, y no pudiendo imaginar por qué estaría el orador en postura tan incómoda y extraña, hubo de sospechar que había cierto fondo burlesco en la oración, y así replicó en ácidos acentos:
-Más valía que se sentara su merced del mozalbete, y dejara en paz a las damas. A otra puerta, hermano, que no tenemos aquí los dientes de corcho. Cuidado que no venga a echar pullas y le empullen en el pueblo. Cada uno en su casa y Dios en la de todos. ¿Quién le pregunta a usted qué nombre tiene?
Esta severa y poco merecida reprimenda atrajo la atención de Carlos, que reconoció inmediatamente los mismos postreros flecos y flores, la misma profusión de cintas y exuberantes ornatos que habían en la corrida de toros engalanado a la damisela de cuarenta y pico que estaba junto al alcalde. Cuando se concluyeron los toros, del áspero modo que se ha dicho, bajo de los balcones del ayuntamiento adonde estaba, se dirigió a su casa, y descubrió con furor inexplicable la diestra mejilla llena de dilatadas marcas, carmesíes, azules, púrpura, pajizas y negras, las cuales juntas y mezcladas no dejaron de parecerse al primer bosquejo de un pintor que imagina un tormentoso paisaje. Se cubrió el esmaltado carrillo con papel de estraza mojado en agua y vinagre, y quería por eso en el teatro ocultar tan tosca cubierta con su abanico.
Pero he aquí que acaba su tonada la gaita gallega, suena un agudo silbido, y se levanta el telón. Un robusto mocetón se presenta vestido de mujer representando la alegría. No hubiera sido el comediante mal símbolo de aquella dama alegórica, a no haber lo membrudo de sus piernas y brazos, sus barbas y porte, indicado mucha mayor estabilidad y firmeza que gozó nunca la alegría. Un libro, unas manos y cabeza perteneciente a otro individuo de la tropa, hicieron su emersión por detrás de los bastidores, y empezaron a apuntar la alegría en voz clara, robusta y sonora. Así se recitó un doble prólogo con diversión de Alberto, tedio de Carlos, y desesperación completa del señor de Guzmán. Cayó el telón, empero, y resonaron mil aplausos y palmadas.
Fuese obra de algún espíritu cepa-a-oscuras, enemigo de toda diversión y contento, o fuese que existía cierta atracción molecular entre las partículas del alcalde y las de la añosa virgen de los flecos, no es averiguación esencial para esta historia. Lo cierto es, estos dos entes se juntaban cual si los ligase algún fatal magnetismo, pues no fue otro más que el mismo alcalde el que entró después del prólogo en el teatro, y ocupó el solo lugar que había vacío, y en reserva, esto es, al lado de la empapelada señorita. El alcalde se cuadró al frente como acostumbraba. La señorita de los cuarenta, y más le miró con la dulzura de un basilisco, y separándose cuanto pudo hacia el caballero de Guzmán, tiró de sus flecos con insólita aspereza, como si temiese, que se los mancillara el contacto del alcalde, y se preparó; en fin, a gozar por toda la noche los placeres de una importante cólera.
Resonó otra vez el pito y se levantó el telón. Detrás estaban todos los cómicos que habían de representar el auto. Allí estaba el Padre Eterno, dos ángeles, un fraile, la concupiscencia, la templanza, las tres Marías, Judas Iscariote y otros muchos caracteres; cada uno de los cuales fue explicando quién era, al modo que los actores de Shakespeare dijeron al

rey cuál representaba al león, y cual la pared. El diablo fue el que hizo la última confianza,

Le publique est discret et ne le dira pas...,

añadiendo que era el gracioso, para que supiera la gente cuándo había de reírse.

Empezó el diálogo entre una de las Marías y Judas Iscariote, a quien daba frecuentes y donosos consejos el diablo. A cada palabra suya disparaba el auditorio mil tremendas risotadas. Se hizo general la alegría. Hasta la rigidez y severidad de los músculos del alcalde empezaron a disiparse. A la chuscada inmediata (pues la boca del diablo estaba llenita de ellas) replegó el alcalde el pellejo de sus inmensos párpados. Poco después arqueó los ángulos de los labios, descubrió dos hileras de blancos, robustos y dilatados dientes, las separó al fin, y dio salida a una carcajada alcaldina, que atronando el teatro, resonaba sola por cima de todas las otras risas. Carlos, de Guzmán y Alberto cogieron el mal. Se reían de ver las singulares contorsiones del alcalde; y viendo éste que le segundaba el público, redoblaba sus carcajadas en robustez y número, oprimiéndose ambos ijares con los cerrados puños. Si el diablo hubiera sido en realidad el mismo Satanás, quizá no habría podido levantar, tal tole tole. Hasta las tres Marías, olvidando su condición, empezaron a hacer muecas y reírse de lado, comunicando la enfermedad a Judas Iscariote, a los ángeles y la concupiscencia, y, en fin, a toda la comparsa. Pero cuando se echó el diablo a reír y hacer gestos fue ella. El monosílabo «¡bien!, bien!», resonaba entre la estrepitosa broma del alcalde, como la voz de Bóreas entre el tumulto de la tormenta. La jovialidad de su merced crecía por instantes. Dejó sueltas las formidables manos que ondulaban al compás de las carcajadas; dejó caer dos lágrimas, una por cada ojo, que tendría la menor media azumbre de agua; y en la exaltación, en fin, de aquel gozo intenso, le dio un manotón a uno de los vasos verdes llenos de aceite, depositándolo con su llameante torcida en las flecudas faldas de la señorita antedicha.

-¡Oh dioses! -exclamó de Guzmán al punto- ¿Y habéis así permitido que mancille este pestífero licor el más complejo de cuantos sirqueos faldellines tiene hoy España? ¿Un vestido tan de moda y elegante en tiempo de Fernando e Isabel, esto es, un par, o poco más de siglos hace?

Y mientras estas y otras cosas decía, le quitó a la niña el encendido algodón de la falda, que ya empezaba a arder.

No hay furia recién escapada de las cavernas infernales, gato cuya cola pisa desventurado pie, que vuelva contra su adversario con más violencia que se lanzó la señorita sobre el alegre alcalde. Vio el magistrado las agudas uñas cerca ya de sus ojos, oyó los penetrantes chillidos que le taladraban el cerebro a través de la oreja, y un pánico terrible se apoderó de su alma. Levantó la mano a los confines del sombrero, se le encasquetó hasta la nariz, y sacando los codos hacia fuera, estableció dos ángulos salientes de una fortificación tan inexpugnable como pudiera inventarla al ingenio constructor de Vauban. Una columna de granaderos no hubiera abierto por allí brecha. Pero no habían aún acabado los

infortunios de la noche. Cayó, la torcida desde las faldas de la señorita en un San Martín de papel a caballo que adornaba el palco. El santo bendito y su trotón, ambos quedaron reducidos a cenizas, lo mismo que los moros que tenía a los pies, los árboles y pájaros, guirnaldas y barandas. Se comunicaron las llamas de palco en palco, se pegaron a las cortinas, empezó a arder la madera, y todo queda en un instante envuelto en fuego y humo.
Aunque no era la conflagración peligrosa, por ser de piedra el edificio y abierto por todas partes, Carlos y sus amigos, se pusieron expeditivamente en el aire libre para escapar ahoguío, si no asamiento. Así concluyó la comedia. El señor de Guzmán juró por la laguna Estigia no concurrir jamás a sitio alguno donde hubiese respirado Praxíteles.

## Capítulo V

Dejad los dulces regalos
y el blando lecho dejadle;
socorred a vuestra patria,
y librad a vuestros padres.
No se os haga cuesta arriba
dejar el amor süave,
porque en los honrados pechos
en tales tiempos no cabe.
Al arma, capitanes;
suenan clarines, trompas y atabales.

(Romancero.)

-¿Y no podré conseguir detenerle a usted conmigo siquiera cuatro o cinco días, mi querido estudiante? -preguntó el erudito de Guzmán a Carlos al tomar a la mañana siguiente el chocolate.
-No podía gozar de mayor gusto que el de aceptar tan grato convite -respondió Carlos-, pero sabiendo usted como sabe las razones que me llevan a Sevilla, no creerá extraño que me resista a posponer el viaje. ¿Cuándo le fue lícito a un caballero de nuestra edad obrar con indiferencia en un affair de coeur?
-¡Superlativamente cierto! No hay delicia sublunar que deba anteponerse por un bizarro joven a los negocios de su dama. Sin embargo, la seguridad de su individuo y hombre físico de usted merece tal cual consideración, pues no ha de darse todo al alma mientras la tenemos inquilina del cuerpo. ¡Le envidio a usted su historia y aventuras! Supongo que no me habrá usted sólo confiado la verdad, sino toda la verdad, partiendo de cuyas premisas puedo juzgar de su situación de usted tan bien como usted mismo.

Deténgase, pues, hasta la vuelta de un correo que en posta despacharé a Sevilla a un pariente e íntimo amigo mío. Él se informará de todo, y me dirá sin tardanza si puede usted o no presentarse en aquella ciudad, o si en hacerlo así peligrará su vida.
-Crea usted sinceramente, buen caballero y amigo, que cada palabra suya enciende una nueva llama de gratitud en mi pecho. Yo pospondría gustoso mi partida si no estuviera resuelto a ir a Sevilla, sean cuales fueren los peligros del viaje.
Mientras Carlos y Alberto se preparaban para el camino, el señor de Guzmán escribió y cerró su carta. Se separaron poco después los nuevos amigos con mil bondadosas expresiones. Carlos deseando al caballero lograse descubrir medallas antiguas por centenares, de Guzmán diciéndole a Carlos concierta sonrisa satírica: Vituperanda est maxime tua incuria.
Los viajeros hicieron por acercarse a los arrabales de Sevilla una mañana muy temprano para poder entrar en la ciudad sin ser vistos. Llegaron hasta la puerta de Carmona, cuando inesperadamente vio Carlos al acartonado escribano de su pueblo, paseándose muy despacio al través de la puerta con una capa nueva en la espalda. Los ojos de este funcionario estaban por fortuna fijos en el suelo como si buscase algún alfiler que se le hubiese perdido, o contara las chinitas que por tierra había. Su postura impidió al escribano ver a Carlos ni a su compañero, pero éstos tuvieron que volverse, apartándose lo bastante para no ser reconocidos.
Poco después de esta honrosa retirada empezó a salir gran cantidad de gente por la puerta de Carmona; extendiéndose por el camino y prados adyacentes. Alberto le preguntó a un campesino el motivo de aquella concurrencia. La respuesta fue otra pregunta.
-¿Le parece a su merced, señor hidalgo -dijo el de las polainas-, que nos chupamos aquí el dedo? Pues, ¿quién ignora que toda la tropa y nobleza de esta muy noble y muy leal ciudad sale hoy a la revista del invicto general Landesa? A otro can con ese hueso, que yo soy perro viejo, y no hay conmigo tus tus.
El sonido de los clarines anunció desde lejos la llegada de las tropas. Carlos y su compañero se entraron en un olivar, adonde podían permanecer ocultos espectadores de la parada. Cuatro soldados y un cabo de a caballo se presentaron los primeros, vestidos de monstruosas casacas amarillas, con formidables sombrerazos de tres picos y desmesuradas botas de montar. Las armas, espadas de más de la marca; los adornos, coletas tan largas como tres hojas de Toledo, y bigotes tiesos y empinados, casi tan largos como las coletas. Iban estos campeones de batidores, precediendo a cierta distancia la cabeza de la columna. Ocho trompetas se guían en caballos blancos acompañados de cuatro timbaleros. Un anciano caballero de plateada cabeza, también vestido de amarillo, pero con pecheras y vueltas de costoso encaje, con cruces e insignias de jefe, montaba un soberbio bridón, mandando el regimiento de la reina, que medianamente armado y disciplinado salió de la puerta de Carmona. Dos jinetes acompañaban al coronel, uno el ayudante y otro el capellán del regimiento. Después de este cuerpo venían en un brillante grupo de oficialidad a caballo el general y su estado mayor. Marchaban la columna junto al olivar en que habían entrado Carlos y su amigo. No dejó de causar un repentino sobresalto a nuestro héroe la vista del general, en quien reconoció al

mismo jefe que acompañando a la marquesa del E., había reclamado en la cárcel como suyo el pañuelo que le robó Tragalobos. La música de nuevos clarines un acompañamiento más armonioso de timbales resonó precediendo a la real maestranza de caballería. Veinte músicos negros componían la banda de este brillante cuerpo. Iban vestidos de grana bordada de plata, y a caballo en bellos palafrenes blancos, domados para este especial servicio. Las trompetas y timbales estaban adornados también con telas de sedas bordadas de plata. Los picadores iban a diez varas de los músicos, dando pruebas en soberbios caballos negros de las mejores razas de Andalucía. Dos maestros de armas seguían vestidos de completa armadura, los ricos penachos de sus yelmos ondulando libremente por el aire como las crines de sus caballos, las doradas hebillas y clavos de oro de los petos quebrando los rayos del sol, y dispersándolos por el aire en mil deslumbradores esmaltes. A veinte varas de distancia de estos meniales marchaba la flor de la nobleza sevillana haciendo alarde del lujo más espléndido que la sencillez militar puede admitir, y de aquella equitación perfecta que siempre la ha hecho célebre. Pasaban de doscientos los caballos. Ninguno parecía mover la mano para reprimir la impaciencia del ardiente bridón, que ora alzando los fuertes y ligeros brazos, ora contrayendo todos sus músculos y miembros, trotaba a galopado en reducidísimo trecho sin separarse un ápice de la línea. Avanzaba el escuadrón en divisiones de a cuatro con marcial elegancia y lentitud caballerosa. Un cuerpo de mil jinetes, armados de punta en blanco, seguía al de la maestranza. Se componía de pajes, escuderos y otros dependientes, costosas y uniformemente decorados; las casas a que pertenecían se indicaban por los colores de sus plumas y armas bordadas en las mantillas de los caballos. Tres batallones de infantería, con uniformes blancos, formaban la retaguardia. Iban armados de poderosos mosquetes o fusiles, y bayonetas de prodigioso tamaño. Un coronel y varios ayudantes a caballo iban a la cabeza de la infantería. Cuando pasó el segundo batallón, sobrecogió a Carlos otra emoción de sorpresa reconociendo en un sargento mayor al capitán que disputó a los presos la salida de la cárcel, y cuya espada llevaba él mismo a la cintura.

Cuando hubo pasado el último militar se retiró Carlos a ciertas ruinas de una iglesia o ermita que dentro del olivar estaban. Alberto fue, entre tanto, a la ciudad para preguntar por la habitación del caballero a quien venía dirigida la carta del señor de Guzmán. No tardaron en hallar la casa por ser la de don Lope Grañina de Portocarrero, uno de los primeros nobles de Sevilla. Estaba éste en la revista cuando llegó Carlos con Alberto, pero se les recibió urbanamente para que se esperasen en una sala de la casa. Las herraduras de varios caballos resonando en el patio anunciaron después de algún tiempo la llegada del señor de Grañina, quien sin dilación alguna recibió a Carlos.

Ascendían dos ramales de una escalera de mármol a una suntuosa galería cubierta de pinturas de los mejores artistas, y enriquecida también con estatuas antiguas y algunas modernas de exquisito gusto. Llevaba la galería al salón adonde don Lope Grañina de Portocarrero estaba descansando en un sofá. Vio nuestro héroe con gozosa sorpresa que era aquel joven caballero el mismo oficial que mandaba por la mañana uno de los batallones de infantería, el mismo que resistió la salida de los

presos de la cárcel, y a quien él había defendido. Se adelantó el oficial a recibirlo con abierta y extendida mano, y al acercarse exclamó con no pequeña sorpresa:
-¡Por Santiago! ¿Es posible? -y abrazando a Carlos con no menos dignidad y franqueza, continuó- Infinito me alegro, señor don Carlos, de tener esta ocasión en que manifestar a usted mi agradecimiento. Conozco parte de su historia de usted y de sus aventuras. Nuestro mutuo, cuidadoso y buen amigo de Guzmán me ha dicho algo de eso, y de la intención que usted tenía de honrarme con una visita. Con este objeto me mandó un expreso que llegó aquí ayer por la mañana. Mucho, mucho, mucho me regocija la identidad que veo entre el reconocimiento de mi primo y el caballero que salvó mi vida exponiendo la suya.
Carlos dijo algunas palabras que le sugirió su modestia, y encendiendo un cigarro continuó el señor de Grañina con desenfado militar:
-El escalamiento de la cárcel, con las circunstancias gravosas que le acompañaron, es cosa de todos los demonios. Mucho me temo que a pesar de mis buenas intenciones no he de poder hacer cosa alguna en favor de usted hasta que permita Dios que suba a la horca nuestro excelentísimo señor capitán interino. Habló de don Dionisio Landesa de Castrofuerte, a quien dice que conoce de vista.
-Sí, ésa es la condición. Me parece -dijo Carlos- que no tendrá don Dionisio empeño especial ninguno en ver mis negocios terminados.
-Él lo sentirá tanto como se alegrarían otras personas; pero yo, por mi parte, puesto que de fijo ha de acabar en horca o tablado, querría apresurar los preliminares.
-No conozco -dijo Carlos- circunstancia ninguna de ese caballero, ni la influencia que su muerte puede tener en mis asuntos.
-Le hablaré a usted con mi natural franqueza, suplicándole al mismo tiempo no haga usa de esta conversación por ahora. El dicho don Dionisio es malvado, sin par, sin semejante. No se admire usted. Mis palabras son libres, pero exageradas. Este excelentísimo señor general ha sido por muchos años gobernador de una de nuestras provincias americanas. Fue su conducta en el gobierno tan inhumana, tan atroz, que se le llamó a Madrid para responder a varios cargos muy serios. Hasta de traidor pienso que se le ha acusado, o por lo menos de tener trato muy sospechoso e íntimo con ciertos emisarios ingleses. Sin embargo, inocente o criminal, no tuvo más remedio que embarcarse con su oro para España. Jugó y perdió vastos tesoros a bordo del navío en que venía. ¡Necedad increíble la de perder así su mejor abogado! Con su dinero lo pasaría mejor ahora. Desembarcó en Cádiz con mucho boato, pero sin un maravedí: perversa situación para defenderse en la corte. Así se ha detenido con varios pretextos en Sevilla, valiéndose para neutralizar las órdenes que vienen contra él de la influencia de un vejestorio, vivo esqueleto y sepultura, distinguido con el título de marquesa del E.
-Tengo el honor de conocerla -dijo Carlos.
-El honor tal vez tendrá usted, pero positivamente carecerá usted del gusto. A este espectro y sombra vana de la pasada marquesa pudo, admírese usted de esto, inducirlo en una especie de asqueroso enredo de amor, y en parte por el favor de ella, y en parte por la influencia de los muy sabios alquimistas de esta ciudad, de quien el general parece muy amigo, ha

logrado que le nombre Su Majestad general interino de las tropas que la nobleza de Sevilla están formando para resistir la amenazada invasión de los ingleses. Hemos recibido con paciencia española este insulto; pero bien sabe Landesa que no ha de llevar al campo caballeros, el menor de los eriales vale por mil hombres como él. Sin embargo, mientras todo esto se resuelve, tiene en los asuntos casi absoluta influencia. Él los dirige como quiere y poquísimo podemos todos los demás hacer por usted ni por nadie.
-¿Y qué se mezclan también, los tales alquimistas en asuntos militares? -preguntó Carlos.
-Y lo que es más, los dirigen a su gusto. Sin embargo, no hubieran conseguido elevar así a su excelencia, a no ser por el poderoso influjo de la marquesa del E. Su peso fue de mucha importancia en la balanza. Esta señora distribuye limosnas los miércoles con bastante publicidad y ostentación; la echa de beata; no le faltan elogiadores que dicen que es una santa, y sobre todo posee el más pingüe mayorazgo de Andalucía. Pero, entre paréntesis, ¿cómo se relacionó usted con aquel almacén de carmín y blanco, de solimán y de perfumes? Veo que admira usted la moderación de mi lenguaje.
-Esa señora me visitó y ofreció su protección estando preso -dijo Carlos.
-¡Va, va! ¿Y no pasó de ahí?
-No he vuelto a verla más.
-En efecto, ella es bondadosísima y muy amiga de visitar cárceles. Pero tratemos de cosas de más importancia. Esta casa, señor mío, está convertida en una venta y fonda pública desde que la amenaza e invasión de los ingleses se hizo objeto de seria importancia entre toreros y políticos de taberna; sola gente, que además de los egos de las órdenes religiosas, temen que la conquisten los isleños. Mi casa habiéndose vuelto, como digo, venta, es el lugar de España en que estaría usted menos seguro. Tomará usted, por lo tanto, posesión de una quinta mía muy cerca de Sevilla, retirada, grande, y adonde hallará usted medios de gozar todos los placeres del campo. También hay un surtido mediano de libros. Vaya usted con Dios, y, entre tanto, yo me ocuparé aquí eficazmente de sus negocios.
-Acepto con gratitud el ofrecimiento -replicó Carlos-, y me retiraré al campo mientras Alberto, un joven que viene conmigo, se dedica a ciertos asuntos interesantes que me han traído a Sevilla. Sí, por cierto. Se me había olvidado el principal motivo de su viaje de usted. El amor es la más dañina de todas las deidades, pero no hay quien no sacrifique en sus aras. Mejor enterado me hallaría de este negocio, si hubiera podido entender la epístola de mi docto primo de Guzmán. Pero ¿qué quiere usted? No tiene otra delicia que escribir de modo que lo entienda él mismo al escribirlo, y ni él ni nadie después. Su padre, tío mío lejano, estuvo por mucho tiempo de embajador en diversas cortes de Europa, y sacó a su hijo muy joven todavía, de España para que se le educaran por esos mundos de Dios en alto estilo. Ha vuelto el muchacho hace uno o dos años el más desaforado pedante que jamás disputará sobre la etimología de un vocablo siríaco. Le revela a usted a la segunda vez de verlo, con estupenda seguridad y muy sobre sí, secretos médicos, que honrarían la perspicacia de un Hipócrates; más versado que San Agustín en la teología; más que San Telmo en la náutica; y, en fin, ni hay ciencia ni arte en que no se

considere distinguido profesor. Por ejemplo, escuche usted y admírese de la sencillez con que me dice que tiene usted ciertos compromisos con una señorita, y que éstos le traen a Sevilla. Aquí está su carta. Oiga usted:
«El cruel Irsos le lleva a Hispalis. ¡Ah, pobre primo!, ¡ah, mísero de Grañina! ¡Cuánto dieras tú por entender a tu Guzmán! Pero me explicaré. Consume el fuego de aquel Dios la morada de su vida. "¿Y adónde vive la vida?", me preguntarás tú en la oscuridad de tu mente. La vida reside generalmente, señor primo, en la cavidad del tórax, parte inferior del diafragma, entre las dos láminas del mediastino».
Ahora quiero saber si hay gentil o cristiano, o uno que no sea saludador, capaz de entender esta jerga.
-Hagamos, sin embargo, justicia al señor de Guzmán -dijo Carlos-. Yo no lo conozco más que por los favores, las atenciones y caballerosa cortesía con que siempre me ha tratado. Sus modales son afabilísimos; su carácter sobremanera halagüeño y afectuoso; y si desciende a esas frivolidades y culteranismo, es antes por pasatiempo que por pedantería.
-Exactísima descripción, señor don Carlos. Yo quiero muchísimo a mi primo, le quiero como a un hermano, y sé que no tiene España corazón más noble ni más sencillo que el suyo. Sin embargo, nos hemos declarado mutua e implacable guerra. Él se burla de mi marcialidad, y yo de su erudición. Y como la guerra es de palabras, arma que yo conozco apenas, me tiene destrozado. ¿No le aconsejó a usted que se fuese con tiento conmigo, no fuese que por vía de diversión le diera una estocada? La verdad, señor don Carlos.
-Nada, no, señor; ni una palabra me dijo de esa propensión tan destructiva.
-Es, pues, enemigo generoso.
Después de algunas otras palabras, Carlos partió en un coche, con los cristales bien cerrados, para la quinta de Grañina, desde donde envió a Alberto con plenos poderes en busca de Tragalobos.

## Capítulo VI

Todo es amor y paz; las piedras aman
dando suspiros mudos, y las vides
en alegre silencio amor las casa
con los soberbios árboles de Alcides:
las flores se entretejen y se llaman,
y tu flecha las hiela y las abrasa.
El mismo sol enamorado pasa
tan risuelo el viaje, que parece
que persigue la Ninfa de Peneo:
y para ostentación de su deseo,
la pompa de la luz con que amanece
trémula resplandece
sobre las ondas, y las rosas dora
que pintó con su púrpura la aurora.

(B. DE ARGENSOLA.)

-¡Hombres, hombres! -exclamó suspirando la noble marquesa del E., la patrona de Carlos en la cárcel, viendo a través de las ventanas de su espléndida sala de estrado, que con rápido vuelo se acercaba ya la noche- ¡Cuántas angustias habéis derramado en este corazón mezquino! ¡Cuántas horas de mi vida habéis llenado de amargura! Bajos y astutos en vuestras primeras caricias, cuando teméis que las despreciemos, bárbaramente altivos y desnudos de generosidad en vuestros triunfos. Nada os place ni deleita, sino atormentar el corazón que os ama. ¡Quién viera el exterminio de vuestro sexo, y libre la tierra de tan aborrecibles monstruos!
La marquesa no habría terminado aquí su soliloquio, a no presentarse un lacayo vestido de costosa librea, que le interrumpió anunciando al excelentísimo, señor general Landesa. Inmediatamente después entró este general, saludando así a la dama:
-A los pies de usted, marquesa. Celebro en el alma hallarla a usted tan rozagante y de buen parecer.
-Beso a usted la mano, señor de Landesa, y me alegro infinito poderle volver su cumplimiento.
-¿Cumplimiento yo, hermosa mía?
-¿Pues no sabe usted que mi corazón está siempre en los labios?
-Sí; por cierto; sé que no hay cosa buena que usted no tenga.
-Esa sonrisa, marquesa, tan dulce como maligna... Pero al fin, si no fuera yo persona de mérito, no hubiese jamás logrado la honra de que me mandase venir a su presencia tan perentoriamente la interesante y fascinadora marquesa del E.
-Vaya, vaya, general, conseguirá usted ponerme insufrible de puro vanidosa, si me hace creer que merezco tan fina y elegante arenga. Además, la prontitud maravillosa con que usted ha venido, es nueva lisonja que acabará de deslumbrar me...
-¡Qué crueldad, marquesa! Siempre esa ironía severa que me desconcierta... ¿Pues no sabe usted, mujer inhumana, cuántos asuntos de grande momento me han impedido hasta ahora esta visita, cuántos he pospuesto aún por no dilatar más semejante gusto?
-¡Qué bien sabe usted, general, que tiene un orador persuasivo, un excelente abogado en mi corazón! Somos las mujeres tan simples, tan sencillas... Creemos con tanta facilidad lo que se acuerda con nuestros deseos... Mi ternura, por ejemplo, en este instante mismo me recuerda los asuntos de estado que a usted le ocupan, las obligaciones militares que le rodean, y Dios sabe cuántas cosas del mismo tenor...
-Tan ardiente y patéticamente habla usted de su ternura, dulce marquesa mía, que me anima usted a preguntarle de nuevo, ¿cómo puede posponer por tanto tiempo el instante de mi felicidad? ¿No tiene usted en su poder concedérmelo, y hacerme el más dichoso de los caballeros españoles? ¿Por qué, pues, tanta esquivez, tanta crueldad?

-Por piedad, general mío: ¿adónde acabará tan florida elocuencia? El amor le hará exhalar el alma en dulces versos. ¿No me ha escrito usted aún ninguna oda?
-No soy grande versificador, querida mía; pero haré por componer un epigrama acerca del feliz talento que tiene usted para evadir cuestiones.
-¿Para qué, general? No consuma usted su tiempo e imperceptible paciencia en buscar consonantes en el arte poética de Renjifo. Si yo supiera que, en efecto, la posesión de mi mano le había de hacer a usted venturoso, tal vez me empeñaría en vencer el desdén propio de una dama, de una viuda...
-¿Y qué más prueba de afecto quiere usted tener, hechicera mía? ¿Qué más puedo hacer que ofrecer a sus pies de usted mi libertad?
-Hay tantos modos de ver las cosas... Grande sacrificio es el de la libertad; pero puede tener mil motivos diversos. Ambos hemos vivido ya demasiado para poder ser víctimas de un impulso momentáneo y transitorio. Usted quiere darme pruebas de ilimitado afecto; no exijo tanto: altamente satisfecha y reconocida, todo me parecerá poco en su obsequio si me concede un favor cualquiera sencillo, de los que se hacen fácilmente...
-Nómbrele usted, marquesa, y está hecho.
-Esa pronta condescendencia es el más duro cargo contra mi crueldad. ¿No es cierto, Landesa? Pero yo me corregiré a medida que la palabra se me cumpla. Y por cierto que ahora que está usted ya comprometido no sé qué pedir.
-Repase usted la memoria, dulce encantadora, y tal vez podrá acordarse...
-En efecto, he aquí una cosa muy sencilla. Pedro Facundo, el jefe de los alquimistas de Sevilla, se ha apoderado fraudulentamente de una muchacha natural de cierto pueblecito de las cercanías. Yo tengo razones especiales para desear verla libre. El caballero que se atreva a sacarla de los encantados castillos de los alquimistas, aquél se hará digno de mi mano. Ésta es la gracia que pido. ¿No le encanta a mi noble y bravo Landesa ser el héroe de esta singular y caballerosa aventura?
-¡Me hechiza sólo el pensarlo! ¡No pudiera imaginarse rapto más delicioso! Sólo querría que tuviese presente mi adorada marquesa que algunos falsos y cobardes calumniadores han logrado poner mi honor en la corte en dudosísima luz; que en consecuencia de este infortunio, no es mi poder bastante, por ahora, para contradecir abiertamente ni humillar a los alquimistas; y, en fin, que aun cuando fuese yo el mismo inquisidor general, aún sería demasiado débil, como un individuo aislado, para burlarlos de ningún modo.
-Perdone mi querido general si me parecen esas evasiones poco airosas. Usted está preparando grandes cosas con los alquimistas, tengo motivos para pensarlo así; y es público, además, que le sobra a usted valor y perspicacia para salir bien de empeños mucho más arduos que el que yo le propongo.
-Tiene usted opinión demasiado lisonjera, por cierto, de este su servidor humilde. Sin embargo, preferiría arrancar veinte Briseidas de las manos de otros tantos Aquiles, a un faldillero de las de Pedro Facundo. No porque yo cubriría de ceniza mi cabeza, ni rasgaría mis vestidos si le viese ahorcado, nada de eso. Aunque tengo esperanzas de que con todas sus artes e inmunidades vendrá en eso. Pero en nuestras circunstancias y posición relativa tengo que depender de él todavía, si deseo la restauración de mis

honores y de mi buen renombre. En el instante en que hablamos puede destruirme con una sola palabra.
-¿Es, pues, tan pobre su afecto de usted, que no tiene para costear la menor prueba de su existencia?
-¿Y de qué clase será el suyo, querida marquesa, que me arrastra al precipicio y a la ruina? Razón, razón, ¡mujer amable!, y ceda de ese pecho a mis ardientes votos sin hacerlos pasar por estas pruebas de caldeado hierro.
-De nuevo le ofrezco mi mano al que ponga bajo mi protección a la inocente niña que los alquimistas oprimen. Si usted lo hace, no sólo le daré mi mano, sino que se la daré con libre voluntad y duradero agradecimiento.
-Pero, hermosa mía -dijo el general, ya con ciertos visos de impaciencia-, ¿qué le importa a usted la libertad de esa muchacha? ¿Qué poderosa chispa ha encendido tan grande llama de filantropía en el pecho de mi amada?
-La explicación de mis motivos, general mío, de ningún modo allanará las dificultades de la empresa. ¿A qué molestarle a usted con una larga e insípida relación? Lo que sí se necesita es advertirle a usted, para que obre con circunspecta sagacidad, que el Pedro Facundo tiene corazón de tigre y astucia de zorra. Se apoderó, engañándome, de esa huérfana que vivía bajo mi especial patrocinio... Pero yo agotaré mis esfuerzos hasta sacarla de entre las garras de esa serpiente.
-¿Y con tanta energía y calor toma usted ese empeño, por razones de sencilla, pura y desinteresada virtud?
-¿Qué otra razón podría guiarme?
-¡Cómo me cautivará esa benevolencia en adelante! ¿Qué virtud más dulce que la generosidad?
-¡No esperaba yo menos de mí, Landesa! Pues que tanto ama usted la virtud, ayúdeme, como le pido, a burlar al intrigante.
-Escúcheme usted un momento, querida marquesa, y no se agravie de mis palabras -exclamó el general; ya con más calor e impaciencia-. He oído con admiración candorosa las efusiones de esa piedad que a usted la inflama. He oído sus argumentos y argumentado yo mismo, con inocencia propia de un tierno infante; permítame usted que hable sólo dos minutos. Usted, querida marquesa, rara vez padece, si no estoy tristemente equivocado, de afección ni ternura de nervios por las calamidades y vejaciones del prójimo. Alguna razón poderosa la obliga a usted, por tanto, a aguijarme y comprometerme a un ruinoso sacrificio. La verdad pura, marquesa. ¿No me despreciaría usted misma si yo le consumara sin saber por qué ni cómo?
-Mucho admiro esa franqueza militar -replicó la marquesa, dando síntomas de reprimida indignación-; mucho la admiro; más aún que admira usted mi piedad. Usted ha querido rasgar el velo de la urbanidad y el decoro. Sea en buen hora. Tampoco temo hablar descubiertamente. Sírvase usted contestarme a unas cuantas preguntas. ¿Aprecia usted, en efecto, a su pobre marquesa, más que a cuantas cosas hay en el mundo? ¿Sería imposible inducirlo a usted a que aceptase la mano de otra mujer cualquiera que poseyese sus caudales y su influencia pública? ¿Y si la pobre de la marquesa, que usted tanto ama, se viera repentinamente destituida de su poder y opulencia, se le olvidarán a usted o no se le olvidarían las calles que a sus puertas conducen?
-¡Ay qué humor tan gracioso tiene hoy la marquesa! -exclamó el general,

riéndose de malísima gana- ¿Conque quiere usted que riñamos, amor mío? Pues no ha de conseguirlo, mal que le pese. En alguna cosa he de hacer yo mi gusto. Pero dígame usted, ángel mío, suponiendo que fuesen adversas mis contestaciones a su interrogatorio, por qué o cómo, ¡en el nombre del cielo!, escucha usted las palabras y amor humilde de un hombre cuyo carácter quedaría bosquejado con tan odiosos colores? ¿Por qué cuanto antes no me separa usted de su lado?

-En eso, querido general, hago uso de los privilegios de mi sexo. Ellos me dan el derecho de distinguirle a usted con mi afecto; primero, porque no debería hacerlo de ningún modo; segundo, por ser usted caballero del todo original, libre de las vulgares trabas de conmiseración, remordimientos y otras pasiones de ánimo que algunos llaman virtudes. No, no, no se ría usted, que no tiene usted ninguna. Últimamente debo confesar mi fragilidad, puesto que usted así lo exige, y añadir que también le aprecio por su valor y por las dotes y gracias personales con que plugo a la naturaleza hacerle a usted merecedor de mis favores, a pesar de los oscuros tintes con que los ángeles malos consiguieron pintar su alma. ¿Nueva risa? ¿Imagina usted, hombre cruel, que tan pronta estaría yo a hacerle a usted mi dueño si no sintiera tal inclinación y tal deseo? Más que usted poseerme deseo yo ser suya... -dijo la marquesa, y forzó una lágrima a salir de cada ojo, apretándose para ella un callo contra la esquina del sillón; también se cubrió la cara con pañuelo de perfumada batista, y continuó después-: Sin embargo, estoy resuelta a sacrificar mi propia dicha si esa joven no viene a mi poder. Tal es mi última y firme determinación.

Se levantó el general lleno de sonrisa, asió la mano de la noble dama, y prorrumpió con naturalidad maravillosa en esta súplica:

-¡Apacíguate amor mío! ¡No pasemos en dolor y amargura estos preciosos instantes!

La bella dama, tal vez intimidada del ardor vehemente de su amigo, le separó con gentileza, preguntándole qué decidía. Dio el caudillo militar dos pasos a retaguardia, fijó por un instante la vista en la alfombra, y revistiendo el rostro de sonrisa, juró por la fe de caballero librar a la muchacha de su cautividad, aunque la defendiese una falange entera de Pedros Facundos. Volvió a apoderarse de la mano de la marquesa, y reconociendo por su mucha suavidad que tenía puesto el guante, se la llevó a los labios. Luego exclamó:

-¡Adiós, alma mía!

Dio una mirada amorosísima a su bien amada, y se retiró con paso patético, maldiciendo allá en su mente aquella abominable y mal intencionada vieja. La dama permaneció rogando a los poderes supernaturales ayudasen a su bien amado en aquella hazaña, aun cuando en consecuencia tuviese que acabar la próxima en la horca.

## Capítulo VII

Comenzaron con bárbaras crueldades,

intereses, envidias, injusticias,
los adulterios, logros y codicias,
los robos, homicidios y desgracias;
y no contentos ya de aristocracias,
emprendieron llegar a monarquías.
La púrpura engendró las tiranías:
nació la guerra en manos de la muerte,
los campos dividieron fuerza o suerte,
dispuso la traición el blanco acero
para verter su propia sangre humana;
y fue la envidia el agresor primero,
y procedió la ingratitud villana
del mismo bien, a tantos vicios madre,
infame hija de tan noble padre.

(LOPE DE VEGA.)

Sentado estaba en su antigua biblioteca el muy respetable Pedro Facundo, jefe de los alquimistas sevillanos; en compañía de su hermano en reservadas ciencias, el respetable Pedro Gonzaga; ambos profundamente empeñados en muy interesantes negocios.
-Todavía -dijo Pedro Facundo- no hemos aventurado cosa alguna. Podemos avanzar o retroceder a nuestra elección, y con facilidad igual. Las semillas de la conspiración son nuestras. Nos es dado calor a su germinación o resfriarlas o descomponerlas. ¿Hemos de satisfacer los deseos de nuestros superiores, o conservaremos antes que aventurarla nuestra posición poco halagüeña, pero segura? Éste es el problema.
-En verdad, en verdad -respondió el sabio Pedro Gonzaga de los grandes espejuelos-, que en inaudita desgracia nos hemos hundido desde la persecución de nuestra orden en Portugal. Pero más profundamente nos sumergiremos todavía si no hacemos esfuerzo alguno para volver a flotar sobre las aguas.
-¿Y tenemos medios a nuestra disposición proporcionados a la magnitud de tan grande objeto?
-Indudablemente. Aún podemos, si una seria contienda se encendiese entre dos partidos, inclinar la balanza en favor del que juzgásemos conveniente. Podríamos conservarnos neutrales, hablar ambigua y misteriosamente mientras el éxito fuese dudoso; y en la coyuntura oportuna, abrazar decididamente las opiniones que prevaleciesen. El triunfo de nuestros favorecidos parecería deberse a nuestra influencia. Nos guardaríamos bajo pretexto de humanidad y generoso proceder de destruir la fuerza de los vencidos, conservándola por freno de los vencedores. Por estos medios, comunes a la verdad, pues los extraordinarios no son precisos, el gobierno de la nación ha de caer inevitablemente en nuestras manos, supuesta, empero, una potente lucha entre dos partidos políticos, la creación de grandes intereses opuestos, que pudieran llegar a chocar entre sí, debería

por ahora ser para nosotros objeto de serias meditaciones.
-¿Y qué elementos pueden ponerse en acción para lograrlo?
-Muchos hay. Nuestros cofres de oro son de todos los más importantes, pero existen algunos otros. Por ejemplo: La influencia de Portugal, cuyo gabinete decididamente obrará en nuestro favor, aun cuando no ha mucho dio tan terrible golpe a nuestros hermanos. Por ahora no podemos tener pruebas más eficaces de la sinceridad de los ministros portugueses, máxime desde el último viaje de Nicasio Pistaccio. Además, es su interés hacerlo. El descontento general y los unidos esfuerzos de Cataluña, Valencia y Aragón. Bien sabido es, que a pesar de sus quebrantos, sólo esperan estas provincias un momento favorable para alzarse contra el gobierno. Éstos son elementos que bastarían para llegar, si necesario fuera, hasta la misma guerra civil. Como agentes e instrumentos inmediatos, contamos con el general Landesa, con parte de sus tropas, y un poderoso cuerpo de recios, valientes y bien armados contrabandistas y bandidos, capaz por sí solo de llenar de terror la Andalucía, y de hacer temblar a la corte en la capital misma de Madrid. Sí, señor, terror bastante para dar importancia a nuestra interferencia.
-Parece, en efecto, que no son del todo inadecuados esos medios. Pero, ¿debemos fiarnos del general Landesa?
-De nadie debemos fiarnos, pero de él podemos, por ser su ruina inevitable en el momento que le falte nuestro amparo. Las pensadas conmociones favorecen, además, sus intereses tanto como los nuestros. No puede Landesa abandonarnos, ni lo hará jamás, en tanto que su fortuna esté en nuestras manos.
-¿Y de qué pretextos se valdrá Landesa para levantar en su favor los pueblos?
-A cada provincia le recordará sus agravios particulares. La Cataluña y el Aragón, con especialidad, pueden apenas contener su descontento. Aquellos osados e inquietos provinciales, entre quienes tenemos muchos compañeros que los dirijan, proclaman ya abiertamente su resentimiento, diciendo que, ¿hasta cuándo han de esperar la prometida restitución de sus derechos civiles, perdidos injustamente en la tiranía de Felipe V? Pero estas y otras son injurias locales, las de la nación pueden pintarse como mucho mayores. Podemos pretextar el poco aprecio que de las Cortes se ha hecho durante el reinado del presente Carlos, y de su antecesor Fernando VI. Esta arrogación de poder, debería añadirse que parece aún más escandalosa en una dinastía usurpadora, que no tiene otro derecho a la corona que la tolerancia general. Los mal contentos admitirán sin disputarla esta doctrina. El cetro de España debería, religiosamente hablando, estar en poder de un príncipe austriaco. Jesucristo legó a los pontífices como a sus representantes el derecho de declarar legítimos o ilegítimos los monarcas; y todos saben que Clemente XI, de piadosa memoria, decidió solemnemente en el pasado año de nuestro Señor de 1710; que el archiduque Carlos era el solo soberano legítimo de España. Además, la impiedad de Felipe, padre del presente rey, escandaliza aún todos los ánimos cristianos. Todavía se acuerda España de que expelió Felipe de su seno al nuncio pontificio, y mandó cerrar la nunciatura. He aquí algunas consideraciones político-religiosas, pero quedan otras muchas de mayor peso. El gobierno de don Carlos, más débil, si serlo puede, que el de su

débil predecesor don Fernando, lejos de mantener en su antiguo lustre el honor nacional, no ha podido ni aún conservar íntegros sus territorios: La Habana se ha perdido; hoy yace en poder de los ingleses, con nueve navíos de guerra y tres fragatas. La rica ciudad de Manila, el castillo de Cavite, las galeas de Acapulco, con tres millones de pesos, y finalmente, todas las islas Filipinas han caído, a pesar del heroico valor y de la sangre que costó su defensa, bajo el poder de la Gran Bretaña. Si la administración hubiera decidido la ruina del estado, no podría tomar medidas más idóneas para consumar este propósito.

-Me felicito -dijo Pedro Facundo, sin mover un músculo de su rostro- al veros tan fundamentalmente enterado de las bases de nuestros planes. El objeto de mis preguntas no era otro que descubrir el grado de importancia que dais a nuestros elementos. Preveo el espléndido resultado de nuestras empresas. No dejemos escapar la crítica ocasión presente. Aprovechemos el estímulo general que causan en España las guerras contra Portugal y contra Inglaterra en que está empeñada la nación. La nobleza toma por todas partes las armas, y los particulares hablan por todas partes de ejércitos. En tanto, empero, que siga mandando las armas en Portugal. El marqués de la Sarria, poco tiene que temer el gobierno del nombrado Lippa de Buchlemburg con todos sus ingleses. No perdamos tiempo en hacer, si nos es posible, que se quite al marqués el mando de las tropas españolas. Si lo conseguimos, volverá España a ser nuestra propiedad malgrado los múltiples obstáculos que nos rodean. En Sevilla, por lo menos, debemos considerar abierto enemigo, puesto que no es nuestro ciego amigo, al señor de Bruna, el presidente de la audiencia, hombre de la mayor disimulación y refinada intriga. Tampoco debemos cerrar los ojos a la supina pero fervorosa y cierta fidelidad de la nobleza andaluza, ni a la inconquistable lealtad del arzobispo de la diócesis. ¿No ha de venir el general Landesa esta noche?

-Así la prometió. Entre tanto, puede su sabiduría pasar la vista por estos papeles.

Entonces puso muchos pliegos y cartas sobre la mesa, y ambos dialoguistas, armándose los ojos de cristales convexos de dos pulgadas de diámetro, se entregaron a su lectura.

Tenían los alquimistas que jugar un audaz juego para restaurar su prístino poder y consideraciones. Pero el buen éxito de su jugada parecía probable, y estaban, por tanto, resueltos a aventurar alguna cosa para lograr la rica adquisición de la influencia política. Un moderado golpe a la puerta interrumpió la ocupación silenciosa de nuestros doctos, y anunció a Nicasio Pistaccio, que con su acostumbrada ligereza de ánimo se introdujo en la biblioteca. Poco después informó otro golpe a los concurrentes de la llegada del general Landesa, que con forzada afabilidad de rostro los saludó diciendo:

-Deo gratias.

-A Dios sean dadas -contestó Pedro Facundo, y se sentaron todos cuatro. Mientras da cuenta el general Landesa en una oración bastante difusa de los progresos de sus operaciones, del alistamiento de nuevos reclutas, etcétera, permítasenos decir dos palabras sobre la posición relativa de este jefe respecto a Nicasio Pistaccio.

Pertenecía el general a una familia noble, y había siempre formado parte

de la sociedad más alta de España. Nunca pasó por irreprensible su conducta pública, y mucho menos la privada. Sus talentos para la intriga y su valor personal le sacaron con frecuencia de las dificultades en que le envolvían sus vicios; dificultades que hubieran arruinado a cualquier hombre menos sutil o más tímido. Sus circunstancias eran en el momento en que hablamos menos que medianas. Se le había llamado a la Corte, adonde le esperaban numerosos y formidables enemigos, prontos a exagerar las acusaciones que contra él obraban de extorsiones y crueldades incomparables, ni aun en los sangrientos fastos de la América. En este estado poco envidiable perdió jugando todo su dinero, sola elocuencia que hubiera podido, si no acabar con las acusaciones, quitarles la deformidad y negro matiz que tan odiosas las hacían. Por influjo de los alquimistas logró el general que se le nombrase jefe de los voluntarios andaluces que a causa de la amenazada invasión de los ingleses se armaban, precario empleo que perdería tan pronto como se nombrase en propiedad un general. Entre tanto, se esperaba que manifestase sus conocidos talentos para la organización de tropas. Dependiente, como hasta cierto punto lo estaba del poder de los alquimistas, aborrecía de todo corazón a Nicasio Pistaccio, hombre oscuro y desconocido, extranjero, rapaz sin barba todavía, bajo cuya dirección le era forzoso obrar algunas veces. Pistaccio, por su parte, conocía que eran sus talentos infinitamente superiores a los del general, a quien miraba con aquel inefable desprecio con que suelen mirar los pícaros a los que quieren serlo. Apenas se dignaba manifestar ninguna deferencia hacia un hombre a quien consideraba inferior suyo, por noble que fuese su linaje, audaz su conducta y marcial su porte.

Era Pistaccio como se ha dicho, gran consejero, ministro del interior, y confidente secreto de los alquimistas, con quienes gozaba de singular favor. Pero tanto él como sus patrones, tenían que tratar al altivo soldado con aparente respeto, y darle mucha importancia exterior, que él no perdía coyuntura de desplegar caballerescamente para humillar a Pistaccio. Cuando estos dos ingeniosos personajes hubieron recibido sus respectivas instrucciones, de Pedro Facundo y su colega, salieron juntos de la biblioteca, y así monologuizó el jefe militar mientras esperaba a Pistaccio, que fue a traerle algún dinero.

-Bien os conozco, respetables y sabios Pedros alquimistas. Mi cabeza pesa poquísimo en vuestras balanzas, pero os engañáis como unos negros si ha llegado a figurárseos que carece el general Landesa de sentido común. Tal vez pensáis completar mi ruina. Poco tendréis que hacer, pero guardaos de que yo descubra dados falsos, porque tan cierto como he nacido que le descubro al rey todas vuestras intrigas aunque me cueste la cabeza. Y mi dulce esposa futura, a quien los diablos se lleven, empeñada en que saque de aquí esa maldita muchacha... Pedro Facundo es malvado, impenetrable, con quien no tendrían las indirectas más fin que precaverlo y hacer la cosa más difícil. Tratar de engañar a los alquimistas es sandez que no se le ocurrirá a San Simplicio. Pistaccio, su prora et puppis, no pueda yo comprarlo, me haría traición si lo intentara. Hablándole, empero, a este miserable, evito comprometer mi dignidad con los alquimistas y la pendencia prematura que un desaire podría traer consigo. Que me nieguen un favor así por segunda mano, puedo disimularlo: cara a cara no lo sufriré jamás. Pistaccio es más ladino que el mismo Lucifer. Cuando se habla del

ruin de Roma...
-Y bien, señor Pistaccio, ¿no es cierto que es usted pagador excelente? (Pistaccio entregándole una bolsa de oro y haciéndole una grande reverencia.) Todos somos, señor excelentísimo, muy generosos con el dinero ajeno. Espero que hallará su excelencia cabal la cuenta.
-Dígame usted, señor Pistaccio, ¿y no sería usted tan generoso con los bienes inmuebles de los demás como con su moneda? Porque se le debía hacer a usted entonces príncipe de los tesoros.
-No entiendo del todo la pregunta de su excelencia.
-Pues yo bien claro me explico. Pero veo que tiene usted demasiada pericia para no vencer su retórica a un soldado liso y llano como yo. Tengo, pues, que abandonar todas mis flores y marchar por el camino más corto. Le pido a usted, pues, señor Pistaccio, me conceda un favor, insignificante en sí mismo, pero para mí de alguna importancia. Seamos buenos amigos, sírvame usted en esta ocasión, y mi gratitud será eterna.
-Gratitudine non vale danaro -murmuró Pistaccio en su mente; y protestó luego de recio, que a nadie deseaba tanto complacer en cuanto pudiera como a su caro patrón el general Landesa.
-Contando, por supuesto, con la ansiedad de esa promesa, amigo Pistaccio, me ha de proporcionar usted medios de sustraer de las manos de los alquimistas una muchacha de quien se apoderaron hace pocos días. Yo tenía puestos los ojos en la chica. El asunto no es de importancia bastante para abrir la cabeza de su merced en dos pedazos. Ni es más que una chanza, como usted conocerá. Estoy picado; y pues que me roba a mi querida, quiero yo recuperarla. ¡Ah! ¡ah!, ¡ah! ¡Cómo nos reiremos burlando así a este viejo pecador!
-Será lance graciosísimo -replicó Pistaccio-; escena verdaderamente risueña. Pero, en efecto, ¿le ha quitado a vuecencia ese pasatiempo?
-Señor Pistaccio, tengo muchas canas para que sea útil dirigirme semejante pregunta. Hablo de Isabel, la señorita que usted mismo trajo a esta casa, ¿adónde está?
-¡Ah! ¡La dama de la romancesca historia! Ciertamente yo le serví de escudero cuando vino, como sabe su excelencia que he servido a otras muchas personas. Ignoro si desde entonces continúa o no aquí.
-Pero suponiendo que esté, como lo está, dentro del edificio, muy fácilmente... mas... ¡qué necedad entrar en semejantes explicaciones! ¿Quiere usted, señor Pistaccio, servirme en esto, sí o no? Respuesta categórica.
-Con muchísimo gusto, señor general.
-No perdamos entonces palabras. La primera vez que venga tendrá usted ya sus medidas tomadas para que pueda yo llevarme a mi Elena sin tener que abrasar a Troya.
-Cuente vuecencia con ello, si me es posible.
-¡Posible! ¿Quién lo duda? Adiós, pues, hasta entonces.
-Beso a vuecencia la mano. Grande y empedernido socarrón -continuó diciendo Pistaccio cuando se vio solo- debió de ser el maestro que te enseñó, ¡oh general Landesa!, a conocer el mundo. Debió si no en conciencia volverte tu dinero. Ven acá, sandio, ¿no sabes que te hallas sin una blanca? ¿No dependes enteramente de las repletas bolsas de estos respetables alquimistas? ¿No es más claro que la luz del sol, que no

teniendo nada que ganar con tu amistad y mucho que perder con su adversión, venderé tu secreto sin tardanza? ¿Es imposible, ¡soldatarás!, que tan necio y mentecato seas? ¡Corpo del Bacone! ¿Y una muchacha tan linda quieres que la robe para ti, y que no me quede yo con ella? Merecería que me excomulgaran por idiota. Más has de saber, y más has de poder, te juro, antes de que hagas un ciego instrumento de Nicasio Pistaccio.

## Capítulo VIII

A la puente segoviana
los dos jayanes descienden,
asmáticos los resuellos,
descoloridas las teces.
Cómo se tienen los dos
por malos correspondientes,
de espaldas van atisbando
los pasos con que se mueven.
[.....]
Bramaban como los aires
del enojado noviembre,
y de andar a sopetones
los dos están en sus trece.

(QUEVEDO.)

Sabían muy bien los alquimistas que la plus forte depense que l'on puise faire est celle du temps; que el tiempo es el sólo manantial de la riqueza y que no prospera quien desperdicia el suyo. Así, muy de mañana, y cuando yacían aún los perezosos de la ciudad sin razón ni conocimiento sumergidos en profundo sueño, estaba Pedro Facundo ocupado ya en negocios con Nicasio Pistaccio.
Los asuntos de estos Pedros se iban cubriendo de ciertas tinieblas que el señor dicho quería disipar a toda costa. Había el general hallado incorruptibles algunos nobles y sujetos principales, con cuya cooperación contaba. La enemistad del magistrado de Bruna y del arzobispo eran también de mucha consecuencia en el dictamen del alquimista; pero lo que de más cerca le tocaba era el incierto y voluble carácter del general, sobre quien creía arriesgado reposar su confianza.
-El que hace traición a su patria y a su rey -decía Facundo-, más fácilmente nos venderá a nosotros al punto de que esta bajeza sea propicia a sus intereses. ¿Con qué vínculos podríamos ligarlo estrechamente a los nuestros, y comprometerle de modo que no pudiera receder?

Esta pregunta fue dirigida a Pistaccio.
-No temo peligro inmediato alguno de parte del general -replicó él joven-, puesto que es su interés patente continuar fiel, a lo menos por ahora. Mas si hay algún peligro, si intenta alguna villanía, no creo que haya poder humano que pueda detenerla. Nuestro jefe militar obrará siempre según sus deseos. Me parece que las gracias y bellezas de Isabel pueden usarse con ventaja. Su excelencia está resuelto a apoderarse de ella. Si viera a esta hermosa niña como de hurto, y de modo que ella no sospechase malicia alguna ni proyecto de nuestra parte, tal vez pediría protección al general, porque la gangrena y veneno que tiene este hombre en el corazón no se manifiestan en su semblante. Supongo que no puede el general enamorarse como un niño; pero es aficionado a intrigas brutales y ella demasiado linda para no causar gran ardor a su fantasía. Una vez ocupada su mente en estos amores, tendrá su razón menos fuerza, será más fácil conseguir que se declare públicamente y en armas contra el gobierno; y quedará comprometido antes de examinar fríamente lo que hace. Todo, esto bajo la hipótesis de que la conspiración va a estallar de seguida, en no siendo así es menester ahogar sus semillas.
-Ese expediente, señor Pistaccio, es de los más peligrosos que pudieran imaginarse. Tiene Landesa mucha sagacidad y verá la celada desde muy lejos; tiene, además, muchos años, y no es de suponer que modele sus proyectos según los ojos de las mujeres. Evitemos que sospeche nuestras miras. Por otro lado, la vehemencia del general, respecto al robo de Isabel, no sale de su pecho, sino que es inspirada por la marquesa del E. No dijo la verdad cuando habló de ella, pues que no la conoce de vista; más aún, la misma marquesa no ha visto a Isabel nunca. Facilísimo sería, por tanto, dejar que nos arrancase de las manos alguna muchacha bien enseñada que dijese se llamaba Isabel, y pasara por la niña en cuestión; pero no debemos hacerlo. La cooperación de la marquesa es, por lo menos, tan importante para nosotros como la del general. Conozco por larga experiencia las pasiones violentas de esta noble dama. Su influjo en Andalucía se consagrará al buen éxito de nuestros planes, en tanto que esté en nuestra mano tan buen instrumento como Isabel. Si esta muchacha, objeto de los celos más rencorosos de la marquesa, llega a caer en sus manos, no tendrá entonces la del E. la mitad de los motivos para ayudarnos que ahora le fuerzan a ello. Yo leo correcta y profundamente en el alma de la marquesa. Nos amenazará, nos insultará, pero sin abandonarnos nunca mientras usemos con destreza el talismán poderoso de Isabel.
-¿Y no se separará de la liga esta noble señora, aun cuando pierda toda esperanza de apoderarse de su presa?
-Entonces sí que rompería con nosotros para siempre. No debe ser así. Alimentemos sus esperanzas sin satisfacerlas. Vea, pues, el general a Isabel, pero de modo que no sufra ésta la menor injuria, ni les quede siquiera la mera posibilidad de fugarse. Acabemos por ahora la conferencia.
Salió Pistaccio a buscar al general Landesa, dirigiéndose para ello al lugar donde solía concurrir aquel jefe al medio día, así como los más de los nobles sevillanos. Era éste una perfumería servida por una lindísima muchacha, en cuyas aras cada circunstante sacrificaba un requiebro al entrar y otro al salir. Por la tienda se pasaba a un corredor oculto

terminado por una puertecita que se abría por dentro a cierta señal, daba a una escalera de caracol, por la que después de varias puertas y corredores se entraba en una sala de juego.
El general Landesa tallaba, y según las muchas onzas que apiladas tenía entre los paquetes de cartas, madama fortuna estaba en su favor. No se ganaba una carta y estaba cada punto hecho una furia, habiendo ya llegado a aquello de préstamos y de empeñar sortijas y relojes. Nuestro general lanzaba de tiempo en tiempo una alegre mirada sobre los rostros de sus asociados, cuyos músculos vibraban a impulsos de la desesperación. Pistaccio sólo apuntaba por cortesía hacia el general una peseta de cuando en cuando a la descargada, o séase en frase técnica, a la oreja. Nadie sabe lo atentos y bondadosos que son los jugadores y la fe que se guardan.

Había entre otros muchos perdidosos un joven de éstos que suele decirse mal encarados, que a una sena de Pistaccio se acercó a él sin que nadie lo viese, escuchó al oído una palabra del italiano, recibió de él una bolsa de ora y fue a sentarse al otro lado de la mesa. Sacó de la faltriquera la bolsa como si siempre hubiese sido suya, y se puso a apuntar. Cómo eran tan crecidas las sumas que el general tenía delante, no se advirtieron las primeras ganancias del joven. Su certera sagacidad, empero, presto se hizo visible; cambió la fortuna de capricho, y se volvieron al venturoso punto todos los ojos. Paró el general un instante y se puso a mirar fieramente al joven que le contestó con otra mirada no menos repulsiva. Landesa arrojó las cartas por el aire con no disimulada indignación, recogió el poco dinero que ya le quedaba y salió furiosísimo y sin despedirse de nadie.
Pistaccio siguió al general, después de haber recibido en un cuarto oscuro de junto a la puerta su bolsa de seda y la mitad del dinero ganado por ella. Encontró al general en la calle, paseándose impacientísimo por la acera, jurando y maldiciendo entre dientes.
-Yo le cortaré las manos con que me ganó el dinero -le dijo a Pistaccio-. Yo sufro mis pérdidas tan pacíficamente como cualquier otro, pero me repugna verme robado por un pillastrón como ese, que vive de nuestra limosna y no tiene más oficio ni beneficio que pasar la vida en una casa de juego. Yo le haré confesar quién le dio el santo. Alguno de mis compañeros me ha vendido.
-Así lo sospecho yo también -dijo Pistaccio-, aunque pudo descubrir casualmente el juego...
-Los demonios mismos del infierno no lo hubieran descubierto. Pero con Landesa no juega nadie. Veremos.
Mientras pasaba esta escena en la calle, el joven, objeto de la conversación, perdió tallando el oro que por aquella rara y favorable casualidad había adquirido. Bajó la escalera frenético de cólera, con encendidos e iracundos ojos, lleno el pecho de gemidos y maldiciones la lengua. Pasó rápidamente por junto a Pistaccio, ciego de pasión y sin reparar en cosa alguna. El general le hizo volver a su sentido tirándole violentamente del brazo y diciéndole con tremenda voz:
-No se me escapará usted tan fácilmente, señor tunante.
-¡Escapar! -repitió el mancebo, los ojos chispeándole de desesperación; y contento de hallar una víctima para su saña- ¡Escapar yo! -repetía con

risa de desprecio-, ¡que un rayo del cielo me parta si otra cosa deseo que hacerle a usted pedazos!
-¡Adelante! -gritó el general Landesa con voz ahogada por el orgullo.
-¡Adelante! -dijeron simultáneamente ambos antagonistas, saliendo con larguísimo paso de la calle.
Pistaccio los siguió desde lejos. Al verse en el campo libre se redoblaron los insultos. Llegaron a un olivar poco distante de la puerta de Carmona y entraron en las ruinas de una ermita que en él había, las mismas en que se había Carlos ocultado cuando volviendo a Sevilla salían las tropas de la ciudad. Apenas tuvo tiempo el general para desnudar la espada, cuando ya le estaba fulminando la de su adversario por encima de la frente con increíble rapidez y fuerza. Pistaccio creyó que había llegado la hora de Landesa. El jefe, empero, conservaba impenetrable guardia, presentando a su adversario las líneas externas de un plano formado con su cuerpo y espada, y volviéndose en el centro de un círculo cuya circunferencia recorrió mil veces su contrario. Se cruzaban las hojas como exhalaciones de fluido eléctrico. Se retiraban y unían los combatientes con ardor redoblado y nueva furia, hasta que abandonando el mancebo en su frenesí las reglas del arte, levantó el brazo sobre la cabeza del general, que fríamente le sepultó en el cuerpo la bruñida espada hasta la guarnición. Sacó el hierro teñido en amoratada y humeante sangre, y aún no satisfecho, con horroroso crujido traspasó otra vez las entrañas del vacilante rival, cuya mano aun amagaba heridas, aunque los pies no pudieron sustentarlo por más tiempo. Cayó con la izquierda mano enclavijada, trémulos sus músculos, convulsivos todos sus miembros, y empezó a revolcarse en un charco de sangre.
Hubiera el general levantado aún la mano impía contra un enemigo cubierto del manto de la muerte, pero le detuvo Pistaccio. El moribundo mancebo dirigió a su homicida una mirada horrorosa, pero una especie de opaca nube le quitó la vista. Entreabrió los labios, separó los dientes y pronunció el nombre de Dios, o por penitencia o por blasfemia; pero un raudal de sangre le llenó de súbito la boca, ahogándole en ella las palabras. Con un profundo y prolongado gemido y un fuerte sacudimiento nervioso, acabó el joven sus padecimientos y pasó su alma a la eternidad.
Las facciones del general Landesa permanecieron contraídas y amenazadoras: sus ojos se volvían frenéticamente en derredor y la enrojecida espada aún vibraba en el aire cual si provocase al cielo y a la tierra. Al fin volvió el acero a la vaina, y cruzando los brazos sobre el pecho, preguntó con grande compostura a Pistaccio:
-¿Y ahora, señor mío, quid faciendum?
-Dios sabe -contestó Pistaccio-. Por el pronto separarnos de aquí sin dilación. Nadie ha visto esta desgracia, y es probable que no tenga consecuencias ningunas.
-Pero la parentela del pillastrón ese, ¿no tratará de hacer averiguaciones acerca de su muerte? -preguntó el general, marchando con lentitud junto a Pistaccio.
-¡Parentela! -exclamó su compañero, afectando grande risa y ligereza de aromo- No tenía el pobre diablo más familia que una esposa pálida y enferma, a quien habrá hecho padecer tanto en vida, que puede apostarse a que da gracias al demonio y a su excelencia que se dignó desterrarlo a

otro mundo. También deja tres niños huérfanos, pero el mayor no tiene aún seis años. Por ahí puede conjeturar su excelencia el poder de sus enemigos.
Ya más deprisa, y sin hablar una palabra, volvieron los feroces compañeros a Sevilla, y entraron en casa del general, que obligó a Pistaccio a quedarse a comer con él. Mientras se ponía la mesa, limpió con mucha compostura la hoja de la espada, diciendo que era la de Juan de Maya, y que no querría que se le echase a perder por todos los cucos del mundo. Algunas botellas de manzanilla restablecieron a los ánimos del general y de su huésped la acostumbrada elasticidad y desembarazo.
Acabada la comida, y profundas y multiplicadas libaciones que la acompañaron, dijo el general:
-Casi se me había pasado de la memoria el asunto de Isabel. ¿Cuándo será mía? De nada tengo ahora tanta necesidad como de una niña que me divierta.

-Lo que es por hoy, amato padrone, es imposible que vuecencia se apodere de ella. Algo tenemos adelantado; que el paso definitivo no puede darse sin tocar resortes que exigen tiempo y cordura.
-Lléguela yo a ver, señor Pistaccio, y deje usted a mi cargo lo demás. La misma capilla del papa no le servirá de sagrado: yo respondo.
-Yo me esforzaré en proporcionarle a vuecencia ese gusto.
-No me gustee usted a mí, señor Pistaccio, ni me ande con gusto ni placeres -replicó el general con harta vehemencia-. Ya soy yo muy viejo para que se me entretenga con palabras.
-Y yo muy joven, señor general, para sufrir la impetuosidad de nadie. Ya yo he dicho a vuecencia que haré cuanto esté de mi parte. Si tienen buen éxito mis planes, verá a Isabel esta misma noche.
Mientras pronunciaba Pistaccio las últimas palabras, por vía de modificación del sentido de las primeras, estuvo el general con una botella en la mano, dudando si se echaría a reír, o si se la dispararía a Pistaccio a la cabeza. Se decidió al fin por la paz y replicó afablemente:
-Permita usted hablar con franqueza, si gusta, a un amigo de usted, soldado sencillo sin formas ni disfraces y que pudiera ser su abuelo. Si está usted pronto partamos.
Salieron, pues, para la casa de los alquimistas, adonde tenía Pistaccio una habitación tan cómoda como lujosa. En esto pidió el joven al general le aguardase, mientras iba a disponer las cosas necesarias para llevar a cabo su proyecto.
-Pero hágame usted el favor de no tenerme mucho tiempo de centinela -replicó el excelentísimo-, y no olvide usted, señor Pistaccio, que no estoy dispuesto a sufrirle a usted ninguna de sus gracias ni chanzadas pesadas. Acuérdese de esto, le pido, o yo le haré que se acuerde.
Pistaccio cortó el paso, dudando probablemente si daría o no la merecida respuesta a aquellas amenazas; pero la última proeza del general estaba tan presente en su imaginación, que se levantaron pidiendo paz hasta las más remotas partículas de su prudencia. Continuó, pues, en su misión, medio sonriendo, medio maldiciendo al asesino.
Cuando se vio solo, cruzó el general los brazos sobre el pecho, y comenzó a pasearse tranquilamente por el cuarto, pronunciando entre dientes algunas inconexas cláusulas.

-¿Al fin, qué culpa tenía -dijo- su mujer y sus tres niños? ¡Asesinar así a un infeliz, cuyo corazón y cuya vida estaban puestos en unas cuantas piezas para comprar pan a sus hijos!
Aquí se paró el general un instante para limpiarse el sudor frío que fluía de su frente. Luego continuó:
-¿Y es posible que yo, que el general Landesa esté así esperando a un miserable lacayuelo para satisfacer el capricho de una vieja detestable? Sin duda he perdido el juicio. ¡Cuánto más racional no fue el viaje de Sancho Panza al Toboso en busca de Dulcinea! Pero si llego a casarme...
El ligero paso de Pistaccio interrumpió el soliloquio.
-Premete, premete, caro mio padrone.
Siguió el general los sonidos, más bien que la forma de Pistaccio, casi invisible en la oscuridad. Muchos estrechos y encrucijados corredores, subidas y bajadas sin cuento hubieron pasado antes de llegar a un sitio en que suplicó el conductor a su conducido levantase la vista, y se descubrió a grande distancia del suelo cierta refulgencia causada, al parecer, por algunos rayos de luz que penetraban por una altísima claraboya practicada en la pared.
-¡Esa abertura -dijo Pistaccio- cae al cuarto de Isabel!; sólo este paredón nos separa de ella. Vuecencia suba si gusta, por esta escalera de mano, examine el local por sus propios ojos y tome para el rapto las providencias que le parezcan convenientes, seguro de que yo emplearé en ayudarle a practicarlas todos mis esfuerzos.
Landesa subió sin detenerse por la escalera de mano, maldiciendo desde lo más profundo de su alma a la marquesa del E. que lo comprometía a hacer aquellas necedades indignas de un cadete. Llegó, en efecto, a la claraboya desde donde se descubría la estancia de Isabel.
Estaba arrodillada ante una imagen de la Virgen, cruzadas las blancas manos, vuelta la cabeza hacia los cielos. Descendía la negra cabellera por su cuello y espaldas en sueltas y descuidadas ondulaciones. Su frente, sobre la cual derramaban abundante luz dos velas de cera, parecía radiar inundada en celestial confianza. El ático perfil de su rostro descubría con ventaja su fascina dora belleza por la favorable distribución de la luz que lo bañaba. Un artista entusiasta no hubiera deseado más perfecto modelo para ejercitar su pincel en los hechizos del claroscuro. Estaba vestida de negro, respiraba gentil y suavemente, y parecía absorta en la oración. Era la sala en que la había aprisionado tan lóbrega y dilatada, que apenas podía descubrirse a la luz de las velas la pared opuesta al altar.
La vista de Isabel, deslumbró al general Landesa. Su actitud, su hermosura, su humillación, su confianza en el auxilio divino, habían ennoblecido su aspecto y elevádolo sobre toda sublimidad humana. Un sentimiento como el de la simpatía o la conmiseración se apoderó del general; y al mirar fijamente a Isabel, parecía que su adamantino corazón se ablandaba. Creyó ver a la Religión en comunión santa con el cielo, y afectaron por un instante su alma la ternura y la benevolencia. Una voz dulce y sonora, la voz de Isabel, se oía a veces en ferviente plegaria.
¡Reina del cielo! -decía-: ¡Tú, cuyo trono sostienen coros de arcángeles y serafines, dígnate volver tus ojos misericordiosos sobre aquél que tantas aflicciones sufre! ¡Ampárele tu clemencia! ¡Si aún se cuenta en el número

de los vivos, permite que por el sendero de la caridad y virtud cristiana llegue a la ventura eterna!
Las luces se apagaron entonces repentinamente y quedó todo envuelto en oscuridad y silencio. Pasó esta visión súbitamente por los ojos del general; y al bajar la escalera con trémulo paso, exclamó:
-¡Dios eterno! ¿Será éste tu aviso? ¡El aviso de Dios! -replicó con voz que permaneció reverberando por mucho tiempo bajo las bóvedas del edificio.
Landesa asió más fuertemente la escalera y preguntó al llegar al suelo a Pistaccio qué le estaba esperando:
-¿Quién hay en este cuarto?
-Nadie que yo sepa -contestó Pistaccio-, a no ser nosotros dos. Vuecencia me vio abrir y volver a cerrar con llave, y no tiene ninguna otra puerta, ni había nadie cuando yo vine solo a examinarlo.
-Dígame usted, señor Pistaccio, ¿me tiene usted por algún niño de cinco años?
-Antes pienso que vuecencia se imagina que yo lo soy.
-¿Conque no acaba usted de oír aquí una voz que todavía resuena?
-Vaya, vaya, general, creo que está vuecencia de broma y gusta divertirse a mis expensas.
-Nadie acaba, pues, de hablar...
-Tal vez, señor excelentísimo, estaré yo sordo, pues no he oído más voz que la de vuecencia.
-¡Adelante! -exclamó el general.
Y mientras desandaban el tortuoso camino por donde vinieron, traspasaron su memoria cual otros tantos encendidos relámpagos las imágenes de cuantas crueldades y extorsiones había cometido en su vida. Más de una sombra cadavérica parecía interceptar sus pasos y prominente entre ellas la del infeliz que aquel mismo día acababa de inmolar. Al salir al aire libre exclamó para sí:
-¡Qué necedad!, ¡cómo si hubiera el cielo de ocuparse en hacer milagros para convertir un monstruo como yo!, ¡ni por un mundo de Landesas! ¡Todo efecto del maldito manzanilla, que al punto se sube a la cabeza!
Y luego en voz alta:
-Pues, señor Pistaccio, le confieso a usted que es la muchacha una diosa. Ya yo estaba resuelto de antemano a apoderarme de ese tesoro, ¡lo que es el mundo!, por complacer a una odiosa vieja; ahora me reitero en la misma idea y la libertaré a pesar del infierno entero para hacerla dichosa conmigo. Casi casi me parece que estoy tentado a casarme con ella, hacer una acción buena y volver a la virtud después de una ausencia de veinticinco años, con que niño, ¿podemos entrar en su cuarto esta misma noche?
-¡Santos cielos! Habla vuecencia de estas cosas como si mis respetables y honrados patrones, los alquimistas, fuesen infantes o tontos. Con toda mi travesura, con todo mi conocimiento de esta casa, aún no he podido descubrir quién tiene las llaves de ninguna habitación que salga a la de Isabel. Taladrad una pared de piedra de cuatro pies de espesor, es otra imposibilidad...
-No me descubra ninguna de esas dificultades. Si en lugar de un tabique fuera la muralla de la china, aún me parecería de papel. ¿Cómo trajo usted

aquí a la muchacha?
-En un coche que entró hasta el patio de la fuente.
-¿Y luego?
-Le pedí que me acompañase al despacho del señor de Bruna, en cuya casa creía ella estar. Subimos por una escalera de mármol, entramos en una antesala y le pedí que me aguardase hasta advertir de su venida al magistrado. Entré en la sala. Pedro Facundo me aguardaba en ella; desde entonces no he vuelto a ver ni a oír cosa alguna de la dichosa señorita.
-¿La visita Pedro Facundo? Opinión franca.
-No, señor.
-¿Quién es el llavero principal de esta maldita casa?
-Le juro a vuecencia por mi honor que no sé. Ese es puesto de confianza, y los alquimistas mismos ignoran generalmente quién lo desempeña. Sin embargo, diré a vuecencia lo que he podido traslucir acerca de eso. Cuando hay aquí alguna persona detenida, o lo que es mucho más común cuando hay que enviar a algún preso a otra casa de las ciudades subalternas, se valen los alquimistas de un hombre que sólo interviene en estos negocios.
-¿Y a qué viene toda esa complicación?
-Porque si los alquimistas fuesen ellos mismos los carceleros y los reconociese algún preso por las insignias de la orden y lograra este preso fugarse, ¿cuánto daño no podría hacerles? Isabel, por ejemplo, no sabe en este mismo instante que está metida entre alquimistas. A mí me conoce personalmente, pero vuecencia ve cuán diverso es mi traje del que usan los señores que me patrocinan. Las personas que sirven a Isabel son todas de mi clase, y van siempre enmascaradas: no hay entre ellas alquimista alguno. A lo menos, así se hace con los demás presos que se ven aquí como por encanto, sin poder conjeturar de modo alguno adónde se hallan, cómo ni de qué manera. Un hombre interviene en jefe, como digo...
-¿Y quién es ese potente personaje?
-Ni más ni menos que el principal agente de vuecencia acerca de los bandidos y contrabandistas, el célebre tío Tragalobos...
-Pero use vuecencia con discreción de este secreto; obre sin dar a entender de dónde adquiere sus noticias, pues sabe que depende de estos señores alquimistas mi subsistencia...
-¡Va! El tiempo es precioso. Parto en busca de Tragalobos. Gracias por los favores, y adiós.
-Beso a vuecencia la mano. ¡Gracias a Dios que logré dirigir tu atención hacia otro punto! Ya Tragalobos está avisado y te espera, general maldito; que eres más duro de cabeza y más obstinado que un asno, y más duro de corazón y más sanguinario que un tigre.

## Capítulo IX

¿No ha visto usted nunca la pintura de nosotros tres?

(SHAKESPEARE.)

No eran, como ya se ha insinuado, los alquimistas gente que solía dormirse a los bordes de los precipicios. No era su intención destruir el gobierno, pero sí estremecer sus cimientos para adquirir la gloria y gozar de los beneficios de haberle vuelto a su primera estabilidad. Habían pesado con madurez sus medios y aplicádolos infatigablemente a útiles propósitos.
Tres días transcurrieron desde las aventuras con que acaba el último capítulo cuando halló el sol una mañana a nuestros respetados Pedro Facundo y Pedro Gonzaga interrogando a Nicasio Pistaccio acerca de ciertos pasos del tempestuoso general Landesa.
-Pero ¿manifiesta, en efecto, el general -preguntó el primer alquimista- síntomas de sospechosa conducta?
-Sí, señor respetadísimo -contestó Pistaccio-: Ayer mismo le dijo furiosamente a Tragalobos que haría de esta casa una Troya si no se le entregaba su Elena.
-¡Tenga cuenta con nuestros Héctores! -exclamó fríamente el alquimista- Más le valiera acordarse de que no es invulnerable como Aquiles.
-Pero si no es Aquiles, sera sumiglia piú che'l diavolo al suo figliulo; no hay cosa desesperada de que no sea capaz su excelencia.
-Su impetuosidad es nuestra mejor arma contra él. Nuestros proyectos no ha de destruirlos nadie. Deseo oír la opinión de Pedro Gonzaga o de Pistaccio sobre este asunto.
Pistaccio, viendo que Pedro Gonzaga continuaba silencioso, dijo a media voz por vía de consejo:
-Forza un pochetto di sublimato corrosivo...
-De ningún modo -interrumpió Pedro Facundo-: necesitamos de su auxilio por ahora.
-¿Y no podríamos -preguntó el de la sublimada insinuación- darle de una vez la muchacha y satisfacer su capricho?
-Mucho menos -replicó Pedro Facundo-. El día en que perdamos a Isabel, perdemos a la marquesa y al general por consiguiente. Sigue aún con ardor en nuestro servicio porque nos necesita para satisfacer los deseos de la dama. Yo la conozco muy bien. Tiene pasiones más violentas que las furias de las tempestades. No puede sufrir que la contraríen ni en la cosa más trivial del mundo. Tengámosla así entretenida, y capitulemos cuando sea preciso; pero no nos apresuremos. La marquesa se arruinará gustosa por conseguir apoderarse de Isabel. Lográndolo sin trabajo, ¿quién nos asegura que continuará unida a nuestros intereses? Yo leo en su corazón: piensa engañarnos y abandonarnos. Su deserción sería perjudicialísima en la crisis presente.
-Pero, por otro lado -preguntó Pistaccio-, ¿cómo ha de conservarse nuestra aparente amistad con el general negándole lo que pide? ¿Y cómo ha de detenerse su traición?
-Pregunta es ésa de difícil respuesta -replicó el muy respetable, nutriéndose las narices con un potente polvo de rapé, y sepultándose con sus compañeros en obstinado silencio.
-El único expediente que se me ocurre por ahora -dijo Pedro Gonzaga después de una larga pausa- es el de entregarle a Isabel sin repugnancia visible, disponiendo al mismo tiempo el modo de volvérsela a robar un momento después, de tal manera que no sospeche que somos nosotros los

raptores. Nos es conocido su carácter. Se atreverá a la muchacha y la insultará al punto en que se vea sólo con ella. Un poco de narcótico suministrado oportunamente por su ayuda de cámara, un plan ingenioso, un pañuelo de ella abandonado sobre el sofá, otras señales externas, le harán creer que se fugó su pupila de motu proprio. Ella misma creerá que va huyendo de la esclavitud hasta verse de nuevo sorprendida por nuestro carcelero. Además del ayuda de cámara, solos dos criados tiene en la casa. Todos tres son de los nuestros; a todo están prontos, incluso a la muerte del jefe...

-Queda admitido el proyecto. Luego discutiremos los pormenores -dijo Pedro Facundo.

--Si el general llega a apoderarse de Isabel -observó Pistaccio, que tenía terrorífica idea de la proeza personal de su excelencia- no creo que haya hombre ni ángel bueno ni malo capaz de sacársela de las garras.

-Otro es mi sentir -concluyó Pedro Facundo con el tollo sin apelación del que por oficio manda-. Venga Tragalobos esta tarde a recibir órdenes. Al mediodía determinaremos maduramente las circunstancias accesorias de este nuevo plan. Entonces volveremos a vernos.

Con estas palabras se levantó la sesión.

## Capítulo X

Introducido por oculta senda, callada cuerda al pabellón aplica do reposa Isabel.

(L. F. DE MORATÍN.)

Dejamos a Carlos en otra parte de esta historia caminando hacia la quinta del mayor don Lope Grañina Portocarrero. En ella pasó algunos días de felicidad física y desventura moral. Alberto no había vuelto aún de la misión que le encomendó nuestro héroe acerca de Tragalobos, quien, según el testimonio de la tía Rodaballos, se declaró inclinado a favorecer al caballero con nuevas respecto al destino de Isabel. La dilación de su plenipotenciario mortificaba a Carlos sobremanera. Había estudiado mucho a los estoicos; pero séase por defecto de la filosofía o del filósofo, sufría el azote del destino con tan poca resignación como el niño los de su maestro de escuela. Se creía valiente con la espada, pero le faltaba fortaleza para reflexionar a sangre fría sobre la posibilidad de perder a Isabel, aunque todas las circunstancias externas lo hacían más que probable. Ni era esta especie de pusilanimidad la sola falta de Carlos. No se conocía a sí mismo y era con frecuencia su entendimiento víctima de sus deseos. En un piélago de pasiones se creía tranquilo y dispuesto a cultivar su razón, cuando apenas tenía razón que cultivar. Se pasaba horas enteras en la biblioteca con un libro delante, y lo cerraba y volvía a su lugar sin saber a veces ni aun de qué se trataba. Salía a cazar antes de amanecer, y volvía por la noche sin caza por habérsele olvidado la

escopeta. Los labradores de la quinta se guiñaban el ojo, compadeciendo entre sí aquel pobre joven lunático. Por la misteriosa conducta de Carlos y el secreto que se les había encargado, pensaban los campesinos que sería hijo no reconocido de alguno de los caballeros de Grañina, y que por su imbecilidad le tendrían así en el campo. Todos le amaban, empero, por su gentileza y afable conducta. Por las noches salía también a tomar el fresco y a gozar de su abstracción y varias contemplaciones. El sol oculta con su luz las maravillas de la creación que la noche descubre.

Las innumerables y argentadas luces que oscilan en la bóveda celeste, aquella banda peregrina que desciende del norte al ocaso por entre el brillante Orión y los unidos gemelos, millones de soles y millones de mundos, girando a distancias inconcebibles en fúlgidas órbitas con otros soles y otros mundos, eslabones de aquel eterno, sistema de que nuestro sol y nuestro mundo, nuestros luceros y orinados cometas no son todos juntos más que un átomo, flotan perdidos por el espacio, pero una fuerza invisible los encadena y da armonía a su movimiento. ¿Adónde yacen los términos de tantos mundos? ¿Adónde empiezan las regiones espantosas de la nada? ¿Para qué sirve la naturaleza? ¿De dónde la tenacidad de todas las especies para conservarse?

Ya el lector benigno habrá inferido que estas mismas preguntas hechas en voz alta y en público hubieran dado con el preguntante en una casa de orates. Algunos truenos lejanos, y más que ellos, un hombre que le preguntaba por la quinta del señor de Grañina, despertaron, por decirlo así, a nuestro investigador. Antes que acabase de dar la explicación que se le pedía le asió de las manos al capuchino felicitándose con gozosas palabras de haberle hallado tan pronto. Reconoció Carlos en este afectuoso conocido a aquel Chato antes nombrado en esta historia, y le saludó como a presuntivo mensajero de importantes nuevas. Chato se confesó, en efecto, heraldo de felicidades, y pidió al caballero lo siguiese sin tardanza, añadiendo que venía autorizado por Tragalobos: Exhibió por vía de credenciales la banda de la gitana confiada por Carlos a Alberto, ligerísimamente atravesaron ambos encontrados cerca de una legua de tierra. Llegaron a una arboleda poco distante de los muros de Sevilla, adonde pidió Chato al caballero esperase fijamente su vuelta.

Sería la media noche cuando quedó nuestro solitario en el umbroso olivar.

-¿Y por qué no habrá venido Alberto? -pensaba entre sí- ¿Cuándo veré a mi Isabel?

Este pensamiento le atrajo otros: mil que hubieran engendrado otros, a no ser por algunas ráfagas de tormentoso viento, y una abundante lluvia que empezó a caer súbitamente. Ocupaba el caballero una especie de hondonada, que tuvo que abandonar por haberla llenado de agua dos o tres pequeñas corrientes. Al buscar con vago paso sitio más cómodo, llegó a una especie de colina de las que los escombros de templos o edificios moriscos han solido formar en muchas partes de España. Subió a su cima, y no obstante la impenetrable oscuridad de la noche, anduvo algunos pasos para mejorar de sitio, tentando con la espada el lugar adonde ponía los pies. No le bastó esta precaución. Tembló el suelo bajo sus pies, cedió de repente, y cayó dos o tres varas más abajo de su nivel primitivo. La fetidez que emponzoñaba el aire de aquella oscura sima hubiera sido insufrible para constitución más débil. Se levantó Carlos envuelto en el polvo sofocador

de los demolidos fragmentos, y marchó precipitadamente en busca de otra atmósfera más pura. A pocos pasos la respiración y movimiento de algún ente animado llamó su atención, y no bien hubo sacado la espada, cuando le atacó un animal tan grande o mayor que un perro de presa. Los ojos de la fiera lucían por entre las densas sombras de la noche, y una casualidad afortunada descubrió sus movimientos. Multitud de fosfóricas momentáneas luces resplandecieron alrededor, encendidas probablemente por el aire a que dio entrada la reciente ruina. Se retiró el lobo de las luces y lustrosa espada, hizo algunos amagos para lanzarse sobre su adversario, pero al verse atacado huyó dando largos alaridos.

Libre de este riesgo, hizo nuevos esfuerzos para salir de las ruinas. Siguió adelante. Ya se habían consumido las luces fosfóricas. Continuó, sin embargo, hasta tropezar y caer sobre una cosa blanda. Al levantarse puso la mano sobre una pierna humana separada del cuerpo. Se llenó de horror. Separó el brazo en dirección opuesta, y se detuvo entonces su mano en la cavidad de una boca fría.

-¡Horrorosa suerte te cupo! -exclamó Carlos lleno de helado sudor el cuerpo- ¡Así sirves de alimento a las fieras!

Sobre el insepulto cadáver del joven que murió a manos de Landesa había caído Carlos. Se levantó agitadísimo, y con ayuda de su espada logró volver a subir a la cumbre de las ruinas. La tormenta continuaba: Creyó Carlos, sin embargo, oír su nombre repetido por el aire; reconoció la voz del Chato; bajó de su eminencia, y algunos instantes después se le juntó el dicho guía acompañado de Alberto, que lo abrazó afectuosamente y dio al cielo gracias por haberlo vuelto a sus brazos. Chato, que estaba dotado de sagacidad poco común; no tardó en echar de ver cierta compostura forzada en los modales de Carlos, y le preguntó la causa.

-Vengo horrorizado -le contestó- del tacto de un cadáver que están ahí junto devorando las fieras.

Desmayó Alberto al oír esta noticia, y se acercó más a Carlos. Chato dijo:

-¿Y qué mayor fortuna que la de morirse? Yo vi el cuerpo a la sombra hace dos o tres días. Ni un maravedí en el bolsillo; pero la espada era muy buena, y me la traje, considerando que de nada podía servir a un muerto, que ni aun en vida supo usarla. Me parece que conozco la mano que le atravesó el pecho. Ya está libre de penas; pero apretemos el paso, que nuestros negocios nos importan más que los suyos.

-¿Y cuáles son nuestros negocios? -preguntó Carlos- ¿Adónde vamos?

-No puedo responder exactamente -contestó Chato entre mil ásperas cortesías-; pero si podemos conseguirlo, verá usted una personita que le interesa mucho, según dicen. Ya su señoría sabe de quién hablo.

Continuaron nuestros aventureros nocturnos con velocísimo paso hacia los muros de Sevilla. Pasaron por junto a la puerta de Carmona, y del ángulo de un torreón hallaron suspendida una cuerda, por la que subieron a la muralla y entraron en la ciudad. Atravesaron sin hablar una palabra muchas oscuras, estrechas, tortuosas y mal empedradas callejuelas, que serpeando en intrincados laberintos, los condujeron a un espacio abierto extendido y pantanoso, con tal cual robusto árbol cubierto de follaje. Las nubes que les habían dado una corta tregua, empezaron a deshacerse en torrentes de agua al instante que entraron en esta tenebrosa llanura. A la pálida luz de los relámpagos guiaba Chato ligeramente la vanguardia, y dirigía el

movimiento de los otros dos jóvenes. Les llegaba a la rodilla el agua del pantano, que agitada por la lluvia parecía chispear tristemente en derredor. Más de doscientas varas de este miserable camino habían pasado, cuando a través de las líneas oblicuas de los aguaceros se distinguió una luz ardiente. Al aproximarse a ella vieron levantarse de las tinieblas las confusas formas de un gigantesco edificio. Le circuían altas torres, cuyas almenas ocultaba la noche. Se dirigió Chato al edificio; y doblando una de sus esquinas, hizo alto junto a una pequeña portezuela, cubierta por dos soberbias columnas de piedra.

-Esperen ustedes aquí un poquito -dijo, y desapareció sin grande ceremonia.

Pocos minutos pasaron cuando ya estaba de vuelta con una linterna sorda, cuya luz pasó por el semblante de Carlos. Viendo que no hallaba indicación alguna de falta de ánimo, ocultó la luz, puso una llave a la cerradura de la puerta, y entró seguido de Carlos y Alberto en un estrechísimo pasaje, que atravesando por otros muchos, guiaba en complicadas curvas hacia el lado opuesto del edificio. Llegaron por este pasaje a diez o doce escalones de madera tan diestramente embutidos en la pared, que hubiera sido imposible hallarlos sin previo conocimiento. Subió Carlos por ellos, y pidió Chato a Alberto se quedase allí oculto hasta que volvieran. Pero Alberto estaba poseído de terror, y apenas bastaron súplicas para hacerle condescender. Al fin se resolvió a servir a su amigo, y quedó solo, repitiendo para fortificar el ánimo las letanías de los santos.

Permaneció, pues, de puesto avanzado, mientras Chato y el caballero subían por una escalera de mano fija y vertical que los condujo a un abierto y espacioso nicho. Entre dorados relieves y entalladuras representaban cinco abultadas imágenes el martirio de San Andrés. La luz de la linterna que Chato llevaba en la boca los siguió en este ascenso. Corriendo una cortina de seda verde que velaba las efigies, multitud de columnas, altares y sepulcros aparecieron en temerosa grandeza ante los ojos de ambos espectadores. Una solitaria lámpara ardiendo en el centro de la iglesia hacía su oscuridad más visible.

-Haga usía el favor de dejar aquí sus zapatos -dijo Chato-, y acuérdese de que quedan junto a los talones de San Andrés, si el cielo permite que volvamos con nuestros huesos y pellejo, los hallaremos en el mismo sitio.

Y quitándose también los suyos para evitar el ruido, indicó a Carlos una fácil bajada a las naves de la iglesia, diciendo entre dientes:

-Mucho me temo que sea ya demasiado tarde.

Atravesada la iglesia, llegaron a un solitario sepulcro, asió Chato las argollas de bronce de la urna; levantó fácilmente una especie de cubierta de mármol que en fuertes e invisibles goznes descansaba, y dejándola entreabierta; bajaron por una cómoda escalera a los subterráneos del templo. En ellos estaban las catacumbas, o pacíficas mansiones de los muertos, convertidas después por el furor ciego del fanatismo en morada de lágrimas y desolación. La luz escasa de la linterna, disipada por entre los ámbitos espaciosos del subterráneo, multiplicaba con sus reflejos las tristes alegorías de los cenotafios y túmulos, cuyas sombras se prolongaban por el negro embaldosado en que imitaba calaveras y huesos una especie de luctual mosaico. Ya cerca del otro lado de las catacumbas se extendió súbitamente la luz de la linterna, se contrajo de nuevo y quedó

al punto apagada.
-La suerte es adversa -exclamó Chato en ahogados acentos-. Permanezca usted aquí, señor caballero. Si adelanta o atrasa un solo paso todo está perdido. Tal vez oirá usted luego voces humanas no lejos de este punto. Siga su sonido, pero ármese de valor y fortaleza; no despliegue los labios, oiga lo que oiga. Una palabra suya, una respiración de su voz traerá sin duda desastres sobre la persona que más ama, y usted no volverá nunca a ver la luz del sol. El silencio lo coronará tal vez de ventura. Estamos en las cavernas del tigre, en el reino de la muerte. Dios le guarde.
Un instante después ya no se oía su cauteloso paso.
Apenas quedó el caballero abandonado entre las solitarias tinieblas de aquella mansión triste, cuando llegó a sus oídos el eco de un paso lento y leve, cual pudiera imaginarse el de un espíritu emancipado ya de la carne. Se erizaron los cabellos de Carlos, y parecía helársele en las venas la sangre. Dudó si desnudaría la espada, cuando le asió el brazo una mano dotada de supernatural fuerza. Levantó en silencio la suya contra el extraño, pero inmediatamente se apoderó de ella otra mano, fría como el mármol de las tumbas, y bañada del sudor helado de la huesa.
-¡En el nombre de Dios! -exclamó el caballero-: hombre o espíritu, ¿qué quieres?
Sólo le contestaban prolongados gemidos.
-¡Habla! -dijo el caballero con mayor confianza.
-No me abandones, Carlos, o moriré de temor -contestó Alberto, que poseído de un terrible terror pánico, no tuvo osadía para quedarse solo, y siguió descalzo y desde lejos los pasos de su amigo.
Carlos, siendo inútil reconvenirlo por una falta que ya no podía remediarse, lo consoló con algunas palabras, y quedaron juntos en silencio. De allí apoco oyó resonar por entre las tumbas los goznes de no muy lejanas puertas, y quiso aproximarse hacia el sitio de donde venía el ruido; pero todo quedó al punto sepultado en silencio profundo. A los pocos minutos se oyó cierto desmayado rumor de voces, cuya dirección siguió Carlos. Se oían más claramente al disminuirse la distancia, y el corazón apenas le cabía en el pecho cuando llegó a convencerse de que salían las palabras de los labios de Isabel. Llegó al no visto punto de donde el murmullo emanaba; en la línea más directa que la frecuente interrupción de los monumentos le permitía, y ya en contacto con una puerta, fijó la vista en el agujero de la llave.
A la diestra mano de un dilatado apartamento vio un altar de nuestra Señora, sobre el que ardían dos velas. Un sillón de brazos, puesto junto a la puerta, ocultaba gran parte del salón, y su espaldar a la persona que le ocupaba. Mas, ¿cómo pudiera Carlos equivocar aquella voz? El general Landesa estaba junto al sillón, con la mana derecha descansando en el espaldar y el cuerpo inclinado cortésmente. Chato, vestido de una especie de librea, y disfrazado que sólo el penetrante ojo de Carlos pudiera reconocerlo, estaba algo detrás del general, hacia la puerta por donde nuestro héroe miraba. Otro criado tenía enfrente del sillón una linterna en la mano y un grande manojo de llaves.
-Protesto delante de los cielos -eran las palabras del general- que no es otro mi fin, señorita, en quererla librar a usted de este confinamiento

detestable, que volverla a los brazos de sus parientes o amigos, y ponerme en el número de ellos. La Santísima imagen que tenemos delante atestigua la pureza de mis intenciones.
-Infinitas gracias, señor -respondió una voz dulcísima, vibrando su acento en lo más recóndito del pecho de Carlos-; infinitas gracias por tantas bondades. Una felonía me trajo a esta casa, adonde me hallo sin saber por qué prisionera. Deseo ansiosamente mi libertad, pero no quiero debérsela a una fuga indecorosa. Hay en el mundo quien moriría de pesar si supiera que había yo huido con un extraño. De aquí me sacarán alguna vez por medios lícitos, y a la luz clara del día. Si así sucede, sufriré mis infortunios con paciencia y con resolución.
-Por Dios, señorita -exclamó el general-, no pierda usted estos instantes preciosos en recordar vanos e inoportunos escrúpulos. Mi clase, mis años responden de mi candor y sinceras intenciones. Admiro su virtud de usted, respeto esa delicadeza, y por eso mi deseo ardiente de sacar de los hierros persona tan apreciable. Usted ignora, hermosa niña, las intrigas infernales que se están formando contra su honor y su vida. No deseche la tabla que le ofrece la Divina Providencia para sacarla del naufragio.
Estas ropas la disfrazarán completa y decentemente. Déjeselas usted poner sobre los hombros...
-¡Jamás! -replicó Isabel con enfática y decidida voz- Tengo un protector que conoce a fondo las maquinaciones de mis enemigos; bajo su amparo he gozado de seguridad hasta ahora, y aun dentro de este mismo calabozo; por su poder espero librarme de él honrosamente. Con él nada me intimida.
-¿Y quién puede ser ese patrón dichoso en quien tanta confianza tiene? ¿Quién sino yo podrá sacarla de entre las manos de sus enemigos?
-¡Dios! -replicó Isabel con la misma firmeza y entusiasmo.
Apenas podía ya el general reprimir su carácter impetuoso. Quiso apoderarse de la mano de Isabel, pero le hizo retroceder una fija y altiva mirada de la heroína. Recobró, empero, su serenidad, y pidió a Isabel que le siguiese.
-¿Me veré obligado -dijo al fin impacientísimo -a volverle a usted su libertad compulsivamente, mal grado suyo? Sígame usted, señorita, no perdamos estos preciosos momentos.
-No espero -contestó Isabel con noble compostura- que use contra una débil mujer de su fuerza un caballero español. Si lo intentara agotaría yo la mía pidiendo ayuda, y resistiendo hasta no poder más tan vergonzosa violencia.
-No permita Dios, señorita -contestó el general apartándose un poco del sillón-, que jamás mancille mis pensamientos acción tan fea. Mis deseos son francos y honrosos. Consulte usted sus circunstancias consigo misma, y decida. Veinticuatro horas tiene usted de término. Mañana a la noche repetiré mi visita, y obedeceré a sus órdenes de usted, sean las que sean. Dios quede con usted.
Salió el general del cuarto con bien fingidas demostraciones de consideración y ternura seguido por el criado y Chato, quien previamente enseñó a Isabel, de modo que también lo viera Carlos, un pedazo de papel que dejó oculto bajo el lío de ropa destinado para el disfraz.
Tan pronto como se cerró la puerta, Isabel, hasta aquí tan fuerte y altiva, se reclinó sobre uno de los brazos del sillón, y empezó a llorar

amargamente. Cuando sus aprensiones se habían en parte resuelto en lágrimas, se arrodilló delante de la Virgen implorando su socorro.
Había presenciado Carlos esta escena con indescribible agonía. Mil veces hubiera hablado a no ser por el convencimiento de que sólo podía resultar de sus palabras mal para Isabel. Temía después pronunciar voz alguna, no fuera que su inesperado acento causase impresión demasiado profunda a la amada prisionera; pero al oír que ésta pedía por él en su ferviente plegaria, no pudo resistir por más tiempo, y suavemente pronunció el nombre de Isabel. Volvió ella la cabeza hacia la puerta en absoluta maravilla, y oyó entonces las palabras:
-Isabel, amor mío, levántate.
Indiferente, empero, a aquella súplica, recobró su posición primera y siguió el rezo.
Y levantándose luego, súbitamente se dirigió como fuera de sí hacia la puerta de donde la voz salía:
-Torna, bien mío, el papel que está dentro de esas ropas -exclamó Carlos con vehemencia-; léelo, Isabel, sin dilación alguna.
Obedeció Isabel en presuroso silencio, y leyó estas palabras:

> «Disfrácese usted al punto con esa sotana y manteo. Abra la puerta a la izquierda de la Virgen. En el lío hallará la llave. Queme este papel. Salga con una vela del altar por la puerta, y ciérrela luego con la misma llave. Allí verá dos amigos. Huya con uno y que vuelva el otro a la iglesia y cierre todas las puertas y tape la urna del sepulcro. Si algo queda abierto se sabrá por dónde se han ido, serán perseguidos y cogidos de cierto. El que cierre por dentro las puertas puede ocultarse en un confesionario hasta mañana, y salir por las puertas de la iglesia, Valor, y no pierda usted tiempo».

Con trémula mano tomó Isabel la llave, abrió la puerta, y Carlos y Alberto estaban al punto a su lado.
Recobró Carlos la natural energía. Estrechó a Isabel a su seno, enjugó sus lágrimas con ardiente labio... le arrojó por los hombros la túnica y manteo, y dando a Alberto una de las velas, llevó a Isabel por entre aquellos monumentos fúnebres en busca de una salida. El amor facilitó su camino. Salieron del sepulcro al dar la cuarta hora de la mañana el reloj de la misma iglesia.
-¡Valor, Isabel mía!, ¡marchemos con paso firme!
-¿Qué ruido es ése? -dijo Alberto, pero el silencio no se había interrumpido.
Llegaron al nicho de San Andrés, pasaron los corredores... y al fin salió Carlos al aire libre con su dulce Isabel, y le dio la amistad ánimo a Alberto para cerrar las puertas, según la instrucción de Chato.

## Libro cuarto

### Capítulo I

Con el viento murmuran,
madre, las hojas,
y al sonido me duermo
bajo su sombra.

(Romancero.)

Quedó, pues, Alberto, como dijimos en nuestro capítulo anterior, encerrado y medrosísimo en un confesionario, hasta que abierta la iglesia por la mañana se mezcló con los panaderos y revendedores de la feria que venían a oír la primer misa. Salió sin ser observado, y se desvió de aquel edificio con velocidad notable. Carlos, entre tanto, pasó muchas calles de la ciudad, preguntó a algunos regatones que a aquellas horas llenan las calles por la del A, en que vivía el caballero de Grañina, y antes de amanecer estaba llamando a su puerta, sin respeto a la sagradas leyes del puntillo. Su alma descansó cuando vio a Isabel dentro de la casa. Le dijo el portero que ya estaba su amo levantado hacía algún tiempo, y Carlos le halló, en efecto, ocupado con sus libros y mapas, cual pudiera al mediodía. Vio el señor de Grañina con alta admiración a Carlos, a quien creía durmiendo pacíficamente en la quinta. También le sorprendió que viniese con él Isabel, pero no llegó al colmo su maravilla hasta oír las aventuras de la noche.

-¿Hacia dónde cae esa iglesia y edificio? -preguntó a Carlos, y habiéndose enterado de las señas-: ¡Los alquimistas! -exclamó- Ya yo me lo imaginaba. ¡Pero ese general Landesa! Nunca habla de ellos sino para desacreditarlos, y helo aquí pasando la noche en sus nefarias juntas. Pero atendamos, señor don Carlos, a los deberes que nos impone su hermosa pupila. Como en mi casa no hay señoras, no puedo ofrecerle en ella un asilo. Pero tengo una tía, abadesa del convento de señoras nobles, que recibirá a esta señorita como huéspeda por el pronto, y mientras determinan ustedes definitivamente lo que gusten.

Se adoptó este plan, que tan bien conciliaba la seguridad de ambos, como el retiro y decoro que a Isabel se debían. Aquella misma mañana salieron en el coche de Grañina sus dos huéspedes; quedó Isabel bajo la protección de la abadesa, y Carlos volvió a su quinta.

Eran los labradores que en ella vivían gente llana y bonaza, de la que ahora no se estila por andar escasísima, y que solía llamar entonces al pan, pan, y al vino, vino. Se alegraron mucho de ver volver a su estudiante sano y salvo, porque le tenían cariño, y como sospechaban que doliere de la cabeza, y no había parecido en toda la noche, estaban que no se les cocía el pan. Al fin, le vieron entrar pálido y cansado en

apariencia, pero alegre más que nunca. Se confirmaron en que tenía poca sal en la mollera, y le dejaron ir a acostarse y a soñar con su Isabel en el inefable gozo que la pasada aventura le había causado.
Estaba en tanto nuestra fugitiva cubierta con un amplio velo; ofreciendo su gratitud en alegres y silenciosas lágrimas al ente Supremo que la había librado de sus calamidades. La seguridad de Carlos, más que la suya, alegraba su alma, y levantaba al trono celestial sus pensamientos. Algunas horas antes lloraba los infortunios de aquel que podía sembrar de rosas la senda de su peregrinación en esta vida; lloraba, y regaba sus lágrimas el frío y estéril suelo de un calabozo. ¿Por qué medio había la Providencia divina quebrantado los eslabones de sus cadenas? En estas plácidas contemplaciones estaba en el coro de las monjas, y mientras ardía su corazón en amor divino y piedad religiosa, sus labios repetían la cadencia del oficio divino, oraciones que repetían más de veinte vírgenes.
La abadesa del convento, la más docta sin comparación de todas las hermanas, había residido más de cincuenta años en este globo sublunar. La primavera y el invierno de su vida, esto es, sus primeros quince años, y los diez últimos, los había pasado en el mismo convento que presidía entonces. Los otros treinta años los distribuyó del modo que sigue:
Consagró los diez primeros a un esqueleto vivo de respetable antigüedad, marido fantasma, a quien apenas quedaban fuerzas para sostener sobre las muñecas los entorchados de teniente general con que quiso la bondad del rey honrarle las mangas de la casaca. Era esta anatomía único y deplorable residuo de un excelentísimo conde, cuya exuberante riqueza había recibido vasto incremento en cierta gobernación ultramarina. La envidia hincó hasta las encías su ponzoñoso diente al celebrarse aquellas nupcias de la muerte con la vida. Los oficiales jóvenes de la Armada, pues el general era marino, hacían mil atrevidas observaciones, con desdoro de la hermosa niña que iba en la flor de sus años a entregarse a un fardo de toses, reumas y humores. Las doncellitas de una cierta edad, es decir, aquellas rosas del sexo que ya, y a toda prisa, iban deshojándose, querían reprimir las acres indirectas de la juvenil oficialidad, y decían con mucho candor, que la bella niña querría tal vez divertirse en aprender medicina por algunos años mientras duraba aquella ilusión o fantasía de su marido, lo cual no podía ser mucho tiempo, viendo que era el futuro un hombre considerado de buena educación que no tardaría en hacerle el obsequio de dejarla viuda.
-Ciertamente -añadía otra damisela de aquéllas a quienes suele el vulgo bárbaro (es adjetivo clásico) llamar cotorronas, de aquéllas que por haber pasado ya días atrás el meridiano de su edad matrimonial tienen guerra abierta con Himeneo y con todo casante de cualquier sexo- ciertamente no tardará en librarla de su presencia, y entonces...
-¿Qué sucederá? -preguntó ardientemente un alférez de fragata, de éstos que parece que siempre van de bolina, y que en vez de sangre les corre fuego por las venas- Por Dios, Mariquita, no nos deje usted en estas dudas, que la curiosidad me mata.
-Qué perverso es usted y que malicioso... Usted ya me entiende... Quiero decir, que dará en su casa festines y saraos, mientras los gusanos hacen banquete de su esposo.
-Mil perdones, Mariquita. Su esposo mataría de hambre al gusano más frugal que jamás vivió en sepulcro.

-¿Y si deja a la pobrecita viuda cargada de niños?
-¡Por San Telmo!
Omitimos la respuesta del alférez. Toda esta murmuración y escándalo andaba de boca en boca, y vivió diez años sin consumirse, cuando llegó la hora de llevar muy solemnemente en una caja a la iglesia el bastón, huesos, pellejo, y uniforme del excelentísimo. La parte interna de su palacio se vistió por supuesto de terciopelo negro, y la rozagante viuda cubrió del mismo luctuoso color sus interesantes facciones y airoso y esbelto talle. El señor alférez de fragata, contra cuyo desenfreno de lengua hemos animadvertido arriba, formaba, por acaso, parte de la comitiva funeral, y tanto le impuso y afligió aquella escena solemne, que no pudo menos de volver sin tardanza al palacio de la infeliz viuda, con quien se condolió del modo más patético.
-¡Qué almirante hemos perdido! -decía- Aquello era un Neptuno.
Y como estas exclamaciones agravasen el dolor de la paciente, hizo por ponerse junto a ella, y tout bonnement, sin reparar en que estaba llena la sala de tristísimas matronas, se le ofreció al oído como sustituto heredero del general. ¡Quién pudiera pintar la turbación de la dama al oír tan intempestivo secreto! Le contestó en baja, pero indignada voz, que se le quitase del lado. Lo mismo que un sordo:
-¡Quién lo vio como yo, decía de recio, mandar la escuadra que vino de Quito!
Y al oído de la viuda sin que nadie lo advirtiera:
-Le digo a usted que la devoraría, que me estoy aquí consumiendo.
Figúrese cualquier viuda de razón que tarde pasaría la nuestra oyendo estos y otros desacatos semejantes. En tanto, se acabó el entierro. Al otro día muy de mañana entró a verla el alférez, y entonces, ¡gracias a Dios!, tuvo la dama lugar de manifestarle su resentimiento por la conducta de la tarde anterior, diciéndole, además, clara y terminantemente que había decidido retirarse del mundo para ir a llorar a su señor despacio en un convento. Cualquiera creería que esto contuvo al atrevido oficial, y que dejaría en tan loable idea a la viuda de su jefe; nada menos que eso. El tal oficialito debía tener un corazón de acero, y a cada rechazo daba él tres ataques. ¿Qué podía hacerla desventurada señora? Llegó a decirle:
-Es usted el joven más peligroso que hay en los navíos del rey.
Y, en fin, para abreviar, tan atormentada y perseguida llegó a verse, que para librarse de sus molestias tuvo que darle la mano, y el manejo de los caudales que le dejó su difunto.
El fallecido conde, en imitación de los frailes franciscanos, parece haber hecho en la parte posterior de su vida votos de humildad, castidad y obediencia. Su señora se vio, por consiguiente, encargada del inmenso trabajo de dirigir, según su parecer y voluntad, hasta las menores acciones del cadavérico excelencia. Acostumbrada a las fatigas del mando, tuvo la condescendencia, en conmiseración de la juventud del presente esposo, de resolverse allá en su ánimo a continuar aquellas desagradables funciones. Acaeció, empero, que en el día de aquellas felices nupcias apuró el novio no sabemos cuántas botellas de Jerez, y hubiéronsele de subir los vapores a la cabeza, porque olvidado de toda idea terrestre, llegó a figurarse que estaba corriendo una de aquellas gloriosas tempestades que suelen turbar la paz del padre Océano. Lleno de tan

extraña fantasía, se le antojó que era su novia una pasajera de distinción cuya seguridad y cómodo viaje le estaban encomendados. Creyendo que peligraba sobre cubierta en tan borrascoso tiempo, la asió gentilmente del brazo, y como se mostrase algo remitente, la sentó en un sofá con suave compulsión y dulce sonrisa. Notó en el mismo instante que los pícaros de los criados, o como él les llamaba, marineros, no andaban bastante listos. Insinuó, por tanto, una sopera con todo su contenido sobre la cabeza del mayordomo; disparó media docena de platos de china hacia la cúspide de otro familiar; bautizó al tercero con un frasco de manzanilla, e iluminó al paje de la señora, en su lenguaje el grumete, con un candelero de plata, que le dejó expertísimo, habiéndosele sacado diez onzas de sangre que le incomodaban. Dispersos y huesirrotos en un santiamén los marineros todos, y libre ya el camarote de su presencia, tomó nuestro alférez el timón, y condujo a su albedrío el bajel de allí adelante. Y como fuese su disposición natural ardiente, y emprendedora, comprometía sin cesar su pobre buque contra rocas, bancos y corrientes, haciéndolo navegar a través de los más violentos huracanes sin consideración ni piedad.

Este digno esposo, después de hacer feliz a su consorte como unos veinte años, se puso por desventura frente a la espada de uno de sus íntimos amigos, que tuvo la bondad de atravesársela por los hígados en un reñido, pero elegantísimo desafío. Este accidente decidió con mucha frialdad una acalorada disputa acerca de ciertos puntillos, privilegios e indefinidos derechos de que gozan los españoles tanta abundancia.

Don Alejo Cevallastigardi y Chodapeturra, redactor de la presente historia, se lisonjea con la esperanza de contar entre sus hermosas lectoras algunas de aquella clase de la sociedad cuyas damas atraviesan por lo menos una vez en la vida el Canal de la Mancha, o van siquiera en el del vapor de Cádiz al Puerto o de Sanlúcar a Cádiz. Y golosísimo con esta esperanza, se torna la libertad de preguntar a aquella belleza, cuyos interesantes y dulces ojos resplandecen ahora sobre sus toscas páginas, si tan merecido odio le inspiraron las cosas navales en dos o tres horas que pasó en el paquebote, si su ecuanimidad que todos admiran, su afabilidad y paciencia, empezaron a apurarse en tan corto tiempo y plácido buque, ¿qué le sucedería a la desgraciada señora que pasó veinte años a bordo del uno de los más combatidos bajeles? Adquiriría, como le sucedió a la abadesa, cierta especie de dignidad cortante y afilada, perdonable en señoras de su rango, y que suele caracterizarse cuando se habla de gentes plebeyas con los dictados de genio agrio, cara de vinagre, y otros epítetos no menos pungentes y acres.

Cansada del mundo y de su vanidad, pero infinitamente más cansada de sus realidades, se refugió nuestra viuda, al acabar el segundo esposo, en el convento de damas nobles, adonde halló tantos intereses opuestos que conciliar, tantas maniobras que reprimir, tanto ingenio, paz y tiempo perdidos en planes ambiciosos, que hubiera el todo hecho honor a la misma corte de Alejandro VI. Tenía nuestra viuda la experiencia y ardor de un marinero, pero la edad había parcialmente subyugado su genio fogoso. En vez de tomar parte en las cábalas de las hermanas creyó más conveniente mejorar su propia benevolencia, y luchar hasta vencerlo contra el ardor de su disposición. Quiso convertir su vehemencia en laudable rectitud de carácter, arrancando, como Franklin, el rayo a la tormenta, y aplicándolo

a útiles objetos. Irascible, y poco sufrida por naturaleza, se hizo, por arte, paciente y templada; pero en los conflictos violentos y frecuentes del sentimiento contra la razón, era dudosa la victoria y dudoso el proceder de la abadesa en diferentes circunstancias. Bajo la protección de esta señora quedó, como se ha dicho, Isabel.

## Capítulo II

Fra quant amor, fra quanti fedi al mondo
Mai si trovar, fra quanti cor costanti,
Fra quanti, ó per dolente, ó per giocondo
Stato, fer prove mai famosi amanti;
Piu tosto il primo loco, che'el secondo
Daró ad Olimpia: e se pur non va innanti,
Ben voglio dir, che fra gli antichi é novi
Maggior dall'amor suo non si ritrovi.

(ARIOSTO.)

Aún soñaba con Isabel el caballero cuando le despertaron ciertas voces más ásperas, altas y roncas que las que podían salir de sus labios. Eran, en efecto, las de Alberto y del Chato las que le despertaron; éste con sus cortesías a lo jaque, aquél felicitándose de hallarlo vivo, pues no había vuelto a saber de él positivamente desde la noche en que acompañó a Carlos a la casa de los alquimistas.
-Dios sea loado -decía-, que me permite verte sano y bueno; yo también lo estoy, pero es por milagro patente, pues has de saber que me morí de miedo aquella noche, y si estoy aquí, debo de haber resucitado como Lázaro. No querría volver a verme solo como me vi dentro de aquel confesionario por todos los tesoros del universo. En fin, ya pasó, pero me parece mentira. Muerto estuve, a fe mía, y hubo de resucitarme algún santo de mi devoción.

Carlos se pasó la mano por los ojos al oír aquello, para asegurarse si soñaba o estaba ya despierto.
-Pues yo, con perdón sea dicho y sin ofender a nadie -dijo Chato-, si a mí me hubiera pedido mi parecer ese santo de su devoción, le habría aconsejado que no hiciese milagros hueros. ¿A qué sirve resucitarle a usted hoy, si de ver pasar un ratón se morirá de miedo mañana? ¿Quiere usted que no tengan los santos otro oficio que el andarle a usted resucitando?
-No tanto amén que se acabe la misa, señor Chato -replicó Alberto en invencible buen humor-; salgamos para dar a Carlos lugar de vestirse, y yo le contaré a usted hazañas mías que un paladín las envidiara.

Imaginando que asir la felicidad y apoderarse de ella no es tan fácil como discernirla desde lejos, determinó nuestro héroe enviar a Alberto cuanto antes a Aznalcóllar con una carta para el cura su tutor. El objeto de la epístola era doble. En la primera parte de ella suplicaba al cura le diese lo que los más de los hombres prodigan sin mesura, a saber, consejos. En la segunda le pedía lo que poquísimos están dispuestos a dar, esto es, dineros. Daba a su tutor, además, pleno poder para administrar sus bienes, y le comunicaba la resolución que había tomado de llevar al altar a su prometida tan pronto como volviese Alberto con el dinero, yendo después a Portugal, adonde podría vivir en paz y en felicidad ilimitada, esperando la vejez bajo la sombra de una robusta encina en el verano, o junto a su encendido tronco en el invierno. Tal vez pensaba él, allá en su mente, en describir este plan de vida rodeado de inocentes y dulces prendas de su cariño.

Otra persona había también que consultar sobre este asunto, por hallarse en él interesada, es a saber, nuestra heroína, a quien escribió Carlos una carta, cuya completa lectura manifestaría ejemplar paciencia en cualquier otra persona que Isabel. Avisado por la experiencia, le indicó el uso de ciertos signos, difíciles de advertir, para evitar la posibilidad de falsas comunicaciones.

Encontró Carlos a Chato y a Alberto en el jardín, y les enseñó los dos pliegos. Le entregó a Alberto el del cura, y preguntó cómo podría dirigirse el otro a Isabel.

-Por mis fieles manos -contestó Chato-: algo conozco el conventito de señoras nobles. Mientras estuve en las ratoneras de los alquimistas le llevé varios mensajes a la abadesa, una señora de cara de azufre y más ácida que un limón, a quien respondo de sacarle permiso para entrar y salir en el convento como y cuando quiera. También conozco a la porterita del convento, bizca de ojos, muchacha viva y traviesa, santa de palabras, y más buena que el pan. En cuanto a su carta, entréguemela usted a mí, pierda cuidado, y quede seguro de que llegará positivamente a su destino.

Aceptó el caballero este ofrecimiento, y preguntó a su amigo Alberto si estaría pronto para partir a la mañana siguiente.

-¿Qué más pronto que lo que estoy ahora mismo? -dijo Alberto- ¿Podrían, por ventura, aprontarme más cien noches que por mí pasaran?

-Pero, señor don Alberto -insinuó Chato-, su maleta de su merced y su equipaje.

-¡Qué maleta! -exclamó Alberto con burlesca solemnidad- ¿Qué maleta, cuando estoy vestido como el licenciado Cabra con telas de araña, con ropas de ilusión, que temo estornudar en la calle por no quedarme en cueros?

-Como estamos en verano, señor hidalgo -dijo Chato mirándolo maliciosamente de pies a cabeza-, le gustará a su merced ir fresco y ligero.

-Y tan ligero como voy, que no me pesa el vestido un adarme. Tanto mejor para el oficio de mensajero.

-Ya se compondrán las cosas si Dios es servido -dijo Chato.

-Y con ellas mis prendas de vestuario -repuso Alberto, siguiendo a Carlos y al Chato fuera de la casa-; pero si así no fuese, primo Montesinos, paciencia y barajar.

## Capítulo III

¿Quién irá por el mundo cazando fortunas, y será honrado sin tener el sello del mérito? Que nadie presuma usar así una dignidad no merecida.

(SHAKESPEARE.)

Muy de mañanita, una hermosa mañana de verano, bien provisto el hombre de jamón y otras sustancias saladas, celebradísimas en labios de Sancho por su propiedad de evocar la sed, y la sed el vino, después de un opíparo almuerzo de esta especie sitibunda, salió el importante Chato de la quinta del señor de Grañina con plenos poderes para entregar sus despachos a la huéspeda de las nobles monjas de Sevilla.

No estaba el tiempo demasiado bochornoso. Una fresca brisa mecía el follaje de las arboledas, y esparcía por el aire la fragancia de los bosques. Chato predijo bien de su expedición.

-Si fuera don Carlos hermano mío -cogitaba allá en su mente- no expondría por él mi pellejo con más franqueza. Pero es valiente, generoso y afable. En llevándolo por bien, un cordero; por mal, los demonios que se las avengan con él. Sin embargo, díganos usted, señor Chato, ¿no sería una bobada, indigna de un hombre como usted, el que le ahorcasen por servir a un señor valiente, generoso y afable? Nada de eso: sería primada poner el pescuezo en peligro por un caballero entre noble y plebeyo, con más trampas que vanidad, y más vanidad que vergüenza. Después que usted se matara por él, le daría media onza, y aun pensara haberse portado como un Alejandro el Magno. Pero un mozo de la calaña de don Carlos está siempre dispuesto a perder vida y hacienda para sacarlo a uno de un mal paso, y cada favor que se le hace es un grano de trigo arrojado en buena tierra. Usted es, por tanto, un hombre sapientísimo; ¿pero qué tiene que temer su merced del señor Chato con un saber y una cabeza que Dios le ha dado que valen más que las montañas del Perú? El hombre que sea capaz de conocerme bajo estos santos vestidos ha de tener más vista que un águila. Veamos qué tal voy.

Y así pensando se inclinó a ver la querida figura en una fuente:

-No me admiro -exclamó luego- de la ternura que tienen conmigo las muchachas. ¡Qué cara está!, ¡qué inteligencia! Tomo sin duda por asalto a la portera. ¿Pero qué doncella de cuerpo de casa, qué portera ni ama de llaves puede resistir los amores del Chato?

Con estas y semejantes reflexiones se halló nuestro enviado empuñando el aldabón de una puerta que guiaba al locutorio de las nobles madres.

-¿Quién es? -preguntó una voz nasal desde dentro.

-Gente de paz -respondió Chato con voz santificada.

Se abrió la puerta, y entró en un cuarto cuadrado adonde estaba el torno.

-Deo gratias -ejaculó Chato por vía de salutación.

La oculta portera respondió con prolongado acento:
-A Dios sean dadas -vacilando en su pronunciación, de manera que conociese Chato que había reconocido su voz.
-Honesta, venerable y hermosa portera -dijo Chato con su humildad acostumbrada-, a pedirle vengo me haga la caridad de permitirme dar un mensaje a una señorita que no ha mucho vino a este convento.
-¡Jesús María! -contestó la portera olvidando la beatitud de sus tonos nasales-; nuestra madre abadesa no permite que hermana ni pupila baje al locutorio sin su permiso.
-¿Y no podrían pedir la licencia necesaria esos labios de rosa que su caridad tiene, y que siempre han hechizado los ojos de este su antiguo apasionado?
-No os entiendo, hermano -replicó la de los escrúpulos, volviendo a la voz nasal.
-Yo me explicaré, castísima madre portera -dijo el Chato-. Y sepa su caridad que el hermano mismo de la señorita le envía nuevas de su salud y prosperidad, ¡gracias al Señor!, las cuales nuevas envía en una carta a su hermana; y ésta es la que ha puesto en mis manos, con proviso que yo la pase personalmente a las de su hermana, dándome al mismo tiempo una pieza de oro para darla de limosna a la porterita; en pago de ir a llamar a su hermana y decirle que baje al locutorio.
-Hágase la voluntad del Señor -contestó la invisible-; voy a pedir el permiso que su caridad desea.
A los pocos minutos volvió con la agradable nueva de que la abadesa quería hablar al mensajero, y le suplicaba fuese para ello al locutorio. Era éste espaciosísimo. Un crucifijo grande ocupaba el altar de un testero; el otro era de fuertes rejas de hierro, dobles como las de las cárceles, y bastante separadas entre sí. Al otro lado de ellas no había más que oscuridad.
Apenas llegó el Chato distinguió tres formas blancas aproximándose con leve paso a la reja. Eran estás las de la abadesa y de dos niñas educandas. Difícil parecía ver con precisión desde fuera de los hierros objeto alguno sumergido en las interiores tinieblas; y al contrario, los objetos externos podían discernirse muy bien desde adentro. A merced de su favorable posición, y con el auxilio de un gran par de anteojos, reconoció inmediatamente la abadesa al criado de los alquimistas, de cuya mano había recibido frecuentes comunicaciones.
-¿Qué recado traéis, hermano? -preguntó con mucha afabilidad la abadesa.
-¡A mí que las vendo! -exclamó el Chato para sí- ¡Bueno soy yo para que me saque mis secretos una vieja! Y en parte por una precaución inútil, y en parte por una costumbre inveterada de nunca decir la verdad a personas de tan alto coturno como la abadesa, le dio la siguiente respuesta apócrifa:
-Suplicar a vuecencia me permita dar un mensaje a una de las venerables hermanas de parte de su confesor el reverendísimo y docto padre José González.
El nombre del célebre confesor del convento no se introdujo en vano ni mal à propos. La abadesa le tenía en grande estima, y sin más dudas ni escrutinio mandó a Chato presentarse a la portera, que satisfaría su deseo.
-Soy el mozo más experto de Andalucía -exclamaba Chato para sí-; el non

plus ultra de la sagacidad.
Con esto, hizo una profunda cortesía a la abadesa, y se dirigió para ello hacia la puerta, mas le detuvo en ella el bulto de un antiguo conocido suyo, que a guisa de aparición hubo de ponérsele a deshora ante los ojos. Era este espectro aquel escribano de Aznalcóllar, de los muchos huesos, que con su vestido negro alimosquino, longincua estructura, prominentes quijadas y hundidos ojos, había venido a Sevilla y al convento para probar la hidalguía, o séase limpieza y buena cualidad de ciertos géneros rurales procedentes del Ayuntamiento o del Pósito de su lugar; y cambiados el año anterior por una buena y redonda suma de patacones de las madres monjas. Es de saber, para la buena inteligencia de esta verdadera historia, que los tres años precedentes al de nuestra narrativa bendijo el cielo las Andalucías con abundantes cosechas de trigo y de aceite, y que el escribano o fiel de fechos de Aznalcóllar llenó de estas especies sus graneros y tinajas, con la magnífica esperanza de que permitiese Dios que la esterilidad y el hambre bajasen sobre la tierra para darle valor a sus almacenados artículos. Pero no se lograron sus deseos: el precio de los granos se mantenía bajo y el del aceite no se levantaba. Parecía ser que la agricultura y el comercio habían hecho alianza para alimentar a los pobres con las desazones del fiel de fechos. Los campos cada vez tenían mejor cara y la próxima cosecha prometía tesoros más ricos aún que los de las anteriores. Por este tiempo recibió el Concejo aznalcollariense carta de la noble abadesa de Sevilla, pidiendo, como lo hacía todos los años, cierta cantidad de trigo, y aceite para el abasto del convento, por supuesto por el precio corriente, pagado sin dilación como las madres acostumbraban. El alma del escribano se llenó de amargura cuando leyó en el Ayuntamiento la carta. Venía justamente de su granero, adonde halló el trigo carcomido, seco y en completa decadencia; había destapado sus tinajas, y hallado el aceite más rancio que las costumbres del rey Perico. ¡Qué ocasión perdía de vender sus géneros por tanto tiempo guardados, y ya tan notablemente decaídos! Se llenó, pues, su mente de tinieblas, cuando he aquí que vino a disiparlas un rayo de luz salido de la boca del alcalde, que le mandó tomar tanto trigo y tanto aceite de los que para el Pósito y otros usos tenía el pueblo, y mandárselo sin dilación a las nobles reclusas.
Partió sin demora a dar cumplimiento a la orden. Obedeció la primera cláusula más que literalmente, porque siendo de condición abierta y amigo de medidas colmadas; pudo manejar llevarse de los granos y aceite del pueblo como el doble de la cantidad pedida. La segunda parte de sus instrucciones, esto es, el envío inmediato de aquellos géneros, también la llevó a cabo, pero con la ligera variación de encerrar en su casa el dorado trigo y fragante aceite del lugar, mandando en lugar de ellos a las monjitas escasísimas medidas del suyo propio. Las quejas de las nobles vírgenes le habían obligado a abandonar sus hogares, y a cuadrarse enfrente de la abadesa con la esperanza de hacer ver que eran los dichos efectos de la mejor calidad, y que se había pagado por ellos poquísimo más del precio del mercado. Ya habrá el sagaz lector deducido al enterarse de este asunto que no estaba el escribano en el más envidiable caso del mundo; pues siendo casi todas las madres de sangre patricia de la más añeja y esclarecida, había mediana probabilidad en el sentir del escribano

de que le echasen por algunos años a presidio si la metempsicosis del trigo y aceite llegaban a patentizarse. En caso de que fuesen inútiles todos sus argumentos y aseveraciones, trajo astutamente nuestro escribano de su lugar una crecida suma de metálico que volver al convento, caso que la necesidad lo exigiese, y que su seguridad propia lo demandase:
-Beso los pies de vuecencia -dijo el fiel de fechos al entrar en el locutorio, inclinándose profundamente a la abadesa, pero con tal encogimiento que no parecía en el saludar miembro de justicia.
-Sea Dios con usted -replicó la dama con grave y desanimadora formalidad-: Estoy altamente resentida de la conducta del Ayuntamiento de Aznalcóllar...
-Pero, excelentísima señora, por el amor de Dios -dijo el escribano-, ya que no se trata más que de unas cuantas fanegas de trigo y de algunas arrobas de aceite. A mí me parece...
La abadesa no le permitió continuar.
-No estoy acostumbrada a que se me interrumpa -le dijo-. Oiga usted mis quejas, y luego se servirá favorecerme comunicándome sus pareceres.
-Perdone vuecencia -dijo el miembro judicial inclinándose hasta la tierra.
Y prosiguió la señora:
-Después de tantos años como ha que goza el pueblo del beneficio de nuestra protección; después de tantos años como hace que les estamos pagando sus productos al precio que por ellos piden; cuando estos pagos se hacen de contado y en buena moneda, paréceme que es indecoroso, por no usar otra palabra menos comedida, enviarnos para nuestro propio consumo trigo podrido y aceite tan rancio que ni para las lámparas de la Iglesia puede usarse. Antes de escribir al pueblo he oído el dictamen de personas inteligentes en el asunto, y todos con voz unánime me han dado informes de poquísimo crédito para el pueblo en cuyo nombre usted viene. El trigo y el aceite que necesitaba le he mandado ya traer a otros traficantes que espero se conducirán mejor. Puede usted retirar sus efectos cuando guste, devolviendo su valor inmediatamente. A no hacerlo así cuanto antes, nos valdremos desde luego de la justicia, que no somos nosotras personas con quienes puede faltarse impunemente a la equidad.
-Pidiendo mil perdones a vuecencia -dijo el anonadado fiel de fechos con balbucientes y tartamudas palabras-, el pueblo envió de los mejores artículos que tenía en su poder, y todo al precio corriente: cinco ducados por la fanega de trigo y tres la arroba de aceite. Nosotros no podemos, por tanto, en justicia hacia nosotros mismos, volver la suma total recibida del convento. Una parte de ella, la tercera, por ejemplo, cuando más la mitad, podría devolverse a su excelencia, considerando la calidad de las personas. Yo siento en el alma, señora excelentísima, que no podamos en conciencia ofrecer más, ni traspasar estos límites.
-Sus sentimientos de usted no son hechos ni cosas pertenecientes a este asunto -replicó la abadesa en lacónicos términos-. Puede usted devolver o no voluntariamente nuestro dinero. En el primer caso quedamos en paz; en el segundo será usted llamado ante las autoridades, y el rey nos hará justicia.
Las facciones del escribano se dilataban y contraían alternativamente en su angustia. El semblante, ya de suyo cadavérico, se ponía más y más lívido, y cada pensamiento y cada idea que le venía a las mientes era para

su pecho una daga. La verdad del caso es que nuestro dignísimo vio la espada amenazar su frente si rehusaba conformarse con las condiciones de la abadesa; aviniéndose, empero, a ellas, tendría que desprenderse de mucho oro y plata, acto que consideraba como la mayor calamidad de la vida. Había, en efecto, traído el dinero con intención de entregárselo si era preciso pero cuando llegó aquel tremendo instante se sintió devorar de la contrición que suele aflojar los nervios de un duelista arrepentido. Abatido y falto de resolución para acabar aquella insólita hazaña, reclinó la cabeza sobre el pecho y se sumió en obstinado silencio, ansioso de huir de ambos términos del dilema, cual tímida virgen que ni osa resistir las persuasiones de sus parientes en favor de un mal encarado y añoso cortejante, ni quiere darle al pie del altar el indisoluble sí. Chato se encargó de sacar de su letargo y amodorramiento al fiel de fechos.

-¿Y le parece a su merced -exclamó este modesto joven, tomando parte en el diálogo-, le parece a su merced que se le puede vender a su excelencia gato por libre? ¡No señor, mientras yo me halle aquí! ¿A qué es mi venida sino a decirle a su merced, como su merced mejor sabe, que dos pesos sencillos es el precio más alto que ha tenido el trigo hogaño? ¿Cómo se determina usted a tomar por él cerca de cuatro? ¿Ni qué aceite ha valido en todo este año en Andalucía más de catorce a dieciséis reales de vellón la arroba? ¿Cómo o por qué se determina usted a llevar por él más del doble? Hágame su merced el favor de responderme.

La mirada que le dirigió el fiel de fechos al hermano fue singular por extremo. El conocimiento práctico de los de su profesión es proverbial en España; y temió, no sin razón, el escribano haber hallado su par bajo aquella grosera túnica. Tosió, por tanto, balbució algunas poco inteligibles razones, y determinó, en fin, sobornar a su antagonista, si tanto podía lograrse sin que advirtiese nada la abadesa a través de sus grandes anteojos. Representó Chato su papel maravillosamente, penetró los pensamientos del hombre de justicia, y le hizo un guiño muy perceptible. Aun que no era francamente el fiel de fechos, estaba medianamente impuesto en toda clase de señales e indicaciones místicas, y respondió sagacísimamente a la de Chato. Viendo éste que ya se le había entendido, levantó la voz cual si lo acocara grandísimo enfado; y mandó en imperativo acento al hombre de la ley se quitase de delante de su excelencia, y volviese al otro día con la respuesta definitiva. Cerró el orador su discurso con algunas flores retóricas, lanzadas a media voz por respeto a la abadesa y a la urbanidad, tales como:

-¡Nota en tal el picaronazo! ¡Márchese, digo, el devora conventos!

Nuestro escribano se marchó abatido y silencioso, mientras la abadesa dio gracias al astuto hermano por haber intervenido tan oportunamente, y libertándola de odiosas contestaciones.

-A estas gentes -dijo Chato con notable modestia- se les debe hablar en su idioma, el cual no es probable que pueda salir de tan delicados labios como los de vuecencia, que no pueden acomodarse a la práctica de palabras ásperas y vulgares.

En tanto que la abadesa, contenta bastante de la rectitud de ideas del Chato, desapareció con las dos niñas en las tinieblas de su mansión, comunicó éste a la portera la orden verbal de su superiora, y algunos minutos después vino Isabel al locutorio. Estaba deseosísima, como puede

imaginarse, de saber de Carlos; pero la anterior experiencia la había enseñado cautela, y recibió el pliego con aire indiferente. Cuando reconoció en el mensajero al mismo criado de librea que le dio la llave con que abrió su cárcel, adquirió más confianza, y se retiró para contestar al billete.

Quedó Chato paseando por el locutorio, tan gozoso con el buen éxito de sus empresas como pudiera Escipión sobre las abatidas almenas de Cartago.

-Para mí no hay imposibles -decía en júbilo-. ¿Pero qué se resiste al ingenio? De grande, entendimiento me dotaron los cielos. Si fuera yo tan leído como discreto, no tendría yo igual en España.

Aquí empezó Chato a reírse de la desairada figura del escribano:

-¡Qué pergeño! -decía continuando sus cavilaciones- Su merced nació expresamente para que yo me holgara con él.

Sumergido en estas vanagloriosas reflexiones estaba el ánimo de Chato, cuando mecánicamente cogió del suelo un pedazo de papel bastante sucio que por él había fragmento de una rota epístola. Le examinó atentamente; y el diablo, que vela, y todo lo añasca y todo lo cuece, le puso en la cabeza un proyecto que desde luego calificó de famosísimo, provechoso y digno de su intelecto. Esperó impacientemente la carta de Isabel, se la puso en el bolsillo, y salió con velocísimo paso para la inmediata taberna. Mandó traer, además de vino, papel, tinta y pluma, escribió unos cuantos renglones, y se dirigió sin tardanza a la posada adonde concurrían generalmente las gentes de Aznalcóllar. Preguntó por el señor escribano del dicho pueblo.

-Número siete del corredor, a la izquierda -le contestó un mozo de mulas que andaba descalzo en el patio.

Un instante después estaba Chato llamando a la puerta señalada con aquel dígito, y devotamente diciendo:

-La gracia del Señor sea en esta casa.

El escribano entreabrió la puerta con su cautela natural, y asomó un ojo para reconocer al visitante. Cuando vio al hermanito de marras, le saludó con una solemnísima bienvenida, y lo convidó a pasar adelante.

No se hizo rogar Chato. Entró, se apoderó en silencio de una silla, dio con gran mesura tres golpecitos a una caja de cuerno (que sin perdón así se llama) llena de tabaco rapé, tomó un polvo con notable lentitud y concierto, y con plena voz y bien entonado recitativo empezó así:

-En verdad, en verdad, señor escribano, que debe usted de ser uno de los hombres más necios que vivieron jamás de la pluma.

-¿Yo necio? -preguntó con sorpresa el adulado escriba- ¿Y qué razones tiene su reverencia para saber si yo soy necio o entendido, discreto o mentecato?

-¿Pero no sabe su merced que yo, indigno pecador, llamada Tristán González en el mundo, y el hermano Tristán entre los míos, acabo de ser nombrado mayordomo de las nobles hermanas después de la ganguita del señor administrador general?

-¿Pero qué ganguita es ésa -preguntó más que nunca confuso, el fiel de fechos-, ni qué es de don Alonso de Vargas el antiguo administrador, o por mejor decir, a qué viene todo eso?

-¿Conque no sabe usted nada en resumidas cuentas?

-Ni palabra, padre Tristán, a fe mía.

-Pues, señor -continuó Chato con la misma solemnidad-, bien dice el proverbio: que no hay hombre sin hombre, y qué de mala mata nunca buena caza, y que hay hombres que son todo matas y por rozar. Aquí para entre nosotros, ese don Alonso de Vargas era un pobre diablo. ¿A su merced qué le parece?
-Por supuesto -dijo el escribano, a ver en qué paraba aquella barahúnda.
-Pues a pesar de que tiene una cabeza de chorlito, como dice el refrán, cada cosa en su tiempo y los nabos en adviento, por medio de la madre abadesa, del pariente en la corte y el primo ministro, le han dado un empleo en América, que hasta la alcuza la traerá de oro cuando vuelva; y a mí, que sé más durmiendo que él despierto, como no tengo hombre, ya usted me entiende. Mayordomo de monjas pelado.
-Pues dígole a usted -exclamó con risueña faz el fiel de fechos- que andan buenas las cosas... trescientos veinticinco pesos fuertes, nueve reales y tres maravedises... deuda... del... pero, padre Tristán, ¿en poder de quién han quedado los papales de don Alonso?
-No tema usted, señor escribano; todos los papeles han venido, como era regular, a mi poder. Vuestra merced sabe que yo le puedo hacer sudar la gota tan gorda con los tales papelitos; a lo menos así me pareció al mirarlos por cima; ya me enteraré yo más despacio. Sin embargo, en caso de que usted fuera un hombre de confianza, trataríamos entre nosotros estos negocios, de modo que no perdiera nadie, porque, al fin, a son de parientes busca qué meriendes. Dicen por ahí las viejas: ¿Qué es un corregidor en los tres años? Es un don Sancho el Bravo en el primero, es un don Sancho Abarca en el segundo; y es un don Sancho Panza en el tercero. Ahora bien, yo, por mi parte, trato de dispensarme del año de noviciado, y empezar de una vez con don Sancho Abarca, esto es, siempre que encuentre gente racional con quien tratar, y que usted, si ha de manejar asuntos conmigo, sea menos estúpido, y más ducho y ojiabierto.
-Pues dígame, padre Tristán, y así Dios le ayude, ¿de dónde colige y piensa que soy yo tan cerrado que no merezco el santo olio?
Y desplegando luego las arrugas que como otras tantas zanjas le circuían los ojos, y plegando los labios en forma de bolsa extremeña de cuero o como si quisiera sonreírse:
-¿Le parece a su reverencia de veras que tengo las muelas de corcho?
-Por, este santo hábito, iba a decir juro, Dios me lo perdone, pero afirmo y declaro que tiene usted las muelas de manteca. Venga usted acá, santo; ¿a quién se le ocurre el ir a disputar con la excelentísima señora abadesa, aunque tuviera usted más razón que David cuando descalabró al gigante? ¿Adónde halló usted al cabo de sus años y ejercicio que esa gente sufra contradicciones, y más de un esqueleto como vuesa merced, con perdón sea dicho, parece? Y no contento con eso, se pone usted todavía erre que erre, y la mía encima a tanto, más cuanto, y si el trigo es bueno, y si el aceite no huele, cuando el tío Perucho Alforjas acababa de salir, después de haber revelado a su excelencia todo el busilis de ambos artículos y del precio corriente, con la esperanza de mamarse la parroquiana del convento. Por esta vez poco he podido yo hacer en el asunta, mal haya, amén, la disputa maldita que usted tuvo. Cada argumento le ha costado a usted media onza. La comunidad tiene derecho para exigir que se le devuelva todo su dinero, pues que ella devuelve todos sus artículos. Usted ofreció la mitad

de la suma, con el laudable objeto de guardarse la otra mitad en la faltriquera. Aquí tengo la orden, con su recibo al canto, para percibir la mitad que usted ofreció, en lugar del todo que pueden reclamar las madres. Usted ve la orden: aquí está. Pero me guardaré yo como de pecar de hacer uso de ella, ni de encargarme de un maravedí, si no partimos entre los dos la mitad restante. Ya ve usted que pido cosas razonables, porque no soy ningún judío. Si a usted no le acomoda, no tiene usted más negocios que hacer con el convento mientras yo sea mayordomo de estas nobles madres. Sin embargo, en caso de que en todos los negocios posteriores quiera usted entrar por partir conmigo, tendremos manga ancha, y como dice el proverbio, el arroz, el pez y el pepino, nacen en agua y mueren en vino. Usted obrará como le parezca.

Examinó el escribano escrupulosamente la orden y recibo, al fin del cual había imitado Chato la firma de la abadesa, copiada del fragmento de carta que por acaso se encontró en el locutorio.

¡Oh maravilla! ¡Oh prodigio inescrutable! ¡Oh parada del sol, fuente del desierto y sequedad y camino del mar Bermejo! El escribano, el hombre de la justicia cayó en el garlito; y con sollozos, lágrimas y suspiros, contó sobre la mesa los pesos fuertes, que Chato trasladó, fríamente a su faltriquera, preguntando después con admirable compostura:

-¿Quiere usted tenerme mañana por la mañana un buen almuerzo listo, pero cuidado que yo tengo buen diente, para eso de las nueve? Si así lo hace, yo seré puntual, trataremos sobre mesa de unas casas de aquí de la ciudad, y de ciertos olivares y viñas que quieren las madres sacar a subasta. Ya ve usted que el negocio promete si está bien manejado. Conque la paz de Dios en esta casa, y hasta mañana a las nueve.

Se acordó el escribano, con amargura de su ánima, de que le podía costar el almuerzo cerca de un duro. Pero deseando manifestarse abierto y generoso al principio para poder después mejor meterle al padre Tristán la mano hasta el codo, contestó en la afirmativa con una reverencia, y salió Chato llevándose el alma del escribano de Aznalcóllar, como el otro estudiante la del licenciado Pedro García.

Cuando se vio Chato en la calle se dirigió ligerísimamente a una antigua huronera muy famosa entre las gentes de su especie. Allí dejó los vestidos fraileros, y disfrazándose de otro modo, marchó paso entre paso, sin que hubiera podido conocerlo su misma madre, hacia la quinta del señor Grañina.

## Capítulo IV

> Ítem: vista la ridícula figura de los criados cuando dan a beber a sus señores, haciendo el coliseo; el guineo, inclinando con notable peligro y asco todo el cuerpo demasiado; y que siendo mudos de boca son habladores de pies, de puro hacer desairadas reverencias: declaramos sea eso tenido por descortesía e irreverencia. Y mandamos a todos los criados que de aquí adelante hicieron semejantes servicios y cortesía, que en pago de eso les den la comida medio comida, y queden de puro hacer reverencias más corcovados que el

diablo que traía sastres al infierno.

(QUEVEDO.)

-¡Las nueve de la mañana! -exclamó el fiel de fechos en el día memorable del almuerzo, al tiempo que en una estupenda máquina que ocupaba el rincón más claro de su cuarto se abrió una puertecita por la parte superior, y salió repentinamente la imitación, efigie o simulacro flamenco de un pájaro, y cantó nueve veces cu-cu.
-Las nueve de la mañana -repitió el notario, arrancando un profundo suspiro del pecho al contemplar los espléndidos preparativos que ya ocupaban la mesa; y al calcular cuánto se hubiera ahorrado a no ser par su amistad con el nuevo administrador.
Tenía nuestro escribano la desventurada costumbre de calcular todos sus dispendios en maravedíes, y en onzas de oro sus ingresos. Recibía, por ejemplo, seiscientos reales.
-¡Qué negocio! ¡Menos de dos onzas me ha valido -decía- después de tanto trabajo!
Tenía que pagar ciento.
-¡No es nada lo del ojo! -exclamaba- ¡Tres mil cuatrocientos maravedises por esa friolera!
Así era para él cada cuenta una pesadumbre.
-Dos botellas de vino -así ajustaba el almuerzo-; ¡mal fin tenga la sed de estos hermanucos que se beberían una noria! Dos botellas de vino a ciento dos maravedises pieza, doscientos cuatro. Por estos platazos, llenos de jamón y huevos hasta los bordes, que el verlos es glotonería y pecado mortal, no pedirá menos el ladronazo del ventero de ciento cincuenta maravedises por barba: ya tenemos otros trescientos. ¡Echa largo, que a fe que otro paga! Veinticinco maravedises lo menos el pan, si no son veintiséis, y de cuarenta y tres a cuarenta y cuatro por la fruta, quinientos setenta y tres maravedises. ¡El Señor nos favorezca y nos dé su gracia! ¡Y después del desembolso de ayer! ¡San Cristóbal nos dé sus fuerzas! ¡Antonio! ¡Antoñillo! ¡Antonio! -continuó gritando el escribano con toda su potencia pulmonar- ¡Antoñillo! ¡Aquí, hombre! ¿De qué diablos tienes hechos los oídos que no parecen sino de mercader? Ven acá, hombre de Dios. Mira: llévate, ese jamón a la cocina y ponlo cerca del fueguecito. Su reverencia se va tardando, y es lástima que se enfríe. Y mira... ¡Antoñillo!, mira que no te vayas a comer ninguna tajada por la escalera, que bien contadas las tengo. Nueve de las grandes, y estos dos pellejillos, que quizá tu amo me querría hacer pagar, sin temor de Dios ni conciencia, por tajadas enteras. Pero sobre eso ya nos veremos las caras, que no soy yo ningún papanatas. Mira, ¡Antoñuelo!; pon a refrescar el vino y la fruta, y lárgate... Pero mira... Aunque mejor será luego. Dos maravedises te daré para ti voluntariamente, pero cuidado que no toques a las tajadas.
Ya hacía rato que estaba Antonio contando en la cocina las hazañas, vida, muerte y honras funerales de Malbourough, llamado Mambrú por nosotros; la vigía y lágrimas de su dama, y el luto de su paje, y aún seguía el

escribano dando órdenes. Viendo, empero, que nadie le contestaba, miró a la puerta, se vio solo y empezó a dar impacientes vueltas por el cuarto. De cuando en cuando miraba al reloj y se le afligía el ánimo. Así estuvo largo rato, hasta que vino a sacarlo de la malhadada cavilación y enfado del que espera una de aquellas agradables visiones que suelen dorar el futuro, aun dentro de las taciturnas cabezas.

-Supongamos -decía entre sí- que sin más ni más, ni hablar palabra, ni darme por entendido, me llevo yo ese detestable trigo y aceite al lugar, y lo pongo de ipso facto en los graneros del Concejo. Pasan días, y pido yo al pueblo el reembolso de lo que he desembolsado ayer. ¿Quién podrá negármelo? ¿Quién podrá probarme a mí, cuando yo mezcle los artículos, que aquel trigo no era el del pueblo, o que antes había sido mío? Buena ocasión tengo, además, ahora que va a mudarse el alcalde. Si nombran al que se piensa, ya sé yo que no le sabe mal un regalillo y pasa por todo.

El osífero y velludo índice de la diestra del notario ascendió en esto al tétrico semblante y se puso sobre los labios como para evitar que se escapasen y alguien oyese sus pensamientos, y se divulgara secreto de tanta importancia. En aquella postura misteriosa siguió combinando designios e intenciones; pero con atropelladas ideas, como suelen ser las de los que temen una sorpresa, hasta que volviéndose a la puerta echó dos cerrojos y la llave, y continuó en paz sus planes.

-Supongamos que le digo al futuro alcalde que por el bien del pueblo hice yo de mi peculio el adelanto del dineral que pagué ayer, y que, aunque exijo su devolución con los intereses legales, pues, al fin, yo soy un pobre y tengo familia. Sin embargo, atendidas las circunstancias del pueblo no pido que se me pague en metálico, y me contentaré con un equivalente de la miel y cera del año pasado. ¡Pues no es cosa a cómo se venderán la miel y la cera en cuanto refresque el tiempo!

En este período de la hipótesis el maligno pájaro del reloj salió a deshora de su casilla, y mientras el fiel de fechos levantaba piedra sobre piedra en aquella su estructura suntuosa, cantó el ave diez veces su lúgubre cu-cu, y el castillo del escribano vino a tierra, como las murallas de Jericó al sonido de las trompetas israelitas.

-¡Las diez ya de la mañana! -exclamó desconsoladísimo desde las profundas cavilaciones de su pecho, y mirando con clavada vista la trémula manilla de la esfera- Mucho me temo, ¡ay de mí!, que su reverencia me deje en el garlito. ¿Y qué haré yo, en el nombre de todos los santos, de ese espantoso almuerzo, bastante para saciar una gañanía entera o una compañía de la legua? ¡Antonio! ¡Antoñillo! ¡Aquí, hombre de Dios! ¡Con más orejas que un mulo y no oye gota! Hombre, Antoñuelo, para decirte la verdad, yo no necesito del almuerzo. ¿No sería mejor que se lo dieras a otro huésped? ¿Qué te parece, Antoñillo?

-A mí me parece que sería mejor que yo, que soy un pobre, me lo comiera -dijo Antoñuelo con mucha modestia.

-Hombre, Antoñuelo, lo que es por mí yo no tengo reparo. Cómaselo quien quiera, con tal de que no sea yo quien pague. ¿Me entiendes, Antoñuelo?

-Y tanto como le entiendo a su merced. Pero como así, como así, tiene ya que pagar el almuerzo, y su merced no come nada por las mañanas, cuánto más vale que gocen de él los pobres criados que no echárselo a los perros.

-¿A los perros? ¡A los demonios! Picaronazo, bribonzuelo -gritó el escribano hecho ya una furia-. No pagaré yo ni un maravedí por lo que yo no consumo.
Entonces se encendió una disputa, que duró hasta que el pájaro estaba ya preparándose para cantar el undécimo cu-cu. La contienda se decidió contra el fiel de fechos, que cansado y ronco, la abandonó diciendo, que antes quería que le defraudasen de su propiedad con socaliñas, y que lo engañase todo el mundo, que tener disputa alguna con los mozos de las ventas.
-Tráeme al instante el almuerzo -concluyó-; quiere decir que lo convertiré en comida: un día malo cualquiera lo pasa.
Pronunciando copiosas, aunque bajas maldiciones contra «el roñoso del esqueleto», como él le llamaba, trajo Antonio otra vez las tajadas, cuyo tamaño, disminuido por el fuego; lanzó aflicción y amargura en él corazón del fiel de fechos. Resuelto, empero, como dignísimo y profundo filósofo, a sacar partido de sus desgracias, empezó a comer y a beber con prodigiosa vehemencia. Aunque frugal y parco habitualmente en otras ocasiones, no le cedía el escribano el laurel gástrico a bicho viviente. Era voraz cuando salía, por decirlo así, de madre, respecto a la cantidad, tanto como a la calidad de las viandas y al brevísimo tiempo en que las despachaba. Se manifestaba, pues, tan hombre, cuando no era a sus expensas el convite, según aquello de:

Sabe a acíbar la perdiz
que para comerla compro;
pero si me lo presentan,
sabe a perdiz cuanto como.

En el caso de que hablamos, decidido a reventar antes que sobre no dejó un migajón de pan, ni una gota de vino, ni un átomo de jamón; y, en fin, para hacerle justicia, aunque era suyo el convite, se portó como un cosaco.
Satisfecho, contento y repleto en insólito grado, salió de su guarida el escribano, de tan buen humor, respectivamente hablando, que se sentía el hombre interno cambiado como por mágica y el externo fiel de fechos veinte años más joven. Todos los objetos resplandecían a sus ojos con nuevo lustre; andaba más velozmente que de ordinario; se creía allá en sus adentros una especie de Juan Sin Cuidados, y se puso tan gracioso y decidor, tan chusco y tan calavera, que viendo una hermosa personita del otro sexo volver la esquina de una calle; suavizó cuanto pudo las arrugas de la frente; dejó suelta y campeándole sobre los labios la aparición, espíritu o fantasma de una sonrisa, meneó la cabeza con sagacidad exquisita como quien da a entender un requiebro, y se cuadró al frente cual en los casos arduos solía. Sonriose la hechicera paseanta, acortó el paso, derramó otro escrúpulo de risa el escribano y siguió su camino sin decir una palabra. En fin, para no molestar al advertido lector con prolijos pormenores, tantas travesuras hizo el fiel de fechos antes de llegar al convento de madres nobles, que cualquiera hubiera creído que iba

alegrísimo de veras. ¡Cuán gozosa hubiera quedado madama su esposa, verbi gratia, si hubiese visto a su cara mitad tan despilfarrada por aquellas calles, tan amorosa y tan traviesa!
Sucede con frecuencia que un hombre de bien y de buenas intenciones no goza de buena opinión en el injusto público o en la opinión de algunos particulares. En este predicamento se hallaba nuestro escribano respecto a la abadesa de nobles a quien acababa de presentarse. Sospechaba la prelada que fuese el fiel de fechos hombre de mezquino ánimo, incomparable bribonazo y privado hasta de hipocresía con que velar su maldad. La señora, empero, condescendió en bajar al locutorio y oír sus exposiciones, previa y firmemente resuelta a no dejarse persuadir por argumento alguno, ni salir de los términos primitivos de su dilema; a saber:
-O devuelve usted la suma que del convento ha recibido, o se le hará comparecer ante los tribunales.
Los oídos del buen escribano recibieron por salutación estas palabras, y sus ojos observaron al tiempo mismo, ¡oh maravilla!, que las rejas de hierro se levantaron del suelo, y empezaron a pasearse majestuosamente por el cuarto, con la abadesa detrás de ellas y el crucifijo y el altar enfrente. El alegre escribano habla, por malaventura, parádose a fumar un cigarro y beber una gota de aguardiente en una taberna cerca del convento. Aquí se ve que cuando el hombre está de gresca no hay sino echar la casa por la ventana. Ahora bien, los humos del vino mezclados en justa proporción con los del tabaco y operando en una sola cabeza, harían no sólo dar vueltas a un locutorio, sino bailar un zapateado a una iglesia con su campanario, a la torre de Babel, o a las pirámides de Egipto. ¿Qué tenía, pues, de particular que se columpiase la sala con las rejas a la vista del escribano?
-El trigo -dijo, dando traspiés con las razones- se lo enviaré yo a vuecencia por la mitad del precio, por el décimo del precio, por todo el aceite, tamaño como huevos.
Estos ofrecimientos generosos fueron interrumpidos por la abadesa con la concisa pregunta:
-¿Se servirá usted escucharme?
El escribano quedó mudo como por instinto.
Así continuó la dama:
-¿Qué ha decidido usted respecto a lo que le dije ayer?
El fiel de fechos empezó a cantarle a la abadesa una tirana, pero acordándose súbitamente de dónde estaba y cómo, respondió áspera y bruscamente:
-Sí, señora. Ya está todo arreglado y satisfecho el nuevo administrador.
-¿Satisfecho quién? -preguntó la abadesa.
-El hermano Tristán González. No ha escogido vuecencia mala pieza para mayordomo. Un punto más que el diablo sabe el tal padre Tristán. Pero ¡qué ganguita la de don Alonso de Vargas! Ya se ve, eso es tener el padre alcalde. ¡Hasta la alcuza, me dijo el hermano Tristán, que había de traer de oro! ¡Qué ganguita...! ¡Ay, tirana, tirana, tirana...!
Las últimas palabras cantadas de falsete nasal en el tono de sí.
-No tengo más tiempo que perder, señor mío -exclamó la abadesa, poquísimo contenta con aquel repentino concierto-. Usted no se halla en estado de conversar con damas. No entiendo lo que usted dice de Vargas el mayordomo,

y sólo sé que esta mañana aún no le había visto a usted. Quizá ha venido usted expresamente a insultarme. Usted se arrepentirá de tratar así a gente de nuestro rango.
Con estas palabras y una actitud superlativamente aristocrática de labios y cuello, le volvió la abadesa la espalda y desapareció en la oscuridad.
Un rayo de desnuda y amarga verdad penetró en el ánimo del escribano a través de los vapores víneos. Puso ambas manos en las faltriqueras y las pasó rápidamente por todos los dobleces del vestido, exclamando frenético y como fuera de sí:
-¡Virgen Santísima! ¿Adónde está el recibo? ¿Adónde está mi recibo?
Y por su recibo bramaba como Shylock por sus ducados. Salió del convento aguijado por cierto miedo interno que le traspasaba el alma, pensando que se habría tal vez fumado aquel importante documento en la taberna del aguardiente. Esta aprensión disipó las influencias del vino. En un tris estaba en la taberna. Clavó los ojos con vehemente agonía en el rincón adonde tomó el aguardiente, y entre dos o tres puntillas que había por el suelo recogió una, en cuyo papel quedaban aún dos letras medio quemadas del nombre de la abadesa.
Una ansiedad devoradora le hizo salir frenético de la taberna con el pedacillo de papel en la mano izquierda, y en el corazón la esperanza de que sería aquello sueño, y de que tendría en la posada el recibo. Corría desenfrenadamente como si, en efecto, fuese disparado de culebrina o mortero. Al volver una esquina dejó caer a cierta peregrina damisela, que no esperaba tan súbita ni cerrada colisión con el fiel de fechos. El caballerete que a guisa de cortejo acompañaba a la damisela creyó que el hecho se había perpetrado intencionalmente, y desnudando la espada fijó sobre las costillas y lomos del escribano los seis más oscuros cardenales que jamás nacieron de hoja toledana. Esto ya hubiera sido demasiado para la paciencia de un Epicteto. Víctima de su propia vivacidad se tendió el escribano por tierra; se mesó los cabellos arrancándose muchos; se golpeó él mismo la cara, bañándose en sangre las encías; levantose de nuevo, y entró en la posada llorando como un niño. Aún esperaba hallar su recibo; pero, ¡ay! que se había fumado él una parte y otra consumídola el fuego de la hornilla adonde lo arrojó el tabernero, y es propiedad de todo recibo no volver a parecer después que una vez se ha quemado.
Cuando el escribano llegó a convencerse del todo de que ya no había recibo, ni esperanza de que le hubiese, se arrojó a su lecho casi deseando no levantarse más. El sol del otro día le halló aún en cama, y el más infeliz de todos los mortales. Sus brazos, rostro y espaldas estaban todos sellados por la furiosa espada del desconocido caballero del día anterior. La aflicción y el dolor le consumían. Aunque triste, casi desesperado y tan tierno de carnes que apenas podía moverse, se puso su vestido negro alimosquino, y salió para el convento de las nobles hermanas; pero halló inflexible a la abadesa. Había ya una orden para apoderarse de su persona. No se dignó la dama escuchar razones ni excusas que consideraba meros sueños improbables de un beodo. Al fin, para evitar mayores males, si mayor mal hay que pagar dineros, tuvo el escribano que devolver la suma total de maravedises que por sus desmesurados productos había recibido el pueblo de Aznalcóllar. Tan grande sacrificio tuvo que hacer, sin el gusto siquiera de que diese nadie crédito a la historia de sus aventuras ni

quisiese nadie oírla. En la calma aparente de la desesperación se sentó el escribano en el suelo, en un rincón del locutorio, junto a la reja, resuelto a llorar allí su dinero en el punto mismo adonde le había perdido, adonde le vio por última vez. Semejante en su dolor fue el fiel de fechos a la amorosa tortolilla que alza la dolorida voz sobre el mismo ciprés a cuyo pie yace su amante.

## Capítulo V

Tras breves ruegos y servicios breves,
quiero que admita luego
mi amada ninfa con amor piadoso:
y sólo mezcle de cuidados leves
nuestro dulce sosiego,
no tan grave tormento y riguroso:
mas un desdén celoso,
una esquiveza blanda enamorada
guerra, en fin, limitada;
a quien la dulce paz y tregua siga,
que en más ardor los corazones liga.

(JÁUREGUI.)

«Cuando veo desmoronarse -dice un filósofo moderno- los sepulcros de los reyes junto a los de aquéllos que los destronaron, ¡con cuánta vehemencia siento la futileza de la ambición humana, la vanidad de los designios de los hombres!».

También la experiencia común nos enseña que los objetos de los humanos deseos son, generalmente, de poco valor intrínseco. ¿Por qué nos prometemos, pues, pura felicidad al cumplirse cualquiera de nuestros grandes proyectos, cuando debiéramos recordar que el buen éxito de nuestras empresas anteriores nunca nos produjo la ventura que por él anticipábamos? Quizá esta ilusión placentera nace del perpetuo cambio de nuestras circunstancias que nos hace esperar que los agentes que emponzoñaron nuestros pasados triunfos no obren en el caso presente; o tal vez nos acordamos, a pesar del desconsuelo unido del sentimentalismo reciente y de la antigua filosofía, de que hemos sido, a lo menos, parcialmente felices en la realización de nuestros deseos. El cansado viajero que descubre una hermosa y dilatada selva en los confines del horizonte, no hallará al llegar a ellas las áureas nebulosidades, las

ricas vislumbres y espléndidos matices que deleitaron su visión desde ojos; sólo verá tierras quebradas, carcomidos troncos y desigual follaje; mas no le faltará, sin embargo, un arroyo en que apagar su sed, ni una encopada encina que le dé sombra y frescura.
Perdonemos, pues, a nuestro héroe si en el entusiasmo de su júbilo pensó asegurarse felicidad suprema en la posesión de Isabel. Estaba en la víspera de su himeneo. Su bondadoso tutor, aunque adverso al principio a que se verificase aquella prematura alianza, cedió, al fin, a las instancias de su discípulo, y aun prometió que vendría a Sevilla a bendecir al pie del altar a los esposos. Se fijó el día, y se concertó para ello que el señor de Grañina enviaría su coche a la granja por Carlos, y ambos, acompañados del cura de Aznalcóllar, irían por Isabel al convento de las damas nobles, en el cual se celebraría reservadamente el deseado sacramento. Los esposos partirían luego en un coche de colleras ya preparado y con buena escolta de miqueletes, y se dirigirían a Portugal.
Ya hemos dichos que era la víspera del día señalado para la boda. Estaba Carlos sentado a una mesa de su cuarto con una pluma en la mano, para disimular con los demás, y tal vez consigo mismo, que no estaba haciendo nada, sino embebecido en dulces pensamientos y anticipaciones del siguiente día, cuando se sintió a deshora asir los brazos por unos soldados, que dirigidos en numerosa banda por dos o tres alguaciles de Sevilla, entraron silenciosa y cautamente en la casa para apresarlo. La buena ejecución de la sorpresa quitó toda posibilidad de resistirse. Inmediatamente cargaron a Carlos de grillos y esposas, le metieron en un coche y le condujeron a la cárcel.
El peligro de la vida, aunque penosísimo para el que lo sufre, lo despreciarían los amantes si no envolviese la pérdida del adorado objeto. El corazón de Carlos se quebraba con este pensamiento al acercarse de nuevo a la circe de Sevilla. Justamente al instante mismo de tener en la mano la copa de la felicidad... El ignorar quién le había dirigido tan cruel golpe, aumentaba infinitamente su mortificación y abatimiento.
-¿Es posible -pensaba- que tal sea la bajeza de los hombres, que en el pequeño círculo de los que se sabían mi morada haya habido un traidor? No puedo sospechar del Chato, no obstante sus malas cualidades... Los campucinos aquellos ni mi nombre sabían siquiera... ¿Quién podrá ser el malvado?
Las dudas de Carlos se disiparon muchos meses después al saber la siguiente historia.
Cuando el fiel de fechos de Aznalcóllar se sentó como hemos dicho, en el suelo del locutorio, no dio vado a su desesperación desgarrándose los vestidos, sino que al contrario, se envolvió y acurrucó en ellos, embozándose hasta los ojos y encajándose el sombrero hasta la nariz. En esta guisa ocupó sollozando el rincón del locutorio adonde le dejamos en el último capítulo. Se acomodó la barba entre la s rodillas, y llenó de tristeza su mente, como si esperase que por tales medios volvería parte de su dinero a través de las rejas, o lo que es más probable, que el falso hermano Tristán se apareciese de nuevo. Chato entró por acaso pocos instantes después, pero ni vio al escribano ni le reconoció este en su nuevo disfraz.
Bajó Isabel a la reja, y no tan pronto abrió los labios para responder al

mensaje verbal de Carlos, cuando su voz hirió el vivo y estimulado tímpano del fiel de fechos con una vibración tan conocida que le hizo alargar el cuello como dos tercias para ver a su sabor a la nueva monja. Escuchó atentamente sus acentos, la vio entregar una carta sellada y quedó convencido de que era aquella monja la misma Isabel. Recogió de nuevo la cabeza y su puso a pensar acerca de lo cierto o falso de aquel proverbio que dice: «por el hilo se saca el ovillo». Sacó los ojos del embozo, y tuvo el gusto de ver la espalda de Chato desde lejos, y a la izquierda una forma blanca desvaneciéndose detrás de las rejas. Se puso en pie de seguida, y siguió recatadamente a Chato, escondiéndose detrás de las esquinas de las calles en la ciudad, y detrás de los árboles en el campo. Así llegó, no sin fatiga a ver la entrada del mensajero en la quinta del señor de Grañina. Se ocultó en una arboleda que enfrente de ella había, y permaneció con eficaz paciencia escondido hasta haber visto a través de una ventana al mismo Carlos hablando con Chato. Un frígido escalofrío le pasó por el cuerpo. Al caer de la tarde, cuando ya no había por allí gente, salió de la arboleda y examinó bien las avenidas, contentísimo de tener en quien descargar su esplín y no olvidado aún de cierta capa de grana y de ciertos jaspeados cardenales, perdida la una, grabados los otros sobre el cuero. Se fue a la ciudad, alimentando su ánimo en el camino con la venganza. Se presentó a los magistrados y les reveló lo que había visto de Carlos; con el proviso, empero, de que no apareciese en el expediente su nombre, para que los compañeros de aquel desesperado no le volviesen la declaración a las costillas. Un destacamento de soldados y ministriles salió en consecuencia a prender al malhechor.

## Capítulo VI

> Digo que no ha de haber aquí más casamientos: los que ya están casados vivirán todos menos uno; los demás, que se mantengan como están. ¡Fuera! ¡A un convento de monjas!
>
> (SHAKESPEARE.)

Desde el profundo centro de sus cábalas y complicadas intrigas políticas no podían los alquimistas olvidar la inesperada fuga de Isabel. Habían efectuado sin éxito alguno el más severo escrutinio en su casa, y examinado reservadamente a cuantos individuos podían por acaso tener parte en aquella transacción. Vacilaban sus sospechas sin objeto fijo, y constantemente tenían en el ánimo la penosa memoria de que había un desconocido traidor entre ellos que podría en adelante divulgar su secreto. Algo más que su orgullo y su puntillo se había comprometido con la pérdida de Isabel. Tenían calculadas los alquimistas, con su escrupulosidad acostumbrada, las ventajas que podrían derivar en las conmociones que se esperaban de lo s atractivos de una romántica belleza. Hubieran agotado gustosos sus tesoros por descubrir la mano que rompió sus

cadenas; pero no se hallaba esta en la casa.
Para obviar las continuas dificultades de su correspondencia con Tragalobos, le habían los alquimistas pedido un hombre de conciencia, que, bajo la dirección de Pistaccio, condujese sus órdenes y mensajes al dicho patriarca de los bandidos. Chato fue el elegido para este empleo, y se presentó en la casa de los alquimistas bien amaestrado por Tragalobos acerca del modo de presentar el papel del Buen Juan entre ellos, haciendo lo posible por adquirir la confianza de aquellos muy respetados señores, de modo que pudiese Tragalobos saber de sus secretos un poquito más de lo que ellos hubieran deseado. Por medio de este jovencito supo Tragalobos la detención de Isabel en su casa y otros asuntos no relativos a esta historia. Para que nadie pudiese por acaso reconocer a Chato en Sevilla, se le puso una librea que cambiaba frecuentemente con disfraces de muchos géneros, y así manejaba los negocios que le estaban encomendados con mucha sagacidad y prudencia. Un día que fue a la cueva de Tragalobos a llevar una bolsa de oro de parte de los alquimistas, encontró al baratero acompañado de Alberto, que con toda su elocuencia defendía la causa de Isabel. Cuando volvió a la casa de los alquimistas, venía ya resuelta a trabajar como pudiera en favor de la hermosa reclusa y del noble caballero don Carlos. El general Landesa estaba por aquel tiempo resuelto a efectuar el rapto de la misma señorita, para lo cual, ayudado de Pistaccio, había adquirido las llaves que conducían a su apartamento. Fingían los alquimistas ignorar estas maquinaciones, y Pistaccio suplicaba al general, tres veces cada día, que no lo comprometiese con ninguna imprudencia. El general Landesa le daba tres seguridades diarias de su secreto, y persuadido, no obstante, de que todo aquello era engaño y tortuosa política, y de que todos los alquimistas sabían tan bien como él sus planes y sus designios, condescendía en someterse a aquellas fórmulas, contento de que sólo eso se le exigiese por el rescate de la cautiva.
Chato había tenido el arte de congraciarse con cuantas personas había en la casa, y especialmente con Pistaccio y con el general. Estaba oculto en un cuarto una noche, con el designio de imprimir en cera el agujero de una llave, cuando oyó al general exclamar en el descenso de la escalera de mano, si era lo que había visto aviso del cielo; a lo que respondió con un ruidoso sí, que casi precipitara a nuestro general de su eminente puesto. Con el auxilio de llaves falsas condujo Chato a Carlos a las catacumbas, del modo que ya se ha explicado.
A la noche siguiente, cuando llegó la hora señalada por el general para repetir su visita a Isabel, mandó a Chato que le acompañase como la noche antes, junto con un portero de la casa, de aceda y beata fisonomía, el cual, por disposición de Pistaccio, representaba el papel de un hombre sobornado por el general. Tenía este portero demasiada rigidez e hipocresía para hacer migas con Chato, quien no podía verlo ni pintado. El general entró en el apartamento llamando a Isabel con una modulada voz, y adelantándose al ver que no le contestaba. Como estuviese la estancia muy oscura, le dijo Chato al portero, de modo que el general lo oyese:
-¡Adelante, majadero! ¿Por qué no alumbras a su excelencia con esa linterna?
Le miró de reojo el portero, que no estaba acostumbrado a que nadie le hablase de tú ni a sufrir ásperas palabras de nadie. Se adelantó, sin

embargo, exclamando entre dientes:
-¡Se habrá visto pelgar!
Notó el general Landesa la mala gana con que se movía el portero. Ya había recorrido todo el cuarto. Volvió hacia donde estaban los dos acompañantes, desnudó la espada, y preguntó al de la linterna por Isabel. Respondió el portero, con sincerísima sorpresa, que no lo sabía, aunque las llaves todas de la casa estaban colgadas de su cintura. Esta ignorancia le proporcionó cuatro o cinco desaforados espaldarazos de la tizona del general, de modo que quedó armado lo más caballero del mundo. En esto vino la vez de Chato. Le preguntó el general por Isabel, dirigiéndole la punta de la espada.
-Vuecencia se acordará, pues no hace un siglo -dijo Chato con la mayor sencillez y sangre fría-, que ya era tardecito anoche cuando yo volví del campo con un recado para vuecencia. Quizá eran ya las doce. Vinimos aquí de seguida, y aquí estaba la niña melindrosa. Nos volvimos a ir. Yo desde entonces acá no me he separado, como quien dice, de la vista de vuecencia. ¿Cómo he de saber yo ni poder imaginarme qué diablos ha sido de ella?
-Los alquimistas -vociferaba el general al hombre de las llaves- me pagarán muy cara esta chanza. ¡Por Dios que yo les enseñe que ni soy un niño ni un necio! Lo cierto es que de aquí ha salido; y usted, hipócrita y pillastrón, ha de saber cómo y cuándo.
La espada del general cayó otra vez por vía de interrogación sobre los malhadados lomos del portero, a quien dejó en el suelo sin sentido. Chato tomó la linterna y alumbró a su excelencia hasta la habitación de Pistaccio. Afortunadamente para él estaba entonces con los alquimistas, ante cuyas sabidurías se presentó el general como un maniático. Nuestros señores se quedaron del color de la cera al recibir la extraña noticia de la fuga de Isabel de los espumosos labios del general. Ambas partes se miraron sospechosamente, hubo ofensivas insinuaciones, pasaron a insultos, y en pocos instantes no parecía sino que había entrado en la biblioteca una legión de demonios. El general se marchó bruscamente, jurando venganza contra los alquimistas; éstos, por su parte, quedaron con el mismo sentimiento.
Cuando por la prisión de Carlos y las vociferaciones del escribano de Aznalcóllar se descubrió, al fin, el asilo de Isabel, general y alquimistas quedaron mutuamente penetrados de que no había habido fraude en ninguna de las partes; ambas apologizaron, y se efectuó su reconciliación.
Era amigo íntimo de uno de los alquimistas el director espiritual de la abadesa en cuyo convento residía Isabel. Por éste y otros medios tenían bastante influencia con la dicha señora, y no perdían ocasión de insinuarle cuán útil sería persuadir a la huéspeda a tomar el velo. Así querían prevenir la posibilidad de que quedase Isabel libre, y pudiese hablar de su detención en la casa de los alquimistas. Era el dicho director espiritual de la abadesa varón de severas, justas y cristianas virtudes, y aunque no se excusaba de persuadir buenamente a una joven desamparada a abrazar la vida monástica, hubiera resistido hasta lo sumo violentar su voluntad, ni valerse de la opresión, ni abusar de ningún modo de su ministerio. Conocían los alquimistas la caridad y pecho evangélico de este digno sacerdote; se acordaban del mucho ánimo que en su previa

conducta había manifestado Isabel, y temían que no pudiese la noble abadesa por sí sola persuadirla a abrazar la vida monástica sin la ayuda de su confesor.

Estaba, en efecto, y para hablar sin rebozo, sobrecogido de tan grande pánico nuestro Pedro Facundo al acordarse de lo que podría decir de él y de sus secuaces la joven cuya fuga aún se ignoraba cómo había sido, que el santuario de las mismas monjas le parecía poco suficiente para guardar un secreto tan peligroso para la reputación alquimística. En consecuencia de este espanto y aprensión continua, convino con su colega Pedro Gonzaga hacer un esfuerzo para trasladar a Isabel al santo tribunal de la inquisición. Si pudieran lograr tan gran proyecto, aun cuando Isabel saliera libre y justificada el sello de infamia que dejaba tras sí una causa inquisitorial mancillaría de tal modo su carácter, que no tendrían peso ni crédito alguno sus palabras. También tenían relaciones con el inquisidor mayor de la provincia, y podían contar con que no alcanzaría Isabel ningún grande triunfo una vez acusada en forma. El hacerle cometer alguna acción herética, o que lo pareciera, era el deseo entonces de los alquimistas, y habían pasado muchas horas de vigilia antes de hallar un modo satisfactorio de conseguirlo.

Permítasenos hacer aquí una corta digresión independiente del carácter divino de la religión cristiana, según felizmente se profesa en nuestro país y en otros de Europa; y considerada sólo en sus efectos materiales y palpables, habrá que confesar, so pena de descreer la historia y los hechos mejor comprobados, que no han gozado jamás los hombres de institución más sublime, benéfica y consoladora. Si admirados y bendecidos ya los preciosos frutos que ha dado el mundo, se pasan a examinar sus dogmas y principios, hallará el ánimo nuevas fuentes de pureza celestial en que hechizarse. Si contempla las páginas del martirologio cristiano, las vidas de los anacoretas, las de innumerables doctos y santos sacerdotes de todos los siglos y de todas las naciones, hallará mayor y más alto y desinteresado heroísmo que en los decantados fastos profanos de Roma, ni de los pueblos antiguos ni modernos. No es nuestro ánimo, pues, al pintar las desarregladas costumbres de un mal religioso, ni el abuso que hace de su ministerio, indicar del modo más remoto alguna idea irreverente hacia la religión ni hacia ninguno de ambos cleros, cuya piedad íntimamente veneramos. Sólo hemos querido hacer el natural contraste entre los defectos de éste y las virtudes religiosas que según nuestras cortas luces hemos pintado e iremos pintando en otros eclesiásticos que tienen parte en esta narrativa.

Para practicar, pues, su proyecto, Pedro Facundo, llamó a Sevilla al padre Narciso, aquél a quien en un momento de precipitación había Carlos herido. Este buen hombre, cuyo aborrecimiento hacia nuestro héroe y su bien amada puede con facilidad imaginarse, había casado muchos años al servicio de los alquimistas. No era grande favorito de sus secretos señores, a causa de cierta tendencia que naturalmente tenía el reverendo de obrar por sí y para sí cuando quiera que le venía la ocasión a las manos. A pesar de eso, era uno de los mejores muelles que tenían los alquimistas en sus máquinas, tanto por la intimidad de sus relaciones con gente libre y activa, como por su acreditada astucia, su valor y su arrojo. Cubría el reverendo estas cualidades con una grosera, aunque generalmente eficaz hipocresía. Su

ánimo, así como sus modales, eran ordinarios, y no había que temer que vanos escrúpulos ni melindres le hiciesen desistir de ninguna de aquellas empresas, ante las cuales hubieran vacilado los de refinada intriga, Facundo y compañeros. Éstos enteraron al tremendo fraile de su misión, mandándole fuese a verse con la abadesa de nobles.

Había conservado la dama a que nos referimos, siempre y a través de todas sus aventuras mundanas, cantidad crecida de superstición, su parte no escasa de orgullo, y una porción perceptible de mojigatería. Era, por tanto, amiga peligrosa y temible enemiga. No amaba la abadesa la sociedad de Isabel extraordinariamente, ni era de esperar que una viuda de su genio y años admirase con sinceridad a una muchacha tan hermosa e interesante como Isabel. Tenemos los españoles, entre otras gracias, la de poner apodos a todas las virtudes y a todas las buenas prendas, como si fuesen nuestras enemigas irreconciliables, honrando a los vicios con altos y halagüeños epítetos. Si un hombre es valiente, decimos de él que es pendenciero y vano, y que se tiene en mucho; si generoso, le llamamos despilfarrador; al de carácter sencillo y franco, le decimos bobo; a la mujer hermosa, sin aguardar a que incurra en desliz alguno, se califica de coqueta en nuestros días, de libre, ligera y loca en los antiguos; por el contrario, si desnudo de todo sentimiento de honor, de todo decoro y dignidad personal, a costa de inmundas adulaciones y vergonzosas bajezas, logra un malvado un empleo en que puede robar el tesoro público, y enriquecerse del sudor de los que pagan las contribuciones, se dice de él que es hombre de mucho mundo, y que sabe más que las culebras, pero en buen sentido. Mas..., perdone el lector que se nos vaya la pluma, y que pasemos de historiadores a moralistas. Nuestro ánimo era decir sencillamente que no tiene una joven mayor enemigo que su belleza cuando la rodean añosas y presumidas dueñas, o jóvenes menos lindas. No obstante, empero, la antipatía de la abadesa hacia su huésped, confesaremos en justicia que reprimía cuando llegaba a conocerlos sus adversos sentimientos, haciéndose firme protectora de la razón.

-Su situación de usted, querida mía -decía la abadesa en familiar interlocución con nuestra heroína- exige un director espiritual. Yo tengo escogido, según mis cortas luces, un varón docto y piadoso que me ha sido eficazmente recomendado, y que espero podrá conducirla a usted, querida mía, por el buen sendero en la peregrinación de la vida.

Dio Isabel las gracias a su bondadosa abadesa, pensando prepararse aquella noche con la confesión para el sacramento del siguiente día. Supongo que sabrá ya el lector que están de tal modo dispuestos los confesonarios de las monjas, que no pueden verse entre sí los confesores y las confesadas Isabel casi se desmayó de horror cuando oyó distintamente la voz y reconoció el estilo del padre Narciso. Resolvió no continuar la penitencia, y quedaron las madres escandalizadas al oírle decir con tanta gravedad y reposo como firmeza que no seguiría la confesión con aquel sacerdote. Creció la murmuración y se aumentó el escándalo al circular entre las monjas desfigurados motivos a que el padre Narciso atribuía aquella conducta, rumores que aumentaban su malignidad y recibían agravaciones de portentoso tamaño al pasar de boca en boca.

En consecuencia de esta oposición, y de las escenas que produjo, suplicó a Isabel la abadesa se abstuviese de salir de su cuarto, y de comunicar con

las monjas, hasta tanto que recibiese respuesta de una carta que sobre el asunto había despachado a su sobrino de Grañina. Si no hubiese sido inexorable la abadesa en materias de prerrogativa y amado mucho a su sobrino, tal vez hubieran logrado los alquimistas sacar a Isabel de su asilo en aquellos momentos de excitación; pero la noble viuda se lisonjeaba con la esperanza de aumentar el número de las esposas de Cristo con la adición de su huéspeda, dedicando todos sus ratos desocupados al logro de tan santo objeto.

Las precauciones adoptadas con el fin de incomunicar a Isabel no habían sido suficientes para prevenir su correspondencia con Carlos. Entre la imaginativa fecundísima de Chato, que para todo hallaba tiempo, y la ternura de la portera, que para todo hallaba trazas, se había abierto un canal por donde fluían secreta, pero libremente, los pensamientos de ambos amantes, y mitigaba sus sentimientos el placer de contárselos. La marquesa del E., dama de celebridad en los anales del general Landesa y en los nuestros, no era la persona que menos instigaba a la abadesa a proseguir sus planes en beneficio de la felicidad espiritual de Isabel. Aquella noble dama deseando, tal vez, la mutua felicidad de los amantes para cuando pasasen a la otra vida, se había encargado de la molesta comisión de intervenir abiertamente en sus asuntos. Visitó a Carlos dos o tres veces en la cárcel, y buscaba sin cesar hasta las ocasiones más remotas para influir en que quedase separado de su querida completa y prontamente. Una persona maliciosa hubiera sospechado de la asiduidad y eficacia de la marquesa, que bajo su rostro grave y sereno ocultaba un corazón herido hasta lo vivo por la pasada indiferencia del caballero, y que los celos, y el amor propio mortificado, eran la verdadera caridad de sus acciones.

Dos meses habían transcurrido desde la prisión de Carlos, cuando empezaron a esperar los alquimistas que lograrían dar a su causa un fin desastroso. Acallar sus labios para siempre era de la mayor importancia para estos señores, cuyos secretos había penetrado por tan extraños medios. Tampoco conocían cuáles fuesen éstos, ni podían afirmar siquiera que fuese Carlos el libertador de Isabel, pues ésta había constantemente rehusado conceder ni aun a su abadesa que hubiese estado detenida en poder de los alquimistas. Quizá ella misma no lo sabía. Contestaba a las preguntas que sobre el asunto le hacían, que atraída a una casa extraña, la aprisionaron en ella unos hombres enmascarados y otros vestidos de lacayos, que la habían tratado con mucho decoro y bondad en la prisión, y que por la misericordia divina se había visto libre sin saber cómo. No quería faltar a la discreción en este particular, por no comprometer con sus palabras a Carlos. Los alquimistas, empero, sabían que los que no eran por ellos eran contra ellos, y habrían agotado su poder para destruir un dudoso enemigo. La firmeza y rectitud del señor de Bruna eran otras tantas barreras que ni los mismos alquimistas podían allanar. Una multitud, empero, de testigos y documentos falsos, una fingida correspondencia entre Carlos y el Niño (Diego Corrientes), y diversas acusaciones de las más infames que habían tenido modo de introducir en el proceso del modo subrepticio que acostumbraban, inclinaron la balanza de la justicia, y emponzoñaron el curso de los procedimientos.

La marquesa del E., para hacerle justicia, pues aspiramos al dictado de Arístides de los novelistas, y debemos dar a cada uno lo que es suyo,

según el precepto de «dad al César lo que es del César», la marquesa, decimos, no tenía parte en estos infernales artificios. Al contrario, cualesquiera que fuesen sus motivos, se mostró en diversas ocasiones tan compasiva hacia Carlos, que los dichos señores se alarmaron, reservando de allí en adelante a la marquesa cuanto decía relación24 a nuestro caballero.

En medio de todos sus infortunios, tenía Carlos el consuelo de que no se hubiese descubierto su correspondencia con Isabel. Una noche que se hallaba ésta, por causas que van después a referirse, sumergida en angustia y desconsuelo, con ardientes lágrimas invocaba la benigna protección de la Santísima Madre. Se le había dado a entender que era necesario que tomase sin tardanza el velo de las esposas de Dios, vínculo más indisoluble que los votos mismos del matrimonio, o que se preparase para ser transferida al santo tribunal de la Inquisición, adonde aprendería la doctrina, la obediencia y el desprecio de los goces mundanos. De ambos modos perdería a Carlos para siempre. Se acordaba en su calamidad de que él, su solo amigo, su solo protector, estaba en un calabozo, que se acercaba el día en que su causa había de verse, y que estaba su vida en peligro.

Contemplaba el cáliz de amargura que ante los ojos tenía; le veía rebosar, y sólo el árbitro supremo de las cosas podía disminuir su contenido. Sola y rodeada de enemigos, había consultado a Carlos sobre tan duro dilema. ¿Qué debería hacer? No le quedaba alternativa entre la inquisición y el velo.

Devorada por esta perplejidad y agonía, continuaba sus oraciones, cuando una criada le trajo su cena en un canastillo. Con la agitación que puede imaginarse tomó al salir la criada un panecillo, lo abrió, y encontró dentro un papel que mil veces llevó a los labios y a la abrasada frente, y sin osar abrirlo, se sentó de nuevo y lo regó con copiosas lágrimas. ¡Tan terribles anticipaciones herían su ánimo! Le faltaba audacia para determinarse a saber la verdad. La causa de Carlos había últimamente tomado aspecto tan temeroso, que por mucho que desease saber sus progresos, carecía de ánimo para romper el sello que ocultaba el secreto. Un frío mortal sucedió a la excitación primera, y, al fin, abrió el ominoso papel con trémula mano.

> «¡Ídolo de mi alma! -decía Carlos en el lenguaje enfático de los amantes-: el poder divino que preside sobre nuestra suerte te ha decretado una separación eterna».

Isabel no pudo leer más. Cayó agobiada de dolor, y por muchos minutos estuvo privada de sentido. Fortificándose con la oración, leyó al fin la carta de Carlos, que parecía confirmar sus aprensiones, dejándole, como en legado funeral, el amor y afecto de su tutor, y aconsejándole que en la alternativa horrorosa en que se veía, antes mil veces tomase el velo con las vírgenes esposas de Jesús, que sufrir la infamia de ser juzgada en los tribunales de la fe. Sobre todo le pedía Carlos que se armase de fortaleza, que se aconsejase del cura de Aznalcóllar y con el señor de Grañina, y confiara en la felicidad y consuelo que se dignaría concederle

aquel juez clementísimo ante cuyo tribunal quizá sería su suerte presentarse pronto.
No pudo Isabel permanecer por más tiempo en la posición en que se hallaba. Guardó maquinalmente el billete, y antes de llegar a su lecho cayó agitada con una convulsión violentísima. Cuando volvió a entrar la criada, gritó sorprendida, imaginando que Isabel estuviese muerta. Se mandó llamar sin dilación al médico del convento, aun cuando a fuerza de espíritus había vuelto en sí antes de que llegase. Se le atendió con la mayor ternura y cariño toda la noche, y para no molestar más a las atentas y bondadosas hermanas, dijo al otro día que ya se hallaba buena. Pasó muchas horas en amarguísimas meditaciones, leyendo mil veces la carta y comentándola sin fin. Cada una de sus sentencias, cada palabra suya daba una idea de muerte. La melancólica intensidad de las reflexiones de Isabel le causaron delirio de temibles síntomas. Pasó tres días en cruel y aguda lucha mental, de que se recobró gradualmente por su buena constitución y eficaz y cuidadosa asistencia. Desde lo más profundo de su aflicción levantó al cielo sus pensamientos, y su piedad fue premiada. Cesaron las convulsiones y el delirio, y quedó entregada a una especie de melancólica felicidad. En su convalecencia le preguntó la abadesa si estaba ya decidida a profesar. Isabel contestó que le eran indiferentes todos los sucesos futuros, que su sola plegaria era llegar por la más corta vía, si tal fuese la voluntad del Altísimo, a aquella mansión adonde los malos cesan de vejar y los que están fatigados descansan. Con estas palabras dirigió una vehemente, pero incierta mirada a la abadesa, y el pálido semblante le reclinó sobre el pecho.

## Capítulo VII

> No.- Si la luz de la razón no se hubiera disipado y dejádote en tinieblas, tú tenías un amuleto en la querida imagen grabada en tu corazón.
> Con las manos cruzadas, los labios pálidos y entreabiertos, estaba la virgen contemplando el velo.
>
> (LALLA ROOKH.)

El día señalado para la celebración del religioso rito que había de separar a Isabel para siempre del mundo y de su amante, estuvo concurrida hasta no poder más la iglesia de nobles madres. Las devotas de los alrededores acudían al santo sacrificio en numerosas bandas, empujándose y descodándose en el templo para obtener una posición ventajosa. A las once de la mañana empezaron ya los monaguillos a encender las muchas velas distribuidas simétricamente por altares, rinconeras y cornisas. También resplandecían en el presbiterio tres o cuatro docenas de lámparas de plata, suspendidas de ricos y gruesos cordones de seda. Cien canarios gorjeaban, entre tanto, en dulces trinos desde sus jaulas de dorado

alambre. Poco después el estruendo de varios pesados carruajes que a la puerta se oían indicaron que empezaban a llegar los patricios. Muchas familias de nobilísimas personas de ambos sexos ocuparon los lugares que les estaban destinados, dejando a la puerta sus lacayos y cocheros cargados del oro y plata de sus libreas. Los canónigos y cabildo eclesiástico, el gobernador militar, las autoridades civiles, todos estuvieron convidados al divino esponsorio, en que el arzobispo había condescendido en oficiar como sacerdote y la marquesa del E. como madrina.

No era, por supuesto, el rango ni cualidades personales de Isabel los que tanto estímulo causaron el día de su profesión; la de cualquier otra joven hubiera sido igualmente honrada, pues considerando el crecido número de monjas que había en aquel tiempo en España, una profesión pública era un acto de rarísima ocurrencia. Para interceptar la vívida brillantez del día se corrieron cortinas de seda verde por todas las claraboyas y ventanas de la iglesia; y las numerosas luces artificiales que dentro de ella había reflejando sus rayos en miles de bruñidos espejos, la llenaban de hermosura y mágica transparencia. Se oyeron algunas notas músicas en el coro superior, y poco después llenó los aires un raudal de sagrada música, divirtiendo, ya que no absorbiendo, los sentidos de los piadosos oyentes. Cesó la música, y de una de las puertas laterales al altar mayor salieron seis mancebos vestidos de púrpura y blanco lino, con ciriales de plata en las manos, los cuales, formando una línea frente al altar mayor, se arrodillaron e inclinaron a tierra la cabeza. Siguieron seis diáconos vestidos de blancas y ondulantes ropas con sus estolas, e incensarios de plata vertiendo ante el altar deliciosos perfumes, que ascendían en rizadas guirnaldas de leve azul y transparente humo. También se arrodillaron, dejando lugar para otros seis eclesiásticos, cuyas ropas cubiertas de brillantes bordaduras y encajes indicaban que perteneciesen a un rango más alto del orden sacerdotal. Uno de éstos llevaba una maciza batea de plata con dos vinajeras de oro sobre ella. Otro, un jarro de plata lleno de agua, cubierto con un paño de delgadísimo lino, que caía con ambas partes, imitando con prolijos pliegues las alas de un pájaro. El tercero llevaba una palangana de plata para la purificación. Los misales, soberbiamente encuadernados en terciopelo carmesí, los conducían otros dos sacerdotes, seguidos por el último con el cáliz cubierto de blanquísima seda y oro. Todo se fue depositando solemnemente en varios sitios del altar.

La armonía del coro resonó de nuevo como si llamase con sus cadencias la atención de los fieles a la memoria del Redentor divino, preparando sus ánimos para ver la repetición de aquel grande sacrificio que lavó los pecados de la humanidad, y abrió las hasta entonces cerradas puertas del cielo.

Con imponente gravedad se presentaron luego dos prelados vestidos de riquísimas albas cubiertas de encajes y casullas de raso liso blanco bordadas de oro y tachonadas de deslumbradora pedrería. El arzobispo, vestido del mismo modo, se presentó el último, con su mitra y dorado báculo, y el anillo del pescador destellando luz desde su índice. Doce caballeros de los más distinguidos de Sevilla acompañaban al arzobispo. Se situaron alrededor del altar en sillones cubiertos de terciopelo bordado

de oro.
La marquesa del E., rodeada de una galaxia o rutilante cortejo de nobles damas, entró después por la puerta de enfrente en calidad de madrina de Isabel, que cubierta de las más ricas sedas y cendales que producir sabían los ingenios valencianos o los telares de Sevilla, lentamente se presentó en el templo entre la marquesa y otra señora de título. Los profusos y sedosos rizos de la cabellera de Isabel, negros como el azabache, parcialmente sombreaban una corona de trémulos brillantes que decoraba su frente. El cuello, blanco como la tez de la azucena, ceñido por una cadena de perlas, de donde una riquísima cruz iba suspendida, y reposando sobre los medio descubiertos pechos. Los anchos y multiplicados pliegues del ropaje bajaban desde la estrecha cintura por entre festones de rosas. Desnudo llevaba el brazo, excepto desde la mano hasta donde alcanzaba el guante de blanca cabritilla. En las cruzadas manos resplandecía un crucifijo de oro.
Todos los ojos se fijaron en Isabel; pero el número de las luces, y más aún la dorada reja que separaba el presbiterio del resto de la iglesia, impedían que pudiese verse desde afuera más que la forma de la joven, que pálida, abatida y casi fuera de sí, se adelantaba, no obstante, con firme paso hacia un soberbio dosel de seda blanca con franjas de oro que le estaba destinado. Su madrina y otras señoras ocuparon sofás no menos suntuosos puestos alrededor del dosel.
Entregando el báculo a uno de los diáconos levantó el arzobispo los ojos y las manos al cielo, y empezó la misa. Acabado el Evangelio, los caballeros, precedidos por los diáconos, fueron a la puerta de la sacristía a recibir y acompañar al púlpito un descalzo capuchino que subió a él con trémulo paso. Cubría el pecho del religioso su blanca barba: el pálido y descarnado semblante daba pruebas de su penitencia; y la piedad de su discurso anunciaba que era un benigno pero fervoroso cristiano. El calor de la religión animaba su pecho y resplandecía en sus palabras. Lloraba el público sus pecados, y ofrecían los hombres que le escuchaban sus corazones al cielo, puros, sin disfraz, y heridos del dolor del arrepentimiento. Habló de la virtud de la castidad, ensalzando con frecuentes alusiones a la madre de toda pureza, el especial amor con que el Hijo del Eterno se deleita en la mística hermosura de sus esposas.
Acabada la misa observó la marquesa del E. que Isabel se había desmayado. Un confuso tumulto que se observó en el mismo instante hacia los pies de la iglesia lo atribuyó la noble madrina a otra causa semejante, y aplicando un poco de elixir a su ahijada, logró que se mejorase, y aunque extremadamente pálida, la hizo aproximarse al altar.
Después de varias misteriosas ceremonias, le preguntó el arzobispo con mucha afabilidad a nuestra heroína, si consentía en renunciar para siempre al mundo, y hacía libre voto a Dios de no salir de aquellos claustros, y pasar en ellos la vida en constante retiro y penitencia como esposa digna del Señor. No se oía una voz en la iglesia. Los labios de Isabel no rompían, el solemne silencio. Repetida la pregunta, resonó, al fin, el esperado «¡Sí!», que en vez de su ahijada pronunció la marquesa del E.
Entonces pasó nuestra heroína a manos de las otras damas, que con graves ceremonias comenzaron a despojarla de sus ornatos. En medio de este rito externo, Isabel, como si volviese de un profundo letargo, o acabase en

aquel punto de reunir sus fuerzas y ánimo, gritó, en resuelta voz:
-¡No! ¡No! No puedo hacer un voto que mi corazón repugna y que resiste mi alma. ¡Señor arzobispo! ¡Nobles caballeros! ¿No habrá entre tantos quien proteja a una infeliz, víctima de persecuciones que penetran hasta en este santuario? ¿Quién, por el amor de Dios, me librará de los tiranos?
Ya puede conjeturarse la sorpresa, horror, indignación, ansiedad, y lástima que se verían en todos los rostros. El arzobispo retrocedió de su lugar con involuntario movimiento, los otros clérigos abandonaron también la apática santidad e indolencia del rostro. Todos quedaron llenos de admiración en la iglesia, menos la marquesa del E., que con semblante compuesto y suave voz dijo que padecía su ahijada de algún paroxismo que no debía interrumpir la ceremonia. Este y otros argumentos de la noble dama habían ya casi persuadido al arzobispo, cuando se adelantó el marqués de Campo Sereno, el más anciano de los caballeros presentes y general de mucho crédito, e intervino en favor de Isabel. Era el arzobispo prelado de suma integridad y corazón verdaderamente caritativo; y al oír las razones del venerable marqués de Campo Sereno, mandó que volviese Isabel a su celda; y se resolvió interiormente a tomarla bajo su amparo.
Obedeció en esto, hizo el arzobispo un breve discurso a la congregación, para mitigar, si era posible, el escándalo que pudiese resultar de aquella circunstancia. Salió al punto la gente de la iglesia; los hombres, parándose a la puerta en círculos para hablar de aquel asunto, las mujeres llevando que contar a sus casas la nueva de aquella sin par maravilla.
Despejada ya la iglesia, tuvo el arzobispo más de dos horas de conferencia con Isabel. Después pasó a consultar a la abadesa, y salió, al fin, del convento dejando orden para que no se impidiese de modo alguno la comunicación de Isabel con un anciano sacerdote de su comitiva, que le dejó de director espiritual. Era este eclesiástico confesor del arzobispo, y varón muy cristiano, virtuoso y prudente.

## Capítulo VIII

Duró apenas su cólera un momento;
si durara otro instante, sofocado
la hubiera su amargura: parecía
el iracundo acceso, en trance infando
vislumbre del infierno pasajera:
¿Qué la enérgica bilis, qué hay más alto
magnífico y sublime?, aunque espantosa
a la vista cual suele el océano
las breñas combatiendo, es noble y grande
para verso y pincel. Del pecho airado
relámpagos ardientes, las pasiones
brillaban en su rostro, fiel retrato
de la tormenta y bella y viva imagen.
¡Muerte!, ¡muerte!, gritaba: ¡horror! ¡espanto!
Mas de sangre la sed y de venganza

dos raudales de lágrimas templaron.

(Traducción o imitación de un autor moderno.)

Había gozado Carlos en la cárcel muchas consideraciones y conveniencias, debidas a la influencia del señor de Grañina. Hasta aquí llegó la protección de este caballero, que habiendo salido de Sevilla en una comisión militar de mucha importancia y trabajo poco después de la prisión de nuestro héroe, no había tenido ocasión de hacer más por él.
A poco de las escenas descritas en el último capítulo, se presentó Chato en las puertas de la cárcel, y como de ordinario, obtuvo permiso para ver a don Carlos. Le encontró deseosísimo de saber nuevas de Isabel, y de si había logrado Chato hallar nuevos medios de facilitar su interrumpida correspondencia. Chato, después de un preludio de los suyos, habló así:
-Me iba yo acercando, como digo, hacia el convento de las monjitas a ver si podía ablandar el corazón de aquella santa portera, cuando al llegar a la puerta, ¿quién se me había de cuadrar al frente sino el escribano de Aznalcóllar? A ése lo tengo yo sentenciado por ciertas sospechillas que de él me danzan por la cabeza a no dejarlo en paz cuando me caiga a la mano hacerle guerra. Con esta intención seguí a su merced, que depositó sus zancadas e interminables piernas y pescuezo en mitad de la iglesia. Había gente que era aquello ahogarse; pero tuvo el fiel de fechos la buena fortuna de quedárseme junto. Cuando estaba yo ya cansado de rezar, lo cual sucedió poquísimo después de haber entrado, ya no pude yo salir; tanta era la concurrencia que había para ver a su ilustrísima el señor arzobispo decir misa de pontifical para la profesión de una monjita. Con la calor, la gente y el incienso, empecé a adormilarme, y me hubiera quedado como un pajarito a no haberme puesto el diablo en las manos un hilo bramante y aguja que tenía para coser mi túnica de ermitaño. Como estaba así amodorrado para el caso, sin saber casi lo que me hacía ni pensar en ello, le cosí al escribano la capa por un lado a la basquiña de una beata, y por el otro lado al sayal de otra beata. Viendo lo que había hecho, me puse a bregar para separarme de allí, y pude, al fin, lograr ponerme detrás de una columna, desde la cual alcanzaba yo con la mano al notario sin que nadie me viera. ¿Qué hago? Cambio la posición de la aguja, y suavemente se la meto a mi amigo por el mollero del brazo. Imagine su merced el respingo que pegaría. Ni su caballo junto al puente de Triana. Cuando le vi ya quietecito y repuesto, se la introduje con mucho saber por las asentaderas, de modo que le hice levantar una vara del suelo, y dar de boca con las dos beatas que tenía cosidas a la capa. Empezó a luchar para escapar de allí, y a bracear como quien pierde pie y se ahoga, y tira y jala, arrastrando en pos de sí a las dos beatas de modo poco decente, que era una compasión. Ocupado con estas cosas, no veía yo, por supuesto, nada de lo que pasaba en el presbiterio. Un, ¡ay!, profundo que de allí venía llamó mi atención, y pude distinguir a la marquesa del E., y oír su voz, aunque sin entender lo que decía. Esta señora se dice que es la futura del

general Landesa, a quien usted vio aquella noche en casa de los alquimistas por el agujerillo de la llave. El general quiere repudiar la pobreza con quien está ahora casado, y contraer segundo matrimonio con el mayorazgo de la marquesa. Lo que es yo, por mi parte, creía que ya estaba la buena de la señora está en el otro mundo, porque ha de saber usted, pero esto en secreto grandísimo, que a la mañana siguiente de haber usted escapado de en casa de los alquimistas, le escribí yo un billetito a la marquesa, imitando, por más señas, la letra de molde, y diciéndole que el general pensaba pasar por tal parte la noche inmediata, a tal hora, con la más hermosa niña que los cielos cubrían, y yo la vi aquella misma noche disfrazada y expuesta a la lluvia, de lo cual le resultó un resfriado que era de temer no levantase más cabeza. Pero volviendo a nuestro cuento, allí estaba, y de madrina, porque había profesión, y la nueva hermana era mi señora Isabel.

-¡Cielos santos! -exclamó Carlos con mal reprimida agonía, y se dispuso a oír la continuación de aquella triste narración, resignando sus esperanzas en manos de la Providencia. No tenía ya esperanzas ni aun remotas de que se terminase favorablemente su causa; y aun cuando sólo fuese la sentencia de destierro o presidio, produciría su separación de Isabel. ¿Cuánto mejor era, pues, que quedase protegida por el claustro, que abandonada y sin amigos ni protectores?

-Mi señora Isabel -prosiguió Chato- imploró con lágrimas el amparo del arzobispo y de los caballeros. Yo maquinalmente saqué mi puñal en su favor... ¡Dios me perdone usar de armas en la iglesia!

En este punto del diálogo, mientras el corazón de Carlos rebosaba de gozo, de amor y de pesar, los cerrojos externos de su puerta resonaron, y un momento después entró la marquesa del E. No puede expresarse la sorpresa de Chato al ver tal visita. Hizo, sin embargo, una reverencia, y dejó respetuosamente el calabozo.

Distraído cual lo estaba, y presa de agudísimos sentimientos y reflexiones, tuvo Carlos que revestirse de cierto grado de violenta compostura para recibir a la marquesa. No sentía esta ver a Carlos en situación tan crítica; así tendrían más valor los pasos que por él pensaba dar. Se sentó junto a la silla del caballero, y modelando su previsión por sus deseos, imaginó que causaba el aparente desorden mental de Carlos su falta de resolución para declararle aquella ternura que su excesiva bondad debería ya haber encendido. Triunfaba la dama anticipadamente, y aun meditaba si haría dichoso al caballero desde luego, o si le haría padecer antes su crueldad y sus desdenes. Conoció, empero, que una severidad extremada conviene poco a aquellas hermosas que han vivido ya más de medio siglo entre los peligros y vicisitudes de este pícaro mundo. Carlos, entre tanto, no se mostraba dispuesto a entrar en semejantes tópicos; y la impaciente marquesa, irritada de su timidez, e incapaz de sufrir por más tiempo tales dilaciones, determinó animarlo un poco.

-No puede ocultarse -dijo toda mimosita y haciendo con el abanico mil monadas- a un caballero de tanta penetración como usted, ¡ay!, la mucha simpatía -esta palabra la pronunció de modo que le hubiera granjeado infinitos aplausos en el teatro del Príncipe-, el afecto con que le he mirado a usted siempre, desde el malhadado instante de nuestra primer entrevista. Desde entonces, ¡ay de mí!, ¿tendré que confesarlo?, mi

imaginación no ha tenido otro objeto en las horas del sueño ni en las de vigilia... ¡Ay! Perdone usted mi sensibilidad, hermoso mancebo... Yo me he resuelto a huir de tan peligroso amigo... ¿Cuántos sacrificios no haría por usted la que así compromete su dignidad... su decoro... ¡Sí, Carlos!... Yo estoy apasionada... ¡Cielos! ¿Qué he dicho? ¿Así hago traición a mi pecho?

Estaba Carlos como quien ve visiones. Mientras los rugosos y plegados labios de su hermosa conquista exhalaban la última exclamación, mientras con acorchados y marchitos dedos se apoderó de una mano del joven y la apretó suavemente; se cubrió por vía de énfasis el encendido rostro con el abanico. Luego continuó muy agitada:

-¿Pero ha de dejarse vencer así una dama de mi rango por pasiones, aunque tiernas, tal vez culpables?; ¡No! ¡Nunca se dirá de mí!

Y con esto abandonó la mano de Carlos.

Aún estaba el caballero inmoble y como petrificado. Nunca esperó ni remotamente haber sido actor de tan singular comedia, y le cayó encima, por decirlo así, el amor de la marquesa, súbito y cortante como una tormenta de granizo. La enamorada dama se levantó repentinamente y llegó hasta la puerta. La ternura interrumpió su fuga. Si Juan Jacobo Rousseau nos prestara su pluma sentimental, o Rafael el pincel maravilloso con que hermoseaba los monstruos, pintaríamos la tempestad que agitaba el pecho de la marquesa. En nuestra sencillez nos contentaremos con decir lo que pasó exteriormente. Volvió preguntándose a sí misma en un aparte de teatro:

-¿Por qué seremos las mujeres tan débiles?

Y viendo que no manifestaba Carlos poseer erudición bastante para resolver tan grande problema, continuó la dama con un gesto parecido a los que hacen las gentes cuando lloran:

-¡Adiós, Carlos!

-Sea usted feliz. Si alguna vez mi memoria...

Pero no pudo continuar. La inmovilidad constante de Carlos resfrió su elocuencia. Desengañada y herida profundamente en su amor propio, pasó la marquesa con transición instantánea del seno de la blandura al más exquisito paroxismo de ira. La vejación casi, casi sofocara a su señoría:

-¡Monstruo! ¡Monstruo! -exclamaba sin resuello y desesperada- ¿Cuándo pudo usted esperar que una señora de mi calidad le hablase una palabra que no dictasen la compasión o el desprecio?

Y diciendo así se desmayó de veras. Estos sucesos, aunque su descripción es larga, pasaron en pocos instantes. Carlos, el hombre menos a propósito de España para salir airoso de tal compromiso, sustentó a la señora en sus brazos, le roció el rostro con agua, operación en que anduvo indiscretísimo por habérsele quedado impresas las gotas en las mejillas cual si fuesen milagrosas, y últimamente, tuvo la inadvertencia de tocar la campanilla, como pudiera hacer un rústico, para pedir auxilio. Entró el carcelero, y salió con él la dama vuelta en sí.

-Una de las más extrañas aventuras -dijo Carlos frotándose los ojos para asegurarse de si estaba o no despierto- que jamás le han sucedido a persona humana. Esta buena señora debe de sufrir, precisamente, extrañas aberraciones de ánimo, o no estoy yo en mis sentidos.

Mientras Carlos conjeturaba en esta guisa, juró en su resentimiento la marquesa venganza contra el malvado caballero, y sin dar tiempo a la

meditación, se encerró en el interior de su estupendo coche, cuya caja no era mayor que una capillita. Se movía este vehículo lentamente por los esfuerzos de cuatro poderosas mulas, y según la guía de dos cocheros vestidos de interminables casacas, o más bien túnicas de librea, y cubiertos con sombreros de tres picos proporcionados al tamaño de la carroza. Este complicado y ambulante edificio se dirigió con atronador estrépito (como es de suponer en una casa que va de viaje) hacia la del señor de Bruna, en cuya puerta hizo alto.

El tamaño del hombre físico del señor de Bruna era notablemente reducido; su opinión de las franquicias y prerrogativas de su empleo grandes en proporción contraria. Su carácter, firme y decidido; sus modales, repulsivos y llenos de aspereza, cuales suelen acompañar al celibato. Se consideraba la marquesa profunda conocedora de las rarezas y peculiaridades de este solterón regañador, y estaba persuadida de que si alguna vez era posible que llegase a dirigir su conducta por los deseos ajenos, sería para obrar en contradicción de lo que se le había pedido.

-Debe un juez íntegro -repetía con frecuencia el señor de Bruna- imitar a la sombra, que va siempre en dirección contraria del sol, cuando personas poderosas y eminentes quieren intervenir con sus deberes y prescribirle el modo de cumplir sus obligaciones.

Resuelta a perseguir su predeterminado proyecto contra Carlos, entró la marquesa, antes de tener tiempo para refrescar su mente, en casa del magistrado. El señor de Bruna bajó la mitad de la escalera para recibir a su noble visitadora, le hizo una profundísima reverencia, como era loable costumbre de nuestros antepasados, y le dijo que le besaba los pies con voz sumisa y galante.

La dama contestó con remilgadísima cortesía, y aceptó con la siniestra la derecha mano del juez, y ambos subieron lo que de escalera quedaba, y entraron en el estrado haciendo tantos ademanes y contoneos, tan estirados y serios como si fueran bailando el minué de la corte.

Después que hubo el señor de Bruna regalado los oídos de la marquesa con mil cumplidísimos e intrincados cumplimientos, sus ojos, enseñándole repetidas veces la coronilla de la empolvada peluca, y todo su cuerpo, en fin, con el descanso de un blando sofá, empezó así la dama con melodiosa voz y dulce sonrisa:

-Supongo, presidente, que he logrado sorprenderle a usted.

Y el juez, haciendo nuevo alarde de la coronilla de su peluca.

-Sí, así es, marquesa: no pudiera haberme sorprendido visión más agradable.

-Vaya, vaya, presidente, al fin me hará usted creer es justa y bien ganada la opinión que goza de galán y fino entre las damas sevillanas.

-Seguramente que la merezco, y mucho, si esa opinión y fama se limita a pintarme como su más ardiente, pero humilde admirador. Al mismo tiempo me es forzoso confesar, marquesa, que soy tan tierno de corazón como desgraciado.

-Muchísimo lo siento, presidente -replicó la dama con afectada incredulidad-; pero siempre merecerán las niñas de Sevilla esa queja menos que usted su buena fama. A mí, por mí parte, me dolería mucho la crueldad de mis paisanas, pues que yo vengo expresamente a pedirle a usted misericordia.

-Siempre, marquesa, es dulce para mi alma la fragancia de la misericordia, y lo sería aún más si por usted la ejerciera.
-Veremos, presidente. Acepto esa palabra con gratitud extrema, y espero que mi intercesión conducirá a buen éxito la causa de un caballero joven que se halla hoy en la cárcel pública.
Al nombre de cárcel, la última sonrisa del juez se convirtió en rígida compostura, endureciéndose, además, la expresión de su rostro hasta llegar a una seriedad repulsiva que parecía la personificación de una sentencia. En tan severo ademán replicó así a la dama:
-Debo recordarle a usted, señora marquesa, que por desgracia no está en mis facultades conceder esa petición. Yo no tengo autoridad para otra cosa que para hacer cumplir la letra, cuando más el espíritu de la ley. Ni puedo disminuir ni aumentar sus efectos; y cuando la ley fuese de algún modo ambigua, o dejase cabida a la equidad, es obligación mía ser antes misericordioso que cruel. Antes eviten cien criminales la vindicta de la ley, que permitir la sufra una sola cabeza inocente. Por esta máxima, a que yo me adhiero sincera y constantemente, verá usted, marquesa, que hasta la misericordia que suelo yo emplear con los acusados es poco graciosa, pues que podría no emanar libremente de mis pensamientos, sino de mis más sagradas obligaciones.
-Deponga usted parte de esa severidad, presidente -dijo la marquesa con hechicera sonrisa-, hasta conocer, por lo menos, la persona en cuya suerte me intereso. ¿Puede usted en razón rehusar su favor a mis buenas intenciones, sin conocer siquiera la persona a quien se refiere?
-Si es preso, señora marquesa, recibirá justicia. La ley debe proteger con igualdad a todos los hombres.
-¡Ojalá fuera así, presidente! Dice la fama, que sus juicios de usted están siempre dictados por la imparcial justicia; pero yo creo, y perdone usted una opinión de señora en materias de legislación, que los crímenes no han de castigarse todos con igual severidad. ¿Quién no ve, señor presidente, que los impensados errores de un ánimo juvenil merecen más compasión que los fríos y premeditados delitos de los años maduros?
-El hombre, señora marquesa, no se madura nunca, ni es nunca sabio, ni perfecto. Todos somos frágiles, y la ley ha proveído misericordiosamente en favor de la fragilidad humana. Si usted, señora marquesa, se tomara la molestia de examinar los motivos y objetos que en sí tienen los castigos, vería que no necesitan menos represión los crímenes de la ignorancia; ni son menos nocivos para la república, que los que comete la más emponzoñada perversidad de corazón. La ley de España habla, empero, de circunstancias paliativas, de grados de probabilidad y otras cosas, y el preso a quien usted protege nada tiene que temer, yo le aseguro a usted bajo mi palabra, del administrador de la ley.
-Nunca he podido yo dudarlo ni por un momento, señor de Bruna -replicó la dama; y con la benévola intención de irritar al juez más de lo que ya lo estaba, continuó sus peticiones, confiada en inspirarle al magistrado cuanto odio fuese posible contra Carlos-. Perdone usted, presidente -le dijo- si aún insisto en hablar en favor de este joven. La excesiva clemencia es la falta que con más facilidad perdonaría usted en una mujer.

-Yo creo que sea la conmiseración -contestó el juez, componiendo sus

facciones hasta formar una especie de sonrisa como la que proviene a veces del dolor de muelas- una de las prerrogativas más amables de las señoras.
¿Cómo se llama ese preso que tiene tan persuasivo abogado?
-Don Carlos Garci-Fernández.
-Le conozco personalmente, y doy a usted mi palabra de que no olvidaré su recomendación.
Dio la marquesa las gracias al cortés magistrado del modo más expresivo, empezándose entre ambos una reñida escaramuza de cumplimientos, que duró mientras ambas antigüedades bajaban la escalera, y se mantuvo viva hasta después de estar en movimiento la casa volante de la señora.
El juez de Bruna volvió a su estrado mucho más deprisa de lo que había salido de él. Nunca había visto, pensaba, en todos los días de su vida tan impertinente ni desvergonzada bruja. Quería que hubiese sido un hombre para haberle arrojado por la ventana. Blasfemó del bello sexo como si la quinta esencia del celibatismo corriese pura por sus venas. Sospechó que conociendo lo que se le pedía, vino a verlo con la diabólica intención de injuriar al pobre muchacho.
Declaró que eran todas las mujeres demonios chicos de los infiernos, excepto la marquesa, que era un demonio monstruosamente grande. Animadvirtió contra, y aún maldijo sus descarnadas mejillas, y los encarnados matices en ellas sobrepuestos, y se resolvió, en fin, a proteger al caballero, usando con él de cuanta lenidad le permitiese el rigor de las leyes.
No pudo el señor de Bruna obrar con la suavidad que quería, como podrá verse en las siguientes páginas.
Se grato vi sará l'istoria udire.

## Capítulo IX

BARNAR.- ¿Quién sois vos?
CLOWN.- Vuestro amigo, señor, el verdugo; es menester que tengáis, señor, la bondad de levantaros para que os quite la vida.

(SHAKESPEARE.)

Habían oprimido a Carlos las más tenebrosas predicciones desde que se sustanció contra él el cargo de haber escalado la cárcel, por falso testimonio del glotón y obeso carcelero, de quien ya hemos hablado, y por otras declaraciones que sólo podía contradecir con su palabra. Conociendo lo crítico de su situación, escribió a Isabel la carta de que se ha hecho memoria en otro capítulo. También escribió a su tutor, y se dispuso a esperar resignadamente las fatales nuevas. Jamás se corrían los poderosos cerrojos de la cárcel que no le resfriara su chirrido la sangre de las venas. Estudiaba maquinalmente la fisionomía del carcelero, como si quisiese adivinar por ella el estado de la causa. El día en que había de

pronunciarse la sentencia, muchas horas antes que el sol saliese ya estaba sentado en su solitario lecho, envuelto en oscuridad y en silencio.
El tedioso día resplandeció, en fin, al través de la férrea claraboya, y el crujido de los cerrojos se oyó en el corredor adyacente. Resonaron los de su calabozo en armonía con la voz áspera del carcelero. Carlos esperó inmoble la temida inteligencia. Se abrió la puerta, y entró Alberto, que había llegado la noche anterior de Aznalcóllar.
-¿Cómo estás, hombre? -le preguntó Alberto, afligidísimo- Al cura le he dejado malo con un fuerte ataque de gota que le ha impedido venir a Sevilla. Mucho ansiaba verte...
-¡Paciencia! -replicó Carlos, con voz bastante desmayada.
-¿Pero tú, cómo estás, qué es de ti, cómo ha sido esto? ¿Quién te ha descubierto?
-Yo estoy en la situación más desastrosa. Ignoro cómo se han rodado las cosas, pero temo que acabarán fatalmente.
Parecía que abandonaba la vida al pobre Alberto, cuando oyó esta respuesta. Se sentó pálido, trémulo e incapaz hasta de pedir aclaraciones.

Muchas horas pasaron en triste y desesperado silencio. Al fin se abrió la puerta del calabozo, y se presentaron los oficiales competentes a comunicar al reo la decisión del tribunal, y con todas las formalidades pronunciaron contra él la sentencia de muerte. Había Carlos temido el mal futuro, mucho más que temió después su presencia. Continuó con la serenidad inmoble de antes, cual si no fuese él el interesado. Su amigo, al contrario, después de muchos sollozos cayó sin sentido y convulsivo en tierra. Las muchas atenciones de Carlos le volvieron el conocimiento. Parecía, al ver los sentimientos respectivos, que era Alberto la destinada víctima, en vez de su casi indiferente compañero.
La terrible decisión que acababa de comunicarse a nuestro caballero era en primera instancia, y podía, por consiguiente, apelar a ella. Había escrito repetidas veces al señor de Grañina, pidiéndole viniese a verlo, si le era posible, pues nadie podía mejor que este caballero justificar su conducta y modo de obrar el día en que se escaló la cárcel; y, sin embrago, no se hallaba en el proceso la interesante declaración de este jefe, que tanta parte tuvo en aquellos sucesos. Considérese cuál sería el gozo de Carlos, cuando vio entrar en el calabozo al mismo mayor de Grañina, y a su primo el caballero de Guzmán, de literaria reminiscencia. Ambos le abrazaron con el mayor afecto.
-Anoche, a las doce -dijo el mayor en su estilo militar-, recibí su última carta de usted, y supe por ella el maldito estado de estos negocios. Tomé la posta al punto mismo, y el polvo que traigo encima le hará ver a usted que acabo de llegar ahora. Vine con este eruditísimo pariente mío, que me trae atolondrado y vuelta la cabeza, porque lo que este habla es indecible. A la puerta tengo los caballos, y ni me mudo ni descanso hasta ver al señor de Bruna. Por supuesto que sería necedad que no la imaginara ni un literato dudar de que se abrogue esta brutal sentencia. Yo vi cómo usted se condujo, y mi declaración paralizará el efecto de las de esos infames que le han acusado de hechos que no ha cometido jamás. Puedo hacer mucho, y lo haré todo. Adiós; aquí queda mi docto primo, que le explicará a usted alguna cosa de patología, mineralogía o cualquier otra logia.

Estos asuntos requieren viveza. No hay que desanimarse.
-En cuanto a mi erudición, señor Aquiles -dijo el de Guzmán sonriéndose- nullam deprecor poenam. Y debería usted saber, señor primo del temido brazo, que si yo hablo de logi, nunca logos ridiculos vendo. ¿Y no daría usted ahora, ¡la verdad!, su lorica y galae crista por penetrar lo que en la mente tengo, lo que quiero decir con eso?
-Sí, sin duda, y mi gladius y manica militaris daría también por estar cierto de que hay sentido alguno en lo que dices.
El mayor salió del calabozo con estas palabras, mirando significativamente al caballero de Guzmán, que con un semblante en que estaba pintada la compasión tomó una silla y se sentó junto a Carlos.
-¡Qué brillante carácter sería este mi primo -dijo con un suspiro el sanjuanista- si no tuviera tan triste idea de las letras, y de nosotros los que las profesamos! Pero el verle a usted en la aflicción presente, señor estudiante, dolet mihi ex intimis sensibus.
Carlos buscó allá en su memoria alguna palabra griega con que dar gracias al caballero Guzmán, y no acordándose de otra, le contestó con una sentencia descriptiva de los prodigios que vio el agorero Teoclimeno.
Luego se sentaron a la mesa recientemente cubierta por el criado de la cárcel.
-Ciertos, como lo estamos -dijo el caballero de Guzmán mientras sorbía su chocolate-, de que ha de revocarse la decisión del magistrado, y eso antes de dos revoluciones diurnas de nuestro globo, pasemos a tratar de agradables asuntos. Su situación le exonera a usted, querido estudiante, del deber de informarse de mis actuales ocupaciones literarias. Por eso quiero yo comunicarle gratuitamente y de motu proprio, que ya hace días ocupa toda mi atención una obrita que tiene por fin comparar la táctica de las antiguas legiones con la de los regimientos del segundo Federico de Prusia. Quizá este asunto le interesara a usted más que el viaje arqueológico por España; pues según mi primo de Grañina, al mismo Aristómenes no le pasaron en toda su vida tantas aventuras como a usted en estos dos o tres meses. Mucho me gustaron las últimas anécdotas de que usted ha sido el héroe; el romance es mi inclinación favorita, y he cambiado quizá por eso mis estudios, persuadido de que es más propio de un caballero blandir la espada y ondular el vexillum, o como dice Livio, in aversos transversosque impetum dare, que consumir la literaria llama en examinar antigüedades que ni sirven ya, ni puede que jamás hayan servido para cosa alguna.
-Pero, señor caballero de Guzmán -dijo Alberto con amistosa impaciencia-, díganos usted en caridad, y así Dios se lo premie, ¿qué es lo que piensa el noble mayor de Grañina hacer en favor de Carlos?
-¡Fiel Patroclo! -contestó el caballero limpiándose un poco los ojos- No he explicado los resortes de que se valdrá de Grañina, porque considero este asunto completamente acabado. El arzobispo de la diócesis es el solo amigo íntimo que tiene el señor de Bruna. Es tío de Grañina, y yo también tengo el honor de ser su pariente, aunque lejano. Tengo muy presente lo que debí al estudiante el día que ejecutó; ¡oh dioses!, la fiesta memorable de Praxíteles, y aunque nada le debiera, mi afecto...
-Y ahora que hablamos de eso -dijo Carlos deseoso de cambiar de conversación-, ¿ha refundido usted ya del todo aquella comedia tan

inicuamente despedazada por los cómicos de la legua?
-Voy a recitarle a usted la última escena..., pero no ahora. Veo que está su amigo de usted Alberto impacientísimo, y no apreciará debidamente mis entonaciones y pasión mímica. Voime, pues, al palacio arzobispal...
-Sí, buen caballero, por el amor de Dios -exclamó Alberto como fuera de sí-. No pierda usted tiempo, hable a todo el mundo, y acuérdese de que está usted en libertad y su amigo encadenado.
Intervino Carlos pidiendo al caballero se detuviese un poco, y a Alberto que refrenase su miedo; pero ambos le desatendieron. El de Guzmán dijo que se confesaba culpable de omisión, y justamente reprendido por Alberto.
-Pero yo enmendaré -continuó- esta falta, pues juro no descansar hasta conseguir verle a usted libre. Entonces hablaremos a nuestro placer de las ventajas comparativas de la antigua y de la moderna estrategia. Au plaisir, Carlos. Gracias mil, señor Alberto, por haberme recordado aquel precepto de la sabiduría. Ne remettez point au lendemain, ce que vous pouvez faire aujourd'hui.

## Capítulo X

¿Y tú también querrías ser soldado, Orlando?

(SIR W. SCOTT.)

Hubiera Carlos podido quejarse de sus amigos, no tanto porque no le aliviaban en sus calamidades, pues esto tal vez no les sería posible, como porque no le sacaron en tres largos penosos días de la suspensión en que estaba. Después de las que quedan referidas de Chato, no había tenido nuevas de Isabel, y esto aumentaba su inquietud en no pequeño grado. Al fin, le visitó el mayor de Grañina, trayéndole copia de la sentencia definitiva, por la cual se le condenaba a servir por seis años en el Ejército.
-Éste es apenas castigo -dijo de Grañina-, pues entrará usted de distinguido o de cadete, y puede dedicarse a la carrera militar, o abandonarla después si no le gusta.
Dos días más pasaron, y he aquí ya a nuestro héroe cubierto del hábito militar, libre, y dirigiéndose con su gozoso amigo Alberto al convento de las nobles monjas para dar a Isabel la grata noticia en persona. La voz que respondió en la portería rehusó dar noticia alguna respecto a Isabel. La portera de Chato había sido cambiada. Pidió el caballero hablar a la abadesa. Esta señora no conservaba, según dijo, especie alguna de su fisonomía. Cuando se le preguntó por Isabel, dijo que no tenía confianzas que hacer a un extraño, y urbanamente volvió la espalda a los dos amigos. Si hubiera sabido Isabel la persona que en aquel punto estaba en el locutorio pidiendo verla, ¿quién la hubiera detenido en su celda?
Fue Carlos sin tardanza al mayor de Grañina, que sorprendido de la conducta de su tía, le prometió visitarla a la mañana siguiente, y zanjar

todas aquellas dificultades.
Entre tanto tuvo que presentarse nuestro héroe en su cuartel, a cuya puerta se despidió de Alberto, que en vano solicitaba se le permitiese entrar también y pasar allí la noche. El ayudante del regimiento señaló a Carlos su compañía y le presentó a los oficiales de ella. Sonó el tambor, se pasó lista, se distribuyeron las guardias, y cada uno se retiró a su tablado a pasar la noche. Nuestro recluta pasó su primera noche de servicio meditando sobre el placer de ver a su prometida al día siguiente.

Suele permitirse a los distinguidos dormir fuera del cuartel como los oficiales, y la solicitud de esta gracia era la primera operación que proyectaba practicar el nuestro a la otra mañana. Al toque de diana se presentó como los otros soldados a la lista, causándole alguna sorpresa hallar a los oficiales tan temprano reunidos ya en el cuartel. Se formó el regimiento, salieron al frente los dos oficiales, y se les comunicó, una orden del general Landesa, mandando que estuviese el cuerpo dispuesto para marchar a las diez de la mañana. El ayudante dio otra orden del coronel, previniendo que antes de las ocho se pasasen las revistas de las compañías, que se comiesen los ranchos antes de las ocho y media, y que a las nueve estuviese el cuerpo pronto para su examen. Después de esta orden le fue imposible a Carlos separarse ni un punto del cuartel.
En medio de la vejación que le causaba tener que salir tan precipitadamente de Sevilla, ignorando del todo la suerte de Isabel, sonaron pífanos y cajas, y nuestro héroe, lo mismo que todos los otros héroes del cuartel, se formaron en sus puestos. Aún estaban en esta actitud, cuando se presentó Alberto a su amigo derramando gozo por los ojos, y vestido también de militar.
-¿Cómo es eso? -le preguntó admirado Carlos.
-¿Qué quieres? -le replicó su compañero- No puedo abandonarte, y si pudiera no quiero. Conque senté plaza y aquí me tienes. Pero tú no sabes lo que hay. Tenemos guerra, a lo menos muy probable, con los ingleses. Toda España está en armas; se dice que vamos a Portugal para cubrir la frontera. Si acaso te ves tú apurado, y yo no me muero de miedo el día de la batalla, podré socorrerte. Si yo acabo, tú protegerás a la pobre Eugenia, y cuando viejo contarás mis hazañas a los mozos del pueblo. Pero no hay que temer. A pelear vamos contra herejes. ¿Conque quién ha de ganar? ¿Abandonará Dios a los suyos...?
Sonaron otra vez en esto pífanos y cajas, formó el regimiento por cuartas en columna, y salió a paso redoblado del cuartel. Poco tiempo había pasado, y ya no se divisaban las torres de Sevilla.
Mucho sintió el mayor de Grañina la inesperada marcha del regimiento de Carlos; pero él, fiel a su palabra, pasó aquel mismo día a ver a la abadesa. Se manifestó esta señora contentísima de ver a su sobrino, y pasaron entre ambos parientes mil y mil anticuados cumplimientos. Después se habló de Isabel.
-Tú sabes -dijo la abadesa- el escándalo que ha ocasionado en el convento y en toda la ciudad, negando al pie de los altares la profesión que tanto había deseado. El arzobispo es ahora su director espiritual, y yo tengo orden para abstenerme de hablar de esta señora hasta que se aclaren ciertos asuntos de conciencia.

Quiso, no obstante, el mayor penetrar aquellos misterios, y le habló a su tía de su juvenil apariencia, de la frescura de su cutis, de la gracia de sus palabras, pero todo fue inútil. Y como la paciencia de nuestro mayor no era proverbial de modo alguno, le dijo dos o tres docenas de cosas tan ásperas cuanto un caballero puede decir a una señora, y salió del convento echando pestes mentales contra tías y abadesas.

Había esta buena señora sentido mucho la intervención episcopal en los negocios interiores de su convento. Imaginaba disminuida su jurisdicción, y, aunque admitía que la autoridad episcopal fuese la suya, no se acordaba de caso alguno en que el prelado diocesano se hubiese mezclado en los asuntos de las monjas. Desgraciadamente era el arzobispo de disposición por extremo blanda y suave, y ya de muchos años, y la abadesa no dejaba de abusar del genio fácil y manejable del prelado. Debe, empero, añadirse en mitigación de la conducta de esta señora, que había tenido mucha influencia en sus procedimientos su sutil amigo Pedro Gonzaga, que irritando sus celos contra la autoridad del arzobispo por una parte, inflamando su superstición por otra, y finalmente, diciendo de cuando en cuando una palabrita oportuna en elogio de la hermosura de Isabel, había logrado hacer adoptar a la abadesa sentimientos consonantes en todo con sus deseos.

Los buenos de los alquimistas habían perfeccionado el arte, ya sin crédito ni uso, de hablar en favor de las personas a quienes querían arruinar, Así, habían exasperado a la abadesa, no con calumnias, sino con apologías de Isabel. Había ésta ejecutado su fuga por medios desconocidos aún de aquellos rencorosos tiranos, pero que no podía ignorar ella. El ánimo que había manifestado al implorar la protección del arzobispo, su talento para eludir las intrigas que contra ella de continuo fraguaban, les hacía temer que si llegaba a verse libre podría comprometerlos muy seriamente. Ni podían transpirar en ocasión peor que aquella secretos algunos contra los alquimistas. Sus intrigas políticas estaban muy adelantadas, y la guerra contra Inglaterra era la mejor coyuntura que podían apetecer para recobrar su perdida influencia. Aunque los alquimistas vacilaban acerca del modo con que pudo Isabel escalar sus calabozos, suponían que tuviese Carlos parte en aquel suceso, y conociese los pormenores. Esto les bastó a los buenos señores para decidir su exterminio por hierro, plomo, veneno o cualquier otro medio. El general Landesa, bajo cuyas órdenes estaba el regimiento de Carlos, se encargó del cuidado de acallarlo para siempre. La venganza era segunda naturaleza en nuestro jefe, y aún no había olvidado el brillante papel que hizo la segunda noche que fue a ver a Isabel. Desde entonces había pasado muchos momentos felices, imaginando por cuántas heridas saldría el alma de Carlos. Ni era la memoria de la marquesa del E. menos dichosa que la de su futuro. Aún se acordaba de la afrenta que recibió de su ahijada, y estando en la presente crisis extremadamente relacionada con los alquimistas e interesada en su prosperidad, no necesitaba persuasiones para agotar su poder en la erección de una barrera que separase a nuestra heroína de la comunicación del siglo.

-Jamás -decía- me hubiera yo comprometido con aquel detestable Carlos a no ser por Isabel. Y quién sabe si él le habrá comunicado aquella flaqueza mía, y así ella me desprecia... ¡Cielos! Pero llevará su desprecio a otras tierras, o tendrá que sofocarlo en los calabozos de la Inquisición...

La liga entre el general, los alquimistas y la marquesa, tanto más temible cuanto estaba envuelta en el más impenetrable secreto, la bondad del arzobispo, y las peculiaridades de la abadesa, todo conspiraba contra la desamparada Isabel. La abadesa había, con suaves persuasiones, convencídola de que debía, por entonces, estar satisfecha con la seguridad del convento. También se quejó amistosamente de la mortificación de que se la espiase en su propia casa por los agentes del palacio arzobispal, e insinuó que teniendo ya seguridad y amparo, no debía llevar las cosas a los extremos y provocar la intervención del santo tribunal de la fe. Finalmente, con reiterados ofrecimientos de amistad, y bajo la condición precisa de que nunca le hablaría de que tomase el velo, logró la abadesa persuadir a Isabel a que dijese al arzobispo por medio de su capellán, que ya se consideraba segura; dio a este último infinitas gracias por sus muchos favores, y le suplicó le enviase un confesor y viniese a verla de cuando en cuando.
Desde entonces, apenas se apartaba la abadesa de nuestra heroína. Lloraba Isabel, y se quejaba de no recibir carta de Carlos, a quien había escrito repetidas veces por el correo. Se acordaba sin cesar de su último billete, y lo leía con copiosas lágrimas. Se imaginaba verlo en el patíbulo, y oír su último aliente sofocado por el infortunio, mancillado por la infamia. La fuerza física no pudo resistir tan aguda agonía mental, agravada por las tenebrosas insinuaciones de la abadesa. Volvió a verse devorada de fiebres nerviosas; su vida era un continuo y horroroso delirio; y cuando visitó el mayor de Grañina a su tía, yacía Isabel exánime en su lecho y la mano de la muerte, levantada sobre su cabeza, parecía estar pronta a satisfacer los deseos de sus enemigos.

# Libro quinto

## Capítulo I

NYM.-Operaciones tengo en la cabeza que se parecen a los humores de la venganza.

PISTOL.-¿Y quieres vengarte?

NYM.-¡Por el sol de las estrellas!

PISTOL.-¿Con hierro o con ingenio?

NYM.-Yo, con ambos humores.5

(SHAKESPEARE.)

No quedó un ocioso siquiera de los muchos que tenía en su seno la deliciosa Sevilla, que no se creyese ocupadísimo al día después de haber marchado nuestro héroe. Llenaban la plaza de San Francisco turbas de desocupados, sin más objeto visible que el de hacer muestra de su oratoria y profunda sagacidad política.

-Nunca -decía el tío Rapacanas, el barbero, a una boquiabierta multitud-, nunca se han visto tan amargos días. Ya se burlan los hombres de la fe, ya no hay lealtad en los españoles.

Los oyentes, al juzgar por sus gestos, se condolían mucho de estas y otras desgracias de que hizo reseña el buen rapista. También estimulaban su excitación las reflexiones de algunos frailes de misa y olla, y de algunos agentes de los alquimistas que andaban entre ellos. Cuando la elocuencia del barbero acabó, como su lealtad española, tomó la palabra un oficial de escribano, mozo avispado y despierto si en su profesión los había, y empezó a declarar en patética frase contra la inmoralidad del siglo. Sucedió al moralista un sastre, y fue seguido este de un hermano entre ermitaño, fraile y nada, a quien tenía el público en grande estima. Se aumentaba el gentío con el acceso de nuevos oradores, y el fuego guerrero brillaba en el rostro de aquellos ardientes patriotas, en tanto que un reseco y descarnado individuo de feroz gesto, y desgastada, descolorida y pelona ropa que estaba pegado a un tremendo par de bigotes teñidos de negro, empezó a jurar por debajo de ellos, y chispeándole de cólera los sepultos ojos allá desde sus adentros, salió de improviso orando acerca de bombas y granadas, balas de palanqueta, cureñas y cañones, asalto de brechas, llamas, violaciones, sangre, muertes y heridas. Para entonces se reservaba el Cicerón de la asamblea, tundidor de oficio, patriota interino. Encaramado en una silla rompió así en su oración

-¡Caerán los herejes por la divina espada! Por aquella flamígera espada que fulmina el marqués de la Sarria en las llanuras de Tras-os-montes. Los gentiles de las Siete Islas de Inglaterra vienen en contra de España. Asinus incidit in paleas. Los finchados portugueses han formado una alianza, o como se dice en latín, jurgium, con los ingleses, y todos están ya a la hora de esta en Portugal, esperando a que llegue el general Bucklemburge, para venirse a Sevilla, saquearnos la catedral, domus mea penitus divisiebatur, como dice el retórico, y llevarse la imagen de nuestra Madre Santísima, Regna civitates, domus omnium depeculati sunt, como dice el filósofo, o en castellano, ojo al Cristo, que es de plata. Ya sabéis, hijos valientes de Sevilla, que el dicho general Bucklemburge ha celebrado pacto con los demonios, concediéndoles su alma con que le dejen nada más que tocarle el pelo a esta fidelísima ciudad, por ser la más antigua y espaciosa, la más bella y la más rica, la más cristiana y maravillosa en que jamás vivieran hombres: ciudad como aquella de que

habla el Profano, en que paredes y chimeneas, techos y jardines eran de oro macizo, y las casas de doce mil y más cuerpos de alto, y eso la más baja, de modo que necesitaba un hombre de buen resuello su año largo para subir a las guardillas. ¡Qué ciudad como la nuestra, ni qué ciudadanos como nosotros!

Por este discurso, que por más de un motivo hacía ver que no era sevillano el discursista, quedaron los corazones tan inflamados, que si entonces se presentara el general Bucklemburge hubiera sido indudable su derrota.

-¿Y no habrá entre nosotros -continuó el ferviente orador, satisfecho de la impresión profunda que sus palabras causaban-, no habrá, digo, ningún valiente que defienda nuestra religión y vengue nuestra patria?

-No ze canze uzté ya maz, zeñor tundior -exclamó un majo de estentórea voz por detrás de la gente-; puee zer que ze me ponga en el moño zentar plaza, zi Dioz quiere. Y cuidadito conmigo. Mizté que zi me yego yo aliztar, ya puee uzté irle componiendo el zermón de honraz al general Bicleber.

Mientras gozaba el nuevo Escipión el aplauso ruidoso del senado, se oyeron cajas, y se volvieron todos los ojos hacia la calle de la Sierpe. Habían los ingleses, en efecto, desembarcado considerable número de tropas en Portugal, y amenazado al mismo tiempo nuestros puertos del Mediterráneo. Por esta causa se armaba a su propio coste la nobleza andaluza, y estaba en movimiento la tropa permanente. Una división compuesta de tres regimientos organizados, como solemos nosotros decir y hacer las cosas después de pensarlas mucho, de cualquier modo, sin otra disciplina militar que la estrechez del r ancho, que antes podría llamarse penitencia, y vestida desairada, pero incómodamente, se presentó en aquel punto en la plaza de San Francisco, Traían los soldados estupendos sombrerazos de tres picos, casacas de desmesurado faldón que les iban dando en los tobillos, y armas de tamaño proporcionado. Todo a lo Federico, según la táctica prusiana y de última moda. Es bien sabido que el soldado español se pasa semanas y semanas con cuatro cigarrillos y un trago de aguardiente, si le hay, caso poco frecuente. Pero cuando sólo de humo se alimenta, llegan a ponérsele los bigotes desmayados, decaídos, como lo estaban los guerreros de que hablamos.

Venía esta división de las anchas casacas y pies casi descalzos al mando interino del mayor de Grañina, que en un fogoso caballo cordobés marchaba a la cabeza de la columna como el bistonio Marte, animando las trapajosas y desalentadas bandas de Troya. Interrumpió la falange los raudales de elocuencia que sediento bebía el público, y marchó a juntarse con la hueste en que se hallaba Carlos. Todas estas fuerzas debían unirse a las que ya estaban en Extremadura para ir en paz y concordia a Portugal a atravesar los hígados a los súbditos de S. M. Fidelísima.

Era el general Landesa comandante de las tropas levantadas en Andalucía para defender al rey, y cabeza de la conspiración que contra el rey tramaban los alquimistas. Según sus planes, había este jefe sacado de Sevilla algunos de los regimientos mejor organizados, y los pocos jefes en quienes tenía confianza. Marchó con estos cuerpos, en uno de los cuales iba nuestro héroe, pero no existía la sospecha más remota, ni entre soldados ni entre oficiales, de que se fraguase una conspiración en que debían ellos mismos tener parte. No estaban, empero, los planes del general concebidos sin juicio, ni seguidos sin prudencia. Acababa de

ocupar el trono un príncipe joven y extranjero, tácita, pero profundamente desamado por la nación, y de declarar el Portugal la guerra bajo la protección de los ingleses. El clero en general, y especialmente algunos de sus miembros, ansiaban tener mayor parte en los negocios públicos de la que el nuevo rey parecía inclinado a concederle. En estas circunstancias se puso un ejército en manos del general Landesa. ¿Qué ocasión más oportuna podía desear para distinguirse con algún hecho importante que paralizase los efectos de la causa que contra él obraba? En lo íntimo de su corazón resolvió por consiguiente encender con mano osada la antorcha de la revolución, y en caso necesario apagar después su llama, abriéndose así camino al favor del soberano. Desesperado remedio, pero también su situación era desesperada, y la alternativa, completa ruina. En la persecución de su proyecto salió el general de Sevilla para poder obrar más libre y reservadamente; y tales eran su sagacidad y secreto, que el gobierno, el ejército y el pueblo, todos creían firmemente que pensaba sólo en ejercitar bien sus tropas, acercarse a Extremadura, tomar el mando de las que había allí, e irse a poner con todas a las órdenes del capitán general marqués de la Sarria. Pero nada distaba más de su ánimo. Ni un instante se detuvieron jamás sus pensamientos en Portugal. Dio, sí, las órdenes para marchar hacia aquella frontera a los regimientos, de cuyos jefes y oficiales desconfiaba para sus intentos, pero él se detuvo, en tanto, con las tropas que en persona mandaba, combinando el modo de proclamar su desafecto, o más bien el de sus tropas, cuyos motines pensaba hacer nacer entre los soldados bajo ciertos pretextos, y como si él sólo hubiese tenido parte para reprimirlos. No se proponía el general comenzar sus operaciones rebeldes hasta que la s tropas que salían a la sazón de Sevilla, parte de ellas al mando del mayor de Grañina, hubiesen llegado a Portugal. Ya empeñadas en aquella guerra bajo el marqués de la Sarria, podría Landesa operar en Andalucía a su antojo, sin que fuerza alguna le refrenase, y cierto de que en menos de un mes no podrían reunirse contra las suyas tropas ningunas, y que él solo y personalmente lograría, por lo menos, la gloria de haberlas pacificado, si ya no alcanzaba otros fines mucho más altos en caso de que vacilara el gobierno. Algunos despachos de grande importancia relativos a la conspiración se habían interceptado por mano desconocida; y era cuestión constante, pero aún no resuelta, entre Landesa y los pocos amigos de confianza que le rodeaban, si deberían, en vista de este accidente, cambiar o no el plan de operaciones que se habían propuesto.

Ya se supone que ignoraba Carlos completamente estas intrigas; y lleno de mortificación por haber salido de Sevilla sin saber la suerte de Isabel, marchaba triste y descontento en su columna como si nada del mundo le importara un ardite. Su amigo Alberto solía distraerlo a veces, y otras llamaban su atención hacia el mundo sublunar el calor y las lluvias, las marchas y contramarchas, los ayunos y vigilias de la vida guerrera. Miraba el general Landesa del modo más estoico del mundo sus propias incomodidades, y no era de esperar que le importasen mucho las de los otros. Mandaba el regimiento de Carlos un coronel amigo íntimo del general, a quien con sorpresa de nuestro héroe le presentó el día primero de la marcha, diciendo que tenía su excelencia particular deseo de conocer personalmente al caballero distinguido. Se recibió a Carlos con mucha

ceremonia, asegurándose el general por medio de algunas capciosas preguntas de su identidad con el joven recomendado por los alquimistas como probable libertador de Isabel.
Una tarde que ya cerca de las oraciones estaba nuestro distinguido moralizando con Alberto en la vena del cabo Trim de Sterne, en la espaciosa cocina de un labrador que le tenía de huésped, recibió una orden de las de luego, luego para presentarse al coronel. Había ya el tiempo refrescado bastante, y hasta un veterano hubiera sentido tal vez abandonar un cómodo asiento entre los de la familia de su patrón, que con varios contertulios escuchaba atentamente los cuentos de magia y aparecidos con que los divertía el boticario del lugar mientras se disponía la cena.
Pasó Carlos a la plaza, adonde encontró muchos soldados en confusos círculos, dando voces sediciosas, disputando uno con otros, y queriendo apenas escuchar a varios oficiales que había entre ellos. Estaba el coronel rodeado de oficiales a la puerta de su alojamiento, y Carlos recibió de él un pliego, con orden de entregarlo sin demora al comandante de la retaguardia, acampado con su gente casi a una legua del pueblo.
Al cuarto de legua de camino llegó nuestro caballero a las solitarias ruinas de una capilla cubierta de rancia vegetación. Tres cruces negras se veían en el camino al pie de las ruinas. En aquella hora y sitio la vista de las tres cruces recientemente plantadas en la malsana sombra de una higuera, no era nada agradable. Nuestros lectores saben que son estos signos de otras tantas muertes perpetradas en aquel sitio; especie de simbólico epitafio que inventó la piedad para pedir con él sufragios en favor del difunto a los viandantes. En la época de nuestra historia estaba unida esta práctica a numerosas supersticiones. Temían algunos que si pasaban por junto a una de estas cruces sin rezar el Padrenuestro por el que allí había finado, se le aparecería el muerto para reprender su poca caridad, y no tendría luego quien a él le rezara cuando de esta pasase a la otra vida.
No era Carlos adicto a creencias irracionales ni por naturaleza ni por educación. Pero frecuentemente, según la trivial máxima, cede el hombre a las impresiones de su infancia aun en contradicción de los dictados de su entendimiento. Nuestro héroe miró en el caso que referimos sin particular gusto las tres cruces, y lo que es más, le pareció que se movían a su lado. Hizo alto, y se detuvieron las cruces. Continuó su marcha, y los ominosos signos se pusieron instantáneamente en movimiento. Volvió a las vacilantes ruinas, que también parecían acompañarlo, y oyó que una voz desmayada decía:
-Mira por ti.
Volvió la vista hacia el punto de donde la voz salía, pero no percibió otra cosa que el medio caído paredón de las ruinas, el cual parecía que se localizaba y adquiría solidez y asiento, como suelen los objetos que nos rodean en el instante en que despertamos de un sueño opresivo.
Si Carlos fuera el héroe de cualquier otro cuento o historia diverso del que vamos contando, diríamos que tuvo su poco de miedo; pero limitándonos al modo indicativo, que es el que al historiador conviene, sin meternos en síes ni abstracciones del subjuntivo modo, nos limitaremos a referir lo que hizo, sin querer escudriñar lo que tenía in petto. Subió, pues, a las ruinas resuelto a averiguar si en ellas había alguna persona oculta, y si

la voz había sido, como otras tan tas, ilusión de los sentidos, hija de la debilidad y del cansancio. Ascendió, repetimos, a las desmoronadas ruinas, y halló ocultas dentro de sus cavidades seis crecidas y risueñas, aunque en toda apariencia mal intencionadas lechuzas, con crecido número de cuervos y algunos murciélagos, todos los cuales, sorprendidos y vejados con tan inesperada visita, empezaron a abanicarle la cara a aletazos por vía de salutación, y salieron luego velozmente por los aires, dejando a Carlos libre para seguir o detener su marcha ad libitum. Volvió al camino, pero observando que alguna cosa se movía entre las cruces y la pared, quiso examinar lo que era, y vio saltar por entre las ramas y las hojas al tambor de su compañía, que repitiéndole: «Mira por ti»; con la misma desmayada voz de antes, se ocultó corriendo en la espesura de la adyacente floresta.

Ya era de noche, y tenía nuestro distinguido que aligerar en lo posible a la luz de una escasa luna frecuentemente velada por las nubes. Subió por una rápida y solitaria cuesta que cerca de las ruinas estaba, y cuyo triste aspecto en cierto modo disminuían algunos deshojados árboles que se levantaban a ciertas distancias. Cuando ya estaba próximo a la cumbre, oyó una fuerte voz que desde abajo le llamaba por su nombre. Volvió la cabeza, y pudo apenas percibir dos formas humanas, lentamente subiendo la cuesta. Un rayo de luna que atravesó en aquel instante las grietas de una despedazada nube lució sobre los fusiles de los que venían. Dio Carlos algunos pasos, pero acercándose cada vez más las voces, desnudó la espada, se cubrió con un árbol, y dio el quién vive a los de los fusiles. Se paró uno de ellos, pero siguió el otro firme y resueltamente, montando su fusil, y diciendo a Carlos pidiese a Dios misericordia, por quedarle ya pocos momentos de vida. Carlos no tenía armas de fuego, y se vio, por tanto, obligado a defenderse dando vueltas alrededor del árbol para evitar la puntería de su enemigo. Circunvalaba el asesino a Carlos, jurando y execrando al mismo tiempo, mientras el otro iba también aproximándose y tomando una vuelta que no dejase huida a la víctima. En ese instante se lanzó el joven repentina y velocísimamente sobre el primero de los rufianes, le asió el fusil, y empezó entre los dos una reñida lucha, que quiso decidir el segundo malvado, y para ello corrió presuroso hacia el lugar del combate. Carlos, entre tanto, arrojó por tierra a su antagonista, le arrebató el fusil, y sin más reflexión ni pensamiento, oprimiendo con la derecha rodilla el estómago del caído, dirigió la boca del fusil al ya vacilante y dudoso adversario que en su contra venía, y se le disparó sobre el pecho.

Apoderándose sin perder un momento de las armas y municiones de ambos asesinos, y horrorizado al ver el raudal de sangre que mostró la luna fluyendo del pecho del uno, dijo al otro que seguiría inevitable muerte al menor de sus movimientos. Continuó postrado el hombre, y reconoció Carlos en los dos rufianes a dos soldados de su mismo regimiento. Uno de ellos era el matón y baratero de la compañía; el otro su segundo y camarada. Preguntó el caballero al que sobrevivía por qué había querido asesinarle.

-Yo por mí nada tengo con usted -respondió el hombre-. Aquí no ha habido otra cosa, sino que mi sargento me andaba siempre diciendo que tenía que pedirme una gracia. Ya se ve, como yo soy el baratero del cuerpo, tengo que tener a los jefes contentos para que me saquen en bien de mis

trapisondas. Estando hoy bebiendo un trago me preguntó el sargento si me determinaba yo a verme con usted la cara.
-Lo mismo se me dan a mí -le dije-, hablando con perdón, veinte de esos señoritos de miel y azúcar, que un niño de teta.
Me respondió entonces que valdría mi bolsa diez onzas más si me atrevía a hacerle a usted tortilla los sesos.
-Lo que es dejarme ahorcar -le respondí-, no quiero yo que nadie me ahorque ni por cien onzas.
Entonces me dijo el sargento que el coronel y otros señores gordos estaban en el ajo. Pues a ello, y a la paz de Dios. Cogí al tamborcillo, que es mi alano, y lo puse de escucha para que me diera el punto; ya el sargento me había dicho a la hora que pasaría usted por junto a las ruinas. Esto es lo que sé, y aquí se acaba mi cuento. Publíquelo usted, o téngalo callado, como quiera; porque yo voy a desertarme, y a ocultar por el camino real la vergüenza de que me haya cascado las liendres un mocosillo... hablando con perdón. No tengo yo cara para volver al regimiento; a desertarme voy.
Con la vista llena de sangre, y el ánimo de perplejidad al oír la extraña relatación del asesino, estuvo Carlos pensando en silencio si seguiría o no hasta llegar al punto destinado. Al fin resolvió, como debía, entregar sus pliegos, cualesquiera que fuesen las consecuencias. Después mandó al hombre que se levantase.
-¿Y para qué? -le preguntó el asesino.
-Para evitar la muerte que pienso darle -replicó Carlos-, a la primera palabra que me responda. ¡Arriba! Vengan antes los brazos para que los ate yo con esta correa; más atrás, así. Eche usted a andar por ahí. Haga usted el menor movimiento de resistencia, y le descargo el fusil en la nuca. ¡Adelante!
Obedeció el asesino, y salió braciatado por donde el caballero quiso llevarlo. Llegaron al punto destinado, un pequeño pueblecito, y no hallando en él tropas, entregó Carlos al alcalde bajo su custodia y responsabilidad el preso y armas que llevaba. De allí le dio el mismo alcalde las señas para pasar a una aldea, media legua más allá, adonde iba a permanecer toda la noche la división que buscaba. Se dirigió, pues, Carlos al indicado sitio, y al fin oyó el quién vive de un centinela, que le indicó la casa del comandante en jefe. Entregó sus despachos a la puerta, y permaneció cerca de un cuarto de hora en ella esperando la contestación, cuando repentinamente se apoderó de él la guardia, le mandó entregar la espada en nombre del rey, y se le condujo entre bayonetas a la presencia del general. Le recibió en una sala llena de oficiales el marqués de Campo Sereno. Este caballero, el mismo que había tomado tan eficaz parte por Isabel el día de la profesión, era el bello ideal de un anciano, si bello ideal por ventura significase algo en nuestro idioma. Poseía una presencia a la vez imponente, dulce y venerable. Cubrían sus mejillas largos y resplandecientes rizos blancos; animaba todavía sus ojos una penetración majestuosa y viva, cual tiene el águila en sus miradas; la sabiduría y la prudencia parecían morar en su ancha frente; era su voz sonora y persuasiva, irresistible su elocuencia en los consejos militares, y más irresistible aún su audaz valor en el campo. Llamábanle el Néstor del ejército, y hubiera podido servir de modelo para personificar al patriarca de los guerreros.

-¿Cuándo recibió usted estos papeles? -preguntó el general a Carlos.
-Hoy cerca del anochecer.
-¿De quién?
-Del coronel de mi regimiento.
-¿Con qué instrucciones?
-Con ningunas más que la orden para entregarlos.
-¿A quién?
-Al comandante de la retaguardia.
-¿De la retaguardia del general Landesa?
-Sí, señor.
-¡Extraña orden, por cierto! Bajo este sobre sólo se contienen dos o tres líneas recomendándole a usted al rebelde comandante de la división de Landesa; pero esto no es urgente, como el sobre dice. Usted repite que no llevaba mensaje verbal ninguno...
-Así lo repito y afirmo -dijo Carlos, explicando, además, sucintamente, lo que le había sucedido por el camino, y lo que el rufián le había comunicado.
Mandó el general que se devolviese al caballero su espada, y le envió con un ayudante a las órdenes del teniente coronel jefe de día. A los pocos pasos se vio Carlos con gozo suyo en presencia del mayor de Grañina.
-¡Señor don Carlos! -exclamó el mayor, abrazando a su amigo- ¿Es usted realidad o fantasía? ¿Qué vientos le traen a usted por aquí, y cómo? Muchísimo me alegro de verle a usted entre nosotros. Mala suerte fue la que le arrojó a usted a manos de un traidor infame. ¿Pero cómo es esto? ¿Se han desbandado ya esos picarones? Yo nada bueno espero de ellos.
Repitió Carlos sus aventuras de aquella noche con admiración del mayor, que le preguntó cómo había logrado, en fin, venir a parar al campo del marqués.
-Apenas lo sé yo tampoco -contestó Carlos-; creo que por equivocación. El alcalde de ese lugar que está ahí cerca me dijo que se hallaba aquí el campamento de la retaguardia del general Landesa, adonde venía yo destinado.
-Me parece -dijo el ayudante, oficial ya cuarentón de estos de buen alma, gordo, alegre de semblante y con más aire de canónigo que de soldado-, me parece a mí que el comandante de la retaguardia del general Landesa oyó decir inesperadamente que nosotros veníamos, y abandonó al punto mismo el lugar, diciendo a la justicia que pensaba alojarse aquí mismo adonde nosotros estamos, para extraviarnos con nosotros mismos en caso de que hiciéramos preguntas a los alcaldes o a la gente del pueblo.
-Pues muy simple debe de ser ese comandante si tales son sus intenciones -dijo de Grañina-. Piensen lo que quieran de nosotros, no es ésta la primera vez que tomamos las armas, y somos muy capaces de adivinar, sin ser adivinos, que están esos pillastrones interesados en unir sus fuerzas, y cuanto antes.
-Sus maniobras, mi mayor, serán disparatadas -replicó el ayudante-; en eso no me meto, aunque a mí también me parecen tontos sus movimientos de hoy; pero no hay tontería tan grande como el miedo. Nuestra marcha y aparición aquí han sido tan rápidas e inesperadas, que no me admiro de ver desconcertados a los rebeldes. Buenas noches, mi mayor y compañía, que he estado de última ronda ya hace una semana, y me pesa cada ojo un quintal.

-San Juan le dé a usted sueño -dijo el mayor.
-Buen sueño ya yo me lo tengo -replicó el de la última ronda, añadiendo ni es decir esto tampoco que me falte apetito. Todavía no he comido ni probado en todo el día más que aquel gusarapo y par de perdices que usted me regaló ayer, y por las cuales le doy las gracias, que hoy me las compusieron para almorzar. Pero me las sacó el asistente demasiado aceitosillas. Con que Dios les dé a ustedes felices noches, señor es, que voy a tomar un bocado.
-Lo mismo le deseamos a usted -contestó de Grañina; y luego dirigiéndose al recién venido amigo-: -Cante usted el Te Deum, señor don Carlos, y dé gracias al Señor que se dignó librarnos a la hora de la cena de la sociedad del ayudante de campo. Si se hubiera que dado con nosotros, habría sido forzoso ayunar, aunque ni es viernes ni estamos en cuaresma.
Algunos puntos de guitarra que sonaron en el cuarto inmediato interrumpieron esta conversación, y una voz, sonora, varonil y armoniosa cantó con maestría música un aria de Metastasio. Acabó la música con un profundo suspiro.
-¿No conoce usted la voz -preguntó de Grañina a Carlos.
Pero antes de que pudiera éste contestar, el músico mismo, un subteniente de hermosísima y juvenil figura, se presentó en el cuarto, apoyada la parte inferior de la guitarra sobre la empuñadura de la espada, y la mano izquierda recorriendo el diapasón. Parecía Apolo vestido con el resplandeciente traje de Marte. No era dios, empero, como su belleza mostraba, sino el mismo caballero de Guzmán de Saavedra, futuro autor de una docta obra acerca de antigüedades españolas.
-Dulce y siempre amado estudiante -exclamó el flamante guerrero abrazando a Carlos afectuosísimamente.
-¿Qué feliz acaso le trae a usted entre nosotros? ¿Cuándo ha llegado usted?
-Ya hace más de una hora, caballero oficial -contestó Carlos con expresiones de no menor satisfacción-; y en verdad que no esperaba el placer grandísimo de encontrarle a usted aquí con el mayor.
-Y en tan buena ocasión -dijo de Grañina señalando a la mesa.
-Ciertamente -añadió el de Guzmán-. Sine Cerere et Bachus friget, Marte lo mismo que Venus, y aun se helaría Vulcano entre sus fraguas.
Los tres caballeros se sentaron a la mesa. El de Guzmán hablando en prodigiosa diversidad de idiomas; de Grañina guerreando en la castellana con su primo; y Carlos despuntando cuando podía las flechas satíricas de ambos beligerantes.

## Capítulo II

[...] Cuando la trompa horrible diere
señal en los ejércitos, y tienda
la roja cruz el viento en las banderas;
y de la muerte la visión horrenda
envuelta en polvo y humo discurriere

por medio las escuadras y armas fieras...

(L. DE ARGENSOLA.)

Antes que el rostro refulgente de la aurora, hubiese lanzado la noche a las regiones occidentales, ni iluminado aún la cúspide de las montañas andaluzas, el estrépito marcial de la diana despertó a nuestros guerreros, que en pequeñas partidas se fueron presentando en la plaza de la aldea, adonde acabaron de ponerse el correaje, y se prepararon para ocupar sus respectivos puestos.
-¡Hermosísimo cielo! -dijo Carlos al caballero de Guzmán por vía de saludo matutino, y señalando a las estrellas- La salida del sol debe ser hoy magnífica.
-Sí lo será, señor estudiante -replicó el sanjuanista, tiritando de frío-; pero yo, por mi parte, a pesar de las efusiones de los mejores líricos, prefiero la suave almohada a las suaves cambiantes y matices de la más espléndida aurora. No hay cosa más natural que el himno que levanta el entusiasmado vate, sentado por la noche al lado del fuego, en prez de la beldad del sol naciente; allá en su fantasía respira, por decirlo así, desde tierra firme la fragancia de la rosa y el aliento de los alhelíes. Así canta, como quien está despacio y no tiene frío, melifluos y numerosos versos a la trémula gota de rocío suspendida del entreabierto capullo de la azucena. Hasta ahora tenía yo más fe poética que un Virgilio; pero desde que me reclutó ese Aquiles de primo mío, o más bien, desde que seducido me atrajo a sus banderas, no para componer metros, sino para dar asunto a los metristas, se han desvanecido mis ilusiones. Muchas veces he visto el ascenso de Apolo por los cielos; pero acompañado siempre de tanto frío, tan hambriento y adormilado yo, por lo general, en el poético instante, que ni he oído música de pintadas avecillas, ni he gozado fragancia ninguna, ni he visto más oro y grana que los de mi uniforme, los cuales me parece que adquieren notable realce y belleza después de almorzar.
-Pero la gloria -dijo Carlos- ha de ganarse a través de un áspero, estrecho y peligroso camino. Si fueran virtudes heroicas los placeres, ¿quién no sería héroe?
-Perfectísimamente dicho, señor estudiante; pero cuando se habla de inmortalidad bélica, de siempre viva llama y de ilustres hechos, la muerte es el solo sacrificio, la sola espantosa imagen que al ánimo se ocurre, acompañada, si usted quiere, de su cortejo de mutilaciones y heridas; pero olvidamos enteramente el cansancio, la hambre, las vigilias, la desnudez y otras frioleras parecidas, objeto de mi aversión más profunda. ¿Cuánto mejor sería para mí yacer tranquilamente en mi cama, verbigracia, o en un glorioso ataúd ganado a estocadas en el campo, que padecer este frío, este apetito devorador? Sea esto un secreto entre nosotros, señor estudiante; todavía no soy yo el hombre algere et esurire consuevit, ni es probable que comprase yo la gloria de veinte Epaminondas por un solo ayuno ni una

sola vigilia.
-Pero tampoco en la vida militar nos faltan a veces regocijos y fiestas...
-Mil perdones en cuanto a eso, estudiante mío. Aquí me tiene usted pronto a mantener en cualquier sazón contra mi primo, usted y otro apologista de la vida marcial, que desde que yo tomé las armas he llevado la vida de un ermitaño, no de un guerrero; he sufrido mucho sin batirme jamás; y lo peor de estas privaciones ascéticas es, que como son forzadas, de nada me han de servir en la otra vida.
Varias voces de mando resonaron por la plaza, acompañadas de un atronador redoble, que interrumpió el diálogo de nuestros amigos y los hizo marchar a sus respectivas compañías. Después de algunas evoluciones se puso la columna en movimiento.
Había Carlos sido agregado al regimiento del mayor de Grañina; pero este jefe le envió un caballo, y le nombró su ayudante interino mientras mandase la pequeña división que se le había confiado. Con este cargo marchaba al lado de su cuerpo.
Las diez de la mañana serían cuando se empezaron a ver los edecanes del general, galopando rápidamente de una parte a otra, comunicar reservadas órdenes a los varios comandantes de los cuerpos. Hizo alto la columna poco después cerca de un arroyo, para comer sus ranchos de pan y bacalao. Cuando acabó el festín militar, volvieron a verse los edecanes en continuo movimiento, y el general pasó a caballo con su estado mayor de la cabeza a la cola de la columna, dando órdenes y tomando medidas como si se esperase entrar sin tardanza en acción. Dos regimientos marcharon por diversos caminos, y los demás recibieron orden para continuar lentamente el que llevaban, precedidos por guerrillas. Al cabo de una hora de marcha, llegaron a una llanura, terminada en un lado por la sierra, y en el otro por un olivar. Tanto las cúspides de las primeras colinas como la arboleda, se ocuparon sin dilación por las tropas ligeras, mientras el cuerpo de la columna, que montaba a casi dos mil hombres, se desplegó en batalla apoyando sus alas y costados en los dos dichos objetos. Avanzaron tres compañías en guerrilla para reconocer el frente y servir de vanguardia, y al grueso del ejército se dio permiso para que se sentase y descansase en la línea, con los fusiles por supuesto en la mano.
-Sin duda este año se ha detenido el sol en su can -dijo el caballero sanjuanista aproximándose a Carlos en este momento de descanso-. Más calor hace que en Siria o en Negricia. Por otro lado, desde que soy militar creo tener una mar de jugos gástricos en el cuerpo. No hay alimentos que me satisfagan.
-Por cierto que estaba yo loco cuando traje tanta filosofía al ejército -replicó sonriéndose el mayor de Grañina al entrar en el círculo de oficiales en que peroraba su primo.
-Niego, señor mayor -exclamó el de Guzmán-. Usted se estaba en sus cinco sentidos; yo sí que me había salido de ellos para nunca volver a entrar.
-Rebaje usted, señor primo, algo de esa severidad en honor de un par de capones fiambres y de algunas botellas de excelente vino, que como mayor de edad, he provisto yo para su regalo. Mira qué pechugas. ¿No te reconciliarían aun cuando fuese con las guerras de Cortés contra mejicanos?
-Veo que eres un Cicerón, y tus palabras de miel hiblea -replicó el

soldado literato chispeándole de alegría los juveniles y azules ojos.
Con esto se levantó los encajes de los puños y vueltas de la casaca (pues no había tenedor alguno a la vista), y se preparó para el ataque.
Siguieron esta lección práctica los oficiales presentes, y con no común interés, aquel fornido y de alguna edad ayudante, el cual, desenvainando una afilada navaja, empezó, cual pudiera un Héctor, a dar tajos, estocadas y reveses. A este punto del almuerzo silbaron cuatro o cinco balas. La mano del caballero de Guzmán hizo alto al oír el belígero saludo entre el capón y los labios, asida obstinadamente de una de sus gordas y doradas piernas, e incapaz de subir una pulgada más arriba, o de volver con ella al plato. A la súbita llegada de las balas abandonaron todos, en efecto, aunque con diversos motivos, su parte del capón. El mayor de Grañina cambió su plácida sonrisa en fiero y amenazador gesto. El fuego de la guerra empezó a relampaguear en los ardientes ojos; se atirantaron los músculos de sus labios; brilló en su mano la espada de Toledo, y al son de un atronador redoble se puso a la cabeza del cuerpo. Prendió en el pecho de Carlos el fuego marcial del jefe, Relucía entre sus negras pestañas la llama de la guerra, y con firme asiento y viva espuela discurría rápido por las filas comunicando las órdenes del jefe. El caballero sanjuanista, pálido y mudo todavía, se puso maquinalmente a la cabeza de sus soldados.
-¡Mal haya la mala suerte! -exclamó el obeso y cuarentón ayudante apoderándose de los capones y acomodándolos en su caballo-: mal año para mí si dejo yo las aves en poder de traidor ninguno; antes me las comería yo, aunque fueran de plomo, que dejárselas a ellos. Además, que el hombre no ha de entrar nunca en acción con el estómago vacío, no sea que se lo lleve el aire.
La orden de silencio resonó por el campo desde los labios de Grañina cual un clarín la hubiera pronunciado, y la tranquilidad de la muerte sucedió al anterior murmullo. La naturaleza pintó entonces sus operaciones con alto colorido e n el semblante de los guerreros. Éste dejaba percibir a través de un entrecejo amenazador su deseo de que se decidiese prontamente el conflicto; aquel manifestaba en la vehemencia de sus miradas cierta esperanza de que se propusiese el combate. Aquí los elevados ojos de un mancebo, la rápida vibración de sus labios, los agitados ángulos de sus facciones, decían que estaba en aquel punto invocando el patrocinio del santo que en especial le favorecía; allí un fuerte veterano cubría con una forzada sonrisa su inquietud y sus aprensiones, y se esforzaba en esconderlas a todo s los ojos. Entre tal variedad de complicados sentimientos, ¿qué hombre hubiera confesado que tenía el miedo la menor parte en la composición de sus vivas y multiplicadas sensaciones?
Las compañías ligeras, previamente enviadas de vanguardia para descubrir la posición del enemigo, volvían ya retirándose hacia la línea de batalla, envueltas en nubes de humo que por todas partes desgarraban continuos fogonazos. La estimuladora y vigorosa fragancia de la pólvora tocó los sentidos de los combatientes, que formados en batalla estaban, y la muerte empezó a silbar por entre las hileras en las balas del enemigo. Dos compañías salieron en este instante por orden de Grañina a reforzar las casi dispersas guerrillas. Una especie de media luna de humo y fuego se aproximó gradualmente hacia la línea donde estaba Carlos. La faz de la muerte parecía inflamar la antorcha de la gloria en su seno, y hasta de

Grañina notó con admiración su serena intrepidez y la bizarría marcial de su conducta. Las compañías de guerra volvieron a entrar y encajonarse en sus respectivos cuerpos, acosadas por el grueso del ejército enemigo, cuya línea avanzaba lenta pero decididamente, vertiendo fuego sobre los campeones de Grañina, y haciendo reverberar el cielo con el estrépito de sus armas. Se les recibió con valor invencible, y con cierto y bien mantenido fuego graneado. Se aumentaba el humo, condensando de tal modo la atmósfera, que apenas podía el soldado ver a su camarada. Estaba el tiempo bochornoso por extremo; no se movía la hoja de un árbol; y cuando hubo el fuego durado una hora, los guerreros de ambas huestes estaban bañados en sudor, cubiertos de polvo, sofocados de sed, pero peleando cada vez con más encarnizamiento y más aterrador semblante. El calor y el polvo habían enrojecido e inflamado sus ojos, y la repetida acción de morder el cartucho, hinchado y separádoles los labios, de modo que se descubrían por entre los ennegrecidos dientes las secas y henchidas lenguas clavadas de sed al paladar. El trueno incesante de la mosquetería resonaba en largos ecos por las vecinas montañas y florestas, mientras las voces de mando, los gritos de los guerreros, los ayes e imprecaciones de los heridos, la sofocadora densidad y la oscuridad impenetrable del aire recargado de humo, los sulfúreos relámpagos que en rápidos ángulos la desgarraban, todo contribuía a presentar al ánimo un símbolo del fin y agonía de la naturaleza.

Había continuado el fuego con igual vehemencia por ambas partes, hasta que de Grañina, observando las evoluciones del enemigo, envió considerable parte de sus gentes a reforzar la montaña y arboleda, simultáneamente atacadas por las tropas rivales. Pero el jefe de éstas no era menos activo, diestro ni vigoroso soldado que de Grañina. Había previsto que defendería el último obstinadamente aquellas posiciones, y aún debilitaría su línea por conservarlas. Por eso atacó los flancos con aparente empeño, con el intento de formar una columna cerrada y romper con ella el centro de la ya débil línea por un repentino y oportuno esfuerzo. Conocía Landesa que llevaba la ventaja en el número y en la disciplina de sus gentes, y quiso aprovecharse de ella y sacar doble partido de su situación por haberse las de Grañina formado parte apresuradamente, y no saber aún evolucionar con prontitud. Si hubiese sido la subordinación de estos últimos menos severa, probablemente no hubieran ofrecido resistencia. Los más se hallaban por primera vez en una función de guerra, y se gozaba de Grañina indeciblemente bajo su amenazador ceño de verlos mantener su puesto cual nunca esperó de ellos. Sin embargo, cuando descubrió la marcial ordenanza de una columna que en forma triangular, y flanqueada por caballería, se adelantaba a paso redoblado a romper su centro, dudó por la primera vez aquel día si estaba destinado a ser vencedor o vencido. Reforzó, no obstante, el centro, desplegó sus guerrillas contra los flancos del enemigo, y rompió un mortífero fuego contra la columna que tenía delante. Mandó retirar fuera del alcance del fuego a todos sus jinetes, oficiales o soldados, y envió con ellos su propio caballo bajo el cuidado de Carlos, que, volviendo el rostro hacia el campo de batalla, obedeció a su comandante y se retiró pesaroso, mientras el bravo de Grañina formó su gente casi toda en columna; y no dejando más que cuatro o cinco compañías en la retaguardia, no sólo se preparó a recibir a los que

a paso redoblado hacia él venían, sino que los atacó a la bayoneta fiera y denodadamente. El choque de las dos columnas fue a la vez terrorífico y sublime. Se acabaron hazañas de portentoso valor por ambas partes, y los guerreros, como en lo antiguo los campeones de Farsalia, se disputaron la victoria por mucho tiempo, combatiendo en silencio profundo, que sólo quebraba el crujir de las armas. Una ligera brisa se levantó en aquel punto, y disipando el humo, desveló al sol la heroica ferocidad de los combatientes, que con firme planta y mortífera mano sepultaban sus aceros en las entrañas de sus adversarios, y caían sin un ay, y desde el sangriento polvo blandían aún con no apagada furia el débil y no impotente hierro.

El estrépito de las armas empezó al fin a mezclarse con los lamentos de los heridos. Los caballos del general Landesa habían logrado abrir ancho camino por entre las filas de Grañina, que ya rotas, comenzaron una difícil retirada, con la esperanza de encajonarse en las compañías de retaguardia, que compuesta de gente menos cansada, podían resistir por más tiempo, con sereno y firme valor, la impetuosidad del enemigo. Lograron acabar la retirada, y se vio de Grañina otra vez a la cabeza de un respetable cuerpo de batalla. La tropa de Landesa sintió proporcionado desmayo, y hubo un momento de pausa.

Deseando aprovechar circunstancia tan favorable, mandó atacar de Grañina con voz temible como la de la tormenta, y se lanzó el primero espada en mano al enemigo. Antes, empero, que se moviesen sus soldados, ya el general Landesa, con no menor intrepidez, le había cargado en persona a la cabeza de su caballería. La victoria pareció querer coronar a Landesa por su conducta decisiva. Cedieron los soldados de Grañina, aunque con sorpresa hasta de su mismo jefe, conservaron la formación, y se retiraron paso a paso sin volver caras y en vigorosa e imponente defensiva. En este trance mandó de Grañina avanzar sus caballos, y a la cabeza de ellos se precipitó como un torbellino sobre la columna de su adversario.

Frecuentemente tiene en su poder el caudillo comunicar su propio valor a sus gentes por medio de una acción generosa. Las de Grañina, animadas por la noble proeza de su jefe, ardientemente se arrojaron a las cansadas bandas de Landesa. Ambas columnas quedaron despedazadas, y el campo en una confusión desoladora, en que cada hombre quería salvar su vida dando muerte a cualquiera que llevase distinto uniforme.

En este estado del conflicto combatía el general Landesa, y dispersaba con irresistible impulso los grupos todos del opuesto partido. Con terror y sorpresa del campo se le vio rodeado de doce guerreros armados de punta en blanco, según acostumbraban los antiguos caballeros, con espléndidos y fuertes arneses, temible banda, cuyas lanzas igualmente derribaban al peón que al jinete. Se distinguía uno entre todos los caballeros por el lujo del argentado arnés claveteado de oro, por la riqueza del ondulante penacho, silla de terciopelo carmesí, y soberbio y furioso caballo de batalla. También parecía caudillo, o más bien ángel de la muerte, por la rapidez, valor y fuerza sobrehumana con que semejante al rayo llevaba la desolación y el terror por entre las filas de Grañina. Hubiera sido difícil adivinar si reasumieron los campeones sus antiguos yelmos y corseletes con el solo objeto de que ayudasen a la defensa, o si también tenían la mira de ocultar sus facciones por motivos especiales. Lo que sí

es cierto, es que entraron en acción decididos a arrancar su laurel a la victoria. Así, cuando las haces se mezclaron, cuando cada hombre peleaba mano a mano, rostro a rostro, por su vida, y ni tiempo ni lugar tenía para cargar el fusil, se precipitaron los paladines con inhumanidad destructora sobre cualquiera que levantaba el brazo bajo la bandera contraria. Por fortuna de Grañina tan mezclados estaban ambos contendientes, y tal era su furor y su encarnizamiento, que no hallaba el soldado seguridad más que en la pelea. Si su tropa hubiera estado junta, o podido huir individualmente, ni un instante más habría continuado indecisa la victoria.

Carlos había acompañado a caballo al mayor de Grañina en la última carga, pero ya los había separado el subsiguiente tumulto, y se batían en lados opuestos del campo. Los doce de las lorigas y destructoras lanzas se hallaban también dispersos. Acometió Carlos a uno de ellos, cuyo negro manto y plumas, y pavonadas armas, le distinguían de los demás. Duró poco el combate, y tuvo Carlos la fortuna de arrojarlo del caballo. No obstante el embarazo del manto y la pesadez de las armas, se levantó vigorosamente el vencido caballero, y eludió con agilidad increíble la persecución de Carlos, que rodeado de nuevos enemigos, tuvo que acudir a su defensa. A los pocos instantes ya apenas se veían ondular las negras plumas desde lejos entre bayonetas y sangrientas espadas.

Crecía por momentos el furor de la batalla. En lo más vivo de ella, un soldado contra quien combatía nuestro héroe arrojó la espada y le tendió los brazos. Una bala hirió en aquel instante mismo la cabeza de Carlos, que cayó del caballo antes de haber podido reconocer en aquel soldado a su Alberto. La bala que derribó a nuestro caballero había sido disparada por el general Landesa. Se batía éste contra dos infantes armados de fusil y bayoneta, que no le permitían llegar adonde estaba nuestro héroe. Mientras con la espada hacía frente y aun perseguía a los dos infantes, sacó con la mano izquierda una pistola, que descargó con el tino que hemos visto. Muchos esfuerzos había hecho el general para aproximarse a Carlos, y muchas veces había maldecido la bala que no le atravesaba el pecho. Grande fue, pues, su gozo cuando vio cumplidos sus deseos por su propia mano. Desembarazado después de una obstinada lucha de los dos infantes de las bayonetas con quienes había estado combatiendo, voló hacia Carlos para pasarle el corazón con la espada por si acaso no estaba muerto. Aplicó la punta del acero al pecho del postrado enemigo en el instante en que por un feliz acaso le mataron el caballo y cayó a bastante distancia. Se levantó sin lesión alguna; pero no habiendo olvidado con la caída su designio, volvió hacia donde Carlos yacía. Alberto, el tímido Alberto, recibió al general con la punta de su espada, y por algunos minutos peleó en defensa de su amigo con el valor, la destreza y el entusiasmo de un héroe.

-¡Muere, infame traidor! -gritaba el iracundo jefe viéndose asaltado por uno de sus mismos soldados- ¡Perece, infame! -repetía, y cada vez le iba sacando mayor ventaja.

Al fin empezó Alberto a perder parte de su bizarría, cuando vio venir corriendo en favor del general, con un trabuco en la mano, aquel mismo caballero del negro penacho y manto que Carlos había desmontado. Vaciló Alberto, y cayó bañado en sangre por la espada de su antagonista. El hierro de Landesa descansó por segunda vez sobre el seno de Carlos; mas antes que pudiera perpetrar tan cobarde hazaña, le hizo átomos la cabeza

el trabuco del caballero del negro manto. Las negras plumas del yelmo de este guerrero habían flotado toda la mañana cerca del general, a quien asistió el paladín en todas sus hazañas con notable actividad y resolución. En este caso, empero, cambió repentinamente de conducta, y ya descargada su arma de fuego, desenvainó otra vez la enrojecida espada, y se puso a defender el cuerpo de aquel caballero que poco antes le había derribado.

Ya habían los rebeldes perdido su caudillo; ya los disminuidos grupos de ambos contendientes empezaban a retroceder y a formar de nuevo sus bandas; ya el fuego empezaba otra vez a relampaguear en varias direcciones, dando paz a los embotados y ya inermes hierros; ya rasgaba el aire el trueno de la fusilería, cuando un estrepitoso redoble resonó por dos ángulos opuestos de la retaguardia rebelde, y el venerable marqués de Campo Sereno entró en la llanura a la cabeza de una doble división. La bocina del invencible caballero de la armadura de argento resonó por la primera vez en el conflicto. Se le reunieron instantáneamente todos sus paladines, y atropellando amigos y enemigos, atravesaron a galope tendido el campo, y desaparecieron como un meteoro. El del negro penacho fue el solo que no siguió a su jefe. Se quitó el yelmo, le arrojó a grande distancia, y poniéndose el sombrero de uno de los muertos, dejó ver la faz misma, el mismo semblante de Chato, en notabilísima agitación. Merced al ancho manto negro en que andaba envuelto, pudo despojarse de la armadura sin ser visto, cortando correas y no deteniéndose en niñerías. La confusión creciente del campo le ayudó mucho en su desmascaramiento. Había decaído el valor de los rebeldes. Arrojaban las armas los soldados pidiendo cuartel, y peleando los oficiales, no por conseguir la victoria, sino por la fuga. Las compañías del marqués de Campo Sereno inundaron, por decirlo así, el campo, haciendo prisioneros a cuantos rebeldes habían sobrevivido, con sus armas, municiones y bagajes.

Cuando abrió Carlos los ojos se halló en los brazos de Chato, que ya le había hecho una cura a su modo. Marchó con él a la línea que formándose estaba en la posición primitiva, adonde encontró al mayor de Grañina a la cabeza de lo que quedaba de su regimiento, recibiendo del anciano marqués los más altos elogios por su valor, pericia y fortuna. También oyó Carlos, con no poca sorpresa, las preces que el mayor, los oficiales y soldados daban a su propia conducta, y aun atribuyó el mayor a ella parte del buen éxito de la acción.

Los cuadros de los regimientos, que era casi todo lo que quedaba, se formaron al fin, y con banderas desplegadas rodearon en columna d e honor el campo en señal de victoria.

El pobre Alberto, pues ya es tiempo de que hablemos de la entidad de este individuo, fue hallado entre los muertos (aunque él no lo estaba), con dos heridas, una en el pecho y otra en la cabeza. Carlos, ayudado de algunos hombres, le llevó en unas parihuelas de cirujano, y no se separó de él hasta dejarlo en buen recaudo.

Hizo alto el ejército, se levantó un altar de campaña, y uno de los capellanes cantó un solemne Te Deum al frente de las banderas, y repitieron sus palabras con solemne gratitud todos los campeones que sobrevivieron.

Concluida esta ceremonia religiosa, mandó el marqués de Campo Sereno a de

Grañina que saliese al frente, y en el nombre del rey le hizo coronel en el campo de batalla. Confirió semejantes honores a varias personas, y entre ellas nombró a Carlos subteniente. Dirigió un corto y militar discurso a los decorados y al ejército en general, a quien cedió seis carretas de vino y provisiones que se habían tomado al enemigo.
Pronto se preparó un festín marcial, mientras recorrían el campo algunas compañías para dar socorro a los numerosos heridos de ambas partes. Carlos pasó, en cuanto le fue posible, a congratular a su amigo, ya coronel de Grañina, pero principalmente con el ansioso deseo de saber nuevas del caballero de Guzmán, a quien no había visto desde el principio de la acción. Contestó el mayor con grande inquietud, que también ignoraba el destino de su primo, en busca del cual había despachado mensajeros en todas direcciones. Se proclamó y gritó por todas partes la pérdida del sanjuanista como la del hijo de Escipión, pero no respondía voz alguna. Desconsolaba profundamente a de Grañina la pérdida de su primo, y Carlos recorrió buscándolo cuantos puntos hasta tres millas en contorno podían por acaso contener sus despojos. Volvió Carlos tristísimo de su infructuosa excursión, y halló al coronel lamentando con desesperadas palabras la muerte de tan interesante joven. No quería confesarse de Grañina, ni aun a sí mismo, la sospecha de que su primo hubiese abandonado su puesto.
Estaba el nuevo coronel en amarga aflicción, aunque oculta, con Carlos, el obeso ayudante y otros oficiales, todos los que tenían más o menos necesidad del cirujano, cuando entró el de Guzmán cubierto de sangre y sudor y polvo. Es imposible pintar el gozo de los circunstantes cuando vieron a su lamentable amiga. Carlos y el coronel, en particular, pareció que revivieron a su vista, aunque este último le preguntó con severidad:
-¿Dónde ha estado usted hasta ahora, señor oficial?
-Mi mayor, recibiendo estas heridas -respondió el caballero, enseñando una que le había rasgado el pecho y cubiértole de sangre la negra cinta de San Juan.
Entonces entraron el sargento de la compañía y algunos soldados, y se supo que en una de las cargas a la bayoneta se había extraviado el sanjuanista persiguiendo algunos enemigos; que los había hecho a todos prisioneros, y apoderádose, además, de todos los papeles del ejército y del estado mayor, del tesoro, y de cinco de los jefes principales de los rebeldes. Esta gente y efectos habían quedado en poder del general, antes que el joven pensara en descansar ni en curarse.
Los ayes lastimeros de los oficiales se tornaron en panegíricos y elogios del héroe literario, quien aseguró francamente a sus amigos que se creía merecedor, en efecto, de aquellos aplausos, y haría gustoso el contrato de no morir nunca hasta dejar a su patria dos hijas como las de aquel antiguo soldado griego. Y como las alabanzas continuasen, exclamó el de Guzmán, tal vez para acabar con ellas:
-Creo, repito, que merezco inmarcesibles lauros. Ustedes, por ejemplo, son todos valientes, y la cara de la muerte ni los aflige ni asombra. Ergo: no tienen ustedes mérito en sus hechos. Pero, ¿quién puede apreciar la gloria y virtud, del que aterrado hasta el alma como yo lo estaba, temblándole cuantas vísceras y músculos tenía en el cuerpo, cumple aun con su deber?
Con estas palabras, pronunciadas en un tono que participaba del fervor

belígero, y de aquel ridículo expreso e inteligente que a todas las suyas le daba, se puso el caballero de Guzmán en manos del cirujano.

## Capítulo III

> Pero ya había pasado el estrépito de la guerra, o apenas se oía su distante bramido; las llamas que devoraban antes el valle, aniquiladas ya, no lastimaban la vista, ni un suspiro rompía ya el melancólico silencio.
>
> (IRVING.)

Después de la dispersión de los rebeldes tomó el marqués de Campo Sereno las más vigorosas medidas para impedir que de nuevo se reunieran ni comunicasen. Puso a los prisioneros bajo la custodia de un oficial superior, y el ejército, dividido en pequeñas secciones, se repartió por el país circunvecino para perseguir o captar a los pocos jefes y soldados que pudieron escapar de la función del precedente día. Los importantes documentos obtenidos por el valor del caballero de Guzmán se confiaron a su primo el coronel de Grañina, que con una escolta de cinco caballos salió para Sevilla a tratar con el gobierno respecto a las disposiciones ulteriores. Carlos se despidió de su jefe, pidiéndole por cuanto la amistad y el compañerismo tienen de sagrado se esforzase, si sus obligaciones se lo permitían, en investigar el destino de Isabel, sin perdonar medio alguno para conseguirlo. La imagen de su prometida había llenado sin cesar la mente del novel soldado, en la vigilia y en el sueño, en el terror de la batalla y en la exaltación de la victoria. Prometiole el coronel servirlo con todo esmero, y no dejar resorte que no tocase para disipar el misterio que ocultaba su destino.

Gustosísimo hubiera querido Carlos acompañar a de Grañina en su expedición sevillana; pero una parte de los prisioneros y el hospital provincial se habían puesto a su cuidado, y no eran éstas comisiones que podía rehusar ni abandonar en aquel momento. Deseoso de aliviar en lo posible los padecimientos de los heridos, se presentó nuestro subteniente en el hospital, esto es, en las casas consistoriales, adonde se les había puesto de dos en dos sobre unos jergones de paja. Defendía una fuerte guardia la entrada de este edificio, en otra parte del cual estaban también acuarteladas algunas compañías, y había varios prisioneros. La compasión de Carlos pudo suavizar poquísimo los sufrimientos de los pobres heridos. En el martirio y dolor de las heridas, mal curadas por inexpertos cirujanos, hambrientos y desaseados, yacían quejándose amargamente sobre aquella miserable paja, y tal vez participando del lecho de un despedazado y disforme cadáver. Pocos hombres hubieran podido mirar con indiferencia aquella escena, y Carlos no era uno de ellos. Se paró, pues, junto a las camas, examinó la condición de los pacientes, y tomó medidas para hacer

sacar de allí a los muertos y mejorar el estado de los vivos. Herido en su corazón de lo mucho que allí veía, se acercó, ya para retirarse a descansar por un momento y cobrar nuevas fuerzas, hacia la salida del apartamento, cerca de la cual yacía el lecho de un delirante moribundo, a quien ayudaba a bien morir, según parecía, el cura del pueblo. Se inclinó Carlos, como tenía de costumbre, al pasar por junto al sacerdote, que sorprendido de la inesperada urbanidad del subteniente, se levantó y dijo en tono apologético, que no era más que el sacristán de la parroquia, y que consolaba a aquellos pobres en sus últimas horas para suplir la ausencia del cura, a quien un fuerte dolor de costado tenía en cama y de mucho peligro. Un profundo ¡ay! del moribundo guerrero a favor de cuya alma usaba el sacristán su influencia, de tejas arriba, atrajo la atención de Carlos. Miró el oficial al paciente, y un rápido escalofrío le pasó por las venas; pero no pudo, ni aun después de una detenida observación, rectificar ni disipar su sospecha, por estar el semblante del herido muy despedazado y cubierto de fango y sangre congelada.

Cuando volvió Carlos al hospital por la tarde, le halló en repugnante desorden. Los soldados de guardia se habían provisto, Dios sabe cómo, de dos disformes pellejos de vino. Con ellos se sentaron a la redonda entre sus heridos camaradas, y se entregaron a la más ruidosa fiesta y jaleo, oíanse sus votos y juramentos, sus obscenas seguidillas y palmadas, mezcladas con el chirrido, más bien que música, de la guitarra, con los sollozos y quejidos que el horror de la muerte arrancaban de unos, y el escozor de las heridas de otros. En obediencia a la orden de Carlos mandando que se quitasen los cadáveres de la compañía de los vivos, arrastraron hacia el medio de la sala todos los que habían ido expirando desde el mediodía, y continuaron en su gresca con placer y sangre fría infinita. La vista del jefe puso fin a su poco decente algazara, y cada hombre se dirigió murmurando entre dientes a su puesto. Se hallaban repartidos muchos papeles y cartas por junto a los desnudos cadáveres. Aquellos papeles, según dijeron al oficial, habían pertenecido a uno de los muertos. Miró Carlos el cuerpo de éste, y reconoció al hombre que había casi visto expirar por la mañana junto a la puerta. Examinó algunos de estos papeles y se confirmaron sus anteriores sospechas.

-¿Son éstos todos los papeles de ese hombre? -preguntó Carlos.

-No, señor -dijo el sargento-; ¡pues si estuvieran ahí todos! Ese hombre tenía un almacén de ellos. Ya nos hemos fumado nosotros muchísimos, y hecho cartuchos de otros; y si su merced quiere darles a la compañía los que quedan, antes de mañana estará convertido en cartuchos el barril de pólvora que está en aquel cuarto.

Negó Carlos la petición, se apoderó de los papeles y cartas, examinó algunos de los sobrescritos de las últimas, y no conociendo a las personas a quienes iban dirigidas, dudó un momento si se las dirigiría todas al general. La poca importancia de las que estaban abiertas, cuyo contenido se limitaba a efusiones amorosas de criadas y cuentos de taberneros, no favorecían esta determinación. No obstante, todas las cartas cerradas se las mandó al general bajo cubierta con un ordenanza, excepto una dirigida al arzobispo de la diócesis, sub sigillo confessionis, la cual cortésmente envió al prelado en derechura. Los otros papeles se consignaron después al sargento, que no había quitado de ellos los ojos durante la primitiva

distribución.
Mientras el novel subteniente estaba ocupado en proteger aquellas indefensas víctimas de la guerra, el coronel de Grañina (¡qué deprisa, entre paréntesis, ascendían entonces los oficiales en España!) continuaba su tranquilo camino pacíficamente hacia Sevilla a la cabeza de sus cinco caballos.
-Me parece -dijo este jefe a aquel gordo ayudante de marras que se apropió el par de capones al comenzar la descrita batalla-, me parece que los respetables señores alquimistas no se presentarán ahora tan cuellierguidos y vanos como antes.
-Cuidado, mi coronel -dijo el campeón gordo-; mire usía que las paredes tienen oídos, y si hablamos de esos señores nos puede costar la torta un pan.
-Bien observado y a tiempo, señor ayudante. Pero la pared que por aquí hay, que me la claven a mí en la frente. Además, que aunque la misma muralla de la China viniese a escucharnos, no podría repetir el mal que no se ha dicho.
-Perdone usía, mi coronel -dijo el precavido-, pero mal haya si quisiera por la mejor olla podrida de Extremadura, flanqueada por una ancha bota de antiguo jerez, habérmelas con esos buenos señores.
-¿Tanto teme usted a sus señorías? -preguntó el coronel con mortificador énfasis en el verbo.
-¿Temer dijo usía? No es palabra que le siente bien a un soldado, y yo por mí no sé lo que significa. Pero si le dejaran al hombre escoger, antes me presentaba yo solo contra las cerradas bandas de Federico, que contra uno sólo de esos demonios encarnados. Otra cosa pensaría usía de ellos si supiera lo que yo me sé acá en mis adentros.
-Hombre, ¿pues a cuándo aguardaba usted? Vaya usted sacando cuanto antes todo eso que se sabe, para que no nos mate el tedio por el camino.
Oídas estas palabras, empezó así el héroe de los capones:
-Pues ha de saber usía, mi coronel, que ya hace algunos años, como iba diciendo, que floreció una tía segunda que yo tuve, asombro de mi lugar. Era, por decirlo así, una simple, buena como el pan, y dada que digamos a cosas agudas, y a saber el porqué de todas las cosas. Adivinaba cuando se veía escaso el aceite que no había sido buena la cosecha, y le ponía su causa y motivo corriente a cuanto pasaba en el pueblo o en su casa. Pues señor, fue el caso que un viernes le encendió mi tía Urraca dos velas a San Antonio, pues la pobre vieja tenía doce colmenas trabajando para el santo bendito todo el año. Más le valiera habérselas encendido a Santa Polonia, porque fue tal el dolor de muelas que le cascó aquel viernes, que tuvo que irse al lugar inmediato para que le sacara el barbero la última que le quedaba en la boca. Se hubo de tardar más de lo que pensaba, se consumieron las velas, se pegó fuego a la mesa, de allí al santo y a los trastos, y he aquí que cuando volvió al pueblo con la mano sobre la mejilla, se encontró en vez de casa un montón de cenizas. Viendo aquello, dijo para sí, como todas las cosas adivinaba:
-Esto lo habrá hecho el fuego, y el diablo lo atizaría por enemistad a San Antonio. Tú que no puedes, llévame a cuestas. Queréllanse ellos, y me queman a mí la casa; pero no me volverá a suceder, y si puede más el diablo, a él con las velas.

Dicho y hecho. Desde entonces empezó a ponerle una velita de escondidillas al diablo, y iban sus cosas a las mil maravillas. Es verdad que como Rafaela, mi primita, su hija por más señas, tenía tan buenas bigoteras, andaba un run-rún por el pueblo de que no sólo el amparo de Lucifer, sino el caudal de un cierto hidalgo muy distinguido del pueblo hacía que pasase suavemente la vida de mi tía Urraca por este valle de lágrimas. En estas y en esotras, vino, como iba diciendo, un señor alquimista al lugar, y al ver a mi prima se le metió en la cabeza enseñarle su ciencia. La muchacha, que era casta como un copo de nieve por un lado, y la madre; que no quería ver en su casa más hombre que el hidalgo, que era, por decirlo así, un borrego, se empeñó en que no. El alquimista siempre en sus trece, y mi tía Urraca que nones. Pues, ¿qué le parece a usía que salió de aquí? Acusaron a la pobre vieja de hechicera por lo de la candelilla al diablo, y tal vergüenza cayó sobre mi familia, que aún no he podido yo lavarla con la espada. Era yo huérfano, y apenas llegaba entonces a los diez años; tenía un hermanito menor, y ambos vivíamos bajo el cuidado de un anciano que administraba nuestro patrimonio. Pero nos alcanzaron en parte las desgracias de nuestra tía Urraca; y como éramos chiquillos y no podíamos protegernos a nosotros mismos, y a más a más sobrinitos de una bruja, nos quitaron lo que teníamos, y quedamos mi hermano y yo en la calle obligados a mendigar nuestro pan. A mi hermano le recibió un panadero; pero yo, como fui siempre osado y emprendedor, me marché del lugar y después de pasar terribles miserias, senté plaza en cuanto tuve edad para que me admitieran. De mi hermano no he vuelto a saber más; pero ése habrá escapado mejor que yo, porque era desde chiquillo muy experto y el diablo para cosas de pintar, entallar y todo eso. Vea usía el estado en que puso a mi familia un solo alquimista que por casualidad vino al pueblo.
-En efecto, tiene usted motivos para ser prudente. Pero, ¿qué le parece de que nos apeemos en esta floresta tan verde y sombría, y que al lado de un arroyo, si es que arroyos hay en ella, saquemos las entrañas a esas alforjas que vienen reventando de aves, longanizas y vino?
-Por el alma de mi tía Urraca y de mi perdido hermano -exclamó el ayudante chispeándole el rostro de alegría- que no pudo ocurrírsele a usted, mi comandante, digo mi coronel, cosa más sana ni bien pensada.
Entraron en la floresta, donde no les faltó, en efecto, un arroyuelo, a cuya orilla se tendieron las provisiones. Hizo de Grañina varias preguntas al ayudante, que respondió por monosílabos secos como tenía de costumbre a la mesa. Cuando ya no quedaba un átomo de carne ni una gota de vino, se limpió el ayudante los voraces labios, y dándose con venturosa faz y blanda mano dos palmaditas sobre el vientre, exclamó cual pudiera el mismo Epitecto:
-¡Vengan ahora males sobre mí!
Ya repleto, soltó la trabilla y empezó a relatar un aguacero de anécdotas militares. De Grañina le pidió otro asunto más suave, y logró que hiciese el ayudante varios malogrados esfuerzos para recitar algunas historias amorosas; pero al fin volvió a su tía Urraca y el resto de su familia, y hablaba de ellos con la misma certeza con que suele una hablar en su casa. Cerró en esto de Grañina los párpados como si durmiese; pero como el vino había dado tanta animación al ayudante, no fijó su atención en semejante bagatela, y continuó sus importantes comunicaciones, ilustrándolas con

pasajes relativos a espíritus, hechiceras, brujas, apariciones, ahorcados y fantasmas. Parecía que evocaba los habitantes todos misteriosos e intangibles de este y del otro mundo, cuando un hombre tan notable por la tenuidad y delgadez de su cuerpo, como por el raro acaso de venir vestido de verde de los pies a la cabeza, se alzó delante del oficial, cual si saliera de las entrañas de la tierra, y sin atender a otras ceremonias, lanzó los descarnados y verdes brazos alrededor del grueso cuello del guerrero. Dio el valiente un tremendo grito de admiración y sorpresa, que estamos por llamar miedo, con tal fuerza de pulmón, que despertó a de Grañina y a los cuatro soldados que también había cubierto de sueño la magia de sus palabras. El hombre verde, empero, se ceñía cada ve z más estrechamente al corpulento soldado, yedra en derredor de fuerte encina, y comenzó a sacudirle el cuello con velocísima oscilación, y a darle sollocitos al oído.

-En el nombre del cielo -gritó el prócer de las batallas con voz corpulenta, aunque algo asmática-, ¿quién eres, o qué quieres de mí, hombre o demonio?

-No demonio, amado hermano mío -replicó el de la verde casaca, o casi vaina-, que soy tu propio querido hermano, concebido en el mismo vientre que tú, alimentado por los mismos pechos.

-¿Y vienes en cuerpo o en espíritu? -preguntó de nuevo el soldado, poquísimo satisfecho.

-En cuerpo vengo, hermano; ¿no me ves?

-¡La señal de la cruz sea con nosotros! Pues si estás vivo, hermano, ¿quién te ha privado de tu carne natural, y vuéltote de ese color verde rabioso en que te me presentas?

-Eso pide tiempo, hermano -contestó el de lo verde-. Pero dime, y así la Virgen te proteja, ¿sueño yo o eres tú real y verdaderamente oficial del rey?

-Afloja un poco ese fraternal abrazo, y oirás maravillas -dijo el mílite.

Condescendió con tan justa demanda el de lo verde; dio pruebas indudables de su identidad, y escuchó los fastos de las principales hazañas del soldado.

A su vez también él contó cómo y por qué había salido de en casa del panadero, cómo se hizo escultor, cómo se le había desvanecido de entre las manos un San Cristóbal gigante, erigido un circo y un teatro, cansándose al fin de la pobreza de las artes y entrando a servir en casa de un golilla, que le vistió de verde por ser el color predominante de sus armas, y le enviaba a Cádiz encargado de recibir los muebles del dicho magistrado, que a aquella ciudad llegaría de un día a otro, y de conservarlos hasta que, en efecto, llegase. Dijo, además, el artista, que como estuviese tendido por casualidad sobre la yerba cuando vio venir la partida militar, se había conservado oculto como estaba y cubierto por los árboles; y habiendo oído la conversación de su hermano, y reconocídolo por ella, no pudo menos de venir a abrazarlo después de tantos años de ausencia.

-¿Y quieres venirte conmigo a Sevilla, hermano? -preguntó el ayudante con tanta alegría de haber encontrado a su pariente, como si hubiera sido un pollo asado.

-Sí quiero, mi querido y venerado hermano mayor, sí quiero -replicó el

verde-; pero, ¿qué dirá mi amo, cuya casa debo yo cuidar en Cádiz? ¿Qué dirá cuando llegue y no encuentre a este su fiel servidor?
De Grañina, que no podía detenerse por más tiempo, viendo lágrimas en los ojos del fornido guerrero y del debilitado artista, intervino en favor de ambos, y dio al ayudante permiso para quedarse un par de días con aquella verde esencia de su hermano. Ya iba el hombre verde a tirarse de agradecimiento al cuello de Grañina, que testigo del abrazo dado al ayudante, se apresuró a montar a caballo y escapó a galope largo por el camino real.
Llegó el coronel a Sevilla, adonde esperaba hallar contentísimos a sus amigos y a los parciales del gobierno, así como desanimados y cabizbajos a sus adversarios y a los que dependían de los vastos establecimientos de los alquimistas. Sospechaba que ellos hubiesen ocasionado la rebelión, e imaginaba por consiguiente que el completo destrozo de los amotinados habría sido un mortal golpe para su influencia y su popularidad.
Pero no se realizaron las anticipaciones de Grañina. Los alquimistas habían oído con desmayo las nuevas de la derrota; mas disimulando su vejación, salieron sus agentes por todas partes anatematizando a los traidores y conspiradores que habían encendido la llama de la disensión civil y levantádose contra su rey y su religión. Como estos intrigantes fueron los primeros y más vehementes acusadores de los caídos, los seguía entusiasmada la multitud, y aniquilaron por medio de esta pérfida conducta toda posibilidad de que se sospechase de ellos. Cuando entró nuestro coronel en Sevilla estaba toda la población escuchando en diversos grupos con atenta veneración las pláticas de estos refinados tramoyistas. Lleno de indignación al ver aquella astucia y manejos, picó su caballo, y entró en casa del gobernador militar, con quien tuvo una larga conferencia.
En cumplimiento de su promesa a Carlos, el coronel de Grañina dedicó los primeros instantes que tuvo de tiempo para investigar el estado de Isabel. Fue a ver con este objeto a su tío el arzobispo, a quien encontró en agitación extrema y altamente conmovido a la vista de algunas cartas que acababa de recibir:
-¡Dios misericordioso! -exclamaba el prelado al paso que iba leyendo- Apiádate de la flaqueza de tus hijos.
No quiso de Grañina interrumpir el soliloquio del arzobispo, a quien parecían devorar penosísimas reflexiones e imágenes. Después de una larga pausa, tal vez rota por un profundo suspiro o un «¡ay Dios mío!»" preguntó el prelado a su sobrino si tenía algunos antecedentes respecto al capellán del vencido ejército. Replicó de Grañina en la negativa; pero al apurar su memoria se acordó de haber visto entre los rebeldes una persona de la apariencia de un consumado salteador, que desesperadamente herido en el vientre, pedía confesión en voz alta declarando que era sacerdote.
-¿Y sabes qué fin tuvo? -preguntó el arzobispo.
-No, señor, ilustrísimo tío. Pero por la lejana reminiscencia que de su herida me queda, supondría que estuviese ya ante el Juez supremo. Si sobrevivió a la batalla, que lo dudo, debió de haber pasado a un hospital que provisionalmente se erigió en un pueblecito cerca del campo de batalla.
-Ese sacerdote, hijo mío, es el autor de esta carta. Por ella me comunica sucesos y casos que no creería, si la proximidad de la muerte no hubiese

arrancado su confesión de un pecho cavernoso y endurecido.
-¿Dice tal vez alguna cosa relativa a la conspiración? -preguntó respetuosamente de Grañina.
-No puedo responderte, hijo mío, ni aun insinuar del modo más remoto la naturaleza de este papel, a lo menos hasta estar seguro de que su autor ya no existe entre los vivos. Está escrito bajo secreto de la confesión. Tal vez le quemaré inmediatamente. ¡Oh Dios eterno e infinitamente sabio! ¿Es acaso tu voluntad divina e inescrutable permitir que tales hechos se perpetren en un país cristiano?
De Grañina dejó a su tío lamentar despacio la impiedad de aquellos tiempos, y tan pronto como tuvo ocasión favorable le preguntó por Isabel. No pudo el arzobispo contestar categóricamente a su sobrino, por no saber la situación de aquella joven, pero le prometió hacer prontas indagaciones y comunicarle su resultado.
-Yo podría muy bien estar al corriente de todos esos negocios -continuó el prelado-, si ella misma no hubiese pedido a mi capellán que fuesen sus visitas menos frecuentes. Sé que ha estado peligrosamente indispuesta, y que después de su enfermedad ha resuelto pasar la vida en meditaciones religiosas. Pero, hijo mío, ¿qué puedo yo hacer? -añadió el arzobispo en grande tribulación- La silla episcopal, querido mío, no tiene ya el poder que Cristo le concediera. Los intrusos y ladrones han violado el santuario y hollado la viña del Señor. Las ovejas están dispersas, devoradas por lobos que bajo el manto de alquimistas, de inquisidores...
Estas últimas palabras las pronunció el buen prelado entre dientes, como si temiese las consecuencias de tal imprudencia, y repetidamente pidió guardase silencio a su sobrino. Se despidió este de allí a poco, y había casi salido del cuarto, cuando le llamó repentinamente el timorato arzobispo, diciéndole de nuevo:
-Cuidado, hijo, que ni una alusión hagas a esta carta ni a esta conversación. Olvida que de ella has oído hablar.
De Grañina hizo otra reverencia a su tío, y salió del palacio, no sin adivinar, o figurarse que adivinaba, que la misteriosa carta contendría cuando más algunos sandios escrúpulos de un beato moribundo, y que la integridad e inocencia del anciano arzobispo le harían escandalizarse de algunos pecados, que tal vez pasarían por graciosísimos y veniales chascos entre los granaderos de su regimiento. Quiso de Grañina recordar alguna otra circunstancia relativa al fraile, pero le faltó la memoria, ya harto ocupada con deberes militares, políticos, y aun algunos de más suave naturaleza. No quiso, pues, cansarse el entendimiento respecto a cartas de personas ningunas vivas o muertas. Pero como sucederá probabilísimamente que estará el benigno lector más despacio que el coronel, puede detenerse si gusta a saber algo más de la dicha epístola.
La esperanza, engañosa, pero dulce y consoladora amiga de los hombres, no sólo se enlaza con los conquistadores, coquetea con los ministros, encanta a los grandes y títulos, y dora los sueños de los banqueros millonarios, sino que también condesciende en halagar con su favor y sonrisa, ¡oh maravilla y benignidad singular!, al desamparado escritor de un cuentecillo. Ella fue, sin duda, la que hizo creer a don Alejo Cevallastigardi y Chodapeturra que no habrán olvidado los lectores a aquel tremendo padre Narciso, hombre de pelo en pecho, y tan notable en otra

parte de toda memoria nerviosa y convulsiva, no habrá quien no se acuerde de la forma, voz y porte del dicho padre Narciso, tan bien, por lo menos, como suele un caballero de tierna reminiscencia de éstos que olvidan por tres o cuatro años pagar un cuarto a bicho viviente, acordarse de los respectivos perfiles de sus acreedores, o una comparación más amable, correo suele el poeta..., pero basta ya de digresiones. Aquel mismo, aquel idéntico padre Narciso, de quien esperamos confiados se acordará el lector benigno, fue llamado a Sevilla antes de que la conspiración estallase por sus antiguos patronos los alquimistas. Los lados flacos del padre Narciso, que moralmente hablando no eran pocos, le habían conducido en diferentes períodos a lazos y dificultades de tal naturaleza, que le hubieran agobiado, sin duda, a no ser por el favor oportuno de los alquimistas, quienes constante y eficazmente lograron sacarlo de sus laberintos y dilemas en gracia de sus muchos servicios pasados, y en esperanza y gracia también de los futuros. La primer obligación que impusieron al reverendo cuando llegó a Sevilla fue la de hacerse confesor de Isabel. Después que como ya se ha visto salió mal aquel proyecto, se aplicó el furibundo padre a otra clase de negocios, y había con mucha actividad asistido al general Landesa en sus comunicaciones con ladrones y contrabandistas y otras gentes de rompe y rasga, en cuya sociedad amable pasaba el dicho reverendo la mayor parte de sus días. Conociendo a fondo las costumbres, modales y lenguaje de los desalmados y matones de aquel tiempo, tuvo el arte de juntar considerable fuerza de ellos, bajo la dirección antes, después bajo los estandartes del general Landesa, de quien era espía, consejero, soldado y sacerdote.

Empezó a predicar el día de la acción así que se descubrieron las primeras guerrillas de Campo Sereno; pero como no fuesen sus oyentes de los más atentos, ni la piedad de ellos extremada de modo alguno, ni él un Elair, ni un Masillon, ni un fray Luis de León ni de Granada tampoco, concluyó la plática como hubiera podido esperarse, con un himno de carcajadas, que salió unánimemente de cuantos ásperos y duros gañotes tenía la congregación. El general, que por acaso pasó por allí, tocó el bajo con unas cuantas profundas, sostenidas y huecas maldiciones sobre aquellos infames, según él los llamaba, que así perdían su execrable tiempo en vez de presentarse en las líneas cuando veían encima al enemigo. Al oír lo cual el fraile, prontamente se desnudó su túnica y capucha, y desenvainando una tremenda espada, se puso a la cabeza de cincuenta o sesenta contrabandistas.

Así como hemos dicho que no tenía el padre grande habilidad oratoria, así diremos que tenía muchísima en el ramo soldadesco y de acción. Se portó como un Hotspur, como un Roldán, como uno de los muchos cofrades suyos que

> Esperan ir sobre Roma
> con Borbón por Carlos Quinto.

Cuando abandonó la esperanza sus banderas, cuando ya no podía ganarse la

victoria ni efectuarse la fuga, se lanzó el fraile desesperadamente sobre el enemigo para buscar la muerte de los bravos. No pudo en este caso salirse con la suya. Cayó con dos grandes heridas, y se le condujo, acabada la acción, al hospital provisional. Practicada la primer cura, se le dejó en la soledad de un muerto reposo. Muchas temerosas y fatídicas visiones afligieron su cerebro calenturiento durante dos horas de fatigosa sueño. Cuando despertó, cuando ya había pasado la irritación y estímulo de la batalla, recobró su conciencia, después de un dilatado interregno, el dominio que siempre debía haber tenido sobre sus sentimientos.
Pidió confesión a gritos; pero como no hubiese cerca sacerdote alguno, vino a su ayuda el sacristán de la parroquia. Era este lego, y no podía, por consiguiente, recibir la confesión auricular; lo cual advertido por el padre Narciso, escribió con admirable compostura y verdadera contrición y penitencia sus oraciones y confesión que en una larga carta, que bien cerrada y sellada puso con un saco de otros papeles bajo el patrocinio del dicho sacristán, instruyéndole a fondo de lo que había de hacer con ellos.

Apenas pudo el buen hombre de la parroquia salvar algunos de estos documentos bajo la negra, o a lo menos negruzca sotana, cuando a la muerte del reverendo se instituyeron por herederos suyos los soldados. Proclamaron inmediatamente sus derechos a la herencia, sin consultar escribano, abogado ni tribunal alguno, ni abrir siquiera un libro de derecho civil. Se arrojaron sin dilación sobre el cadáver del padre, le quitaron una bolsa de oro que aún conservaba oculta, cambiaron en vino parte del contenido con velocidad indecible, se apropiaron cuantos papeles y también cuantas ropas pertenecían al testador, e insinuando urbanamente las puntas de sus zapatos hacia los dobleces posteriores de la dicha sotana negra o negruzca del sacristán, le hicieron partir más que deprisa hacia la sacristía con ambas manos en las posaderas. Entonces se sentaron en todas sus glorias a beber y divertirse del ruidoso modo explicado antes. La oportuna venida de Carlos al hospital salvó algunos de los papeles de una muerte inquisitorial; y entre las cartas destinadas para cartuchos, se hallaba la que envió nuestro héroe al arzobispo, y la misma también que con tan profundas emociones estaba leyendo cuando entró a verlo su sobrino de Grañina. El contenido de esta carta sentimos no poder por ahora comunicárselo a nuestros lectores, pues consta a éstas que era gravísimo secreto que no quiso confiar el prelado ni aun a tan cercano pariente.

## Capítulo IV

Para que no te vayas,
pobre barquilla, a pique,
lastremos de desdichas
tu fundamento triste.
¿Pero tan grave peso
cómo podrás sufrirle?

Si fuera de esperanzas,
no fuera tan difícil.
De viento fueron todas,
para que no te fíes
de grandes océanos
que las bonanzas fingen.

(LOPE DE VEGA.)

Contentamente y plácida tomaba de Grañina su chocolate una tarde, cuando recibió mensaje del arzobispo pidiéndole que sin demora ni pérdida de tiempo pasase a su palacio. Se presentó el coronel, en efecto, a su tío, a quien halló en la guisa de un hombre dado a grandes meditaciones. Después de la tormenta de cumplidos y vanas frases con que gustaban de atolondrarse los caballeros de aquella edad dichosa, dijo el prelado que habían tenido mal éxito sus investigaciones acerca de Isabel. Creía que residiese esta joven todavía en el convento, pero sospechaba que se la quería mudar de domicilio. Adónde no lo sabía, ni los pormenores tampoco, y aun le había costado grande dificultad la averiguación del hecho mismo.
-¿Y es posible que usted -exclamó el impaciente sobrino-, usted mismo que debería gobernar todas las iglesias y gentes de ellas de ambos sexos en su propia diócesis, según la religión lo manda, no pueda usted abierta, franca y directamente sacarla de un convento de monjas, tomándola bajo su protección?
-¡Ay de mí!, sobrino -replicó el arzobispo-: si fuese la abadesa la persona sola interesada en detener la esposa prometida de tu amigo, yo usaría mi justa autoridad, la legación divina que Jesucristo dejó a los apóstoles, y volvería ella a su libertad natural. Pero es contra los alquimistas, sobrino, contra los alquimistas contra quienes tengo que obrar. Se han unido a los inquisidores, y todo lo miran, todo lo perturban y corrompen. Nadie puede levantarse contra su poder. Infeliz del que osase contrariar esta liga impía. Si yo quisiese apurar este negocio, no lograría otra cosa que precipitar a esa joven en una sima profundísima, de donde sólo el poder divino podría sacarla. Más aún; mis propios sacerdotes desobedecerían, abandonarían a su pastor, antes que someter sus cabezas a la mortífera enemistad de los alquimistas. Tengo las manos atadas; me han arrancado el báculo, y el anillo del pescador brilla en mi dedo con inútil lustre, mofa y escarnio de los enemigos de la iglesia. Si doy un paso, la ruina de esa infeliz es cierta, los calabozos de la inquisición le esperan. Por complacerte, primogénito dé mi hermano, dulce sobrino mío, nada omitiría, no habría empresa cristiana en que no entrase. Pero, ¿de qué servirían mis sacrificios contra alquimistas e inquisidores?
Tal era, en efecto, el estado de la iglesia española en aquel período. Los alquimistas podían haber perdido parte de la sólida, casi omnímoda fuerza que habían ejercido en la Corte; pero aún tenían influjo demasiado para causar pavor a sus enemigos. Como por muchos y desde muy remotos tiempos

se había observado la práctica en España de encerrar en un convento, castillo o presidio africano, a quien quiera que osaba oponerse a los intereses de aquellos misteriosos anfibios habían los españoles adquirido gradualmente la costumbre de ceder implícitamente a sus pretensiones, y de disimular su insolencia para no ser víctimas de su perfidia.
Sabía muy bien el arzobispo que podía, en uso de su prerrogativa, intervenir en aquellos negocios de la iglesia que pidiesen su autoridad. No se le ocultaba tampoco que serían sus órdenes obedecidas sin resistencia abierta; pero varios precedentes le habían hecho ver; que antes de que se decidiese la contienda, se le habría con cualquier pretexto apartado de la silla episcopal, adquiriendo nuevo vigor el abuso con el triunfo de los que abusaban. Eran los alquimistas, según la definición vulgar, una espada desnuda, cuyo puño estaba en Roma. Obraban en todos los negocios según su propio juicio, y aunque no necesitaban ayuda, tenían la de la inquisición, con cuyo tribunal conservaron siempre relaciones de cordial armonía.
Se despidió de Grañina del arzobispo después de una larga conversación, poquísimo satisfecho con lo que él creía timidez de aquel hombre piadoso; y resuelto a intentar por sí mismo alguna cosa en favor de su amigo, se presentó en el convento de monjas nobles, esperando de esta segunda visita mejor éxito que de la primera. Pidió hablar a su tía, y esta señora bondadosamente condescendió con su súplica.
Se apareció, en efecto, la ilustre abadesa rebozada en el ceño amarga y desdeñoso gesto que ya de Grañina sabiamente había anticipado. Pero quería mucho a su sobrino, y toda aquella frialdad y despego era resultado de las buenas obras de los alquimistas. El coronel empezó su discurso cumplimentando a la dama acerca de su amabilidad y lozana presencia. Pocas tías pueden conservar por mucho tiempo su semblante airado contra un sobrino de veintiséis o veintisiete años, que pide misericordia con ojos vivos, expresivos y tan ardientes como los de Grañina. La abadesa no era de esas pocas. Presto se reconcilió con el picaruelo, pues tal nombre solía darle al coronel. Al fin de una visita de media hora, ya se lisonjeaba de Grañina de haber suavizado a su tía hasta el punto de comprometerla. Así, con mucha indiferencia, y como por acaso, pronunció el nombre de Isabel. Aquella palabra sola convirtió la sonrisa de la abadesa en un repulsivo y tempestuoso gesto con la rapidez que al toque de la vara mágica suele tornarse el fresco vaso de flores que en la pantomima se presenta en una calavera o en un sepulcro. Desde aquel punto se volvió la conversación un huracán, y como los huracanes, fue ruidosa y precipitada, y tuvo súbito fin.
Isabel, causa de esta mutación repentina, estaba, entre tanto, en el convento. Sentía una débil esperanza, poco más acaso que un ardiente deseo de que Carlos se hubiese librado por algún medio de la funesta suerte que le esperaba antes de la sentencia. Ignoraba, empero, la verdad, y temía hacer indagaciones que pudieran descubrirle el término fatal de una vida que en su corazón idolatraba. No le quedó otro consuelo que resignarse voluntariamente entregando su ánimo a la dulce melancolía de la religión.
En esta inanición absoluta de ánimo, las aisladas conjeturas de nuestra heroína tenían por término ordinario el fin desastroso de su amante. Todas las circunstancias colaterales tendían a sancionar esta temerosa sospecha;

y no eran las insinuaciones de la abadesa las más propias para disiparlo. Conocía esta buena viuda lo bastante del mundo para penetrar en el ánimo de Isabel, y no carecía de arte ni de inclinación para aprovecharse de su conocimiento; hasta este punto había la astucia alquimística pervertido su razón. Se hizo constante compañera de Isabel durante su convalecencia; se interesaba mucho en sus aflicciones, y agotaba todos los recursos visibles para mitigarlas, aunque de hecho no hacia más que confirmar y fortalecer sus padecimientos.

-Te has de esforzar, hija mía -le decía con lágrimas-, en llevar pacientemente estas tribulaciones que el Señor envía a sus bien amados. Tus sufrimientos han sido grandes, y tus pruebas tal vez demasiado agudas. Pero, ¿qué mortal está libre de semejantes desengaños? ¿Qué son tus vejaciones comparadas a la agonía que padeció nuestro Divino Esposo en una vida de amargura, en una muerte infame, para redimir nuestros pecados en el árbol santo de la cruz? Consuélate, hija mía, y espera en Jesucristo y en su Madre Santísima que te darán a conocer más felices días.

-Jamás, buena madre -replicaba Isabel con dolorosa resignación.

-Sí, hija mía, tiempos más dichosos te esperan. Si no en esta casa, de que no deseas ser moradora perpetua, resplandecerá el sol sobre tu frente rutilante y puro en otros climas, adonde no haya penosos recuerdos que oscurezcan la ventura de tus horas.

-¿Y adónde, madre querida, adónde podré huir de mí misma, de mi misma fantasía, de este corazón, manida de tan amargos y voraces sentimientos, que sólo la clemencia divina pudiera con su omnipotencia aliviar? ¿Adónde habrá paz para la que en tanta desventura ha caído?

Esta pregunta dio a la abadesa ocasión para revelar artificiosamente un proyecto mucho tiempo hacía formado para enviar a Isabel a América con la familia del señor don Francisco de Gonzaga, hermano del alquimista del mismo nombre, que iba destinado a aquella región con uno de los más altos empleos de la magistratura judicial.

Oyó Isabel esta insinuación con la indiferencia y calma que suelen engendrar las violentas tempestades del ánimo, y ni preguntó siquiera a la abadesa bajo qué condiciones o cómo quería hacerle emprender tan largo viaje. No desanimada la abadesa por el poco interés que excitó en Isabel esta propuesta, le hizo una brillante aunque desatendida descripción de la blandura, gentileza y buena fama de la señora de Gonzaga, así como de la integridad y alta reputación del magistrado su esposo. Estos distinguidos consortes, no habiendo logrado sucesión en cerca de tres docenas de años que hacía se la estaban pidiendo al cielo, habían suplicado como especial favor a la abadesa, o a lo menos así lo decía ella, que permitiese a alguna de las jóvenes que tenía en su convento, adonde todas poseían buenos principios de religión y moralidad, que los acompañase en vez de una hija al otro lado del mar.

-Pero, ¿podría yo saber antes de aceptar tan bondadoso ofrecimiento?

-¡No, hija mía! -exclamó solemnemente la abadesa, interrumpiendo sus palabras-; no desees averiguar lo que te sería fuente de eterna desventura. Me has abierto tu corazón. Sé y compadezco tus padecimientos. He visto la duda que corroe tu ánimo; supón lo peor, amada hija mía; y aún será afortunado para la paz de tu alma que ignores lo demás.

Reclinó la cabeza en el pecho, y un raudal de amargas, fervientes y

silenciosas lágrimas bañó las manos de la abadesa. Cuando se hubo apaciguado un poco, le dejó sola la abadesa para que formase, según dijo, una resolución libre y franca.
Había logrado la abadesa, con frecuentes y oportunos actos de bondad, borrar del sincero pecho de Isabel todas las semillas de resentimientos que su anterior conducta pudo haber sembrado. Pero otra persona ejercía aún mayor influencia en el ánimo de nuestra heroína. Era ésta su confesor. Cuando condescendiendo con las súplicas de la abadesa, expresó Isabel su gratitud al confesor del arzobispo, aliviándolo de la molestia de venir a visitarla, le pidió por último favor que la recomendase al cuidado espiritual de algún sacerdote elegido por él y de toda su confianza. El eclesiástico escogido para este objeto se presentó en el convento de las madres, y dio a Isabel la señal por donde debía ser reconocido. La prudencia y desinterés de sus consejos, la suavidad de sus sentimientos, la dulzura y espíritu evangélico de sus palabras, consiguieron mitigar en algún tanto, a que extinguir del todo no era posible, la profundamente arraigada tristeza de Isabel. A este hombre venerable resolvió Isabel consultar todos los asuntos graves sobre los que tuviese que tomar resoluciones trascendentales. He aquí parte del diálogo de Isabel con su confesor la vez primera que visitó el convento, después de las aperturas de la abadesa.
ISABEL.- Mi madre abadesa me aconseja embarcarme para América. ¿Qué le parece a usted que haga, padre confesor?
CONFESOR.- ¿Por qué motivos deseas emprender tan peligrosa y ardua navegación, hija mía?
ISABEL.- Para ver si con la ayuda de Dios puedo recobrar el descanso y paz de ánimo, ahora que se me proporciona ir con la familia del señor juez de Gonzaga.
CONFESOR.- ¿Pero te parece a ti, amada hija mía, que el consuelo celestial te será dispensado más especialmente al otro lado del océano Atlántico, que de esta parte de sus aguas? ¿Piensas tú que el Señor, para quien el mundo, el universo es un átomo, te dará más protección en el occidente que en tierras adonde sale el sol antes? ¿Puede la merced, que como dulce lluvia baja de los cielos, y refresca y calma el corazón humano, limitarse a determinadas regiones, o interceptarse por las mares más anchas? ¿Te sientes tú, hija mía, de tu propia voluntad inclinada a emprender ese viaje?
ISABEL.- No padre. Al contrario, le miro, no sé por qué, con aversión extrema. Pero yo ni tengo casa, ni protectores, ni parientes, ni amigos. Vivo aislada en el mundo, sin pan que llevar a los labios, sin derechos para exigir ayuda ni hospitalidad del convento, y la madre abadesa me propone salir de él: ¿qué puedo yo hacer?
CONFESOR.- La madre abadesa es una señora de costumbres cristianas y santas, cuyas proposiciones reverencio yo humildemente. Sin embargo, por si hubiese algún grado de preocupación en su consejo, por si acaso estuviese equivocada, pues la sabiduría infinita no es de los hombres, arrodíllate, hija mía, al Señor, y pídele que ilumine tu alma. Las antorchas de su sabiduría infinita resplandecerán mejor sobre el tenebroso sendero de tu vida, que mis consejos o los de tu madre abadesa. Pero, por otro lado, ¿qué te une a esta tierra, hija mía, a esta tierra adonde ni

casa ni un amigo tienes que te ofrezca consoladora mano?
Isabel contestó así con increíble compostura:
-Yo era, ¡ay Dios mío!, tal vez soy aún, la esposa prometida de un hombre que sacrificó por mí la tranquila felicidad de su hogar paterno, su reputación y hasta su vida. Si viviese, saldría del convento e iría a consolarlo hasta los ángulos más remotos de la tierra. Si está ya entre los muertos..., entonces, padre..., todo me será indiferente, la vida y el sitio adonde la pase. Hasta saber con absoluta certidumbre el resultado que tuvo la causa funesta de mi Carlos, no puedo tomar resolución alguna con imparcialidad ni prudencia. ¿Querría usted, padre mío, informarse a fondo de este asunto? Dios premiará su bondad.
Se encargó el confesor del cuidado de satisfacer sus deseos, y en el término de dos días le trajo una certificación dada por el cura de la caridad, y autorizada en forma por tres escribanos, declarando el día y hora en que los restos de don Carlos Garci-Fernández volvieron a la tierra, después de haber sufrido en la plaza pública el último rigor de la ley, según la sentencia de los jueces.
Aunque preparada para lo peor, y aunque el confesor tomó todos los medios posibles para embotar aquel cruel golpe, creyó esta confirmación una nueva calamidad, y tan profundo fue su dolor, que temió la abadesa, según el dictamen de los facultativos, que no sobreviviese a tan dura prueba. Se propuso, pues, el viaje por algunos días, hasta que pudo pasar Isabel en un coche a la casa de la señora de Gonzaga.
Vivía la familia del juez en amor y bondad, y por esto debía Isabel agradecer a Dios sus mercedes. La recibió la señora con la hospitalidad cansadísima de aquellos tiempos, y poco después salieran todos de Sevilla en uno de sus cómodos coches de colleras que nuestros venerandos abuelos usaban. Ocho o nueve mulas, zagal de alpargatas y medias azules, obeso y jurador mayoral de ídem, camas, provisiones y batería de cocina encaramadas a voluntad de Dios sobre la techumbre de la caja, la zaga y otras partes, y doce miñones catalanes de malísimo aspecto. Todo lo cual salió de Sevilla con ruidosa velocidad hacia Cádiz, adonde la familia debía embarcarse para América. Estaba ya su bajel preparado y pronto para zarpar y soltar vela.
Ya se ha dicho en otra parte que de tal modo exige la decencia que estén hechos los confesonarios de las madres monjas, que ni éstas pueden ser vistas, ni ver a sus confesores. Cuando el eclesiástico señalado por el arzobispo o por su capellán se presentó en el convento de Isabel, tomó el nombre de ésta, sin conocimiento de la abadesa, aquella antigua portera de Chato, a quien los alquimistas tenían ganada y pronta a obrar por ellos como le mandasen. Recibió, pues, la portera un corto billete credencial dirigido a Isabel por el capellán del arzobispo, el cual puso sin pérdida de tiempo en mano de los alquimistas. De éstos era hija la felonía de enviar a Isabel a la ultramarina España, bajo la protección del juez de Gonzaga.
El profundo y sutil intrigante que la había concebido se presentó a Isabel disfrazado de eclesiástico, y le entregó la carta que había de acreditarlo de confesor enviad o por el arzobispo. Para ganar mejor en lo sucesivo la confianza de su hija espiritual, tuvo el arte de manifestarse adverso en las consultas que le hacía Isabel a los más de los proyectos de la

abadesa. Cuando, como hemos visto, le pidió nuestra heroína que investigase el destino de Carlos, dictaron los alquimistas a su agente Nicasio Pistaccio el falso documento de que acabamos de hacer memoria, y con el que se logró deslumbrar la víctima a que tanto rencor tenían.
Acallar para siempre a Carlos fue ya el solo objeto de los alquimistas. Isabel ya no podía serles incómoda, pero no se olvidaban de que era Carlos probablemente depositario de un peligroso secreto.

## Capítulo V

Tus huesos no tienen tuétanos.

(SHAKESPEARE.)

La muerte del general Landesa habla, como sucede con todos los acontecimientos políticos de alguna importancia, cubierto de dolor a unos, y dado placer a otros. Los alquimistas, aunque públicamente anatematizaban su memoria, lamentaban, no obstante, su infortunio.
Las consideraciones personales pesaban, empero, tan poco con estos buenos señores, que al paso que sentían el mal resultado de la batalla, daban al cielo mil gracias de que el guardián de sus secretos hubiese sido víctima de sus tempestades. Mejor hubiera por cierto consonado con sus intereses, que los partidarios revolucionarios hubiesen logrado algún renombre o fuerza antes de su total exterminio; la intervención alquimística en favor del gobierno pudiera entonces haber aparecido más importante, y su éxito más glorioso. Aun del modo poco satisfactorio para ellos con que se habían terminado aquellos asuntos recogieron los alquimistas, si no todos, muchos de los frutos de sus intrigas. Tal era la refinada audacia y sutileza de estos buenos señores.
Había, empero, una persona en Sevilla, tal vez la única, que manifestó profundo y público sentimiento por la muerte del general Landesa. Era ésta la marquesa del E., la anciana viuda a quien esperaba el caudillo conducir al altar, y la misma señora que anteriormente había tomado tanto interés en beneficio de Isabel para persuadirla a que abrazara la vida monástica, y en los últimos tiempos para promover su viaje a América, y separarla de escenas que tan dolorosas debían serle.
Había comprometido la marquesa su influjo todo en favor de los alquimistas, cuya gratitud, pero más especialmente cuyo egoísmo los inclinaba a asegurar con mano y consejo el deseo vehemente que tenía de ver desaparecer de España a la nociva joven Isabel.
Ya era cerca del mediodía, cuando la marquesa, después de una desvelada y fatigosa noche, se hallaba reclinada en un sofá de suave terciopelo, encendidos los ojos por las lágrimas y la vigilia, la frente recargada cual si la oprimiesen tenebrosos pensamientos y recuerdos amargos. Las nuevas de la muerte del general la habían sorprendido el día anterior, y como eran vivísimas sus esperanzas del triunfo de los facciosos y de su

himeneo con el héroe, fue su dolor inexplicable. Lo súbito e inesperado de tan grande revés aumentó también su violencia, y bebió la marquesa hasta las heces la copa de la aflicción.
En medio de su abatimiento la interrumpió un criado que dejó una carta cerrada sobre la mesa, se inclinó respetuosamente, y volvió a salir en silencio de la sala.
-¿Qué nuevas traerá ese papel execrable? -exclamó la marquesa en su paroxismo-; pero poco importa que diga lo que quiera. Mi felicidad se ha marchitado por mi propia mano, y la maldición del cielo ha herido ya hace muchos días mi frente. ¿Por qué había yo de llorar sobre sus ruinas aun cuando el orbe entero pereciese? ¿Por qué he de interesarme yo, ni padecer por los tormentos de los otros? ¿Encuentro yo acaso simpatía, consuelo para los míos, ni en mi propio corazón siquiera?
La marquesa inclinó la cabeza sobre el pecho, y algunas amargas y ardientes lágrimas humedecieron sus ojos. Pero la curiosidad venció su dolor por un instante. Tendió al billete la fría, trémula e incierta mano, rompió el lema, y reconoció la firma de Pedro Facundo, el jefe de los alquimistas. Cayó el papel sobre la falda, y permaneció inmóvil un corto espacio. Animándose, empero, leyó el billete, en el cual no se le ofrecía, como hasta entonces había sucedido, la pronta salida de Isabel del convento y de España, sino que se le daba la sola noticia que vehementemente deseaba saber la noble dama, esto es, que ya Isabel había, en efecto, salido de Sevilla, y aun caminado muchas leguas en su peregrinación hasta la América.
Estas nuevas dieron a la marquesa más consuelo que pudiera haber esperado de todas las mitigadoras y balsámicas reflexiones que trae el mismo Cicerón en su tratado De senectute, del cual sentimos en el alma que empezamos ya a tener necesidad. Se sintió algo más aliviada por la tarde, y cubierta en honor de la memoria del general Landesa de gasas y negros crespones, entró en su coche y se dirigió a la catedral, adonde la nobleza, el clero y el pueblo debían congregarse para oír predicar al padre fray Diego González, el más célebre de los oradores cristianos de entonces.
Quienquiera que haya visitado la catedral de Sevilla, quien quiera que haya levantado la vista a su magnífica y alta techumbre, o visto las interminables líneas de potentes cuanto ligeras columnas que la sustentan, ha sentido indudablemente la presencia de la deidad. Tan grandiosa es la estructura y tan sublime, tan elevados los góticos capiteles y rápidos arcos que de ellos se levantan, tan inmensas moles se ven suspendidas y trabadas en la eminencia del abovedado artesón, que no es posible resistir a la idea de una fuerza sobrenatural cuando se contempla aquel suntuoso prodigio de las artes. Bien puede afirmarse, sin cometer ninguna hipérbole romántica, que el edificio mismo es un ejemplo del poder milagroso. Este espléndido templo, oscuro y fresco en el verano, claro y abrigado en el invierno, estaba en la ocasión de que hablamos concurrido por cuantas personas de Sevilla, de todas clases y edades, pudieron ir aquel día al servicio vespertino. No había quizá hombre ni mujer entonces en España que no hubiera preferido el placer de oír al padre Diego de Cádiz, a cualquiera otro de la tierra.
No era, empero, mayor que su mérito la fama de este predicador. Sincero,

puro y ardiente cristiano, animado por una imaginación de fuego, suavizada su existencia por un corazón amorosísimo, administraba la divina palabra, no envilecida ni vacilando al través de argucias escolásticas, o por períodos retóricos y eruditos, sino puras y abrasando como en el pueblo escogido aquel inspirado profeta, que llamaba con voz de trueno al cielo y a la tierra a que diesen oído a sus palabras; o enternecido a veces en la clemencia de sus propios sentimientos y en la ferviente caridad del divino maestro:

-No temáis -decía repitiendo la sagrada leyenda-: yo derramaré agua sobre el que tiene sed, y bañarán mis torrentes las tierras secas: yo derramaré mi espíritu sobre tu semilla, y mis bendiciones sobre tu descendencia.

Se dirigió el discurso de fray Diego de Cádiz al arzobispo y cabildo eclesiástico. Reprendió la vanidad y pompa que casi habían sumergido la barca de San Pedro, no con veladas alusiones, sino con la franca, impávida y viva energía del hombre a quien escogiera el cielo para llamar al buen camino a los que de él se habían extraviado. Habló del orgullo, del lujo, de la concupiscencia, de los herederos de los apóstoles, y pintó elocuentemente el castigo que espera en la otra vida a los que llenaron a los fieles de escándalo, a los que debilitaron la fe de la Iglesia cristiana. Tal era la imponente eficacia de sus sermones, que quizá no le oyó jamás hombre que no mejorase su conducta, y sintiese más o menos arrepentimiento por sus pecados.

Fue la marquesa del E. una de las últimas señoras que salieron del templo, y rápidamente y agitadísima de ánimo se encerró en su palacio. Al entrar la noche se sintió bastante indispuesta, pero fue dilatando el retirarse a descansar hasta más de las once, cuando ya, acongojadísima y fatigado su espíritu, se retiró a su alcoba. Tan profunda impresión dejaron en su mente las palabras que por la tarde había oído.

Habían flotado, digámoslo así, todo el día por su ánimo una infinidad de tenebrosos pensamientos, y esperaba confiada que la soledad restablecería el equilibrio de sus ideas y los fatídicos vuelos de su imaginación. Entró en su lecho con azoradísimo y fatigado corazón, y descansando la dolorida frente en la almohada, cerró los ojos y se dispuso a reconciliar el sueño.

Antes que hubiese podido la marquesa lograr su dulce refrigerio sonaron en la catedral las doce de la noche. Un escalofrío involuntario y difícil de descubrir fluyó por sus venas al eco solitario y triste de la campana. Se repuso sobresaltada en el lecho, y volvió a hundir en él en conmoción violenta, rezando en voz baja la salutación de la Virgen. ¡Caso extraño y temeroso! Se le olvidó la Salve, que repetidamente rezaba cada día. Empezó su oración repetidas veces con aquel desorden y desconcierto con que suele pensarse entre el sueño y la vigilia, pero nunca pudo continuar sus devociones. Tal fue su terror repentino y misterioso, y tan profundas las sensaciones de su ánimo:

-¡Qué será de mí, Virgen Santísima! -exclamó, comenzando de nuevo la Salve, cuando una súbita reverberación cual podía producirse del choque de dos inmensas y elásticas láminas de metal hirió sus oídos.

Perdió con aquello el valor y no pudo ni aun llamar a sus criados. En aquel momento primero de su espanto quiso gritar, pero quedó su lengua como clavada al cielo de la boca, y rehusó el oficio de la palabra.

Ocultó la cabeza bajo las ricas sábanas y colcha de seda, y deteniendo el

resuello, pasó algunos instantes en grande y aguda agonía. Apenas un minuto habría transcurrido, cuando oyó el cerrojo interior de su puerta, correr entre las argollas. Por segunda vez se repuso con repentino sobresalto, y volvió a hundirse entre las tenues plumas invocando en su favor la ayuda celestial.

Un pie ligero resonó entonces pisando la pérsica alfombra. Estrechó aún más los cerrados párpados, no fuese que la desmayada luz de la bujía que alumbraba al lado opuesto del apartamento revelase a sus ojos objetos más terroríficos que los que hasta entonces sus miedos le habían pintado. Repitiendo interiormente los nombres de Jesús y María, continuó helada e inmoble, mientras los pasos se aproximaban lentamente y sonaban ya más y más cerca de su almohada. Se resbalaba la marquesa al oírlos, trémula y con mortal agitación, hacia los pies de la cama, hasta quedar envuelta del todo en los suntuosos paños. Un distante y solitario golpe dio en el reloj de la catedral las doce y media. En aquel mismo punto, una mano fría, cual pudiera salir del yerto sepulcro, oprimió la frente de la marquesa. Lanzó un grito de lo más recóndito de su alma, y se hundió aún más en los embozos de la cama; pero la siguió la mano como si estuviese separada del cuerpo, y cada vez era más fuerte la presura. Una voz agria y de horrísono metal le dijo al oído:

-Abre los ojos, prima mía.

Obedeció la marquesa aquel sobrenatural mandato, y descansó su incierta trémula vista sobre el cadáver de una mujer. La descomposición del cuerpo aún no se habría completado. Fracciones de pútrida y amoratada carne cubrían aún por partes los huesos. También se percibían distintamente los tendones y ligamentos, y la remota bujía derramaba pálida y temerosa luz sobre un mechón de sangrientos cabellos que en líneas rectas bajaban del despedazado cráneo cual marchitos sarmientos desprendiéndose de la frente de un arruinado torreón. No pudo la marquesa desplegar sus labios; pero entreabriéndose las descarnadas encías del espectro, después de una sonrisa aterradora y pavorosa hasta lo sumo, hicieron resonar estas palabras:

-Cerca está, oh prima, el término de tus días. Yo te perdono. Recibe el ósculo de la reconciliación.

La marquesa extendió los brazos maquinalmente y como para defenderse, y sus manos encontraron los rugosos y yertos pechos del cadáver destilando aún una sustancia tibia y glutinosa.

-Recibe el ósculo de la reconciliación -repitió el espectro.

Y bajando la frente la reposó sobre la de la marquesa, extendiéndose los húmedos cabellos sobre su garganta y respirando en sus labios el aliento insufrible del sepulcro:

-¡Arrepiéntete! -pronunció la voz sofocadora de la aparición.

Y en aquel instante sonó la una de la noche, y después de hincharse tres veces la luz de la bujía, expiró de repente, y dejó la alcoba en profunda oscuridad y mortal silencio.

Volvió la marquesa del letargo de su agonía, y desmayada aún por la impresión que tan extraña y tremenda visita le causara, imploró fervientemente la clemencia de los cielos. No pudiendo cerrar los fatigados párpados, se fortificó con la oración mental, empezó a nacer en su pecho la esperanza de que todo habría sido un espantoso sueño, producto

de naturales causas, y tenía, empero, o más bien estaba cierta al tiempo mismo, de que tan horribles y vivas sensaciones sólo la realidad podía crearlas. En la agitación lastimosa de su mente, en medio de aquel desorden, confesó a Dios sus pecados, y se resolvió a esperar pacientemente la venida de la mañana, para empezar con su luz una nueva vida, cediendo a la iglesia la inmensa parte de sus bienes que no pertenecía al mayorazgo, y retirándose a un convento, adonde cubierta de cilicios y cenizas recibiera con resignación y tal vez con esperanza el ya predicho abrazo de la muerte.
La noche, empero, seguía lentamente su curso, y ya la marquesa había sufrido un siglo de pesares antes de oír la campana de las dos. Reconcentrando su valor, pudo después de muchos esfuerzos, y combatida por la desesperación y el miedo, sacar el brazo de la cama y tirar del cordón de la campanilla con violenta y convulsiva fuerza. Parecía que estaba desierta su casa. Empezaron a nacer en su alma nuevos temores, pero los disipó una de sus doncellas, que entró al fin con una luz en la alcoba, restableciendo con su presencia gran parte de la serenidad de la marquesa.

-Mi luz acaba de apagarse -dijo ésta con acentos confiados-, y no puedo dormir sin ella...
Compuso inmediatamente la lamparilla la doncella, a quien pidió su ama le acompañase hasta por la mañana, pues no se sentía buena. Sin salir de la habitación tocó la doncella la campanilla, vinieron otras criadas, e inmediatamente dispusieron un cordial para su desvelada señora. Ya más animada por el bien que la medicina le hizo, y principalmente por la presencia de su familia, pudo al fin la dama gozar algunas horas de descanso, y el sol de la mañana siguiente la encontró algo restablecida, aunque profundamente agitada todavía su alma con la visión de la noche precedente. Las señales de su arrepentimiento no se manifestaron tan pronto, ni fueron tantas ni tan absolutas como había premeditado. No excusó a sus criadas al levantarse del difícil y prolijo trabajo de corregir en lo posible las devastaciones que había hecho el tiempo en sus cabellos, ojos, dientes, mejillas y cejas. Después de un prolongado tocado, pensativa y silenciosa, mandó, como tenía de costumbre, que le trajesen el chocolate.
No sería de extrañar que en los tiempos presentes, en que hay gentes incrédulas e irreligiosas por sistema, y que los que no lo son, por falso orgullo quieren parecerlo, se hallase alguna que saliera a negar en pública palestra literaria la posibilidad de las apariciones, acusando de ipso facto la precedente narrativa de fanática y desmesuradamente crédula, con grave detrimento del buen renombre de la obra, y mayor detrimento aún de su editor, a quien costaría la acusación dicha, amén de las pesadumbres, el dinero. Para acallar, pues, de antemano a incrédulos y decidores, citamos en favor de las apariciones no sólo a nuestros escritores eclesiásticos, a quienes tal vez recusarían nuestros fiscales, sino al atlético y membrudo moralista de los herejes, al doctor Youhson, que lo afirma y demuestra en luminosas y elegantes razones. Y si su fe no bastare, llamemos en nuestro favor a Byron (a quien con perdón del señor M. de la R. consideramos como el poeta del siglo), que aunque más incrédulo que un santo Tomás, y hombre positivo y de los de dos y uno

tres, tres y tres seis, creía a pies juntillas en apariciones, como lo dice rotundamente en uno de los últimos cantos de su don Juan, que puede consultar el benévolo lector.
Mucho se nos ocurre que decir sobre el particular, pero hay razones que nos obligan al silencio. El hecho es positivo. Si a los deístas modernos no acomoda recibirlo en su forma anterior, ahí está la fisiología, que les explicará el cómo y cuándo de las afecciones nerviosas, y el modo de ver, oír y entender cosas que no existen. Si fue piadoso aviso de arriba, o efectos de causas de abajo, no es de nuestra incumbencia averiguarlo; ello es cierto que pasó, y aquí repetiremos al lector caro:
Como me lo contaron os lo cuento.

## Capítulo VI

Por importar en los tratos
y dar tan buenos consejos,
en las casas de los viejos
gatos le guardan de gatos:
y pues él rompe recatos
y ablanda al juez más severo,
poderoso caballero
es Don Dinero.

(QUEVEDO.)

-¿Conque ya absolutamente restablecido? -preguntó el erudito caballero de Guzmán a Carlos al entrar en la reducida casa de un lugarejo adonde estaba alojado en compañía de Alberto, su fiel Acates y de Chato, que desde el día de la batalla, en que por falta de un caballo no pudo seguir la fuga del Niño, su caudillo, había permanecido bajo la protección de Carlos con las triples funciones de asistente, mayordomo y cirujano.
-Del todo bueno ya, mi querido caballero -replicó Carlos, conduciendo a su huésped a la menos rota y temblona de las sillas-. ¿Y usted puede darme de sí mismo noticias igualmente satisfactorias?
-No del todo -contestó el juvenil caballero-. La herida de este malhadado brazo siniestro, que por fortuna no es el de la espada, me escuece, duele y mortifica más cada día, aunque hasta ahora no se ha dignado el cirujano considerar la herida de importancia, ni sospechar que pueda tener malos resultados.
-Así lo juraría yo -dijo Chato haciendo tres cumplidísimas reverencias al de Guzmán-; tan fácil es que un doctor sienta el dolor de un paciente, como que llore un abogado por la ruina de su parte.
-¿Quién es este ingenio? -preguntó el sanjuanista, mirando atentamente al

orador.
-Un picarón -le contestó Alberto-, hombre que suele tener alguna ocurrencia feliz de Dios en cuando, que el día de la batalla salvó la vida del subteniente Carlos; habla por los codos, mete su cuarta de espada en todas las conversaciones, y es desde entonces nuestro cirujano.
-Y mayordomo -añadió Carlos.
Chato hizo tres reverencias durante este discurso, como aceptando cada una de las profesiones de pícaro, cirujano y mayordomo.
-Pues que así es -dijo el de Guzmán-, estoy autorizado para hablar a este insigne cirujano con las palabras de Marco Tulio, y decirle sed de re severissima tecum jocor, puesto que le parecen cosas jocosas mis heridas, aunque la creación entera no me presenta a mi objeto que tenga el décimo de su severidad.
-Pido mil perdones a su señoría -exclamó Chato con ademán implorante no era mi intención hablar ligeramente ni por lo jocoso, sino ofrecerle a usía mis humildes servicios, y pobre y corta práctica en curar heridas. También ha de saber su señoría, que yo tengo la desgracia de que cualquier palabra o historia que yo gravemente cuezo y compongo allá en mi cabeza, aunque sea con los más serios materiales, sufro yo no sé cómo tales cambias y transformaciones antes de llegarme a los labios, que la gente se me ríe en las barbas como si hubiese yo soltado la chanza más salada del mundo. Una vez, me acordaré toda mi vida, más de veinte personas me soltaron en los ojos una de aquellas carcajadas de a media hora al acabar de contarles yo la temerosa muerte del tío Francisco en la horca de Almendralejo.
-Está usted perdonado, señor mayordomo -dijo el caballero de Guzmán al oír esta apología-. Diré más; puesto que es usted tal maestro y noscente en el modo de tratar estos desórdenes heroicos, le suplico a usted que vea este brazo, y me dé sin temor sobre el asunto su opinión más jovial y risueña.
Se desataron las vendas, y el nuevo Esculapio penetró de una mirada la extensión del mal, y exclamó con animación de rostro y palabras:
-Bien predije y profeticé yo acá en mis adentros, que era el cirujano de su señoría un grandísimo bellaco aforrado en lo mismo. Esta herida está así aún, tan cierto como vivimos, para que le vaya a él redituando, porque si la cura de golpe, adiós mi dinero. Yo voy a lavarla en un abrir y cerrar de ojos, a ponerle luego ciertas yerbecitas medio cocidas que yo me sé, y si no tiene usía una memoria milagrosa, no se acuerde en menos de una semana de cuál de los dos brazos era el herido.
-¡Olvidarlo yo! -dijo el caballero-; no a fe mía, hasta que se me olvide que tengo brazos. Pero dese usted prisa, pues que son tan eficaces, a facilitar esas medicinas.
Se pospuso el almuerzo mientras fue Chato a preparar las cosas necesarias para la cura. Carlos, contentísimo sinceramente de ver a su buen amigo de Guzmán, le preguntó, entre tanto, qué casualidad feliz le había traído a aquel lugar, y si pensaba detenerse por algún tiempo.
-La cadena de sucesos que aquí me tiene -replicó el sanjuanista- tiene más eslabones que aquella cadena de entes naturales, por la cual ascienden los filósofos como por su casa a pasito corto desde el rudo e inerte mineral; hasta la perfecta, sensible e inteligente máquina humana. Mi estancia en el pueblo será en proporción inversa; y esta noche, o a lo más mañana por

la mañana, debo partir para Sevilla.
-¡Para Sevilla! -repitió Carlos, como quien allí tenía el alma- Para Sevilla... lo que es esta noche no hay que pensar en viajes. Tengo el derecho de detenerle a usted por veinticuatro horas a guisa de hospitalidad árabe, y haré valer mis fueros. También he de advertir a usted que tengo comunicaciones militares que hacer al señor coronel de Grañina, su primo...
-Aquiles, quiere usted decir. Escriba usted, pues, si gusta. Mucho se alegrará de recibir tan grata correspondencia, que cuidadosamente le entregarán mis fieles manos. Escriba usted, pues, señor estudiante, prefiero dar a usted este nombre por ser más amigo de las letras que de las armas, escriba usted... pero... aquí está ya el señor mayordomo.
Era, en efecto, Chato, con un puchero en la mano. Lavó bien la herida, y le puso su venda con inexplicable consuelo del sanjuanista, que con Carlos y Alberto se puso después a la mesa. En vano lucharon los discursos del caballero por salir a la luz hasta pasado el primer impetuoso ataque que dieron los tres jóvenes al desayuno. Después de éste, como se quejase Carlos de lo tristemente que vivía en aquel lugar, de las continuas incomodidades que los presos le daban, etcétera, dijo el de Guzmán:
-Veo que se queja usted de vicio. Más podría yo decir, y no sería idea hiperbólica la de asegurar que todo el frío, el miedo y la hambre que pasé antes de mis proezas marciales en los campos de Verdecillo, todo junto no equivale a un décimo de lo que he padecido desde nuestra separación.
-¿Y puede saberse cuáles sean esos amargos padecimientos, señor de Guzmán, o son acaso inter arcana Cereris? -preguntó Carlos:
-Arma virumque cano -respondió el sanjuanista con elevado énfasis- qui primus salió para visitar la sierra a la cabeza de cuarenta guerreros, después de la que nosotros llamamos batalla de Verdecillo. Este héroe que canto, soy yo mismo, y heme aquí ya sin preludio, andante ni introito, alojado en una de las mejores casas de uno de aquellos lugares que los demonios se lleven. Una de las mejores fue el calificativo del alcalde al mandarme a la casa adonde fui alojado. Pero si aquella era modelo del grado superlativo de la excelencia arquitectónica del pueblo, o bien eran los habitantes trogloditas, o representaba el grado positivo nidos de golondrinas más bien que viviendas humanas. Me recibió en mi alojamiento el patrón dando zapatetas y una vuelta de campana. No hay que reírse, que no exagero, aunque tampoco afirmo si era aquel hombre hospitalario que tan gayamente me recibía amo, amigo o criado de la casa; nunca pude averiguarlo. Yo estaba muy cansado, y no pude responder a su salutación con un par de mudanzas de bolero como debiera; y así sans façon, me inserté calladicamente en mi lecho, con la deliciosa esperanza de lograr un profundo y prolongado sueño. Pero, ¡ay de la humana fiducia! Aún no se habían entremezclado mis pestañas, cuando me empezaron a barrenar los sesos ayes y quejidos como los que suelen preceder a la muerte. Me creí vuelto a la batalla, y execrando de la gloria militar y de su inventor, abandoné mi apetecida, aunque dura almohada. Me esperaba en el cuarto inmediato una escena de la especie patética, esto es, una escena de aquellas para las cuales la naturaleza me ha negado más dotes. Descubrí una anciana, pero anciana de veras; luchando con las últimas agonías de la vida, y marchando a paso redoblado hacia los señoríos de la muerte, en los

brazos de mi fantástico huésped, un fornido negro de pocos menos años que la semidifunta. Se me antojó al ver a mi patrón en aquel trance, el ángel malo del agonizante, el ministro, nuncio o embajador de Lucifer. Jamás he tenido especial deseo de tratarme con este príncipe. Detesto el olor del azufre. Le pregunto, no obstante, a su plenipotenciario si estaba en mi poder ayudar a la dama en aquella hora. El negro me insinuó que no con mil piruetas y ademanes, y yo salí volviendo la cara atrás y renegando de mi suerte. Ya había yo; según positivamente creo, despertado al más perezoso lirón de los campos vecinos al pueblo, antes de lograr que se despertase el alcalde, a cuya puerta me cansaba ya de dar golpes. Al fin se hubo de levantar, y conseguí ver la punta de su capillo blanco asomada a una ventana. A su merced le dio hipo, sin duda del aire fresco, y con él me preguntó qué se me ofrecía. Le pedí otro alojamiento con la mayor ternura de que es mi lengua capaz; y al cabo de innumerables aventuras, me vi ya dentro de la puerta de otra casa. Así como mi huésped pretérito me recibió con brincos y cabriolas, así por vía de compensación me abrió la puerta la huéspeda presente indicativa con lágrimas y sollozos:

-O la gente toda de este lugar ha perdido el seso -dije yo para mí al verme sumido de nuevo en lo patético-, o ha resuelto el destino que permanezcan mis ojos abiertos para siempre, a lo cíclope, y con perpetua mirada.

Se realizó esta fatídica y malhadada profecía. Continuaron mis párpados separados toda la noche con los sollozos y gritos de la patrona, que agudísimamente vibraban en mi infelice tímpano. Por la mañana pedí a la señora humildemente se sirviera decirme si era su aflicción crónica o estacionaria, o si solía interrumpirla a veces esa dulce y plácida melancolía que tiene la ventaja de ser muda, resuelto, como se deja entender, a aumentar su dolor con mi ausencia, en caso de que el mal fuese perenne.

-¡Ah, señor! -me respondió a lo de Quevedo, imitando el sorber- Mi dolor no es permanente, sino repentino y agudo como una daga.

-Ya esto es mejor y más llevadero -dije yo para mí-. Más vale no mudarse, porque, según lo que toco de la sensibilidad lastimera de este pueblo, aquí hasta las piedras van a salir llorando; y me acordé de lo malo conocido, etcétera.

Y continuó la cuitadísima anciana:

-¡Una familia tan decente como la mía, verse deshonrada por esa pu... iba a decir un disparate! ¡Al fin me llevará a mí al hoyo antes de tiempo!

-¿Antes de tiempo, incrédula de años -dije yo para mí-, pues más de seis docenas de ellos has de tener en el cuerpo? Y diga su merced, matrona lagrimosa, ¿quién es esa pu... que ha llenado esos distantes ojos de usted de tantas lágrimas que parecen manantiales escondidos en un matorral?

-Es mi hija, señor caballero, mi propia hija, la amada de mis entrañas, nacida de mi vientre por el marido que me llevó a la iglesia como Dios y su ley manda. Mi hija de mi vida, que me nació como deben nacer las de las mujeres honradas. ¡Ay Dios mío de mi alma! Y de una familia famosa hasta de ahora por la inmaculada pureza de sus hembras. ¡Amante villano! ¡Seductor infame! ¡Pobre inocente paloma, criada como yo la tenía en el santo temor de Dios y en amor de la castidad!

-¿Y adónde está esa víctima del amor? -pregunté a la angustiada madre.

-Dios y ella lo saben sólo -replicó la matrona-. Nunca más la recibirá su padre bajo este techo, y aun puede que en su cólera me la maldiga, que tiene él un genio como una víbora en tocándole al honor.
Diré por amor al laconismo, que en esta vena y estilo continuó sus quejas la dueña, pidiendo favor a las once mil vírgenes, patronas poco adecuadas por cierto para el apuro en que las invocaba, llamando a los innumerables mártires de Zaragoza, a San Cosme y San Damián, a los apóstoles y evangelistas, y a todos los santos, en fin, de la celeste corte. Me costó lo que no es decible enterarme, por algunas palabras que fui entresacando de en medio de los suspiros y sollozos en que todas venían envueltas, de la historia de aquella lamentable hija; aunque era tan sucinta la tal crónica, que sólo pude venir por ella en conocimiento de que la muchacha había empezado sus viajes acompañada de un leguito del inmediato convento. Sin embargo, sentí arder mi alma en el espíritu de don Quijote, y diez minutos después ya estaba yo pidiendo satisfacciones al guardián del expresado convento. No olvidó este religioso manifestarme que sentía mucho la falta de circunspección que yo mostraba en haber dado crédito a calumnias y rumores contra un individuo de su comunidad, toda la cual se hallaba a la sazón reunida en el convento. Yo con mil colores en las mejillas pedí mil perdones al guardián y me volví al pueblo, adonde muchas personas me aseguraron que habían visto al fraile idéntica de quien se sospechaba huir con la idéntica doncella huida. Vaciló mi opinión segunda vez; pasó por acaso un fraile, y me vi obligado a oír las acusaciones y pruebas de una docena de viejas parientes de la muchacha, con más la defensa del fraile, que negaba indignado la perpetración de aquel crimen por uno de su fraternidad. El oficio de árbitro en que me vi repentina e involuntariamente constituido, siempre de suyo desagradable, ¡cuánto más no lo sería en este caso! Por todas partes me combatían:
-¡Cómo se entiende! -gritaba el fraile, chillaban las viejas, juraban y amenazaban los hombres.
Todo era confusión, hasta que atemorizado ya me puse en fuga y me refugié en casa de la desconsolada matrona. ¡Vano recurso! Allí me siguieron las turbas, y ya casi me trataban como si fuese yo, en efecto, el desflorador de la doncella perdida. El súbito e inesperado arribo del espectro de un hombre, que aquello no era otra cosa, redobló la consternación, y oscureció aún más el ya triste colorido de aquella escena. Venía el intruso vestido de negro. Al ver la afligida madre aquella aparición, lanzó un agudo grito y cayó desmayada gritando:
-Él es, él es, Virgen Santísima, él es.
Pero, ¿quién lo diría? A la vista del infame retrocedieron todos y le dejaron paso, sin que hubiese un valiente entre tantos quejosos que se atreviera a pedirle cuentas de su conducta. Aquello me llenó de indignación, y se encendió por segunda vez en mi seno el espíritu de don Quijote. A pesar de este brazo que no me deja portarme como un Orlando, desnudé atrevidamente la espada, y le intimé que se preparase a morir al punto mismo si resistía hacer cuanto estuviese en su mano para reparar el mal de que era perpetrador infame, o si dilataba un minuto la tal reparación. El hombre, que sin duda no esperaba hallar allí un oficial que así lo recibiera, temblando como una hoja; y oscilando los músculos todos de su cuerpo, juró que haría cuantas reparaciones estuviesen en su poder,

no una, sino mil, antes de recibir en su pecho una sola pulgada de mi acero. Satisfecho con esta palabra y voto, envainé la espada; pero al verme desarmado, tuvo valor de preguntarme con la mayor sangre fría, aunque no sin mil cortesías y perdones, qué delito había cometido, y por qué delito debía responder. No pude sufrir tal desvergüenza. Le cogí de la garganta fieramente, y sacudiéndole contra la pared, y haciéndole sacar tanta lengua, le pregunté si había o no seducido a la hija de aquella anciana:

-La hija de aquélla no buena, pero si anciana -respondió el hombre como pudo-, es, con perdón de usía, hija mía también, a quien no permita Dios que yo seduzca.

Aquella declaración me dejó statico. Pedí informe a los circunstantes con una mirada, y todos me contestaron de palabra que tenía razón el hombre acogotado, que él era el escribano del lugar, y padre de la ausente niña.

Le dejé suelto encendiéndome de rubor hasta los ojos. Ya para entonces iba volviendo en sí la anciana, y con una furia de amor, de éstas que suelen acometer a las viejas, se lanzó al cuello y faz tétrica del hombre vestido de negro, gritándole en aguda clave:

-¡Se ha ido! ¡Ya no volverá jamás! ¡Se ha ido!

El escribano comenzó a luchar para desenredarse gentilmente del abrazo de su cara mitad, preguntando quién se había ido, y de dónde nacía aquel espantoso tumulto en su pacífica casa. Cuando se enteró de que era su hija la fugitiva:

-Vamos, vamos, mujer -le dijo a su esposa-; si se ha ido, bendita de Dios vaya, y quieran los santos de nuestra devoción que no se acuerde nunca de volver por acá. Dios la bendiga, repito, y la haga olvidar que es mi hija.

La ecuanimidad de ánimo que exhibió el del vestido negro me llenó de admiración. Lentamente, empero, y con silenciosa solemnidad, se separó de nosotros y se introdujo allá en las viviendas interiores, dejándonos a todos suspendidos y mirándonos unos a otros. Volvió algunos instantes, y preguntó con aire pensativo a su mujer adónde estaba la cajita pequeña de madera:

-Pues eso, eso es lo que a mí me aflige -replicó la buena dama-, que la ingrata, la pérfida, se ha llevado caja y todo.

-¿La cajita adonde teníamos nuestras cortas riquezas, mujer?

-La misma, así Dios me perdone -replicó su bien amada.

-Dios sea entonces bendito por su especial misericordia -exclamó el filósofo fiel de fechos con su ordinaria compostura.

El estoicismo de este individuo llenó de admiración a los circunstantes. Todos los ojos se fijaron en él, todos los labios quedaron en silencio.

Pero no duró esta tregua, porque la desconsolada matrona empezó a rezarle a su marido una inacabable letanía de epítetos matrimoniales, despilfarrado, mal alma, alcahuete consentido de su hija, y otros. Luego continuó en el mismo estilo:

-¿Y es eso todo lo que dices -gritaba- por la pérdida del tesoro con que debías mantener a tu familia? ¡Tonta de mí, que desprecié los buenos casamientos de mi juventud, para ajuntarme con este monstruo que me matará de hambre en mi senectud, cuando no tenga fuerzas para ganarlo! Todavía me acuerdo yo de la capa de grana, picaronazo, bribón.

Al oír nombrar la capa de grana se encendieron los ojos del escribano, y

empezó a pagar en especie los requiebros de su dama. Cuantos individuos allí estaban, excepto yo, tomaron parte en la disputa, y mientras más se nombraba la cajita de madera, mayor se hacía la acumulación de males. Hubiérase dicho que la tal caja era la de Pandora abierta entre nosotros. Pedí al escribano tuviese la bondad de decirme si el objeto porque contendían era el arca del Testamento, la de la viuda de Zarafté, tal vez la de Noé, o qué especie de importantísimo cofre. El hombre vestido de negro se separó de los disputantes, y escudándose detrás de mí habló como sigue:

-Sepa vuestra señoría, que aquella rugosa y vieja furia que allí me está insultando es, ¡ay de mí!, mi esposa, y también madre de una mujer casi tan vieja y tan fea como ella, que suele llamarse mi hija.

Yo pensé por la descripción que a él se le debía parecer la muchacha.

-Esta dicha hija mía -continuó diciendo- se ha escapado regular y periódicamente cada dos años durante los veinte últimos, creando así cada vez que se fuga una contienda infernal en esta casa. La muchacha, empero, no merece nuestras lágrimas. Sus escapatorias, salvo la primer media docena, no debieron ni deben causar dolor, sino admiración y maravilla de que haya un hombre en la tierra que ponga buena cara y haga coquitos a una vieja ya picosa de viruelas, larga y huesuda, porque ha sacado mi forma pálida y sin carnes, con patillas y unos bigotes más largos que los de usía; una mujer, señor, que usía equivocaría conmigo si la viese vestida con mi ropa. Considerando, pues, debidamente que la cara de la muchacha tenía tan pocos atractivos, que era su genio peor que su cara, y sus modales y airecillo, que antes debiera llamarse vendaval, más repulsivos y desagradables aun que su genio, era claro que sólo un loco o un necio podría cargarse de grado con el peso de aquella figura de demonio. Y por cuanto la raza de los necios se ha disminuido considerablemente en la edad de que gozamos, le tenía siempre puesto el ojo a la muchacha no fuese que quisiera acompañar la fuga de este año con alguna otra hazaña que pudiera ser de más dañosas consecuencias que su partida, la cual no es cosa muy de sentir considerando el precio infinito de las vituallas.

Mientras el padre pronunciaba así su discurso con solemne stacati, la madre le cantaba en más alta clave un allegretto sostenutto de pillo, infame, borracho, que era delicia oírlos:

-Observaba yo, como digo, perpetuamente -continuó el escribano- los movimientos de la muchacha, y así que la vide que con el cambio del tiempo empezó a ponerse esperta y arriscadilla, melindrosa y alborotada, que eran las señas -dije-, esto es hecho, y le daba un repaso diario a su baúl mientras iba ella por agua a la cascada. Cuando, ¡quién lo pensara!, me encontré un pedacillo de papel un día en el cofre en que se hablaba de cierta cajita de madera. ¡Tate! -dije yo- Y por cuanto sólo mi mujer, aquella misma bruja chillona que allí se desmaya, y a quien el diablo lleve, y mi hija, que Dios permita que nunca vuelva, y yo mismo, a quien Dios larga vida dé, sabíamos que nuestras cortas riquezas, producto de mi honrado trabajo como escribano del pueblo, yacían en una cajita de madera puesta bajo el lecho matrimonial, yo, no fuese que la cajita de que se hablaba en el pedazo de papel de mi hija fuera la misma donde mi dinero se ocultaba, saqué de ella el poquito de oro que tenía, y la llené de medallas, piedras de chispa y pedacitos de cobre, dejándola en el mismo

lugar que antes, y con el mismo peso, aunque no fuese el contenido de tanto valor. Algunos días después de este cambio tuve que salir de viaje, y por cuanto encuentro a mi vuelta que se ha ido la chica llevándose también los pedernales y cobres, le doy gracias a Dios que me iluminó con su sabiduría para que pusiese en cobro mis cortos ahorros.
En medio de estas cosas estábamos, cuando quién había de presentarse entre nosotros sino el gigantesco negro, mi patrón de la víspera. Dio sus dos saltos y vuelta de campana acostumbrada, y cogiendo al escribano del brazo, le sacó de entre nosotros sin la menor ceremonia. No parecía sino que se había llevado el diablo al escribano, y aun yo lo hubiera así creído, si no fuese porque su profesión casi garantiza una vida cristiana y honrada. Los circunstantes adivinaron que iba el fiel de fechos probablemente a servir de testigo de alguna ceremonia o los últimos momentos de la señora Andrea, que decían no podría llegar hasta la noche. Allí me dijeron que la señora Andrea de quien se hablaba era mi última patrona. Pero cansado yo del escribano, de la moribunda señora Andrea, de la fugada niña y de su madre, monté a caballo, y he andado vagando por ahí de pueblo en pueblo hasta llegar a éste. Por su puesto que ya había venido un oficial a relevarme y encargarse de mi partida, para que yo pasase a Sevilla, adonde diz que hago falta.
Aquí acabó el caballero de Guzmán su cansadísima narración, y prometiendo volver en media hora, salió armado de papel y lápiz a descifrar o copiar por lo menos la inscripción de una piedra que había visto a la entrada del pueblo.
Tan pronto como salió el sanjuanista llamó Carlos a su cirujano Chato, y le pidió explicaciones de las cosas que habían pasado en Aznalcóllar; preguntándole, además, por qué hacía tantas descabelladas travesuras, y lo que es más, por qué se las ocultaba. Chato replicó primero a la última cuestión:
Yo, señor, aunque usted perdone -dijo el mayordomo-, nunca tengo secretos para con mi amo.
-¿Cómo que no tienes secretos?, pues, ¿no has sido tú el último seductor de la hija del escribano del pueblo?
-Maravillas del cielo -exclamó Chato, ¿y quién ha venido a contarle a usted mis hazañas? Me confieso culpado, pero sólo de la apariencia del crimen, no de la realidad, y así me ayude la fortuna. He callado esta aventura, porque sé que desagradan a usted mis inocentes diversiones cuando son de esta especie. Pero en el caso en cuestión me he portado con rectitud y como buen domestico. Así lo dirá usted en justicia cuando se entere de las particularidades de esta fuga. Me mandó usted que fuese a Aznalcóllar para entregar una carta a su reverendo tutor, en respuesta a aquella suya en que le mando a usted las últimas cincuenta onzas de oro, suma que casi en su totalidad está aún bajo mi fiel custodia. Quiso usted que indagase varias cosas del lugar, lo cual no pudiera yo haber verificado vestido así con mi cara y traje. Esta dificultad me sugirió la idea de ponerme mi disfraz favorito, éste es, el de fraile ambulante, con el cual, después de dejar la carta en casa del cura, me fui a la taberna, sitio el más adecuado para enterarse de todo, como no me negará usted. Allí me hallé al negro, por quien supe lo que ya le he dicho respecto a la señorita a quien sólo el negro ayudaba a bien morir. Por más señas que fui

a verla, y aunque está muy mala, crea que ha de tirar más de lo que parece. Cuando volví a la taberna me encontré a una mujer, que dos años hace vino con un amigo mío a visitar a uno de los escuderos del Niño. No obstante, mi ropa y la mayor perfección que en estos dos años han adquirido mis facciones, me reconoció al instante, y yo le hice una seña misteriosa para que se saliera fuera de la taberna. Aunque yo la conocía de vista a la buena señora, no sabía cuya hija fuese, ni deseaba tampoco saberlo. Lo que a mí me importaba era sujetarle la lengua, porque si hubiese hablado, habría yo tenido que salir del pueblo antes de practicar todas las diligencias que mi buen amo me había encargado. Gracias a Dios yo entiendo medianamente al bello sexo; y me dirigí a la buena vieja, por consiguiente, como mejor le cerraría la boca. Le dije que había andado muchas leguas sin otro objeto que el de ver aquella real persona y gozar de la luz de aquellos ojos. Añadí que podía acordarse de cuándo la había yo querido siempre desde el momento que vino a vernos a todos nosotros con mi compañero Manolarga. Dudó al principio, mas las serias y tiernas modulaciones de mi voz le persuadieron que hablaba serio, y se compadeció entonces, como una niña, de los peligros que a pesar de mis hábitos corría yo por sus pedazos.
-Pero aquí no puede usted vivir -me dijo-. ¿Qué haremos?
-¡Haremos! -repetí yo para mí- Pronto me cogiste la palabra.
Y le aconsejé, por supuesto por broma, que se viniese a correrla conmigo:
-¿Y adónde? -me preguntó.
-¿Qué importa eso? -contesté yo con otra pregunta- El mundo es ancho bastante para dos personas.
Y ya se ve, como yo tengo esta labia, pronto la puse como un terciopelo. Cedió a mis razones, porque la tal hembra es de tomo y lomo; y fácil de convencer en materias amorosas. Ella misma arregló el plan de escapatoria. Para dilatar la partida y poder, entre tanto, acabar mi comisión, me quejé de pobreza; pero como ella es mujer tan concienzuda, no quiso por esa bagatela faltar a la palabra que me había dado de venirse conmigo. Me repitió como una heroína que ya estaba en venirse, que lo prometido una vez hasta la sepultura, y que la falta de dinero era una patarata. Me insinuó que se traería un buen cuanto del oro de su padre, el cual consideraba suyo, pues no había ley divina ni humana que pudiese privarla de su dote. Mientras emprendía este corto camino de tomar posesión de su herencia, supe que era hija del fiel de fechos. Como este señor escribano era antiguo amigo mío, a quien siempre deseo manifestar mi aprecio, convine en silencio con el plan de la visión de su hija. Después que ya le acabé a usted todas sus comisiones, recibí una noche a la dulce amiga mía, cargada con una cajita de oro, y el primer sol lució sobre nosotros a muchas leguas de Aznalcóllar. Descerrajé la cajita en una venta cerca del camino, Pero ¿quién podrá pintar el asombro de mi bruja, cuando vio la oscuridad del oro? Todo él se había vuelto pedernales y pedacitos de cobre. Por mi parte, como a mí me gusta el saber y un parche bien pegado, me reí mucho de corazón. Consolé a mi querida de mi alma, y le hice ahogar en vino la pesadumbre. Tan pronto como la vi cerrar los ojos salí, dejándola recomendada a su propia prudencia, y me vine sin tocarle a su dote, y lo que es más, respetando hasta lo sumo la honestidad de la desvalida doncella, pues no soy hombre capaz de abusar de la tierna

confianza que mi delicadeza le había inspirado.
-He conocido toda mi vida, por supuesto, a María la hija del escribano -dijo Alberto-. Siempre fue ella mujer de mala nota y desagradable hasta lo último, pero más que nunca desde que le salieron los bigotes.
La entrada del caballero de Guzmán puso fin a esta conversación.

## Capítulo VII

Si pobre casa tienes, que te vea
rico; ¿dime si acaso
en tus montones de oro
tropezará la muerte, o tendrá el paso,
o añadirá a tu vida tu tesoro
un año, un mes, un día, una hora, o un punto?
No lo podrás hacer, ni el mundo junto:
esto, pues, si no puede, ¿a qué esperanza
truecas segura paz en tal tardanza?
Deja, no caves más el metal fiero,
ve que sacas consuelo a tu heredero,
y que juntas tesoro, si se advierte,
para comprar deseos de tu muerte.
Sacas, ¡ay!, un tirano de su sueño,
y un polvo que después será tu dueño:
déjale, ¡oh, Loiba!, si es que te aconsejas
con la santa verdad sincera y pura;
pues él te ha de dejar, si no le dejas,
o te le ha de quitar la muerte dura.

(QUEVEDO.)

Estaba la marquesa del E. sentada en un rico gabinete, los ojos mirando el abierto Flos Sanctorum, la mente llena de las espantosas visiones que la acosaban, cuando se anunció un caballero por el maestresala, y entró poco después el mismo sanjuanista de Guzmán de que no hace mucho hablamos. No venía cubierto de polvo, ni ceñía espada de marca como tal vez debiera un veterano de su estampa, sino que era su traje de riquísimo azul celeste con franjas de oro; el rubio y suelto cabello «en la brisa exhalaba su perfume» y los rizos flotaban en lustrosas ondas sobre las charreteras. Deslumbraba con la pedrería el puño de su espada; y era costosísima la banda de donde venía suspendida. Tenía en la mano un galoneado triangular sombrero, y en la siniestra un pañuelo de finísima holanda. Cubríanle el pecho y puños abundantes pliegues de encaje; le subían las botas hasta la rodilla, y llevaba su caña de Indias con puño de oro bajo del brazo.

Parecía el héroe un Apolo vestido de uniforme.
Inclinó ligeramente su cabeza la dama al oficial, que después de tres profundas reverencias, se sentó junto a ella, informándose con el mayor interés y cortesía del estado de su salud. Se manifestó felicísimo al oír que se sentía algo aliviada la marquesa, pues al llegar, no había muchas horas a Sevilla, tuvo la mortificación de oír lamentar el estado de su salud al coronel de Grañina y otros de sus amigos.
Se manifestó agradecidísima la marquesa por el interés que tanto de Guzmán como el otro caballero se tomaban en su favor. Pero no pudo el laconismo de esta respuesta contener la galantería del sanjuanista. Criticaba el novel guerrero la superficialidad de los vanos amoríos, pero daba incienso a todas las deidades del otro sexo, sin exceptuar sus dioses penates, pues ni aun tías ni primas solteronas estaban libres de las inundaciones de su amorosa elocuencia.
Han conjeturado algunos anticuarios, especie de gente que, como todo el mundo sabe, jamás se deslumbra con especiosas apariencias, que los irlandeses y los españoles tienen el mismo origen. Quizá consistirá en esto el que se parezcan los naturales de ambos países en contar su parentesco hasta la vigésima generación. Cierta consanguinidad de esta tenue naturaleza existía entre las más de las familias nobles de Sevilla, y daban a la marquesa la ventaja de participar cumplidamente de la ternura de su decimosexto sobrino, el caballero de Guzmán. Empezó éste su visita quejándose de la crueldad de la rozagante viuda, cuyo cuero colgaba, entre tanto, de las quijadas en multitud de arrugas. Habló de su pasión ardiente, y recitó una larga apócrifa de sueños y lindos persitlages.
Aseguran algunos biógrafos sevillanos, que rara vez se mostraba la marquesa sorda a insinuaciones de esta especie, máxime si salían de caballeros de la edad y forma exterior de nuestro oficial. En la ocasión de que hablamos, empero, atormentada tal vez aún por las imágenes espantosas de la noche anterior, o indispuesta tal vez y de mal talante por otras causas, dicen que oía inmoble los requiebros de su pariente, y añaden algunos que mientras fluían las frases amorosas de los labios del sanjuanista, como la luz de la órbita del sol, estuvo la dama con la vista fija en el Flos Sanctorum, aunque no volvió ni una sola vez la hoja.
Conoció, al fin, el de Guzmán que eran vanas sus declaraciones e inútiles sus miradas, y se preparó para dejar el campo, cuando el estrépito de uno de los enormes coches de entonces resonó bajo los balcones, y poco después anunció el maestresala al señor arzobispo de la diócesis y al señor magistrado de Bruna. Levantó la cabeza la marquesa sobresaltada al oír estos nombres la frente, y la púrpura de la rosa no abandonó sus mejillas, por estar formada sobre ellas de materiales independientes y extraños; pero una palidez mortal cubrió el resto de su semblante, y una franja negra se apareció ondulando repentinamente bajo sus ojos. El caballero de Guzmán, observando emoción tan extraña y súbita, ofreció su ayuda a la dama, que dándole gracias por su urbanidad, le dijo que se sentía bastante incomodada, y entre mil cortesanos cumplimientos le dio a entender que empezaba su sociedad a ser ya importuna. Se levantó el caballero, e hizo una profunda cortesía, se excusó en refinada fraseología de lo largo de su visita, y salió haciendo portentosas reverencias no sólo por la sala, sino también por la escalera, adonde encontró al presidente de la audiencia y

al arzobispo.
Entraron estos dos señores mayores en el gabinete, hubo sus cumplidos, besó la marquesa la mano al ilustrísimo, y se sentaron todos. Después de una corta pausa dijo el justicia mayor:
-Extraña parecerá a usted, señora marquesa, nuestra inesperada visita.
-Extraña sólo, señor juez, por la rareza con que usted concede tales favores.
-Iba a decir, señora marquesa -continuó el magistrado-, que no es esta importunidad hija sólo del deseo que tenía de informarme de su salud de usted, pues tiene parte también en ella la severidad de mis obligaciones.
-¿Y cómo, cuándo -preguntó la marquesa con agitación excesiva- o en qué, por amor del cielo, pueden tener sus deberes de usted relación con mi persona? ¿Será que acaso mis consideraciones y compromisos particulares con el desgraciado general Landesa hayan excitado sospechas acerca de mi fidelidad en el gobierno, o en el ánimo del soberano?
-No sé yo por mi parte que tal suceda, señora marquesa, ni aun me parece probable -contestó el magistrado-. La irrisión en que vengo relata a usted mucho más cerca, y la acusación es aún más grave que pudiera la misma rebeldía. Sinceramente, y de lo más profundo de mi corazón, confío señora -continuó el magistrado abriendo lentamente una grandísima cartera, y contemplando con fija mirada las facciones de la marquesa-, sinceramente confío en que la declaración será falsa. El cargo es grande; pero ni está sustanciado, ni lo sustenta más autoridad que la confesión voluntaria de una persona in articulo mortis; sin embargo, esta circunstancia le da considerable peso.
-Mi conciencia, mi conciencia -exclamó la marquesa con trémulo labio, y desencajada y dolorosa vista-, mi conciencia me asegura de la invalidez de tales cargos.
-No es mi sagrado ministerio, señora marquesa, aumentar la aflicción del afligido, ni adivinar violaciones de las leyes, sino administrar justicia después que ya las leyes han sido, en efecto, violadas. Entonces, empero, sordo a mis propios sentimientos, me es forzoso cumplir la letra de la ley plenamente y sin interpretación alguna.
-¿Y tendrá usted la bondad de comunicarme la naturaleza de ese cargo? -preguntó la marquesa con voz desmayada.
-El carácter del ilustrísimo prelado que está presente -contestó el señor de Bruna señalando al arzobispo-, no permite dudar que verdaderamente ha recibido de un ministro del Señor una carta escrita en la postrimera hora, la cual, después del fallecimiento del escritor, su ilustrísima ha puesto en mis manos, por pedirlo así una cláusula de la expresada carta, escrita sub sigillo confessionis. Yo mandé legalizar dos copias de la dicha carta, y devolví el original a su ilustrísima. Este papel contiene la explicación de todo el negocio.
El magistrado entregó un pliego de papel a la marquesa, el cual examinó ella con profunda, pero silenciosa agonía. El horror, la desesperación oscurecían alternativamente su semblante mientras duró la lectura. Sus labios, sus manos temblaban inciertos; y hasta ojos menos acostumbrados que lo estaban los del señor de Bruna a leer en el corazón a través de las emociones exteriores, hubieran adivinado la amargura que aquellas comunicaciones causaron a la marquesa. Puso la dama el papel sobre su

tocador con rostro desconsoladísimo, y con débil voz, y después de algunos minutos de silencio, habló así al magistrado:
-¿Y es posible que los extravíos de un delirante, cuya razón evidentemente desconcertaría la proximidad de la muerte, hayan encontrado crédito en el bien dispuesto, sano y seguro juicio del señor de Bruna? ¿Es posible que en vista de tan extraña acusación haya creído oportuno tomarse la molestia de venir a visitarme como magistrado? ¿Qué pruebas ha podido presentar el desgraciado del padre Narciso en apoyo de sus declaraciones? ¿No es más probable y más equitativo suponer que en la debilidad de sus dolencias, se habrá llenado su fantasía de estas imágenes aterradoras durante aquellos momentos terribles que preceden a la muerte? ¿Me cree usted, señor de Bruna, capaz de perpetrar crímenes tan grandes como los que aquí se enumeran? ¿Qué motivos tiene usted para suponer que sea mi corazón tan depravado?
-Mi opinión particular, señora marquesa, debo sacrificarla en estos casos a mis deberes, y no permitir que influya de modo alguno en mis procedimientos oficiales. Por lo demás, me parece que la carta manifiesta mucha cordura en el escritor, y un ánimo muy concertado y racional. Sin embargo, porque sus proposiciones carecen de pruebas, me he abstenido de tomar medidas ásperas, adoptando en vez de ellas, como más cortés y suave, la conducta que observo, viniendo a verla para advertirle que es mi determinación, así como mi deber, investigar secretamente este asunto, para que usted pueda guiarse según el aviso que le doy.
-Yo, señor de Bruna, me guiaré en mi conducta por mi conciencia, y me sostendrá y me dará fuerza la satisfacción interna de mi propia rectitud. Doy a Dios gracias infinitas de que piense usted averiguar eficazmente este asunto; y me anima y consuela el convencimiento de que mientras más profundice usted en sus investigaciones, más se arrepentirá de haber dado cabida en su mente con tanta precipitación a ideas que injurian hasta tal punto a una viuda sin defensa, que no tiene espada con que vengar sus agravios. Sepa usted, empero, señor de Bruna, que no se me insulta a mí impunemente.
El juez se levantó sin replicar a esta amenaza, y él y el arzobispo se despidieron con la mayor urbanidad, y salieron del gabinete.
Conservó su posición la marquesa hasta que ya no se oía el ruido del coche de sus visitantes. Entonces dobló la cabeza sobre los almohadones del sofá, vertiendo copiosas lágrimas, y llena de incertidumbre y desesperación.
-¿Qué haré, infeliz de mí? -exclamaba- ¿Cómo impedir que aquella persona detestable logre, al fin, mi ruina? ¡Señor clementísimo! ¡Dios de misericordia, suspende tu vengadora mano! ¡Ah! ¡Si yo hubiera ejecutado plenamente mis designios, no habría hoy una llave fatal que abriese la puerta de mi perdición!
Así lamentaba la marquesa sus infortunios, mientras que en un paroxismo de amargura escribió y selló una carta con trémula mano, suplicando viniese sin demora a verla el jefe de los alquimistas, Pedro Facundo.

# Libro sexto

## Capítulo I

Aquí dejo a un pícaro consumado con su merced; el cual yo suplico a su merced que castigue para ejemplo de los otros. Dios guarde a su merced; que se ponga su merced bueno; Dios alivie a su merced y le vuelva la salud.

(SHAKESPEARE.)

Mientras la marquesa esperaba ansiosamente a su consejero, Carlos estaba juzgando acerca de una acusación producida por el boticario del lugar contra su criado Chato.

-¿Y cuál es la naturaleza de su queja de usted? -preguntó Carlos al dichoso farmacéutico, persona de pequeñuela talla, vestido de negro a la andaluza, con grande capa del mismo color sobre los hombros, y su cónico, estirado y blanco capillo en la cabeza.

-Mi queja es -dijo el de las drogas- que, como su merced sabe, yo tengo una hija.

-Más me ha dado que hacer Chato sólo -pensó Carlos en sus adentros- con hijas, esposas y hermanas desde que es mi criado, que el resto de la compañía con todas sus calaveradas juntas.

-¿Y qué le ha pasado a su hija de usted, buen hombre?

-Pues señor, como su merced sabe, mi hija era novia del sacristán del pueblo.

-En eso no veo motivo de queja, ni tengo yo poder alguno para contener al sacristán.

-Si no es eso, señor alférez. Mi apuro se reduce a que su criado de su merced supo por sus negras artes que el sacristán y mi hija, y mi hija y el sacristán eran, como quien dice, uña y carne. Y no fue menester más, sino que en cuanto barruntó lo que había, se metió de hoz y de coz con ellos, y les ganó toda su intimidad y confianza, y andaban los tres como si fueran hermanos.

-¿Y qué mal había en semejante fraternidad?

-¿Cómo que qué mal? ¡Pues no es nada lo del ojo!

-Peor sería tal vez que hubiese sido la amistad exclusivamente con su señora hija de usted.

-¡Calle, señor alférez! ¿Pues no ve su merced que andando así entre ambos le olió al sacristán todos sus secretos?

-Especie de olfato singularmente útil...

-Y tanto, como que de resultas de eso, y andando los tiempos, indujo su criado de su merced al sacristán a que sisara los cuartos y alhajas de los santos.

-Eso ya cambia de aspecto -dijo Carlos en más grave tono-. Y si así es en realidad, será castigada su culpa con todo el rigor que merezca.

-¿Pues no ha de ser verdad, señor alférez? Por más señas, que le persuadió el criado, ¡Barrabás se lo lleve!, a que convidase a cenar a mi hija en una casa o cosa tal cerca del pueblo. Consintió la doncella, pero sin conocimiento mío.
-¿Podría usted, señor, boticario, decirme de una vez la queja que trae, y evitar esos rodeos, por los cuales no llegaremos nunca al punto de la cuestión?
-Pues señor, el hecho es, en dos palabras, que su criado de su merced vino a la botica y me compró un vomitivo para su merced, que padecía a la sazón, como su merced sabe, un violento dolor cólico.
-Le aseguro a usted, señor boticario, bajo mi palabra, que no me queda el recuerdo de semejante aflicción. Pero siga usted con cuanta brevedad pueda.
-Pues señor, lo que es el criado dijo que su amo se le iba, que se le moría, y así cogió el emético y se fue corriendo en ca del sacristán, y le dijo: «"¡Mala cara tienes, Antonio! ¡Voto a tal, porque él los echa, redondos, voto a tal que estás malo!"; "Pues yo bueno me siento -le respondió el sacristán"; "¡Imposible! -replicó su criado de su merced-, ¡imposible por más que lo digas! Si hubieras tú estado, Antonio, en tantos países como yo, entonces conocerías que estás tan malo como un muerto"». El sacristán persistió diciendo que estaba tan bueno como cualquier hombre vivo, pero su criado de su merced también insistía: y dale que dale, y la mía sobre la tuya: «¿y no te sientes dolores en el estómago?, ¿y de qué son esas bascas?», y dale que le darás, hasta que, al fin, le pidió al sacristán bajo secreto, porque, según dijo, ni a su mismo padre se lo hubiera revelado, le pidió, digo, que tomase la medicina mágica que él siempre lleva a la guerra para dársela a su merced cuando le atraviesan el corazón de un bote de la lanza en una batalla, o cuando lo parte una bala de cañón por medio del cuerpo. Pero aunque ya Antoñillo había perdido el color y se iba sintiendo un poco indispuesto, no obstante rehusó la medicina, y no quiso al pronto curarse por arte del diablo, máxime siendo él un miembro aunque pedestre de la Iglesia: «"Nada con el demonio -dijo él"; "Pero tonto -le replicó el bueno de su criado de su merced-, ¿y crees tú que yo tomaría tampoco esa medicina si no fuese buena y santa, y tan cristiana como el sol que nos alumbra? Mira tú qué tal medicinita será ella, que se la mandó a mi amo el obispo de China fresquita y acabadita de recibir del Santo Padre de Roma. Hasta yo me siento malo... dejadez... laxitud..., vahídos de cabeza... Esto ha de ser la peste. Al poco tiempo de una batalla, siempre encima, y mueren los hombres como carneros. Ya yo había previsto esto, con que no seré yo el que me muera. Dos botellas tengo. Por mi parte voy a echarme la una a pechos. Tú harás lo que quieras; y si te mueres, tu alma tu palma. ¡Jesús!"». Y diciendo y haciendo, se bebió su poción: «"Ahora ya que me entre la peste -dijo-; tú para esta noche quizá ya estarás con Dios, mientras yo me holgaré a que quieres boca con las muchachas"». Entonces el inocente cordero del sacristán, vencido ya por los artificios del de la medicina, apuró la otra botella. Pero como a mí no me puede engañar el soldado con su astucia, ni menos venderme gato por liebre, porque tengo yo más saber bajo este capillito blanco, que él dentro de todo su uniforme, he caído en la cuenta de que en una de las botellas puso el emético que me compró aquel día, y

en la otra vino puro de Jerez. El soldado se tomó la del vino, y le dio la del brebaje a mi yerno. ¡Considere su merced si todos los demonios del infierno inventaran tal diablura! A los cinco minutos ya estaba el pobrecito del sacristán en agonías mortales, porque es de advertir que es muy duro de estómago. Viéndole que se revolcaba por los suelos, le preguntó el pícaro del soldado si había dicho el Padrenuestro antes de tomar la medicina. «"No he dicho -replicó el convulsivo sacristán-. ¡Confesión, que me muero!"; "¿Ni el Credo tampoco? -volvió a preguntar el tentador muy azorado- Pues entonces por santa Sofía que dentro de tres horas estás ya de cuerpo presente. Voy a buscar quien te auxilie"». Y diciendo así, coge el manteo y sotana del sacristán, se lo encaja sobre el uniforme, le echa mano al canasto preparado ya y lleno de perdices, vino y huevos duros, y como era ya el oscurecer, parte como un riguelete por aquellas encrucijadas en busca de mi hija, y me deja al sacristán poniendo el grito en el cielo. Se encontró a la doncella por los vericuetos, le hizo señas, contestó ella creyendo por la sotana y manteo que era su novio, y siguió engañada al olorcillo del soldado hasta llegar a la venta de los Cuatro Leones, que dista más de media legua del pueblo, adonde ya había muchos de los camaradas del impostor, que con otras doncellas del pueblo le estaban esperando. Allí tuvieron una francachela que echaron la casa por la ventana a costa del peculio del sacristán y de los cuartos de las demandas.

-Pero, ¿qué puedo yo hacer en este asunto? -preguntó Carlos- ¿Qué es lo que usted exige de mí?

-Señor, yo, para hablar claro, lo que pido es que su merced lo mande quemar vivo por encantador, y que, además de eso, lo mande azotar por detener a mi hija toda la noche fuera de casa.

-¿Luego la doncella ha vuelto?

-¡Pues no, que no volvería ella! Sino que nos ha costado la torta un pan, y que ha habido en casa, con perdón sea dicho, una pelotera de todos los dianches. Pero yo supe urdirla, y como a mí nada se me escapa, le aconsejé al sacristán con mucha sagacidad que se asegurara en todo caso casándose con mi hija; y ya, gracias a Dios y a mi saber y cautela, son marido y mujer por delante de la iglesia. Tan terrible picarón como ese soldado de su merced, con perdón sea dicho, no ha venido nunca al pueblo desde el año en que yo fui alcalde y se apareció aquí el diablo en figura de escultor para consumir aquel maravilloso árbol de caoba que teníamos destinado para hacer un San Cristóbal, patrón, como su merced sabe, del lugar. Desapareció toda aquella madera, y lo único que pudimos encontrar en el taller fue un zoquetillo, que sea dicho con perdón, yo cogí entre los dos dedos.

En este instante interrumpió Alberto la sesión judicial con una carta que acababa de llegar para Carlos. Contenía el pliego una orden para que marchase nuestro caballero a Sevilla sin pérdida de tiempo, y con tres luegos, como la frase militar suele dar prisa. También venía una esquelita amistosa del coronel de Grañina, pidiéndole que por ningún título dilatase un solo instante su partida.

Suspendió Carlos el juicio del boticario, prometiéndole castigar ejemplarmente a su criado cuando volviese al pueblo, y antes que transcurriese un cuarto de hora, ya estaba a caballo en el camino real

acompañado por Chato.
Presurosa, pero calladamente, viajaban amo y criado, aquél pensando en sus aventuras; pero la historia cuenta primero las reflexiones del mozo, que tiernamente se iba requebrando a sí mismo, celebrando entre sí su propia travesura, y con placer inexplicable aplaudiendo allá en su mente las maravillosas trazas de su fecundo y brillante ingenio:
-¿Cuándo, vanagloriosamente se preguntaba a sí mismo, cuándo ha existido un hombre que a las bellezas de su cuerpo junte tan grande entendimiento, y a un ánimo como el mío la invencible bizarría de mi corazón?
Se contestó, por supuesto, a sí mismo con un «¡jamás!». Triunfante y de gozo espoleó el caballo y se incorporó con su amo, el cual con rígido semblante le dijo:
-Señor Chato...
-Mucha urbanidad es ésta -pensó Chato- para un pobre escudero. ¿Señor?
-He resuelto, después de pensarlo maduramente, quitarte el trabajo de que me sirvas más.
-Usted se chancea -dijo Chato, aunque bastante sorprendido; y acercándose más a su amo, añadió vertiéndole tristeza el semblante-: Yo en nada creo que he ofendido a mi buen amo, y si acaso, habrá sido sin pensar y no a sabiendas.
-Hombre, yo creo que me has ofendido lo más a sabiendas del mundo. Tú dices que me estimas, y lo que es aún de más peso que tu dicho, me has dado mil y mil pruebas de aprecio, y me has hecho favores, que ni ahora ni nunca se borrarán de mi pecho. Te debo, en fin, la vida...
Aquí se humedecieron los ojos de Chato.
-Pero ni debo ni puedo disimular tus continuas y grandes irregularidades. Estamos en el servicio del rey. La severidad y la justicia son las bases de la disciplina. ¿Te parece a ti acaso que es mi obligación tener sujetos a los demás soldados, y a ti dejarte hacer cuanto se te antoja? Lo que es castigarte no puedo, porque mis sentimientos no me lo permiten. Por otra parte, la compañía ha de estar disciplinada y en orden, porque así lo exigen mis obligaciones como oficial y como caballero; conque es menester separarte de mi lado.
-Pues no ha de ser así, a pesar de todo -exclamó Chato con resolución-. Y en tanto que haya en estas venas una sola gota de sangre, se ha de derramar en servicio de su merced.
-No te empeñes en ello, Chato. Nuestra separación es necesaria, y no ha de serte a ti de seguro tan sensible como a tu amo.
-No hablemos de eso, repito -dijo Chato, acercándose aún más al oficial-. Yo protesto solemnemente, y así Dios me ayude, que si mi ligereza de cascos, hija más bien de la alegría que de la maldad, incomoda a su merced, yo corregiré mi conducta, y seré de aquí en adelante ejemplo de todos mis camaradas. No hay hombre de alma más dócil y manejable que la mía. Ni estaría bien de parte de su merced, si le he servido, abandonarme ahora que estoy en buen camino para que volviese a caer en la infelicidad de mi vida pasada. Castígueme su merced como padre, máteme si quiere por su propia mano; pero lléveme a puerto de salvamento.
-¡Basta, hombre, por Dios! -dijo Carlos algo conmovido- Acepto tu palabra con alegría íntima de mi corazón, y no te exijo otra seguridad que ella. Acuérdate de que nunca has faltado a tu palabra. Que no sea yo el primero

a quien engañes. Lo pasado se acabó ya todo, y mi bolsa, y aun mi espada si es necesario...
Sin permitirle acabar la sentencia se lanzó Chato con ferviente gratitud a su amo, le besó a la fuerza la mano, que dijo que le favorecía, se la regó de lágrimas, y aun se la apretó tanto que por poco deja manco a nuestro héroe.
-Usted no es mi amo -exclamó entre sollozos de alegría-. Usted es mi padre, mi ángel tutelar, el que me ha sacado de la humillación y de los vicios, y de un malvado va a hacer un hombre de bien y útil a su patria. Bien se me trasluce a mí que lo que su merced me aconseja es por mi propio beneficio, y para acabarme de arrancar del borde de esta sima en que iba a caer sin remedio.
El caballero se desenredó con algún trabajo de las manos de Chato, y contentísimo con sus promesas, seguiría caminando como media legua en amistoso silencio, cuando de nuevo se acercó a él su convertido escudero, y con una sonrisa cariñosa le habló así:
-¿No querría decirme mi munificente patrón y señor, ya que todo se ha pasado, cuál de mis malditas travesuras le irritó tanto y tan justamente?
-Hombre, ya te he dicho que todo se me ha olvidado -replicó el caballero-; y desde que me has dado tan solemne palabra de reformarte, te considero como otro hombre, y no querría mortificarte por cosas ya pasadas, y que espera que no volverán a suceder.
-Pero en verdad, valiente caballero, yo no me acuerdo de haber acabado en estos últimos tiempos, ni desde que estoy con su merced, hazaña alguna positivamente mala ni deshonrosa.
-¿Conque, según tú, no es deshonroso inducir al sacristán del pueblo ése a apropiarse los cuartos de las demandas, cuando tenías en tu propia faltriquera una bolsa de oro para costear airosamente cualquier diversión que se te antojase tener? ¿Cuándo te he puesto yo restricción alguna en tus gastos, ni te he preguntado siquiera silos haces? ¿Y qué diremos del boticario y de su hija?
-Lo que yo digo es que bendigo, y bendigo tres veces el nombre de San Cristóbal, reverendo y santo patrón de ese pueblecito, por haberse dado esta ocasión de probar que hay en mí más fidelidad y amor de mi amo, que malicia ni bajos pensamientos. ¿Quiere su merced que le explique las razones, y el cómo, y el cuándo, y el porqué me relacioné yo con el sacristán del pueblo? Justamente iba yo a contarle toda esa aventura, cuando su merced empezó a hablarme denantes.
-Cuenta lo que gustes.
-Pues ha de saber usted, señor mío de mi alma, que es el sacristán un simple, con bastante de necio, y algo de mentecato, con sus ribetes de pícaro. Así como digo esto, digo que es la hija del boticario el diablillo más salado y más travieso que hay veinte millas a la redonda de la botica de su padre. Yo tenía la costumbre de holgarme alguna vez con ese par de individuos, y solía también convidarlos a echar un trago, y pasar una o dos horas inocentemente en su sociedad. Un día me sorprendió una cosa casual del mentecato. Me dio un papelillo para un cigarro, y vi en él escrito el nombre de su merced, completo y con todas sus letras. Le pregunté al sacristán de dónde había sacado el papel, pero así, con mucha indiferencia; pero, poniéndose como una grana, me contestó dos o tres

palabras sin sentido. Yo, para no escamarlo, le dije que era el papel fino y flexible, y que quería yo comprar alguno si en el pueblo lo había de aquella especie. Esta observación produjo buen efecto, y disipó por completo los temores del sacristán. Pero, ¡ay del que despierta las sospechas de un tonto, y quiere luego sacarle secretos! El temor y la esperanza pueden hacer hablar a un hombre del mundo; pero el idiota que está sobre sí, es impenetrable. Ya puede creer su merced sin juramento que no dejaría yo tecla por tocar para enterarme de los misterios del motilón; pera no pude sacar astilla. Era el tunante demasiado necio para hacer una necedad. Rechazado por esta parte, junté mis fuerzas y ataqué en columna a su novia. Me constaban a mí que era ella la depositaria de todos los dineros y alhajas del sacristán, e inferí que también poseería sus secretos o sus papeles, si el buen simple tenía algunos. Anoche preparé una cena ahí en un ventorrillo, adonde atraje a la muchacha, y de donde me importaba a mí separar al amante. Para esto le di una cita falsa en cuanto al lugar y al tiempo; y para asegurarme más, también le presté un vomitivo que lo librará de calenturas biliosas para la primavera que viene. Cuando me llegué yo a ver sólo con la muchacha dije para mí: la victoria es mía. Dicho y hecho, me la puse como una jalea. Ya conoce su merced las llamaradas de mi ingenio, y el aquél que tengo para las chicas. Antes de separarnos, que por más señas no fue hasta por la mañanita, ya le había yo sacado a la hija del boticario, ¡ay qué cuerpo!, media docena de cartas, que no adivinaría el diablo cómo estaban en poder del sacristán, o quién se las había escrito. Ésta habla particularmente de su merced.

Con no poca sorpresa tomó Carlos el papel que le alargó Chato, el cual no tenía sobrescrito ni firma, y su tenor era el que sigue:

> «Muy señor mío: Le incluyo a usted una carta de pago, que le satisfará a usted, si no ha hallado aún el administrador, el hombre del aceite. Por su mano recibirá usted los seis mil reales que me pide. Me admira mucho, y me indigna mucho más, haber sabido hoy que aún está don Carlos Garci-Fernández bueno y sano paseándose entre ustedes. Si fuera yo hombre, ya me parece que habría acabado hace mucho tiempo ese negocio, y no permitiría que se siguiera burlando de mí un niño desbaratado. Usted ya sabe lo que se le ha prometido el día que desaparezca el escalador de cárceles. Si no puede usted acabar ese asunto, o si le falta valor para ello, dígalo claro, y nos entenderemos.
>
> Si no pudiéramos disponer de Isabel en Sevilla, tenemos proyectado que pase a América. Para eso será menester quizá alguna persona de peso o en Sevilla o en Cádiz. Esté usted, por tanto, pronto para venir aquí a la primera noticia y ayudar en lo que se le diga. Vea usted al general, que le hablará más de estas cosas».

-Quién diablos habrá escrito esa epístola al sacristán, y con trescientos duros en el buche, no creo que haya adivinos que lo averigüen -dijo Chato haciéndose cruces.

Carlos, sin ser ningún mago, pudo formar muy probables conjeturas. Se acordaba de haber visto al sacristán del pueblo a la cabecera del padre

Narciso en sus postrimeros instantes en el hospital militar. En él se acordaba de haber rescatado de las llamas algunos papeles, y pensaba que pudo el sacristán recoger otros. La carta, empero, confirmaba sus sospechas en un punto, a saber, que habían perseguido a Isabel secretamente poderosos enemigos, y que la misma clandestina mano había intentado quitarle a él la vida. Lo que no pudo nunca acertar, es la causa que movía tan terrible persecución contra dos personas tan poco importantes, y que a nadie habían hecho daño alguno. No permitía su generosidad al caballero que sospechase de la marquesa del E., cuyos celos y resentimiento ardiente, y cuya severa imaginación no podía tampoco desechar de su ánimo, cuando quiera que descubría pruebas de aquella persecución extraña. Confiado en poder algún día cortar con la espada aquellas maquinaciones infames, apresuró el viaje a Sevilla cuanto pudo su trotón.

## Capítulo II

Si tu corriente confiesa,
sin intermisión alguna,
que la cabeza en la cuna
y el pie tienes en la huesa.
¿Qué fatal desdicha es ésa
en solicitar tu daño?
Pésame, que el desengaño
la vida te ha de costar.

(GÓNGORA.)

Afirman graves y juiciosos autores que nunca es un hombre más activo que cuando se ocupa en sus propios negocios. Carlos dio un nuevo y brillante ejemplo de la verdad de esta máxima. Tanto galopó y anduvo, tan frecuentemente cambió caballos y descansó tan poco, que llegó con increíble celeridad a Sevilla, y a la casa del coronel de Grañina. Estaba este caballero jugando al billar con su primo cuando llegó nuestro héroe; pero dejaron ambos los tacos para felicitar a su amigo.
-Esto se llama actividad militar -dijo el de Grañina-. Usted ha venido volando o por encanto. Yo no le esperaba a usted hasta pasado mañana. Del señor has de aprender a servir al rey, docto primo.
El de Guzmán dio una graciosísima respuesta en egipcio, sobre la cual se abstuvieron de hacer comentos el coronel y Carlos.
-Tengo la mayor satisfacción -continuó de Grañina- en que me haya confiado el capitán general esta orden, por la cual su majestad acaba de nombrarle a usted secretario de una comisión militar, de que me ha hecho a mí presidente. No sé a qué servicio se nos destina; pero tengo órdenes terminantes para estar siempre pronto a obedecer las del Gobierno a la

media hora de habérseme comunicado. Comprende esta disposición a todos los vocales, y con especialidad al secretario. Listos cuando se nos llame, de día o de noche; de modo que apenas puede uno salir de casa.
-¡Qué interesante y qué sublime providencia -dijo el de Guzmán-, para vosotros los que tenéis que obedecerla! Sea enhorabuena, señor don Carlos, y que goce usted por mucho tiempo el placer de recogerse con las gallinas o antes. ¡Viva la gloria militar!
Carlos no tardó en cambiar de tópico cuando se lo permitió bienseance, y eligió otro que personalmente le interesaba.
-Por la impenetrabilidad de mi señora tía la abadesa -contestó el coronel a nuestro héroe-, por las escasas comunicaciones de mi señor tío el arzobispo, por lo que me ha contado este primito dichoso mío que pasó no hace mucho a cierta dama, a quien supliqué fuese a hacer una visita, y sobre todo por ciertas lejanas memorias que, como las de un sueño, conservo acá en mi mente, de cierto suceso algo misterioso que pasó hace algunos años, estoy casi convencido de que existe una poderosa liga contra Isabel. Contra todas mis esperanzas, el arzobispo, después de recibir una carta de no sé qué hombre que murió en el hospital militar de que usted cuidaba, uno de los facciosos, por supuesto, mandó, como si el papel le hubiese dado el valor de un Héctor, que se examínase el convento de las monjas nobles por su capellán y otros dos sacerdotes, que se sacase de él a Isabel, y se pusiese bajó la protección suya y del primer magistrado de la ciudad. Todo se llevó a cabo, que me parece increíble, con la mayor energía, y sin hacer gran caso de las protestas y resistencia de la abadesa. Pero Isabel no estaba en el convento. Sin embargo, para prevenir que la abadesa la hubiese ocultado, se le exigió una declaración en forma y por escrito, en que dijo bajo su firma que la señorita en cuestión había salido del convento por voluntad propia y a su petición, y en uso de su libertad natural, y que ignoraba cuál era su paradero.
-Pues yo tal vez podría acertar adónde para -dijo Carlos con trémulo labio-; y si fuera posible que me pesara y execrara de los honores que me concede el rey, lo haría en este instante. La secretaría de la comisión militar que acaba de crearse me imposibilita pasar a América. Estoy persuadido de que se le ha hecho pasar al Nuevo Mundo por medio de las más refinadas intrigas y perfidias, cuyos motivos no puedo penetrar por más que pienso. El genio, el espíritu mismo de la persecución debería estar ya cansado de formar planes contra una persona como Isabel, que jamás ha hecho daño a nadie. Cuando reflexiono sobre esto pierdo el juicio. Lean ustedes este papel, y díganme si no es asombroso que haya quien se tome tan diabólico interés, y haga tales sacrificios por la destrucción de dos personas como nosotros, que ni aun conocidas era de esperar que fuésemos de nadie.
Carlos enseñó la carta que le había dado Chato.
-Pues, señor -dijo de Grañina-, mientras se vive hay esperanza. Yo le empeño a usted mi palabra de lograr sin pérdida de tiempo una circular del Gobierno, mandando hacer sobre este asunto las más severas investigaciones en los dominios de América. Es cosa esta vergonzosísima; pero, voto al cielo, que o ha de recibir usted satisfacción, o yo puedo poco. Yo mismo iría a América si necesario fuese para desenredar este infernal misterio.
El caballero de Guzmán, cuyo corazón rebosaba siempre en amor de la

justicia y de la caballería, y cuyos azules y expresivos ojos daban en esta ocasión viva prueba del interés que aquel asunto le causaba, interrumpió así el diálogo:
-Yo, el mismo caballero Guzmán de Saavedra, aquí presente, declaro y juro por las musas, que no estando por ahora sujeto a tambor y fila, como mi fiero primo o mi amado y docto estudiante, marchó sin demora en favor de una mujer perseguida, y no volveré hasta libertarla de sus enemigos.
-Sí, con la lengua griega y la caldea -exclamó de Grañina- no dejarás tú de hacer mucho. ¿Con qué parte de tu erudición confías en alcanzar una honrosa victoria? Veamos, primo.
-No con argumentos ni doctrinas, sino con las armas invencibles de un ardiente deseo, de la adopción juiciosa de los medios que por sí se vayan presentando, y de la firme esperanza del buen éxito. ¿Qué dices de mi retórica? Adiós, primo -añadió en compasivos acentos-, no quiero escuchar más sutilezas tuyas, porque aunque animoso y magnánimo en la batalla, siento decirlo, non audet facere, mi pobre pariente, cuando se trata de cosas de ingenio. Adiós, señores. En vano se consumirán ustedes deseando verme hasta que vuelva acompañando a la víctima de los poderosos, si tengo que andar para ello más países que sir John Mandeville o Marco Polo.
Salió el sanjuanista del cuarto acompañado de una desanimadora mirada de su primo de Grañina, que manifestó poquísima confianza en el desempeño de su ardua empresa. Luego continuó así:
-Descanse usted un poco, señor don Carlos, que su cabalgata lo merece a fe mía. Mi ayuda de cámara le tiene a usted preparado cuarto. No salga usted de la casa. Tal es nuestra obligación actual, que nos precisa estar a todas horas prontos para lo que pueda ofrecerse. No tardaré yo en ir a su aposento de usted, y confío en que podré servirle más eficazmente que mi primo. Adiós.
Pensativo, cansado y triste se paseaba Carlos por la vivienda que le habían destinado, abatido su espíritu, y su imaginación entregada al más desagradable desorden. La entrada de Chato le sacó de aquella desapacible situación. Había sabido granjearse Chato gran parte de la confianza de su amo, y sea dicho en su elogio, sabía gozar sin abusar de esta distinción.
-Su merced querrá descansar un poquito -dijo Chato-; y esperó en vano por algún tiempo la respuesta de su amo.
Continuó el caballero su pensativo irregular paseo, y repentinamente parándose tomó un pliego de papel y escribió en él más de dos carillas.
-Toma esta carta, y sea tu credencial -le dijo a Chato-. Tal vez aún no se habrá embarcado para América. Sin perder un solo instante sales para Cádiz, vas al puerto, y no perdonas medios de saber si Isabel se ha dado a la vela, y para qué punto. Si aún estuviera en Cádiz, me lo avisas por un expreso, y le entregas a ella esta carta, en que le aconsejo te dé un memorial para el gobernador militar, amigo del coronel de Grañina, a quien le suplicaré envíe al gobernador un correo hoy mismo. Escríbeme, te repito, si tienes buen éxito en tus investigaciones. Si ha salido ya para el Nuevo Mundo, te quedas en Cádiz, adonde sólo tardaré yo en llegar el tiempo que sea preciso para renunciar, si puedo, esta malditísima secretaría que me han dado. Los bajeles para América salen los más de Cádiz; o ha pasado por aquella ciudad, o está en ella todavía, ¡Apresúrate, Chato! Reprime tus travesuras. Adiós, y no olvides mis

instrucciones. ¡Adiós!
Con gozo de nuestro héroe, Chato, sin pedir aclaración alguna, sin hablar una palabra ni perder un momento, volvió la espalda, y desapareció como un sueño.

## Capítulo III

Arrojote violento
a donde quiso el albedrío del viento.
¿Qué condición del Euro y Noto ignoras?
¿Qué mudanzas no sabes de las horas?
Vives, y no sé bien si despreciado
del agua o perdonado.
¿Cuántas veces los monstruos que el mar cierra
y tuviste en la tierra
por sustento, en la nave mal segura
los llegaste a temer por sepultura?

(QUEVEDO.)

-¡Los cielos sean loados! -exclamó la marquesa del E., al oír anunciar al mucho tiempo esperado Pedro Facundo de Santisteban, jefe de los alquimistas.
No bien hubo este individuo presentádose en el estrado, cuando le dijo la dama:
-¡Qué ciertas fueron las sospechas! ¡Aquel aviso no se borrará jamás de mi memoria. En cortísimo tiempo me ha costado ya siglos de dolor. ¡Ah, Pedro Facundo! ¡Cuán desgraciada soy!
-No suelo equivocarme, ni es mi costumbre dar avisos vagos ni infundados -contestó el respetable Pedro-. Pero dígame usted, señora, le suplico, qué suceso le ha persuadido a usted, al fin, de que no eran mis sospechas del todo infundadas.
-¡Sucesos! -replicó la dama- ¡Las circunstancias más horribles! He tenido una aparición durante aquella noche terrorífica.
-¿Apariciones ha tenido usted? Vaya, vaya, marquesa...
-¡Sí, Pedro Facundo! Una aparición que creo tan firmemente como el testimonio de mis propios sentidos, como la vista de mis ojos o el tacto de mis manos...
-¿Pero sólo para consultas relativas a visiones me ha favorecido usted con tan apresurado llamamiento? -preguntó groseramente el alquimista.
-¡No, por el amor de Dios! Muchas causas más palpables tengo para apelar a su bondad de usted...
-¿Y son?

-La visita inesperada que acabo de recibir del arzobispo y del señor de Bruna, que me trajeron copia de una carta en que el infame del padre Narciso ha dado dilatadísimas declaraciones en contra nuestra...
-Ése es ya asunto de alguna más importancia -dijo el alquimista dando dos golpecitos a su caja de tabaco, y sin manifestar contento alguno en su fisonomía-. ¿Y qué indicaba la mirada del señor de Bruna? -preguntó luego- ¿Parecía dar crédito a la acusación?
-Firmemente, en mi dictamen, aunque se condujo con la urbanidad propia de un caballero. ¿Pero adónde está Isabel? Hable usted libremente. Yo estoy perdida...
-Isabel no está en circunstancias de hacer a usted ninguna injuria. Ya va camino de América, o cuando menos está para darse a la vela de un momento a otro. En ningún caso tiene usted motivo para temer nada por ese lado.
-¡Cuán engañado está usted, querido Facundo, cuán lleno de ilusiones! Continuará el señor de Bruna con la mayor energía investigando cuanto sea relativo a este asunto, y estoy convencida hasta la evidencia de que no se olvidará de enviar a Cádiz alguno de sus emisarios. ¡Facundo mío! ¡Por el amor que una vez inflamó tu pecho, en el nombre de aquel ser infeliz que lamentamos, no me abandones en tan grande tribulación! Todavía no hay más que la sospecha, pero si aquella odiosa doncella se encontrase... ¿Qué sería de mí? ¡Cielos santos! ¡No!, ¡no me abandones si un solo sentimiento de humanidad anima acaso tu corazón todavía! ¡Acuérdate de que hubo un tiempo en que te hice dichoso! Acuérdate de que para ti hice del mundo mi paraíso, de qué son vínculos desde entonces que no pueden romperse.
-¡Basta, marquesa! Jamás fui yo sordo a su voz de usted. Es inútil, además, recordarme mis debilidades juveniles, puesto que es hasta interés mío directo que este asunto de desventurado principio tenga conclusión dichosa. Pero es menester escoger maduramente los medios que han de facilitar el cumplimiento de nuestros mutuos deseos, y no obrar con precipitación y ligereza, sólo porque la prudencia es necesaria.
-¡Pero que sean tus juicios tan rápidos como sólidos y prudentes, querido Facundo! Huye del tiempo, y... ¿quién sabe si en este instante mismo, en este momento, nuestros enemigos se han encontrado ya en Cádiz? Fríamente miras este negocio importante; de otro modo no estaría ya ella en Cádiz, quizá no estaría en el mundo...
-¡Mujer!, ¡mujer! ¿Qué dices? Dame la pluma.
-¿A quién vas a escribir?
-Tal vez al magistrado de Gonzaga, en cuyo poder está Isabel... Mañana, empero, se dan a la vela de positivo, y ya hasta América no es posible que pueda recibir la carta...
-¡Facundo, lo repito, no miras con interés mi suerte...!, me has precipitado, ¡infeliz de mí!, en una sima de horrores en que me despeño sin fin de infierno en infierno, y te mofas desde el borde con diabólica risa al oír mi agonía...
-¿Por qué, mujer, por qué hablas así?
-¿Qué importa que sea mañana el día destinado para alzar las velas? Mil circunstancias imprevistas pueden impedir el viaje. El solo modo de vencer los obstáculos que a nuestro buen éxito se oponen es ir a Cádiz tú mismo en persona sin dilación, y obrar con la energía que cuando quieres haces brillar.

-¡Absolutamente imposible! Por cosas de menor cuenta he verificado mayores y más peligrosos viajes; pero en el momento presente no puede ser de modo alguno. Estamos rodeados de negocios de vital importancia. Por ardientemente que lo deseara, no podría dejar en esta hora mi puesto. Sin embargo, tomaré una medida equivalente.
El alquimista escribió, cerró y entregó una carta a uno de los criados que comúnmente le acompañaban. La recibió el hombre en silencio y salió del cuarto, mientras la marquesa preguntaba con grande vehemencia su dirección y contenido.
-Mando venir aquí por ella -dijo el escritor- al solo hombre que nos puede servir a satisfacción nuestra.
-Mis secretos -exclamó repentina y apasionadamente la marquesa- no han de confiarse a nadie. La presencia de ese hombre, sea quien fuere, es, por consiguiente, inútil.
-No es inútil, señora. ¿Necesitamos nosotros por ventura, hacerle comunicaciones gratuitas? El hombre que vendrá aquí, partirá a Cádiz con una carta cerrada para el jefe de los alquimistas de aquella ciudad, el más sabio de nuestra orden, maestro mío y mi querido amigo. Yo le mandaré, además, al mensajero que haga tales y tales cosas, y ni tendrá curiosidad ni escrúpulo respecto a los motivos de sus propias operaciones. Es demasiado práctico en esta especie de negocios para querer averiguar de balde misterio alguno.
Otras cosas se hablaron, y Pedro Facundo escribió varias cartas, antes de que Nicasio Pistaccio, el activo, reservado e ingenioso truchimán de los alquimistas, se declarase con muchas reverencias siervo humildísimo de la excelentísima señora y del respetabilísimo alquimista. Acusando con un ligero movimiento de cabeza el recibo de las cortesías del italiano habló así Pedro Facundo con solemnes acentos:
-En este instante partirá usted para Cádiz, señor Nicasio Pistaccio. Esta esquela es para el venerable jefe alquimista de aquella ciudad. He aquí otra para el señor magistrado de Gonzaga, a quien usted conoce personalmente. Tan pronto como vea el juez mi firma, se convendrá en dejarle a usted obrar según a usted le parezca en la comisión que a Cádiz lleva. Escúchela usted. Si, como es probabilísimo, el magistrado de Gonzaga ha partido ya para América, descansa usted y se vuelve. Si por algún imprevisto acaso estuviese aún en Cádiz, se lleva usted a Isabel consigo por buenos medios o por malos, toma previamente un bajel, y sale con ella para las Islas Canarias o cualquiera otro punto lejano, sin que yo le ponga otra condición que la de llevarla inmediatamente al otro lado del mar. No haga usted por cumplir, sino cumpla en efecto, la empresa que se le confía. Ni economice riesgos, ni fatiga, ni dinero. Cuente este último por miles si es necesario. El adjunto papel le abrirá los tesoros que tenemos en Cádiz. Jamás vuelva a mi presencia en tanto que Isabel esté en España, y acuérdese de que yo sólo deseo el buen éxito, que no admito excusas ni disculpas, que dejo a su arbitrio ilimitados medios, y que será ilimitada también la recompensa... Una pensión vitalicia tan pingüe como la pida, asegurada en el Banco de Hamburgo. Adiós.
-La giovanetta saldrá de España antes de mucho, o dejaría yo de ser Pistaccio -dijo el italiano-; y partió con mil reverencias hacia el río, mientras un criado de los alquimistas fue a casa de éstos a traerle su

siempre lista maleta a la izquierda orilla del Guadalquivir.
Había en aquellos dichosos tiempos, cuando la gente aún no navegaba en humeantes cafeteras, numerosos buquecillos pequeños que salían de Sevilla para Sanlúcar diariamente a la hora de la marea. Tal era el número y competencia de es tos barquichuelos, que había siempre un oficial del tribunal de Marina que arreglase sus turnos, y de aquí se llamaban barcos de vez. En ellos podía un hombre llegar cómodamente en diez o doce días, o cuando menos en un par de semanas; desde Sevilla a Sanlúcar, a no ser que se varase, porque entonces tenían los pasajeros que sacar el buque a remolque, despernándose por aquellas playas. Como el pasaje costaba tan poco, parecía cada uno de estos barcos un arca de Noé, repleta de barberos, doncellas de la legua, frailes, soldados, y una rara diversidad de individuos de alegre vida y alma de bronce. Considerando estas razones Nicasio Pistaccio, práctico cual no otro en toda especie de viajes, se resistió cuanto pudo a entregarse a un barco de vez; mas viendo que hasta el otro día no había buque que saliese, y que ya a aquella hora cualquier otro viaje había de ser más dilatorio y poner en mayor riesgo su pensión vitalicia del Banco de Hamburgo, se decidió, en fin, a pagar su peseta de pasaje, y resignado a pasar aquella noche las fatigas de la mona, pasó a bordo por la estrecha tabla que del barco a la orilla iba. No bien llegó a la bodega del descubierto buque, cuando ya empezaron los desengaños del italiano, porque en vez de las veinte personas que según su cálculo habría a bordo, se encontró como unas cincuenta, además de los marineros, el patrón y dos andrajosos grumetes.
-La peste di Dío ti caschi di sopra! -replicó ya avinagrado el italiano al patrón que le pedía aún se recogiese un poquito para hacer lugar a unas veinticinco arrobas de carne pegadas a los huesos de un fraile, que vestido de las blancas ropas del orden carmelita, y ya visiblemente mareado de pensar sólo en que se embarcaba, entró con incierto pie en el buque ayudado de dos marineros.
Cuando ya absolutamente no hubiera cabido a bordo ni una pulga más, se desvió el buque de la orilla, y rezando el patrón la Salve en alta voz por un próspero viaje, tomó la caña del timón bizarramente. Dicen los freneologistas que las personas que tienen prominentes ojos, en lengua vulgar saltones, poseen en mayor grado que otras las facultades locuaces, ora por lo mucho que hablan, ora por la facilidad que tienen de aprender nuevos idiomas. Si esta máxima es cierta, y puede volverse por pasiva, debía de tener el patrón del barco de vez dos ojos como dos naranjas, y éstos fuera de sus órbitas, porque en toda la noche no cerró aquel pico, ni dejó de charlar, y contar cuentas y echar pullas, bien a la tripulación, bien a los pasajeros. También es de conjeturar por su pronunciación andaluza cerrada, tocando en morisca, por la plenitud de su voz y la sal de sus anécdotas, que estaba el hombre muy satisfecho de sí mismo y de todos los objetos que le rodeaban. Esta última es, empero, opinión que no puede demostrarse palpablemente, porque no se le veía al capitán el rostro. Estaba la noche cargadísima, y la escasa luz de un farolillo que desmayadamente relumbraba entre las piernas del patrón, la absorbía toda la desmesurada espalda del reverendo antedicho, a quien por vía de lastre había acomodado en el centro. Iba el padre sentadito, y le apuntalaban por cada lado tres o cuatro infelices de ambos sexos, a

quienes colocó allí su desventura.
-Puez eyo too el mundo va bien -dijo el capitán-, y a zu guzto, cuando naide ze queja. Azí ez como yo yevo ziempre a miz pazageroz. La gente holgaíta; ca uno en zu zitio, y Dioz en el de tooz.
No era, empero, la inferencia del capitán muy lógica. Si no se le quejaban los pasajeros, era porque ni aun para quejarse tenían lugar, ni apenas para sacar el resuello, cuanto más la voz. Y era lo más malo que a nadie quedaba ámbito para cambiar la posición primera. Pistaccio tuvo la fatal suerte de que le embutieran ya para todo el viaje cerca de los confines del fraile, desde donde estuvo contemplando con admiración inefable la paciencia y angustia de un malhadado pasajero que hacía tres cuartos de hora iba cargado con la pierna izquierda de su reverencia. Tal vez observaron el mismo hecho otras personas encajonadas en la hilera próxima a Pistaccio, pues que sintió éste una mano que le pasaba cerca, y descansó suavemente en la carnosa pantorrilla del reverendo. Hizo éste al sentir la presura un repentino pero vano esfuerzo para reponerse o apartar el dicho miembro, echando simultáneamente por aquella boca una interjección tan redonda y castiza como eclesiástica, que sonó cual un trueno sobre el barco de vez.
-¿Quézezo, padre? -preguntó el capitán, volviendo su timón bizarramente-, ¿ha sido cucaracha o algún ratoncito que habrá venío e tierra?
-¡Ha sido Satanás que te confunda! -replicó el fraile- ¡Ratoncillo! ¿Qué ratoncillo cabe aquí, pecador? Pero por San Francisco, que si llego yo a ponerle la mano encima al ladronazo que me punzó la pierna, que le tengo de hacer astillas y se ha de acordar de mí hasta la hora de su muerte. ¡Pícaro! ¡Desmandado!
Aún seguía la estentórea peroración del eclesiástico, cuando le clavaron otro alfiler más gordo por el mismo lado del primero:
-¡Ay!, ¡ay! -exclamó con dos gritos que hubieran estremecido a los circunstantes a tener lugar para estremecerse.
Y creyendo que era el agresor Pistaccio, se encaró con él, y aun amenazó destruirlo con su peso, como suele el elefante a la alimaña que le incomoda.
Y fueron vanas las amenazas, porque se le habían dormido a su paternidad los cuatro remos de llevarlos en la misma postura siempre, y tan apretados y oprimidos, que diera él por verse en pie y desembarazado en tierra firme su túnica y su capucha. También conoció, después de la defensa verbal de Pistaccio, que no era posible de modo alguno que hubiese extendido este jovencito los brazos en dirección de sus pantorrillas. Se cambió, empero, con mucho trabajo la posición relativa de los viajantes, y quedó restablecida la paz hasta cerca de por la mañana, que a merced de un viento fresco, llegaron por felicidad inaudita al tablazo, parte la más ancha del Guadalquivir, antes de entrar en el océano.
Allí Neptuno, irritado al ver los viajeros, como cuando en los antiguos días turbaron su reposo los cortesanos insolentes de Eolo, levantó las mal humoradas facciones sobre las ondas, y sacudiendo el tridente en anchos círculos por el espacio, mandó a los vientos que bailasen con las aguas la mazurca. Obedecieron las olas. Se hincharon en gigantescas masas, y con potente encuentro se precipitaban y rompían las unas contra las otras. A veces huían en confusas tumultuosas multitudes, y desnudaban impías el

seno del padre Océano, o recediendo velocísimas lo vestían de nuevo con líquidos velos y cendales de azul verdoso, plegados en túrgidos nudos y elevadas pirámides. El helado Bóreas bramaba por música en el baile, y al par de los rugidos resbalaba furioso por las olas con silbidos agudos, altos y prolongados, cual suelen sacar las Bacantes de sus instrumentos de música guerrera. La casta aurora no quiso fijar sus ojos en aquella profana orgía por no ruborizarse al verla. Desdeñosa, por tanto, y ocultando el rosado semblante tras un impenetrable dosel de opacas nubes, lentamente ascendía por los cielos orientales, pero tan rebozada y cubierta, que apenas podía distinguirse de su hermana noche, la del negro manto.

No era nuestro barco de vez el más a propósito para resistir aquellos peligrosos caprichos del tiempo. Las desgarradas velas colgaban ya en harapos de las cuerdas y rotas entenas. El timón había perdido la fuerza, y también el timonero, que andaba entre los pasajeros dando a sus temores batería con sendos trisagios. También prometió a grito herido costear un septenario entero a la Santísima Virgen si lo libraba de las cavernosas fauces que abría a cada instante bajo sus pies el océano.

Pistaccio, aunque de modo alguno regocijado con aquel jeu d'esprit de los elementos, conservaba más serenidad que los otros mareantes; y malgrado su miedo no pudo menos de sonreírse cuando vio una mano, armada de un largo cuchillo flamenco, cortando la cuerda que amarraba la tapa de un canasto en que iban las provisiones del fraile. Yacía, entre paréntesis, de lado este santo varón, vencido ya totalmente por los efectos unidos del miedo y del mareo. La mano del osado marinero, cuyo rostro no podía verse, sacó del canasto dos botellas de vino, un robusto pavipollo asado, pan, frutas y otras frioleras, en vez de las cuales puso, no sin gran dificultad, un lucido y reluciente gatazo negro que iba también de viaje. Ató después el canasto y le dejó, al parecer, como estaba antes.

Al mismo punto resonó un grito unánime que arrancó del alma de los pasajeros el sentir del choque violento de la quilla contra un banco de arena. Ascendió de la concavidad del bajel un ruido sordo y tenebroso como si sollozase al verse en manos de la muerte. Dudó Pistaccio en su agonía si era ya tiempo de confesarse a Dios. Apenas había hombre que osara respirar durante algunos minutos; la muerte había ya sellado con su palidez los rostros de los nautas, cuando una poderosa ola sacó el bajel del banco, y lo lanzó velocísimo a la alta mar cual si fuese una cáscara de nuez.

En medio de su terror, todavía venció la curiosidad de Pistaccio la compunción y el arrepentimiento que habían empezado a manifestarse en su pecho, y diciendo entre sí:

-Yo he de conocer a este renegado que con tanto desprecio mira la muerte.

Se arrastró por cima del postrado fraile hacia el lugar de donde la mano había salido. Allí encontró a uno de los marineros devorando tranquilamente la pechuga del pavipollo, y agotando lo poco que ya quedaba de la primer botella. Pero, ¡cuánta fue su admiración al reconocer en el marinero a nuestro antiguo amigo Chato!

-Figliuolo d'il diavolo! -exclamó el italiano- ¿Tú aquí? ¿Aquí tú en realidad, Chato?

De tal modo tanto logizaba Pistaccio en su temor.

-No, señor, no estoy aquí -replicó Chato con alta indiferencia-, pero me estoy esperando por momentos.
-Cosa dice canagliota? Sempre gli stepe tue coglionerie?
-Sempre -contestó con la misma calma el inmutable Chato, levantando otra vez el asiento de la botella a los furiosos cielos, y debatiendo interiormente cómo se conduciría respecto a Pistaccio.
-Este nene -pensaba él- es uno de los pocos hombres que pueden habérselas conmigo en materia de travesura y de ingenio. No cruza él las aguas sin motivo. Si por acaso es también a Cádiz su viaje, puede serme allá peligroso enemigo; pero si le hago yo bien la cama, Dios sabe la astilla que podré sacar; y como dice el proverbio, un amigo, aunque sea en el infierno. Portémonos, pues, bien con este tunante, y veamos si puedo meterle la mano hasta el codo.
Y luego, bajando la botella y haciendo muestras de reconocer repentinamente al italiano:
-¡Bien hallado, caro patrón mío! -le dijo- Esta botella aún está virgen, y ni a las alas ni a sus adjuntos le ha tocado nada todavía. No hay como el aire del mar para abrirle a uno el apetito.
-¡Los diablos carguen con tu apetito! -le replicó Pistaccio sonriéndose, aunque algo pálido de mejillas-, ¡Quién sabe si dentro de cinco minutos ya no viviremos!
-Entonces sí que sería necedad el comer -redarguyó Chato-, cuando uno ya estuviera muerto. Pero mientras se vive, ¿quién no hace por dilatar la vida?
-Pero el alma, Chato...
-Pues para conservar el alma dentro del cuerpo es para lo que yo como. Además, señor Pistaccio, usted no vendrá a echármela a mí de santo, porque o yo sé poco, o le teme usted a la muerte como a las nubes de antaño.
-Como a las nubes de hogaño y de ahora, hubiera estado mejor dicho -respondió el amedrentado Pistaccio en un tono entre burlesco y serio.
Pero era el italiano bon compañón por una parte, y no deseaba, por otra, que se dudase de su valor. Sin esperar más súplicas se lanzó, pues, con trémula mano y labio convulsivo a los restos del pavipollo, y ayudó, además, a Chato a desangrar la corpulenta botella, del reverendo. Los exánimes vidrios se depositaron en el mar después del almuerzo, así como el pan y fruta que sobraron, para que no quedase en aquellas inútiles ruinas vestigio alguno de la devastación pasada.
Continuó en tanto la tormenta con no abatida furia, hasta que a eso de las diez de la mañana cayó el viento repentinamente, y media hora después se habían apaciguado ya las ondas, y puéstose la mar al corto rato tan tersa e inerte como un inmenso espejo. Los fragmentos y jirones que de las velas caían perdieron el movimiento en aquella profunda calma. El cielo, empero, continuaba vestido de amenazadoras nubes, y la voz del trueno reverberaba desde lejos. El sol se mostró, al fin, más allá de la tormenta por entre las hendiduras de algunos espesos y opacos nubarrones; pero no parecía su disco el de aquella esfera benigna y vivificadora que preside el movimiento de los cielos. Despedía, al contrario, en vez de su clara luz, una especie de efulgencia roja y fría, como el rubor que colora las mejillas de los traidores al dar el fementido o culo de paz al mismo amigo a quien venden. Continuó la calma por algún tiempo, y un aguacero copioso

trajo con él la esperanza de un cielo y mar más apacibles, y para nuestros navegantes la perspectiva aún más halagüeña de verse pronto libres del barco de una vez.
Pasajeros y tripulación se levantaron cómo y cuándo les fue posible, y refrescados ya más que medianamente por la lluvia, empezaron a sentir el apetito que es de suponer después de dieciséis horas de fatiga. Dio el fraile tres o cuatro arremetidas a ver si podía alzar la cabeza, y descubriendo con gozosísima admiración suya que ya no se movía el buque, suplicó a media docena de membrudos marineros le ayudase a ponerse sobre los talones. Cuando se vio en pie y a sus anchas, empezó a sacudirse los hábitos como pudiera un poderoso mastín acabado de salir del río, calando de agua hasta el cuero a los pasajeros que tenía junto, porque no parecía sino que otro aguacero bajaba sobre el barco de vez.
Ya que se sintió el reverendo repuesto y holgadillo, hizo un discurso bastante sentimental acerca de los padecimientos de los navegantes, e insinuó que tripulación y pasajeros se habían librado de inevitable muerte por la intercesión del santo especial patrono de su convento, a quien una limosnita de los devotos no sería desagradable. Para que esta indicación surtiese buen efecto, se hizo el buen padre amabilísimo, y convidó al capitán a participar de una avecilla que asada en un canasto traía, y de una copita de escogido vino. No era el capitán de estos negadores de oficio que hasta el comer rehúsan cuando se les pide. Se manifestó, como debía, pronto a obedecer y agradecido, y se dirigió hacia el canasto con el fraile. Ardua empresa sería describir el gesto que hizo su paternidad al ver arquearse dentro del canasto, no el apetecido pavipollo, sino los lomos lustrosos y suaves del corpulento gato, y salir esponjándose la cola y abanicándole con ella sus narices. Se le iban unos colores y se le venían otros; la indignación, el temor repentino que le dio la inesperada vista del animal, el cansancio y pasada fatiga, la hambre que le aguijaba, se pintaron sucesiva y rápidamente en su fisonomía, que mejor retratara el pincel que no la pluma.
-¡Qué milagro! -exclamó Chato que estaba junto.
Y le miró el padre de reojo, y le hubiera tirado a la cabeza canasto y todo, a no incomodarle más la observación del capitán, que creyéndose burlado, le dijo con encendido rostro:
-¡Puez con valiente friolera ze viene zu paterniá! ¡Con maz carne que un monte y maz añoz que la tarazca, y anda aquí jugando como un niño! ¡Vaya, vaya, que no eztá mala la borondanga! -y se apartó de allí echando chispas.
Tampoco agradó a los marineros que así se jugase con su capitán, y como los pasajeros empezaron a reír a carcajada tendida y darles vaya acerca de la asada avecilla, hasta que un marinero, de éstos que como dice la voz del cielo, esto es, la del pueblo, tienen malas pulgas, descargó una tremenda bofetada en la mejilla del mayor riente. Algunos marineros sacaron los cuchillos en defensa del pegador; los pasajeros, confiados en su número, tomaron la defensa del pegado, y se siguió una barahúnda de puntapiés, puñadas y juramentos que Lucifer mismo no hubiera podido mejorar. Algunos combatientes se retiraron para batirse detrás del fraile, y desde allí tiraban coces y piedras del lastre a sus adversarios. Esto dio margen a que se apearan copiosa cantidad de equivocados mojicones

sobre los hábitos de su reverencia, que al fin, y ya agobiado, se tiró a tierra, tullendo y dejando contrahechos para siempre a cuatro o cinco hombres a quienes cogió debajo.
Al fin logró el capitán aquietar esta confusión y campo nuevo de Agramante; los combatientes dejaron los golpes y acudieron a las vituallas, y mientras alimentaban sus cuerpos, daban Pistaccio y Chato así pasto a sus almas:
PISTACCIO.- ¿Y adónde bueno se camina, señor Chato?
CHATO.- ¡Voto a tal, que eso es precisamente lo que yo ignoro!
PISTACCIO.- ¿Y quién diablos lo sabrá entonces? Pero esa respuesta no viene bien entre nosotros. El señor Chato no es hombre que anda vagando por esos mundos, sin saber por qué.
CHATO.- Por supuesto que no lo soy. Demasiado bien sé yo por lo que ando así suelto. Lo que no sé es adónde voy, cómo, ni de qué manera.
PISTACCIO.- Entonces, por lo menos podrá saberse por qué anda el señor Chato suelto, como él dice.
CHATO.- Eso de saberse, tampoco es para todos. Sin embargo, al noble y generoso señor Pistaccio, que ya me conoce, no le oculto yo nada. Mi motivo para embarcarme fue salir de Sevilla lo más presto posible por cierta comunicación que los señores de la Audiencia querían establecer conmigo. Así, me metí en este barquichuelo, con ánimo de ir adonde quiera que pudiese ganar mi vida honradamente.
PISTACCIO.- Te entiendo. No diría más un libro. Tampoco soy tan curioso que desee enterarme de las razones que te sacaron de Sevilla. Todo me lo figuro. Sólo esa vida que quieres ganar honradamente es lo que yo no penetro ¡La verdad! ¿A que no tienes allá en tu mente plan ninguno para conseguir tan ardua empresa? Mira que a mí no me engañas.
CHATO.- ¿Cómo que no tengo? ¿Pues qué más plan ni mejor que el de irse con la corriente, y obrar con las circunstancias? Según las aventuras que me sucedan, así será lo que yo imagine. Verdad es que yo sé más que Lepe; pero aunque fuera un mago, ¿cómo había de adivinar las cosas que han de sucederme? Entonces, ¿qué más vida honrada necesitaba yo que mi ciencia?
PISTACCIO.- No dices mal. Entonces, si no tienes ocupación mejor, ¿te agradaría venirte conmigo a Cádiz, o tal vez a otras partes, y empezar una vida nueva de aventuras?
CHATO.- ¡Agradarme! ¡Por vida del dios Baco, que ni en sueños me podía haber venido fortuna más pintiparada.
PISTACCIO.- Pues ya está el trato cerrado. Eres desde este instante mi escudero mientras dure la actual expedición. Aquélla es mi maleta.
CHATO.- (Levantando en alto el sombrero.) ¡Viva mi amo y señor Pistaccio! En mi vida he tenido mejor dueño. Permítame su merced, señor caballero, empezar a darle pruebas de mi fidelidad y mi afecto con escuderil libertad. Su merced no hace bien en dejar su equipaje abandonado por ahí como lo está. Cualquiera podría meterle mano...
PISTACCIO.- Sobre él he tenido la cabeza toda la noche...
CHATO.- Aun así no está seguro.
PISTACCIO.- ¿Pues adónde quieres que lo lleve?
CHATO.- Como yo, humilde escudero de su merced, llevo el mío. Todo lo tengo puesto.
PISTACCIO.- Pues no está el mío menos seguro siendo tú quien me lo cuida.

CHATO.- ¡Viva el señor Pistaccio, repito! Esa confianza me enamora y me paga mejor que mil ducados al año. Dígame su señoría, pues que con tanta confianza honra a este su indigno siervo, ¿me será permitido preguntar, para arreglar mi conducta si vamos a Cádiz en calidad de caballeros principales, sólo para tomar leche en Chiclana y divertirnos a nuestras anchuras, o lleva ya mi señor amo predeterminada carrera? Dígamelo, por su vida, para que pueda apropiar a nuestras circunstancias la dignidad de mi porte.
PISTACCIO.- Eres el adivinador más certero del universo. No vamos a otra cosa que dar un paseo y tomar el aire del mar.
CHATO.- ¡Por Santiago, que somos entonces los más felices de todos los viajeros habidos y por haber!
PISTACCIO.- ¿Y por qué?
CHATO.- Porque si a tomar el aire vamos, ya hemos logrado lo que queríamos mucho antes de acabar nuestro viaje. Porque, ¿qué más aire del mar que el que el cielo nos ha concedido toda la noche y toda la mañana? Pero siento, sin embargo, que no llevemos puesta la vista en ninguna otra cosa. Me gustan las empresas sustanciales, tanto como aborrezco las aéreas.
PISTACCIO.- Tengamos paciencia, mi buen escudero, y contentémonos con las aventuras buenas o malas que el destino nos haya preparado. Tú dices que no eres adivino; yo te juro que no soy profeta, ni puedo decir aún cómo pasaremos en Cádiz nuestros ratos ociosos. Pero, ¿cuán dulce no es la esperanza de que a la hora esta habrá tal vez quien esté contando en Cádiz un henchido bolsón de onzas, que tal vez una bellísima gaditana está en este punto mismo contemplando al espejo su hermosura, y sin esperarnos a nosotros contador ni hermosura, ni nosotros saber quién son ellos, han de venir a ser trofeo de nuestro ingenio? ¿Cuánto no darías tú por saber ahora quién es la primera chica de Cádiz que ha de ser tuya? ¡Qué ajena estará la infeliz en este instante de pensar en que vas tú en su busca, ni en las mil aventuras que resultar pueden de tu visita!
CHATO.- ¡Así sea! Y permitan los hados que hallemos mejor ocupación en Cádiz que la de alfilerear piernas de fraile, como en mi ocio tuve que hacer anoche.
PISTACCIO.- Gracia que por poco me cuesta a mí un bofetón horroroso.
Mientras caballero y escudero estaban celebrando las travesuras del último, varias ruidosas ráfagas amenazaron de repente sepultar en las aguas el frágil y quebrantado casco, y esta circunstancia puso fin a su diversión. Estaban a la vista de Sanlúcar de Barrameda, cuya peligrosa barra conocía muy bien el práctico capitán. Puso, pues, la proa hacia la orilla, y encomendándose a una legión de santos, se dejó ir viento en popa decidido a encallar si le era posible. La quilla estaba casi abierta por la concusión anterior del bajel; estaban destrozadas las antenas y roto el timón, de modo que había una mediana probabilidad de ahogarse todos los que iban a bordo, cuando por intercesión de San Telmo, a quien el patrón fervientemente invocaba, se levantó del mar una violenta racha de viento, que echó el bajel a tierra.
Quedaba, empero, aún su media legua de agua salada que atravesar antes de llegar a la enjuta arena; pero como no pasaba de vara y media la profundidad del agua, los más de los pasajeros se arrojaron bizarramente a ella, y aunque mojados, estaban en seguridad algunos minutos después.

Algunos de los hombres, más robustos, o menos ansiosos de llegar a tierra, o menos egoístas que sus compañeros, se dividieron en pares para sacar las mujeres y los niños. La transportación del desmesurado fraile era la única difícil. Por un lado declaró el padre bajo juramento que no podía poner los pies en agua sin resfriarse de muerte, por ser su temperamento muy linfático y bilioso. Por otro no había fuerza bastante en ningún par de hombres para encargarse de su paternidad. Al fin, movidos de un impulso caritativo, y del respeto que había en aquellos tiempos felices por el santo hábito, dos marineros se ofrecieron a sacar al padre a tierra, si otros cuatro o cinco hombres les ayudaban; pues lo que es su reverencia, decían ellos, bastaría sólo para dar trabajo a toda la tripulación del navío Trinidad. Chato, que en cosas caritativas no tenía compañero, ofreció desde luego su humilde ayuda, y siendo el más fuerte de los cinco que se reunieron, cargó con el centro de gravedad del padre. Los otros miembros de su reverencia se distribuyeron confiando una pierna a cada hombre, y la cabeza y hombros a los dos últimos que quedaban. Así se pusieron en procesión hacia la orilla adonde por su dinero había llevado a Nicasio Pistaccio un hombre. Se detuvo el italiano a esperar a su nuevo escudero, y no pudo menos de causarle risa verlo venir en situación tan lamentable.

Iba el padre comodísimamente, y bendecía a cada paso la caridad de aquellos mancebos, que como buenos cristianos se habían compadecido de las tribulaciones de un ministro del Señor. Les aseguró para animarlos, porque ya a tres de los cinco les temblaban las piernas, que recibirían sus almas el galardón de aquel servicio; y que ni aun en este bajo mundo los olvidarían los santos de su devoción. En medio de estas promesas gritó Chato:

-¡El calambre!, ¡el calambre!

Con aterradores quejidos, y asiendo con toda sus fuerzas los hábitos y correa de la cintura, se hundió en las ondas, llevando tras sí la mole informe de obesidad con que iban vestidos los huesos del fraile. El infeliz eclesiástico entró de cabeza en el frío y no esperado baño en compañía de los caritativos marineros. Chato, que era expertísimo hidrostático, no tardó cinco minutos en llegar a la orilla. Alcanzó a su nuevo amo camino de Sanlúcar, dejando al fraile manotear y tragar agua salobre, hasta que con grandísimo trabajo se le sacó a la orilla más muerto que vivo por medio de cabrestantes, cuerdas, palancas y garruchas, como suelen usarse para sacar del agua una monstruosa ballena.

## Capítulo IV

Desvía, rufián, esa rústica y grosera mano.

(SHAKESPEARE.)

Ya se habían pasado cinco días desde que por influjo de la marquesa del E.

salió Pistaccio para Cádiz, y aún no se habían recibido nuevas suyas. Es verdad que apenas había tiempo para que las tales nuevas llegasen, y que la marquesa lo sabía muy bien. ¿Pero quién puede avasallar a su arbitrio la impaciencia que el esperar causa, y más cuando se esperan cosas interesantes? Frecuentemente, empero, imaginaba la marquesa con placer suyo, que si hubiera adquirido e señor de Bruna más conocimiento de sus intrigas, o Isabel detenídose en Cádiz, ya la habría el juez honrado con otra visita.

Consonantes con los de la marquesa eran los sentimientos de Pedro Facundo. Pero lejos de entregarse a inútiles reflexiones y conjeturas, despachó a Cádiz otros mensajeros, escribió de nuevo al jefe de los alquimistas de aquella ciudad, y finalmente, persuadió a Pedro Gonzaga a partir también para el mismo punto cuatro días antes del momento de que hablamos, para obviar con su autoridad los obstáculos que tal vez pudiera haber hallado Pistaccio cerca de su hermano el juez, con quien Isabel estaba. La fama de prudencia y sabiduría de este mismo Pedro Gonzaga, el de los grandes anteojos, daba peso a sus palabras con las más de las gentes, en especialidad con su hermano, a quien había alcanzado en la corte una de las mejores magistraturas de indias.

Ignorando las multiplicadas y comprensivas providencias que para la partida de Isabel se habían tomado, en caso de que por algún peregrino contratiempo aún estuviese en Cádiz, esperaba Carlos volver a verla todavía, y era dichoso con aquella ilusión. Se habían escrito cartas y enviándolas por expreso al gobernador militar de Cádiz, adonde Carlos hubiera ido ya hacía tiempo, si no se le hubieran confiado, como secretario, todos los documentos y papeles de una comisión militar reservada que por orden del rey se formó en Sevilla después de la insurrección de Landesa.

Guiado en sus extravíos de imaginación por un instinto inexplicable, maldiciendo a veces los hierros de la esclavitud militar, gozando a veces y por anticipación el instante en que volvería a ver a Isabel, y a veces pintándose en su fantasía el bajel en que iba por el mar Atlántico, andaba Carlos todas las tardes muchas millas por las márgenes del Guadalquivir, parándose y examinando individuos que de cualquier barquichuelo venían a Sevilla, e imaginando a cada instante que veía la forma de su criado Chato. La aproximación del buque desvanecía su ilusión y le hacía caminar velocísimo hasta descubrir otro barco que de nuevo le engañaba.

En este desarreglo de ánimo vagaba nuestro caballero una plácida tarde de otoño, a la hora en que el sol con dilatado disco parece sumergirse en el horizonte occidental. Sus rayos matizaban de rojos esmaltes el follaje de la opuesta orilla. Sobre las ondulaciones del río se veían meciéndose en pomposos racimos el fruto de la viña, ocultando su lustre bajo las hojas y rizados pámpanos, como vela su rubor una hermosa bajo la rubia cabellera. Aligeraban la fatigosa abundancia de los viñedos algunos árboles irregularmente plantados, cuyos desnudos troncos y brazos, alzando al cielo las agudas ramificaciones, como la muerte levanta en el banquete conyugal la descarnada mano, parecían dar indicio de la llegada del invierno. Una arboleda de cipreses quebraba el horizonte oriental; y cuando ya más bajo el sol encendió de luces escarlatas las oscilantes aguas del Guadalquivir, una ruinosa torre morisca pareció ascender de las

ondas para completar el paisaje. La planta del almizcle exhalaba su voluptuoso perfume en la suave brisa vespertina; habían las aves callado ya sus trinos; y la molicie de la naturaleza llenaba insensiblemente el ánimo de aquella mórbida y dulce laxitud más difícil de vencer que los fieros tigres de la Hircania.
Absorto el espíritu y casi suspenso el pensamiento paseaba Carlos aquellas solitarias y un día felices costas, hasta llegar a la arruinada torre, que oculta antes por las sinuosidades del río, parecía edificada en las olas. Dilató hasta mucho más allá su paseo, pero no descubrió vela alguna. Ya bajaba la noche sobre la tierra, cuando desanimado y pensativo quiso deshacer sus pasos el caballero, persuadido de que posponía su vuelta Chato por no comunicarle la infausta noticia de la partida de Isabel.
Al pasar camino de Sevilla, por la ruinosa torre, imaginó que oía los gritos de una mujer. Su fantasía le puso al punto delante la forma y la voz de Isabel. Se paró a escuchar, y un súbito escalofrío azotó sus venas al oír un débil grito pidiendo auxilio.
-¡Socorro, Virgen Santísima! ¡Socorro! -repetía la voz desde la torre.
Carlos se precipitó espada en mano al punto de donde partía la voz, pero los sollozos de la mujer que se quejaba hirieron más de una vez sus oídos antes que hallase entrada al sitio bajo cuya ominosa sombra luchaban tres hombres para vencer la ya desmayada resistencia de una mujer que en vano quería oponerse a la violencia.
-¡Cobardes! ¡Infames! -gritó Carlos con voz que hizo resonar las ruinas- ¡Yo premiaré vuestra villanía!
Y diciendo así hizo venir al suelo de una estocada al primero de los rufianes.
Aunque sobrecogidos de repentino terror pánico, recurrieron los otros dos a sus espadas; uno cayó mortalmente herido antes de poder desenvainar la suya, y sólo quedó un antagonista a nuestro caballero. Se dilató, sin embargo, el combate, y aún estuvo por mucho tiempo dudoso, lo uno por ser el adversario de Carlos tan diestro como él en el manejo de las armas, lo otro porque temía Carlos herir a la acometida mujer que con las manos cruzadas y la cabeza levantada al cielo estaba de rodillas bajo el ángulo formado por las dos espadas. Aunque no más diestro, era Carlos mucho más fuerte que su contrario, cuya espada pudo, al fin, asir por la empuñadura y arrancarle de la mano. Se apoderó de las armas y ofreció el brazo a la mujer, preguntándole qué podría hacer por ella.
-¡Ilustre caballero! -replicó abrazando sus rodillas, a pesar de la seria oposición de Carlos- Sólo pido a usted, por el amor de Dios, me acompañe hasta las primeras casas del arrabal. Estos tres malvados me encontraron en el camino de Triana, y me arrastraron por fuerza a las ruinas con abierta y absoluta violencia.
-¡Viles y cobardes monstruos! Pero, ¡por los cielos! -exclamó nuestro héroe- ¿Quién es usted? ¿Aún no me reconoce? ¿No acaba de llegar de Cádiz?

-No, señor caballero, jamás he estado en esa ciudad. Yo vivo con mi madre en Triana, y soy de una familia oscura a quien su señoría probablemente no conoce.
-¿Sabe usted el nombre de estos villanos?
-Sólo a uno de ellos conozco de vista, pero supongo por los vestidos que

todos son caballeros.
Debió ella haber observado su porte durante las últimas vislumbres del día, porque en el momento de que hablamos estaba todo oscurísimo, y no podía distinguirse el traje ni la fisonomía de los rufianes.
-¿Y quién es ése que usted conoce? ¿Ignora usted su nombre?
-No abuse usted, señor caballero -interrumpió el último antagonista de Carlos- de los derechos de la victoria. Somos tres hombres principales, hemos comido hoy en San Juan de Aznalfarache, y usado profusamente la botella. Estimulados por el vino quisimos triunfar de la debilidad de esta muchacha que encontramos sola en el campo como una de tantas de las que por aquí andan. Confieso que hemos cometido una acción vergonzosísima que nuestra razón condena. Ella está libre ya, y nosotros desarmados. No quiera usted infamar nuestros nombres por un impensado crimen, que aunque odioso en extremo, no fue hijo de nuestra deliberación.
-Usted ha injuriado directamente a una mujer indefensa -replicó Carlos-. Ella decidirá de la muerte de sus enemigos. Si desea que la justicia castigue a los agresores, dispóngase usted, sea quien fuere, a venir a la cárcel, o a que le atraviese yo el pecho de una estocada.
-Eso no es caballero...
-¡Silencio, cobarde infame! ¿Por qué he de tener yo consideración con el vil que armado, y en las tinieblas de la noche y en la soledad de los campos, conspira contra una frágil e indefensa mujer?
-Señorita -continuó dirigiéndose a la ofendida-, sírvase usted pronunciar sobre el destino de estos hombres.
-Déjelos usted ir con Dios, caballero -dijo con mucha dignidad la agraviada-; tal vez les servirá este suceso de lección para no deshonrarse otra vez tan bajamente.
-Sea como usted dice -contestó el caballero-; yo tendré el honor de acompañarla a usted a su morada.
Uno de los hombres que estaban por tierra quiso, pero, en vano, levantarse; el otro permaneció inmoble y callado. Con innumerables expresiones de gratitud salió la joven de las ruinas, y Carlos la siguió sin perderla de vista.
No habían andado mucho la señorita y el caballero, cuando salió la luna de un grupo de nubes que la ocultaba, y reveló a éste la forma aérea de la ninfa, que como un hada parecía atravesar los plateados campos sin pisarlos. Sus blancas ropas flotaban en la brisa, pintando en sus pliegues los rayos de la luna multitud de vagas fugitivas líneas, que retrataban, empero, en sus claroscuros una forma tan suelta y delicada que casi la imaginó Carlos sobrenatural, y pensó que gozaba de la felicidad ficticia de un ensueño.
No obstante, la viveza de nuestro visionario caballero, le costó alguna dificultad seguir los pasos de aquella hermosísima visión. Presto llegaron, pues, a los arrabales de Triana, pasaron infinidad de estrechas y tortuosas callejuelas, y abriendo en una de ellas la ninfa el pestillo de una baja portezuela, pidió al caballero que la siguiese. Un solo paso lo introdujo en un oscurísimo recinto, en el que al corto tiempo entró la joven con una luz.
-¿Puedo hacer alguna otra cosa en obsequio de usted? -preguntó Carlos.
Y descubrió casi al punto mismo con tanto placer como sorpresa que era la

delicada Violante, la hija de la tía Rodaballos, la que acababa de librar de aquel trance.
Expresó el caballero en los términos más vehementes la alegría que le causaba haber sido útil a una persona que tan propicia y bondadosa se le había mostrado siempre. Y fue lo más notable, que ni su agitación ni el vestido militar de Carlos ni el negro vello del labio superior, mucho más largo ya y más espeso, impidieron a Violante identificar desde luego a su libertador con el estudiante de antigua memoria. Exhaló la ninfa en su sorpresa una voz desmayada entre grito y suspiro, se puso pálida y se bañaron sus mejillas de escarlata casi simultáneamente, y en la entusiasmada emoción de la gratitud primera, selló la mano varonil de Carlos con un beso tan fraternal como pudiera haberse extraído de la pureza combinada de las nueve musas. Confusa y ruborosa de su propia acción, se retiró al otro lado del cuarto y derramó algunas silenciosas lágrimas, tal vez de alegría, quizá de tristeza, cubierto, empero, el rostro con un blanquísimo pañuelo.
Deseando dar confianza a su bellísima amiga, le preguntó Carlos por su madre. Recobró Violante, en efecto, su serenidad acostumbrada, y disfrazando sus palabras con aquel la ligereza y expresivo brío que le era natural en otras ocasiones, respondió que su dulce mamá no estaba en casa, ni vendría en toda la noche.
-¿Y no temes, bella niña, quedarte sola en esta indefensa choza, que no casa? -preguntó Carlos también sobrecogido de cierta confusión inexplicable, y como si dijese aquello por no tener cosa mejor que decir.
-No, señor -replicó la joven, ya del todo restablecida en su placidez habitual de ánimo-; hay aquí, señor caballero, dentro de este pobre cuartito, baluartes invencibles.
-¿Baluartes aquí, hermosa joven? ¿Y cuáles son, que no los veo?
-El primero y el más fuerte, noble señor mío, son mis buenas intenciones. Éstas bastan, cuando existen, para escudar la virtud de las mujeres.
-¡Bellísimamente explicado! -dijo Carlos-, ¿y cuál es son los otros?
-Mil trampas, recovecos, cerrojos y máquinas que sería inútil enseñar a su señoría, que ya ha visto otras parecidas en casa del tío Tragalobos.
-Violante, adiós -dijo el caballero, después de haber estado pensativo algunos momentos como si quisiese prolongar su visita y no creyera justo hacerlo-. Vivo en casa del coronel de Grañina, y siempre tenéis allí un amigo para cuanto se os ofrezca a ti o a tu madre. Adiós.
Llenó Violante su faz de sonrisas, mientras sus ojos derramaban presurosas lágrimas. Enmudecida por un sentimiento inexplicable condujo a Carlos a la puerta, y se ocultó súbitamente de su vista. Bastante trabajó el pensativo caballero para poder salir de aquel laberinto de desiertas callejuelas.

## Capítulo V

¿No viene ella con mensajes? Nosotros somos hombres simples; ignoramos lo que puede hacerse en la profesión de decir la buenaventura. Ella obra con encantos y ensalmos por las señales de la fisonomía, y otras paparruchas como ésta; todo fuera de nuestro elemento: nosotros no sabemos nada.

(SHAKESPEAKE.)

Estaba nuestro caballero algunos días después de las aventuras de que hablamos en el último capítulo, entregado ya a la desesperación de un desventurado amante, cuando solicitó una vieja que se la admitiese a su presencia, y se le presentó delante una mujer alta, delgada, vestida de negro, y cubierto el rostro con una disforme mantilla. Sin hablar palabra ni permitir que resonase su voz, tomó un taburete y se sentó junto a Carlos.

-¿Tendría usted a bien decirme en qué puedo servirla, mi señora? -preguntó Carlos algo admirado en verdad del porte poco ceremonioso de su visita.

-En nada puede usted servirme, señor caballero -contestó la dama acercando más el taburete.

-¿Y es a mí, sin embargo, a quien viene usted a visitar?

-Si es usted don Carlos Garci-Fernández.

-Ése es mí nombre. ¿Puedo yo en cortesía preguntarle a usted el suyo?

-Yo no tengo nombre.

-Y si nada tiene que mandarme, buena señora sin nombre, ¿cuál es el objeto de su visita? ¿Desea usted, por ventura, entretener en sociedad conmigo algún rato desocupado?

-No deseo -replicó la mujer acercando el taburete hasta quedar en contacto material y estrecho con el caballero-, y el objeto de mi visita es pagarle a usted una deuda sagrada, y satisfacer un vehementísimo deseo que años ha ocupa su fantasía. ¿Me conoce usted ya?

-He oído su voz de usted antes, pero no puedo acordarme en dónde. Sólo querría saber qué es lo que usted me debe.

-La conservación de mi hija... -aquí tosió la incógnita-; la conservación, quiero decir, de Violante, la niña egipcia.

-Ahora sí que la conozco a usted buena tía Rodaballos -le dijo Carlos-; y me alegro de corazón de abrazarla, aunque no la veo. ¡Cuántas vicisitudes he sufrido, cuántas cosas han pasado por mí desde el corto tiempo que por primera vez nos vimos en la montería de Aznalcóllar!

Se enterneció la maga con estos requiebros de Carlos, le estrechó ardientemente a su seno, le llamó su hijo de sus entrañas, su clavel y su rosa, hasta que revistiéndose de un poco de su vigor sobrenatural, tomó de nuevo el taburete y le habló en diferente vena.

-Cualquiera forma -dijo- que me haya convenido tomar para hacer bien en este bajo mundo de criaturas imperfectas y carnales, ora bajo el nombre de tía Rodaballos ora bajo el de la princesa célica, bien cuando es mi apariencia externa juvenil y florida, bien cuando marchita y rugosa, siempre soy aquel numen benéfico que te ha escudado en los peligros y te coronará de ventura, porque aunque mortal, más te acercas a la perfección que muchos de tus semejantes.

No había olvidado Carlos, en la variedad de acontecimientos de los últimos meses, los buenos oficios de la tía Rodaballos cuando el escalamiento de la cárcel. Así, le agradó tanto volver a verla, y con especialidad hallándose a la sazón en circunstancias muy afluentes, pues había recibido

de Aznalcóllar considerables sumas del patrimonio que su bondadoso tutor administraba. Inclinado también a satisfacer la ambición de la tía Rodaballos, que más que nada deseaba se la considerase como personaje sobrenatural, le murmuró una especie de plegaria para que le continuase la protección hasta allí dispensada, y para que dispusiese libremente de sus facultades, si es que por acaso necesitaba entonces alguna cosa de este mundo bajo, sublunar y prosaico.
-Sólo tu atención deseo -contestó la maga.
-Concedida desde luego.
-Escucha. Tú libraste de infamia a mi hija y yo vengo a premiar tu caballerosa conducta. ¿Te acuerdas de la primera vez que me vistes?
-No la olvidaré jamás. Repito que en la montería, cuando me hirió el jabalí.
-Anos y años te había yo ya conocido, y notado tu valor, tu modestia y tu decoro; pero me plugo entonces que tus ojos no me vieran. Visité a Aznalcóllar dos días después que saliste tú del pueblo como caudillo de la montería de aquel año. No ignoraba yo que duran estas expediciones dos semanas; parte de ellas dediqué a oír tus elogios repetidos de boca en boca por todo el lugar, como que sólo habían quedado en él las mujeres. Pregunté a quién amaba joven tan amable, y leí la respuesta en los ojos orgullosos de Isabel. Te vi herido en la montaña, y descubrí al contemplar más atentamente tus facciones cuanto en el alma tenías; prueba de mi inspiración e ingenio espiritual.
-Afectuoso es este joven y constante -dije para mí-, altivo y delicado, incapaz de comprometer a su querida a declararle un secreto que ella misma ignora; ansioso, empero, de saberlo: Este secreto es el secreto de su linaje que le corroe el corazón. Te hablé al oído, te dije que era tu secreto deseo intenso ardiente de conocer la cuna de Isabel; el lugar, por lo menos, en que se había mecido. Los que tenemos conjunción con los poderes sobrehumanos, tenemos siempre un objeto de nuestro amor especial; y tú eres, juvenil caballero, la flor que deleita mi olfato.
Cuando se vio Carlos transustanciado en tabaco cucarachero, que era del que la tía Rodaballos tomaba, no pudo resistir más, ni le quedó ya paciencia.
-Ya sé yo -dijo- todo cuanto usted me ha dicho...
-¡Detén el habla, hijo mío! -exclamó el hada-; tu impetuosidad es el peor de tus vicios y la flor de tus virtudes. Sujétala, empero, a la experiencia. Voy a pronunciar, te digo, tu caballerosa conducta en defensa de mi hija. Oye mis palabras, y en ellas los arcanos del destino te serán revelados.
Carlos condescendió con la indiferencia de los que hacen cosas inútiles.
-El amor, que plantó tus infortunios, te coronará algún día de rosas y laureles.
-¿Y cuándo me ceñirá tan galanamente las sienes?
-Sólo las Parcas lo saben.
-No es entonces fácil empresa ir a preguntárselo. Pero hablando de cosas más cercanas, ¿adónde esta Isabel?
-Envuelta en el velo de los inicuos; velo que desgarrará la mano del león, y su aliento llenará de aromas el risueño valle.
-¡Cuánto daría yo, tía Rodaballos, por entender lo que usted dice!

Penetro, con corta diferencia, ese velo de inicuos de que usted habla. Pero querría yo saber adónde estaba en frase pura y terminante, a ver si era yo el león destinado.
-En tu suerte, hijo mío, está tejida una hebra tan oscura como la noche, que aunque se pierde; es muy visible mientras dura.
-¿Y es en mi suerte en donde está urdida esa hebra?
-En tu suerte, porque domina la suerte de Isabel, o más bien de su madre. ¿Conociste tú a esta última?
-Por supuesto, y aún la conozco todavía, porque aunque estuvo a la muerte hace algún tiempo, y aún sigue desahuciada, vive como milagrosamente, y de continuo en la última agonía. Conozco, pues, a la señora Andrea. Pero el padre de Isabel me han dicho que era un honrado labrador, y que vivió muchos años en las cercanías de Coria.
-No, caballero, no tiene fundamenta tu creencia. El padre de Isabel llevaba a la victoria las huestes del monarca, de quien era uno de los más ilustres caudillos.
La incredulidad de Carlos se despertó al oír el exaltado rango que tan liberalmente concedía la gitana al padre de Isabel; pero, para no agraviarla, recibió la noticia con la gravedad y compostura que pudiera la estatua del mismo Júpiter Capitolino.
-¿Y cómo o por qué descendió Isabel de su antigua condición -preguntó, sin embargo-, y cómo olvidó los hechos inmortales de que llenaría su padre las historias? Por cierto, tía Rodaballos, que debe de tener ineficacísima retentiva.
-Nunca conoció a su padre, y nada ha tenido por consiguiente que olvidar.
-¡Extraño acontecimiento, en verdad! -dijo Carlos- ¿Y conoce usted algunas particularidades relativas a su noble padre?
-Muchas. Estaba emparentado con las primeras familias de España; pero como careciese de bienes propios, entró en la milicia, adonde sus proezas le elevaron a las más altas dignidades. A su vuelta a España casó con una señora de título, célebre por las dotes de su alma y por su belleza singular.
-En verdad que no tenía el noble guerrero -dijo Carlos-, por qué quejarse de la fortuna. Y su hermosa consorte...
-Fue madre de Isabel.
-Pues dígole a usted, tía Rodaballos, y no se incomode usted por ello, que no ha existido mujer nunca que supiera disimular su primitiva hermosura tan bien como la señora Andrea. Pero, sobre todo, ¿qué accidente la condujo al estado en que yo la conocí, y cambió tan monstruosamente sus facciones?
-Estaba el noble padre de Isabel organizando un cuerpo de tropa cerca de la costa del Mediterráneo, cuando indubitables señales le prometieron un heredero de su gloria y de los títulos de su esposa.
-Le digo a usted que era el caudillo afortunado a todas luces.
-No tanto como piensas. Era la ciudad adonde con los otros jefes residía pequeña, y no estaba provista de buenos físicos. Envió por eso a su esposa a Sevilla, para que estuviese mejor asistida que adonde se hallaban, en casa de una señora noble pariente suya. A los quince días de su llegada dio al mundo a Isabel.
-¿Pero qué circunstancia redujo a su modesta situación una señora de

tantos medios y tan bien emparentada?
-La madre de Isabel sólo se redujo a polvo. Murió de sobreparto, y su hija desapareció algún tiempo después, sin que nadie sepa adónde se halla.
-Usted lo sabe, no obstante. O si no, ¿cómo puede usted asegurar que sea Isabel la misma niña desaparecida.
-Escucha un horroroso misterio, y mira no se ericen los cabellos de tu cabeza. La noble dama que recibió en su casa a la esposa del caudillo había estado viuda muchos años, pero desgraciadamente se vio amenazada con el nacimiento de un hijo o hija de deshonor. Fue madre, en fin, por el tiempo mismo o poco antes que naciese Isabel. Era indispensable para su reputación que mantuviese con el secreto posible aquel suceso. Resolvió, pues, enviar al campo la niña que le había nacido.
Pero su amor materno, estimulado por la muerte de su prima, la madre de Isabel, le sugirió la idea de cambiar las recién nacidas, y enviar a Coria, como lo hizo, a Isabel, conservando en vez de ella a su propia hija en la casa con el nombre del valiente guerrero y como heredera suya, y del opulento mayorazgo y títulos de la difunta madre de Isabel. Cuando el caudillo supo la muerte de su esposa, se presentó inmediatamente en Sevilla, y besaba y acariciaba a la vilmente nacida hija de la viuda, y vertía lágrimas sobre ella por la memoria de su esposa. ¡Cuán lejos estaba de sospechar que su propia hija Isabel se hallaba a la sazón ya lejos de Sevilla!
-¡Maravillosamente infame! -exclamó Carlos, ya insensiblemente interesado en la narrativa.
-Pronto dispuso el ilustre jefe -continuó la encantadora- partir de Sevilla en compañía de su supuesta hija. Todo estaba preparado. Pero el día antes de la marcha desapareció la niña. Como después de la muerte de ésta debían pasar todos sus títulos y caudales a su verdadera madre y supuesta tía la viuda, que era la pariente más cercana de la madre de Isabel, sospechó el caudillo que había desaparecido la que él creía su hija por industria de la viuda, que deseaba apoderarse de los mayorazgos. Equivocada sospecha del noble caballero, pues la viuda amaba entrañablemente a la niña, cuya pérdida llora y lamenta todavía.
-¿Pero murió, en efecto, la niña de la viuda?
-Ignoro su suerte; o sólo la trasluzco oscuramente, o no puedo revelarla.
-¿Y el caudillo? ¿El padre de Isabel?
-Incapaz de fundar sus sospechas, y agobiado de dolor y desesperación, abandonó la milicia y se ocultó adonde nadie más supo de él. En un impenetrable retiro pasó el resto de sus días, con diverso nombre y sin tratarse con nadie.
-¿Y la infame execrable viuda?
-No la maldigas. Sin ella Isabel hubiera sufrido la suerte que cupo a su hija.
-¿Querrá usted, tía Rodaballos, decirme qué mano es la que tan infatigablemente persigue a Isabel? ¡Cuán pronto sabría yo despedazarla! Por lo menos deme usted algunas señas acerca de esa noble viuda.
-No puedo, querido mío. Yo misma lo ignoro. Ya he dicho quizá más que debiera. Haz discreto uso de mis comunicaciones. Adiós. Tal vez no volverá a verme. Sé feliz.
-Una palabra más...

Pero ya había desaparecido la tía Rodaballos.
No nos sería fácil decidir si fue la superstición peculiar de Carlos causa de la viva impresión que le causó la leyenda de la vieja, o si otros hombres hubieran sentido lo mismo en las mismas circunstancias. Lo cierto es que entró el coronel de Grañina en su cuarto sin que él lo percibiese, y viendo este jefe la abstracción de nuestro héroe, le preguntó si estaba inventando algún sistema nuevo de táctica.
-Nada de eso -contestó Carlos-, ni puede inventar cosa alguna de provecho el que como yo ha perdido el seso.
-¿Conque ida la cabeza y nada menos? Siento estar de mal humor y no poder reírme.
-Gracias, mi coronel, por lo sensible que le es a usted mi infortunio. ¿Pero usted de mal humor? ¿Usted que tanto se burlaba de mi carácter taciturno? ¿Usted que a todo llama bagatela?
-Y bagatela es la que me tiene hoy tan iracundo y de mal talante. Usted se acuerda de aquel criado que nos mandaron aquí hace algunos días, de aquel hombre tan bueno y servicial que nos había de adivinar los pensamientos. Pues ese mismo Fénix de los criados, a quien desde entonces no hemos visto, se salió a pasear al otro día de estar en casa en compañía de unos cuantos cubiertos de plata que hoy se han echado de menos. Si no fuera por eso, mucho me alegraría de verle a usted tan pensaroso y metido en sí. Porque a mí no me gustan las gentes perfectas, y usted tenía para mí el vicio de ser impecable. ¡Gracias a Dios que ha pasado, al fin, toda la mañana encerrado con una persona del otro sexo!
-Y de singular hermosura, mi coronel.
-Sé que era una gitana vieja. Pero, ¿a que tiene hija, sobrina u otra parienta que ha logrado traspasar el corazón del señor secretario de la comisión militar al través de sus solapas galoneadas?
-Hija tiene, y lindísima por cierto, e interesante; pero no es esa hija la que ha causado mi aberración de ánimo.
-¿Conque herido de la luna?
-Hasta la parte más interior del cerebro. ¿Querría usted hacerme el obsequio de presentarme al señor de Bruna?
-Lo tendré a honor grandísimo; esto es, si ya no considera usted tan desarreglado su seso que pueda peligrar en la visita la peluca del dicho magistrado, o la sabiduría que debajo de ella yace. Sabe usted que locura y poesía son pestilenciales...
-Cierto. Pero no es mi ánimo ir tan de mano armada. Sólo deseo entablar un juicio civil y criminal contra la marquesa del E.
-¿Contra la marquesa del E.? Con dos proposiciones como ésa me hace usted creer que, en efecto, no le ha quedado un grano de sal en la mollera. Mucho daño me temo que le ha hecho a usted la gitana. ¿Podría saberse de qué han tratado ustedes por tantas horas?
Carlos repitió las palabras de la tía Rodaballos, y manifestó también las razones que tenía para conjeturar que fuese la marquesa la misma señora que había perpetrado los deshonrosos hechos de que dio cuenta la gitana. Escuchó el coronel con tanto interés la narrativa, que se le apagó el cigarro y aun se le cayó de la mano sin que lo sintiera. Cuando concluyó Carlos, se levantó el coronel exclamando:
-¡Soy hombre perdido! Bien dije yo, que eran la locura y la poesía

contagiosas. No perdamos tiempo. A ver al señor de Bruna.
Escuchó el magistrado pacientemente la fogosa acusación de Carlos y las tenues razones en que la fundaba. Cuando ya hubo el joven dado salida a su indignación, golpeando el juez fría e indiferentemente su caja de tabaco, rapé se entiende, y deliberando en silencio algunos instantes, contestó así a los dos amigos:
-No es ésta la primera vez que el misterioso asunto de que ustedes hablan ha llegado a mi noticia. Acusan ustedes a la marquesa de haber cambiado dos niñas recién nacidas para despojar a la una de su herencia y hacer que recayese en la otra... Pero ni presentan ustedes pruebas de este hecho, ni yo creo apenas posible que puedan presentarlas. La acusación, por consiguiente, no tiene fuerza, ni yo debo escucharla como magistrado. Permítanme ustedes hablar ahora como hombre, y como hombre que debió al padre del coronel de Grañina el honor de su íntima amistad. Acusando a la marquesa del E. de felonía ante los tribunales, sin pruebas con que sustanciar el cargo, se atraerán ustedes infructuosamente la hostilidad de esa poderosísima casa, y aún puede que se viesen ustedes obligados a hacer una recautación poco decorosa para caballeros. Una de las dos personas interesadas en este caso desapareció desde su infancia, y no se sabe ni aun si existe; la otra está en las Indias. ¡Pero cuán extraordinarias, milagrosas me atrevo a decir, no debían ser las pruebas que, aun en el caso de que ambas estuviesen presentes, decidirían en justicia después del transcurso de diecinueve años, cuál era la heredera legal de los mayorazgos del E.! No queda vestigio alguno del hecho en cuestión.
-¿Y está usted cierto -preguntó Carlos al magistrado- de que Isabel ha salido para América?
-Cuando llegó a mis oídos la primera acusación contra la marquesa del E., por manos que no me es lícito señalar, se hablaba de un escrito de Isabel, y de su probable residencia en Cádiz o en alguna parte de América. Yo envié a Cádiz un mensajero para averiguar si aún residía en aquella ciudad, y si sus declaraciones confirmaban el cargo. El mensajero vio darse a la vela su buque.
-¿Para qué parte de las Indias, señor magistrado? -exclamó Carlos, trémula, de los pies a la cabeza.
-Para Guatemala, con la familia del magistrado de Gonzaga, hermano del célebre alquimista.
Quiso hablar Carlos, pero el juez le hizo con mucha compostura seña para que permaneciese callado, y después de la décima toma de rapé de aquella visita continuó así:
-Les aconsejo a ustedes, muchachos, perdonen ustedes este epíteto a mis canas, que tengan este negocio en absoluto y profundo silencio por dos razones; primera, porque una palabra indiscreta de ustedes alarmaría a la marquesa del E., más de lo que ya puede estarlo, y adoptaría, por supuesto, cuantos medios pudiese, y tiene muchos, para destruir y borrar las pocas huellas que quizá queden de su crimen. Esto sería obrar abiertamente contra los intereses de la parte injuriada. Además, pero esto entre nosotros y bajo el secreto y palabra de caballeros, los señores alquimistas de esta provincia y los de Cádiz están coligados con la marquesa, y la protegerán en todas ocasiones. Créanme ustedes, señores, éste es caso que sólo el Todopoderoso puede juzgar. Supongamos que se

entable una acción criminal o civil contra la marquesa; al fin se anularían los procedimientos por el Consejo de Castilla, o por otro tribunal superior, o por una orden suprema, y aun puede que fuesen los testigos, por calumniadores, a los presidios de África. Discreción, por tanto, sobre este punto, gobierne ese juvenil ardor la prudencia, y cúmplase la voluntad divina. Toda esta acusación es tal vez falsa, y en puridad no podemos creer lo contrario,

Después de este discurso empezó de Grañina a descarga de cumplimientos que debía dar fin a la visita, según las sabias y venerandas costumbres de entonces, salió don Carlos calificando ambos el nombre de la marquesa sin la menor urbanidad ni finura.

Esta señora estaba en el entretanto absorta de gozo a la cabeza de una mesa suntuosa en que había tenido de comensal a Pedro Facundo. Habían leído gustosísimos y repetidas veces la carta de Pistaccio, describiendo circunstanciadamente la partida de la víctima.

-El poder de los nuestros -dijo el alquimista orgullosamente- humillará a los poderosos, y se levantará sin freno y absoluto sobre la tierra.

Logrará usted en Isabel su venganza, marquesa, y de tal modo y tal será su recibimiento en las Indias, que le agrade a usted infinitamente más que su viaje para ellas. Todo está ya dispuesto, y morirá de calenturas lentas, a no ser que...

-¿Y su mancebo? -preguntó la marquesa.

-No hay en la tierra poder que pueda librarlo. Un hombre de mi confianza se introdujo no ha mucho en casa del fiero y aborrecible de Grañina, con el objeto de impedir a este infame, e impío libertino, y al amante de Isabel, que hiciesen más daño a la Iglesia. Este hombre murió desgraciadamente al poco tiempo de estar en casa de Grañina, y se encontró su cuerpo en las ruinas de la torre que está al otro lado del río. No sé cuál fue la causa de este infortunio. La Providencia, empero, favorecerá nuestros proyectos, y ninguno de ambos caballeros podrá evitar el destino que les está señalado. No pasarán seis soles antes que lea usted su epitafio.

Contestó la marquesa a estas anticipaciones con un torrente de lágrimas.

Al cabo de algún tiempo puso en manos del alquimista un documento, dejando gran caudal del que libre tenía los suyos luego que fuese la voluntad divina llamarla a mejor vida.

## Capítulo VI

WINCH.-Roma remediará esto.

WAR.-Pues vete entonces a Roma en romería.20

(SHAKESPEARE.)

Ya eran cerca de las dos de la madrugada, y Pedro Facundo de Santisteban estaba aún examinando con su compañero de confianza el documento testamentario recientemente firmado por la marquesa del E. Habían también los alquimistas recibido un expreso de Madrid, con la para ellos agradable inteligencia de que el ministro de Estado parecía vacilar en su silla, y de que en caso de una disolución del Ministerio, no cabría a los alquimistas inconsiderable parte en la formación de otro. Desde la elevación de su triunfo descendieron los alquimistas a negocios de menor importancia, en que la fortuna les era también propicia.

-¿Ha sabido usted -preguntó Pedro Facundo- algunas circunstancias relativas a la muerte de nuestro emisario Malasangre?

-Lo suficiente, respetado señor, para que nos congratulemos de su desgracia. Era peligroso actor, y hubiera podido deshonrarnos por su imprudencia y sus vicios. Al poco tiempo de estar en casa de Grañina, robó unos cuantos cuchillos de plata, y con el producto de su venta se fue a San Juan de Alnazfarache con algunos de sus conocidos e intentó la vergonzosa violación de una muchacha en las ruinas que están junto al río. Sorprendió un desconocido a los malvados, y antes que Malasangre sacase la espada tenía ya atravesado el corazón.

-Caso fue afortunado -replicó Pedro Facundo-. Es forzoso que sean nuestros agentes más circunspectos. Pero el tal don Carlos Garci-Fernández no parece sino que lo patrocina alguna de las fabulosas deidades de la antigüedad.

-Se me olvidaba -interrumpió el compañero- decir a su sabiduría, que ya tengo concluida mi obra respecto a don Carlos Garci-Fernández. Tengo el ánimo tan lleno de cosas de primitiva importancia, que apenas pensaba en ésta.

-Todo -dijo Pedro Facunda seriamente- cuanto contribuye al honor de nuestra profesión, es de primitiva importancia.

-Admito la corrección, señor respetadísimo -contestó humildemente el compañero-. Los testigos están prontos. Son hasta cinco, y todos saben bien la parte que les toca de la declaración. Mañana mismo será acusado don Carlos ante el santo tribunal de la fe, y antes del tercer día ya suspirará en los calabozos de este sagrado establecimiento. No ha de tener más abogado que su confesor, y éste es también nuestro: ni sabrá quién lo acusa, ni de qué. El cargo será, empero, grave. Si puede librarse don Carlos de este justo castigo, entonces sí que confesaré que su fuerza es sobrenatural.

En medio de este discurso se abrió repentina e inesperadamente la puerta de la biblioteca, y con inefable sorpresa de los alquimistas se vio inundado de tropa el cuarto. Un oficial, que venía a la cabeza de los intrusos, se adelantó espada en mano y preguntó por Pedro Facundo de Santisteban.

-Ése es mi nombre -replicó el jefe de los alquimistas.

Y ya recobrado un poco de su admiración, demandó quién era al oficial, y con qué autoridad osaba violar el recinto de su morada, qué quería a semejante hora de la noche, y si era por ventura ladrón o asesino.

-Nada de eso soy -replicó altaneramente el oficial-. Yo soy don Carlos Garci-Fernández, natural de Aznalcóllar, y subteniente del regimiento de Zamora. Mi objeto es mandar a usted de orden del rey que me siga.
-¿Y a mí me hablas de ese modo? ¿No reconoces en mí el jefe supremo de los alquimistas?
-A ese mismo vengo yo buscando.
-¿Y así persistes? ¿No sabes, miserable, quién soy? ¡Ah de mis criados!
Y empezó a tocar violentísimamente la campanilla.
-¡Silencio, señor alquimista, y no molestarse en vano! -gritó Carlos con una voz que hizo temblar a Pedro Facundo como la hoja de un árbol en otoño- Los criados están ya inmobles. Frente al seno de cada uno hay en este instante una aguzada bayoneta. Arriba, y sígame sin dilación.
-¿Por qué mandato infame, impío e irreligioso?
-Por el mío -replicó con acento de hierro nuestro héroe, ya cansado de dar satisfacciones-. Arriba, y sígame usted repito.
-¡Jamás!, ¡jamás! -gritó el alquimista- ¡Antes sufriría mil muertes que ver los derechos de mi profesión hollados por los infieles! ¡Antes aceptaría los tormentos eternos, que moverme de aquí un paso hasta verte postrado en tierra pidiendo en vano perdón!
-Cabo de escuadra, traiga usted ese hombre al patio, arrastrando si por bien no quiere -dijo Carlos.
Y salió del cuarto con una mirada de desprecio, que penetró hasta los tuétanos del alquimista.
El cabo y los soldados se lanzaron sobre los dos rebeldes con más gozo que un muchacho al recién descubierto nido. Pero dígase en elogio de los guerreros, que llevaron, en efecto, al patio a los alquimistas sin hacerles más injuria que la que produjo un bien sentado varazo que impuso el caporal sobre los vestidos de Pedro Facundo, y eso por vía de estimulante. Este santo varón, casi ahogado por el orgullo, juntó suficiente fuerza moral para pedir amparo a nuestro héroe, que volvió inmediatamente. Y entonces el alquimista:
-¿Con qué autoridad, señor caballero -preguntó otra vez-, huella usted así nuestras inmunidades?
-No puedo responder a esa pregunta -respondió Carlos con mucha urbanidad-. Sígame usted adonde yo le lleve. La resistencia es inútil. A las tres y media, muerto o vivo ha de estar usted muy lejos ya de esta casa; y pues que así ha de ser irremisiblemente, le suplico no me comprometa a valerme de medios ásperos.
Pedro Facundo y su compañero salieron silenciosamente del aposento, y rodeados de las bayonetas que mandaba Carlos.
Ya serían las diez de la mañana siguiente, cuando la plaza de San Francisco y calles adyacentes empezaron a llenarse de desocupados como suelen en días de festividades o procesiones. Pero antes manifestaban los semblantes del populacho signos de descontento y de terror, que de agradables sentimientos. Esta vez no había oradores que oír, ni ondulaciones en la multitud. La guardia del principal se había triplicado durante la noche, y los admiradores ciudadanos apenas osaban decirse al oído que habían vivido vidas llenas de extraños sucesos, que habían visto grandes cosas en sus días, que no pararía allí el golpe, y otras sentencias de este jaez.

Pero aún había infinidad de curiosos que ignorando el motivo de tanta admiración, iban de círculo en círculo, metiendo por todos la cabeza, y retirándose después, sin haber podido penetrar aquellos misterios. Al fin, ya para el mediodía se supo que habían sido arrestados todos los alquimistas, y suprimida su asociación por orden soberana en los dominios de ambos mundos de Su Majestad Católica.

Un suceso de tan alta importancia y dilatada trascendencia no pudo menos de llenar de consternación a la gente ordinaria de España, que le creía íntimamente aliado con la venida del Anti-Cristo. La gente peninsular temía, al contrario, que el día del juicio postrimero estaba cerca, pues la extirpación de los temidos aunque venerados alquimistas, apenas podía haberse acabado por sucesos de menos monta que los que habían de destruir la naturaleza. Lo súbito de la operación dio prestigio a su grandeza; ni hubo persona en España, excepto las que empleó el gobierno para su realización, que tuviese la idea más remota de aquel proyecto media hora antes de ejecutarse. Más diremos; tan bien descargado estuvo el golpe, que los mismos que lo daban no conocieron ni sospecharon hasta mucho tiempo después su extensión.

El proyecto para la supresión de este temible cuerpo de teócratas, fue uno de los más grandiosos que ha salido nunca de cabeza ministerial. Previamente se organizaron comisiones militares por toda España. Recibieron éstas instrucciones secretas que debían abrir en día y hora determinados. Cuando llegó ésta se enviaron varios destacamentos a todas las casas de los alquimistas. Cada jefe llevaba orden de ir a un punto determinado, y una instrucción cerrada, que abierta a la hora oportuna, le mandaba arrestar a todos los alquimistas de la casa inmediata. Los presos se trataron con decoro y respeto.

Habían los alquimistas intentado repetidas veces turbar la nave del Estado, y se consideraban cubiertos con su propia astucia y con su opulencia. Pero el piloto que llevaba entonces el timón de la patria era un vigilante Ulises, que lo mismo despreciaba y vencía el acero de sus enemigos, que sus encantos y monstruos o la voz dulce de las sirenas.

El coronel de Grañina fue el jefe encargado en Sevilla de ejecutar los designios del Gobierno. A cosa de la una del día entró en la plaza de San Francisco a la cabeza de algunas tropas, y se juntó en las Casas Consistoriales con las autoridades militares y civiles de la ciudad.

Carlos, como secretario de la comisión, mandaba el destacamento que fue a la casa central de los alquimistas, y ya sabe el lector benigno que no eludió Pedro Facundo la suerte de sus compañeros.

Mientras la embarcación de estos varones, pasaba en casa de la marquesa del E. una escena también de jueces y procesos. El señor de Bruna, acompañado de una guardia de granaderos, se presentó en ella con un escribano para formar inventario de los papeles de la noble dama e interrogarla judicialmente acerca de aquellos puntos de que la acusaba el padre Narciso desde su lecho de muerte. La marquesa negó positivamente todos los cargos, pero en el discurso de la declaración dio algunas respuestas dudosas, bastante para justificar las providencias del juez, que habiendo recibido por conducto diverso varios informes que corroboraban los indicados hechos, la puso arrestada, en su propio palacio, dejando en él una guardia, y la dama bajo la responsabilidad

inmediata del oficial.
La admirada servidumbre de la marquesa creía a su dueña complicada en los crímenes políticos temidos profundamente en España. Obedecieron, pues, pusilánimemente todas las insinuaciones del magistrado, y la pobre marquesa, sola y desamparada, sintió todo el horror de las circunstancias que tal vez se había ella creado por su propia mano.
-Su causa de usted, señora -dijo el juez deseando atenuar el necesario rigor de la justicia-, se seguirá reservadamente, y se respetará su decoro hasta lo último en todo este penoso, pero inexcusable proceso.
-Yo estoy en sus manos de usted, señor de Bruna; haga usted justicia, pero no me crea culpable hasta tener, en vez de vanas e infundadas sospechas, pruebas evidentes de mi crimen.
-Yo espero, señora, por el honor del sexo, y por mi interés y respeto hacia usted, que la acusación será falsa. La lenidad de mi conducta manifiesta esta creencia. Entre tanto, señora, beso los pies de usted.
-Beso a usted la mano, señor de Bruna -replicó la dama, reclinándose en los brazos de sus doncellas.
Descendía el juez triste y pensativo la suntuosa escalera de mármol de la casa de la marquesa, cuando un clérigo, ya entrado en años, se precipitó hacia él subiendo de tres en tres los escalones con los brazos abiertos, descocada la cabeza, desgreñado el blanco cabello, y los ojos radiando fuego bajo las contraídas cejas. Seguía al sacerdote un hombre alto, seco y avellanado, de más de sesenta, vestido de negro alimosquino, el cual con pausa y compostura subía la escalera de escalón en escalón, y muy deliberadamente.
-¿Será usted por acaso -preguntó el impetuoso clérigo con palabras agitadas- el señor magistrado de Bruna?
Parecía el buen eclesiástico por su modo, voz y semblante, acabadito de escapar de la casa de lunáticos, y así lo sospechó el juez. Como no vio escapatoria, contestó que él era, en efecto, el magistrado de Bruna, deseosísimo al mismo tiempo allá en su mente de verse fuera del alcance de aquel reverendo preguntador.
-¿Querría usted hacerme el obsequio -continuó el clérigo con nerviosa volubilidad- de volver arriba y escucharme por algunos instantes reservadamente?
-Muy escaso estoy de tiempo -contestó el magistrado-; pero supongo que las comunicaciones de su reverencia son importantes...
-De la más alta importancia -interrumpió el sacerdote:
-Volvamos, pues -dijo el juez haciendo una cumplida reverencia.
Y subió acompañado del clérigo a un gabinete, cuya puerta se cerró por dentro cinco minutos después a la llegada de aquel mesurado y magro personaje vestido de negro que acompañaba al arrebatado clérigo. Cuando la puerta estuvo asegurada, éste último empezó así:
-Yo, señor juez, soy cura de un lugarcito que dista pocas leguas de esta ciudad. Era una de mis feligreses una mujer anciana y enferma, moral y físicamente, que acaba de expirar. En los últimos momentos de su vida, pareció que su razón se esclarecía, y delante de muchos testigos de veracidad notoria hizo una confesión legal en descargo de su conciencia, refiriendo atroces crímenes, y culpando de ellos a la misma dueña de la casa donde estamos. Volé a Sevilla al expirar la infeliz. Acabo de ver a

mi superior, el ilustrísimo arzobispo, quien me aconsejó verme con usted al instante, y si no le hallaba en su casa, venir sin pérdida de tiempo a ésta. El señor es el fiel de fechos del pueblo ante quien se hizo la declaración.
En oyendo cuyas palabras el enjuto y lento de pasos escribano, se alzó como sobresaltado de la silla, hizo una solemne y angular reverencia al primer magistrado de Andalucía, y puso en sus manos muy pausadamente dos pliegos de papel que contenían el extracto de la acusación.
Leyó el señor de Bruna el documento, mientras de pesar se retorcía el sacerdote las manos y bajaban hinchadas lágrimas de sus ojos.
-¡Horroroso suceso! -exclamó el magistrado-, después de leídos los papeles, poniéndolos sobre la mesa- Y la mayor desgracia que aquí hay, es, señor don Juan Meléndez de Valdecañas, el viaje a América de la joven interesada.
-Estoy ya informado de esa circunstancia -dijo el cura tan pronto como sus lágrimas y sofocadores gemidos le dejaron la voz libre-. Sé que se la ha forzado o seducido para que emprenda ese viaje de Guatemala a influjo de sus perseguidores. Lo que yo ahora deseo es dejar su derecho establecido antes de mi muerte, y entonces... ¡Dios nos protegerá, a los dos! ¡Que no hubiese yo sospechado antes tal infamia...!
-Los altos juicios del Omnipotente, señor don Juan, son, como usted mejor sabe, incomprensibles, y están sabiamente velados de nuestra débil vista. Gracias sean dadas, que al fin se han revelado estos hechos.
Así habló el juez, y abriendo la puerta llamó a Malacara, uno de los ministros que generalmente le seguían.
-Que escoja la señora marquesa -dijo el juez- una de sus doncellas que la asista, pero entiéndase que ambas quedarán sin comunicación desde este instante. Anuncie usted, además, a la marquesa, que es menester que tenga la bondad de responder a otro interrogatorio, aunque corto.
Salió Malacara del gabinete, y el señor de Bruna preguntó al cura si tendría reparo en carearse con la marquesa.
-Ninguno -contestó el cura-, si ese acto conduce a los fines de la justicia. Sírvase usted seguirme.
Ambos caballeros entraron en la estancia de la marquesa, que, con la frente reclinada en las manos había estado hasta entonces vertiendo lágrimas.
-Señora marquesa del E. -preguntó el magistrado-, ¿conoce usía a este caballero?
Levantó la infeliz los ojos, miró fija y detenidamente el pálido semblante del sacerdote, y volviendo repentinamente la cabeza, cayó casi exánime sobre el sofá, lanzando un agudo y nervioso alarido. Entre tanto, el cura, agitado por sensaciones no menos agudas ni violentas, le preguntaba con desentonada y trémula voz:
-¿Adónde está mi mujer, marquesa? ¿Mi hija y mi mujer, marquesa, qué es de ellas? ¿Adónde están, marquesa?
-¡En la otra vida! ¡En los infiernos! -replicó la marquesa con una diabólica carcajada.
Pero no oyó el cura la respuesta. La vehemencia y fuerza de sus sentimientos le habían privado de sentido, y yacía mortal en los brazos del señor de Bruna. Dio el magistrado las más estrechas órdenes para la

segura custodia de la marquesa, y mandando que se acomodase al cura de Aznalcóllar en su coche, le llevó consigo a su propia casa. En tanto, el adjunto de don Juan Meléndez de Valdecañas, el escribano del mismo lugar, aquel escribano sin nombre, a quien Chato tan frecuentemente había favorecido con sus honestas chanzas, se dirigió pacíficamente hacia la posada, en donde le vimos no ha mucho enfrente de un espléndido almuerzo a las nueve en punto de la mañana.

## Capítulo VII

Hablemos de sepulturas, de gusanos y de epitafios.

(SHAKESPEARE.)

Después de tantos y tan penosos sucesos, al fin, don Juan Meléndez de Valdecañas tuvo la satisfacción de abrazar otra vez a su discípulo. El venerable cura ocultó su rostro en el seno de Carlos y lloró amargamente. Aunque fortísimo soldado, y una vez terror de los enemigos de su patria, el tiempo y los padecimientos habían moderado sus pasiones, y deploraba entonces la pérdida de su esposa, más aún que la había lamentado después de su muerte. Ignoraba Carlos que fuese su tutor el mismo caudillo de quien le había hablado la gitana. Su admiración puede imaginarse, cuando oyó exclamar al cura:

-¡Isabel, a quien tanto tú amas, es mi hija, mi hija querida de mi corazón! Yo dejaré su derecho establecido en España -continuó el sacerdote, asiendo la mano de Carlos-, y tú y yo nos daremos inmediatamente a la vela para Guatemala o para los últimos extremos del mundo, hasta estrecharla en estos brazos, en este pecho que la idolatra. ¡Mi esposa! ¡Santos cielos! ¿Quedarán impunes los crímenes de ese monstruo? Pero hágase tu voluntad.

El cura empezó a pasear distraído por el apartamento. No menos estimulado que su preceptor, le acompañaba Carlos dándole el brazo, hasta que considerando ya más apaciguado su ánimo le pidió la explicación de aquellas palabras misteriosas. Se reclinó el cura en un sofá, se esforzó en recobrar su compostura ordinaria, y no sin difíciles esfuerzos habló así:

-Yo, dotado de un temperamento animoso, y de vehementes sentimientos, recibí mi educación bajo los auspicios de un tío mío, en su ternura y amor un padre, que lastimándose de mi juventud y desamparo, hizo de mí el objeto de su cariño. Murió mi tío antes de cumplir yo los catorce años, Desde entonces no hubo ojos que se deleitasen en mi felicidad. Los helados de corazón albaceas de mi tío, me enviaron a las universidades de Italia para librarse de mi presencia. Entre envidiosos compañeros e indiferentes conocidos me vi obligado a conquistar con incesantes e increíbles esfuerzos los ingratos laureles de las ciencias. Concluidos mis estudios pasé de la escuela al campo. En mis manos pusieron una espada para que con

su hoja me abriese camino a la opulencia. También me aconsejaron los albaceas que considerase mi espada como mi mejor, mi solo amigo en la tierra. Mis subalternos me amaban, me respetaban mis jefes, y temían las huestes hostiles mi nombre. Pero en la soledad de mi corazón me consideraba con dolor como un ente cuyos laureles crecían en las ruinas, a la luz de las llamas y al riesgo de humana sangre.
Aún no había entrado en mi pecho la pasión amorosa. Cuando volví a España, conocí a la que fue después fuente de mi felicidad y de mi desventura en esta vida. Aún no tenía diecisiete años. Era toda candor, toda hermosura y cariño. Ella dio nueva vida a mi espíritu, así como era amparo dulcísimo de todos los desgraciados. Infantil cuanto entusiasmada en sus ideas, jamás salimos de un pueblo en que no siguieran su angélica forma las bendiciones y lágrimas de los pobres... no de los pobres, que no los había adonde ella estaba. ¡Carlos!, esta mujer fue asesinada por la marquesa del E. ¡Cielos santos! ¿Pudisteis permitir que una mano sacrílega marchitase así la mejor de vuestras obras?
Cruzó las manos el anciano caballero, levantó al cielo la cabeza, y algunas lágrimas corrieron por sus pálidas mejillas.
-Quizá esos informes son erróneos- dijo Carlos tímidamente-. Quizá Dios en sus altos juicios permitió que muriese sin violencia.
-No, Carlos. La que hoy se llama falsamente la marquesa del E., ¡ése era el título de mi esposa!, la emponzoñó por medio de una mujer infame, bajo cuyo cargo fue enviada Isabel a Coria, y una hija concebida en infamia por la falsa marquesa se puso en su lugar. Pasó Isabel los dos años primeros de su vida en Coria, y la voluntad divina, siempre benéfica y sabia, aunque con frecuencia incomprensible para nuestra débil y limitada inteligencia, permitió que la mujer indigna, bajo cuyo cargo se puso a mi Isabel, se relacionase con un fraile, que como venía periódicamente a la Sierra, necesitaba en ella, y con especialidad en Aznalcóllar, agentes que le sirviesen para sus contrabandos y clandestinos tratos. Este mal religioso era el padre Narciso, a quien demasiado bien conocías. Este hombre infame había tomado el capricho de prostituir a mi Isabel; pero el cielo se dignó librarla por tu mano. ¡Cuán verdaderas fueron las sospechas que te condujeron a obrar de aquel modo violento! La fuga de Isabel llenó de consternación a su supuesta madre, que temía se descubriese tal vez aquel importante secreto, y bajase sobre su cabeza la espada de la justicia. Tenía en ella el padre Narciso un espía importantísimo en la Sierra, y la dominaba en todo a su capricho. Él fue, ¡oh Dios!, quien trajo de Gibraltar el veneno, y quien la persuadió a que lo administrara. La falsa marquesa, si no propuso, aceptó este atroz designio; y sólo se salvó Isabel de la muerte por la firmeza y astucia del fraile, que la conservó para asegurarse con ella la protección de la marquesa y como medio de sacarla dinero. Cuando se supo en el lugar la muerte del fraile, se sobrecogió de terror la supuesta madre de mi hija, y cedió al poder y combate de los remordimientos y las pasiones. Sentía que se aproximaba su última hora, y me mandó llamar muchas veces, así como al escribano, para hacer una confesión que luego posponía al sentirse algo más aliviada. Al fin, en los postrimeros instantes declaró la parte que había tenido en este hecho.
-Pero los alquimistas -dijo Carlos-, los expulsados alquimistas, ¿por qué,

contra su costumbre, perseguían tan encarnizadamente a Isabel? ¿Por qué con tanto riesgo de su opinión segundaban en todo los deseos de la marquesa?
-Demos a Dios gracias, querido Carlos, de que han salido de España. ¿Podrías tú creer que Pedro Facundo de Santisteban, a quien tú mismo arrestaste como jefe de los alquimistas de Sevilla, fue padre de aquella niña infeliz, que yo creí al principio hija mía, y que por un justo castigo del cielo desapareció casi al mismo tiempo de la muerte de mi esposa? Mil y mil gracias le sean tributadas a la Providencia divina, que ha regalado mis ojos y mi alma por diecisiete años con la vista de mi Isabel, aun cuando su identidad me era desconocida. ¡Oh Isabel mía! Hija de mi alma, por la que sentía una atracción que en mis días juveniles hubiera equivocado con otra especie de sentimiento, he aquí de lo que se componía mi melancólica felicidad en Aznalcóllar. Me oponía en cierto modo a vuestra alianza, porque consideraba poco parecidas vuestras cunas y circunstancias, y rara vez son dichosos los matrimonios desiguales. Pero quería yo a Isabel entrañablemente, y aun me maravillaba yo mismo de mi ternura y afecto. ¡Necio de mí, que allí debiera haber reconocido y adorado la mano de la Providencia! Pero me castigó el cielo con justicia por haber presumido, según la vanidad humana, que bastaba mi razón para el conocimiento de los sucesos. Siento, Carlos mío, sobre mí el peso de los años. Este último choque interno me ha hecho también mucho daño. Tal vez acabará mi vida en el viaje que a través del Atlántico nos espera: ¿Me prometes proteger a mi Isabel, a la hija de mi asesinada esposa? ¿Quieres darme palabra de hacerte su guardián y su escudo?
Respondió Carlos, con un abrazo silencioso, y continuó así su tutor:
-Con esa promesa viviré feliz, y no temeré la muerte. Pero acuérdate, Carlos, cuando llegue la hora de la flaqueza humana, si merece Isabel alguna vez tus reprensiones, acuérdate de este anciano que vivió en amor tuyo, cuyas máximas has recibido, cuyas doctrinas has estudiado, y su memoria mitigará tu severidad.
A este punto de la conferencia entró en el apartamento el coronel de Grañina.
-Vengo comisionado por el señor de Bruna -dijo este jefe- para suplicar al señor don Juan Meléndez de Valdecañas se presente desde luego en casa de la marquesa del E.
Encontraron a su llegada el cura y su discípulo en la mayor confusión el palacio de esta distinguida dama. Su dueña estaba postrada a impulsos de un violento y convulsivo dolor en el estómago. Ya la habían desahuciado los facultativos. Tan pronto como supo el señor de Bruna esta circunstancia, se presentó, no obstante lo tarde que era, a tomar conocimiento legal de las declaraciones que pudiese dar la enferma, e hizo llamar para que le acompañase, al cura de Aznalcóllar, como la persona más interesada en aquellos negocios.
Yacía la marquesa en su lecho, bajo un pabellón de damasco con flecos de plata, cuyas cortinas se desprendían de suntuosos festones de flores americanas, trabajadas exquisitamente con plumas. Parecía aquel suntuoso solio, levantado en escarnio de la angustia y tormentos que de las pasiones más violentas, y de los más insufribles dolores del cuerpo humano pueden originarse. Los ayes y quejidos de la marquesa ascendían roncos y

profundos de su seno, y no bien terminaba uno en dilatadísimo y agudo alaridos cuando otro más agudo aún y más temeroso empezaba a formarse en sus entrañas. Sus venas, ya abultadas, se hinchaban al compás de los penetrantes ayes, y parecía que iban a cada paso a quebrarse bajo el pálido cuero. Sus trémulos labios oscilaban aparte y retorcidos.
-¡Dios misericordioso, apiádate de ella! -exclamó el cura al ver la situación de la infeliz paciente.
Dieciocho años se habían cumplido aquella noche, desde que la marquesa compuso la fatal sustancia que había de presentar a su prima. Sus emisarios le procuraron para aquella operación horrible abundantísima dosis de veneno; y no transcurrió un día en aquella dilatada serie de desventurados años, sin que temblando contemplase la marquesa el dorado vaso que encerraba a la muerte oculta en blandos y pesados minerales. Cuando por última vez abrió el fatal escritorio; y el rico cajón secreto que la contenía, imaginó en su horror que se movía la copa y que se dirigía hacia su mano. Por algunos instantes observó aquella espantosa maravilla con mucha desesperación; y arrebatando súbitamente el vaso, apuró sus amargas confecciones casi maquinalmente e ignorando lo que hacía. Cayó sin sentido en el suelo, rodó por él la aurífera copa, resonó la alarma entre los criados, y fue aquella desdichada víctima de las pasiones conducida al soberbio y pomposo altar de la muerte en que la encontró el magistrado.
Estaban fijos sobre la marquesa los ojos de los espectadores, en terrible suspensión y espanto.
-¡Qué horroroso trance! -exclamó el señor de Bruna en voz apenas inteligible, al par que los ayes de la marquesa, que se enronquecían cada vez más, aunque con menos frecuencia, resonaban ya en el silencio de la noche.
Un temblor apenas perceptible empezó a discurrir por el semblante de la paciente, como si los nudos de la vida se hubiesen desatado, y las convulsiones de los sueltos ligamentos anuncias en ya el instante de la disolución. Se separaron sus párpados con lentitud y manifiesta fatiga. ¡Pero qué expresión tan horrorosa arrojaron de sí aquellos ojos, aunque ya oscurecidos y casi cristalizados por la muerte!
Dos sacerdotes, célebres ambos por su piedad y cristiana elocuencia, estaban en perenne oración a los lados del lecho. Y como los ojos de la moribunda girasen en derredor con amedrentadora mirada, como si los hubiese herido la maldición de l pecado, uno de los sacerdotes le decía con voz melodiosa presentándole un crucifijo de bronce:
-Mira, hija mía, mira a aquél que con su inocente sangre satisfizo a la justicia divina. Consuélate. Su vida redimió nuestros pecados. Es Padre de misericordia...
La postrada marquesa levantó el lívido y desfallecido brazo espaciosamente, y separó de sí la imagen de Cristo.
-No te niegues a su abrazo, mujer infeliz -continuó diciendo el sacerdote-. Recibe su abrazo, hija mía, más dulce para el alma cancerada, que los manantiales del desierto para el fatigado caminante. Mira cuál te abre sus brazos; acepta, hija, acepta su perdón. Mira el costado roto por la lanza del centurión, mira la sangre que vierte sobre tus pecados, y que lavará tu alma y le quitará la mancilla. Levanta los ojos a este Dios,

cuya misericordia es mayor que todos los pecados.
-¡No! ¡No! -replicó en quebrados acentos la frenética moribunda- ¡No! ¡Mis crímenes son horribles! Ya, ya siento los tormentos infernales. Ya veo las serpientes que me despedazan las entrañas...
Después de un espantoso alarido continuó así:
-¡Te veo, prima! ¡Te aborrezco todavía, aunque mi maldición no pueda alcanzarte! Tú me robaste, ¡ay de mí!, el hombre a quien yo amaba... A ti te llevó a los altares..., por él tuviste una hija..., ¡ay! ¡Quién te hubiera con sus manos despedazado y al fruto de tu unión ante tus ojos! ¡Ay! (con horrísono alarido.) ¡No me hieras! ¡No me hieras! ¡Misericordia! ¡Ay de mí, que ya no puedo sufrirlo!
Y se desmayó en su temor y agonía. Otros dolores nuevos y más agudos marcaron por su exánime semblante varias encontradas y lívidas líneas, que como la aurora de la muerte, matizaron de oscura púrpura las prominencias de sus facciones.
-¿Morirá, al fin, impenitente? -exclamó pesaroso don Juan de Meléndez.
Y postrándose en tierra empezó a orar por ella al Altísimo.
En aquel instante se abrieron de nuevo los ojos de la marquesa, y brillaron con el lustre que derrama en la última oscilación al expirar la lámpara. La acompañaban en su postrimera angustia las oraciones y simpatía de los espectadores.
Cuando en recogimiento profundo y silencioso pedían a Dios por ella todos los circunstantes, se apareció a deshora entre ellos una forma que con no oído aéreo movimiento pasó veloz como el ángel de la muerte desde la puerta del estrado al lecho de la marquesa, desvaneciéndose tras el suntuoso cortinaje del dosel. Pareció la visión un meteoro en la rapidez de su tránsito, y no dejó más imágenes en el ánimo de los espectadores que las del blanco y ondulante ropaje, y la de la negra cabellera, que fluyendo en sueltos rizos por hombros y espalda, velaba también su semblante.
Los ojos de los concurrentes se fijaron en el espléndido pabellón. A los pocos instantes un brazo de alabastro rodeó el cuerpo convulsivo de la marquesa, y una rutilante y rica cabellera negra cubrió su rostro y el de la persona o espíritu que la visitaba. Se levantó con la presión el pecho de la marquesa, mientras con débil y balbuciente voz decía:
-¡Perdona, prima! No puedo más. ¡Perdona! Veneno...
Los sollozos y truncadas palabras de la marquesa dejaron de oírse, sofocados por el amargo llanto y tristes suspiros de la desconocida visita que le sombreaba el rostro.
-¡Madre mía! ¡Madre mía de mi alma! -exclamaba una voz dulcísima y llena de sentimiento- conceded la bendición a vuestra hija.
-¡Furia de los infiernos! ¡Mi maldición te acompañe! ¡Ay de mí! ¡Sea maldita tu existencia! ¡Prima detestada! Que se la lleven... No puedo más... ¡Ay de mí!
Con indescriptible agonía, y llorando más y más amargamente, se oía la voz de la incógnita pedir perdón y bendiciones bajo los sedosos y profundos rizos.
-¡Madre mía de mi alma! -repetía-: ¡no me maldigas! Ved a vuestra hija.
-Levanta la cabeza -dijo la marquesa compuestamente-, dame la mano.
La afligida joven obedeció el deseo de su madre, y separando el

desarreglado cabello de la frente, descubrió una fisonomía, que aun en su mortal palidez parecía modelada por las gracias. Carlos voló a su socorro, por haber reconocido en ella a Violante, la doncella misma a quien no había mucho salvó en las ruinas. Los ojos de la moribunda se revistieron de un fuego momentáneo. Levantó la mano ya impotente hasta la cabeza de su hija, y dijo en voz baja como si quisiera que no se le oyese:
-Esta cicatriz, hija mía, que tienes en la sien, es de la herida que sin querer te hice en ella con un puñal destinado para el sacrificio.
Algunas lágrimas cayeron de las pestañas de Violante en las manos de su madre.
-Bien te conozco, prima -continuó la marquesa-. Esas gotas de sangre que encima me derramas parecen de bronce derretido. Me estás abrasando el pecho. ¡Huye, prima! ¡No toques a los labios aquel ponzoñoso caldo!
-¡La bendición, madre mía! ¡La bendición materna para esta hija desconsolada! -clamaba Violante con voz cada vez más triste.
-Nació en la infamia -balbucía la marquesa en acentos casi no inteligibles-. Yo la amaba con todo mi corazón. Hija mía... Ídolo mío... ¿Adónde estás, que no vienes a la voz de tu madre? También tú me abandonas...
La intensidad y violencia de sus sentimientos ahogaban la voz de Violante. Se dejó caer sobre la almohada de su madre, besó los cadavéricos labios con descompasado y vehemente ardor, y bañó en abrasadoras lágrimas su rostro. La marquesa, con un esfuerzo que excedió a cuanto podía haberse esperado, sacudió de sí y casi arrojó al suelo a su desventurada hija, y prorrumpiendo en blasfemias, se vio casi al punto mismo sobrecogida de una débil tos, cual suele producir la expectoración impedida, y con un convulsivo sollozo volvió su alma al Criador. Violante cayó desmayada sobre el cadáver de su madre.

## Capítulo VIII

LOD.- Este miserable ha confesado en parte su villanía.
YAGO.- Nada se me pregunte: lo que sabéis, sabéis.

(SHAKESPEARE.)

Los restos de la difunta marquesa se depositaron interinamente en la iglesia parroquial. El señor don Juan Meléndez de Valdecañas había, por providencia del magistrado de Bruna, tomado posesión, en nombre de su ausente hija, de la suntuosa morada de los marqueses del E. También tomó bajo su protección a la desventurada Violante, a quien trataron con la mayor conmiseración y ternura este digno sacerdote y todos sus amigos. Los sentimientos de la infeliz huérfana habían, sufrido, empero, un violento choque, y parecía que se hubiese apagado su gracia y alegría natural de su alma. Un sabio físico, que el día después del fallecimiento se presentó

algo tarde, como a sus compañeros a menudo acontece, para curar a la enferma, probó a Violante que ni Hipócrates ni Galeno concederían que pudiese estar enferma vista su edad, complexión y otras circunstancias; mientras que un reverendo, que se había quedado a la capa en la casa de la marquesa desde el día en que pasó a mejor vida, probó con citas de San Agustín y de Lactancio Firmiano que no le era permitido en modo alguno estar tan angustiada.
Ambos filántropos explotaban así las fuentes de las ciencias físicas y morales, cuando de improviso se presentó en el salón un caballero joven ricamente vestido, y adelantándose hasta su comedio preguntó con desenvuelta urbanidad y cortesía, si le sería permitido hablar a la señora marquesa. De Grañina, que estaba por acaso junto acompañando al cura y a Carlos, contestó que no era probable que volviese a escuchar a nadie la señora.
-Espero que no haya sucedido desgracia alguna -dijo el desconocido caballero.
-Ni la más leve, en mi dictamen -replicó de Grañina con militar desenfado-. Pero en cuanto a la marquesa, murió ayer, y así...
Esta noticia hirió al joven como un rayo pudiera. Retrocedió por el cuarto, pálido y vaga la vista hasta tal punto que ni oyó siquiera las repetidas instancias del cura, suplicándole tomase asiento y se esforzara en calmar su ánimo.
Mientras estaba fija la atención de todos en el distraído caballero, un hombre embozado en una grande capa parda, y de apariencia poquísimo cautivadora, entró ruda y ásperamente en el salón. Por debajo de un gran sombrero redondo que echado sobre la cara traía, lanzó una escudriñadora mirada en derredor hasta des cubrir al desconocido caballero, en quien fijó atentamente la vista. Desembozándose entonces, anduvo algunos pasos hasta dejarse ver del caballero que quería hablar a la marquesa. Éste, sobrecogido de nuevo terror al ver al de la capa, dio algunos pasos atrás.

-¿Es usted el diablo, patrón mío, o criatura humana? -preguntó el hombre ordinario.
-¡Por san Juan Bautista, Chato! -replicó el caballero joven-, que si uno de nosotros es Satanás, a ti te pertenece esa honra.
Con estas palabras se dirigió hacia la puerta, pero Chato le hizo fríamente una seña para que se detuviese, diciéndole al mismo tiempo:
-Es inútil intentar escurrirse, señor Pistaccio. De aquí no se me va usted, a no ser que lo perdonen estos nobles caballeros por medio de mi intercesión. No hay que ir a la puerta, pues ya cinco escopeteros le aguardan en ella. ¡Adentro!
Pistaccio se vio forzado a retroceder y esperar muy triste y testicaído el resultado de aquellas cosas. Carlos estaba ya para entonces, y aun mucho antes, vociferando a Chato y pidiéndole por Dios que le enterase de los pormenores, pues aunque todo estaba perdido, el saber el cómo le serviría de consuelo.
-Aquí estamos todos algo tocados de la cabeza, a mi modo de ver, o quizá la casa es encantada.
-¡Los pormenores! -repetía Carlos- ¡Paciencia, mi buen señor! -replicó Chato-; pero estando ya como usted sabe todo perdido y sin remedio, ¿a qué

fin quiere su señoría que atropelle las palabras? A ver, venga acá esa espada, señor don Nicasio...
El pobre italiano entregó su espada sin resistencia, y Chato continuó:
-Ya sabrá quizá mi noble señor, que un caballero anciano del nombre de Gonzaga, un juez o cosa semejante, miembro, en fin, de la justicia ordinaria, era el sujeto a quien se había dignado favorecer mi señorita yendo con su familia a Guatemala. Mi señorita y la familia que la acompañaban se embarcaron a los tres días de estar en Cádiz a bordo del Santelmo, uno de los mejores veleros del mar océano, y con viento en popa y la bendición de Dios salieron cortando agua, y se acabó mi cuento.
Yo entré en Cádiz poco después al servicio de este mismo caballero, que parece que no quiebra un plato, el señor Pistaccio, que aquí está vestido de terciopelo y oro, y no me dejará mentir. Al momento fue mi amo interino al puerto, y por intercesión de los alquimistas, que mal viaje lleven, se le permitió que viese los registros adonde se apuntan los pasajeros que van en los barcos. Yo vi también, mirando con disimulo por detrás de mi amo, que dos días antes había salido el Santelmo para Guatemala, llevando a bordo entre otras gentes al magistrado de Gonzaga y su familia, compuesta de mi señorita y otras varias personas. Sentí un impulso repentino de volverme a Sevilla sin tardanza, pero a mí no me gusta dar malas nuevas a nadie; y hallándome, además, con calentura, porque nuestro viaje a Cádiz fue, si los hay, tormentoso y perverso, continué sirviendo a mi amo Pistaccio, y con él fui alojado en el caserón de los alquimistas.
Antes de salir el sol una mañana, vino un criado de estos señores a nuestro cuarto y me entregó una esquela para mi amo. Pero había pasado mi amo la noche de bolina, y aún no había vuelto a puerto de seguridad.
Estaba la mañana bochornosa y pesada, y como carecía yo de ocupación, abrí, por entretenerme, la carta, aunque sin otra intención que ver lo que decía. He aquí sobre palabra más o menos su sustancia. La señorita en cuestión ha vuelto inesperadamente a Cádiz. El Santelmo fue arrojado sobre Las Puercas, que son unas rocas que hay fuera de la bahía, el día de la tormenta, y milagrosamente pudo entrar en el puerto ayer. Los pasajeros han desembarcado todos, y el juez reside en el número tantos, por más señas que era el catorce de la calle Nueva. Estaba firmado el billete con las iniciales del jefe de los alquimistas.
-Acaba, por piedad -le dijo el impaciente Carlos-, y no te detengas en inútiles descripciones.
-Sigue, y tú no le interrumpas -añadió el cura de Aznalcóllar, con la ansiedad de un padre.
-Pidiendo perdón a sus señorías -replicó Chato-, no soy yo saco que de una vez se vacía. Pero seré corto. Sigo desembuchando. Cerré y puse al papel otra oblea. No es oficio, ahora que se habla de eso, en que envidie a nadie. Vino mi amo y le entregué su pliego, resuelto por mi parte a meterme como pudiera en casa del juez.
Con esta intención me metí en una taberna enfrente del tal número catorce, y no habiéndoseme ocurrido ningún proyecto mejor, llamé a la puerta a eso de las once de la mañana, llevando conmigo un canasto de chocolate. A pesar de mi cortedad de genio y natural encogimiento, llamé con bastante desenfado a la puerta para pedir se me permitiese hablar a la señora de Gonzaga. Se entreabrió la puerta después de infinitos aldabonazos, y se

asomó a la abertura un seco y acartonadísimo individuo, con una nariz más cortante que el filo de una espada, escondidos los ojos allá en el cogote, y vestido de rabioso verde de los pies a la cabeza. Me dijo este esqueleto que era inútil pedir audiencia, que estaba indispuesta la señora presidenta, y que no se le podía hablar.
-Pues si para eso mismo vengo yo -le dije-, porque habiendo sabido su enfermedad, tengo que hablarle sobre ella. Vaya, dejémonos de conversación, abra usted la puerta, y no se arrepentirá.
Así, seguí camelándolo cuanto pude, hasta conseguir que abriese un poquito más la puerta. Entonces dije para mí:
-Al buen entendedor media palabra; el canto llano le acomoda a este pájaro verde; veamos qué responde a los trinos.
Y diciendo y haciendo le pregunté si tendría reparo en venirse conmigo a mi costa a la taberna de enfrente adonde le daría un sistema curativo para su señora, que la dejaría buena en un santiamén. La fantasma me cerró por vía de contestación la puerta en la cara, dejándome las narices en contacto con la madera.
-Se me figura a mí -dije yo para mí- que este camastrón debe ser la enfermedad de su ama, y así aborrece a quien quiere curarla.
Le hubiera saltado los ojos al tunante aquél, a no estar extendidas entre él y mi justa cólera las tablas de la puerta. Tuve, pues, que contentarme con echar una triste ojeada a mi canasto y volver la espalda a la puerta. Pero antes de llegar a la primer esquina vi venir al espectro verde con un sombrero tirando a bonete y una raída capa, todo del alegre color de su divisa.
-Se habrá visto visión más extravagante que ésta -dije yo para mí, cuando llegó el fantasma diciéndome que estaba pronto a oír lo que tenía que decirle en la taberna.
Dos o tres grandes molletes con manteca, lavados con un quantum sufficit de vino, le hicieron ver que era yo el más sutil ergotista que bajo el cielo disputaba.
-Sabiendo la indisposición -le dije yo-, que tanto ha fatigado a su señora ama, le traigo muestras de un chocolate medicinal copulativo y eufónico bendito por el mismo Santo Padre, y sin igual para todo achaque de mareo. Y como me dijo él... ¿Pero qué veo? ¿Tú aquí, Violante?, ¿tú aquí, hija de mis entrañas?
-¡Tu historia, Chato, por Dios! -dijo Carlos-; te sobrará tiempo para hacer tus cumplimientos y felicitaciones a esta señora.
-¡Paciencia! -exclamó Chato- Adelante y acabo. Juraría yo que desde que el mundo es mundo no ha muerto de empacho criado alguno del señor Gonzaga, porque dice el magistrado, y dice mal, que una dieta rigurosa aclara el seso, y le da a un hombre maña para servir. Tan pronto, pues, como la caricatura de mi verde camarada oyó decir que tenía yo chocolate, me echó unas cuantas indirectas para darme a entender que no le vendría a él mal una librita para curarse del mareo.
-¡Mareo tú -le repliqué yo-, hombre sin cuerpo! El mareo que tú tienes no es más que un exceso de epidermis que tendrás en el cuerpo. Ya ven sus señorías que algo se me trasluce de la medicina. Trágate, y créeme, otro mollete -continué diciendo-, el cual se disolverá de por sí en tubos capitulares, y te dará la fuerza de un gigante. Probado está que es la

manteca un lenitivo semiangular para la epidermis.
Contento con mi medicina, la aceptó el enfermo, y habiendo ahogado en aguardiente sus escrúpulos me presentó a su ama y señora.
Encontré a la presidenta angustiadísima bajo el peso de un almacén de mantos, papalinas y pañolones. Le enseñé el chocolate divino, y para estimularla a comprarlo, de modo que tuviese yo motivo para volver, se lo ofrecí por la mitad del precio corriente, y de fiado mientras se probaba.
En medio de estas especulaciones y negocios, mi amo interino, el señor Pistaccio, que está aquí, entró en el cuarto con sus lozanos terciopelos y recamas de oro. Le sorprendió mucho el verme, pero yo desde luego le guiñé expertísimamente el ojo y me sonreí tan a punto, que observando él con su urbanidad ordinaria que estaba ocupada la señora, se separó y tomó asiento al otro lado de la sala. Yo tuve, al fin, que marcharme, pero no salí de la casa hasta citar para la noche al criado verde. Ya en la calle me puse a esperar a mi amo, y lo saludé así que bajó con grandes y prolongadas carcajadas.
-¿Qué es eso, hombre, qué tienes que tan contento estás? -me preguntó.
-Nada más sino que he tropezado -le dije- con un fabricante de chocolate que de cierto ha nacido para enriquecerme a mí. ¿Quiere usted entrar en la compañía?
-Te doy muchas gracias por mi parte -contestó-. Nunca me han gustado las operaciones mercantiles, y por ahora tengo otros muchos negocios.
Pistaccio, no obstante su temor, se atrevió a ilustrar con una sonrisa esta parte de la narración, mientras seguía así:
-Yo le rogué más y más que entrara en la imaginaria compañía. Sólo necesitamos -le dije- un hombre de esa apariencia de señor para hacernos al punto grandes capitalistas. Pero despreció la proposición, calificando los negocios chocolaterales como de poca importancia y vulgares para su alto ingenio. Entonces le pregunté si tenía algo que mandarme por aquel día. «Nada», me dijo, porque ya el pillastrón había, a la cuenta, sospechado. Se despidió, pues, de mí, y salió por aquella calle mirándome de reojo, y yo me quedé con mi chocolate, y muy parecido, sea dicho con reverencia, a un asno.
Hubiera casi llorado de vejación, y triste y melancólico me fui de unas calles en otras esperando la noche, y deseoso de servir a mi verdadero y noble amo. Errante así por las calles, me paré, como hacen los necios, a mirar las estampitas de una librería, cuando descubrí allá dentro, con infinito placer mío, al noble caballero de Guzmán, limpiando con un hermoso pañuelo de batista el polvo de un librote viejo.
No perdí un instante en saludar al caballero, quien también me reconoció al punto y me preguntó si estaba mi amo en Cádiz. Yo le informé fielmente de la buena salud de mi señor, y le pedí que me escuchase en parte reservada. En un cuarto interior de la tienda le conté, en efecto, varias particularidades respecto a la situación de mi señorita. Un cuarto de hora habríamos estado hablando, cuando vi por casualidad en el mostrador al extracto verde del criado del señor de Gonzaga comprando una bula. No tardé en enseñárselo al caballero, que mirando atentamente la visión, se acercó a ella, le asió las manos, y exclamó con afectuosa voz sacudiéndole al mismo tiempo los huesos: «¡Querido Praxíteles! ¿Usted en Cádiz? ¿Por supuesto que no está usted erigiendo monumento público alguno, ni

inmortalizando a ningún santo nuevo? ¡Bravo!». «Así me gusta», dijo el caballero, y sacó de la tienda al de lo verde. Volvió, empero, al cabo de poco tiempo, y me dijo que allí le aguarde por mucho que se dilatara su vuelta.

Una hora después se apareció otra vez el caballero, y me dijo que mi señorita estaba en cama aquel día, aún no repuesta de las fatigas inmensas del viaje. Que el señor de Gonzaga tardaría otro mes en darse a la vela, por haber el buque padecido mucho; que mi señorita se embarcaría a la mañana siguiente para las Islas Canarias, y esperaría en Santa Cruz el arribo del Santelmo; y, en fin, que todas estas medidas se habían adoptado precipitadamente, aunque Praxíteles ignoraba por qué o cómo.

Siguiendo el buen consejo y las órdenes del caballero de Guzmán, me fui al instante al puerto y pedí pasaje para Santa Cruz de Tenerife, y preguntando y regateando acerca del precio por el que me llevarían, me enteré sin dificultad de los bajeles destinados para aquel punto. Sólo había tres para el otro día. Quise saber de los respectivos capitanes el número de pasajeros que llevaban, diciendo que mi amo no se paraba en una onza más o menos, y quería navegar con toda la comodidad posible. Sólo uno de los tres buques llevaba señoras a bordo. Yo volví inmediatamente a Cádiz, y di noticia de todo al muy excelente caballero de Guzmán, que escribiendo el nombre de Nicasio Pistaccio en su cartera, me mandó volver al puerto y embarcarme con nombre fingido en el bajel de las señoras, y esperar en él a todo trance a que él viniera. Así lo hice, y vi al capitán entrar a bordo, tarde aquella noche, con dos señoras y un caballero. No pude distinguir las facciones de las señoras, pero en el caballero reconocí al vuelo a mi amo interino, el señor Pistaccio.

Ya estábamos zarpando al día siguiente, y se esperaba sólo la última visita de la Aduana, cuyo bote se vio desde lejos. Los pasajeros de la cámara, adonde grandísimo placer, más que por otra cosa, por ignorar cómo pudo volverle a haber a las manos. A Cide Hamete, pues, nos atenemos, y los cabos que queden por atar continuarán desatados, hasta que si el cielo nos concede vida los añudemos en un apéndice que tenemos meditado.

Lució con singular pompa el día señalado para el himeneo de Carlos, ya capitán de Caballería y caballero de una de las ordenes militares, con la interesante y joven marquesa del E. Se preparó una dilatada sala para la ceremonia. Una costosa tapicería de seda de color de rosa llenaba las distancias entre los pilares de alabastro en que descansaba el suntuoso artesón. Ceñían los capiteles dobles festones de rosas blancas, con que parecían atados los ondulantes tapices. Tres espléndidas arañas de prolija obra pendían del techo, y se soportaban en dorados escaños los almohadones de terciopelo que circunvalaban el salón. En la pared de los pies de la sala se veía un retrato algo mayor que el natural, en que don Juan Meléndez de Valdecañas ocupaba el primer término de una dilatadísima campiña, vestido de uniforme, como se presentó al rey al volver victorioso de las guerras del Norte. Un regio dosel de blanco rasolino bordado de oro, cuyos pabellones bajaban diagonalmente desde una corona de rosas blancas, ocultaba casi todo el testero del salón. En medio se veía un pedestal de alabastro erigido sobre dos tazas de desigual tamaño, la mayor al nivel del suelo, la otra a menos de una vara de altura. Esta última recibía primero las odoríferas aguas que salían de la copa de un infante

Baco, que coronado de hojas de viña, y oprimiendo los lomos de un león de bronce, parecía perdido en maravilla contemplando el prodigio por el cual huía el licor de la copa levantada en alto, no obstante la fuerza muscular con que la tenía asida.
El coche del arzobispo, notable por lo crujidor y estrepitoso, se oyó a eso del mediodía en el patio de la casa, y entró su ilustrísima poco después en la galería, seguido de una cohorte de capellanes, canónigos y otros graves personajes vestidos de negro. Le recibieron en la escalera doce pajes que procedían a de Grañina, al cura, Carlos, de Bruna y otros personajes distinguidos, a quienes concedió su bendición pastoral.
Encontró a la novia reclinada sobre uno de los almohadones, y sobrecogida de la confusión que en aquellos días iba con las doncellas a las aras. Estaba vestida de espléndida seda blanca cubierta de finísimos encajes. Ceñía su frente una guirnalda de rosas, sobre cuyas hojas resplandecía una corona de brillantes. Al inclinar la cabeza cuando vio al arzobispo, parte por cortesía, parte para ocultar su rubor, veló sus mejillas una multitud de sueltos y sedosos rizos, de puro y rutilante color negro, llenando el aire al moverse de rica y aromática fragancia. Dos jóvenes de especial belleza estaban a su lado esforzándose en inspirarle confianza. Una imaginación de fuego reprimida entonces por el dolor, brillaba en los oscuros ojos de la primera; la tímida languidez de la inocencia resplandecía en las azules órbitas de la otra; y cuando Violante y Eugenia enlazaban a Isabel por ambos lados, le pesaba al que veía tan interesante grupo que el pintor de las gracias no lo hubiese tenido por modelo.
Carlos parecía tan absorto en su felicidad y tan completamente dichoso, que uno de los canónigos que acompañaban al arzobispo no pudo por menos de decir a un su compañero al oído, que tocaba ya en pecado alegrarse tanto por ningún gozo ni triunfo terrenal. Estaba nuestro héroe vestido de uniforme, algo pálido y como pensativo, pero tan marcial, generoso y halagüeño de aspecto, que hubiera sido, sin duda, peligrosísimo enemigo del reposo de una niña.
Alberto, para quien Carlos había alcanzado una subtenencia en su propio regimiento, estaba situado junto al sofá de las señoritas haciéndoles guerra de requiebros, cuentos y amores. El bravo, erudito y amable caballero de Guzmán las asediaba por otro lado, regalando el oído de Violante con mil dulzuras que no pudo entender ella por el lenguaje en que venían envueltas. Así, continuaba mirando fijamente a Isabel con una expresión mezclada de tristeza y de alegría. Un a vez, sólo una vez, abrió los labios, y fue para dar salida a un profundo involuntario suspiro, en tanto que obsequioso acompañaba Carlos a las señoras de la familia de Grañina, acabadas de entrar en el salón.
Cuando el ilustrísimo señor arzobispo de, por supuesto, yo no estaba, vinieron sobre cubierta a ver la bahía y la salida del buque. Entre éstos se presentaron dos señoras acompañadas por mi dicho amo interino, el gesto de cuyo rostro cuando me vio a bordo no lo olvidaré nunca. «¿Qué haces aquí, tunantón?», me preguntó admiradísimo. «¿Qué he de hacer? -le contesté-; oí que su señoría se daba hoy a la vela, y como no me ha despedido de su servicio, creí que era mi deber darme también a la vela y seguir a mi amo adondequiera que fuese».
Pero mi rostro no estaría menos confuso que el suyo, cuando observé que

ninguna de las dos compañeras de Pistaccio era mi señorita Isabel. Estuve tentado a desembarcar, y lo hubiera hecho a no venir el noble caballero de Guzmán entre los guardias de la Aduana.
Entró el caballero a bordo, y presentó una orden del capitán general para la aprehensión de Nicasio Pistaccio y de las dos señoras que le acompañaban, Una de ellas prorrumpió en agudísimos chillidos al oír la orden; la otra se separó como no compañera del señor Pistaccio, en tanto que el capitán bajó a la cámara con bastante miedo, y trajo de la mano a mi señorita Isabel. «¿Y adónde está? -preguntaron como fuera de sí y casi al mismo tiempo Carlos y su preceptor- ¿Adónde?». «¡Paciencia, nobles caballeros! -replicó Chato, y acuérdense sus señorías del proverbio: "Muchacho, vísteme despacio, que estoy deprisa"». Cuando mi señorita vio el semblante de Pistaccio, se le mudó el color y por poco se desmaya. O debió de haberse disfrazado la noche antes, o no le vio la señorita hasta por la mañana.
Yo me tomé la libertad de acercarme a mi señorita, y de animarla lo mejor que con mis rudas palabras pude. Desembarcamos juntos al momento, y vimos el asombro de Cádiz por la supresión de los alquimistas, que ya a aquella hora se sabía.
El ilustrísimo señor Pistaccio fue conducido por una guardia a la cárcel, mientras el caballero de Guzmán se apropió de servir a la señorita de protector hasta Sevilla, así como a la dueña que la acompañaba a bordo. De todos los tres he tenido yo la honra de ser por el camino humilde criado, hasta que ayer dejé la zaga del coche de camino, tomé la posta, y llegué presuroso con tan bellas nuevas, para que sus señorías salgan a recibir a mi señorita del lado afuera de las puertas de Sevilla.
¿Necesitaba decirse que diez minutos después Carlos, el cura y de Grañina iban ya en el coche del último galopando a toda brida por el camino de Cádiz?

## Capítulo IX

Non più, signor, non più diquesto canto:
Chi'o son giá rauco e vo'posarmi alquanto.

(ARIOSTO.)

Pasaremos en silencio, si nuestros lectores lo permiten, la primera entrevista de Isabel con su padre y con su prometido esposo. Se abrazaron en silencio, mezclaron sus gozosas lágrimas, y su ternura se desahogó en suspiros de gratitud al Altísimo. Estas escenas de rara ocurrencia en la vida humana, poseen una intensidad, una elevación de sentimientos que no pueden expresar las descripciones.

También nos contentaremos con una mera alusión o recuerdo del solemne funeral de la difunta marquesa, suceso que no tiene de por sí grande interés ni hermosura.
Los tres meses de luto riguroso que consagró Isabel a la memoria de su desconocida madre, también quedan suplidos como nominativo de confusa sentencia. Ni nos detendremos a pintar la instalación de Isabel en su rango de marquesa del E., por ser cosa de ene.
Tampoco repetiremos los múltiples obsequios que la bellísima Violante recibía de segundones y otros mal provistos caballeros; la melancolía la había penetrado en su alma, y no pasaba de recibimiento urbano el que hacía a tantas atenciones.
No debe hablarse de asuntos tan delicados, ni solicitar aplausos a costa de revelar secretos de trascendencia. Cide Hamete Benengeli, por ejemplo, el inmortal biógrafo del caballero de La Mancha, le quitó a su escudero, como el lector sabe, el rucio, por mano del célebre Ginés de Pasamonte. No obstante, de allí a poco se ve ya a Sancho en su jumento, de lo cual recibe el lector grandísimo placer, más que por otra cosa, por ignorar cómo pudo volverle a haber a las manos. A Cide Hamete, pues, nos atenemos, y los cabos que queden por atar continuarán desatados, hasta que si el cielo nos concede vida los añudemos en un apéndice que tenemos meditado.
Lució con singular pompa el día señalado para el himeneo de Carlos, ya capitán do Caballería y caballero de una de las Órdenes militares, con la interesante y joven marquesa del E. Se preparó una dilatada sala para la ceremonia. Una costosa tapicería de seda de color de rosa llenaba las distancias entre los pilares de alabastro en que descansaba el suntuoso artesón. Ceñían los capiteles dobles festones de rosas blancas, con que parecían atados los ondulantes tapices. Tres espléndidas arañas de prolija obra pendían del techo, y se soportaban en dorados escaños los almohadones de terciopelo que circunvalaban el salón. En la pared de los pies de la sala se veía un retrato algo mayor que el natural, en que don Juan Meléndez de Valdecañas ocupaba el primer término de una dilatadísima campiña, vestido de uniforme, como se presentó al rey al volver victorioso de las guerras del Norte. Un regio dosel de blanca rasolino bordado de oro, cuyos pabellones bajaban diagonalmente desde una corona de rosas blancas, ocultaba casi todo el testero del salón. En medio se veía un pedestal de alabastro erigido sobre dos tazas de desigual tamaño, la mayor al nivel del suelo; la otra a menos de una vara de altura. Esta última recibía primero las odoríferas aguas que salían de la copa de un infante Baco, que coronado de hojas de viña, y oprimiendo los lomos de un león de bronce, parecía perdido en maravilla contemplando el prodigio por el cual huía el licor de la copa levantada en alto, no obstante la fuerza muscular con que la tenía asida.
El coche del arzobispo, notable por lo crujidor y estrepitoso, se oyó a eso del mediodía en el patio de lo, casa, y entró su ilustrísima poco después en la galería, seguido de una cohorte de capellanes, canónigos y otros graves personajes vestidos de negro. Le recibieron en la escalera doce pajes que procedían a de Grañina, al cura, Carlos, de Bruna y otros personajes distinguidos, a quienes concedió su bendición pastoral.
Encontró a la novia reclinada sobre uno de los almohadones, y sobrecogida de la confusión que en aquellos días iba con las doncellas a las aras.

Estaba vestida de espléndida seda blanca cubierta de finísimos encajes. Ceñía su frente una guirnalda de rosas, sobre cuyas hojas resplandecía una corona de brillantes. Al inclinar la cabeza cuando vio al arzobispo, parte por cortesía, parte para ocultar su rubor, veló sus mejillas una multitud de sueltos y sedosos rizos, de puro y rutilante color negro, llenando el aire al moverse de rica y aromática fragancia. Dos jóvenes de especial belleza estaban a su lado esforzándose en inspirarle confianza. Una imaginación de fuego, reprimida entonces por el dolor, brillaba en los oscuros ojos de la primera; la tímida languidez de la inocencia resplandecía en las azules órbitas de la otra; y cuando Violante y Eugenia enlazaban a Isabel por ambos lados, le pesaba al que veía tan interesante grupo que el pintor de las gracias no lo hubiese tenido por modelo.
Carlos parecía tan absorto en su felicidad y tan completamente dichoso que uno de los canónigos que acompañaban al arzobispo no pudo por menos de decir a un su compañero al oído, que tocaba ya en pecado alegrarse tanto por ningún gozo ni triunfo terrenal. Estaba nuestro héroe vestido de uniforme, algo pálido y como pensativo, pero tan marcial, generoso y halagüeño de aspecto, que hubiera sido, sin duda, peligrosísimo enemigo del reposo de una niña.
Alberto, para quien Carlos había alcanzado una subtenencia en su propio regimiento, estaba situado junto al sofá de las señoritas haciéndoles guerra de requiebros, cuentos y amores. El bravo, erudito y amable caballero de Guzmán las asediaba por otro lado, regalando el oído de Violante con mil dulzuras que no pudo entender ella por el lenguaje en que venían envueltas. Así, continuaba mirando fijamente a Isabel con una expresión mezclada de tristeza y de alegría. Una vez, sólo una vez, abrió los labios, y fue para dar salida a un profundo involuntario suspiró, en tanto que obsequioso acompañaba Carlos a las señoras de la familia de Grañina, acabadas de entrar en el salón. Cuando el ilustrísimo señor arzobispo hubo descansado, le preguntó el señor de Bruna si quería permitirle le precediese a la capilla. El prelado se dignó, en efecto, seguirlo acompañado por Carlos y de Grañina, a Isabel la acompañaba su padre, y el caballero de Guzmán y Alberto a las otras dos jóvenes.
¡Feliz instante aquél en que recibió Carlos al pie de los altares, y de mano de arzobispo, el galardón de su acendrado afecto! Cuando la tímida, casi sofocada afirmativa, resonó en los amados labios, hasta su alma parecía disolverse en gozo e inexplicable ventura.
Después de un ligero refresco, condujo Carlos a su esposa al tálamo nupcial, para recibir desde él las congratulaciones de innumerables individuos de ambos sexos que en plena etiqueta venían, como era costumbre de aquellos venerandos tiempos, a tomar chocolate y satirizar las facciones de la novia. Por más de dos horas no cesaron los criados de dar refrescos a los muchos visitantes que entraban y salían en la sala. La novia tenía que oír, en cambio de su hospitalidad, multiplicados discursos alegóricos y eruditos; llenos de alusiones picantes, y de las ceremonias complicadas de entonces. De cuando en cuando hacían los tales discursos cambiar el color del rostro de la novia.
Entre otras personas se vio entrar también en la sala al mayordomo de la casa a la cabeza de los criados de alta y baja servidumbre para felicitar a su ama, y desearle de viva voz la dicha que ya habían pedido a Dios en

sus cortas oraciones. Esta partida entró y salió con el mayor respeto y decoro. Chato fue el último que dejó el salón del tálamo, interiormente contentísimo de la felicidad de su amo, en el logro de la cual tanto le había él ayudado. Carlos, que conoció en este fiel doméstico un sincero deseo de hacerse miembro útil de la sociedad, le hizo donación de parte de la propiedad libre que tenía en Aznalcóllar, y la administración, además, de su mayorazgo.

Una mirada de poetas repentistas, hacedores de epitalamios, músicos, danzantes y otros inventores, entraron después a hacer alarde de su ingenio. Éstos, con alguna resistencia, pero de ningún modo exagerada, recibieron las piezas de oro que les repartió el mayordomo, y las tortas dulces y vinos que liberalmente distribuían los criados. Una de las cosas notables de aquel día fue que ninguno de los favoritos de las musas mostrase la menor señal de inapetencia. El último de los hijos de Apolo (último en orden, queremos decir), la anatomía viva de un poeta, recitaba una oda tan cóncava y dura como las quijadas por donde salía, cuando se apareció en medio de la asamblea una especie de espíritu de temerosa semblanza que no parecía sino evocado por el vate. Después se supo que era la parte corporal y mundana de la tía Rodaballos, y aunque no formada, hablando con propiedad, de carne y hueso, entre el vello y las arrugas podían suplirlo que de carne le faltaba.

Violante quedó pálida y casi desmayada al ver aquélla a quien había hasta entonces creído deber su existencia. Fijó Violante la vista en los ojos de la encantadora, que adelantándose hasta las gradas del dosel, y dilatando cuanto le fue dado su alta e imponente forma, pronunció entre canto y recitado una profecía de suprema felicidad en lo futuro, que se dejaba atrás la que en la otra vida prometían antiguamente los gentiles; o en más modernos siglos a sus musulmanes Mahoma.

Tuvo Carlos la desgracia de sonreírse al oír sus predicciones, cuya falta de decoro reprendió enérgicamente la dama.

-Mal parece la risa, caballero, en el que me oye leer el libro de su destino. No son mis palabras hijas de una imaginación calenturienta, sino los consejos de la sabiduría. Pobre, herido y fugitivo estabas cuando preví yo el lustre de los días que te esperaban. En serial de gratitud me entregaste una prenda que prometí devolverte en la hora de la ventura. He aquí tu prenda. Mis predicciones están cumplidas.

Y le devolvió a Carlos un reloj que éste le había dado en premio de su hospitalidad y atenciones. El caballero vio que era imposible persuadirla a que aceptase aquella joya ni otra remuneración cualquiera.

-Mis días son pocos -dijo la maga-; no tengo familia, y la ternura de mi hija adoptiva, cuyo seno es nido de todo sentimiento afectuoso, me libraría de la miseria si yo pudiese sufrirla. Deja que te abrace por la última vez, amor mío -dijo la gitana acercándose a Violante, y todo el poder de sus encantos se derritió al calor de los naturales sentimientos. Más de una hinchada lágrima bajó de sus marchitos párpados, mientras Violante, dando salida también a la amargura que la devoraba, la llamaba «¡Madre!» entre sollozos y ardientes lágrimas, y la estrechaba fuertemente a su seno. La maga se desprendió del afectuoso abrazo, y desapareció tan súbitamente de la concurrencia, que parecía haberse desvanecido de ella. Quedó su adoptiva hija agobiada por la humillación en que se creía, y que

no pueden sufrir los ánimos generosos. Tres días después de la boda se retiró a un convento, adonde posó algunas semanas de tranquilo dolor. Pero la muerte le había puesto su sello, y cual marchito lirio dobló la frente, y descansaba ya en la tumba de su madre antes que las flores de la inmediata primavera hubiesen esmaltado los campos.

Toda la tarde continuaron entrando visitas en la casa y en el salón nupcial, que no podían menos, en su magnanimidad, el padre y esposo de Isabel, que recibir en tan fausto día con abiertos y amorosos brazos, y plena hospitalidad y halagüeña cortesía, hasta el pobre desvalido en cuyo triste rostro no brilla jamás, la pura y benigna mirada del opulento. Pero era día de júbilo, resonaban los corazones de los nobles caballeros, y era necesario que se aliviaran de su felicidad comunicando parte de ella.

Se acercaba ya el tiempo en que la novia y sus más íntimos amigos pasasen al apartamento donde debía celebrarse un baile de la nobleza. A Chato se le encargó la alegre obligación de conservar, en la ausencia de sus señores, alegres todos los rostros. Estaban aún en el tálamo los felices desposados, cuando se les presentó un antiguo conocido en calidad de visitante. No era otro este conocido que el descarnado fiel de fechos de Aznalcóllar. Su conducta para con Carlos fue poco amistosa, ni aun neutral siquiera, en el tiempo de sus aventuras. Pero con la esperanza de que ya habría olvidado nuestro héroe tales bagatelas, se propuso allá en su mente hacer, si era necesario, una corta apología, y pedirle su favor para en adelante. Con esta resolución se colocó en el extremo inferior de la sala, cuya suntuosidad desgraciadamente se apoderó de su espíritu. Olvidó el plan primitivo que llevaba, entregándose al cálculo de lo que habrían costado aquellos brillantes e inútiles objetos que allí veía; y, como era costumbre de nuestro fiel de fechos, contar siempre en maravedises para los gastos, pronto llegó la operación a más millones que cabían en sus facultades algebraicas. Lleno, pues, el ánimo de maravedises, empezó al frente su marcha hacia el dosel, con ambos brazos extendidos por delante, y llevando en ellos el sombrero tan cuidadosamente, cual pudiera una palangana llena de líquidos. Su capa, por supuesto la nueva, colgaba en rectas líneas desde los hombros. La cabeza vuelta con mucha gracia un poquito hacia la izquierda, escuchando los consejos de Chato, que acababa de encargarse del maestrazgo de ceremonias. En esta guisa marchaba siempre adelante el fiel de fechos, y Chato, pegado a él, o bien dándole instrucciones, o tratando, tal vez (como se malició después el sagaz escribano) de distraerlo de tal modo con la barahúnda que le iba diciendo de modo que se distrajese para que sucediera lo que sucedió, a saber, que metió sin advertirlo uno de sus formidables zapatos, con hebilla de plata, pie y todo, dentro de la fuente de fragantes aguas del dios Baco. En consecuencia de esta malaventura se resbaló el fiel de fechos, se le fue la cabeza, y vino a sellar ásperamente y dar paz con los labios a la espalda alabastrina del niño Baco, cuyos músculos risibles fueron los únicos que quedaron inmobles en la sala. Ya para el tiempo de esta catástrofe estaba Chato oculto entre las nubes de visitantes que en la sala había; de modo que ni pudo ver el fiel de fechos siquiera las facciones del monitor de su siniestra oreja, que tan divertido le había llevado. Esto le hizo creer que era el mismo demonio el que le fue embarcando por la sala para destrozarle el discurso que llevaba hecho y el

cálculo de los maravedises. Dos excusas tenía ya para dar en vez de una; pero había perdido el escribano su dialéctica. Carlos le sacó de apuros, dándole amistosamente la mano y asegurándole que no le quedaba la menor reminiscencia de los agravios a que el fiel de fechos aludía, prometiéndole, además, patrocinio y buen pasaje, y no dándose por entendido de ver las odoríferas aguas de la fuente regadas por la pérsica alfombra.

Entonces salió Carlos con Isabel del salón, dejando al escribano y las otras visitas recomendadas a la generosidad de Chato.

(Entre paréntesis.) Deseoso hasta lo último el señor Chodapeturra de halagar las simpatías e inclinaciones de sus lectores, ora sean estas plácidas o iracundas, había combinado un plan por el que se lisonjeaba de hallar esposas para el señor de Bruna, Pedro el de Aznalcóllar, el difunto general, el tío Tragalobos, etcétera; y maridos para Violante, la abadesa, Eugenia, y, por último, para cuantas señoras se presentan en su drama, inclusa la hija del fiel de fechos, Y tan sagazmente lo tenía él arreglado todo en su sabiduría, que en cumplimiento de las leyes de justicia poética, particularmente de las clásicas, que hablan de castigar al malo y de premiar al bueno, había resuelto hacer contraer matrimonio a Pistaccio con la tía Rodaballos, porque en su juicio, como dicen muy bien los autores clásicos, la moral es lo primero. Ésta hubiera sido una tremenda y ejemplar visitación poética, un rasgo de maestro, en la delineación del carácter de dicho joven. Su retrato, empero, tal cual está, no exige gran pulimento (¡qué modestia!), especialmente en cuanto a consecuencia. Ni se acuerda el dicho señor don Alejo de haber encontrado en el discurso de su extensa, varia y provechosa lectura, pícaro alguno de novela, por aéreo, sutil y aeriforme que fuese, que se deslizara e hiciese perdidizo con la mitad del ingenio con que se ausentó de su cuadro Pistaccio. Hasta aquí para los moderados. En su humor truculento tampoco faltaron a don Alejo más de una vez intenciones de tocar a degüello, empezando por el arzobispo, el héroe y heroína, no dejar en el cuento, ni aun en Sevilla, persona viva, y devastar la ciudad y los arrabales, primero, con guerra, luego, con peste, y, al fin, cuando el que no estaba herido estaba enfermo, pegándole fuego y acabando la función con una escena à grand spectacle. Pero después de examinar atentamente los archivos de la familia, vio al fin, pues a tal grado llegó su desventura, que ni podía parear a sus varones con sus hembras barajándolos juntos como sotas con reyes en un juego de cartas, ni menos exterminarlos, ni hacer de ellos un escarmiento. Esto hubiera sido faltar a la fe de historiador. Descargada ya su conciencia literaria, respetuosamente pide don Alejo se le perdone la presente digresión. Tal vez digresión y apología parecerán fuera de su lugar a los críticos. En ese caso suplica, a lo de Cadalso, a los señores que crean este paréntesis inoportuno en el sitio en que se halla, se dignen no leerlo ahora, de ningún modo, y colocarlo como debieran por prefacio, de modo que el lector vaya ya prevenido.

Las señoras y los caballeros ni galopaban ni aun trotaban juntos en aquellos días. Nadie osaba, aunque sólo fuese por amor a la decencia, salir en público del paso castellano. La desenvuelta mazurca aún no había visitado nuestros salones. Se suplían, empero, estos violentos ejercicios de hoy con pulcros, prolijos y mesurados contoneos, que dos personas

mostraban elegantemente en medio de un salón, levantando los brazos y estirando y doblando el cuerpo de este y del otro modo, como si se enseñasen a sus sastres y modistas para que les hiciesen vestidos.
Fue el baile espléndido, y duró casi hasta la medianoche. Todos los circunstantes estaban gozosísimos, pero nuestros recién casados tenían tan sólidos elementos de felicidad, que declaran las crónicas de aquel tiempo que no hubo muchos años a la redonda esposos, entre los títulos de Castilla, que desde el día de su unión padeciesen menor parte que Carlos y su consorte de aquellas vejaciones con que la Sabiduría divina ha suavizado el claroscuro de la vida, para hacer sus puntos prominentes más luminosos.

FIN

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal** www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**. www.biblioteca.org.ar/comentario

editorial del cardo